



# Fernando Quiñones

# La canción del pirata

Entre enero y junio de 1682, Juan Cantueso, preso en Cádiz, relata su agitada vida, desde la infancia, al bachiller Román de Irala, que será el encargado de divulgarla por escrito. Hijo de una indigente y de un clérigo, su espíritu aventurero lo lleva hasta Venecia y Sevilla, donde se sirve de sus malas artes para medrar. Sus andanzas, incluidas las eróticas, continúan en las Indias (Jamaica, Puerto Rico y otros lugares). Su alianza con un pirata portugués le permite participar en numerosas refriegas marítimas. De nuevo en España, es abandonado por su mujer, que se fuga con un militar francés, y, aunque inocente, es encarcelado y juzgado por su colaboración con un pastelero de Cádiz que elabora sus productos con carne humana.

En La canción del pirata, finalista en su día del Premio Planeta, Fernando Quiñones rescató, valiéndose de su dominio del arte narrativo, la tradición de la novela picaresca, para levantar un fresco regocijante e implacable a la vez de una de las épocas más atractivas y apasionantes de nuestra historia.



Fernando Quiñones

# **La canción del pirata**

**Vida y desembarcos del bribón Cantueso**

ePub r1.0  
Maki 21.11.13

Fernando Quiñones, 1983  
Retoque de portada: Maki

Editor digital: Maki  
ePub base r1.0

**más libros en [bajaepub.com](http://bajaepub.com)**

*The smyler with the Knyfunder the cloke.*  
(El sonriente con el cuchillo bajo la capa).

CHAUCER-BOCCACCIO

Ésta es La Fiera Corrupia.  
Ella volar no volaba,  
pero tenía unas uñas  
como ganchos de romana.

*Romancero popular andaluz*

La Historia es agua si la mar es tiempo.

RAFAEL DUARTE

PAPELES INÉDITOS DE D. ADOLFO DE CASTRO Y ROSSI (1823-1898). Caballero Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, Jefe de Primera Clase de Administración Civil, Gobernador cesante de Provincia, Individuo Correspondiente de la Real Academia de la Historia, de Número de la de Bellas Artes de Cádiz, etc. PLIEGOS 72 al 77, 1884.

*... y es Suárez Vargas quien añade que, siendo ese mozo don Román de Irala sobrino carnal del alcaide de la prisión, entraba y salía a su antojo por aquellos lóbregos muros para ver a los presos y tomarles sus memorias. Consérvanse de él en este Ayuntamiento de Cádiz dos florilegios de poesías y una pieza de teatro de verso, El jardín de Diana, compuesta con muy pulcra mano y representada en el Corral de Comedias el 12 de abril de 1679, en plena muchachez de Irala. De una novela suya escrita algo después, dicen Casanova Patrón y otros estudiosos que se habló mucho y con altísimo escándalo, a tal punto que, aun sin llegara imprimirse, comprometió de gravedad a Irala ante la Inquisición, despierta entonces más que nunca en materia de libros. Despuntadas sus uñas y limada la fiereza de sus colmillos, afligía al león hispano...*

## **1. Del nacimiento y crianza en Cádiz de Juan Cantueso, y de cómo conoció mujer**

*A 2 de enero. ~~~ Contigo, embustes no. De ti me fío, hijo. Y si así no fuese, igual tendría que fiarme a la fuerza, como del boticario el que está malo.*

Tú repara bien en lo que es ese San Tribunal bendito y ponlo todo

según nos convenga. Pero si has de quitar y de inventar, inventa y quita luego, no ahora, y que te tengan por gente honrada y por mala bestia presidiaria a mí que, aun en este calabozo y con estos pies encadenados, te diré verdad sin adobos ni afeites.

Va a pesarme, eso sí, volver a cuanto ya te conté estos días atrás. Aunque no fuera mucho. Mas como me dices que no es bueno comenzar la casa por el tejado, y que ha de quedar todo en su sitio y color, pues ea, vámonos al principio, que contrimás dure mi historia mejor para mi salud, según me has dicho también, y que ese quehacer de tus papeles podría alargarme la vida: lo que es por otra cosa, nada me importa que vaya luego a saberse que yo he estado en este mundo.

Lo que sí quiero que se sepa es que no tuve que ver, y vuelvo a jurártelo, con todo aquello por lo que vienen llamándome La Fiera, por Dios que no, esas chapuzas del puto pastelero de Puerto Chico que traen revuelta a media Andalucía. Yo no, hijo, yo es que estaba allí. Y nadita más. Que lo sepas. Y que lo sepa bien tu tío, el señor alcaide... Fíjate si no es contradiós: tantas como llevo hechas y verme aquí, en cautiverio y a sentencia, por lo que no hice.

Tú ten ojo con esos papeles; hazlo todo tal cual me dijiste y te tienes tan bien cavilado, no vayamos a acabar de paseo en el potro de tormento con el de la imprenta y, si a más no viene, hasta con tu señor tío a la grupa, aun con todas sus finezas y mandos. Y que a lo mejor él, vengo oliéndomelo en más de una cosa, ya ha empezado a saberme inocente de esos crímenes de los pasteles, maldito sea ese alemán bujarrón.

Pero vamos, vámonos ya con tu historia, que es la mía.

Entérate bien.

Mi padre, natural de Córdoba según supe, se llamaba don Luis de Cantueso, mata que dicen ser de buen olor pero que para mí fue pura peste. Yo nací cuando ya habían acabado de poner como nueva la Iglesia

Mayor, donde él era clérigo.

No más de ocho o diez veces lo vi, como a mis catorce años la última, que fue aquélla en que lo dejé en mitad de la calle dando gritos de «¡al ladrón!», y hablarle no le hablé nunca. Aun así, tengo su figura muy presente, con el rostro carilargo pero de buen ver. Era hombre galán, al que parecían sobrarle los hábitos. Aseado, alto, con maneras de hidalgo, el porte alegre y una buena labia que no había más que verlo recogerse el manteo, en esta esquina sí y aquélla no, para darles palique y brometas a unas y a otros, aunque sin perder la compostura ni dejar sus apariencias. Dios lo castigue.

Con esas mañas digo yo que llegaría a arrimarse a mi madre, una mozuela del arroyo, corta de talla pero de buenas carnes, tostadilla y graciosa; de seguro que, apenas beneficiársela y preñarla, mi padre ya no quiso saber más de ella.

Soy ahora casco en desguace o leño a la deriva, las greñas blanqueando, esta zanja fea de la frente que me entrecierra el ojo, encorvado el lomo y a medio desdentar: lo que se dice empezando ya a buscar la tierra como si fuese bien anciano, aunque no he de haber cumplido más de cuarentiséis, según mi cuenta, ni menos de cuarentitrés. Pero de mozo, y de hombre en todo su brío, fui trigueño, moreno de la mar y de ojos vivos, no porque yo lo diga; despierto de cabeza, de los que calan muchas cosas antes de tenerlas vistas ni aprendidas, y bien memorioso, que eso me ha ido a más en vez de a menos. Si le caí en gracia a mucha gente, fue por salir a mi madre en el donaire, y a mi padre en la buena planta y el agrado del semblante, aunque todo lo haya ido perdiendo aun antes de llegar a viejo.

Mi madre, que vivía de lo que iba saltando, me parió en la playa grande que mira a la mar de Berbería, por donde las barracas de salazón y más allá del corral de pesca, a una media legua de la Puerta de Cádiz.



Para mí que, sin un techo como ella estaba, andaría igual que las gatas, buscando donde echarse a parir, y que si acudió a esa almadraba del Conde no sería por su gusto, sino por no haber dado con sitio de más arreglo.

Ya de mocillo, me dijo un hombre del arrastre que, al escoger mi cuna, juntáronse a mi madre lo mejor y lo peor del lugar. Lo mejor, por la estación del año sin grandes calores, entre la primavera y un verano tirando a viento de poniente, y lo peor, por el aperreo y el bullerío de la levantada de los atunes, que es por ese tiempo cuando se cogen. No quise llevarle la contraria al que me lo decía, pero eso tampoco sería malo porque, fuera de las levantadas, toda aquella parte es como los desiertos del África y anda en un desamparo grande, y más todavía para quien, como mi madre, no se crio a orillas de la mar.

Mi primer berrido en el mundo lo escucharon la arena caliente y el tinglado que en ella se apañó mi madre por atrás de una barraca, hecho con lienzos de velas rotas, palitroques y cañizo trenzado con juncos de las dunas, como nido de pájaro. Y allí se quedó luego.

La ayudó en su trance una mujer de la vecindad, pues no era sólo mi madre la que andaba al abrigo de la almadraba; no me acuerdo mucho si de invierno, pero en lo demás del año sí que vi por allí cobijos parecidos de otras y de otros, cada cual viviendo solo, nadie en pareja, y quitándose de encima por lo menos los nortes, las levanteras o el solazo.

Y aquel mismo hombre, que ya le perdí nombre y cara aunque la voz se la sigo oyendo, me contaba que mi madre me tuvo a eso del mediodía y que los jaladores del atún, y quienes están a limpiarlos y a salarlos, andaban compadeciéndose al oír las voces y lamentos del parto entre el chillerío de las gaviotas; tan cerca de la faena se había echado ella que, a no ser porque los embebía el arenal, su sangre y humores al parirme se hubieran arrebujaado con la sangraza de los atunes, todavía temblones y

cargados en hombros por la truhanería. De ahí me vendrá, y de aquellos años playeros, que me guste el olor del pescado crudo tanto o más que el mejor perfume de la Arabia, cuando es olor que a todos disgusta, y que tampoco me haya hecho nunca gran impresión la vista de la sangre.

En la almadraba fui creciendo, y a la ciudad no iba más que cuando le daba a mi madre por llevarme para limosnear, porque yo de chico nunca quise moverme de la ribera; por las calles me veía roto y puerco, y, de piojos, raro era que no volviese con diez docenas, mientras que en la playa, aun con aquella miseria, ni había tantos ni medran porque dicen que los mata el salitre.

Así que yo me valía de todo por no dejar mis arenas, zambulladas y zapatetas, y hasta me jugaba el comer con tal de no ir a Cádiz. Allí estaba la escudilla con la sopa boba de los conventos o, como menos, un puñado de avellanas y algarrobas, si no era de castañas pilongas. Pero en la ribera, con buscarlos más lejos de las dunas y escarbar, siempre daba con uno o dos palmitos, cuando no le echaba mano a huevos de pájaros de la mar, algún pescado de la playa o, por atrás de ella, tirando bahía abajo para el castillo nuevo de Los Puntales, a un lenguado distraído de los que orillan el verdín. Y más de una mañana tiré de un cantazo con suerte alguna gaviota, que es bocado durillo y de hervir largo pero te apaña bien el buche.

También aprendí a pescar por la mar adentro, allí enfrente de la playa, donde hay una escollera como ruinas de los antiguos, con mucha piedra cuadrada, junta y rota, todas con un agujero en el medio. Por ese arrecife, que no va nadie, entra la mar como caballo desbocado, las oleadas empujando y atropellando, y es sitio muy bueno en marisco, pero de saber andarlo, hijo. Yo le cogí el tranquillo. En bajamar, arriba de un bloque de éstos, esperaba que la oleada barriera las peñas, me echaba sobre bicho que veía y me retiraba a la carrera antes de que llegara el otro

golpe, que ya lo iba viendo levantarse con el rabillo del ojo. En aguajes muy cortos, y si la mar no andaba picada, hasta aguantaba el paso de la ola agarrándome a las piedras como un ostión; de otra manera no podía coger uno de esos pescados gordos que le dicen guapote unos y otros velera, por lo largo de las espinas del lomo y el pellejito que entre ellas tiene.

Raro es que a pescado tan vivo lo deje la mar en seco. O será que, por no darle la vuelta a la escollera y como no pueden pasársela de una sola oleada, se quedan varados adrede y esperan que la ola de atrás termine de echarlos a la otra parte, ¿no? Siempre andaba yo con un canto pesado a mano y, en cuanto veía a un guapote en seco, le daba en la cabeza y lo atontaba, le plantaba una mano por donde no pinchan, para que la mar no se me lo llevase, y encaraba en cuclillas el remojón que venía, no fuera a arrastrarme también a mí aquel espumerío rabioso.

En aguas más sosegadas, un tal Cañamero me enseñó a anguar y a llamar el pescado cagando antes en la mar desde lo alto o en el agua misma, cosa que se hace con más trabajo que en tierra. Pero nunca le vi gran provecho a esa triquiñuela, y con las mías me iba mejor.

Los pescados se los llevaba a mi madre para que los aviase, y si ella no estaba, que casi nunca estaba, me los asaba yo con ramillas y juncos secos, sin vaciarles las tripas ni escamarlos y pidiéndole una brasa para el fuego a quien por la almadraba la tuviera. Si caía guapote, con medio ya me llenaba la panza. Y las carnes del otro medio las guardaba en el chozo entre pencas de tuna abiertas así a lo largo, para que no se resecasen ni fueran a mal, y por quitarlas de las hormigas. Pero esta pesca que te digo no se puede hacer sino hasta el mes de noviembre, y eso como mucho, pues ya en octubre empiezan las gaviotas a descararse, a volar bajas en la playa y a graznar porque llega su tiempo, el malo, quietas en el aire como esperando la mar brava, con los primeros vientos que entran fríos y

revuelven el oleaje y ponen la escollera que ya no hay quien se acerque.

De zagal, y aun sin perderle el gusto al playerío y a estar solo, me fui aficionando a la ciudad, a las calles y luego a las mujeres, cosa que fue por cuenta principal de una hermosura que le decían La Curruca, la puta más mentada de mis años mozos.

Pero antes, y según te dije, siempre era un sofocón para mi madre el llevarme a Cádiz. Me faltaba tiempo para esconderme y ella me tenía que buscar por media playa y pegarme, y tenerme luego de un brazo, bien fuerte y sin soltar. Y yo siempre muy vivo para dar el tirón y volverme corriendo, más que nada cuando ella se distraía mirando levantar las defensas de la Puerta de Tierra, que acababan de derribar la del Secreto para hacer la del Muro y apenas si podías pasar entre tanto pedrusco, polverío, albañil, picapedrero y gente forzada a trabajos en los fosos y murallas de la Puerta: los presos en cadena a esta parte de San Roque, los desencadenados por aquélla, mucho esclavo turco, y berberiscos, y negros del todo no sé si hasta más que ahora, que los vestían allí con unos pingajos de tela blanca, como para tenerlos más a ojo.

Ya en Cádiz, me entretenían los títeres callejeros y las bullas, y más por Carnavales, y en Navidad las comparsas de negros con esas cantatas suyas del Niño Ziquitiyu Gurumbá Gurumbá, que hasta en la Iglesia Mayor y Misa de Gallo los dejaban cantarlas. Con que todas aquellas cosas me aquietaban manos y pies, y mi madre tenía que despabilarme de un pescozón para que no menguaran las limosnas. También se me iban los ojos detrás de las naves que salían a Indias, pues me tuve creído mucho tiempo que allí se cogían los reales de oro como se cogen peras de los árboles.

En una de aquellas vueltas al pordioseo, como de ocho o nueve años yo, fue cuando mi madre me señaló de lejos al clérigo.

—Fíjate bien, hijo, que es tu padre aquél, y alégrate de que vas a salir

a hombre alto y gallardo, aunque sea cura.

Lo miré malamente, porque ya iba yo sabiendo que no es bueno andar sin bautizar, cuando además él bautizaba a tantos que no eran suyos, y que lo de llevar Juan por nombre fue nada más porque se le ocurrió a la que ayudaba a mi madre cuando le llegó mi hora.

Ya al ir viendo a mi padre otras veces, y poder acordarme de él cuando quería, más ojeriza le tomé, pues aligeraba el paso siempre que nos topaba y quitaba la vista de mí y de mi madre, con el conocimiento ella y yo de que tenía mantenidas a otras barraganas suyas.

Otra mañana que lo tuve muy cerca, por Santo Domingo, escuché a un arrapiezo llamarlo «padre cura» y me dije: «¡Tate que si es padre, no lo sabes tú muy bien!».

Le tomé, en fin, tan grandes asco y enfado que, apenas emprender mis primeros aleteos de rateruelo, me hice su sombra y di en pegarme a él y andarle atrás como mosca cojonera, procurando que no me viese: fui yo quien vio hueco una mañana para meterle los dedos y jalarle de la bolsa. Nada más que nueve reales tenía cuando, en hombre de tanta soberbia, esperaba darme con un centenar. Pero un centenar me parecieron los nueve, del gusto que me dio dejarlo sin ellos, uj, y por la herejía de robarle a un cura. A los diez pasos notó él la falta y se echó a pegar voces y mangazos, descompuesto como si hubiera perdido la cabeza:

—¡Al ladrón, al ladrón!, y encima lo bañaron con una palangana de meados, por no oír en su desconsuelo el aviso de «agua va» que desde una ventana alta estaban dando.

Yo ya me había escabullido para la Calle Nueva, por entre un nubarrón de frailes que pasaban a embarcar a Indias, y los puestos de pescado y verdulería pegados a la Plaza. Medio real de los nueve me lo gasté en pan, hueva seca de atún, cecina y confituras. Los otros ocho y medio se los puse a la noche en la mano a mi madre, diciéndole:

—Ten, madre, que bien tuyos son.

Me preguntó por qué le decía eso y me callé mi boca. De la almadraba me viene lo malino y también el empuje, que, sin él, hubiérame consumido la necesidad como a aguamala en seco. Allí, igual que todo el mundo, aprendí desde que era un monicaco a mirar la mar al lejos, por si asomaban para echarse encima velas de Berbería o del inglés; allí pasé el sarampión, las viruelas, las postillas y otras plagas, sin que me matara ni el pestazo que se llevó a medio Cádiz siendo yo chico; y allí anduve con gente tan mentada que, al contarlo después, más de uno me tomó por embustero, aunque no fuese capaz de decírmelo a la cara.

Entre los forzados, que no eran muchos, conocí en la almadraba a Pablo el de Coripe y al Mediomuerto en toda su fama, y con el de Coripe hasta hablé dos veces. Por allí anduvo refugiado, como tantos, Martín Caldedueñas el Viejo, el que sale en las coplas, y fueron en collera a dos o tres levantadas El Butrón y El Gato del Perchel, que hablaba quedo y dulce como una monja. Y me estoy acordando de un Mazquiarán, vizcaíno, que cayó por la almadraba antes de irse a la de Zahara, donde creo que se las dieron todas juntas. A ése le faltaban las orejas pero era como si, en el mismo castigo de cortárselas, se las hubiesen puesto hechas bola delante de la boca, pues en el labio de abajo tenía una pelota gorda de carne que le llegaba hasta el de arriba. Al hablar, se sujetaba esa bola con la mano y contra la barbilla, que, si no, se le iba para adentro de la boca y se le peleaba con la lengua, y todo era unos ffggffarfulleos y saliveos que no podía entenderlo ni Dios. Menos de doce muertes no había quien no le echara, decían que casi todas por los nervios en que lo ponía su falta, y a ésta llegó huido de la almadraba de Conil, por ahogar con las manos a un arrastrador de Chiclana con el que tuvo una porfía a cuenta de unos despojos de atún y de un quítame allá esa ventresca.

Los que me hicieron al cuchillo y las cartas, también fue gente de

muchas mientas y armas tomar, un jaquetón Tomás Retuerta, sevillano, y un Diego Pacheco, de La Isla.

El Retuerta tenía los dedos de baraja más habilidosos que estas playas han visto, pero tampoco quería ganarle nadie ni por un casual, porque no se conformaba. Hablando, no miraba más que a un ojo, no a los dos ni a la cara entera, cosa de mal barrunto y que inquietaba por lo fea, aunque era mejor que no mirara de lleno, señal de que andaba en furia y lampando por acabar con el bien-mirado. Nunca jugaba de día, sino ya con la noche aposentada, y también de noche me enseñó los tres juegos de antiguamente, quínolas, primera y carteta, y las malicias, marcas y meneos de naipes que con los años hasta le mejoré y que, con lo que aprendí luego en Puerto Real, tantas hambres me llevan quitadas. Se sentaba conmigo, baraja en mano y un vergajillo debajo del sobaco, y en cuanto yo no hacía algo bien hecho, «¡toma!», voluntad que le aprecié luego porque la letra con sangre entra. No era hombre de dados, ni a mí tampoco se me dieron nunca.

De Diego Pacheco decían que andaba sin sus partes desde los quince años, pues el señor a quien servía lo pilló retozando con la mujer y, sin dejarlos levantarse a él ni a ella, en la misma cama hizo cortarle a Diego lo que cuelga. Con todo y con eso, era alegre, y a pocos he visto más hombres. Bravatas, yo no le escuché. De él aprendí a choricear bolsas y monederos y, más, a menear el arma corta. Podía quitarte las pestañas de los tres ojos sin que te dieras cuenta, pero el cuchillo se le daba todavía mejor y tenía un reírse que, si sonaba de malas, temblaba el playerío entero. También cogí de él no pensar las cosas dos veces y hacerlas a las primeras de cambio. Las sutilezas de hurtar me las enseñó cuando buenamente se terciaba, y las picardías de pelear y herir, siempre al caer la tarde, que las entradas mortales y las de dejar señalado son las que te lleva más tiempo aprender. Supe que, al buscar muerte, no hay para qué

dar en hueso ni en estorbos: le coges mano a los caminos de ella y es como clavar en arena seca.

Me tomó afición el Pacheco y no sabía yo por qué le hacía gracia.

—¡Anda, Juanillo, toma cuchillo! —me decía brincando en la playa, y amagaba el cuerpo para un lado y otro.

Las primeras veces, teniendo yo el arma y Diego nada más que un palo igual de largo, me llegaba con él en un momento a la nuez, al ombligo o al corazón, sin que alcanzara yo a rozarle una hebra. Pero a la vuelta de unos meses, ya me movía como el Pacheco, cosa de agradecerle tanto o más que la pieza que me dio antes de irse, diciéndome quererla como a las niñas de sus ojos y que, por lo mismo, me la regalaba. El Moreno le había puesto: un cuchillo con un corazón chiquito en la hoja, baqueteado y con las cachas ya a desgaste pero de lo mejor de la Italia, corto y fino y obediente que daba gloria; parecía que sabía de suyo cuándo y dónde meterse. Ya no me aparté de ese Moreno hasta no perderlo en las Indias, que fue la misma noche en que me dejaron la frente hendida y este ojo a media vela.

Mira: lo del copo atunero se hace ahora de otras maneras y han de haberse perdido usanzas de mucho gusto. En mi tiempo, se armaba un jaleo en esa playa que habían de oírlo hasta los moros de Mostagán. Ya te alegraba ir viendo llegar todo el tumulto, y levantarse las tiendas y embanderarse las barracas y los almacenes de la salazón atrás de las Torres de Hércules, que por entre las dos es por donde arrastran y sacan los atunes.

Y luego, esa almadraba se ponía como un hervidero de vendedoras, jugadores, taberneros, ciegos a pedir, frailes a lo mismo, copleros, decidores de milagros y jácaras, adivinos, zancudos, asadoras de tajadas y desechos, bravucones, putuelas y gente de música y de danza, todos como vistos y no vistos entre los humachos de las candeladas donde queman las



cabezas y las espinas. Sonaban los cantares de la pesquería hasta en las galeras, que se ponen entonces unas pocas al largo de la playa y les regalan a los galeotes migas de la conserva del atún:

*¡Pase Don Atún!*

*¡Entre Su Merced!*

*¡Ahí lo llevas, Blas!*

*¡Pínchalo, Ginés!*

El mandoneo de los soldados del Conde, montados, y de los del Rey, a pie; los días de no parar y las noches de no dormir, que no se perdían más que los forzados y que pasaban al sereno varones y hembras; los tañedores de vihuela y pandero para el baile de la Zarabanda y el Antón Pintado o el del Escarramán y La Gorróna, con sus encajes, floretas y reverencias, y con sus letras en una voz linda o, si no, contenta, todo eso no se me va a olvidar, porque también allí acaricié las primeras faltriqueras y las primeras tetitas de mi vida, todavía con cara de niño pero ya con manos de hombre. ¿Qué será de toda aquella turba, para dónde se los habrá llevado el viento? Y ahora hablas de eso, o de lo que te pasó hace años, y a ti mismo te parece estar contando nada, ya lo verás tú también, bachiller, hijo: que es que los de luego, quitando a cuatro como tú, no llegan a enterarse de lo de antes y hacen bien; que son todas cosas muertas y ni uno mismo se acuerda de ellas cabalmente, maldita sea, te ves ya como un fantasma y hasta te preguntas si no lo fuiste también entonces, y es como si nada hubiera sido verdad, aun siéndolo.

Me está acudiendo a las mientes el día que se llegó por la almadraba el Conde en persona. Eso fue, creo, un año que los ingleses trajeron otra vez a mal traer a Cádiz, que los estaba viendo desde los miradores tapar

con mucho barco la boca de la bahía, al aguardo de una flota de Indias en la que hacer presa. Pero no cayó esa breva. Muy poco. Muy poquito antes fue de que el Rey de España les publicara guerra, no sé si el Conde vendría a Cádiz por lo mismo.

Anunciaron su venida, en la víspera, dos batidas de soldados y corchetes de la ciudad, que mondaron la playa de pillastrones, correcaminos, sospechosos y hasta de quienes no lo eran; a mí me vieron baldeando barracas, muy zagal y que vivía allí, y me dejaron en paz. Al otro día ya estaba yo en planta bien temprano, tendiendo la vista a tontas y a locas por los arenales, como si en vez del Conde fuera a ver al propio Dios. Pero acabé la mañana y la tarde en la hartura de esperar y en el desengaño de no ver llegar a nadie ni nada. Echándose el sol se apersonó el Conde y es como si ahora, desde este calabozo, lo estuviera viendo.

Pasaron despacio, atrás del pendón, timbaleros y pajes, alabarderos, caballería, dos filas a pie de armados y emplumados que no se les veía el final, y en mitad de todo aquel cortejo, sobre una mula pastueña engualdrapada y montándola a la mujeriega con las piernas para un lado, venía por toda la playa alante el Señor Conde: un viejo escurrido, con un carnerillo de oro colgándole de una cadeneta sobre el pecho y todo de negro menos el jubón, que, aparte las mangas, estaba hecho como de cristalitos cuadrados, tintineando al viento de Levante y reflejando el sol, a punto ya de acostarse en la mar. Iba el viejo entre dos frailes rezadores con la capucha echada, embobado y mirando sin ver, como si nada fuera con él ni fuera suyo. Dije para mí: «¿Y éstos son los que mandan?».

Ya me iba poniendo alto y era más mozo que mozalbete cuando se murió mi madre, por Semana Santa y sin frío ni calentura como dicen. Yo estaba hecho a que corrieran los días sin verla, y vine a enterarme cuando ya la habían enterrado de por Dios los hermanos de San Miguel de la Caridad. Dijéronme que la muerte le había venido de repente, apenas dar

en tierra unos pasos después que la dejara, en la playilla de las naos, la barca de un galeón en bahía, donde ella había pasado la noche con el piloto o el maestre. Algo malo tuvo que entrarle; no olía a vino ni aguardiente, según me contaron cuando vine a saber su fin, dos días después de enterrada.

Me dio y enseñó mi madre cuanto pudo, que no fue mucho. Alguna noche hasta me habló del temor de Dios, y eso se me quedó más, y de otras cosas de virtud. Pero como yo no las veía en ella, de poco me valieron, aunque apreciaba la buena intención de metérmelas en la cabeza, así fuera nada más que de oídas. Luego me fui acordando de su voz y cayendo en que no todo cuanto me tenía dicho era de hablar por hablar.

Como dos meses después, dándome cuenta a ratos y otros no, empecé a echarla de menos en esa almadraba donde me había criado, y me dio por ir más seguido a la ciudad y buscarme en ella el sustento. Fui tomándole el apego que no le tenía y me mantuve de lo que se terciaba. Jugué, pedí, embarqué y desembarqué a hombros pasajeros o equipajes frente a la Puerta de la Mar, y hospedé a comisión navegantes y forasteros en las posadas de la calle de Los Flamencos. Hice de mandil recadero de damas y criadas, llevándoles sus compras por los mercadillos, levanté cargas para Berbería y para Indias, jalé de bolsas y robé a salto de mata en tahonas, almacenes y puestos, peleando siempre con el hambre y siempre con el Moreno encima, tan escondido y seguro como si fuera uno de mis huesos, que ya ni el cuerpo me lo notaba. Veía y conocía a muchos, pero lo que es juntarme, no me juntaba con nadie.

El señor gobernador de aquel tiempo había quitado el toque de queda, aunque la Puerta de Tierra la abrían y la cerraban más temprano que ahora, así que, como yo me distraía muchas tardes y no podía ya volverme a la almadraba, me fui quedando a dormir por el lado del

Pópulo, en un caserón grandísimo de cuando la Mariacastaña, más por el suelo que en pie y que debía haber sido como una iglesia o un palacio de los moros. Por esa parte, y entre las casas nuevas del señorío, aún se veía entonces algún paredón chamuscado, baldíos en abandono y el Castillo con tiros y agujeros del inglés, de cuando el asalto y quema antiguos, tan mentados en Cádiz.

Nada más que una mujer hacía noche en el caserón que te digo, y hombres volanderos pero nunca muchos, pues cuidábanse de no correr la voz para que aquello no se llenara ni entrase allí la Justicia, que andaba haciendo la vista gorda mientras fuéramos en pocos y no diera ese refugio en madriguera de buscados. La entrada, trabajosa y a medio tapar, ayudaba a que no se metiese allí todo Cristo. Está por atrás, retirada del paso y cegada por mucho cascote y matojo que casi no dejaban ver el portón sin puerta hecho a la moruna, con tierra y pelotes hasta la mitad. Era menester agacharse al entrar y tirar luego para abajo sin quebrarse una pierna, por lo perro del camino en cuesta, uh, y porque no le llegaba luz a los ojos hasta después de un buen trecho. Allí se ponen ya los suelos más llanitos y se va viendo un enredo de columnas, paredes a medio caer, corredores y cuartos con escombros, unos más alumbrados que otros por luz de patinillos o de boquetes en los techos y, a la noche, por dos o tres antorchas de trapos y algún candilejo de los huéspedes. Hay en un rincón un aljibe raro, con un agua hasta mejor que la del Pozo de la Jara, y también en él se echaba de ver lo mucho que había sido aquello.

A la única mujer, una vieja que llevaba allí toda la vida, le decían La Madre Oscura. Era como la dueña y habías de darle un maravedí y medio panecillo, tierno o duro, si no querías dormir en el suelo. Por ese salario, tomaba cada hombre cuatro brazadas de paja y estopa rebujadas, las que pudiera llevarse en cuatro agarres, y con ellas se hacía su yacija donde se le antojase. Todos le tenían un respeto grande a La Madre Oscura y ella

entendía en artes hechiceras; dos me dijeron que por eso no había allí rata y pulga ni piojo o chinche, aun prestándose tanto el lugar y las camas, y que en cosa de amores y de muertes era grande adivinadora.

Como al Pacheco en la playa, me di cuenta de que yo le había caído a genio, y no puedo acordarme de cómo me la daría, pues la cara todavía no se la había visto. Nadie se la veía ni teniéndola delante y más parecía bulto que persona, siempre buscando las sombras y con unos ropones que le confundaban cabeza y todo; a la hora de trincar el pan y su maravedí, no hacía más que echar fuera de esos ropones una mano como un sarmiento, a cara tapada y sin decir pío.

La primera vez que la vi de lleno fue también la última y, si no es porque ya sabía que andaba mirándome con buenos ojos, no hubiera podido yo pegar los míos en un mes, de la impresión. Se avivó de golpe una tea de las paredes y, con voluntad de que se la viera, me descubrió y levantó su cara la Madre.

De cien años tenía que pasar aquel cuero arrugado, reseco y aceituno, la nariz chafada y malcasando con una barba en punta como bauprés de navio, a la que remataban unos pelos lacios y pocos, pero largos. Mora me parecía, o más antigua; a judía no me sonó. Una ceniza de mechones le temblaba junto a las mejillas chupadas. Y no podía creermelo que, en medio de todo ese estropicio, yo estuviera viendo el par de ojos negros más nuevos, grandes y hermosos del mundo, con todas sus pestañas de media vara, almendrados y sin ojeras ni patas de gallo alrededor, que cualquier doncella de quince o dieciocho hubiera dado algo por tenerlos. Me habló y la voz también era fresca, de muchacha.

—Come bien mañana, galán —me dijo—. Junta fuerzas, pues antes de que la luna salga dos veces has de conocer mujer.

No sé por qué alargué las manos y se las puse encima de los hombros, y ella me lo aclaró como leyéndome por adentro.

—Aunque me las echas para detener el miedo que ahora te estoy dando, bien están esas manos ahí, y también si de moza fueran, porque al través de ellas siento el fuego de la juventud. Ven.

Diose vuelta y la seguí hasta un lugar estrecho y cerrado que estaba poco más allá, con un pedazo de tapiz arruinado por el suelo. Sentí allí dentro un olor muy rico a benjuí, entreverado con el de la humedad del caserón. Encendió La Madre Oscura una alcuza, me hizo sentar, se acomodó enfrente mía cruzando las piernas y sacó de entre sus ropones un pescadito de verdad y seco, una raíz con trazas de persona y la baraja más de extrañar que haya, muy grandes los naipes y con figuras nunca vistas. Tocó tres veces la baraja con la raíz y, entre carta y carta de las que me echaba, volvía el pescado de un lado y de otro, mascullando algo de un Santo Cuerpo de Alejandría. Yo andaba más en ánimo, medio hecho ya a verle aquellos ojos mozos en una cara tan acabada, pero con un roe-roe intranquilón por las carnes.

En la primera carta de mi suerte vi una cabra puesta en pie, con vestido, zapatos, pechos y brazos de mujer. Sobre la palma de una mano en alto tenía una nave, y en la otra un disco blanco que, por los rayos que lo arrojaban, me pareció la hostia santa.

—Es la mujer que va a ser tuya pronto —me dijo La Madre Oscura— y no llegará a Cádiz de fuera, ni ahora mismo está lejos de esta casa. Date a ella como va a dársete, así no os volváis a ver. El barco que tiene en la mano declara las muchas mares que te esperan.

La creí a pies juntillas, por lo tranquilo de la voz y porque ya me había atinado en lo de no conocer mujer: verdad era que, con todo mi corpachón, aún no había catado yo cama de amores, sino andarme hociendo con unas y con otras en revolcones o toqueteos que siempre acababan en besillos y en nada. Debía estar ya casi en los veinte y decían las hembras que, justo por lo gallardo y serles yo de gran agrado, habían

de andarse bien a ojo conmigo. Así que, aun buscándome muchas para hacer pillerías, todas terminaban hurtándome su abajo y aburriéndome.

Seis o siete cartas cayeron luego muy aprisa. A una, antes de que yo pudiese ni ojearla, la retiró y barajó la vieja como sofocando un quejido.

—¿Qué fue eso, Madre?

—Déjalo —me dijo—. No hay final bueno. No lo hay para nadie, y el tuyo salió aquí adelantado. Estáte a lo que tienes por delante.

—¿Cómo que adelantado? Pero ¿no ha de cogerme viejo ese final? ¿Me va a llegar pronto?

—No. Pero así te llegara tan viejo que ni pudieses moverte, igual te parecería pronto. Deja eso, que tiempo tienes. Y largo.

Distinguí en una carta un gallo negro y sin ojos encima de una bola; en otra, el corraje vacío de un tamborero, con sus roces blancuchos en el sitio del tambor y los palillos; un redondel partido, en otra; en la de al lado, una cruz hecha de hojas verdes y secas, con un niño de pecho por el aire. Otra tenía un árbol con tres ojos en el tronco y frutos de tres colores; en una de las de abajo vi una bandera con un león pintado en un libro, y, en la de junto, el sol y la luna con caras de hombre y de mujer pasadas por una flecha.

—Mucho vas a moverte en este mundo —dijo La Madre Oscura levantándose—. Y ahora vete con mi consejo de dormir bien y de hacer por comer mañana. Nada temas de los amores, que has de conocer en seguida, pues no van a quitarte, ni a ella, el contento y la libertad.

Había vuelto a encapucharse y ya no la veía, pero como al final se le había ido la voz enronqueciendo y cascando muy ligero, se me ocurrió que a lo mejor tampoco lucían ya en su cara aquellos ojos jóvenes.

Me acosté y no cogía el sueño. Tenía mis cartas como a la vista, no daba con lo que querrían decir y no me sentía embaucado por La Madre, que ni me pidió nada por echármelas. Caí dormido oyendo cantar a un

gallo y mi fijación dio en figurarse que podía ser el gallo ciego de mi suerte en la baraja. Desperté bien tarde; del día que siguió no se me han olvidado ni las nubes de paso.

Me sacó de ayuno un portugués, freidor en La Corredera de otras cosas de masa y de buñuelos, que los hacía muy buenos y que, como no me veía siempre más que mirarlos, tuvo en gracia aquel día convidarme a tres, hasta con su miel y aun con un buche de aguardiente para empujarlos. Me los dio diciendo:

—Quien muito mira, poco tene. Come, come.

Medio callado ya el perro del hambre, tiré a despejar piernas y cabeza a donde los pasos me llevaran. No eché Plaza abajo pues por el largo de la marina no había quien pusiera pie, lleno como estaba de moriscos a embarque, con unas pocas familias de judíos. Aquella mañana, si no es que había allí dos millares de esas gentes, es que había tres, sentados entre sus enseres, con su tercio de soldados a celarlos y, como siempre, con mucho lagrimeo, lamento y cara larga unos y otros, porque de todos los lugares seguían trayéndolos sacados de sus casas y oficios, y echándolos fuera de España yo qué sé por qué.

Fui por donde la canal seca, de la calle de la Pelota a Puerto Chico, y salí a la Banda de Vendaval entre los destrozos de los murallones antiguos. Despacito y mirándomelo todo, me dejé atrás el molino de viento que da a la mar sin murallas delante de los Capuchinos y bordeé viñas y retamares hasta la ermita, que esa parte de La Caleta siempre me cayó a gusto desde que, siendo yo una menudencia, me llevó mi madre una tarde.

La ermita estaba abierta y el Cristo de los Panaderos medio fuera de ella, con las piernas al sol y tumbado por tierra en su cruz cuan largo es, porque la claridad llega corta adentro y había venido un señor forastero a repararle los desconchones, según me dijeron unas cuantas vecinas que



estaban mirando ese trabajo.

Por el arrecife no había más que unos militares, yendo y viniendo del Castillo nuevo en la punta de San Sebastián, y una cuerda de galeotes que pasó rechinando sus hierros. Vi cuatro o seis jugadores de pelota y unos espadachines más acá, aprendiendo estocadas en la arena al pie de la Puerta Vieja, con bien poquita gente de pesca o de paseo. Sin prisa, tiré por la playa y volví luego al arrecife con la mar a un lado y otro en hora de marea baja, distrayéndome con lo que veía, dos galeras fondeadas junto a una barcaza, un galeón a medio hundir en la rompiente de Arnao, el chapoteo de las lisas por los charcos y pozas, el bullir del marisco y el perseguirse y el comerse de los bichos de la mar, como los hombres.

Sin ser leído ni escrito, ya me habían llamado la atención otras veces, por esa Caleta, tantas ruinas y señales que de los antiguos hay allí. Propia mierda somos, bachiller, hijo, y bien que enseñan esas piedras dónde acaban las trabajeras de la gente. Los paredones rotos, esos grandes que se salen del corral de pesca, ya por la boca de la cala, metidos en los maretazos y con unos graderíos al agua cualquiera sabe para qué fiestas y jaleos o qué peleas y matanzas, los mármoles caídos y otros en pura grieta y tenguerengue, los cachos en estatua de hombre y de mujer entre las peñas y el oleaje, desnarigada y sin los brazos ésta; la cabeza sola de otro; a falta de una teta y de una pierna aquélla. Y el sol y la mar y sus pájaros alegrándolo todo como si allí no hubiera pasado nada. No las cavilaba yo como ahora, muchacho, pero eran esas vejeces y esas cosas las que me andaban dando vueltas por adentro.

Entonces fue cuando vi a la mujer.

Venía con una esclava negra llevándole una sombrilla, como volviendo del Castillo y del hoguerón que guía a los navegantes por la noche. Ya la había mirado y remirado yo, más de un oscurecer, por la calle de la Carne y los callejones del Pópulo. Pero entonces fue cuando la

vi de veras, y entiendo que ella a mí y no malamente, pues me pareció que, en echándome encima los ojos, ya no me los quitaba, estando tan a la vista, aun de lejos, qué poquitas ganancias podía dejarle uno a aquel lucero de la mañana. Me miré de soslayo el calzón, a tiras por abajo, y la camisa aventándome las carnes, hecha comedia de lamparones y boquetes.

De La Curruca se hablaba mucho, fue la mujer de pago más nombrada por toda la marina de Cádiz, todavía más que La Golondrina y La Maldegollada y La Collantes, y era famoso que un capitán de galeones y un caballero holandés don Bernardo, muy adinerado, hubieran muerto sin confesión en desafío por ella, a pistola uno, el otro a espada y cada cual en su duelo. También se refería que La Curruca no le hacía ascos ni repulgos al que le cayese a gusto, y que sus mañas habían embarcado para Indias, con buenos cargos, a hombres que llegaron a sus brazos con lo puesto, más pobres que las ratas.

Poco tardé en darme cuenta de que era esa Curruca a quien estaba mirando. Echándome a un lado, me paré bien serio y entorné los ojos contra el sol para mejor verla acercarse. Antes de pisar ella un puentecillo de tablas que nos apartaba, vi que se detenía como yo, sin sonreír tampoco y mirándome igual de arriba abajo, quieta. Algo le dijo a la negrita, que era también una real hembra con dos pechos como dos cántaras, y reparé en que reían juntas pero no de mí, sino por mí, por el coqueteo y el dengue. Yo estaba como fuera del mundo. Pasaron por fin el pontezuelo, entre melindres la negra, como con el temor de que se les trabara un tacón en aquellos maderos enguachinados.

Ya me veía muy cerca a La Curruca, bajo la sombrilla blanca aquel pelo color de oro, aún más claro que el mío, el cuerpo lleno, según se lo pintaba el viento contra el vestido, y la cara como de criatura inocente, con una boca chica y carnosilla como para echar a comérsela sin

miramientos aun delante del Papa de Roma. Tuve el barrunto de que moverme o hablar no venían a qué, así que me estuve sin mudar postura, decir palabra ni alardear el tipo, y hasta desvié los ojos a la mar por no hacerme ver el babosón tonto de capirote. Pasaron de largo ellas, aprisa, y di el lance por perdido. La Curruca siguió para la Puerta Vieja, más derecha que la reina de Samarcanda, y no miró atrás ni apaciguó el paso. Pero la negra se me vuelve cuando ya estaban como a medio tiro de piedra.

—Zepa el rubito —me dijo— que zi un guzto zintió viendo a mi ama, también lo ez el que noj ha dao verlo. Y ella, que zuz obligazionez tiene ziempre, contenta laz deja caé para ve a Zu Merzé en la Casa del Ssantre, un cuarto pazada esta medianosse. Abajo y zin llamá al portón ni dar voces.

Dije que sí con la cabeza, corrió ella para alcanzar a su dueña y se perdieron en la resolana.

Yo seguí quieto y como entortado. Caí en que a lo mejor iba a cumplirse la profecía de amores de La Madre Oscura, pero no era capaz de figurarme a aquella Curruca de maravilla con una puñetera cabeza de cabra, como la del naípe. También reparé en que otra adivinación de la vieja, la de que no andaba lejos la mujer que iba a recibirme, venía a molde con lo de la Casa del Chantre, el putanar de los señores, allí a veinte o treinta pasos del caserón de La Madre.

Toda la tarde anduve de nervios entre la impaciencia y el contento, pelón de ochavos, sin dar con la manera de ganarlos ni cosa que llevarme a la boca, contra el consejo de La Madre Oscura de no estarme aquel día sin comer, y recelando de que ese privilegio tan grande de la cita con La Curruca no fuese más que una burla, lo que, encima de verme otra vez hambriento, me retorció y envenenaba el humor.

No habían dado el toque de ánimas ni rondaban aún las guardias de

noche cuando, estando en esos desesperos y de acá para allá a ver qué caía, vi por la calle Juan de Andas a un gordo soberbión muy ensombrerado y engolado, con capa y vestido de los buenos. No me pareció corriente que fuese sin espada, compañía ni luces a aquella hora más oscura que clara. Andaría por los sesenta años, de los que ya no iba a pasar.

Me fui atrás de aquellos cachetes colorados y pringosos, de señorón bien comido y bebido; más arrimado ya a sus pasos, creí oír en su bolsa hasta el retintín de los reales, que es la más linda de las músicas. Caminaba tranquilo y yo en ansia; poco iba a durarle el regodeo pero ya no le quedaba en la vida más que un mal rato, con ahorro de todos los demás. Ninguna maldad se me ocurrió al principio; lo seguí sin pensar, como el hierro a los imanes.

Dejó a un lado mi gordo las tapias del huerto de las agustinas de la Candelaria y abordó la calle del Sacramento. Cerca de la del Correo Viejo y como yendo para el Corral de Comedias, tomó una calleja que podía ser la de su casa, según lo vi aflojar el paso. Lo adelanté en unas zancadas, me volví de golpe y lo acorralé contra un rincón entre dos puertas, lleno de desperdicios por el suelo.

—La bolsa y callandito.

Pareció él no extrañarse. Ni siquiera respingó. La juventud se requema con lo menos pensado y, si anda malamente, siente como enemigos a los de más edad. Al entrarle a mi hombre, ya me cayó en disgusto verle un temblique cobardón en los labios y ningún miedo en los ojos, que me miraban cara a cara. Vi que esos ojos se fijaban en mis manos desarmadas, y que a la boca se le iban yendo los temblores. Me entraron un pánico y una cólera; noté o me figuré lo que menos cuenta le traía: que le andaba perdiendo el respeto a mi muchachez y que me la iba a ganar por viejo y a no dejar que le llevase sus reales un chiquilicuatro.

Nada podía haberme dolido tanto, pues el mozo en cochura es muy celoso de sí mismo, y más los hijos de la necesidad. Un sabor raro, como a sangre, se me venía a la boca.

Subió el gordinflón una mano a los pliegues de su capa, como para obedecerme, pero al verla encaminársela a un costado estirando los dedos, me olí lo que podría salir tras ellos y me dejé de pipirigañas. Encomendándome a Dios, le ayudé con la mano izquierda a apartarse la capa por arriba y en seguida volví a cubrirle con ella el pecho y también el Moreno, que lo había echado al aire con la derecha y se lo metí hasta media hoja donde yo sabía que había de hacerse.

Me siguió mirando como sin creérselo. Un golpe de sangre le entreabrió y rempujó los labios como bicho que escapa, pringándole la perilla. Entonces dijo «no» muy bajito. Luego, ni un ay soltó. Se apoyo en la pared y se fue escurriendo a los desperdicios del suelo igual que muñeco de títeres, ya sin menear un dedo.

Eché una rodilla al suelo, le jalé la bolsa y, en tomándola, sentí su mucho peso. Rebusqué más. No andaba equivocado; al costado derecho, el mango del pistolete me hizo saber que, de entretenerme un poco, soy yo el que no la cuenta, pues ya era de estos nuevos chiquitos que no precisan mecha. Me lo remetí en la pretina, tapémelo como pude con el faldón de la camisa y me guardé el Moreno luego de limpiarlo en la papada del difunto. Para la bolsa, gruesa y de cuero repujado, no tenía escondite y llevarla en la mano era una perdición si me veían. La vacié y la tiré, me repartí por la ropa lo menudo y apreté en los puños las piezas de oro y, de las de plata, las de más bulto.

Al alejarme, iba otra vez con los nervios, pero más que de susto, de alegría por mi buena estrella. No corría un pelo de aire. Tiré lejillos aposta, por la cuesta del Gitano Rico y la capilla del Beaterío, como para San Francisco, y de allí bajé sin bulla toda la calle del Rosario. Ni por el

camino ni luego en la Plaza me di con nadie, mas que con Martinillo el Tonto, el de los Galeones le decían, allí solo delante del Cabildo arrastrando los pies muy despacio, bamboleándose y resoplándose los harapos porque, cuando no iba apedreado y al corre que te pillo, se creía galeón y se estaba las horas muertas remedando el andar del barco y hasta el viento en las velas.

Fuime al bodegón de Hernán, atrás de la Puerta de la Mar, busqué el banco más apartado y me senté encima del oro y la plata que llevaba en las manos. Cené media hogaza de pan, una escudilla de frijoles guisados, otra de pescado hervido y un cuartillo de vino blanco. Entre trago y mordisco, eché cuenta de la hora para la cita con La Curruca y pensé en el muerto sin reconcomio; otros sí que me pesaron luego un tanto, bachiller, hijo, y uno de ellos hasta mucho. Pero aquél y la mayoría, a qué decirte una cosa por otra. Era como si me hubiera deshecho de una cucaracha, y más cuando, después de haber corrido por Cádiz noticia de su final, lo supe comerciante rico con las Indias, edecán del gobernador y soplón de denuncias contra gente ante la Inquisición bendita.

Cenado ya, se me subió el desatino de salir del pistolete pagándole con él al bodegonero lo que me había comido y bebido. Era nuevo, empavonado con ringorrangos muy vistosos de cuerno o de carey, sino que lo de uno es el cuchillo, hijo; no llegué a perderle afición ni cuando medio aprendí en Indias otras artes de armas, con los piratas de Amaro Bonfim. Me comprometía y me estorbaba llevar aquel pistolete encima, y tampoco sabía manejarlo, así que el Hernán hubiera quedado ganancioso y yo sin el engorro. Pero me percaté a tiempo del peligro que eso podía acarrearle y pagué con lo menudo. Atendiendo otra vez la hora, supe que estaba al caer la medianoche. Volví a apretar mis dineros en los puños cerrados y salí a cortar camino para mi cita en el Pópulo; primero me llegué a la mar, fui hasta la punta del muelle chico, el que hicieron

cuando vino un hijo del Rey, y tiré el pistolete al agua por donde la sabía honda, lo más lejos que pude. Me contrarió ese despilfarro, pero me quedé tranquilo.

Por lo más oscuro de las calles aligeré luego el andar, poniendo cien ojos y oídos para no darme con rondas ni corchetes, ya revueltos acaso por lo del muerto, aunque casi no había noche en que no cayesen uno o dos, igual que hoy. Seguía temiéndole a un chasco con La Curruca; ahora iba con dineros, pero ella me había llamado de limosna y ya se sabe que, cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía. Remonté como una sombra la cuesta de San Juan de Dios, pasé el Arco y llegué por la calle del Mesón a la Casa del Chantre, dejándome a un lado la de La Madre Oscura y el Castillo.

Mi desconfianza y mi impaciencia no tuvieron que esperar; apenas apoyarme en ella, la puerta se abrió a mis espaldas y la negra que ya te dije, en chanclas y llevando un candil, me pidió silencio dedo en boca, me hizo pasar y subió por una escalera ancha de mármol, alumbrándome el camino.

Aquella grande y muy limpia mancebía, junto a la Iglesia Mayor y que había sido un ala del Palacio del Obispo, no me sonó a lo que era y yo esperaba ver; pensé que, a lo mejor, de día llevaba otro trajín. Por ningún lado me di con lo que creí darme, con una zarabanda de mujeres y de caballeros pasándose entre regocijos, vinos y cuchufletas. La casa semejaba un camposanto, fuera de algún tardío jadeo o chillidito que salían de cuartos cerrados. En esa callazón tan espesa, el chirrichirri de un grillo me pareció canto de canario flauta.

Tocó la negra apenas con la yema de los dedos en una de las puertas más alejadas, escuchó, me tapó la boca y, llevándome de la mano, corrió de puntillas conmigo hasta el fondo del corredor. Desde allí, quietos en lo oscuro, vi salir al rato de aquel cuarto a un hombre que se fue sin prisa,

ajustándose los puños rizados y el cinto de la espada. Cuando los pasos se apagaron y sonó el portón en la casapuerta, tornamos a la alcoba, volvió la negra a llamar y, al oír que acudían, me dio una palmadilla en la cintura y se fue con su candil.

Alguien me hizo entrar tomándome un brazo en la puerta y luego la cerró; de oscuro que estaba, si me acerco un dedo a la nariz, ni me lo hubiese visto. La mano que me guiaba llevóme hasta lo que, rozándolo primero mis rodillas, sentí ser una cama ni blanda ni dura, y lo suave de sábanas buenas. Con un miramiento grande, dos manos, no ya una, me volvieron el cuerpo y me hicieron sentarme y luego echarme en esa cama; ni para Dios aflojaba yo en mis puños los dineros del muerto y ya estaba intranquilo de no ver, aunque oler sí que olía a esencia de flores. Me rozaron la oreja unos labios, y una voz de hembra, algo ronquilla, me dijo:

—No hagas caso del hombre que habrás visto irse, porque él vino por su voluntad y pagando, y tú vienes por la mía y regalado. Espera.

—Su Señoría mande, señora —le dije así como embarullado.

Se movió la mujer y oí sus pies descalzos por la habitación. Me llegó una corazonada y era la de que, pasara lo que pasara y según La Madre Oscura me había dicho, yo no iba a quedarme allí enamorado ni embarrancado: que aquello iba a ser otra cosa, aunque mucho más grande para mí que para la que me estrenase. Escuché en esto un chasquido largo y la luz de la luna menguante se metió por el cuarto casi hasta la cama, porque la mujer había descorrido una cortina a la calle. Ella se apartó a un rincón en sombra, como sin querer hacerse ver todavía.

Me senté en la cama y, quitándome la ropa en dos tirones, me agaché y la puse bajo el lecho junto a los dineros y al Moreno. Fuera, por atrás de una torre cuadrada de piedra, resonaba la mar. Volví a echarme y aún pasaron unos momentos que se me hicieron horas. Luego, dejando su



escondrijo y plantándose despacio en medio de la alcoba, la mujer me enseñó aquellas carnes y aquella cara que tampoco han de írseme de la memoria mientras viva. No sé en qué años andaría entonces La Curruca, muchacha ya no era, pero cara y pelo y hechuras y blancura quitaban el sentido, y su trato en cama, más.

Me dio sitio de hombre sin perder el suyo; yo era virgo cabal, mas tenía ya todo el aprendizaje de varón como hecho y en la masa de la sangre, y La Curruca supo hacérmelo lucir. Claro que fue ella quien llevó los pasos del baile. Sabía más que el Ratón Colorado y aunque yo, por vivo, me embarcara sin tardanza en este o aquel juego de placer, ella era la almiranta en echarlos a andar, ya digo que dejándome también un mando y sin siquiera hacerse la sabihonda, pues hasta me contó en una parada que dos de las posturas más gustosas las había aprendido de dos señoronas principales, a las que ella y la negra les buscaban amoríos de tapadillo y el sitio donde gozarlos sin susto.

Clareó el día cuando no me lo esperaba y, lo que es dormir, dormiríamos cosa de una hora, a eso de las cuatro sería, enredados los cuerpos y sin taparnos más que con la luna porque no hacía frío ni calor. Me desvelé entonces con mucha sed de ella, temblando, besando, tocando medio dormido todavía, cuando ya me creía harto. Le tomaba las ancas o los pechos y era como si se me agrandaran las manos y la estuviese abarcando entera, todo yo hecho manos, que bien entendí el dicho de que no hay mano mejor llena que la de teta.

Temí andar pasándome, y que se enojaría. No fue así. La Curruca respondió a ese reclamo y de sopetón, con tantas o más ganas que uno, y acabó, no sé cómo, por las tablas del suelo y como si hubiese perdido la vida en el desahogo, tan fuerte que lloró a lágrima viva, pero entendí que no de pena. Cosa grande, si en este mundo las hay, era verla tronchada allí, derramada en cueros por la tablazón mientras la cabeza y los brazos

descansaban encima de la cama, enredado en mis pies sucios el matorralón rubio del pelo.

Meladeé para llenarme de ella los ojos, y entendí su fama, y por qué traía a tanto hombre al retortero y en pasión. Hijo: algo que nunca hice mal hecho fue yacer con mujer, saber darles gusto por largo y dármelo yo, pues mala artillería no me dejó mi padre el clérigo, todo hay que decirlo. Pero creo que fue entonces, mirando aquellas carnes por el suelo, cuando se me despertaron las mañas del que disfruta y hace disfrutar.

Ya de mañana, tomó La Curruca mi camisa y mi calzón, vio que nada había en aquellos trapajos, se echó una sábana por la espalda y, acercándose al balcón muy tranquila, los tiró a la calle con mucha risa. Le dije que qué había hecho, y si quería que yo anduviera por Cádiz en cueros como Don Golondrón. Se fue entonces para un aparador, sacó de él un jubón canela, camisa y calzón negro, cosa fina todo, y me los echó por el aire a los brazos, diciéndome:

—A pesar de que te veo regando oro y plata hasta por debajo de las camas, roto viniste y vestido saldrás, pues creo han de irte bien estas prendas que un caballero de la Armenia se dejó aquí. Calzado es lo que no tengo, rey mío.

—Señora —le contesté haciéndomelas de hidalgo—, por eso que decís, y siendo su merced más que toda la plata y todo el oro, hace un rato también andabais por el suelo: tomad de él lo que queráis.

—Bastante me has dado, ya otros pagarán —dijo La Curruca.

Vestí aquellas ropas del armenio, que ciertamente no me estaban mal, me embolsillé en ellas mis dineros y, besando en la boca a la mujer, salí al corredor y cerré la puerta.

La Casa andaba todavía durmiendo, pero a los pocos pasos oí a mi espalda otros muy quedos y suaves. Me volví. La negrita se me restregaba por atrás, rodeándome el talle con los brazos.

—¿Zí? —eso fue cuanto me dijo.

A la vista estaba lo que quería y no lo pensé dos veces, pues, aunque después de tal noche andaba de los de abajo vacío como tripa de sacristán, entendí corriendo que más valía lo de «Muera Marta, muera harta» y que aquel chocolate de pechera tan valiente, con dos caperuzas tiesas que se clareaban a la vista como si nada tuviesen por encima, iba a volver a llenarme como a la Fuente de la Merced.

Llevóme la negra hasta un zaquizamí con su camastro, que caían sobre la alcoba de su ama, y entré para bien en aquella otra pavana de más basto pero no más chico sabor, pasando ella de alcahueta a servida, y yo, de las natas blancas de La Curruca a un betún africano que también tenía su gracia, y mucha. Tampoco me quiso tomar salario la negra, de cuyo nombre ni llegué a enterarme, pero de alguna manera supe que, cumplido el capricho de las dos, todo estaba ya hecho, que era mucha Casa aquélla para uno y nada se iba a repetir ni con dineros ni sin ellos, así que de esas jornadas en El Chantre, una y no más, Santo Tomás.

Allá a la hora de comer, y con unos zapatos de viejo que me compré por los baratillos, ya estaba yo callejeando, sin mirar siquiera a las hermosas que pasaban, largo de bolsa y vestido como un señor.

*...y limada la fiereza de sus colmillos, afligía al león hispano la caída de su poderío por tierras y mares, y, reinando más que los cetros, desaliento y mendiguez, pirateo y bandidaje, atraso y ruina grandísima, llenaban de malvivientes las cárceles y presidios de esta bahía, como los de la Nación toda. De un picaro y tahúr El Rubio Juan, que llamaron otros La Fiera por compinche de un panadero o confitero en ciertos horrendos y extraviados sucesos, afirman don Gaspar Des Vries y fray José de la Trinidad, tomó hala el modelo de su libro escandaloso. Oscura y sangrienta por demás hubo de ser la vida de aquel bribón; cortas son las noticias que de él se tienen; dónde nació y murió, se ignora. Harto inciertamente, anota Des Vries que, joven aún, pasó de Cádiz a una villa cercana, Sanlúcar acaso, el a la sazón próspero Puerto de Santa María o, en opinión de fray José, Jerez de la Frontera. En lo que todos concuerdan es en que tanto o más licencioso debió ser el Irala que El Rubio mismo...*

## **2. Dichas y traspiés de Cantueso en El Puerto de Santa María, con cuanto le ocurrió por el camino**

*A 17 de enero. ~~~ Razón llevan quienes dicen que en mano de miserable el agujero es más grande, y a mí entonces me salió ese refrán que ni bordado. Pero también aprendí, y no se me despintó, lo de pan para hoy, hambre para mañana, y que a los dineros no es cosa de tirarlos sino de estirarlos. Mirar por ellos es lo que ya hice después, aunque, con mis últimos tropiezos y arrebatos, haya terminado como empecé, de manirroto y malgastando cuanto tenía.*

Pero vamos a ver, hijo: serán unas dos semanas las que, con el permiso de tu señor tío, llevas viniendo a este calabozo, y me dices que

pasas a limpio por las noches lo que por el día te voy contando, aun en domingos y fiestas de guardar. Mucha brieda es ésa, más para ti que para mí. Y, sin ser tú una tiritaña, tampoco me pareces hombre de grandes fuerzas. Flaquillo te veo y no hay mañana en que, aquí conmigo, no le des por lo menos doce vueltas a ese reloj de arena que te traes con tus papeles, el tintero, la pluma y esa tabla con patas como mesa. De modo que, sin contar tu trabajera de por las noches, lo del día son seis horas de garrapateo para ti, dos pliegos de esos largos y con esa letra de mosquita; y para mí de gastar saliva, cortarme en lo mejor porque te entretienes en ponerlo más bonito, pintarte fatigas pasadas que me encona el manosearlas, y rememorar gustos que, si al momento me alegran, me amargan luego, como todo lo que se perdió y ya no va a venir, así lo llamen las trompetas del Espíritu Santo.

Quieres sacarme mi vida de la boca cuando ya los dientes se me caen de ella aprisa. Y me va pareciendo que la escribes por lo fino, pero también sin quitarme mi habla a mí, tomándome mis palabras, los dichos y yo creo que hasta el resuello. Ya has empezado a ver que, de mis pasos por el mundo, pocos fueron buenos, y tan seguidos todos en entuertos y zozobras que aun los que pensaba estar dando para adelante se me iban para atrás. Pero mucho viví y no me quejo, salvo de verme aquí encerrado y a sentencia, sin comerlo ni beberlo.

Según me hablaste, no uno, sino dos libros son los que vas a hacer. El primero, con toda la verdad, que ése no saldrá de ti y de mí. Y luego un libro más corto para disimular, entresacado del otro y que lo darás a imprenta con intención de que la gente se pegue golpes de pecho leyéndolo. Ahí pondrás «digo» donde dije «Diego» y plegarás las cosas como pañuelo sucio, que no se le vean las mocarradas secas, sino la mancha por el revés. Y lo que más me recalcas es que ese libro que publicarás, aun siendo de ejemplo cristiano para escarmiento y aviso de

pecadores, no podrías hacerlo si no te cuento todo lo que en él no va a salir. Bueno es si tú lo dices y poco tiene uno que perder; mira por tu provecho, que yo miro por el mío y por quitarle mi pescuezo al encapuchado.

Inventar, nada tengo que inventar ni maldita la falta. Si algo de lo que te refiera te parece imposible, ten a buen seguro que mis ojos vieron, o creyeron ver, cuanto te llevas en esos papeles, y ya sé que, con hablarte verdad, le puedo alejar a mi cuerpo martirios que quieren llegarle y le retraso a este gañote el nudo de cáñamo, que es final que no me cuadra. Y menos, por lo que no hice.

No me faltan señales, te lo dije, de que tu tío el alcaide haya empezado a discurrirme inocente en lo de las matanzas y el pasteleo. A lo mejor, por ese buen conocimiento suyo y esto de tus escrituras, es por lo que no me están llevando a sacar piedras del agua en la bahía. De punta se me ponen los cabellos cuando, antes de clarear, escucho a la requisa pataleando por esta trena, abriendo calabozos y rempujando a gitanuelos y condenados para la orilla de la mar, que quienes no dejan la vida en esos trabajos vuelven como muertos al caer la noche.

Postre de horca tuvo uno que estaba ahí enfrente, uno de Sanlúcar que le decían El Francés, y que volvía tosiendo y sofocado como perro con moquillo pero canturreando: él estaba en que lo iban a redimir del verdugo esas obras en la marina, por las fatigas que ya llevan; bien sabrás que hasta en marea alta, el agua a la cintura sea invierno o verano, y a media cadena algunos, pues ni para eso se las quitan del todo, han de seguir batallando con las peñas de la mar, sacándolas a tierra entre diez o treinta o los que sean, y luego ir echando las lajas de fábrica si hay que echarlas. Pero al de Sanlúcar, ca. Lo colgaron lo mismo, y eran de oír las voces que iba dando cuando se lo llevaron con el fraile atrás, va para una semana. Y yo, que podría estar ya boqueado de cangrejos y camarones, o

picado de gaviotas, pues aquí sigo a cuenta de tu tío y tus papeles, y ni a la ribera voy.

Tampoco es mala seña, ¿sabes?, que de un tiempo a esta parte, desde que estás viniendo, tiénenme medio aseado el calabozo mientras que los demás revientan de bichos, y me esté topando yo en la escudilla del rancho, entre los mendrugos del sopón, unos huesos calientes de vaca de puchero que aquí a nadie se los ponen y, aunque de masticar bien poco traigan, son de buen oler y chupar. Mucho me alegran esos huesarrones porque ya ni me acordaba del olor del caldo y el gusto de la carne, y, más que nada, porque veo en ellos que tu señor tío ha de estar mirándome con buenos ojos y haciendo por mi pelleja cuanto puede, como me has dicho. Eso de los huesos debe ser cosa suya: de los cochinos carceleros, por mi madre que no lo es.

Lo que yo quiero es que él y tú y los señores jueces y Cristo Santo, estén en lo mismo: en que yo no tengo arte ni parte en lo de la pastelería de Puerto Chico: matar, yo he matado y mucho, pero eso no me toca, ¿cómo te lo voy a decir? Entérate y créeme, que tú has de creermme después de estarte llevando en tus papeles lo que a nadie le diría ni hay ya manera de saber. Ayúdame. Y si a mí que no lo hice me están llamando La Fiera, ¿al que lo hizo no le han puesto nada? Ayúdame, hijo. Otra preocupación no tengo contigo, pues bien sé cómo eres y que, de todo lo que te cuente, vas a echar a ese librito piadoso el caldo y no las tajadas, que también se te atravesarían y atragantarían en el San Tribunal si las publicas tal cual fueron.

Pero vámonos al grano, no se te vayan más tinta ni tiempo en lo que no es, y agradezcámosle a Dios que sea yo tan memorioso.

Te venía diciendo que, después de verme con dineros según salí de la

Casa del Chantre, quedé limpio de haberes como patena santa a las cinco o las seis semanas, si no fue al mes. Volvieron a caerme las hambres y más ladradoras que nunca, porque los reales del gordinflón ya me tenían hecho a comer caliente un día sí, otro no y el de en medio.

Aun con todo lo que me tiraba, no volví a pisar la Casa del Chantre, pero tan fuerte y reciente tenía eso de gustar mujer que, de cada real, medio se me fue en putillas, hasta que ellas me cansaron o me quedé sin nada.

Yendo por la Calle Nueva no me faltaron ganas de entrar para hartarme en la tienda de Bonmatí, que ya era la más alabada en Cádiz y la más llena de cosas ricas, todas allí a la vista; muchos años después me di ese gusto, y más grande, aunque tampoco me comiera ni una, ya verás. Y también tuve que hacerme el fuerte y no meterme cualquier noche por el figón de María o el de Montesinos, para enterar a mi barriga, aunque fuese una vez, de esos pavipollos estofados, tartaletas de ternera, meros, gigotes, picadillos y natillas que les llega por seguido en el mantel a la gente grande. Me paró el talento y no fui, porque el que yo había muerto no era cualquier muerto, y porque no puede ir de pronto enseñando abundancias quien se ve que nunca las tuvo, ni entrando en sitios de la grandeza el que no sabe andar por ellos, y menos si es un rapaz.

Cincuenta reales de a ocho pagaba el señor gobernador, y otros cincuenta la familia del espichado, a quien diese razón y noticia del matador de don Luis de Argumedo, que así se llamaba quien despené. Llegó esto a público pregón, puso bandos hasta el Cabildo, prendieron a gente y un mercader de Flandes a quien, queriendo o sin querer, había arruinado el difunto por causa de un cargamento a Indias, fue empapelado y llevado a confesión sin tener nada que cantar, y salió hecho una lástima. Los puercos corchetes, que se roen los codos y están a la que cae, no cesaban de mosconeear con tal de poner uñas en las recompensas, y una



noche anduvieron metiendo las narices hasta en el cobijo de La Madre Oscura, donde hacía mucho que no entraban.

Como no se me iba ni una de éstas, me gasté los ochavos sin enseñar dos reales juntos, no fueran por ellos a dar con lo que hice o no me fuese a ver por lo menos, después de tanto librarme de él, encima del borrico de los rateros, amarrado de manos y piernas, oyendo el tambor atrás mía y azotado por esas calles con el zurriago de tres costuras. Cuando tenía que cambiar las piezas más chillonas, lo hacía siempre una a una, con forasteros de la mar y en la misma ribera, allí donde van a distraerse en la subasta de los esclavos, o con la leva de la Punta de San Felipe, en la mesa de la Armada Real, a ver cómo los vagamundos se juegan a las cartas su suerte, ganando unos dineros si el teniente se las saca buenas o, si les salen malas, yendo a segar los campos del Rey, según le dicen a remar en galeras.

Seco mi caudalillo, y como aquel revuelo del muerto no amainaba, me entró el sinvivir de que acabara dando conmigo la Justicia. Con ese malestar, la hambruna otra vez en todo lo suyo y la hartura de estar viendo siempre lo mismo, se me ocurrió cambiar de aires, cosa que ya llevaba un tiempo apeteciéndoseme. Caí en que, si lo sobaba mucho o lo dejaba para más tarde, de Cádiz no iba a salir, así que me dije: «Ya que me pusieron Juan, el día de San Juan me voy», y no faltaban más que seis fechas.

Esa mañana temprano, antes de la procesión y de las chirimías y las danzas de negros, ya estaban los niños para arriba y abajo con los lárgalos y los muñecons de la fiesta, «echa a Juanillo por el patinillo», zarandeándolos y bailándolos por calles y patios, y juntando los leños y esteras viejas con que los queman por la noche. Se me encampanó el miedo, no fuera a acabar también malamente este Juanillo, y eso acabó de darme alas.

Pensé y luego eché a un lado despedirme de La Curruca; la ropa que me dio ya había sufrido lo suyo, como la del que duerme con lo puesto y anda sin prendas para cambiarse. A quien le dije adiós fue a La Madre Oscura, que la vi esa mañana más quieta y más callada que nunca, cualquiera sabe por qué, y al irme me tocó los dos codos con la cabeza de un clavo.

Poco antes de mediodía, y no llevando más que el Moreno y una barajilla roñosa, cambié de buscón callejero a aventurero andariego y tiré por el camino real de La Isla. Al pasar la almadraba, vi las arenas y la mar que fueron mi casa, y me entró un agobio raro, y quise de repente estar ya muy lejos. Unos arrieros que iban para Cádiz me socorrieron por la tarde con pan y una raja de bacalao; a La Isla llegué con el día echándose y una sed que pedía no ya jarras de agua, sino toneles. Remedí la necesidad en un pozo muy bueno y colmado, metí en él la cabeza cuando no vi a nadie que pudiera reñírmelo por ascos, y me enderecé con ella chorreando para que me corriese el agua hasta los pies y me sacara la calor del cuerpo.

A la otra mañana ya andaba yo en taparrabo por aquellos fangueros y salinares de La Isla, pegando resbalones como en casa de jabonero, en busca de anguilas, robalos y lenguados con que ganarme el pan y el catre que un pescador, viéndome en desamparo, me había dado para la noche y estaba bien dispuesto a seguir dándome.

Digo yo que para pescador de estero hay que nacer, como para todo. Puse mucha voluntad y no me salió. Me iba de boca al fango a cada dos por tres, y los pescados andaban como tomándome en cachondeo, sobre todo las anguilas, que se me escurrían de las manos cuando creía tenerlas agarradas; para mí que, con tanta torpeza y costalazo, más le espanté el pescado a aquel hombre que se lo aumenté.

Me dijo a los tres días que fuese yo a vender la pesca y que él se

emplearía en sacarla, con que llevé una canasta hermosa a unos puestos de por la mañana entre el Castillo y el Puente de Suazo, eché a tierra dos pedazos de saco y en cama de lentiscos puse a la venta mi mercadería. Por Cristo que pasé media mañana persiguiendo y buscando anguilas, pues no hay manera de tener quietas a esas hideputas. Acordándome de mis guapotes, tomé una piedra en idea de aplastarles la cabeza, y otro vendedor me dijo que estaba haciendo mal, que si las mujeres no veían las anguilas colear y moverse, las pensarían podridas o echadas a perder y no iban a llevármelas. Bien que me lo dijo y mal hice en no oírlo porque, cuando ya las aquieté todas a cantazos, las comadres pasaban de largo diciendo:

—Qué dolor de anguilas, tan gordas y muertas.

—No, no me placen —decían otras.

Y dijo una:

—¡Anda, buen mozo, que más viva ha de estar la tuya que todas éstas!

Les chillé, furioso ya:

—Higos locos, ¿tan vivas las queréis que al comerlas os roan las tripas?

En cambio, tres lenguados que llevé me los quitaron de las manos para la Venta del Arrecife, y uno pesaba cerca de tres libras.

Aquellos días de pescadero le caí en ojo a una casadita bien salada, y entendí que podría haberle sacado algo. Si no me enredé fue porque estaba aburrido de todo lo que criaba el lugar, que no sé ahora pero entonces era una aldehuela sin más vida que la que le prestaban el Castillo y el Puente.

Pero todavía aguanté allí unas cuantas semanas, con el solo aliciente del buen pescado asegurado para comer y la cama de balde. Hasta que una mañana temprano, para aprovechar la fresca, me despedí del pescador, me eché otra vez a los caminos y tomé el de la ciudad y gran

Puerto de Santa María, que me habían dicho en Cádiz sobrada de industrias y dineros.

Cerca de dos horas llevaba andando cuando me encontré lo que creí ser ya el de Santa María y era Puerto Real. Me equivocaron la animación de casas nuevas y las naves en hechura o a repaso, el golpeteo de mazos y martillos por las dársenas y astilleros de las orillas, el trajín de carpinteros, herreros, carenadores y hombres de todos los oficios que por aquella ribera se movían, desde poco más allá de las casas hasta el castillo que llaman de La Matagorda, ya sobre la canal de la mar.

Tampoco me iba a genio aquella balumba y, aunque entré en Puerto Real sin maravedí ni mendrugo, no fui a pedir trabajo, limosna ni favores. Me arrimé hasta donde estaban aparejándole los palos a un navío en seco y, muy pasito a paso, me llegué al sitio donde los trabajadores tenían sus costos de comida, que los conocí en que por uno de ellos asomaba el pico de un pan. Híceme ver muy curioso de cuanto hacían, y allí aguanté un buen trecho la hambre pues, con tanta gente a la faena, cuando no miraba uno, miraba otro.

Por fin, el maestro de obra llamó con un pito a los hombres para que pusieran el palo de mesana en su sitio entre todos, momento en que dejé a tres sin almuerzo. Me fui por donde había venido, apretando contra el pecho los tres costos, y cuidé de no aligerar ni correr hasta verme bien lejos. Ya al otro lado del pueblo y a la entrada de un pinar muy hermoso, me senté junto a una fuente que salía de una peña y remojé las tripas para que recibiesen mejor lo que esperaban. Eché al aire una de las meriendas, un pan de los basturrios con el migajón vaciado y, en su lugar, como media libra de lentejas cocidas y tocadas de aceite y vinagre. Hasta las pajuelas y cascarillas del pan viajaron ligero a mi barriga, junto con las tres o cuatro piedrecitas que en avío de lentejas nunca faltan, y los primeros bocados bajaron a medio mascar, que con uno de ellos hasta me

engoñipé.

Dormí a la sombra de un pino, apretados contra el cuerpo los otros arreglos de comida, y cuando me desperté estaba muy bajo el sol. Más de dos meses llevaba fuera de Cádiz, ya había estado durmiendo en otra parte y allí tuve como un sobresalto, no sabía al despertarme dónde estaba ni quién era, y eso nunca me había pasado. Poco a poco fui cayendo en las cosas y volviendo en mí.

Pero, al cabo de un rato, cavilar que me había visto tan despierto y con la cabeza tan perdida, ya me metió en ella una conclusión que ni se me ha ido ni falta que hace: la de que somos poco más que un mosquito, bachiller, del más tirado al más grande, y que la vida es una figuración. Si todavía no lo sabes, ya te irás enterando, criatura: muchos se van del mundo sin saberlo y los que antes lo aprenden mejor viven, porque todo se lo toman según viene y sin alterarse mucho.

Despabilado ya, me eché al bandullo la segunda comida, que era pan con un suspiro de aceite y un puñado de orégano, y me llevé la tercera al pueblo cambiándola de envoltorio por si me topaba con su dueño. Di en una cantina, pegué la hebra con dos soldados portorrealeños que estaban vendiendo sus espadas, muy desmejorados y recién libertados de las cárceles de Amsterdam, tú sabrás dónde está eso, y supe por ellos de una cueva en las afueras, junto al pinar en que paré, donde los vagamundos se juntaban a pasar las noches sin ser estorbados por las rondas.

Tiré al rato para allá, distinguí la cueva aun al lejos, por unas fogatas que ardían delante de ella, y me busqué dentro un lugar entre la docena larga de hombres que hacían posada allí. Un viejo muy limpio que tenía al lado me llamó en seguida la atención. Se alumbraba con una torcida de pringue y tenía alrededor, como en tenderete de moro, toda clase de frascas, tapones, embudos y aguardiente, que no había más que oler. No me resultó mala cama la arenisca del suelo y dormí a gusto.

Por la mañana sentí que me tocaban en un hombro y me senté de un brinco. Era el viejo.

—Dios te guarde —me dijo—. Mozo eres y fuerte, mientras que a mí los pasos ya me fallan. Pero la cabeza, no. Aquí donde me ves, soy licenciado por Salamanca, Mateo Polluelas me llamo y veo en ti muy buenas disposiciones para ventaja de los dos, por lo que quiero pensar que es el Cielo quien te ha puesto en mi camino. Acarrearías tú lo que yo hago, que ahora voy a decírtelo y nadie ha muerto todavía de mis bebidas y preparaciones, y conmigo no te iba a faltar de comer.

Se sentó a mi vera, le quitó el corcho a una frasca que tenía en la mano y me la allegó a la nariz.

—De aguardiente es —le dije.

—No lo es.

—Ni soy yo el Bobo del Palmar, abuelo. Es de aguardiente, y bien que huele a él, y que lo llevo oliendo toda la noche.

—Te digo que no, sobrino.

Alcé la frasca y me eché unas gotas a la lengua.

—¿Cómo que no? Por los huesos de mi madre, y todavía no los habrá deshecho la tierra, que es aguardiente esto y que su mucha fuerza no le roba el gusto ni le quita finura.

—Bien mozo eres —dijo el licenciado Polluelas—, y es lo tuyo dejarte llevar por lo primero que te acude. Sí que es aguardiente, y del bueno, lo que a la boca te has echado. Pero él no está más que en el cuello de esa frasca y lo demás es agua muy pura, apartada del licor por un redondelillo de vidrio que, con insípida goma arábica y con la habilidad de mis manos, pongo donde se junta lo estrecho de los tarros con lo ancho, sin que la oscuridad y tintura del cristal consientan ver el artificio.

Me dejaron tieso el palabreo, ingenio y buenos dedos del vejancón, y me contó él que esa mercancía había de venderse en cantidad, bien

lacrados los tapones y nada más que a un cliente por vez y población, tabernero o almacenero, poniendo tierra de por medio antes de que el trampantojo saliese a relucir. También me dijo que le daba al comprador dos tarros abiertos de aguardiente fino y del de veras, para mejor hacerlo creer en los falsos y para darle más campo al correteo.

—De aquí a poco —concluyó— tendré lista una muy buena venta, hecha con mi mejor ropilla y no con la que estás viendo. Ya traté con quien ha de comprar, diciéndome comerciante en licores y que, si así lo quiere la Justa Providencia, han de traerme de Sevilla la mercancía.

—¿Y cómo habría yo, señor, de entrar ni salir en esto? —le pregunté.

—Mirarás por que nadie toque en lo mío cuando yo esté fuera de aquí, llevarás luego la carga como mejor te dé Dios a entender, me harás de criado y, hecho el negocio, nos volamos. Te daré de comer, has de cobrar luego tus buenos reales, y además voy a enseñarte a ratos unas artes de cartas que son cosa de mucho remedio si se está en necesidad.

Pan con higos frescos para almuerzo y secos para cena fue lo que Polluelas me dio y lo que él comía, diciendo ser el higo alimento de gran salud. En las cartas era rey. Andaba ya un poco agarrotado de manos por la edad, pero trataba a Doña Baraja mejor que nadie. Me adiestró en confundir a todo Cristo en la suerte de Las Tres Marías, y a ocultar y marcar naipes con piedralápiz y otras argucias más picaras que las del Retuerta. Y, aparte trampas nuevas de Culebrón, me enseñó juegos que yo ni había oído, como los del Santo Ángel y Los Hermanos Franceses, y a hacerme maestro en los de La Malditona y El Bajel. En una de aquéllas le conté al licenciado lo de las cartas que La Madre Oscura me echó en Cádiz y las figuras que tenían pintadas. Me dijo que la del redondel partido era señal de aventurerías, y que de las otras no sabía por no haber andado en quiromancias sino de mozo y poco tiempo, ya que van contra la Santa Iglesia.

En vísperas de hacer su venta, sacó a airear Polluelas una capa parda ligera y encontró en ella un roto. Rebuscó en sus alforjas un pedazo grande del mismo paño y, recortando de él con primor una pieza como bolsillo, la cosió encima del siete en vez de zurcirlo. Vi que la capa tenía demasiados bolsillos y de muchos tamaños, como para guardar un botón unos y un pan otros, y además adonde cayesen, pero tan bien colocados y cosidos que más parecían cosa de capricho que de remiendo. Me dijo el viejo, igual que si yo fuese un beato, que no había de pesarme lo que íbamos a hacer, pues, aparte de que hay que ir comiendo como sea, no éramos más pecadores que el cliente, quien haría la compra con la codicia de pagarla por mucho menos de su valor, y que quien roba a ladrón, cien años tiene de perdón.

Levantó luego los trapajos empalmados con que cubría una covezuela cavada tras su yacija, en la pared de tierra, y allí vi toda la botillería, mucha y muy lacrada y galana.

—Vete pensando —me dijo— en cómo llevarás mañana toda esta hacienda sin quebrarla y en que, al verla salir, no vayan a asaltárnosla los bebedores y canallería ignorante que aquí para.

Me inventé una armazón de tablas amarradas para mudar el botelleo. Pero antes de meterme en esa trabajera se me ocurrió que no tendría con qué hacerla rodar, que no iba a traerme cuenta arrastrar aquello con una soga por las piedras y boquetes de las calles, y que, según me hizo ver el licenciado, el comprador podría tomar desconfianza de tan mísero transporte. Rogué que me prestasen, para aquella mañana, el carrillo de mano de una huerta pegada al pinar, lo cargué con mucho tiento y, tirando de él entre el triquitrín de las frascas, seguí a mi Polluelas por Puerto Real.

—Tranquilo tú, Juanico —me decía el viejo—, que ya en Málaga y Granada y Utrera y Jerez le he sacado a esto buenos beneficios.



La taberna del cliente era como una plaza de grande, toda enlosada y alta de techos. No había allí, a esa hora mañanera, más que un corrillo en una mesa, de cuatro o cinco hombres bien portados, y vi que uno, ni viejo ni joven y con aire de extranjero, no me quitaba ojo de encima en cuanto entré. Hablaba un poco con los demás y volvía a mirarme de arriba abajo, alguna vez sin disimulos y fijándose en mi cuerpo mucho más que en la cara.

—Pruebe acá, señor, y a ver si no va a ser el de hoy un día de alegría para esta su casa y establecimiento —le dijo Polluelas al mesonero, poniéndole delante y abriéndole las dos únicas frascas de lo bueno.

Porfiaron el precio un rato mientras yo descargaba el carrillo, y al cabo se rindió Polluelas, fingiendo arrepentimiento y jurando que habrían de hablarlo más despacio para otra vez, cuando el comprador contara las ganancias del aguardiente que le estaba vendiendo ni por la mitad de lo que valía y aun sin gastos de corretaje. No cerró la compra el cliente hasta no destapar y oler otras dos frascas, que junté en seguida con las demás en el rincón donde me habían mandado ponerlas. Un gato travieso retozaba por acá y allá, alargando las manos a todo lo que veía moverse.

Entregó el mesonero a Polluelas los dineros en una bolsa y, para festejar el trato, nos convidó a una jicarilla de vino blanco y fresco; yo no quería tomar más que la puerta, porque el hombre de la mesa no paraba de ojearme. Por fin se levantó, se me vino, alargó los dedos y me palpo la ropilla sin hablar.

—Alto ahí, cristiano —le dije—, y ponga esas manos donde mejor le plazca, menos en mí.

—Si lo hago —me contestó— no es por tocar cuerpo ajeno, sino ropa mía.

—¿Cómo se entiende? —repliqué maldiciendo por adentro a La Curruca—. Estropeada anda, pero mía y muy mía es, que mis buenos

dineros me costó en Sevilla.

—Pues yo digo que es mía o que lo fue —se encabazonó el hombre— y hasta le estoy viendo esa quemadurilla en la bocamanga derecha del jubón, que me la hizo un ascua al saltar del fuego.

—También yo me chamusqué ahí y de un golpe de incensario, señor —alcé la voz para encubrir el miedo, ya seguro de que aquél era el armenio mentado por La Curruca.

—Sea así entonces —cedió él, aunque nada fiado—. Me callo para que haya paz, pero no sin decir que aquella ropa de que hablo, y que llevaba yo muy atada, me la robaron de un tirón junto a un burdel de Cádiz.

—Otra ropa sería —concluí volviéndome— y otro se la robaría.

Pero, aun sentado de nuevo a su mesa, no parecía satisfecho el armenio. Viéndolo así Polluelas, ya afanoso también con la comezón de irse, se encaminó a él y le dijo muy gentilmente:

—Mire, señor, que está poniendo en agobio al mozo y que yo mismo lo vi, con estos ojos, comprarle en Sevilla esas prendas a un ropavejero, a poco de entrar él a mi servicio y con el tercer salario que le pagué. Si es menester, se lo juro por el Arca de la Alianza y por la de Noé, que el Diluvio y la compasión de Dios dejaron en lo alto del Monte Ararat.

Me pareció que sus palabras, y más que nada lo de Noé y el monte, impresionaron al armenio, que ya empezaba a sosegar del todo. Pero en esto, persiguiendo el gato a un abejarrón que había entrado, vino a saltar de lleno sobre las frascas del suelo, con lo que una cayó y quedó hecha pedazos menos el cuello, y el agua escapó sobre las losas sin entreverarse con el aguardiente de encima. Lamentó el mesonero la pérdida de su frasca con una fiera palmada en el tonel que tenía más cerca, y ahí hubiera quedado todo si aquel puto gato de perdición, al que la calor y tanto brinco debían tener sediento, no se hubiese puesto a lamer con

mucho lengüeteo el aguardiente postizo que por el suelo corría. Fue asombrándosele la vista a todos los presentes, y el mesonero contempló a su gato y le dijo:

—¡Cuerpo de Dios, Zapirón mío, que no te sabía tan borrachón! ¡A ver, viéndote en estas aficiones, cómo podrás matarme los ratones y ratas que has de matarme, según la obligación por la que te doy casa y comida!

Llegóse un hombre de la mesa hasta donde el gato se relamía, lo levantó, le olisqueó la boca y, antes de que Polluelas pudiese poner algún remedio al trance, se agachó, tocó lo derramado con un dedo, se lo llevó a la punta de la lengua y dijo:

—Agua es esto, o loco me parió mi madre.

Corrió allí el mesonero, que olió y probó también.

—¡Por Satanás que lo es! —chilló—. ¡Venga acá mi dinero, chusma puerca, que bien perdido lo tenía ya!

Se levantó el armenio y se echó a dar voces señalándome:

—¡Y a tal amo, tal criado! ¡Si sabría yo que ésas eran mis prendas! ¡A la guardia, a la guardia!

Me vi al gato delante de un pie, lo pateé y allá fue a dar por el aire en medio de los hombres sentados, maullando y desenvainando uñas. El mesonero alzó del mostrador la jicara de vino y se la estampó en la cara a mi señor Polluelas. Todo Dios voceaba y manoteaba. Yo entendí que, entre lo de las ropillas y lo de andar sirviendo a aquel ladrón, nadie me iba a librar de los cariños de la guardia ni de la cárcel luego. Me planté de dos saltos en la puerta de la taberna, cuando ya venían a sujetarme, y corrí calle alante seguido por dos de los hombres, a los que pronto dejé atrás hasta no escuchar sus gritos.

Huí del lugar por el camino del Puerto Santa María, que ya sabía yo cuál era, pero a poco tuve el buen pálpito de echarme a un lado y esconderme en unos matojos. Agachado allí y tentando el Moreno, vi a

dos jinetes de la caballería de la costa salir de Puerto Real y andar para arriba y abajo junto a las casas, empinándose de cuando en cuando en los estribos para ojear el camino del Puerto. Volvieron grupas por fin, pero yo aún tardé una buena hora en moverme, no fueran a aparecer otra vez. El mozo anda un tiempo como soñando hasta que, a fuerza de empellones y soplamocos, lo enseña la vida. Me dije en mi escondite que estaba derrochando la mía en miserias, hice memoria de lo que viajeros y navegantes me llevaban contado sobre las Indias, que o te dan mucho vivir o te lo quitan todo, y quise ser uno de ellos y cabalgar, como a La Curruca, a esa mar que veía rebrillar a lo lejos por entre las chumberas y que siempre había estado dándoseme como hembra, sin que yo acabase de tomarla.

Siempre con el aquél de no ser visto, seguí un sendero que corría junto al camino sin apartarse de él. El hambre y el sueño me acosaron en la hora peor de las calores, pero ya no paré de andar hasta no dar a media tarde en El Puerto. No estaba yo para entretenimientos ni zarandajas, pero me cayeron en gusto el puente por el que entré y el río ancho con la mar al fondo.

Bajé a mano izquierda la Ribera, hasta la fuente donde toman el agua las galeras del Rey, y allí imploré limosna como dos horas entre otros pordioseros con más suerte, porque les daban y a mí no.

Las tripas me pegaban voces y ya estaba por pedirle así fuera un mendrugo a cualquiera de los que conmigo mendigaban, cuando un hombre entrecano montado en un caballo careto frenó el paso, me miró a la cara un momento y me hizo seña como de que lo siguiese. Faltóme tiempo para hacerle caso y me pegué a la cola del jaco por no perderlo en aquel trajín de gente. Me acuerdo del cielo colorado, como si hasta la mar se quemara.

Volviendo la cabeza a trechos por ver si yo iba atrás, el jinete se entró

por una calle y pasó una plaza que luego pisé mucho y le dicen la del Polvorista. Poco más allá desmontó, se vino a mí y, sin una palabra, me tomó el brazo derecho y se puso a mirarme la muñeca. Tan cerca tenía yo los toqueteos del armenio a mi ropa, y la bullasca de luego en Puerto Real, que pensé: «La que me parió: ¿otro a mirarme y a sobarme? ¿No irá también éste a decir que mi pellejo es suyo y que se lo robaron?».

Notóme en alarma el hombre, me soltó el brazo como triston y, yéndose para el caballo, me dice:

—No temas, hijo, que ningún mal ha de venirte de esto.

Se iba sin más y le pedí por todos los santos del cielo que me socorriera, pues estaba cayéndome de hambre.

Me aupó entonces a la grupa, se paró en un obrador unas esquinas más allá y me compró por el torno dos empanadas gruesas de pescada, calientes aún y con su hojaldre bien dorado. Malo me pongo ahora nada más pensar en esa hechura de pasteles, pero ni media miga de aquéllos se me fue al suelo. El jinete no parecía tener prisa; comí a dos carrillos y apoyando las espaldas en el caballo, pues de momento no podía hablar ni hacer otra cosa para que aquel hombre no se me fuese, y yo buscaba que no pararan allí sus favores.

Me vio comer con buenos ojos; tras el último bocado, le alargué el brazo diciéndole que me lo mirase cuanto quisiera, y si podía yo hacer algo por él. Respondió que no y le pregunté entonces el porqué de lo de la muñeca. Díjome que no era nada, aunque lo vi amustiarle otra vez y dejé pasar un momento antes de porfiarle que sí debía ser algo. Calló él, como costándole hablar de cosa que le pesara mucho o de la que ya hubiera hablado sobradas veces, así que no dije más. Pero me barrunté que precisaba desahogarse, pues no se acababa de ir.

Caían ya las sombras de la noche. Al cabo de otro poco volví a mi pregunta, sin forzar, y el del caballo me hizo entonces tomar asiento

junto a sí en un sillar de piedra. Por Dios que fue una suerte que no anduviese yo en ningún apremio, porque, después de tanto punto en boca, abrió el hombre la suya y me saltó con todo este historión que no me esperaba:

*Si quieres conocer la razón de mi curiosidad —empezó a decir— y como me incomoda seguirtela callando, has de saber lo primero que, largo tiempo después de casado y luego de haber perdido mi esposa dos hembras por serle muy difíciles los partos, tuvimos un varón hermoso. Ella es natural de Arcos de la Frontera y, al cumplir un año el niño, quiso ir allí con él para que el padre conociera al nieto antes de que su mucha edad se lo llevase.*

*Emprendido el viaje y más cerca ya de Arcos que de Jerez, unos cuadrilleros de la sierra asaltaron el coche de posta.*

*Mataron al postillón, les robaron a cuantos viajaban hasta la última prenda, dejando en cueros sin lástima tanto a mujeres como a hombres, y, después de desuncir las mulas y arramblar con ellas, uno de los bandoleros se apoderó de nuestro hijo.*

*Desnuda y arrodillada en el camino, le lloró y suplicó mi mujer que mirase no tentamos otra cosa en el mundo, y que cómo iba él, entre aquel malvivir de monte y de peligros, a criar y a sacar adelante al niño.*

*No atendió a sus lágrimas el ladrón, pero, cuando ya partía a galope con los otros llevando a la criatura debajo de la capa, volvió atrás y le dijo a mi esposa lo que no se nos ha ido ni se nos va a ir de la cabeza:*

*—Mujer, no temas por su vida, que se criará en casa rica y no de criado ni de esclavo, sino como hijo, y lo que nos va en ello, a mí y a mis camaradas, es la bolsa que por él han de darnos.*

*Dicho esto, picó espuelas para juntarse a la cuadrilla, que era ya un tropel de polvo a lo lejos, y a mi mujer le sonó lo dicho a verdadero y éste es el día en que seguimos oyéndolo.*

*Quise mirarte la muñeca —siguió contándome el hombre—, pues a mi hijo, que si vive ha de tener tu edad, también le tiraba el cabello a trigueño y apuntaba a alto y a fuerte, sus facciones podrían ahora ser las tuyas y, estando en su cuna con cinco o seis meses, rompió a llorar con tales ansias que, corriendo mi esposa a atenderlo toda sobresaltada, se le fue un cuchillo grande que tenía entre las manos, hiriéndose el niño con él y quedándole señalada la muñeca derecha con un garabato en herradura cejado y muy saliente, de los que el tiempo no borra.*

*Tuvo mi mujer aquel accidente del cuchillo por mala señal, como profecía de un destino fiero para nuestro hijo, y más lo creyó así, y lo cree, desde que lo perdimos a mano armada.*

*En cuanto a mí —acabó diciendo mi quitahambre—, ya ves este enfermizo desatino, muchacho: el de andar como un loco mirando rostros y muñecas de mozos altos y trigueños; de la color de los ojos no hago tanto caso, desde que un médico me dijo que muda con los años en algunos. Cuántas veces, sirviendo a mis señores y por no caer en su enojo ni en la irrisión de todos, no he debido y debo retorcerme la voluntad y quedarme sin verle la muñeca a jóvenes hidalgos y principales, de los que ellos tratan en fiestas y cacerías... Pues como el ladrón dijo que nuestra criatura iba a ser vendida en casa buena, igual me lo figuro con título de nobleza y desconociendo enteramente la verdad de su origen, que me lo veo hecho un vagamundo como tú, sin cosa que llevarse a la boca. Ahora: si Dios permite que me lo encuentre y anda él de gran caballero, con sólo verlo y saberlo bueno y sano quedaríamos conformes mi mujer y yo, cuidando de no revelarle nada por no trastornarle la vida, ni a quienes lo criaron y encumbraron, o por no vernos en el trance de que él nos repudie.*

*Sin mucha mentira, le dije entonces al hombre que hubiera querido ser yo ese hijo que buscaba, para mi ventaja y su contento, y que hiciera*

por mí lo que pudiese, al menos esa noche. Vi que mis palabras calentaban su sentimiento y, atizándolas para acabar de ganármelo, me hice ver como apenado de su pena, le dije que todo lo paga Dios y que su hijo podría recibir un día el bien que el padre hiciera ahora por mí, que iba a estarme pendiente desde esa noche de todas las muñecas derechas de España y que, como dicen que el mundo es un pañuelo y andamos por él a trompicones, si alguna vez me daba con su hijo no iba a dejar de pedirle que fuera a verlos o, como menos, les mandase carta.

Para mí que pude ahorrarme tanta parla, pues ya andaba mi hombre dispuesto a echarme una mano. Me dijo ser mayoral de las caballerizas del duque de Riarán, nombre que me sonó mucho, y que, por habérsele hecho tarde para dejar el caballo en su establo, lo llevaría a pasar la noche en otra caballeriza del duque, donde también podía quedarme yo. Al mañanear, vendría él de su casa, recogería el caballo y haría por encontrarme un acomodo con el que bandearme y comer.

Vi el cielo abierto, bachiller. Volvimos a montar y el hombre puso riendas a la caballeriza, que estaba ocho o diez casas mas allá, frente al huerto del convento de las Madres Marías, y toda hecha alrededor de un patio entre empedrado y terrizo, con una morera en medio sobre un pilón muy largo, una parra a un lado y muchas puertas, ya cerradas a aquella hora.

Apenas llegar a la cuadra, me eché en la paja de las bestias más gustoso que el sultán de Salé en su cama de oro, y mi amparador alivió del aparejo al corcel, me levantó y me mandó llevarlo a beber al pilón. De vuelta a la cuadra torné a acostarme y, a poco, el animal volvió y se echó a mi vera.

—En buena compañía te dejo —me dijo el hombre al despedirse—, y, para que lo sepas, El Honrado me dicen y por tal me tengo.

Me despertaron, con el sol, el pataleo y los resoplidos de borricos,



caballos y mulas, que también había muchas por allí, gordas y lucidas. Ya andaban por todas partes a sus faenas mozos y yegüerizos, con unos cuantos esclavos moros meneando escobones. Me acosó un preguntón y luego otro, pero, después de mentarles yo al Honrado, nadie volvió a malmirarme, y menos cuando él se apersonó y dijo que yo me quedaba allí y que me tratasen como a uno más. Antes de llevarse el caballo careto, mandó El Honrado que me guardaran manta y un rincón en la cuadra para dormir, me encomendó a los capataces, hice luego cuanto ellos me encargaron y, al llamar a comer una campana, me vi por delante mucho pan y una olla de nabos y tocino, de las de cucharada y paso atrás, que no se lo creían mis ojos. Después del almuerzo oí a una mujer llamar a otra muy seguido, mirando para una ventana a la que subía el tronco de la parra.

—¡Anica! ¡Anica!

Nadie se asomó ni contestó. Un capataz hizo callar a la que voceaba, riñéndoselo muy ásperamente. Otro, más muchacho, le dijo a la mujer medio riéndose:

—¡Déjala ya a Anica! Si la luna bella no te responde, será que está con su dueño el sol.

—¡Tomasillo, tente esa lengua o acabarás tragándotela en la horca!  
—saltó un mozo de mulas entre alarmado y enfadado.

Me extrañaron esos dichos, se me ocurrió que podrían ser de algún enredo o tapujo de judía o de morisca, y me volví a mis faenas.

En unas pocas semanas aprendí a lustrar arneses y sillas, a forrajear, cepillar y aparejar las bestias, y a hacer de mamporrero ayudando a entrar lo que del caballo tiene que entrar en la yegua, a costa de llevarme tal patada o cual mordisco, como me los llevé.

Lo que es caballerías, de todas las había allí, de tiro, carga y labranza para las tierras y las viñas del duque, aparte las caballadas de raza. Ésas

se criaban calle de Los Cielos muy alante, en unos establos ya en el campo, donde El Honrado se pasaba todo el santo día, aunque no sin llegarse, más tarde o más temprano, por las otras cuadras.

Aparte su fama de padre de los pobres, del duque se contaba y no se acababa. Supe que aquélla no era ni siquiera la mayor de sus caballerizas, y hombre él de tantos títulos y papeles que no sé cómo no lo mataba su peso; y me dijo El Honrado que el bisabuelo o el tatarabuelo del Riarán fue quien encaminó hasta los reyes de España al navegante que dio con la América. Oro sobrado tenían los Riaranes como para costearle el viaje, pero les pareció mejor que fuera el Rey quien se adornara con el marimón del embarque aquel.

Eché a dormir el Moreno y la baraja y a todos tuve contentos, porque yo lo estaba viéndome la barriga al seguro. Sopas canas por la mañana; al almorzar, la olla de nabos o un lebrillo de gazpacho con todos sus avíos y buen aceite, y, por la noche, tu pan de hogaza, cuanto quisieras, y medio huevo cocido o tu raja de queso, a ver quién va a pedir más. Ni Dios comía así, y los de una tonelería de al lado, que era de un genovés rico, no hacían más que suspirar mirando nuestras viandas.

Se me fue lo que quedaba de calores, y luego el otoño, el invierno y la primavera, con la sola picazón de faltarme la mar, que la seguían mis carnes echando de menos y pidiéndome el cuerpo un barco; presentía que allí tampoco me iba a quedar, y menos siendo El Puerto buena salida para navegantes. Cumplía con mis trabajos pero, aun sin darme cuenta, siempre que podía tiraba para la Ribera del río y por toda la marina. Husmeaba la pesca y el viento, hablaba con la gente de mar, les escuchaba sus travesías, sus naufragios, sus cuentos de piratas, que por ese tiempo llevaron diez al Puerto, franceses, a matarlos. Y, como tonto con la boca abierta, hasta les envidiaba la soltura y el rumbo a las bandadas de pájaros, altas y derechas qué sabía yo para dónde: loco en el

fondo por juntar cuatro ochavos y andar a lo primero que saliera. Robar y jugar no quise, por no echar a perder lo que tenía si se me daba malamente.

Bien metido ya en otro verano, me mandó un capataz, un tartamudo de Los Varales con la cara como estrujada, ir a un lugar de la Ribera donde me esperaba una barca para hacer un mandado con Anica, que ya la tenía yo en la oreja y de muchas veces, sin haberla visto ni saber de ella. Era cosa de acarrear entre los dos a la caballeriza una partida de pescado, que otros se llevarían a las cocinas del duque y que había de pesar lo suyo. Sobre todo, para manos fi-finas como las de A-Anica, me tartajeó el hombre, y que después no fuera yo hablando de haber estado con ella, cosa que me chocó.

A unas tres horas del oscurecer, llegué al sitio: allá estaba la barca, corta y sin vela, de proa en la orilla y con el culo vuelto a los pinares de la de enfrente. El barquero, un viejo muy trabajado por la mar, se echó a reniegos en cuanto me vio, primero con no sé qué de que iban a terminar hasta llevándose del Puerto las galeras del Rey por causa de la barra del río, cada día más atrancada de arenas y fangos. Y luego las tomó conmigo por las buenas, diciendo que a quien él esperaba era a la Anica y no a mí, que dónde estaba ella y que por su tardanza habría de echarle a los remos unas fuerzas que ya no tenía él, para no vernos a la vuelta arrastrados por los remolinos de la marea. Me hablaba feo y le contesté con igual música que no sabía nada de Anicas ni Antoñicas, que se guardara las quejas para ella y que si yo estaba allí era porque me lo habían mandado. Sin darle lugar a porfías, me senté en la barca frente al viejo, siguió él rezongando y gargajeando, y yo tendí la vista hasta donde me alcanzara.

Eran de ver el blancor y buen porte de las casas todo al largo de la Ribera, los muchos caserones, iglesias y palacios que estaban levantando

o arreglando en El Puerto y, allá por entre los árboles, del Castillo al puente, la de carros, calesas, carrozas y gentes de a caballo y a pie, el hormigueo que rebujaba, pasada ya la hora del bochorno, a comerciantes de Indias con metedores y busconas, a esclavos y a capitanes de tierra y mar, a señorones con la frente por las nubes y a pedigüeños con las rodillas por tierra en feria de manos y de llagas, sin ni mierda en las tripas ni otro pensamiento que el de quitarse de encima la muerte, día por día.

En el río, contrimás cerca del puente, más chicas eran las naves. No muy allá de la barca, bajaban pescado de dos; otras dos mayores, de portugueses, cargaban sal y toneles de vino que rodaban retumbando entre vozarrones, y por la parte de la mar eran mucha vela y mucho palo los que andaban o estaban a fondeo. Vi las galeras, vi hacia la barra galeones, un navio grande de guerra, bergantines y una urca barrigona yendo más despacio que un galápago. Popa arriba en un salinar seco, enfangada hasta medio casco, se pudría una carabela de las antiguas.

Y a su derecha, sobre una lengüeta de arena adelantada en el río para que se vieran bien las horcas, colgaban dos almas benditas, cosa de la que, según me veo ahora gracias al puto alemán, mejor no me hubiese acordado. Miré un rato a esos hombres muertos, con las gaviotas posándose en ellos y dejándolos, igual que si fueran estacas, y luego entorné los ojos a ver si divisaba entre los bajeles las torres de Cádiz, que desde allí me habían dicho se vislumbraban al lejos, pero que no llegué a distinguir. Me levantaron ganas las bullas, ahogadillas y salpicaduras de los niños bañándose en cueros por entre las lanchas; yo también era un hijo de la mar y, con la calor y el antojo, poco me faltó para echarme al agua.

Estando en éstas, vi aligerar el paso por la orilla a una muchacha que se acercaba a la barca entre silbidos y chicoleos de los marineros.

Llevaba dos canastas grandes. Apenas verla, jaló el botero del rezón, con lo que ya anduve seguro de que era Anica quien venía. Le aprecié en seguida lo gentil de la figurilla, el paso menudo y, ya de cerca, la cara, salada y seria a un tiempo. De mis años ella, o poco más, me pareció desde que le eché ojo una niña muy mujer o una mujer muy niña, y así la vi ya luego siempre, con el aquél de esas dos edades. En el pelo negro, dos o tres canas eran como una equivocación o como otra de sus gracias, y los ojos castaños, algo tristes, quemaban los corazones. Reparé en que me estaba quedando tan quieto y empavado al verla como cuando lo de La Curruca, y, con todo y con eso, empecé ya a darme cuenta de que era otro bullir el que sentía, bien diferente de mi embobamiento en la Caleta de Cádiz con la linda puta del Chantre.

No más pasar la borda y ponerse la barca en la corriente, me dijo Anica, muy suave, haberme visto más de una vez desde su alcoba, por la ventana a la parra del patio, y que yo le parecía gente de bien; para mí que esto me lo dijo por sacarme de mi achantamiento. Le pregunté:

—¿Y cómo no te vi yo, de día ni de noche?

Contestóme que su puerta caía por la plazuela de atrás, le repliqué que, aun siendo así, me era raro no habérmela encontrado nunca por la calle o en la caballeriza, y entonces se quedó como contemplando la tablazón de la barca, con una carilla medio pesarosa.

Ni en el paso del río ni a la vuelta volví a mirar lo que no fuera Anica. Caí en que lo que en otras hubiera sido flacura y cortedad de carnes, era en ella, como sus dos canas y media, cosa de garbo y hermosura, cuando pechos apenas si tenía. Casi arribando a la otra orilla, le pregunté si nació en El Puerto y me dijo que no, pero que se sentía y era de allí porque allí la habían llevado con cinco años los padres, muertos hacía tiempo. Vine a saberla francesa, de un lugar que cae cerca de la mar de Vizcaya y le dicen El Nantes, donde ella me contó que hacen una seda muy fina. Me

salió solo de la boca:

—Se te ve el nacimiento, porque una seda eres.

Se coloreó como una guinda y sus miradas a mi persona ya no pararon y me fueron sacando de quicio, que al que en amor entra se le van las cuentas.

En la otra ribera, el barquero orilló el Bosque de los Conejos y pasó a la Isleta, donde nos esperaba un lanchón de pesca varado. Dos hombres nos llenaron las canastas de sábalos, lenguados, corvinatas y pescadas, con un mero grande que ya no cupo en ellas. Lo llevé a duras penas con una de las canastas, hasta lastimándome la mano derecha por su peso y la mala postura, mientras que con la izquierda cubría una mano de Anica, sobre el asa del otro cesto.

Mucho más trabajosa fue la vuelta del río que la ida; el empujón de la bajante estaba ya en todo lo suyo, y el barquero, que en eso tuvo su razón, se las vio malas y hubo además de dar un rodeo grande para que las corrientes no nos llevasen ni dejaran lejos de donde habíamos salido. Tenía yo a Anica enfrente muy callada, mis rodillas rozaban las suyas en el bamboleo de la barca, y con aquella cara y el mero a su vera, me estaba pareciendo el propio retrato del santo ángel Tobías con su pescado, el que está en San Juan de Dios. Se le iban los ojos a mirar el agua, así contristados según te dije, o se venían a los míos de repente, yo diría que llamándolos, y tan sacudidos andábamos los dos por el mismo tirón como la barca por el poderío de la marea.

Me levanté sin pensarlo, me hizo sitio en su banco y le eché un brazo por aquella cintura que se quebraba de estrechita. El sol ya se había puesto. Le pasé una mano por el pelo y, cuando me acercó ella la cabeza, con el hueco de la mano le abarqué la coronilla. Era chica como la de un pájaro y eso me encampanó los deseos. Sin poder aguantarme, le toqué y alcé con dos dedos su barbilla, llevé su boca a la mía y nuestras lenguas

se gustaron. Rompió el barquero a maldecir a media voz, pero, aun oyéndolo, no lo oíamos. Lo escuché ya en tierra, cuando, habiéndose retirado Anica a orinar, me masculló el viejo:

—Bribón, mira en lo que te metes.

Volvió a su barca y ya no lo vi más, aunque saber de él sí que supe. Para mi desgracia.

El camino a la caballeriza fue largo, por la carga y también porque quisimos, pues la soltábamos yo y Anica a cada cuatro pasos, no tanto por descansar de su peso como para topetearnos y besarnos y abrazarnos por lo oscuro, que, aun con todas las ternezas y sentires, me llegaba a mí el envergue hasta el ombligo, pues lo cortés no quita lo valiente; y los dos seguíamos ni viendo ni oyendo a los que pasaban. Cerca de la caballeriza, me tomó las manos Anica y me dijo que echase a un lado lo ocurrido, aunque ella no iba a olvidarlo de un día para otro, y que no habríamos de vernos ya para que no me cayese encima cualquier daño.

—¿Casada eres? —le pregunté.

—No lo soy, pero tengo compromiso y cárcel mayores que si lo fuese, no quieras saber más.

Poniendo la vida, aún estrechamos largamente cuerpos y bocas.

Me dejó Anica su canasta en la puerta, se marchó y le puse a los pies todo el pescado al capataz tartajoso, que andaba en ascuas porque no acabábamos de llegar, y que mandó a dos hombres llevar la carga al momento donde había de ir.

En toda la noche no pegué ojo más que a poquitos; me levantaba a mirar y a remirar, por la puerta de la cuadra, lo que de la ventana de Anica dejaban ver las ramas de la parra, y ni sabía qué me había entrado por el cuerpo ni he vuelto a sentirlo. Cerca del alba ya, escuché pasar la calleja un coche con dos caballos, y luego lo oí pararse por la plazuela de atrás. En la ventana de Anica se despabiló una luz, que no duró mucho.

Después, oí el látigo y los arres del cochero, y el resonar de los cascos y las ruedas.

Me volví a echar, mordiéndome los puños, y al otro día, apenas darme con El Honrado, me aparté con él. Le hablé del mandado del río y, haciéndome el bobalán, le pregunté quién era aquella Anica. Lo vi extrañarse. Quiso saber si no estaría yo confundido de mujer o de nombre y, en sabiendo que no lo estaba, guardó silencio un trecho y después me habló de otras cosas. No me conformé yo con todo eso y, entre los empellones del sentir y las impertinencias de la edad, me fui creciendo y escarbándole sobre Anica, hasta que su buen entendimiento vino a caer, como yo no quería, en mi tirón por ella. Sin perder tiempo y bien clarito, me dijo El Honrado entonces que esperaba con toda su alma no fuera yo a haber dado en amores de esa Anica. Le contesté por qué no había de ser así, lo vi alarmarse y me respondió, pesando las palabras:

—Quien mucho tiene y más puede, la apartó de nosotros, que no hemos de verla ni de hablarle. No me entra en las mientes cómo se le ocurrió a ese botarate de capataz encomendarle tal trabajo y sacarla de su casa; se lo pediría ella, y muy sin gente tuvo él que verse para hacerlo: aun así, hasta azotado podría acabar. Deja correr el agua que no has de beber, Juan. Mozas las hay a cientos, y ya me callo.

Pero tanto le rogué valiéndome otra vez de su buen ánimo para conmigo, y tan encabronado y dolido me vio, que pensaría iba a ser peor el remedio que la enfermedad, conque acabó contándome lo que me costaba creer o no quería yo creer.

El enredo llevaba colgando unos dos años, desde que en una de sus visitas a la caballeriza, que iba de higos a brevas, vio el señor duque a Anica y, desde ese punto y hora, ya no vio nada de lo que había ido a ver, como yo en el paso del río, hijo. Se aquerenció de ella tan pronto y con tal emperre que, ya al otro día, hizo disponerle vivienda aparte y mandó a



dos criados para que Anica dejase sus trabajos con las mujeres de la caballeriza y se mudara a los aposentos de la casa de junto, sin puerta al patio. Le prohibieron pisarlo, y a todos que la vieran o le hablasen, y un hombre muy de la confianza del señor, que había andado sirviéndole en las guerras de Italia, se fue a vivir con ella como guardián.

Nadie podía contrariar esas ordenaciones, y menos estando Anica sin familia, deudos, compromiso ni donde caerse muerta. Me hizo saber luego El Honrado que el duque tampoco iba a verla allí, y que el guardián, un hombre alto que lo conocía yo de verlo por la calle, se encargaba de la comida de ella, de llevarle la ropa a lavanderas y de que no le faltaran ni sesos de mosquito, sin que tuviese Anica que sacar un pie de su puerta más que a misa de alba los domingos y fiestas gordas, y acompañada por su custodio.

Hízoseme raro, y hasta me enfadó, que aun siendo vigilancia de mayor respeto un hombre, y más con pujos de militar, el señor hubiese confiado su querida a las manos de un varón y no a las de una dueña. Se lo dije así al Honrado, y me contestó:

—Igual me pregunté, Juan, hasta que vine a saber lo que otros ya sabían, y es que ese hombre vive bajo el techo de Anica, solos los dos en la casa, porque guerreando él junto al duque en uno de los levantamientos de Nápoles, vino un escopetazo a herirlo tan curiosa y malamente en sus partes de varón que lo dejó inválido para amores de por vida, y sin la mujer, que le huyó a pocos años de volver él al Puerto.

Al término de esa misma mañana, averiguó El Honrado y no dejó de contarme que, si Anica pudo bajar al río, fue porque sus ganas de salir se juntaron con el poco meollo del capataz de Los Varales y con una ausencia del guardián, que llevaba dos días en Cádiz donde se le había muerto un hermano. Por lo mismo de verlo tan infeliz, el vigilante le pidió al capataz tartajoso que le echara un ojo a Anica mientras él estaba

fuera, y le salió el tiro por la culata.

Ya conocía yo, como todo El Puerto, que el señor de Riarán era hombre de brío, casado con vieja de tantos o más títulos y dineros, y que la gente se hacía lenguas tanto de su genio torcido como de sus bravuras y sacrificios en las campañas de Italia y Flandes, y de su buena mano para con el pobrerío, sin pregonarla, y para aquel Puerto donde no había nacido pero sí había aupado de poblachón a ciudad, que lo era ya hasta en los papeles de Su Majestad. Se contaban destemples, manías y ensañamientos del señor, y en seguida salían a relucir méritos que tampoco eran mentira, y lo de ser un padre de los pobres. Sacábanle trapos sucios y nunca faltaba quien dijese: y el Hospital, qué; las dos iglesias nuevas y las casas de labor y la Lonja, qué; el cementerio y el Cabildo nuevos, qué: las fiestas del Día de Santiago y la comida del Jueves Santo, qué. Y todo eso andaba siempre como en lucha con lo otro, con aquel soberbión y aquellos arranques del duque cuando se veía en ofensa o le daba por verse, que le pasaba a cada dos por tres, me dijo El Honrado, y eran muchas cosas de las que tomaba agravio porque todo, cielos y tierra, tenía que regirse, portarse y cavilar a su manera, en lo grande y en lo menudo.

Llegaba la fuerza de su mano desde el Rey hasta el Papa Santo y, mirando por que no le destiñera la honra, se había ido haciendo saber en la caballeriza que cuantos vivían en ella, esclavos o criados y varones o hembras, iban a tener castigo si el retiro de Anica y su porqué llegaban a andar en boca de la gente. De un mozo de mulas en sospechas de lengüilargo hablaban unos de que había pasado a Granada, y otros decían que a la sierra de San Cristóbal como porquerizo de un tal Efrén: en la caballeriza, nadie había vuelto a verlo de la noche a la mañana.

Ya al irse, concluyó El Honrado diciéndome pesarle no haberme avisado antes de todo ello, pero que con lo dicho bastaba y sobraba, y me

fui a mis menesteres después de tragarme tan malas nuevas como mejor pude y de jurarle que, en bien de mi pelleja, no iba a dejar de hacerle caso. Tan bien se lo hice, que aquella misma noche me acosté con Anica.

De eso tampoco va a olvidárseme ni un instante, así viviera cien años. Ni por pienso podía coger el camastro; iba como ánima del purgatorio de un lado para otro de la cuadra, tropezando con las bestias dormidas, y por fin me eché al patio. Pegado a sus paredes y contra mi voluntad, o como si lo estuviera haciendo otro y no yo, los pies me fueron llevando-llevando hasta el de la parra. Me encaramé por ella, toqué en la ventana muy quedo.

Digo yo que hay cosas, mi señor bachillerito, que no valen para contarse, porque las dejan en cuatro manchas la tinta y hasta la voz. A ver cómo va su merced a escribir lo que me entró por estas carnes cuando, estando en el temor de un traspíes o de que la parra se tronchase, se abrió la ventana sin ruido, me rozó la cara un mechón de Anica y sus brazos me rodearon. Salté a la alcoba y la tomé en los míos. En las niñas de aquellos ojos estaba mirando mi ruina y me traía sin cuidado verla. Ella se me apretaba sin hablar.

A oscuras y de puntillas fue Anica a echar el pestillo de su puerta y me llevó a la cama, que esa noche y las que vendrían no nos sirvió más que de banco y eso con mucho tiento, pues crujía la maldita como un barco y el guardián estaba abajo, aunque me dijo luego Anica que dormía en siete sueños.

En el suelo nos acostamos y ya esa primera noche, como luego en todas, nos juramos que aquélla era la última. Pero yo volvía a la ventana, y ella a abrirme, y no lo podíamos remediar, tanto o más ciego el uno que el otro. Lo de La Curruca, que tan bien me supo, se fue quedando en poco y en nada, pues con Anica al gusto se le juntaba el sentimiento. Un disloque. Aquel cuerpo flaquillo encontraba las fuerzas de un león en la

calentura de los amores y me volvía a mí león, palomo, qué sé yo: dueño de ella como se dice, eso más que seguro, y ella de mí, y qué verdad es que los peligros agrandan los quereres en lugar de amenguarlos. Verla, y ya me crujían los tuétanos. Más que todo, me traían loco aquellos pechos tan chiquitos, que cómo iban a valer para amamantar criaturas ni para nada. No valían más que para herir a hombres.

Supe en cuchicheos, sentados en la cama o echados en el enlosado del suelo, que, según me olí, el coche que había oído a la madrugada, era por ella por quien iba: dos noches en semana, tres alguna, y antes del alba siempre. Zamarreaba el cochero la puerta de la casa para avisar al guardián, y pegaba luego con el látigo en la otra ventana de Anica, la que daba a la plazuela. Atosigada por el vigilante, tenía ella que vestirse y salir aprisa, y el coche tiraba derecho por la Calle Larga a una quinta en el camino de Jerez, más para allá del convento de La Victoria, donde el señor la esperaba solo. A media mañana, el cochero volvía a dejarla en su casa.

No era Anica entonces hembra de andar guardándose las cosas, y me dijo que el verse tan forzada la tenía en más encono al duque del que hubiera podido tenerle, pues era hombre agradable y varón de gusto pese a sus cincuenta años largos; la esposa pasaba de setenta. Fui sabiendo mejor de los arrechuchos rabiosos del señor, y que en uno había herido de su mano y en público a un negro; fui conociéndole las vueltas y poderes para que nada torciera su voluntad, y temblábamos, y llegaba yo pronto y me iba pronto, y aquella noche sí que era la última. Pero de decirlo no pasaba, porque las ganas del bicho amor me quitaban de encima las sufrideras del bicho miedo, y, con los días, le tomé un pie a la parra que ni a la escalinata del Cabildo.

Mujer y todo, Anica me parecía más valiente que yo; nerviosa conmigo, eso siempre, pues casi más la asustaban las patochadas de mi

poco saber que la cuerda floja en la que andábamos. Fui un domingo a los toros y cañas, y a las dos noches le dije que, hasta de lejos como había visto al señor en la fiesta, me pareció tan sonriente y gentil con todo el mundo que ya no me entraba en la cabeza mucho de lo malo que hablaban de él, y que eso me daba alivio por mí y por ella. Le andaba pasando las manos y le sentí temblar las carnes. Tardó un poco en hablar:

—Él es muchos hombres, y allí viste al mejor, mi tonto.

Lo que sí me dio por bueno Anica fue el lado rumboso del Riarán, y una noche me regaló, besándola primero.

Y una espuela de oro morisca que él le había dado y que había de valer de cinco escudos para arriba. Le dije si su falta no iría a ponerla en aprieto, me contestó que eso no era cosa mía, sino suya, y esas palabrillas me pesaron porque entonces tenía por mío lo de ella. Pero no quise llevarle la contra.

Pocas noches después, pegó en la ventana el látigo del cochero cuando, deslomados por los amores, nos habíamos quedado dormidos.

Bueno será contarte ahora, hijo, que aunque el celador de Anica se hallaba inválido según te dije, y además tenía mandado no pasar la puerta de ella, lo empujaba el vicio de subir la escalera y mirar por el ojo de la llave, el gran puerco, seguro que con la ilusión de verla desnuda y aprovechando sobre todo las llegadas del coche, con el achaque de darle prisa. Sabiéndole esa maña, mi Anica ponía allí un trapillo, pero él lo echaba abajo desde el otro lado de la puerta. Acabó ella por reñirle los mironeos, y el guardián le decía que ya no iba a pasar más. Perro viejo, abusaba del corazón de Anica y, sabiendo que no haría al duque sabedor de su falta, seguía y seguía en sus trece.

Conque la madrugada en que el látigo nos despertó, corrió Anica antes que nada a poner el trazo en la puerta, aun desconfiando de que durara allí, y yo, con el corazón entre los dientes, rodé en cueros abajo de

la cama y me encogí contra la pared como caracol en su cáscara. No dejó Anica de avivar la llamilla del candil, por no levantar sospechas, pero se vistió, y peinó y calzó con tanta presteza que ya estaba saliendo cuando su celador subía la escalera para aligerarla. Apagó la luz ella, cerró la puerta llevándose la llave, pasó al coche y yo volví a mi cuadra parra abajo, a tiempo que empezaba a clarear.

Entre esos trabajos y los de la caballeriza, entre esos gustos, ansias, ternezas y sofocones, fueron corriendo los días, y la costumbre acabó por limarme los miedos, también porque ya no subía tanto a la alcoba de Anica después de aquel sobresalto del coche. Pero mira que, a las dos o tres semanas, se presenta El Honrado casi de noche, se aparta conmigo nada más llegar y primera cosa que me suelta:

—Estás perdido.

Le pregunté de qué me andaba hablando.

—Bien sabrás, desgraciado, por dónde van los tiros —me contesta.

Y me dice saber de buena tinta que aquel mismo día, después de mucho y a lo mejor en espera de una recompensa, el barquero del río se había salido con la suya de que lo recibiese el duque a solas. Le juró primero que con nadie había hablado del desaguizado, por no poner en evidencia a su grandeza, y luego, tan de fijo como que hay Dios, le estuvo contando mi trato en el río a Anica, con los sobeos y los besuqueos. Toda la recompensa que sacó el viejo pazguato fue la de seis vergajazos a lomo cubierto, y el anuncio de veinte a descubierto si volvía con tales insolencias o iba comentando el lance. Pero su noticia fue a juntarse en mala hora con otra de un papel sin nombre y a la que el señor no había prestado oído en principio, tomándola por mentira cobardona de rufián, como las que recibe la gente alta a la chiticallando. Alguien de la caballeriza debió ser quien mandó esa papela, que ponía me habían visto dos noches bajar al patio desde el aposento de Anica. Encalabrinado de

segundas por el barquero, el duque empezó a dar por bueno lo que antes tuviera por embuste, y me añadió El Honrado que, o mucho se equivocaba él o ese papel tenía que haberlo mandado un yegüerizo, un tal Simón que estuvo cautivo en Orán, de quien ya se sabían otras ruines cagadas, y que años atrás anduvo requemado de amores por Anica, saliendo con el rabo entre piernas.

—Mira —siguió El Honrado diciéndome— lo que ha venido a traerte tu mala cabeza, y malhaya la mía por haberte puesto un poco, de buenas a primeras, en el sitio del hijo que perdí. Ahora recoge lo que tengas y vete, pues no ha de esperarse sino lo peor. Y además en tan corto plazo como que ya deben haber sido entregadas a la Justicia, contra ti, dos acusaciones. Lo sé, y que de aquí a nada pueden venir a prenderte por robo y sodomía, y no valdría tu palabra frente a la de una corte entera de escribanos, oidores y jueces.

—¿Y sodomía qué es? —le pregunté.

—Pues andar en amoríos varón con varón o hembra con hembra.

Se me subió la sangre a la cabeza por lo mismo que ahora se me sube, viéndome aquí encerrado y sin causa.

—Por ahí sí que no, mi señor Honrado —contesté—. Y por lo de robo, aquí tampoco los hice. Ni en todo El Puerto.

—Así será, pero vete —me dijo—. A eso vine. Vete, porque también es casi más hermano que amigo un ayudante del señor que, con riesgo grande para él pero sabedor del aprecio en que te tengo, me vino a confiar cuanto ahora sabes. Corre ya mismo. ¿No me oyes?

Y es que ya yo no lo oía, es que estaba oyendo otra cosa. Entre la venda con que el amor de Anica me tapaba los ojos, mi desconsuelo por perderla y mi falta de mundo, iba hasta a porfiarle al Honrado que ni todos los jueces de la tierra podrían sentenciarme por cosas que no había hecho, cuando sentí por la calleja, y vi luego pasar por delante del portal,

los caballos y el coche que tanto me sonaba. Puse oreja y lo escuché detenerse en la plazuela trasera: nunca había sido ésa su hora. Aún seguí entreoyendo las razones y prisas del Honrado, sin enterarme ya de ellas, hasta que, incapaz de aguantar el angustión que se me apiñaba en el pecho, lo dejé con la palabra en la boca, corrí el patio y la calle, y doblé la esquina a tiempo de ver salir para el coche a Anica y a su guardián, blancos los dos como la cera virgen.

Llevaba él la cara de quien van a pedirle malas cuentas y pasó al carruaje delante de Anica, que en su apresuramiento ni me vio. Cerró la portezuela el cochero, saltó al pescante y arreó los caballos. Vi partir aquel coche, más triste para mí que el carro de los apestados, y una sola vez, con un vocejón que llenó la plazuela, clamé el nombre de la que me robaban. Sacó entonces Anica la cabeza por la ventanilla, la volvió haciendo por mirarme y se retiró de golpe, como si el guardián la hubiera tironeado para adentro.

Iba a echarme a correr atrás, pero cuanto hice al fin fue volver a la caballeriza, donde El Honrado aún se consumía esperándome y disimulando, solo en la puerta de mi cuadra. Toda la gente de labor había sacado la mesa larga para cenar al fresco en el patio. Pasé sin mirarlos, arrastrando los pies, medio lloroso como criatura y sintiendo crecerme por los adentros la mala condición pegada a mí de siempre.

—¿Qué fue, Cantuesillo, qué hueso se te ha roto? —me bromeaban.

Al Simón, el del soplo al duque, no lo vi, digo yo que para bien. Me llegué a mi camastro, con El Honrado detrás mía, y lo primero que se me vino fue despertar al Moreno y reponérmelo en su lugar entre la camisa y el calzón. Le pasé un dedo por los filos y era como si estuviese hablándome y pidiendo trabajo. Lie en un lienzo la baraja, medio chusco de pan, la espuela de oro y unos pocos ochavos de mi ahorro, mientras, sin dejar de ojear el patio ya anochecido, me decía El Honrado:



—Dondequiera que vayas aquí en El Puerto, has de andar en peligro, Juan. Pero óyeme bien: a oriente de la Ribera, más acá del Castillo de la Pólvara, se levantan unas peñas altas que entran de la playa a la mar, y hay en ellas unos agujeros grandes, a modo de covezuelas. Nadie va por esas peñas y, por tierra, no se puede llegar a ellas en pleamar ni a media marea, de no ser bogando o a nado. Si no he sabido mañana que andas ya preso o muerto, entenderé que te refugiaste donde te estoy diciendo y haré cuanto esté en mi mano por ponerte a salvo y auxiliarte a escapar del Puerto. No te muevas de allí, y corre ahora, y Dios te bendiga.

—Y Él a vos, señor —me salió.

Me dio un abrazo, lo dejé en la puerta de la cuadra y atravesé el patio con mi hatillo sin escuchar los «¿pero adónde vas?» de la mesa. Ya estaba por pisar la calle cuando me doy de boca con tres corchetes de a pie que entraban en la caballeriza a paso vivo, las manos en el puño de las espadas y llevando el de alante una antorcha encendida, que encajó entre dos argollas a un lado del portal. Se abrieron cubriéndolo en nombre del Rey y de la Justicia, y, mandando a voces destempladas que nadie chistara ni se moviera, se vinieron para mí al verme como si llevasen mi retrato en los ojos.

Prendiéronme dos de ellos muy reciamente por los brazos, y uno tomó mis enseres y se los pasó al que parecía el capitán y venía haciendo de alguacil o de comisario, un mojarra fachendoso con un bigotón muy derecho, quien ya se había echado a pregonar mi nombre y aquellas acusaciones de ladrón y puto nefando, entre el espantado silencio de los trabajadores que cenaban. Entendí al vuelo lo que no había querido entenderle al Honrado en un rato: que si el viento llegaba en mi contra tan por la ley, igual iba a acabar conmigo sin que me valieran inocencias ni pares ni nones. El mojarrón rebuscó en el hatillo, sacó de él la espuela de oro según me estaba ya temiendo y, levantándola hasta la antorcha, se

contoneó como un toreador y dijo en voz alta:

—Ésta ha de ser, y es, una primera seña de sus robos, y de que las denuncias no andan descaminadas.

Pusiéronse entonces los de la caballeriza aún en mayores inquietud y susto, que a alguno hasta se le cayó el pan de las manos, y el pánico mismo, despabilándome el ingenio que mi desgracia se empeñaba en mermar, me movió en aquel primer momento a aflojar las carnes, agachar cabeza y hacerme ver manso y despavorido como un borrego. Quise entretener mi agobio con lo que fuese y me estuve fijando en lo nuevas y hermosas que eran las botas del mojarra. La boca me sabía a sangre.

Pasaron así el portal conmigo y empezaron a conducirme por la calleja, yendo alante el capitán con la luz y sujetándome por los brazos sus dos hombres. No esperaba yo tener que jugármelas todas a un golpe solo, ni tan pronto. Pero, a los veinte o treinta pasos, el capitán paró la ronda y, viniéndose para mí, se sacó de bajo la capichuela una soga de lazo con la que, si me amarraban, ni la Trinidad bendita iba a poder valerme. Tendí las manos al lazo con la cabeza todavía más gacha y, al hilo de la confianza que mi apocamiento ya les tenía metida en el cuerpo, me revolví y zafé en dos manotones de los que me aguantaban.

Antes de que pudieran avivarse, moviéndome esas fuerzas y ese tino tan grandes que da la desesperación, zancadilleé, enzarzé y empujé a un corchete contra el otro, quien dio por tierra con una costalada de la que quedó medio aturdido, y, bajándole al primero hasta la boca las alas del chambergo con una mano, jalé con la otra del Moreno y lo mandé también al suelo de un entrisale en corto, que tuve el gusto de sentirlo encogerse enterito antes de doblar las rodillas, como si le hubiera venido un rayo.

Estorbado por la antorcha y la soga, el comisario fachenda se me

venía encima pidiendo ayuda a voces, y él no tuvo que vérselas con mi fuerza, sino con mi ligereza. Si es que la llevaba, y yo estoy en que sí, ni lugar le di a airear pistola. Lo esquivé por pies Moreno en boca, amagándole el cuerpo en dos recortes, y, mientras él dejaba en el suelo cuanto en las manos le era estorbo, crucé la calleja a la carrera, salté apenas tocándolas las tapias del huerto de las Madres Marías, volé para la calle del otro lado y brinqué el muro de nuevo, escuchando a mi espalda los ladridos de un perro del convento, que se me vino atrás más tarde de lo que debió, y el campanillo de las monjas persiguiéndome también a rebato de alarma: ya estaba otra vez Juan Cantueso en sus pies para qué os quiero, bachiller.

Esa noche, lo que es correr, a ver quién habrá corrido más y mejor. Buscando las sombras y como venteándome a la legua el paso de las rondas de guardia, cogí un seguido que me dejé atrás la calle del Ganado, las de la Sardinería y Horno de Bizcocheros, y tiré para la Cruz de los Calafates por un llano donde había ido a remontas y follisqueos de los caballos con El Honrado y gente de las cuadras. Me sabía a mano derecha de la boca del río, cerca ya de la playa, y hasta no ver la mar no acorté mi carrera, que ni ponía pie en las piedras. Ya muy en descampado, oí y vi blanquear en lo oscuro las oleadas y tomé el camino costero que le dicen el del Grullo y tira a Sanlúcar, oliéndome que media Justicia del Puerto debía andar revuelta en busca mía.

Cobijé mi rumbo entre pinos, sin perder de vista la mar, y tuve que ir ya más al paso y boqueando porque me faltaba el aliento. La noche no era clara, conque me eché a la playa por no dejar de ver aquellas peñas altas que tenían que esconderme. Temí habérmelas dejado atrás, o andar perdido, pero al rato de andar di con ese cantil y me pareció mentira verlo y tocarlo. Las aguas estaban a media marea. Me metí en ellas sin desnudarme y con gusto para mis carnes acaloradas; bordeé nadando los

peñones y, como a cincuenta varas más allá, pude subir a ellos por un entrante donde, puesto de pie en una laja, me llegaba el agua al pescuezo y en pleamar me tapaba de sobra.

Fui trepando y dando con las covezuelas; cuatro o cinco había, hechas por la mar y más a ras de agua unas que otras. Entré a tientas en la que mejor me pareció, me dejé caer en el suelo de arena y dormí de un tirón, sin entender ni saber más nada.

Algo después de mediodía me despertó el hambre. La remendé despegando lapas con el Moreno y echando mano de dos cangrejos mariquitas, que masqué despacio y sin dejar una uña, porque la necesidad era grande, y lo que no mata, engorda. Me aquejó luego la sed. La espanté de momento con otra cabezada, pero fue a más por la tarde hasta llegar a martirio. Fue día quieto y de mucha calor; me pensé que ni iba a dar con agua por allí cerca ni tenía que moverme de aquel refugio; un patache y un bergantín por la mar fue todo lo que vi desde el fondo de mi agujero, pues no quería sacar de él ni la cabeza. La sed no me lo consintió. Ya con el sol bajo, merodeé las covezuelas, di en la más honda con una gota gorda de agua dulce que de cuando en cuando caía del techo y, echándome cara arriba para que mi boca la aprovechara, más me enconé la sed con ella que me la apagué. Pero a la larga tuve un alivio, y acabé empinándome de puntillas para lamer la mojadura del techo.

Empezando ya a caer las sombras, discurrí que otro baño me aplacaría las ardentías, por lo menos del cuerpo, con tal de que mis labios no tocaran el agua salada, y a ella entré bien despacio, pegándome a las peñas sin nadar ni salir del entrante que te dije.

Ya a la noche, di por loco y por imposible que El Honrado pudiera ampararme, aun con toda su buena fe y allí perdido como yo andaba, donde Cristo dio las tres voces, y cavilé, con el hambre asomándoseme otra vez, tomar fuerzas durmiendo un rato más y tirar luego para

Sanlúcar, adelantando a favor de lo oscuro todo el camino que pudiera. Pero no daba con el sueño y acabé sentado en la boca de mi covacha, por respirar más ancho.

Estaba rebosando la marea y el aire y la mar lisos y calientes, como de ir a saltar viento de levante; vi, muy lejos, los fanales de popa de una nave, y luego bajé al borde del agua a cuenta de unos meneíllos raros que en ella oía. Me entretuvo lo que no he vuelto a ver, una bandada grande de peces, lisas me parecieron, nadando por cima de la mar como tantas veces se ven pero, acaso por la mucha calor, sacando al aire hocicos, lomos y hasta la cabeza entera, que hacía gracia mirarlas yendo y viniendo muy tranquilas, sin más ruido que el que alguna movía a saltar. Arriba, las estrellas debían ser, como dicen, tantas como las arenas de la playa; luna casi no había. A lo mejor me acuerdo de todas esas minucias porque todas se juntaban para echarme a desengaño y darme a entender que yo era la única desgracia en medio de cuanto estaba mirando.

Ya andaba preguntándome a santo de qué había nacido, cuando escuché, muy quedo y retirado al principio, un chapotear que no era el de los pescados de paseo. Volví a mi escondrijo alargando ojos y orejas; perdí el rumor, pero en seguida me llegó otra vez, y más claro. Despacio y al largo de la playa, se acercaba al cantil una barca sin luces, y alguien, un hombre, como que hablaba en ella a media voz. En la callazón fui distinguiendo sus palabras. No me moví, ni quité mano del Moreno, hasta ir las teniendo claras.

—Ah, Cantueso... Cantuesico... Si andas ahí no temas, que El Honrado me manda... ¡Cantueso!...

Bajé, me dejé ver haciendo señas y el hombre aculó la barca a las piedras, metiéndola entre ellas con mucha maña. Me alargó una mano y salté dentro. Sin siquiera mirarlo, le arrebaté un panecillo y una cantimplora de agua que ya me estaba tendiendo, y lo escuché mientras

bebía y comía.

Me dijo llamarse Antón Quiñones y ser pescador, vecino del Honrado, y compadre suyo de toda la vida y la confianza. Sirviéndose de amistades y conocimientos, me contó, no había parado en todo el día El Honrado de trotarse la Ribera y los embarcaderos del Puerto para ver de arreglarme una salida. Sabía él que, en cuanto amaneciese, iba la Justicia a mover cielo y tierra en mi busca, hasta mandando rondas de caballería por la costa y sacándome en papelones, pues, sobre lo culpado que ya estaba, le había dado por morirse al corchete de quien me abrió paso el Moreno.

Con una cautela grande y a fuerza de diligencias, se me encontró al fin embarque por un Roque Centeno muy famoso, gaditano, capitán de flotas a Indias y amigo íntimo de un hermano de mi socorredor. Centeno, que llevaba unos días en El Puerto a menesteres suyos, había ido por la tarde a hablar con el mismísimo General de las galeras, y ya tú sabes que los de arriba siempre se entienden. Le pidió el favor como para un muerto de hambre, que eso no era mentira, y sin recibir ni dar mi nombre, sino otro que El Honrado les dijo, había hecho que me alistasen de grumete en una galeota bastarda, de las fuertes.

Llevando a bordo no sé qué gran personaje, ese barco debía echarse a la mar por la mañana, hacia la famosa ciudad de Venecia, y Quiñones estaba allí para hacerme embarcar sin pérdida de tiempo. Sobre qué había sido de Anica, lo tanteé y nada sabía él, ni quién era. Lo que yo había hecho, sí.

Bogamos muy al largo de la playa para la boca del río y la barra. Vi alejarse el cantil donde tan negras las había pasado y, al perderlo de vista, bendije a toda la Corte celestial con sus ángeles y sus santos, y hasta a los del infierno. Que allí tampoco han de faltar los suyos, ¡digo!

*... tanto o más licencioso debió ser el Irala que El Rubio mismo. Olvidó el escritor su urbanidad y buenos pañales para recrearse y solazarse, no ya en sobradas páginas de concupiscencia, o de insólita crueldad y ludibrio, sino hasta en las más groseras chocarrerías y decires del preso, escribiéndolo todo a corazón y mano insolentes, que acaso excusaran la juventud del autor. Empero, aun haciéndole esta merced de sus pocos años y según las noticias, pareció el poeta Irala sentir por tales desenfrenos menos repudio que regocijo y más insana inclinación que discreta curiosidad. Asegúrase que no hubo impiedad, vileza o sarcasmo del cautivo que no enhebrase Román de Irala en su novela escandalosa y hecha además con engaño, so tapadera de componer un libro religioso y edificante, ni siquiera comenzado. Singularmente condenable y abyecto juzgó todo ello el Santo Oficio, y en el documento inquisitorial de cargos contra la obra fue donde Des Vries y Suárez Vargas pudieron entrever su asunto, que no era otro que la entera vida del Rubio. Mas el rigor del Tribunal y...*

### **3. El viaje de Cantueso a Venecia, sus aventuras en aquella serenísima república y su entrada en la ciudad de Sevilla**

*A 4 de febrero. ~~~ Yo, señor bachiller, si fui de nacimiento malo o bueno, ni lo sé ni voy a saberlo ya por más que viviera. Lo que no soy es torpón: eso, fijo.*

Cuando me lees algo de esto que me llevas escrito, porque te lo pido o te viene en gana, aun con tan rebién puesto como está, no veo imposible el haber sido gente como tú, si tu crianza me hubieran dado. Inteligencia no me falta, lo sé yo. Pero es lo que pasa, y se lo oí decir a aquel

Corradino de Venecia: que, por mucha calidad que ella tenga, es la inteligencia como huevo en merengue, que contrimás se bate y se trabaja, tanto más sube y mejora, y viene a menos si se deja. Igual que el ser valiente, hijo.

Por eso, y sin escribir mentira, va quedando en tus papeles mucho de lo que te cuento como si le hubiera pasado a un caballerito de tu linaje y no a un bruto como yo, aunque tengas hasta la buena mano de que también suenen en tu palabreo mis dichos y mi persona, y vaya en él tu oficio al lado de mis simplezas y malhablares.

Será por lo que tanto me haces fatigar la lengua, con tus doscientos «¿cuándo apareció aquel hombre?», tus quinientos «cuéntame otra vez cómo era ese sitio» y tus siete mil «¡más despacio esto!», sacándole el tuétano a mis días pasados, pero alargándome así los que vienen, que hasta puede, Dios sea loado, que acabe yo peyéndome en el verdugo y no él en mí, aunque esto último lo veo más a mano. Síguelo haciendo todo por largo, buen mozo, pues te va en ello lo bueno del trabajo, y a mí seguir viendo la mar por entre los barrotes de ese ventano, sin que el de la máscara me cierre los ojos a cuenta de ese puerco pastelero, y chupetear esos huesos de vaca que por toda esta galería nadie cata ni huele.

Lo que sí querría preguntarte es cómo ha de salir, de cuanto me estás sonsacando, el librito que quieres publicar para que se dé golpes de pecho la gente de bien. Tú sabes, y mejor que yo, que la Inquisición y la Justicia benditas miran por que se cumplan las leyes de Dios y las del Demonio se encubran, pues matarlas no hay quien las mate y esas creo que son las mías, o ellos dirán que lo son. De modo que en ese librito que sacarás luego de esto, o todo lo cambias y tuerces, hasta hacerme ver más malo ya que un dolor de miserere, con lo que no saldría ganando mi gaznate; o, si me dejas airoso aunque no sea más que en dos renglones, serás tú quien, por defenderme en algo, arriesgues tu salud, pues tu tío el



señor alcaide andará muy alto como para que se la quiten. Te venteo gente principal, pero la cuerda se rompe siempre por lo más delgado, muchacho, y es la gente más moza y curiosa la que viene a pagar los trastos rotos. Así que, si no me pones en ese libro como los mismos trapos, prepárate a lo que te venga, y si me pones, seré yo el que se prepare, conque has de hacer por sacarnos adelante a los dos, echándole talento a los papeles, que ya me tiene dichas tus buenas mañas con ellos un sargento mayor Orellana que no me quiere mal; y que has escrito unos librejos de romances y hasta una cosa fina para los cómicos del teatro. Sencillo no es que me parezca lo que te estoy pidiendo de nadar y guardar la ropa, pero sigue con el juego pues no me queda otro y quien nada tiene a lo que sea se agarra, clavo ardiendo o alilla de mosca. Anda, sigamos.

Apenas arrimarse la lancha a la galeota, todavía con mucha noche por delante, batió palmas Antón Quiñones y se asomaron a la borda unos que ya habían de estar en aviso y que, sin decir nada, echaron una escalilla de nudos. Abracé al Quiñones, salté a bordo y quienes me esperaban me dieron ropa de mar y me señalaron sitio de dormir debajo del dragante, en un hueco corto que no podía estirar las piernas.

Casi no cogí el sueño, era como una punzada acordarme de Anica, pero tampoco me moví de allí ni vi nada, conque, al salir la luz, me pasmé de que en un barco menos que mediano pudiese caber tanto hombre, y eso que abajo no había más que treinticuatro al remo, y no el gentío que una galera grande embarca, sin contar los de arriba.

Como algunos de la marinería, salí de ayuno con la mazamorra de los galeotes, que no me pareció tan mala. Un barbalarga andaba preguntando por Juan Recaño. No sabía que ése era yo, cuando caí era tarde y, por no responder, me endiñó un puntapié que a poco pierdo el culo. Me dijo

cuanto había de hacer, y era lo primero no poner pie en la crujía de abajo ni tratar con los galeotes, y luego fregar la cubierta, raspar cabos, aprender nudos, ayudar en las comidas, buscar cucarachas y chinches, cantar las horas un día sí y otro no, y estar a cuanto me mandasen. Lo de los galeotes me contrarió, porque conocía de vista a uno que iba en la cuerda de bogavante, como le dicen al primer remero, y me hubiese gustado hablar con él. Y lo de las chinches y las cucarachas me cogió sobre aviso, que ya me tuvieron visitada la noche, mientras que de moscas, pulgas y piojos como garbanzos también los había en la galeota para dar y tomar. Luego aprendí que en todo barco los hay y no queda otra cosa que rascarte o que te rasquen.

Muy de mañana, en un esquife embanderado de la Armada, llegó el pez gordo que habíamos de llevar a destino; ya con todo listo para zarpar, seguíamos casi sin viento, pero oí que eso era mejor que el de levante, con el que no se hubiera podido salir. Al entrar a bordo, el personajón fue saludado a toque de trompeta y con tres vivas raros de los galeotes, ¡uh, uh, uh!, y le aprecié buena planta y gentil talante. Venía muy vestido, con mucho baúl, cofre y alforja, en compañía de otros dos caballeros también emperifollados y de un esclavo mulato, sordomudo de suyo.

Al hacernos a la mar, me tocó en las serviolas jalar del ancla entre mano y mano como los buenos, a compás del pito y del «arriba, arriba, vamos ya; tira, tira más». Dieron los galeotes boga lenta y, luego, la larga; dejamos con ella a mano izquierda un escollo que le dijeron de Las Puercas y vi tierra por detrás de él, y en ella unas aspas de molino que me sonaban, altas sobre la mar, con unas casas más allá. Pero no me di cuenta, sino al cabo de un rato, de que el molino es el que está a la vera de la Horca de los Franceses, y era Cádiz lo que estaba mirando.

Digo yo que, por todo cuanto me había pasado desde que salí, se me haría que ya tenía a Cádiz muy lejos, aparte de estar viéndolo desde

donde nunca lo había visto. Por entre La Caleta y la Punta de Sanlúcar, apenas hechos los ojos a distinguir lugares desde la mar, empezó la tierra de Cádiz a achicarse y a perderse, entrevi las Torres de Hércules, mi playa grande, y, sin más por qué ni cómo, vino a juntarse en mi cabeza que había nacido allí y que ya tenía enterrados a dos hombres. En verdad, la del corchete del Puerto tampoco fue muerte de pesarme, por el maltrato y porque, según le eché abajo el sombrero, ni la cara le vi mientras lo arreglaba con el Moreno.

Ayudó el tiempo a poco de dejar la costa, se largó vela al saltar un viento ni flojo ni fuerte, y, sin otro rato malo que el de los hileros de marea esos de Las Aceiteras, que venía la mar de todas partes y como loca, fuimos bordeando ligero; ya andábamos casi a la vista de la Roca de Gibraltar cuando se desamarró un levante de los gordos que nos tuvo dos días fondeados y bamboleando al abrigo de Los Lances de Tarifa, más para acá de Punta Carnero. Ésa fue la primera de las tres veces que hicieron bajar a tierra a los galeotes. Me vino el mal de mar. Ya nunca volvió a aquejarme, cosa rara, pero en aquel viaje me las cobró por todas. Si no me hallaba en pie, peor estaba echado. Vomité hasta las sotanas de mi padre y fui chacota y diversión de unos y de otros.

Dejado atrás el Estrecho, y sin ingleses rondándolo, noté un alivio en todos, por eso y por haberlo pasado con bien, y vi alegres las caras como si estuviésemos llegando, cuando no estábamos más que saliendo.

Navegamos como antes, siempre arrimados a la costa de la Andalucía, por si saltaban naos de moros, y una noche hicimos puerto en Málaga, donde la galeota aprovisionó agua dulce. Al amanecer enderezamos para las islas de Baleares, a las que se arribó en cinco fechas y con tan bonancibles mar y viento que hubo mucho descanso para la chusma remera, pues sólo con todo el velamen tendido a oreja de mulo y frenillados los remos, el buen andar del barco lo hizo todo y, si es

galera gruesa, el doble echa.

Fondeamos en Puerto Mahón. Cuanto de aquellas islas vi me pareció bien verde y de lo más solo y tranquilo, y eso que en Puerto Mahón no hice más que pasar a tierra en la barca con un alférez, un marinero y el de los fogones, a por carne fresca de vaca, cebollas, tres toneles de agua y ocho colleras de gallinas, que se murieron apenas subirlas a bordo por un trastorno en la cabeza o algo que las mataría; para mi pena, no las quisieron dar a comer arriba, y cinco de ellas fueron a los galeotes, y ninguno se puso malo.

Ya había sabido yo, al salir de la bahía de Cádiz, que el personaje que llevábamos era un señor de esos de embajadores, mandado a Venecia para hacer muy bien hecho cuanto le tuviera encargado el Rey, aparte bandearse por su cuenta con todo lo que vaya pasando. Andaba siempre solo por cubierta, una mano en la barba, y le dio por hablarme a mí desde que dimos fondo en la playa de Los Lances. No tuvo que decirme nadie, pues me lo hizo saber él mismo, que se llamaba don Pedro de Bocanegra y era conde o marqués, de Monreal me parece que me dijo, pero sin galleos ni arrogancia. O yo no sé con quién creía él estar hablando cuando siguió diciéndome, como si yo supiera de aquello ni de nada, que Venecia era nación con la que España había estado a bien años atrás, a mal últimamente, y que allí lo esperaban muchos trabajos y pasos más difíciles que el del Estrecho. Nunca tragué yo bien a esa casta de señorones, pero él me entró en simpatía, y a casi nadie llegó a hablarle a bordo más que a mí, y lo justito a los mandamases y a quienes lo acompañaban, siendo ellos de su cuerda.

A la segunda o la tercera vez, acabó pidiéndole licencia al capitán para llevarme a su camareta, hasta diciendo que me conocía de Cádiz y haciendo como que jugábamos allí a las cartas, por que nadie fuera a pensar malamente de ese retiro. Fui yo quien lo pensé, más que nada

cuando le dije de jugar en serio y él no quiso. Hasta que, por aquel primer día de palique y otros luego, me calé que aquel hombre no era puto ni bujarrón sarasa, según me había maliciado yo, sino de ésos que se desahogan los pensamientos sin dejarse comer por ellos a estorbo de la soberbia o del miedo, y le sueltan lo que llevan dentro de su cabeza a quien le cae bien por pitos o por flautas. Ya se rio conmigo el primer día porque lo llamé su reverendísima y me dijo no ser cardenal, obispo y ni siquiera monago.

Y una mañana que empezó platicándome de otras cosas, fue a parar a las de amores. Quiso saber si yo andaba en alguno y, antes de que le respondiera, se echó don Pedro a hablarme de los que él padecía, ya como si de siempre me hubiera visto o fuera yo un igual suyo, y todo porque lo escuchaba bien. Me dijo ser casado con casa grande en Cádiz, en la Plazuela de las Tablas, y andar perdido por otra mujer, una señora de Sevilla, donde había tenido él que ir mucho por menesteres de flotas a Indias; y que si me quería hablar de sus amores, tal como me hablaba de todo, era en la corazonada de que, pese a mis pocos saberes y edad, o a lo mejor por eso, yo lo iba a entender, mientras que para los otros no debía enseñarse más que según su título y su cargo, ni ellos podían entenderlo y tratarlo lo mismo que a una persona corriente. Así que, aunque pareciera lo contrario con tanto señor marqués por aquí y señor embajador por allá, ni él se confiaba en nadie ni pegaba que lo hiciera, cuando, según su manera de ser, andaba muchos días deseando volcar sus cosas.

Se iba a Venecia, me dijo, por servir al Rey y para poner leguas entre él y la señora de Sevilla, que también era casada y también sentía por él los ardores, con lo que estaba a pique de meterla y meterse en una ruina. Y como, por su rango, había de hacerse acompañar a todas partes con un criado o un esclavo, había comprado en Cádiz al mulato sordomudo, que lo sacó de un lote de Garayo el Cubano, para asegurar el secreto de sus

encuentros sevillanos con la señora, mejor que con otro siervo de los de oír y hablar.

—Pero todo este discurso —volvió de pronto don Pedro a su pregunta primera— no ha de ir con buen pie si no me das las mismas amistad y confianza. La sabiduría está en temerle a Dios y no a los hombres, aunque todos vivimos temiéndonos y así nos va. Me figuro que, con tus años, también habrás sufrido o sufres de amores, que yo sería gustoso en conocer.

Le oía yo ese buen hablarme y me confié y le conté mi historia con Anica sin dar nombres, desfigurando alguna cosilla y tragándome la muerte del corchete, aunque no le callé que, a cuenta de Anica, andaba perseguido. Tan bien me entendía don Pedro que me pasé en mis confianzas y le dije cuanto se me fue llegando a las mientes, menos lo que pudiera serme de peligro. Así, y según lo había cavilado en mi escondrijo playero del Puerto, le solté cómo por amor de Anica, y ahí se me escapó su nombre, le había tomado yo un agrado grande a las mismas vergüenzas de la mujer, con las que ya iba a regocijarme y disfrutar para los restos de mi vida como lo que más de ellas me gustaba, que antes no había sido el conejo, sino la cara y los pechos y todo lo demás. Sin mentar tampoco a La Curruca le dije a don Pedro que, aunque también había andado con ella y muy a placer, y luego con una negrita y tantas otras, no había querido yo reparar mucho en sus conejos, ni los había mirado más que con el ojuelo ciego de mi palo mayor; y que solamente con la del Puerto había llegado a apreciar la gracia del pinganillo de arriba, escapadizo que no se sabe si está o no está, y las suavidades tan gustosas de lo que, en las mujeres con quienes antes anduve, no me había parecido más que grieta y boquete con barbas de poco agradar, aunque de buen entrar.

—Tampoco, señor —terminé—, me resultan ya las vergüenzas de la

mujer de peor oler que las del hombre como me habían dicho, siempre que estén frescas y aseadas, ni es cosa de hacer ascos por lo de sus goteos y humores de los meses.

Como le estaba hablando muy en serio, vino a chocarme que él se echara a reír a carcajadas y me acharé. Llamaban a comer y salí corriendo de la camareta sin ni despedirme y fijo en que me había pasado de la raya. Pero don Pedro siguió buscándome cuando me veía en ocio, aunque sin menudearlo por no levantar maldades, para contarme sus cosas y oír las mías.

Ya con la proa en la derechura de Italia, vinieron otras jornadas de mar llana y tiempo bueno, empujados por un viento largo del oeste que también convidaba a tender velas y a dejar los remos, pero que una tarde fue torciéndose y yendo a siroco hasta alterar la mar, ponerla bien brava y todavía peor después de echarse el sol. Aquella noche empecé a enterarme de veras de que un barco es como un cogollo de los sufrimientos. Tú no te has embarcado, hijo, ya me lo dijiste. Hay que ver lo que es batallar con la mar, y esos zamarreos que yo, lego de mí, no conocía, y saberte encima de una componenda de tablas y de cuerdas que va por lo oscuro pegando saltos como un chivo. Con las oleadas por arriba de la cubierta y las caras descompuestas, que te las quitan de pronto de la vista los rempujones de la mar, abriéndose y hablándote las bocas y sin enterarte tú de nada con esa ventolera que se lleva las palabras en cuanto salen de los labios, pero que sí te deja escuchar las crujideras del maderamen y los silbidos de las jarcias, eso sí, y de cuando en cuando los cadenazos, los lamentos y los clamores de la chusma galeota, que decían no era de la peor y con razón, ya que toda la cuerda se conformó esa noche, y sin piar, con el bizcocho duro a pelo, sin las habas cocidas, ni dio quehacer en el viaje, ni tuvo apenas el cómitre que menear el rebenque. Y es que los forzados por condena, y los esclavos de alquiler

o a cuenta de las cartas, eran los menos entre aquellos galeotes, y los más, éstos que llaman «buenas boyas», que reman de su voluntad por la comida y el salario, como el Gasparito que te dije. A la mañana, que amainó el viento mucho, mandó el maestre quitarlos todo el día de la cadena, por las fatigas pasadas a la noche, y que les doblaran la ración, y además le echaron unas onzas de manteca de puerco, con el agua y las sobras del bizcocho, a los calderos de la mazamorra.

En, no sé cómo le decían, Masina o Mesina, allí avituallamos otra vez, y otra vez se retrasó la partida porque el viento soplaba muy contrario desde que entramos: esa mañana hubo que hacer mucha fuerza de remos por no embestir en tierra. Al otro día, también desembarcaron a la chusma. Y en aquella espera hablé más con don Pedro el embajador, que al irnos hasta despidieron con salvas de morterete a la galeota porque él iba en ella, y estaban allí en el ancladero otras dos galeotas y treintitantas galeras de España.

Y fue mucho antes de zarpar cuando me dijo don Pedro que le guardara el pensamiento, pero que lo que hacíamos nosotros dos era lo que había que hacer en toda la nación española y no se hacía: hablar más claro y por derecho, sin arañones, y sin tanto mirar, para darte o quitarte algo, quiénes fueron tus padres y tus abuelos y tus tatarabuelos, y dejar caer lo que hubiera que dejar caer de tierras y poderes, y permitirle trabajar a todos con el favor de Dios sacándole a todo su provecho, como en otras naciones se hacía y mejor les estaba yendo.

Llegó a decirme que él no andaba muy allá con algunas cosas de las políticas que para Venecia le tenían mandadas, pero que también me lo callara porque no debía saberse. Sin darse ni cuenta, se le iban amargando los ojos, y fue aquella vez, aún no entendiendo ni la mitad de lo que me habló, cuando más lo vi así, tan solo como él me decía.

Dimos vela el día de la Natividad, pasando ya fuera de aguas



vigiladas por el Rey de España, y dos jornadas más tarde se fondeó en un sitio muy raro y vacío que le decían Blía, por la costa que cae enfrente de la Italia y para hacer aguada allí. No bajé, pues me tocaba cantar las horas y fueron otros a tierra con la barca. Se habían redoblado las guardias porque era aquella mar de mucho turco, como que, nada más echarnos a ella, se avistaron dos galeras que, por la traza, pusieron en alarma a toda la galeota y los artilleros a las piezas de crujía, ya hasta con los botafuegos en la mano.

Habían salido esas velas turcas por atrás de un monturrio sequerón, y bien cerca como me fue diciendo el alboroto de a bordo, cuando yo, sin el saber de los navegantes, las creía lejos y bien lejos. Así que se aprestó la galeota a defensa y ya andaba yo loco, uj, por dar cara y encajarle a gusto el Moreno a uno o dos de aquellos cabezas de trapo que, según había oído, tanto andaban malparando y jodiendo esa Venecia donde íbamos, o a España siempre que podían, y ahí estaban ahora a ver si nos mataban o nos cautivaban.

Pero no hubo trance porque nuestro barco, aun por más chico, era de mucho andar como te llevo dicho, y, sobre que nos echó una buena mano el viento, ahí sí que tuvo el cómitre que avivar a los galeotes y tundirles las espaldas para que hicieran una boga rara y a mataballo, entre la larga y la picada, que acabaron sin resuello. Pero ni a tiro nos pusimos, y en cosa de dos horas y media ya no divisaba el vigía a los turcos y la galeota es que iba como al vuelo: *Nuestra Señora del Amparo*, ahora me acuerdo cómo se llamaba.

No aconteció más, sino que, casi a la vista de Venecia y siendo día domingo, cuando cinco hombres que la sabían estaban cantando a popa pedazos de la misa del Espíritu Santo como para dar las gracias por el buen viaje, apareció y nos fue cortando el paso un navio de allí, grandón y muy artillado, pues no podía andar por esa mar suya ningún bajel

militar de España sin el permiso de Venecia. Se hablaron las banderas, mandó el navio una barca sin fiarse de lo hablado y, bien enterados sus hombres de a quién llevábamos, ya no se tuvieron de ellos más que sombrerazos y miramientos.

Muy poco antes de tomar puerto, don Pedro se me hizo el enconradizo y, paseando por cubierta, me dijo así:

—Juan, como me contaste que nada te dejas atrás aparte aquellos amores, y sé que la galeota vuelve a España de aquí a seis días todo lo más, has de saber que la ciudad de Venecia, donde viví unos años siendo mozo, es la más hermosa y bien concertada del mundo, aunque ya no sean éstos sus mejores tiempos, y siempre hay un lugar en ella para la libertad y para las gentes sin fortuna, aunque con cabeza. La tuya no es mala, y dime: ¿harías bien emprendiendo de nuevo, y para nada, la fatiga de un viaje como el que hemos hecho? ¿Te volverías así como así, sin probar a mejorar tu suerte ni gozar de lo que Venecia puede darle a cuantos a ella llegan? Óyeme bien: si quieres y puedes quedarte, como por aprecio te deseo, a todos se lo callarás aquí en el barco, pues te lo harían difícil o imposible. Pero si así lo haces, yo movería luego lo que pudiera por favorecerte. Acuérdate de que he de alojarme en la calle de La Bicha y en casa de una familia española, los Bedmar: toda la calle y media ciudad los conoce, porque él es hijo de otro embajador de España que fue en Venecia hombre muy mentado. Aunque en este momento no puedas decírmelo, caso de que desees y consigas quedarte, búscame allí a media tarde, entre la siesta y el anochecer, que yo haría por que salieras adelante. Ahora no hables aquí ni siquiera de bajar a tierra y, sea cual vaya a ser tu decisión, ven conmigo.

Llamó a uno de sus hombres, los acompañé a su cámara, hizo don Pedro abrir un baúl y me regaló un vestido de barracán de Bruselas, con su medio capote forrado en felpa, su ropilla de adentro y un par de

zapatos haciendo juego, más una escarcela con veinte pesos que en Venecia, me dijo, habría de cambiar por los que allí llaman zequíes. Me eché a besarle las manos pero las retiró con mucha presteza, diciendo algo incomodado:

—Lo dejas para otra ocasión.

Llevé los regalos a mi yacija, y a poco, con la última luz del día, arboló la galeota el pendón de España, un gallardete de tope que llegaba al agua, y fue saludada al cañón por un castillo que daba a la mar por un lado y por el otro a una laguna grande de aguas muy llanas. Se metió al remo en ellas y, mientras unas neblinas aligeraban la caída de la noche, se entró junto a una iglesia por lo que me pareció una canal o una ría ancha, entre dos hileras de casas de mucho porte, con una flotilla de balsas y barcazas atracadas a mano derecha.

Apenas dar ciaboga y ancla en mitad de esa ría, viéronse por la orilla gentes y luces, haciendo señas que fueron respondidas a bordo y esperando a don Pedro, quien bajó a poco con su gente y pertrechos a la barca de la galeota, después de despedirse de todos muy caballero y, de mí, apretándome un brazo sin decir palabra. Tan llena iba la barca que, como el capitán quiso acompañar a tierra al embajador, hubo de arriarse para él y dos alféreces un botecillo, sin servicio hasta aquella noche en todo el viaje.

Con ropa y dineros como estaba, nada hablé de bajar yo, según don Pedro me había aconsejado, pero me comían las ganas. Cuál no sería mi descontento cuando, preguntando como quien no quiere la cosa, vine a saber que no podía dejar la galeota mientras estuviese en Venecia: no permitía la Armada de España que bajasen allí a tierra los grumetes y la gente moza de sus naves, con pena de treinta azotes y por el temor de no verlos ya tornar a bordo, cosa sucedida muchas veces en aquél y no en los demás puertos.

Rabí viéndome tan ligado como un remero de la chusma, mis deseos de bajar se convirtieron en los de quedarme y me juré, por el Dios que nos rige, probar suerte y no pudirme allí ni volverme. Dormí bien poco y mal; mucho antes de aclarar el día, sin levantarme y tapándome con la frazada de mar, me abroché la ropa en mi agujero del dragante, me puse mi Moreno bien a mano y me hice un hatillo con la ropa nueva, metiendo en medio los zapatos y la escarcela con los reales del embajador. Ojeé la cubierta: la neblina que saltó al anochecer se había espesado y, por estar el barco muy al seguro y rendidos todos de la travesía, no andaba de guardia más que un hombre, un soldado de Huelva. Se estuvo quieto allí, junto al bauprés, con lo que me ahorró apuñalarlo, porque yo iba a por todas. Me escurrí a popa con mi ajuar, me eché al suelo y, pegado a la tablazón de la borda y la cubierta, fui arrastrándome hasta dar con el cabo del botecillo, que no lo habían izado al volver de tierra, y jalé de él poquito a poco. Deshice el nudo, sin soltarlo del todo para que no se me fuera el bote a la deriva y, asegurándome de que lo tenía abajo, me deslicé hasta él por otro cabo en firme, a un lado de la luz del fanal y llevando en la boca mi atadillo.

Luego, ya en el bote, cobré despacio el cabo que había dejado a medio ganchete y pude recibirlo en el pecho y los brazos sin ruido, pero me heló las carnes el poco que hice al pisar el rezón. Bogueé en la niebla sin sacar los remos del agua, para que no chapotearan; ya no veía la nave y todavía me llegaba el tufo de los galeotes, que es como el de los barcos negreros, tú no sabes la peste a perros muertos que echan esas crujías. Y en las calmas, más.

Con mucho tiento, toqué la orilla derecha por entre dos balsas.

No veía ni oía más que los bultos oscuros de las casas y el cantar de unos gallos por la marina. Amarré el bote a un palo, por no tener con su pérdida más de los que iban a darme si me encontraban, y subí a un

callejón por una costezuela de fango con casas a los lados y en las que estaban a carena unas barcas raras, que ya había vislumbrado alguna al arribar, negras, bien largas, con un hierro alto y plateado en la proa, como hoja de hacha, y tres lengüetas abajo. Luego supe que se llaman las góndolas, y no las he visto en otra parte, y tienen un aquel como de entre violín y cajón de muerto.

Eché a andar con mi hato. Subí y bajé escalerillas, pasé mucho puente chico y uno grande, placetas y callejas, sin ver nada, cruzarme con nadie ni otro pensamiento que el de huir, y no paré hasta no dar otra vez con la mar. Se me hizo de día sentado frente a un islote en el que ellos tienen un cementerio bendito, y luego vi salir las gentes por aquí y por allá, casi todas juntas como a toque de diana, y con mucho campaneó de iglesias. Por donde mirara, la mar entraba y salía a su antojo. En una calle sí y otra no, vi que no había lugar donde poner los pies aparte los puentes y las barcas, pues puertas y ventanas dan allí derechamente a lo mojado, hijo, y cuando no es por una parte de la casa, es por otra. Apenas entendía nada de lo que hablaban, pero de pronto, y viendo además tanta agua, me creía en Cádiz o que había gaditanos por allí, pues escuchaba decir er campo, er río, er marío y er puteo, cosa ésta que en el habla de Venecia viene a ser «el niño», y no lo que pudieras pensarte. En lo oscuro de una casapuerta ya me había cambiado la ropa de mar por la de cristianar, y me miraban como a principal, porque como principal me dejó vestido don Pedro.

Por señas primero, y luego con la ayuda de uno que chapurraba el español, pregunté por un sitio donde me cambiasen los dineros, y me dijeron que lo hallaría por atrás de las casas, mucho más allá, y que allí mismo lo que podía hacer era embarcarme para Murano: ni sabía qué era eso ni por nada del mundo quería yo otro embarque tan seguido.

Caminando por donde me señalaron, y pon agua por todas partes,

llegué a una plaza con palomos muy grande y pulida, con la marina a la vista otra vez y un iglesi3n largo allí a un lado, de techos así redondos como pompas pero con puntas y cristos, mucha filigrana doradilla, y en medio pinturas de santos, unos caballos muy hermosos encima de las puertas, en estatua, y la torre de la iglesia aparte. A las tres bocacalles di con la tienda del que tenía que cambiarme los dineros, un judío de bonete, con la nariz como un apagavelas y de mucha reverencia y palmada en la espalda. Entre esas lamioserías y que no sabía lo que me estaba hablando, tiré del Moreno, lo puse junto a mis reales y le mostré mala cara al napias para que no fuera a trajinarme, lo que entendió mejor que todas las palabras. Yo andaba muerto de sueño y en el agobio de toparme con gente de la galeota, así que, en cuanto salí de cambiar, busqué una posada y no me moví de ella hasta que, a los seis o los siete días, un zagal que mandaba todas las mañanas para ver si la *Nuestra Señora* seguía allí, me dijo que ya no estaba.

Como antes no quise pisar la calle, y aunque mi buen dinero me costó, comí esos días a cuerpo de rey en la posada, y allí no ponían más que manducas de Venecia. Ni antes ni después he vuelto a comer semejantemente. Me acuerdo de unos pulpillos bien suaves, al horno y arreglados con una verdura; y te ponen ese cangrejo verdoso de aquí, la coñeta, pero chiguato, que aquí en Cádiz ni pobres los comen si están así chiguatos: en la muda y con la cáscara blanda. Bueno, pues entonces es cuando los avían en Venecia. Los zampan vivos en huevos batidos, ellos se beben el huevo, fríenlos en seguida rebozados, y tan tiernos quedan que se comen con tenedor y cuchillo sin dejar ni esto, todos con su friturilla de huevo dentro. Y pájaros en salsa con una masa caliente que le llaman polenta. Ah: y le dicen ministrón a los sopones.

Con todo y con eso, me pesó mi encierro y, más, sintiendo el bullerío de fuera, que aquella posada viene a caer por el Puente Grande, el Rialto

de nombre, a un lado de la Pescadería, y no hay lugar más alegre que yo sepa.

Seguro ya de que no me atrincaban, me eché a las calles para ir conociendo aquella Venecia tan sonada y por no irme comiendo todo lo que tenía, no me fuera a pasar como en Cádiz. Compré dos barajas, las aliñé con mucho arte y se la pegué con ellas a Cristo Padre, desde negros ricachos y algún amarillo de la China, que son de poco hablar y en una jerigonza cortita que no les entiendes ni la e, hasta alemanes y franceses y toda la morralla moruna, sin contar a los del país. Y yo, encima, dándomelas de caballero. Porque como allí se juega hasta por las esquinas, nunca volvía a un garito sin haber ido antes a otros veinte, con lo que nadie me calaba las maulas, y en juntando los cuatrines para comer y dormir al otro día, dejaba la sacaliña, o hacía de perdedor por no ir echando mala fama de ganancioso.

Puse en boga allá el juego del Santo Ángel y el del Bajel, que no se conocían, y lo que es un montón bueno de reales no lo gané más que de cuando en cuando, si yo veía clarito que eran gente, hora y sitio de ganarlo.

Aun así, junté pronto un dinero que me vino pintado porque, con él y lo que me quedaba de don Pedro, tuve para encarar después de Navidades unas calenturas que caí malo en la cama cerca de tres meses, y no iba a peor ni a mejor. Por Carnavales no pude moverme, y había que oír la que sonaba de día y de noche por allí afuera y en el patio mismo de la posada, aunque al otro año vi en qué poco se había quedado lo que me figuré, y eso que el médico que me veía estuvo viniendo de máscara, con un traje remedando coliflor, y por la posada andaba disfrazado hasta el gato. Me acordaba en la cama del Carnaval de Cádiz, de las cucañas y los manteamientos y los tolondrones de barro que se tiran aquí los tapados y las tapadas, y la que arman las comparsas de negros, y lo que le pasó a un

Francisco Altube que iba vestido de osa y le metieron fuego y hubo de salir corriendo y echarse a la mar. Y yo allí encamado y dando diente con diente, que no me atinaron con los males hasta después de Semana Santa, cuando al cabo de cuarenta cosas y de dejarme abierta una fuente de sangre en el brazo izquierdo, mandó enhoramala al médico la posadera —*va via, via, fuora!*— y me curó ella en pocos días con sudatorios muy fieros y unos paños hirviendo a los costados, mojados en un caldivache de tripas de carnero y yerbajos de cinco o seis matas.

Volví a las calles y a las cartas. Una noche, al salir de una casa de juego, me lo dio tan servido un borracho que apenas tuve que tropezarlo para meterle los ganchos por la ropa y embeberle veintidós zequíes que llevaba. Seguí comiendo en la posada y bien, pero, de lo mejor y lo más caro, me regalé días jueves y domingos no más. Rehíce lo gastado en enfermedad y empecé a estar a gusto, menos cuando me amargaba a rachas la memoria de Anica, eso desde que llegué. Me acostaba tarde y dormía hasta media mañana, pues me vino un tiempo de más dormir que no me dejó mientras estuve allí en Venecia. Con el habla me fui defendiendo de oído, que lo tengo de lince, y también con el español, que lo conocían y parlaban mejor o peor mucha más gente de lo que yo creía. Solo, y con buen o mal tiempo, acabé de trotarme todos los lugares, fui aprendiéndome el nombre de los sitios y, aunque no soy leído ni entendido en grandezas ni engalanamientos, cuanto llevaba visto antes de llegar allí me fue pareciendo, al lado de lo que veía, los tinglados y los barracones almadraberos.

Lo que no me cuadraba era ver a todo el mundo metido a más no poder en diversiones y complacencias y, al tiempo, tan cagados con los turcos, diciendo que estaban sin un real las arcas de la Señoría, como llaman a su reino, y extrañándose ellos mismos de que se vendiesen casi por las calles títulos y papelorios de noble al primer zopenco que tuviera



sesenta mil ducados para pagarlos, o fuera capaz de poner mil soldados en pie de guerra.

La palabra que más se escuchaba por todas partes era Candía. Y Candía por acá y Candía más allá, hasta que me enteré de que es un puerto de una isla muy lejos, de los pocos que a Venecia le quedaban suyos. Y supe que esa Candía llevaba ya veinte o más años con los turcos acosándola sin poder tomarla, y echándole dos cojones al asedio los venecianos que la defendían, y otros venecianos metiéndole guerra a los turcos por donde menos se esperaban, para hacerle el quite a Candía. Hasta voluntarios de Francia habían ido a socorrer aquella isla. Pero como si nada.

Bueno: pues tú oías todo eso, y lo de la ruina de dineros, y luego ibas viendo por Venecia unas algazaras y un talante alegre en pobres y ricos que no tenían nada que ver con tanta lamentación. Como ese día de verano, la mañana que conocí a Corradino en la procesión y la fiesta de no sé qué: hubieras visto a aquel hombre, el Rey tendría que ser, allí de pie en medio de todo aquel paperullo de músicas, sedas y colorines, y, antes, sentado en lo alto de ese barco de oro tan grandísimo. Pero lo que más me llamó la atención, ya cuando pasó a tierra en la Ribera de los Esclavones, fue que se le juntaran como si tal cosa unos pobretes, con uno de ellos algo mejor vestidillo, al que todos los señorones le hicieron calle. Y aquel hombre, que entonces escuché que le decían el Doye o el Dux, lo recibió y abrazó como a un igual, cuando, al lado del menos peripuesto de su corte y por la cara y las maneras y todo, parecía un infeliz; que además el Dux hizo que lo abrazaran ocho o diez de sus edecanes y caballeros más emperejilados, y una mujer que me chocó verla entre tanto hombre, alta y coja, con el pelo colorado y una muleta dorada abajo del sobaco. Entre los empujones del gentío, uno con espadín y unas gafas de hilo de oro andaba poniéndome las manos en los hombros

para empujarse y ver mejor, y a él le pregunté, como pude, quién era aquel pobre que a la riqueza misma se arrimaba.

—El Dux esss —me dijo con mucha ese y en español, al oírme hablar en él.

—¿Cómo se entiende? —repliqué—. ¿Pero el Dux no es el otro, el Rey?

Sin quitarme las manos de los hombros, el de los anteojos me aclaró que sí, que el otro era el Dux de verdad, pero que como los nicoloti, los pescadores del arrabal de San Nicolás, también le dicen Dux al hombre que manda en lo de sus pescas, el Dux verdadero pasaba por el título para tenerlos contentos, y se lo daba él mismo y lo trataba de hermano en las fiestas. Siempre medio toqueteándome, me dijo luego el de las gafas que esa fiesta se hacía todos los veranos y era como el casamiento de la mar con el Dux, y que por eso echaba el Dux al agua un anillo de oro desde lo alto del barco grande.

Ya con eso quedé más enterado y, cuando se fueron la procesión de tierra y la de la mar, seguí de palique con aquél, que debía andar por mis años, los veintitrés o los veinticuatro. Me tomó del brazo muy gentil, me dijo que por qué no lo acompañaba hasta donde lo esperaban unos estudiantes y allá me fui con él.

Pasamos por la calle de La Bicha, que ya en otros paseos le había cogido yo su situación a esa calle aunque sin buscar en ella a don Pedro el embajador, con todo lo que él me había dicho de ir a verlo si me quedaba. Pero entonces lo vi. Andaba con otros caballeros y el mulato sordomudo, muy alante de nosotros, y se me antojó correr a darle un abrazo. Luego me corté; iba él muy hablador y como con prisa, y no quise entretenerlo.

En un bodegón lleno de gente y con un lagarto de palo en el techo, se levantó una docena de mozos y mozas a recibir al de las gafas, muy contentos, y él contestaba a los saludos pero buscando con la vista a

otros. De pronto, me dejó con la reunión. Dijo que lo perdonaran, soltó el espadín entre los muchos libros que tenían los estudiantes por la mesa y se fue a otra en un rincón, donde habló cosa de media hora con tres fulanos; al volver y sentarse a mi vera, fue la primera vez que le vi la cara como crispadilla, disimulándolo según podía, hasta que volvió a entonarse.

Allí se parloteó, se bebió, se cantó y se bailó, y, en cuanto se le pasó la mala cara, mi acompañante no hizo más que estar pendiente de mí y de hablarme de España. Me la comparó con Venecia, como que las dos tenían las manos demasiado largas y que por eso acababan cayéndoseles las cosas. De lo que aquél no entendiera... Supe que leía más que el Papa y que había pasado del español a su lengua, con una trabajera grande pero con mucho disfrute para él, un libro sobre las aventurerías de un loco viejo en un caballo, con un criado suyo gordo y del campo, y me dijo que cómo no lo había leído yo. Mucho me lo ensalzó, se alegraba y se enredaba contándomelo, y siguió un buen rato con la petera de ese Quijano o Quijate, hasta que se dio cuenta de que casi no lo estaba escuchando y de que los libros no son lo mío. Me habló entonces de otras cosas, me divirtió, y a todos, con muecas y dichos de gracejo, salimos medio en amistad y ya en la calle me dijo que se llamaba Corrado Faliero, aunque todos le dijeran Corradino:

—Como si fuese niño —dejó caer un tanto pesaroso.

Quedamos en vernos a la otra tarde y allí mismo, cosa que me venía a pelo pues en soledad demasiado seguida me empicaba en acordarme de Anica, y las mesas de juego ni dan compañía ni tienen por qué darla. Allí estaban otra vez los estudiantes, con algunos que no y otros nuevos, y llegó el Corradino y otra vez miró para acá y para allá, sin ver a los que andaría buscando. Volvieron las canciones, las jarras y la alegría: yo notaba a Corradino medio en la cuchipanda y medio en sus pensamientos.

Hablándome entre veneciano y español, que lo estaba aprendiendo con él, una de la reunión me dijo que vaya aprecio el que me estaba tomando Corradino, que se veía a la legua, y luego me espetó, sin venir a cuento ni preguntarle yo nada, que el apellido de Corradino era de los más grandes y antiguos de Venecia, pero ya de los que se juntaban a vivir en el barrio de San Bernabé, o sea, el barrio de los venidos a menos en oro y no en honra; y que él era de mucha valía. Siguió esa mujer diciéndome que lo que sí había de hacer Corradino era andarse con más cuidado, no dar pasos que seguramente estaba dando. Me cansó toda esa monserga y me eché a bailar en la rueda.

Un día con otro, fui tomándole afición al Corradino. Ya era raro que no nos juntáramos al pie del Bóvleo o al de la Torre de los Moros por la mañana, o al final de la tarde antes de irme yo al juego, que tal cual noche hasta me acompañó por los garitos. Me dijo ser su madre de raza judía y que en eso estaba él pero a su aire, sin ir a los sitios ni a la iglesia de ellos. Supe por otros que la madre, a la que también veía muy poco, le pasaba una pensión buenecilla y que, una mañana sí y otra no, se echaba a la bolsa otros dineros por dar lecciones del habla española, de la francesa y de cosas de libros, y que hacía reír a los estudiantes con sus pitorreos y salidas, pero que los enseñaba bien. También me enteré de que él mismo había escrito un libro, todo de su cabeza, y que quería hacer otro, con que siempre andaba lleno de papeles, como tú, pero más chicos que los tuyos, y sobándolos y apuntando minucias, que en esa manía eres clavado a él, bachiller.

El espadín, lo que es servirle, no le servía más que de adorno, porque en su vida lo había sacado contra nadie, y conocí también de qué pie cojeaba Corradino, que ahí no me equivoqué como con don Pedro, pues éste sí era hombre de los que les gustan los hombres, aunque a ojo no lo pareciera. Con una gracia y sin ofender, me puso de mote El Rubio de las

Cartas, pero a mí me mentaba por mi nombre, Cuan, porque el Juan no le salía ni a tiros, aun con tanto español como sabía. Se le llenaba la boca, Cuan, Cuan, y muy torpe hubiera sido yo no dándome cuenta, ya desde los primeros días, de que andaba en amores de mí.

Pero ni dejaba de caerme bien ni de buscar su compañía: todo era que la cosa no pasase a mayores y, si pasaba, que no le diera a Corradino por llegarme al cuerpo, porque yo de eso, no. En verdad, tan amigo era él, de tan buen trato y sin sonar a hembra ni por el forro, que anduve un tiempo cavilando cómo es posible que les gusten a muchos y a muchas los mismos pertrechos que ellos tienen. Si le pasa a tantos, me decía yo, ha de ser por el agrado que eso puede dar de sí, y que, si yo quería catarlo, en la vida iba a tener ocasión más a molde que la de atenderle el gusto a Corradino, aunque él no me lo hubiera dicho a las claras. Además, no andaba yo muy en gana de mujeres a cuenta de lo de Anica, que, cuando estaba muy lleno, me desahogaba en la cama con la mano. Y el Corradino me caía muy a genio y, a pesar de los anteojos, feo no era. Al contrario.

Siempre me besaba cuando nos juntábamos y nos despedíamos, cosa que allí y en otros sitios se gasta entre hombres, pero que a él, conmigo, lo ponía como en ansia. En jaranas y paseatas, o de merienda en cuadrilla a la tierra firme de Mestre, le dejaba pasarme un brazo por los hombros o por el talle, y hasta colocarme una mano en un muslo, todo por la amistad que, aparte de su antojo, nos teníamos. ¡Eh!, pero en llegando la hora del turrón, yo me echaba atrás, bachiller, hijo: que no, que era que no aunque me matasen. Yo, ni pensar en verga ajena a relleno propio, ni en la mía rellenando culo de varón ni en darme con alguno pico y lengua, que no, que también me echaba y me echa muy para atrás la boca del hombre. Así me enteré, de una vez por todas, que iba a perderme en esta vida algunos juegos de gran gusto para otros, pero que los tome quien quisiere, pues yo he andado sobrado con el que las mujeres me daban y con dárselo a ellas,

por quien mucho abarca poco aprieta.

Corradino lo fue entendiendo, sin hacer falta que lo habláramos derechamente, y no enturbió la amistad ni un pelo el que no se cumplieran las ganas que me había ido tomando: ahora me parece que, aunque supiera yo tan poco y él tanto, hasta se agrandó esa amistad, y que, con lo otro, vaya a saber si hubiera acabado de mala manera.

Eso sí: de buenas a primeras faltaba a una cita o me avisaba que al otro día no íbamos a poder vernos, que tenía que ir solo a ver a... a unos dálmatas, me soltó una tarde: para mí que se le escapó. Averigüé qué era eso, que me sonaba a perro, y me quedé según estaba porque me dijeron que son los de la Dalmacia, una gente de por allí cerca, mar abajo, y sitio donde llueve mucho. Lo que sí fui sabiendo es que eran siempre los mismos y que, muchas veces, Corradino volvía de verlos como alterado y renegón, despotricando y diciendo que para qué hablaba Venecia de libertad y cosas de ésas, pero alguna vez hasta medio con lágrimas en los ojos, y que a qué presumir de poderío con los calzones en la mano y a costa de tanta sangre veneciana y de afuera. Iba después entrando en caja y le salía otra vez el genio alegre, hasta que volvía a reunirse y a descomponerse con aquéllos. Y los estudiantes: «cuidado, Corradino, está atento, no digas eso, Corradino, ¡ey!» Pero quia: él, a lo mismo.

Dos o tres días llevaría sin verlo cuando me mandó a la posada recado de encontrarnos a las cuatro delante de la iglesia de San Zanípolo. Se corría aquella tarde la Regata, fuímonos a verla pasar por la Punta de la Aduana y me dijo Corradino que, si yo quería, podía él meterme de camarero, por amistades suyas, en el banquete y baile de un festejo a la antigua para un príncipe no me acuerdo de dónde, que estaba por llegar a Venecia.

—Andan buscando gente gallarda, Cuan, y tú lo eres. Te sacas unos cuatrines, ves lo que no se ve, te hartas de lo mejor que se come y se bebe

en este mundo, y te quedas luego con el vestido que te den para atender la mesa, ropa de lucimiento a buen seguro.

Acabó confiándome que a él también le apetecía apuntarse, y más si yo iba a estar allí, pero que no lo dejaban hacerlo la honra de su apellido y el no estar conforme con el gobierno, que costaba el parrandón.

Tomé el trabajo, que ya por el aprendizaje cobré medio zequí y los almuerzos de tres días. Pero no me figuré lo que iba a ser aquello hasta que no me dieron el traje de servir a la mesa, de paño acanalado de Londres, con sus puños de encaje muy presumidos y su cuello ancho de valona al almidón. El lugar de la fiesta caía por la Ca d'Oro, en un palacio más alto que ella y mirando también al Canal Grande, que le dicen ellos el Canasolo.

Llegado el día, y llevando en medio al príncipe del agasajo en una falúa dorada con el Dux a su izquierda, pasaron el Rialto a hora del atardecer como trescientas góndolas labradas, si no eran más, tremolando banderas y vestidos los gondoleros al estilo antiguo, con capas de terciopelo grana bordeadas de plata y unos gorros a la albanesa que el orgullazo de verse así creo yo que les quitaba hasta las ganas de bogar. Caían sobre el agua por todas partes tapices y colgaduras, y ver eso ya era mucho. El gentío mirón llenaba como piojera los puentes, los balcones, las azoteas, las orillas.

En el palacio de la fiesta, con la impaciencia del señorío que esperaba fuera, tanto caballero de plumas, tanta dama con la cabeza cayéndosele de pedrerías, flores y encajes, y con los de atrás rempujando para ver mejor, a pique estuvo de que fueran al agua los de adelante. Vimos los sirvientes llegar el cortejo desde las ventanas de arriba, pues ya lo teníamos todo a punto y más que sabido, aunque el maestresala, un cagaollas chiquito francés, siguiera perdiendo la voz y como insultado, chillándonos lo que habíamos de hacer y cuándo, que daba hasta fatiga

verlo saltar de un lado para otro como periquito en jaula, «*atansión!*, *atansión, vu isí, vu...!*».

Cumplidos los cabezazos y reverencias, empezó el convite y allá tú si te lo crees o no.

En sus bandejas, las ensaladas figuraban bichos raros con letras y con números. Dos pastelones, uno de liebre y de buey el otro, llegaron en hechura de león, aparte los pasteles pequeños, que aquéllos... ¡ten por seguro que aquéllos no eran los del puto alemán de Puerto Chico por los que me vienen diciendo La Fiera!; te digo otra vez que nada tengo yo que ver en esas maldades, bachiller, créeme, hijo...

Entró un águila de queso con una costra parda por encima, de comerse también esa costra y que de paso le pintaba las plumas; y a un pavo real de pasta de Francia blanco como la harina, con su cola abierta y los ojos así, le habían puesto perfumes en el pico y, abajo de las patas, papelitos con palabras de amores. De otro pastelón que llevamos entre dos a la mesa, grande y que parecía corriente, saltó al abrirlo un voletío de pajarillos a color. Pintados, pero de los de verdad, ¿será posible? O lo de la servilleta del príncipe, hecha de un encaje de azúcar y no de hilo, aunque tan lindo el remedo que, al llevársela él a los labios, se le quebró entre los dedos, con mucha risa suya y del Dux y de todos.

La entrada sola ya era una comida y hasta tres. Trufas y criadillas de tierra al huevo, pemiles, ostras, que la de en medio iba en cada fuente más en alto y con su perla, y unos castilletes con murallas de limón, soldados-mariscos, y la cañonería con unas huevecillas negras de no sé qué pescado figurando la munición. Pasáronse sopas de seis gustos, alguna entre salada y dulce, truchas, salchichones, menudo de callos pero en un salsón blanco y no colorado como en la Andalucía, ocas enteras sentadas. Y un vaya-y-venga de vinos de Jerez y Canarias, y de Francia, y también de aquella Candía tan mentada en todas partes y tan calladísima



allí. Los postres, ponle tres cuartos de lo mismo, bfff, de la pieza de fruta más rara al pangloria de Génova, y el dulcerío de Aragón y Valencia.

Y de todo eso, al subirlo al salón o al retirar las sobras, no había manjares ni beberes que los camareros y criados no catáramos, por lo oscuro de los corredores y las escaleras. Más corrían los vinos fuera que adentro, que los vi tomarlos hasta en un florero. Una de las figuras en camino a la mesa, otro león, pero echado, no sé cómo no se le fue al suelo al galopín que lo llevaba, porque, estando él bien borracho, se desvió a una rinconada, se arrimó a la boca el bandejón, sin poder ya con su peso, y le tiró un bocado que dejó al león sin media mano.

A mí me iba enconando tanta soberbia de la gente, tanto ombliquillo lindo de doncella y matrona como empezaba ya a asomar sobre los cintos de oro y sin poder uno tirarle un lametón, tanto descotazo que si se ve en España va preso hasta el Rey, tanta majestad de comida que luego iba a cagarse como si fuera pan con aceite, y me pesaba que Corradino no estuviera allí por mor de los señoríos. Así que me fui enconando y enconando, y cuando me dieron abajo a los postres otro pájaro grande de dulce, todo forrado de azúcar cande, lo aguanté en la escalera con una mano, me soplé la nariz en los dedos de la otra y, ni corto ni perezoso, unté al pájaro con mis mocos de la cabeza a la pechuga, que ni se veían encima del azúcar cuajada y buen provecho al que los comiere.

Por la mesa alante, una mujer muy hermosa, la llamaban Nadia, con un ramo apretado al pecho de esas clavellinas manchadillas que decimos aquí marisaladas, iba saltándose a las damas y contando a los caballeros, y al que hacía cuatro, ya fuera viejo o mozo, le abría el ramo y le daba a besar una tetita como un sol, que las llevaba al aire y medio tapadas con las flores.

En las salas del baile iban ya a más las risas y las músicas. Se me ocurrió que el pueblerío también andaría gozándose por todo Venecia,

como siempre, a lo pobre pero con las mismas ganas. Me figuré bullendo, desde la Lista de España hasta el Arsenal, las carpas de fantoches, volatines y pantomimas, las loterías y las tabernas de bote en bote, las rondas de mozas bailando la monferrina y la furlana entre placetas y canales. Se me voló el magín a los teatros, las hosterías, las timbas y los adivinadores, los de las góndolas y los lancheros echando al aire sus romanzas y sus canzonetas, los prostíbulos, las luchas a brazo en un tablón por ver cuál de los dos se va al agua y con el vecindario azuzando el forcejeo. Volví a acordarme de Corradino, de esa inquina y ese apego barajados que a todo lo de Venecia le tenía, de lo contento o lo amargado que se ponía de golpe metido con aquella gente, aquellos dálmatas de los secreteos, que me parecía que eran con quienes Corradino desahogaba esas quejas suyas, o que los veía por cosa del amor a hombres, aunque luego, y para su mal, no resultó ser ni lo uno ni lo otro.

Por un buen rato fue como si lo tuviera delante, yo ya con mis copas en el cuerpo. Y el vino de Candía que me estaba tomando, por mi madre que llegó a parecerme, como el Corradino me había dicho, la sangre de los capitanes venecianos que el turco desollaba vivos en aquella isla, cortando todo en redondo por arriba del pecho, sin matar ni apenas herir, y tirando luego despacio del pellejo hasta los pies. Se me vino a las mientes la fiesta del barco de oro y que, poco después de verla y con tanto como le gusto a él mismo, me echó Corradino muy amargón, en español y todo, la copla de un francés sobre esa boda del Dux con la mar:

*El viejo cabrón la hace su mujer,  
pero es la amante del Gran Turco.*

Aunque uno sea hombre memorioso, cómo pueda acordarme de

muchas de estas cosas tú te lo has de explicar, bachiller, que yo no me lo explico. O será que, con tanta pregunta tuya, me vas sacando las minucias como a guindas en canasto, que los rabos de una van jalando de las otras.

Levantados los manteles, el baile redobló luces que alumbraban el Canal Grande casi hasta el Fondaco de los Alemanes. Estaba yo mirando esos alcances del resplandor y de nada me asombraba ya, cuando siento atrás mía una voz conocida, un brazo por la cintura. Me vuelvo y veo, de terciopelo oscuro y muy galán, a don Pedro de Bocanegra tendiéndome las manos y celebrando verme en buena salud. Me digo: «Aquí ni pega ni llega, pero...», y lo abracé a sabiendas de que al hacerlo no estaba en mi sitio; el Candía me empujó y don Pedro no se echó atrás.

Se lo estaba viendo en la punta de la lengua y, antes de que me lo preguntase, le dije que no había ido en busca suya porque no me había hecho falta, y que aún me duraba uno de los zequíes de su dinero, como era verdad. Se admiró de eso, con lo que vine a saber que me tenía por más tontiloco de lo que soy. Me atreví a decirle que cómo le andaba en sus políticas, y me contestó:

—Más penando que otra cosa.

Luego me pidió que lo esperase, se fue y volvió a poco con una mujer que me sonaba, yo sin perder de vista al periquito maestresala mirando de reojo y todo nervioso aquellos tratos a un camarero. La mujer era alta y pelirroja, de cara hermosa pero un poco hombruna. No caía dónde la había visto, ni siquiera cuando me di cuenta de que se apoyaba en una muleta dorada. Me miraba mucho. Adelantándosele, el embajador me habló bajito.

—No ha lugar aquí para conversaciones, pero quiere conocerte y es dama muy principal... La señora Astrea Grimaldi —dijo luego en voz más alta y echándose a un lado. Yo incliné la cabeza sin hablar.

En el corto trecho que estuvieron conmigo allí, tampoco habló ella;

me olí que tenía ganas de hombre, pero no me llamaban su cara ni su cuerpo: la cojera era lo de menos. Quedé en verlos en el baile y como lo dije lo hice, y fue al hablarme ella cuando me acordé de dónde la había visto.

—Sé que andas —dijo en un español muy cabal— con el Corradino Faliero. Pero también tendrás otras aficiones y espero que así sea.

Me incomodaron las palabras y el retintín, un poco como si yo le hubiera hecho algo.

—Sí que ando con él. ¿Será que lo conoce mucho? —respondí, medio de mal talante.

Me dijo, ya sin esa antipatía:

—Yo no es que quiera, sino que debo conocer a muchos.

Se fue golpeteando el suelo con la muleta, la vi más tarde entre los cortesanos del Dux, como en la comitiva del barco de oro, y al rayar la aurora, ya con la gente yéndose, volví a darme abajo con ella y con don Pedro. Me enrabietó que la mujer me mirara a hurtadillas y, por lo mismo, me tomó en sorpresa que dijera de pronto:

—He quedado con tu embajador en que él vendrá mañana a mi casa. A la tarde. Me complacería que lo acompañases, si es que no te doy miedo.

—No es lo mío el miedo —le dije.

Al otro día andaba yo en ganas de verme con Corradino y contarle la fiesta, pero por la mañana no di con él y a la tarde fui por don Pedro a la calle de La Bicha: a mí no me iba a dejar chico ninguna señorona cojitranca. Se lo dije así de claro a don Pedro por el camino, que lo hicimos solos y fue largo, hasta la Giudecca muy alante, virando a la derecha la góndola enfrente de San Marcos.

—Mal conoces a las mujeres —sonrió don Pedro al oírme refunfuñar—, y peor a las antojadizas. No pudo la señora Astrea decirte nada mejor

de lo que te dijo. Para que no dejases de venir.

—¿Pero quién Cristo es la Astrea esa? —salté.

Me pidió el embajador con paciencia que no hablase de ella tan desabridamente, díjome que se tenían los dos en gran estima, sin amoríos de por medio, y me hizo saber que, en todo el gobierno de Venecia, la doña Astrea era la única persona capaz de entender y prevenir los líos con los turcos, por conocer la lengua de ellos y otras, así como por su mucha inteligencia.

—Pasma y hasta escandaliza a las naciones —me señaló don Pedro— que, aun siendo hembra, la sienta y da un gran sitio entre sus capitanes y ministros la potestad del dux Doménico Contarini.

Y luego me aclaró que tampoco es que la tuviese el Dux por amante ni favorita, sino que doña Astrea andaba bienmirando siempre por la República y enterándose de quiénes eran los enemigos y qué se andaban guisando, con lo que me quedé de piedra cuando al final me dijo que era turca.

—Más veneciana es ya que turca —completó en seguida, viéndome con la boca abierta—, y estoy tan seguro de ello como de su buena amistad.

No sabía don Pedro, después, cómo decirme otra cosa. Hasta que me la soltó, pesando mucho las palabritas y con aquella buena maña suya de que me cayeran a tono.

—Vive sola —me dice—. Y nada tengo que ver con tu bragueta, aunque, por lo que la oí celebrarte, me alegraría que fueses gentil con ella; eres muy libre de serlo. Yo, como te figurarás, no he de ganar ni perder en ello. Pero creo que las amistades han de servirse.

Vi que decía verdad y respetándome, y, por un rato, nada hablamos.

En llegando a su casa, salió al embarcadero doña Astrea, con su muleta y sin acompañantes, y nos pasó a una sala redonda con mucha

gente en cueros pintada por el techo. Vi una mesa grande a un lado, cayéndose de cartas, papelotes y mapas abiertos, con pesas en los picos para que no se enrollasen, y me di cuenta de que en la casa no estábamos más que los tres y un criado viejo al visto y no visto, que aparecía con las cosas y se iba como una sombra por entre los cortinones. Como los del baile, el vestido de doña Astrea le dejaba al aire tres cuartas de pechera, igual que si fuera a desenfundársele y caérsele a los pies. Pero la mujer seguía sin antojárseme y yo entré allí amoscado; luego, ella supo irme ganando.

Tomamos asiento y empezó por decirme que le quitase el doña y el señora y la llamara Astrea nada más, lo que no me salió en toda la tarde, ni luego. No se anduvo con más puyas conmigo y hasta remendó las del baile, remachando que lo del miedo de verla me lo había dicho por juego y que ya me sabía, por el propio Corradino, amigo de él y no otra cosa. Muy bien me estaba cayendo oírlo cuando se paró ella un momento y dijo con los ojos serios:

—Corradino Faliero no habría de andar en ciertos embrollos.

No quise echarme a indagar y se habló luego yo qué sé de cuántos enredos.

Entrando la noche, trajo luces el criado y en la botella que siguió al chocolatón de la merienda, del licor de rosas quedaban tres dedos.

A una pregunta de don Pedro sobre algo de un trabajo de ella, contestó doña Astrea que no nos burlásemos, pero que, si no había querido irse de embajadora de Venecia a Roma era porque una húngara, de las que leen la mano por las calles, le había predicho muerte segura en una ciudad con siete colinas, y que Roma las tenía, así es que no iba a pisarla a no ser que la llevasen allí amarrada a un carro. Siguió echando a chanza la profecía de las colinas, pero noté que se la había tomado muy a pechos y que, de no ser por ella, se hubiera ido gustosa.

Mudo y espantado vi a don Pedro cuando al cabo de un rato, sintiéndome ya muy gallo y calentado por el licor, me salió de golpe y sin pensarlo que, con todo lo que yo llevaba oído de los turcos, cómo era posible que ella se llamara de verdad Astrea Grimani y que, siendo turca, anduviera codeándose con el Dux, y con un mando grande. Repuesto a la trágala del agobio que le entró, iba el embajador a pedir perdones y a reprenderme, pues se lo vi en los ojos, y yo ya estaba deseando haberme comido con papas esta puñetera lengua antes de soltar lo que solté. Pero doña Astrea nos tranquilizó con mucha gentileza, volvió a llenar las copas y dijo que, ya que nos abría su casa, no nos cerraría su confianza y, puesto que nada tenía ella que esconder y yo quería oírlo, iba a oír lo que don Pedro, como amigo suyo y hombre de las políticas ya debía conocer, aunque a medias o malamente.

Le porfió él con grandes ruegos que olvidase mi descaro y no se hablase más de aquello; respondió doña Astrea que, con la buena amistad que se tenían, quería que él mismo conociese bien esa historia, y que la ocasión era pintiparada. Sin hacer más caso de los aspavientos de don Pedro, se acomodó frente a nosotros cruzando la muleta sobre el regazo y, con los ojos a media marea entre el licor y sus pensamientos, habló así, con un pico que daba gloria oírla:

*Ahora me llamo Astrea, pero antes tuve por nombre Zahia. Mi padre, un soldado turco de Akhisar, y mi madre, una circasiana emigrada, me tuvieron y criaron humildemente junto a la fortaleza costera de Pleantia, bajo la religión de la Media Luna y el gobierno de la Sublime Puerta.*

*Contando doce años, y encendida ya en guerras esta República con las gentes de mi nación, tres navios de Venecia atacaron y tomaron Pleantia en un cañoneo y asalto de sólo ocho horas. Como casi toda la guarnición turca, mi padre murió defendiendo las murallas de la plaza y una bala gruesa veneciana, que fue a caer en el patio de mi casa, me*

alcanzó por encima de la rodilla. Allí mismo, entre el humo y el polvo y las paredes viniéndose abajo, hubieron de amputarme esta pierna como mejor se pudo y supo; consumado el asalto, me enterraron la pierna según es usanza en Turquía y en otras partes, y yo estuve dos meses como muerta. Luego, mi poca edad fue recuperándome. Me gané el sustento, como mi madre, cosiendo redes de los pescadores y limpiando sus barcas por la playa, en la que estaba nuestra casa.

Nadie odiaría como yo a los nuevos dueños del lugar, cuya lengua hube de aprender, ni se alegraría más que yo cuando, al cabo de cinco años, parte de la flota otomana que acababa de tomar la plaza fuerte de Sinesia, se apoderó también de Pleantia, que volvió así a ser turca. Retornaron al pueblo sin estorbo las antiguas costumbres y, con tiempo y mucha voluntad, una viuda vecina mía que era maestra en ellos, me enseñó las artes y secretos de los filtros y bebedizos de magia por los que Oriente es famoso.

Muerta ya mi madre y teniendo yo veintidós años, la mar arrojó una noche sin luna, casi ante mi puerta y sobre las peñas de la playa, a un mozo de garbo, herido y medio ahogado, cuyas apagadas llamadas de socorro me llegaron hasta la cama. Fui en seguida a la ribera con mi muleta y a punto estuve de devolver al agua aquel cuerpo, para acabar con su vida, cuando reconocí en sus desmayados murmullos el habla aborrecida de Venecia y advertí luego, por sus ropas, que el naufrago era un militar veneciano. Pero sus ojos, su juventud y, sobre todo, su indefensión, la certeza de que de mí dependían la vida o la muerte de aquel cuitado, sin más trabajo que el de empujarlo o retenerlo, acabaron moviéndome a compasión.

Ya en aquellos instantes, algo me dijo que esa lástima podría convertirse en muy otra cosa. Sin embargo, y sabedora de que, por el conocimiento de lo que ha de venir, nada se puede hacer por evitar que



venga, arrastré al muchacho hasta la orilla, lo ayudé a reanimarse un poco y, apoyándonos el uno en el otro, lo llevé hasta mi casa, donde lo alimenté y cuidé a escondidas durante muchos días.

Se llamaba Lauro Grimani. Era hombre de rango y sobreviviente, acaso el único, de una galera de Venecia en la que iba de alférez, y que había sido perseguida y echada al fondo por velas nuestras en el canal de Otranto, a cortas leguas de Pleantia, hasta donde herido y cabalgando un tablón de su galera, lo habían llevado las olas.

Todas las cautelas me parecieron pocas, pues, aunque yo vivía en soledad, si alguien descubría en mi casa al náufrago iba a caer sobre mí el desprecio del pueblo y, sobre él, no la habitual venta en esclavitud, sino la muerte por lapidación o en tormento, como había ocurrido dos años antes con otros seis venecianos apresados: tal es la saña que Pleantia siente contra los de aquí. Fue algo con más fuerza que yo misma lo que me llevó a amparar a Lauro, y cuando, pese a la falta de mi pierna, fueron enamorándolo de mí tanto ardientes deseos como una tierna gratitud, sentí corresponderle, quise ser su mujer y lo fui desde aquellos días.

Ya enteramente repuesto Lauro, y tan en peligro como estaba si seguía en suelo turco, determinamos huir a Venecia, de la que él me hizo la más viva pintura. Si la suerte viajaba con nosotros, podríamos llegar por tierra en cosa de un mes o mes y medio; pensar en salir por mar, aun disfrazados, era darse a una muerte casi segura. Le ofrecí y aun le rogué que marchara solo para no dificultarse la huida con el engorro de mi única pierna, pues no hubiera podido yo correr si se presentaban ocasiones de hacerlo, que en una aventura como aquella no debían faltar. También le propuse seguirlo, para buscarlo luego en Venecia, y hasta le pedí que me abandonase si así le convenía. Pero Lauro se negó a todos los arreglos que no fuesen llevarme consigo.

Una noche oscura, robó un caballo bueno de una alquería del lugar y, antes de amanecer, salimos en él de Pleantia. No la he vuelto a ver. Una brújula española que dejó mi padre, las luces del cielo y preguntar acá y allá, fueron nuestras guías; en ropa de campesino, Lauro se fingió mudo. Viviendo de la caridad y escondiendo el caballo al pedir, pues si lo veían no nos daban nada, hurtamos en corrales, dormimos en pajares y bosques, bordeamos lagos, salvamos con fatiga ríos y sierras, y adelantamos Macedonia arriba, consiguiendo esquivar las sangrientas revueltas que asolaban la región y alcanzar la ciudad de Skopie, turca todavía pero cercana ya a la Dalmacia véneta.

Confundidos en la muchedumbre de las calles, llegamos a una fonda grande como un castillo, la Kúrchumli Han, y en ella nos aposentamos junto a las cuadras con otros menesterosos, pagando nuestro parvo hospedaje sin lecho con lo que pude ir sacándole en el mercado a unos juegos de adivinación con varillas, que también me enseñó aquella viuda, y con faenas de carga y limpieza desempeñadas por Lauro en la posada. De todo nos consolaban la esperanza y las noches. En ellas, entre la sombra cerrada de las cuadras y encima del forraje, se querían afondo la coja de veras y el mudo de mentira, no cohibiéndonos ni la molestia de tener muy cerca a otros desharrapados, pues, en vida de pareja, todo lo pasa y sufre el amor mientras vive, y la hartura y el desamor todo lo acibaran y envenenan, de lo más chico a lo más grande, sin dejar a las gentes recobrar sus personas.

Partiendo al fin con el caballo muy descansado y dineros para unos días, pasamos a tierras de Dalmacia y, al cabo de cinco fechas de salir de Skopie, dimos en el puerto y astilleros venecianos de Ragusa, donde mi Lauro recuperó el habla. Se admiraron allí de nuestro viaje cuantos lo oyeron y fueron muchos los que anduvieron a porfía por alojarnos y mantenernos en Ragusa. Dos días después, tuvimos pasaje sin gasto en

una galeaza que salía para Venecia y, con el sentimiento de perderlo, Lauro le regaló el caballo al mercader que nos había hospedado.

Arribados a puerto luego de una travesía tranquila, aunque el espacioso andar de la galeaza no nos la hiciera tan viva como lo deseáramos, corrimos a casa de los padres de Lauro, personas de alto linaje muy allegados al Senado, y todo fueron allí fiestas y llantos de alegría viendo vivo al que pensaban difunto. Pero ese alborozo no iba a durarnos mucho.

Nos desposamos y, después de dos meses de gran dicha, durante los que fui tratada en casa de mis suegros como la más querida de las hijas y de las esposas, la Armada reclamó a Lauro para una nueva expedición contra el turco. Estaba escrito que la mar iba a ser su muerte, aunque el destino no se la dio con la mar misma, sino poniéndomelo, ahora va a hacer once años, en las manos de las que ya se había librado.

Tomada su nave junto a Creta por los turcos, Lauro fue capturado y torturado en tierra. Aquellos mismos día y horas, me asaltaron aquí en Venecia atroces dolores, como si me rompieran brazos, cara y pechos con hierros al rojo; se puso en alboroto la casa, y los médicos, llegados a toda prisa, no sabían cómo aliviarme, ni yo los veía. Cuando cesó mi suplicio, tan de golpe como llegó, conocí de algún modo que Lauro también se había quedado en paz porque acababa de morir. Y así vino a confirmarse más tarde.

De tal manera dieron vuelta en mí desde entonces aquellos antiguos amor por los míos y odio por los venecianos que, teniendo como primeros valedores mi habla nativa y el poder de mi suegro, entré al servicio de la República, me instruí en lenguas y en política, gozo hoy de toda la confianza del Gran Consejo y del Senado, nuevo espías y estorbo las maquinaciones y enredos contra Venecia de aquéllos que me vieron nacer, y de cuya fe y barbarie he renegado.

Al acabar esa mujer su historia, no oí por unos momentos más que el golpeteo del agua en los pilotes de fuera y ni un resuello de los que allí estábamos. A poco, cortó doña Astrea esa callazón, echó la muleta a un lado y se le fue animando la cara. Vino a decir que agua pasada no mueve molino, que es preciso vivir y que, olvidadas ya esas penas, venía tomando de la vida todo el gusto que sus trabajos le dejaban. Siguió hablándose de trabajos, acabé contando que me ganaba mis cuatrines por las noches y con las cartas y, estando en eso, se escuchó una voz. Alguien llamaba desde el embarcadero.

Vino el criado. Anunciaba que había vuelto la góndola del señor embajador. Don Pedro se levantó de la reunión. Dijo que había de acudir a una cita muy para él solo y me pidió que volviese a Rialto cuando y como quisiera, puesto que no necesitaba irme. Convidóme a su vez la mujer a quedarme a cenar con ella y, como tenía hambre, me era muy cómodo el sillón y me entretenía escucharla hablar, dije que sí a todo. Se fue don Pedro, no sin repetirme que fuese alguna tarde a verlo, trajo el criado otra botella llena, con una fuente de presas de pescado y carne, y lo mandó doña Astrea a dormir dándole las buenas noches.

Entonces, mientras terminaba con media fuente, fue cuando me di cuenta de que yo tenía que dar allí la cara como varón y de que, aunque aquella señora me hubiera dejado de caer malamente, para cumplir con ella seguía estorbado, como con el cuerpo de Anica por los adentros. El pecherón de la doña me estaba abriendo las ganas. Pero me las cerraba lo que antes no me había asqueado al figurármela en la cama: la pierna de menos. Y ella notaba mis miradas, que se me iban a esa falta.

Por decir algo, le pregunté de sopetón cómo una persona tan leída y principal se había quedado sin ir a Roma sólo por oírle a una gitanilla de chichinabo que iba a morirse en un lugar con siete colinas. Me respondió, como pensando en otra cosa, que aquel aviso le había sonado a verdad.

Luego habló más despacio y como buscando no soliviantar. Pero me soliviantó.

—Eres hombre despierto y ya has de haber entendido que por algo estás aquí. Diría yo que hasta llevamos un rato pensando en lo mismo. Pero ha sido una velada agradable, y quiero que sepas que tampoco pasa nada si te vas como viniste.

—Sí, señora.

Medio sonrió, alisándose las faldas con una mano.

—Los deseos son libres y yo tengo los míos —dijo como para ella—. Los tuyos, nadie va a forzarlos.

Levanté la cabeza y me quedé contemplando en el techo el bailoteo de las dos luces del embarcadero sobre las aguas del canal. Luego bajé la vista y, sin querer, se me fue otra vez a la muleta. Doña Astrea también la miró. Luego la tocó, así como a la distraída. Habló aprisa pero suave, y con los ojos gachos.

—Entiendo —dijo—. Pero... puedo hacer, si deseas estar conmigo, que no estés con... con una inválida.

—Señora, yo...

—No lo creas, si no quieres.

La tonada suavilla y los ojos bajos eran los mismos, aunque las palabras y el sube-y-baja ansioso de la pechera me aturdían de golpe, como maretazos, y ya andaba nerviosón y me disparé.

—Por los clavos de Cristo, ¿que no...? ¿Pues no contó su Merced que le enterraron esa pierna cuando chica?

—Así es —me dio la razón doña Astrea—. Y también hablé de que una vecina mía me enseñó en Pleantia la magia de los filtros. —Tocó su copa con los labios—. No sé si dije que, sobre todo, de los filtros de amor.

—Que me maten si sé lo que es un filtro de esos —renegué pegando

las espaldas al sillón—, pero lo que es una pierna de veras no hay quien la remede ni la vuelva viva a su sitio, señora, que, si no, ya habría su merced tirado al agua esa muleta. Y...

—Hermoso eres, pero testarudo —me cortó ella con calma—, y no sabes hablar con mujer. Ni quieres ver que no te engaño.

—¡Por mi vida que lo quiero ver! —dije—. Quiero verlo como sea. Terco, sí. Bobo, no.

Estuvo un trecho doña Astrea sin moverse, hablar ni apenas mirarme, dejando que la curiosidad me comiese y echando alante su único pie, con las uñas pintadas en plata. Luego se levantó y, apoyándose en la muleta, fue a un aparador colmado de tarros y me trajo uno muy chico de barro negro, con la boca ancha y bien tapada. Lo destapó. Me lo puso en la mano.

—¿Y aquí está la pierna? —le pregunté.

—Sí y no —me dijo—. Pero mejor que no mires ni huellas. Toma un sorbo muy corto, te digo que sin mirar.

No le hice caso, me eché alante en el asiento y primero allegué un ojo a aquello que iba a tomarme. Luego, la nariz.

Y aquí, bachiller, estamos otra vez en lo mismo de Anica cuando me abrió su ventana la primera noche: en que las palabritas no valen para muchas cosas. Ni escritas ni dichas, que no. Que se quedan en nada. Yo tenía entre pecho y espalda un cuartillo o más de licor, pero había comido, borracho no estaba. Y que me cuelguen mañana si no miré y olí lo que miré y olí.

A la luz de las velas, lo que veía dentro del tarro era como un betún o brea, aunque cosa muy espesa no, ni negra. Vaya: negra, sí. Y moviéndose: porque aquella *cosa* estaba viva. Revolviéndose así de abajo para arriba, mira, y yendo y viniendo entre el negro todos los colores, ojalá sí pudiera contártelo: como si el negro fuera el que mandase y los

demás se mudaran y barajaran dentro de él. Aprisa no, pero sin parar, en vetas y ojos de amarillo fuerte o celeste o grana que se abrían y anchaban y estrechaban, el blanco también. Y todos ellos saliendo y perdiéndose y volviendo a la vista sin juntarse ni confundirse, y con el negro viéndose siempre. Pero que se moviera sola esa maldita cosa, así dando la vuelta para arriba, eso fue lo que más me llamó la atención, a ver si no me la iba a llamar, y que los colores no se rebujaran en aquel ajeteo. Lo que olí se parecía a lo visto. En lo de no parar ni perderse del todo los olores, buenos y malos, metiéndose los unos en los otros.

Hice por disimular un repeluquillo feo que me entró, y luego un amago de bascas y un mareo ligero, que ya empezaba a irse para arriba y a no ser tan chico. La mujer se me había olvidado. Oí su voz:

—Te avisé. Si piensas que puedo envenenarte, déjalo.

Quise hacerme el guapo y, sin mirar, alargué una mano para acariciarla, con la desgracia de plantársela allí donde debía haber pierna y no la había, que le sentí por cima del vestido el corte como a medio muslo, con la dureza y los bultos del muñón. Alcé los ojos y miré a doña Astrea. Se había echado los dos pechos al aire y eran una hermosura, y el pelo colorado relucía como una candelada. Me llevé el tarrito a la boca y tomé de él como medio dedo de aquellas tinturas espesas y vivas. Ella me aguantó la mano para que no se me fuera.

Nada raro sentí al principio. Pronto, el sillón y la sala y doña Astrea, y hasta un brazo mío, se fueron poniendo como muy en relieve y a colores fuertes. Vi, sin sobresaltarme, un pájaro grande de pie en el suelo, como un cigüeñón, y me miraba; vi una mujer que era muchas, el campo con flores y de día, otros muebles, vi quieto en el aire al Moreno, más bonito que un San Luis y como no lo había podido ver: cuando estaba nuevo. Lo mismo que el color negro en el bebedizo, la figura de doña Astrea era fija y todo lo demás iba y venía. Sentí dentro la fuerza de diez

hombres y me sabía seguro de poder echar abajo al mundo de un manotazo, sino que andaba en un bienestar grande y no se me apetecía. La mujer, sí, y me levanté como si volara y la desnudé con mis manos en dos tirones. Seguía la muleta a la vera de su sillón, pero ella estaba entera, con sus dos piernas, lisos los muslos y blanquísimos, y bien que sentí luego esas dos piernas llegarme al cuerpo, cada una por su lado.

El amor fue largo, en un tiempo que tampoco era el tiempo corriente, no sé si te lo estoy diciendo bien, y no se cumplió mi barrunto de que me lo iba a cortar la memoria de Anica, porque era también Anica con quien estaba de pronto, hijo, Anica misma, clara con toda claridad, ¡si no la conocería yo!, montándomela o cabalgándome ella sin miedos de guardianes ni de duques, abiertas y pegadas las manos de los dos por lo alto mientras yo le pedía la boca y, al dejarse caer para dármela, ya no era Anica quien me la daba, sino la doña Astrea, perdido yo en sus brujerías y sintiendo, con ellas, andar gozando a una mujer como si me gozara a dos y hasta al serrallo entero del Gran Turco, que también tuve en todo aquel trasiego unos relámpagos de Curruca: ve y cuéntales esto a los señores inquisidores, anda, a ver qué hacen contigo y conmigo. O tóname por embustero.

Cerré los ojos. Cuando los abrí, tenía delante de ellos el tarrillo del mejunje y una alcoba puesta a lo grande. Creí que, como todas, esas dos figuraciones pasarían y vendrían otras. Pero no: seguían allí. Me di cuenta entonces de que estaba en cueros y metido en cama de mucho lujo. Mi mano izquierda tentaba una mano. Volví la cabeza en el almohadón de damasco y vi a doña Astrea, acostada junto a mí y mirándome. No habló hasta no verme bien despabilado y no se movió hasta que no la palpé por abajo y ella echó para atrás de golpe el cuerpo porque estaban allí otra vez la cojera, el muñón, y yo se los había tocado.

—No —dijo—. Las cosas ya son las que eran.



Por las columnas de un balcón al canal clareaba el día, una luz sin sol como de las ocho o las nueve. Empecé a vestirme, se levantó también la mujer y, lo mismo que en la Casa del Chantre, presumí que aquello no iba a volver a pasar ni falta que hacía. El tarro de la cosa viva estaba junto al Moreno, en un escabel al lado de la cama, y la doña me veía mirarlo y remirarlo. Me dijo, y volví a no creerla:

—Eso pierde fuera de aquí, y si mi voluntad no lo aviva.

Me hice el distraído, salió ella por delante y, ya en la puerta de la alcoba, volví con el achaque de habérseme olvidado el Moreno, que lo dejé allí adrede, y me guardé el tarrillo con él.

Doña Astrea me sacó de la casa por un corredor a un callejón de atrás. Andaba otra vez en gran señora, como en el baile, y medio no mirándonos los dos. En la puerta, me despidió sin desprecio pero sin un calor, y me puso en la mano cuatro zequíes diciéndome:

—No habrá sido ésta tu mejor noche de ganancias, pero la peor tampoco.

Me pareció que dos embozados mirones, de plantón al fondo de la calleja, le andaban guardando la casa.

A la tercera esquina, me senté junto a un puente. Saqué el tarrito. Lo destapé. Y ni para Dios. Había allí dentro un agüilla turbia, y de ella me subió a la nariz una peste corta a podrido.

Volví a guardármelo y busqué a Corradino por media Venecia. No di con él hasta mediodía, por San Giacomo del Opio, y le ojeé al momento la cara atravesada de tantas veces. Pero se le fue alegrando al verme y, en llegando la hora, me convidó a almorzar en la taberna del lagarto.

Allí, al hablarle del banquete y el baile, me acordaba ya de ellos como si hubiera pasado un mes y no dos días. Empecé diciéndole que tenía razón en muchas cosas y que, aunque yo quedara contento, aquello del príncipe fue un despilfarro y muy grande, cuando tanto se andaba

hablando de que Venecia estaba sin un real. La pringué, porque Corradino me llevó en eso la contraria.

—Es verdad —me dijo— que, así a la antigua como la viste, esas cosas se podían hacer y se hacían aquí largo tiempo atrás, cuando éramos dueños de medio mundo. Sin embargo, el poder y el favor de ese príncipe pueden hoy traernos bienes que se precisan y tropas para las islas, que maldita falta hacen. Era preciso agasajarlo así, Cuan. Pero si no lo hubiera sido —saltó de pronto con sus amargurones—, lo nuestro es ir escondiendo las llagas y enseñando buena cara, aunque haya que pintársela. Venecia vive, ya hace mucho, del hacerse ver sin el tener.

Vino el contarle a Corradino la noche con doña Astrea y vi que llevó bien lo de mi encamamiento con ella, aun pesándole, pues para él lo hubiera querido, y hasta me dijo que ya era hora de que desahogara con mujer mi naturaleza de hombre, tan en seco a cuenta de un amor. Oyó con una curiosidad lo del agüero de la gitana y las siete colinas, y luego le encaré la frasquita del potingue y le juré por mis muertos que lo que estaba mirando y oliendo no era lo que yo había visto y oído. Quiso entonces saber qué me había pasado con ese tarrillo; para mí que se lo pude hacer capir, más o menos, y me dijo que estuviera seguro de que no había tenido un sueño, que ya hubiera querido él verse en mi pellejo para probar aquello, y que no sabía que la Grimani, así la mentó, una de las manitas derechas del Dux, tuviera esas habilidades, por las que la alabó mucho: de su nación turca y de su matrimonio y viudez, ya estaba al tanto Corradino. Vi brecha y le dije que la había notado como inquietorrón por él, lo mismo que a otras y a otros, y que eso empezaba también a atribularme. Corradino se quitó las gafas, muy callado, y se las limpió con el pañuelo. Luego me echó un brazo por el hombro:

—No ha de llegar la sangre al río, como decís los españoles. Y si no hace uno las cosas que siente, mejor es morirse, Rubio.

Entendí que nada iba a sacar en limpio preguntándole qué cosas y me enredé a hablarte de don Pedro. Le recalqué que bien orgulloso estaría yo de que lo conociera y anduviéramos alguna vez juntos. Pero ahí la volví a cagar, porque Corradino también me llevó la contra en eso y me dijo que no podría ser, que con toda su afición por España y aun en noticia de que don Pedro era muy gentil caballero, él no quería hablarle a un encargado de la Corona.

Lo supe dolorido y requemado con la expulsión de los judíos españoles que aún coleaba, aunque él ya no anduviese en la religión y costumbres de su madre, y luego me puso al corriente de que España tenía avasallada a las Italías, y de que también había entrado en pelea con Venecia por allí por las partes de La Valtelina y de Mantua, y hasta había querido tiempo atrás echar abajo al gobierno veneciano, y seguía incordiando y revolviendo el potaje para que se quitara de Venecia la libertad y soplara en todo lo suyo la Inquisición.

Cada vez más nervioso, siguió diciéndome Corradino que España había puesto al Papa peor de lo que ya estaba con Venecia, que por eso no los ayudaban contra los turcos las tropas del Papa, y, en fin, que tanto había malmetido España a su República con el Padre Santo que, estando él de reposo en el campo el último verano, algo pasó que tuvo el Papa que salir para Roma a toda bulla, arremangándose las túnicas y pegándole espolazos a una mula como si se los diera en los lomos al embajador veneciano.

—Claro —concluyó Corradino— que es mucho castigo el que Venecia se merece. Digo el gobierno, que no es la misma cosa. Pero para mí también hay dos Españas, y la de tu don Pedro no es la mía.

Yo siempre le hacía caso, yo sabía que Corradino estaba en todo y que se leía hasta los papeles rotos de las calles. Pero aquella vez, y aún sin querer porfiarle, me pareció que con los nervios estaba desbarrando,

porque a don Pedro no me lo figuraba yo metido en esos pasos puercos. Aunque luego me acordé de cosas que él me había dicho en la galeota sobre sus políticas, y que muchas de ellas no le andaban, y lo feo que iba a resultarle tener que sacarlas adelante en Venecia, y ya fue cuando cogí al vuelo lo de verlo tan tristón porque, no siendo don Pedro más que un hombre, pues tenía a dos dentro de las tripas, el que era de verdad y el que tenía que ser a la fuerza.

Aquella noche o la otra, en el sótano de un tabernón del barrio de Canareggio, se torció la buena estrella que andaba en mi compañía por los garitos desde siempre, y fue que a un bocazas, muy lagarto a los dados y de los que cobran el barato, dióle por meterse a jugar a cartas en vez de atender velas, barajas y orinales, y se me atravesó de la peor manera en una partida al Culebrón con otros tres, hijoputa.

Iba ganando él y yo jugaba a la baja y perdía a intención como tantas veces, para que fueran cayendo bogadas más fuertes y entonces llevármelos de calle. Así lo hice, y canté culebrón y dobles al segundo montón de reales que entró y de trampa, sabiendo que no había quien diera con ella. Pero aquél la voceó, juró que la había aunque no se pudiese encontrar, me puso de fullero chillando, y yo: «anda éste...» Ya en pie, y como en la mesa no daba con lo que buscaba, se le metió en los cascós palparme por si me abrigaba naipes en la ropa, que dio en el clavo porque ahí estaba mi artimaña. Le digo:

—Mira: si te parece que te engaño, arrímate a mí, que voy a ponerte de manera que no te conozca ni la madre que te parió.

No me entendía. Abajo de la camisa, el Moreno me temblaba contra las carnes, mas no era sitio de sacarlo. Dejé al del barato rebuscarme por las mangas y hasta por el pecho, porque donde tenía yo mi arreglo era en el calzón. Pero aquél sabía lo suyo y se puso en cuclillas para mirar en él, que ya casi me había descubierto la caca. Me percaté de que el garitero y

todos los demás estaban teniéndome por inocente, dije que a un hombre de bien no se le hacía eso y, levantando el puño, le apuntillé al rebuscón el cogote, que más a mano no podía tenerlo y, entre el coscorrón y el testarazo en el suelo, lo dejé como muerto en él, con la boca abierta entre los taburetes.

Después de cavilárselo un poco, dos que debían de ser amigos suyos se me quisieron echar encima cuando acababa de embolsarme lo mío, y tenían ya puestas las manos en la guarnición de sus espadas, conque les tiré la mesa a las piernas, bramando que se estaba haciendo una infamia conmigo y salí dando cara y sin correr. No hubo más follisca ni nadie se atrevió a seguirme, pero no volví a pisar ese lado del Canareggio, tomé el lance por cosa de mal vagido y me parece que, a la larga, lo fue.

Pasaron las Navidades. En la Nochevieja, y aunque habían caído chuzos de agua hasta salirse la laguna y empantanarse media Venecia, ya anduvo todo así encarnavalado casi como en domingo de piñata y, según se avecinaban las Carnestolendas, tan arriba se vino el juego, para mi bien, que hubo lugar en los que levanté o tumbé dinerales a conveniencia. Me compré una careta plateada con las cejas de pelo de verdad, una muceta verde y un vestidillo a cuadros con borlas gordas, para ponérmelos en sus fechas y andar de francachela con Corradino y los estudiantes, pero ya no me los quité porque, aun faltando para carnavales, no había quien fuera sin disfraz, de día ni de noche.

En la posada me llegaron con una diversión, que era hacer el papel del Matachino con unos titiriteros de la Comedia del Arte. Dije que lo haría dos o tres días pero más no, pues ya las veía venir y no iba a desperdiciar el mejor tiempo de naipes por andar medio borracho y todo de blanco, con ligas coloradas en los muslos y chambergón de plumas, a que te tiraran huevos con agua de flores y echando por la boca malicias medio en español para hacer reír a la gente. Dijéronme que o dos meses o nada,

y le comenté a Corradino que si los Carnavales daban mucho de sí en Cádiz, que él le decía Cádiche, mucho más se estiraban en Venecia, y que ya lo había notado yo el año antes, estando malo en la cama. Tampoco hice bien en hablárselo, porque andaba contento y se le apagó la cara al escucharlo y se remordió.

—Ésa es otra y así nos va —dijo—. En las demás naciones, la locura del Carnaval no pasa de unos días y aquí se desatina con ella unos meses.

Y es que lo de andar Corradino de capa caída, así de pronto, y llegársele al ánimo de golpe las comezones de sus descontentos, venía siendo últimamente mucho más fuerte y más seguido, como lo de juntarse a escondidas con esos jodíos dálmatas y con otros, que ya era un aperreo. Ese mismo día que te digo, y con lo anchos que andábamos, no hizo más que ver al lejos por la calle a uno de aquéllos, se fue con él y me dejó plantado. Pero quién me hubiera dicho a mí que ya no iba a verlo bueno y sano más que otra vez.

Y ésa fue en una festichola de pocos, no más de ocho o diez amigotes varones y hembras, en una cantina chica donde nos bebimos todo lo que hubiera que beberse, luciendo los trajes del Carnaval en puertas como si ya hubiera llegado. Anduvo Corradino más cariñosón que nunca conmigo y con todo el mundo, y venga a bufonear y a befarse con todo, que había que oír los dicharachos que se le ocurrían, aunque como queriendo él echarle todo ese chufleo por encima a algo que venía concomiéndoselo, y con unos bajones de humor grandes, que no hubo quien no se diera cuenta.

Le dio por rifarme a los dados entre el mujerío, «a quién le toca El Rubio de las Cartas», sino que yo no quise, y el Corradino, con las copas y ya a lo descarado, se quejó a voces de que si alguien tenía que decirle que no a esa lotería era él y no yo, porque no me había catado y me estaba rifando. Pero, con todo y con eso, me divertí igual que los demás, y es

que él tenía el arte de tomarla con éste o la otra, pero con una gracia y una cosa de amigo, sin poner nunca a nadie de hazmerreír, eso no.

Al llegar los días gordos de Carnaval, el guirigay de afuera ni me dejaba coger el sueño al soltar los naipes y acostarme, así fuera al clarear, pues los de por la mañana heredaban el cachondeo, las cantatas y las grescas de los de por la noche, y a ver quién dormía allí; yo, además, con esas soñarreras que te dije, una flojera al acostarme que pedía muchas horas de cama y ni me soltó en Venecia ni luego en el viaje de vuelta.

El zarandeo carnavalesco estaba en todo. Ya eran lo de menos aquellos cortejos, mascaradas y pantomimas por el agua o en tierra y a cualquier hora, con neblinas o lluvias, o sin ellas. Con tanto forastero, ni la Virgen Santa que bajara puede allí aligerar el paso por las calles, ni encontrabas asiento en ningún sitio o, si te descuidas, ni cortezón ni migaja que comer, aun pagando su peso en oro. Ah, y me lo tenían dicho. Pero, hasta no verlo con los ojos, no me creí yo que el Nuncio del Papa y los curas tuviesen que ir también de fantoches, llevando su narigón color berenjena o, cuando menos, su mascarilla de careta, porque, si no, quedábanse sin los poquitos que iban a sus misas y sus cosas, ni cumplía nadie con la Iglesia si no los veían a ellos cumpliendo con el Carnaval. Y en disfraz las criadas a los mercados, los vendedores que las despachaban y hasta las criaturitas que ni saben andar: las únicas que lloran el engorro de llevar puestas esas cosas. Los demás, más a gusto que marrano en charco. Mucha cuadrilla vi disfrazada de turco, riñendo con otras unas batallas en las que siempre perdían los de Turquía, y me pareció que con esa figuración se daban ánimo los venecianos, como tomando en coña y por los cuernos al toro de sus sinsabores en vez de echarle tierra encima. Y para celebrar la noticia de que, aun sin juntar sus fuerzas a las de Venecia, Austria iba a enarbolarle también guerra al turco.

En medio de ese bullerío y con todo lo que andaba ganando por las

noches, más solo estaba yo que la una. Ya no me hallaba sin Corradino y no había manera de encontrarlo, ni sus amigos lo veían. Nunca me había llevado él a su casa, ni a nadie que se supiera, y hablaban de que vivía solo. Me enteré de dónde y fui a buscarlo, no fuera a haberse puesto malo.

Cansado de llamar a su puerta, unos vecinos me dijeron que llevaban cinco o seis días sin verlo, y que eso no era cosa rara por Carnavales en tratándose de gente moza.

Después de mucho ir y venir en busca suya, ya me las estaba ventilando por mi cuenta cuando di con él al caer una tarde. Y cómo di, bachiller, hijo. Cómo di. Tiene que pesarme hacer memoria de eso, yo lo sé. Pero, por lo mismo, no quiero que vaya a írsete ni un pelo de lo que pasó. Verás.

Venía yo aquella tarde de mondarles la bolsa, que ni poco ni mucho fue, a un francesillo muy vivo y a tres que eran de Padua como San Antonio, aviados de arlequín los cuatro. No hacían los paduanos más que lo que el francés disponía; me fijé en que no tenía él más que decirle algo a uno, y ya estaban aquellos tres en lo mismo. Habían perdido conmigo la noche antes y fue cosa de poco, sino que al francés le royó la honrilla oírme que a mí no había Francias que me ganaran; no se lo tenía que haber dicho, pero me caía gordo y se lo dije. Bueno, pues al dejar la mesa se empeñó en verme el franchute para desquite, y sus sanantonios, a lo que él mandara. Así que quedé con los cuatro arlequines para la otra tarde y les salió más caro el collar que el perro.

Iba yo con mi disfraz contando esos reales por la Ribera de los Esclavones, cuando me veo correr a la gente, y algo más allá, en la orilla misma, a unos pocos sacando un bulto del agua y soltándolo como si quemara, ya con sus máscaras mironas alrededor y alguna hasta santiguándose. Pero sin querer entrarle nadie a aquello porque todos



debían sabérselas: un saco chorreando en las losas, con su boca muy amarrada y que parecía relleno de cristiano. Me guardé mis dineros. Las máscaras, pues lo dicho, todos al curioso pero no había quien hablara ni se moviera; me acuerdo de dos que estaban muy alante, con cabezas y crines de caballo. Yo me levanté la careta y me abrí paso, no sé, como con una prisa mala. Eché una rodilla al suelo, al pie de los que iban de caballo, y le tiré al saco un corte largo con el Moreno.

Salió ligero un brazo doblado por el codo, como harto de estar allí dentro. Meto las manos en el saco y le echo fuera al muerto la cabeza. Tenía el pelo por la cara, revuelto y empapado como un matojo de la mar. De la ropa, pegada al cuerpo con el agua, no le faltaban más que los zapatos, y el labio de arriba estaba levantado, tal el de perro que va a morder. Los anteojos seguían en su sitio.

No sentía yo ni padecía, y hasta un tiempo después no me di cuenta de lo raro que fue eso: seguir como si nada, igual que si no lo estuviera viendo o como si Corradino fuera a abrir la boca en cualquier momento y a decirme que bueno estaba lo bueno y que ya estábamos yéndonos a tomarnos una jarra de vino o a ver alguna de las cosas que él me llevaba a ver. Estúveme entre aquel montón de cuajados tan cuajado o más que ellos, hasta que alguien murmuró a mis espaldas que esa muerte debía ser cosa de Los Diez. Me levanté, me arrojé el Moreno y, sin volverme, pregunté quiénes eran esos Diez. Nadie dijo nada, así que volví a preguntarlo levantando la voz malamente.

—Los que mandan, y más que el Dux —creí escuchar.

Vinieron dos de la Justicia; uno se fue corriendo y el que se quedó de guardia empezó a echar a la gente. A mí me pegó un repujón. Era un zagal garboso, en la edad del pavo y dándose muchos aires, con carita de monaguillo y una manía al ojo derecho de abrirlo y cerrarlo muy seguido: a lo mejor, de la misma soberbia y de tanto pavoneo mandón, allí

encampanado para arriba y abajo, muy de capitán general el niño. Que además le entró una tos y le mandó el gargajo a Corradino y le cayó en un brazo. Con eso, se me acabó de encaprichar.

Al rato, ya de noche, volvió su camarada con otros cuatro justicias. Dos llevaban una escalera con un letrero en su lengua clavado abajo, **traditore**. Cargaron en la escalera a Corradino dentro del saco, se lo llevaron y atrás de él me fui entre la marea y los empujones del Carnaval; la gente le abría camino a la Justicia y, ya al salir de las bullas grandes, dejé adelantarse aquel cortejo sin perderlo de vista. El monaguillito iba alante, pisando fuerte.

En una plaza a trasmano, bastante más allá de San Marcos, colocaron la escalera entre dos poyetes de piedra, sacaron del saco al difunto, pusieronlo encima de los travesaños, que se viera bien el traidor según estaba mandado, y los seis se quedaron allí a guardarlo.

Siempre sin acercarme, pero sin quitarle ojo a mi antojillo, me fui por lo oscuro a la otra parte de la plaza y al umbral de una casa en ruina, y allí me agazapé y esperé quitándome antes la careta plateada, no fuera a relucir y a notarse en las sombras. Ya no estaba yo con el muerto, sino con el vivo, así hubiera tenido que aguantar allí un mes. El aire meneaba el letrero de la escalera. Carnavalescos casi no pasaban, y a los que pasaron echábalos la guardia o salían de estampía al ver aquello, quitando una patulea vestida como de ajedrez, que revolvió el velatorio. Llevaban en lo alto y entre antorchas a una muchacha, iban jaleándola y diciéndole Columbina, y con tanto vino y ganas desembocaron en la plazuela, sin mirar por dónde pisaban, que por poco no se la echan encima al muerto.

A eso de las tres o las cuatro cuajó una neblina y llegaron otros dos golillas. Para mí que los seis que ya habían hecho guardia hubieron de sortearse a los dados el relevo, porque se juntaron todos y allí estuvieron agachados en corro. Y me tocó: uno gordo, de los que habían cargado la

escalera, se fue por su lado, y mi monaguillito por el suyo, que salió de la plaza pasando a no más de ocho pasos de mi casapuerta y le vi hasta el guiño nervioso que te dije, muy estirado él y con mucho meneo de la espada, comiéndose el mundo.

Me encajé la careta y corté camino encorvándome en lo oscuro por los escombros, más pronto que una rata y con menos ruido. En saliendo de la plaza, la neblina no era una humedad seguida, sino que se amontonaba en bultos apartados unos de otros y muy derechos, como fantasmones a ras de suelo, y el aire los movía despacio. El gusto a sangre en mi boca era igual que haberte mordido sin querer un labio o la lengua y andar lamiéndote el sitio. Así de fuerte.

De momento, me guio el eco de sus pasos mandones y, a las dos calles, ya avisté a mi señor monago. A la que hacía tres, atravesó un canal entre esos bultos de niebla y tomó un callejón largo y estrecho. Dejé pasar a una borrachina; ni me había dado cuenta de que ya tenía al Moreno en la mano. Nada más que una luz de aceite alumbraba el callejón allá en su mitad: mi lance era dejar servido al del ojillo inquieto por los tramos en sombra, antes o después de que llegara a esa luz. Pero deseché la ventaja, siendo tan de cajón, y también la de darle por la espalda, que es a lo que yo iba. No. Sin una necesidad, me las jugué todas, Dios ha de perdonarme pero yo quería un adornito. Yo quería que aquél mirara lo que le iba a pasar, que se enterara, y verle yo en la cara que se estaba enterando, no mandarlo para allá así por las buenas.

Tan redondo no me salió, pero algo de eso hubo. Debajo mismo de la luz lo puse espalda a la pared de un tirón al hombro y, con mis pies trabándole los suyos, le atranqué la boca con un brazo, antes de perforar, y le pegué a la nariz la hoja del Moreno, que la viera bien vista. Luego bajé la mano.

Mira, hijo, hay que saber clavar donde no alborotan y sin ensuciarse,

y, quitando a un señoría muy de negro, yo he tenido la maña y la suerte de que mis espichados no me diesen esas molestias que dan, de ayes, voceríos, aspavientos y sangrazas grandes. Aquél tampoco me las dio. Al primer viaje se le aquietó el ojo nerviosón. A los otros dos, hizo una morisqueta fea con media cara, y ya.

Me alejé a buen paso; en la esquina volví la cabeza. El mocete seguía allí, tieso contra la pared, pero yo había hincado tres veces y en buenos sitios. Estaba a punto de irme para él y concluir el trabajo cuando cayó de boca al suelo como un tablón. Dije para mí: «Bueno, pues si éste era uno de Los Diez, ya no hay más que nueve».

Fuime a un garito de los de hasta el alba, bien contento y para que no se me perdiese la noche de vacío sin ganarme por lo menos la pensión del día. En cuanto junté esos dineros, me levanté de la mesa. Ya estaba yo muy en lo que iba a hacer. Y eso hice. Me fui a mi alcoba y no me acosté, ni en la mañana, que salí a la calle y no estuve cansado a pesar de todo lo que tenía que dormir, sino que me empezó a incordiar y a reventar el Carnaval. Muchos días tardé en darme cuenta de que lo que me incordiaba no era el Carnaval, sino Venecia misma, y no sabía por qué, tan de pronto.

A la tarde, me pasé por la taberna del lagarto. Allí andaban los estudiantes; ya desde la puerta, les vi en las caras que conocían el final de Corradino y, cuando uno me vio y avisó que yo estaba entrando, noté cómo se disponían a darme la noticia de la mejor manera, sabiendo al difunto tan mi amigo. Los escuché y remedé sorpresa, aunque, contra lo que ellos se esperarían, no me hice ver muy apenado, de lo que algunos tomaron disgusto sin decírmelo, y sentí que me estaban despreciando.

Me costó mi trabajo ese hacerme de nuevas pero no me fiaba de nadie y me aguanté; ya le había echado de comer a mi venganza y pensé que, haciéndome ver así desagradecido, ni a los pocos enterados de que yo

movía cuchillo iba a pasárseles por las mientes lo que había hecho. De la muerte de mi monago nadie tenía noticia allí, pero al otro día ya pusieron por las calles los papelones, con treinta zequíes de bolsa para quien diese con su acuchillador.

Al rato, siempre indiferentón y haciendo como si alguien de la mesa los acabara de mentar, le pregunté a uno qué era eso de Los Diez. Contestóme tan bajito que me quedé a medias, pero, por lo que cogí, me extrañó que, según corre la vida allí en Venecia, siete hombres con tres que los mandan, y que ni se sabe quiénes son, metan el pico en todo y en todo se salgan adelante con la suya. Ya en la calle, el mismo mozo me contó que esos Diez no podían ir de paseo ni a los sitios donde va la gente, que los cambiaban cada poco tiempo, tenían espías hasta dentro de las nueces y recibían otros chivatazos por la Boca del León de Bronce, en San Marcos. Tres señores de la Inquisición trajinan también con esos Diez, ¿sabes?, y despachan con ellos los destierros, las condenas a galeras, las cárceles en los pozos y las muertes por degüello, horca o la que le tocó a Corradino en esos plomos o piombos que les dicen, unos calabocillos abajo del Palacio del Dux que, en la creciente de la mar, se va colando el agua y llenándolos hasta el techo, y el preso que está dentro aparece, con saco o sin él, cuando y donde menos te lo esperas, a flote como un pescado muerto. Y mucho de todo eso sale de lo que entra por aquella puta Boca del León.

A los dos días, unos que no iban en ropa de justicias, pero con más mando, anduvieron maltratando a los estudiantes, atosigándolos y friéndolos a pesquisas sobre Corradino, y se llevaron a tres de ellos y luego los soltaron. A mí fuéronme a buscar en la posada dos pájaros de cuenta, trajeados de pardo. Entran una mañana en mi alcoba sin llamar y se me vienen para la cama con las de Caín, no había más que verles las caras.

Antes de que me pusieran un dedo encima les dije sentándome en la cama y muy sereno que pasaran, como si ya no estuviesen dentro, y les chapurreé que qué era eso de entrarle así a un caballero, amigo de mi señor el embajador de España y de mi señora Astrea Grimani. Noté que nombrarlos los achicó, y que se guardaban las manos. Les ofrecí asiento y, sin turbarme ni levantarme de la cama, que ya no me lo mandaron, contesté a sus preguntoneos que sí, que yo tenía una amistad con Corrado Faliero, eso a buen seguro, y les metí en el cuerpo la verdad, porque lo era, de que, con toda esa amistad, no sabía yo mucho de su vida y milagros ni él me contaba lo que hacía y deshacía cuando no andábamos juntos. Discutiéronme los preguntones más de una cosa, por pillarme en mentira y ponerme en la picota, con que acabé diciéndoles, aunque hubiera un peligrillo en sacarles esa carta, que de lo que sí tenía yo conocimiento, como quien oye campanas, era de que Corradino se juntaba también con unos dálmatas. Me malicié, y no marré, que irles a aquéllos con ésos de los dálmatas, aun comprometiéndome un pelo, iba a ser para bien y a darme color de inocentón que no anda callándose lo que sabe.

Al cabo de dos horas me dejaron, señalándome que tuviese ojo con las amistades y que no volviera a medio desnucar gente en los garitos del Canareggio ni en ningún sitio. Con eso, en lugar de sobresaltarme, vine a quedar tranquilo, por entender que mucho sabían ellos de mí menos lo único que importaba que supiesen, el despene del monaguillito, pues nada más sospecharlo me habrían llevado ensogado.

Un Luilli, de los que aprendían con Corradino el habla española, fue quien a las dos o a las tres semanas me puso al tanto de todo lo que pasó y del entuerto de los dálmatas, aquéllos de esa tierra de más abajo... ¡no era nada la fritada! Pero no te líes, que yo no quiero liarte, bachiller, apunta bien.

Por lo que sabía Luilli, muchas gentes andaban negras en la Dalmacia con la miseria y el acoso en que Venecia tenía metida a toda esa parte, y venga a sacarles a los dálmatas dineros y grano y carnes de ganado y hombres para las guerras con el turco, y a enredar a Dalmacia en los tira-y-afloja de lo que a aquella gente no le iba ni le venía. Me hablaba el Luilli, y en vez de verle yo la cara, se la estaba viendo al Corradino, escuchándole aquellos reniegos suyos contra Venecia, aun con todo lo que la quería. Y siguió contándome el otro que, más de un año antes, el gobernador veneciano de una plaza fuerte de la Dalmacia había hecho ahorcar en las murallas a catorce sublevados, que fueron once capitanes de allí y otros tres vénetos partidarios del motín, primo carnal de Corradino uno de ellos, como luego se supo. Se conchabaron entonces unos cuantos de los más revueltos, se embarcaron para Venecia y habían ido arreglando, muy despacio, un tejemaneje para rebelar desde allí a toda la tierra de Dalmacia, y mi sarasa de mi alma andaba metido en eso hasta las cejas, porque, lo que es coraje, lo tenía a espuertas y, con todo lo listo que era, fue a perderlo esa manía suya de las ideas y las políticas, ya ves tú, sin que nadie le hubiese dado vela en aquel entierro, ni tuviera en él cosa que ganar ni aun que vengar. Pues lo del primo ahorcado tampoco daba para tanto, digo yo.

Pues bueno: faltando días para el golpe, alguien le pasó el soplo a Los Diez, con que fueron a echarle mano a todo Dios. Me dijo Luilli que, avisados también de la denuncia, los de la revuelta habían volado a tiempo de su fracaso, aparte cuatro dálmatas, que los cogieron ya embarcando y de los que no volvió a saberse, y el Corradino, a quien le saltaron juicio y sentencia por la grandeza del apellido y la polvareda que ella hubiera levantado, cosa que los de arriba no querían. Como nada había ya que averiguar, también le debían haber ahorrado los martirios de confesión, según le vio las carnes sin señales un hermano de él que había

ido por la mañana a recoger el cuerpo a aquella plaza. Y, por lo mismo, tampoco le habían puesto el nombre en el letrero de traidor, como se lo ponen a los emplomados.

Se me llegó al pensamiento la doña Astrea, su trabajo y sus pasos, y aún se me ocurrió si sería una de aquellos Diez, y si, tan al tanto de todo como estaba, no habría enhebrado el hilo que fue la perdición de Corradino, aún apreciándolo así por encima como ella me hizo ver que lo apreciaba; seguro que, saberlo en líos de ésos, lo sabía, según me avisó en su casa y le avisé yo al difunto. Dios mire por él. Tuve que quitarme de la cabeza esas cavilaciones. Tuve que quitármelas, y a aquella mujer, porque yo me conozco y, si les hubiera seguido dando vueltas, lo mismo me caliente, me voy en busca suya, mujer y todo, y me busco la ruina.

A lo mejor fue quedarme con esas ganas lo que me aceleró las de irme, que ya llevaba allí más de año y medio y las venía teniendo, y luego fueron a más sin la compañía de Corradino, y encima se me juntó otro altercado malo a cuenta de las cartas. Aquella noche me hirieron una mano así de refilón y, lo peor, me fueron ya viendo el plumerío del oficio, me calaron las artes, o se corrió la voz después de tanto.

Alguien, por esos días, me habló de un sitio que caía a dos o tres fechas por la mar y donde el juego andaba en todo lo suyo, así que allí podía hacer yo buen piojal, pero me tiraba España otra vez, y las Indias, y no aquel sitio Vomita o Vomiza, que me sonó como de andar siempre uno con cólicos y echando el alma por la boca.

Mis dineros y gordos, como dos zequíes de cada tres que tenía, me costó pasar a España en el galeón de un capitán barcelonés, Pujol, con carga grande de sedas, brocados, vidriería fina y gruesa, y mucha otra ropa. Bien que me pesó ese dineral, pero no andaba yo en ánimo de encarar las trabajeras de a bordo, pudiendo salvarlas con mis reales, y porque las ganas de dormir que te dije se me habían ido aún más para



arriba de lo que ya estaban; no sé de dónde me caería en la cabeza tanto sueño que luego se me fue: a lo mejor me lo dejaron las calenturas aquellas que pasé a poco de llegar.

Por el costo, el capitán del galeón, que era del Almirantazgo de Levante y el de línea entre Venecia y Barcelona, había de buscarme en su puerto de arribo pasaje a la Andalucía, ya sin aflojar dineros y por vía de la mar, que la de tierra me dijeron era muy larga y mala.

Pasé a despedirme de don Pedro, él tan gentil conmigo como siempre, y le agradecí que no me metiera la cuchara a ver cómo me había ido aquella noche con la Astrea; por la taberna del lagarto no fui, porque me amargaba.

Una mañana salí del embarcadero de la Sensaria sin mirar atrás. No me trabajaron en el viaje zozobras, novedades ni fatigas, como que ni me acuerdo del nombre del barco y, algunas veces, ni me levantaba para comer. Pensaba a ratos en Anica y dormía siempre; la travesía fue con tiempo de bonanza, no se hizo puerto más que dos veces y de la segunda no me enteré, ni echaba cuenta de los días. Me pusieron de mote El Recostado, que lo supe por un casual casi en llegando a Barcelona, y, sin que lo avisara nadie, el cirujano del galeón estuvo una tarde a verme por si me pasaba algo.

Tan buen empalme saltó en Barcelona que, sin bajar a tierra, me embarcaron en el patache de un tal Cornejo, que había de ponerse a la vela para Sevilla dos días después, también con buena carga, y de ese nombre de barco sí me acuerdo porque me cayó en gracia que se llamara *La Mujer*. Allí seguí con mis dormencias, qué cosa. Una noche oí que estábamos enfrente de Cádiz y que era menester esperar para pasar la barra de Sanlúcar; no dijeron cuánto y aquella noche todo el mundo se acodó en las bordas, pero El Recostado tampoco se movió de su recuesto.

Quizá tecueste trabajo creer, bachillerito, que esas últimas dieciséis

leguas a Sevilla fueron peores para mí, y de más fatiga, que todo el viaje. Y lo fueron, pues tanto sopló en tres días el viento norte que viene sobre la tierra, que nunca nos permitía ponerle al río la nariz, como se dice. A más, yo había soltado ya las soñarreras y no podía matar con ellas ese tiempo muerto. Todo lo pesado se juntó, y lo mismo a las otras naves que andaban esperando entrada para Sevilla.

Aún con el viento bravo, y de cargado que el patache iba, hubo que ir soltando alijos en medio de la mar, para Cádiz y Chipiona y Rota, dar mucho cargamento a barcos chicos y quitarle así peso a la nao, pues tampoco hubiera podido pasar con él por los pocos fondos del río. Y a todo esto se temía, que se habló mucho de ello, la embestida en corso de un muy nombrado Mustafá Rays, a quien los berberiscos llamaban Carabalí y los genoveses de Cádiz, Bursa. Decíase que lo habían avistado más para acá del Estrecho con mucha vela de Argel y de Salé. Y la Armada Real no estaba a mano y todas las naos allí al paio, desde el Bajo del Quemado, mirando como pasmarotes la entrada del río por no caber en el asentadero de Bonanza, y los galeones de Indias, que ya se habían juntado allí fuera hasta once, sucísimos de cascos, sin poder guarecerse ni apenas maniobrar para defensa.

Cuando por fin y al cuarto día pasamos la barra, aun con toda la carga aliviada fue menester andar ayudando con pértigas a apartar la nave de las arenas en el brazo maestro del río. Dos falúas tuvieron que remolcarnos por lo mismo hasta junto al Rincón de la Merlina y hubo suerte, porque vimos a uno de los galeones indianos embarrancar en un bajío y quedarse en las lamas, de mala manera y estorbando.

Al arribar a Sevilla esperé que alistasen el almuerzo de a bordo, del que me harté a no poder más, poniendo mi barriga en prevenciones de lo que pudiera venir, mirando por los dineros que me quedaban y sin darle esa ganancia a un mesonero, pues el viaje no me había dejado a dos velas,

pero le faltaba poco.

Fui el último en poner pie en la ribera de Triana, notando que ya había dormido cuanto tenía que dormir y preguntándome qué iría a pasar con mis dos tirones grandes: el de Anica por su lado y, por el suyo, el de la Mar Océana y las Indias, que ese tirón no sé si era más fuerte pero sí más viejo, y, según se encartaron las cosas, fue el que salió adelante.

*... no era otro que la entera vida del Rubio. Mas el rigor del Tribunal y la censura de los comentaristas no dejaron de hacer saber, para mayor culpa de Irala, que en su desaparecida novela y junto a aquellas sensualidades vulgares, violencias y zafios exabruptos, lucían las galas, destrezas y aderezos de las Bellas Letras, tan escasas en aquel Cádiz de comerciantes y tan de manifiesto en la corta obra que del autor se conserva. Por otra parte, el argumento y viveza de la novela, bien extensa según noticia de Suárez Vargas, permiten hoy adivinar en Irala a un adelantado del espíritu que el siguiente siglo llamaría de las luces, y que, tanto su liberal cuna gaditana como su ambición artística debieron encender antes de tiempo en el ánimo del poeta, precursor también de cuanto relato extranjero de navegaciones y aventuras viene embobando a medio mundo. Sin embargo, como observó Des Vries de pasada y Casanova estudia en nuestros días, es cosa notable y curiosísima...*

#### **4. De cómo pasó a Indias nuestro hombre y dio allí por fuerza en piraterías sin perdón**

*A 27 de febrero. ~~~ No sé si te dije, bachiller, que yo ni me creo bueno de nacimiento ni malo, sino igual que todo el mundo, entreverado como el tocino de veta. Luego pasa lo que pasa y das más pringue que carne o al revés, según lo que te vaya pasando, y por eso dirán que cada cual es como Dios lo hizo. Pero lo que es en el primer agujero y en el último, barriga de tu madre y sepultura, todos tiramos a iguales, digo yo.*

Viste que no había lugar donde yo no me estuviera un tiempo sin dejarme atrás un difunto, y que todo lo mío te lo cuento y he de seguírtelo contando, sin callar nada y cuando ya no hay manera de que salga a

relucir lo que no me conviene, si no lo saco yo mismo. Pero entérate bien de que, si te lo saco a ti, no es más que por dos cosas: la primera, porque se me viene que algo puedo ganar teniendo tan poco que perder, y la segunda porque soy perro viejo y sé que los tuyos no son los papeleos de la Justicia sino otros, los mismitos que le comían la molondra al Corradino, que santa Gloria haya: desde el día que entraste por estas rejas y esa galería, te oí aquellos metales suyos y te sentí la condición, y la misma manía con los libros según la encaminaba él.

Aunque ahora tengo que decirte esto, y fíjate mucho: si tú vienes de Judas y me estás engañando, ni ibas a sacar gran cosa en limpio no siendo como no eres de la Inquisición o la Justicia; ni, si lo eres, iba a faltarme tiempo, para pagarte el favor, de contar y de inventarme sobre tu persona y pensamientos lo que más dañoso y con más color de verdad se me ocurra, que yo conozco lo que es el mundo y eso sé hacerlo y que me crean, o, por lo menos, dejarte sembrada la peste en un cuarto de hora aun valiendo tu palabra de caballerito cien veces más que la mía de truhán arrastrado: te lo digo porque el que avisa no es traidor, hijo, y no está de más que te ponga al tanto de que eso no iba a salirme tan malamente... Pero... pero no, muchacho, no: que se te olvide lo que te acabo de decir. Échalo en saco roto. Que no te vea yo así amedrentado con lo que no va a pasar, ¿verdad que no?...

Y lo mismo que en eso y que en las confianzas que en ti pongo, has de estar seguro que no te miento, ni a tu señor tío el alcaide de este penal, cuando te digo que Juan Cantueso, La Fiera hoy por mal nombre, consumió todas sus edades en perrerías y delitos contra Dios y el Rey, pero no ha tenido arte ni parte en esos crímenes de los pastelillos, que son los que me van a atravesar el cordel entre la lengua y la garganta si no lo remedian ustedes y el Señor que está en Santa María.

Tú, que aparte andar ahora tan atareado con mis andanzas, debes estar

como Corradino al hilo de lo que pasa por las alturas y las bajuras, y que lees tanto como él, ya me dirás, en cuanto lo sepas, si cuando le caiga ahora el juicio a ese rufianacho de pastelero le da por decir o le hacen decir verdad. Mucho lo dudo por la poquita cuenta que le trae, cuando a mi pescuezo se le traería entera y plena, maldita sea la leche que él mamó. Pero lo que es a ti, no pierdo el sueño por andarte contando todos mis ires y venires, que éstos se quedarán, según nos conviene, para cuando estemos ya bajo tierra y que los vayan leyendo los que vengan. En el mismo colchón van a dormir el día de mañana tu pluma de escribano y mi lengua de bribón. Y ya he visto que vas poniendo en los papeles, con esa mano tuya tan ligerísima y además de las cosas que te cuento, hasta las que te digo a ti, *hijo y bachiller y entérate bien*. Más trabajo te das, pero si ése es tu gusto...

Aun así, déjame decirte lo que te dije días atrás: que en ese otro librito más chico que de todo esto quieres entresacar a la calle para los beatos y sin mentarme, nadie mejor que tú sabrá lo que pones y quitas: no vayas con eso a arrimarme la muerte o a verte, tú también, teniendo que huir a Indias en ropa de cura o de marinero. Así que sigue llenando tus pliegos a la luz de ese ventano, que yo estoy contento con que luego le des la vuelta a lo que convenga, y muy convencido de que todas estas escrituritas más me han de valer que de perjudicar.

Fíate siempre de lo que te digo y, sobre todo de lo más viejo, pues, aunque no tenía que ser así, contrimás atrás cae lo pasado, mejor te acuerdas de casi todo, y peor de lo que te sucedió hace una semana o un año, cosa que creo le ocurre a muchos vivientes de este mundo.

En Sevilla entré con buen pie y eso que estaba de luto grande, doblando todavía las campanas de la Catedral en la torre Giralda, las de las

iglesias, las de los conventos y creo yo que hasta las campanillas de los aguadores, porque acababa de morirse el Rey Felipe, cosa que ya supe a la entrada de Sanlúcar. Andaba la gente en lenguas de que cómo iba a echarse la corona a la cabeza el don Garlitos, con cuatro años la criatura, con lo torcido que andaban él y todo, y con la madre doña Mariana llevándole los mandos y un cura llevándoselos a ella, que ni el uno ni la otra sabían de la misa la mitad. Pero eso fue lo que pasó.

Tan presente al llegar tenía yo todavía a Venecia que, muchas mañanas al abrir los ojos, no sabía dónde estaba y me extrañaba no ver mi aposento en la posada de junto al Rialto. Sevilla, aun no siéndolo, se me hacía chica en los primeros tiempos y hasta se me trabucaba en la boca el español con mi poco de veneciano, que es habla diferente a la de la Italia aunque dicen que se le parece.

Por adentro de mí andaba la pelea entre unas ganas grandes de ver a Anica y los deseos de seguir libre como pájaro que vuela, suelto de mujer y con mis huesos en su sitio sin que la Justicia del Puerto me los quebrase, así que los arrechuchos de la libertad y los del miedo me estrujaban los de volver a abrazarla, que tan difícilillo era y tan mala cuenta iba a traernos a los dos. Ése fue el forcejeo gordo que me trabajó por aquel tiempo, pero yo no podía seguir sin saber de Anica cuando menos, y acabé sabiendo de ella.

Ya conocerás que, aunque no tanto como en Venecia, también corre en Sevilla que da gloria la afición al naípe. De ella me serví hasta criar fama de tahúr, que allí nos dicen «ciertos», como en Madrid, cosa que en cualquier sitio te quita el crédito pero que en Sevilla es, en cambio, liga de pajaritos, hambrientos de ganarle al entendido para ir cantándolo y esponjándose:

—¿Quién: Cantueso el gaditano? Ah, ah, pues las otras noches lo desplumé.

Veía yo venir a éstos y a los otros, y de todos sacaba mis provechos.

Paré en una posada de medio pelo, la del Ecijano, a un lado del Altozano y a la vista del Arenal, casi a la sombra del palacio de la Santa Inquisición bendita, que se come media orilla del río y que no había cosa en que no se metiera, quitando las mancebías y el juego. Tampoco a éste lo estorba allí la Justicia, pues para eso está el contentar a comisarios y a corchetes con buenas mangas y convidadas. Por si allí y en las mías te ves, vete sabiendo que, a tiempo de jugar, donde está el arte en Sevilla, más que en Venecia y que en lugar alguno, es en no retenerte en la mesa tus barajas amañadas, sino ir poniéndoselas en sus manos a éste y al otro como quien no quiere la cosa, que así te toman confianza y, si las marcas están según deben, ni Dios las ve. Muy de invención han de apañarse, pues hay allí grandes sabedores y no es del caso andarles con la verrugueta, el Maese Juan ni los raspados, bruñidos y señales de siempre. Has de mirar también que no te truequen la baraja, porque igual le dan el cambiazco en tus narices al despabilar de una vela, y saber con quién te sientas, cosa no tan sencilla ni para muchos del oficio.

El garito de más ventajas era el más cochambroso y, al salir de él, había de echar dos horas despulgándome.

En aquel tiempo, y haciéndome el santurrón, aprendí a santiguar y ensalmar por lo católico, que hasta ayudé a sacarle los demonios del cuerpo a una niña de trece años en cuantito me dejaron solo con ella; y una vez, que no fue más que una, vi hueco y jalé por el Arenal de una bolsa hermosa para resarcirme de dos sentadas de Culebrón: era de mi conveniencia que me salieran las cartas malamente, y me salieron peor de lo que yo pensaba.

Por casas de placer no fui, aun viviendo a dos calles de las del Padre de la Mancebía y de las muy mentadas de La Alhucema y de La Pimentela. Pero tal cual noche tuve que ver con una extremeña Francisca,



y en la posada con una mulata de mucho empuje, color membrillo cocho y con la cabeza más chica que las tetas, que le decían La Camarona unos y otros Quisquilla. Anduve de bailador en cinco o seis fiestas, y en la de Santa Ana hasta me las di de guitarrista sin saber ni cogerla. Una tarde en Castilleja fui toreador de vaquillas por el aquél de echar el rato. También conocí la cárcel y también por cosa que no había hecho, lo mismo que no he hecho esta malditada de los pasteles, hijo. Aquello fue que mataron a dos y tomaron presos a veinte, gitanos de La Cava los más, y yo caí en el saco sin comerlo ni beberlo. Rabié de hambre y se la quité a dos mil piojos, pero nadie me tocó; a los tres días, dieron con los que buscaban y quedé libre.

Tiré bohordos, salí de romería, reñí pollos de pelea, escuché en su salsa las seguidillas corraleras, le comercié sanguijuelas a un boticario y, con eso y los naipes, lo que es para comer y bien dormir no me faltó, aunque, según estaban las cosas, tampoco anduve largo de dineros.

Una mañana me paró junto al Puente un hombre de muy manso hablar, me dijo que era pintor de santos, que si me iba con él porque le convenía mi cara para pintarla y que me daría de almorzar y dos reales, sin entretenerme más de cinco o seis horas, ni otra condición que la de estarme quieto mientras él me tomaba el retrato. Lo seguí hasta una casa llena de perros, chiquillos y jaulas de jilgueros, con cuadros de santos hasta por la azotea. Diéronme de comer unas migas con su tocino, y luego me sentó el hombre enfrente de una pintura con la Virgen y mucha gente. Ya estaba el cuadro concluido menos como una fantasma a un lado, con las hechuras de la cabeza y del cuerpo pero en blanco, y allí me pintó a mí, aunque me fui sin dejarme el pintor tan acabado como lo estaba todo lo demás, porque me dijo que ya no hacía falta y que le había salido yo bien.

Quién me hubiera dicho que ahora, al cabo de tantos años, me iba a

encontrar otra vez a ese hombre aquí en Cádiz, y cómo me lo encontré. O, diciendo más verdad, cómo me encontró él a mí...

Anduve a gusto en Sevilla y fueron volándoseme los meses y los meses, pero no acababa de estar en sosiego por el amor de Anica y por aquel trajín de barcos que tanto me llamaba. Lo de ella se me despabilaba al escuchar hablar del Puerto, muy sonado por aquel tiempo en el Arenal y en Sevilla entera, porque Cádiz, con su bahía y con El Puerto como ancladero muy principal, pegaba tirones para quitarle a Sevilla de la boca el bollo mantecado de las flotas a Indias, que se lo iba quitando y, entre eso y los que pasaban la mar, estaba Sevilla quedándose sin gente y como en poder de las mujeres y de las cigüeñas, según decían.

Sin embargo y al llegar yo, los sevillanos andaban en sus glorias, pues habían mandado de Madrid que echaran Cádiz a un lado en los despachos de naos a Indias, y el único enfado de Sevilla era que el señor gobernador del Tercio de Galeones, un tal Velasco, medio se lo saltaba a la torera o se hacía el bobo, y dejaba que el fondeadero gaditano de Los Puntales valiese para lo que había valido siempre y entonces más, ya con el tonelaje de barcos que estaban haciendo la carrera de Indias, y el río de Sevilla sin poder con ellos, que se habían perdido en la barra flotas enteritas y el puerto de Bonanza en Sanlúcar no daba abasto, tan espesas en su seno las naves que tocaban unas con otras, teniendo que quedar las más muy afuera de él como se quedó la mía, en desabrigo y a peligros. Y en Sevilla pasaba tres cuartos de lo propio, viéndose estorbadas hasta las galeras para mover sus palamentas. Por esto, lo otro y lo de más allá, cuando no era también por las avenidas del Guadalquivir, flotas hubo hasta con noventa días de demora para poder arribar a Sevilla, y en trances de cincuenta y sesenta muchas más. De manera que aquello había de quedar a favor y mejora de Cádiz, sin tanta leche de Consejo de Indias ni tanta faramalla de Madrid ni Madrid, y el tiempo ha terminado

poniéndolo todo en su sitio.

La de veces que yo me vi ya con un pie camino del Puerto, ni sé cuántas fueron. Pero el miedo me enfrenaba siempre a última hora, como el bocado al caballo. Por fin le pagué un real a un dominusvobisco por escribirme una carta muy estudiada, y aparté luego diez dineros más del que llevan las cartas corrientes para hacerle llegar la mía a Anica con cuanto tiempo y miramiento fueran precisos, de modo que sólo las manos de ella tocaran aquel pliego, escrito hasta abajo por sus dos caras.

Me hablaron de un cosario bueno de Jerez con oficio puesto en Sevilla, y a él me fui. Tampoco se me olvida ese hombre, se llamaba don Gabriel Cantado y tanto debían cantarle gulas y bulas que, a fuerza de carnachas, mantecas y culo, tenía que estar sentado en dos asientos, no en uno, y no podía ni alevantarse. Me pareció que eso no casaba con el trajín de llevar y traer por los pueblos correos, gallinas y paquetones, pero me dejó tranquilo saber que no era él quien los repartía, sino otros más ligeros.

Ya le incomodó que yo quisiera hablar con el que iba a llevarme la carta al Puerto, pero al ver todos aquellos reales me lo puso delante a los dos días. El mensajero era un mozo despiertón; en el despacho del cosario, les remaché a los dos que no solamente era menester darle a la mujer la carta en su mano, sino hacerlo cuando nadie lo viera, y lo mismo si tenía que traerme contesta, que yo la iba a pagar igual de bien pero que todos los cuidados serían pocos y el mensajero se las iba a ver y a desear para darle esquinazo al hombre que no dejaba a aquella Anica ni a sol ni a sombra.

Según me esperaba, el cosario y su mozo me tomaron por amante de una casada y no hacía falta más, aunque yo, con los nervios del temor, les recalqué otras cien veces la mucha prudencia que era del caso, hasta echar al gordo a sudar y a resoplar de tanto decirme que sí y que se harían

las cosas bien hechas.

Volví por allí un día sí y otro no, sin que el don Gabriel tuviese novedades para mí, y mi impaciencia acabó hasta por darle mis señas y paradero de la posada, por tal de tener entre manos cuanto antes las noticias que estaba esperando. Cerca de un mes más tarde me dijo el cosario que, por otro mensajero, sabía que el portador de mi carta había tenido que esperar mucho para entregarla, pero ya estaba entregada y aún podía ser que, a su retorno, me trajese aquel mozo una contesta. Otra vez se me desamarraron los nervios y otra vez volví a rellenarle al gordancho la cabeza de palabreos y de preguntas locas: que si también sabía cómo estaba de ánimo Anica, que si habían llegado a hablar con ella, que si la vieron en buenas color y salud, y no sé cuánto más, hasta que él perdió la paciencia y medio me puso en la calle, todo colorado y bregando por ponerse en pie para despedirme, sin que sus mantecas se lo consintiesen, mientras yo seguía en mi petera. Fuime por temor de que le entrase algún mal jamacuco al hombre, pues, para colmo, se le asomó cantándole a la puerta un tropel de picaruelos que siempre lo andaba mortificando con una copleta

*¡Gordo culirregordo,  
paú paú paú!*

Ya ninguna mañana se me fue sin pasarme por su oficio, y un lunes de llover me topé en la entrada con el mensajero del Puerto. Dentro, el don Culón me enseñó una carta con una mano y me alargó la otra. Aflojé la misma realera del primer recado, dejándome el cosario fiados seis maravedís que me faltaban, y me fui a la posada, donde a hora de almuerzo me hice leer aquella carta tres veces seguidas, por un cordobés

medio barbero y marchante en cueros moriscos, con quien compartí aposento y que comía allí casi siempre.

La carta, de puño y letra de Anica como por ella supe tanto después, lo que no llevaba en renglones, que eran pocos, lo llevaba en sentimiento. Me contaba lo primero que se hallaba buena y sana, y, como adivinando una cosa que me había sofocado mucho, que no había quedado preñada de mí ni del señor. Seguía diciéndome que El Honrado le hizo llegar en su día noticia de mi escapatoria y que ni se me ocurriese pisar El Puerto, donde aún estaba en pie el rencor del duque contra mi persona, y menos tardarían en matarme que en cogerme. Terminaba Anica jurándome que no me había podido desclavar de sus entrañas, y que ya notaba por mi carta que tampoco yo a ella de las mías.

Me pesaron sus palabras, y entendí la mucha razón que tenía aquel papel y que habría de apartarme de ella, a lo mejor para siempre. Padecí con eso unos días de mucho encono, en los que, creo yo, llegué a hacerme malino del todo, queriendo serlo ya, y se me empezaron a venir también para arriba mis ganas viejas de pasar a la América. Sin darme ni cuenta, me vi en Sevilla tal como me había visto por la ribera del Puerto, siempre de parla con los navegantes y enterándome por el Arenal de esto y de aquello sobre fortunas de mar, embarques y cuentos de Indias, que los de corsarios, piratas y filibusteros estaban a la orden del día hasta en coplas de ciegos y cartelones: cómo se movían esos salteadores por la mar o las tierras, y las tropelías que llevaban hechas y seguían haciendo, cosas todas de mucho entretener a bobalicones y a rapaces, y que a mí me traían sin cuidado.

Todavía más que de la guerra en que se había enzarzado el rey de Francia con España, se habló aquellos días del asalto a un galeón sevillano abordado en la mar de Méjico por los zarrapastrosos de un tal Lorencillo, que a seguido tomaron Veracruz y se metieron luego con todo

un saqueo grande de añil y plata en el ancladero de Los Sacrificios, junto a la misma Veracruz. Fue avisada la nao capitana de la flota que llegaba de España, y hasta le mandaron al general un navio de guerra para que entrara en Sacrificios a remediar el daño, cosa bien fácil. Pero, aunque él hizo el intento y aparejó hasta allí, los mercaderes y capitanes de la flota lo convencieron de que era mejor entrar en puerto cuanto antes por lo mucho que llevaban, sin meterse en batallas. Así que el general se echó para atrás y, estando él en esa vacilación, conocieron los piratas que no se atrevía a entrarles aun teniéndolos acorralados, con que, poco a poco, empezaron a ponerse a la vela en sus narices y, saliendo de su huronera con el poco viento que tenían y arrimados a la costa, se fueron escurriendo en sus navichuelos y riéndose de toda la flota, que hasta llegaron a tenerlos a tiro dos o tres naves de ella. Y luego al general, por las calles de Veracruz, le escupían a la cara los saqueados y los parientes de los muertos en el asalto.

Con éste y tantos otros sucesos indianos andaba encandilada la gente, pero a mí me impacientaban porque eran cosas de más provecho, y menos historietas, las que yo quería ir sabiendo.

Escuché por el Arenal que de allí a pocas fechas zarpaba flota de Sevilla para las Indias, y me fui a sentar plaza en cualquier barco que la hubiese. Muchos estaban ya a lo mismo, con que eché mano a la barajilla y anduve jugándome la vez con los de la cola, a tres maravedíes por lance y gastando como siempre el apaño de perderlos de cuando en cuando, que lo vieran bien los demás y no se me desanimaran; antes de una hora, y nada más que con el pego de dar flor en el corte, pasé de los últimos a los primeros.

Ya por el teniente de los papeles supe que, para viaje sin vuelta según lo quería yo y no siendo navegante de oficio, sólo podía embarcarme a jornal corto y estar a todo lo que cayese: las faenas que me embragueté

en la galeota, pero que fueron muchas más. Dije que sí a todo y a la paga, sin fijarme ni en cuánto era, porque yo no esperaba dinero de los mares sino de las tierras, y que me saliese gratis el paseo. Firmé arriba de mi nombre con cruz de tinta y eso era ya como estar a bordo del galeón *Santa Rosa*, que fue al que me mandaron los del embarque.

Andaba por allí un fraile barbaslargas y me dice al verme recién apuntado:

—Mira, hijo, que ya es tu dueña la Virgen del Carmen.

—Pues bueno —le contesté.

Ni con intención ni sin ella se lo dije, pero noté que no le caía en gracia, qué querría él que le dijera. Anda que no es cosquillosa esa gente.

La víspera de la partida le compré al cordobés para el Moreno una vaina de tafilete muy vistosa y que nunca le llegué a poner, pues si grande era el adorno, mayor era el estorbo. Lleve mi petate en la posada, pasé en ella última noche y, al rayar el día, me escapé sin pagarle cuatro a los posaderos, cosa que, aun habiéndola procurado, no pude hacer en Venecia.

Diéronme a bordo mis prendas de mar, fueron tomando el río catorce galeones de la flota, que ya habían salido muchos otros, y, a hora de las once, levó anclas frente a la Torre del Oro el *Santa Rosa*, no muy grande pero sí bien aviado y artillado, con mucha y buena ropa en cargamento, treintiséis hombres para defensa y unos trece pasajeros, aparte oficiales y marinería.

Las falúas jalaron del buque hasta enmedio de la canal y, estando en ella, vino a pasarme lo menos pensado y que tanto me iba a tener luego en tormento. Andaba ya el galeón más ligero que despacio, con una brisa larga y viva, y estaba yo enroscando un cabo a popa y mirando achicarse el gentío que había salido por el Arenal a despedir a las naos, cuando me subió el corazón a la boca la figurita de una mujer corriendo por la ribera

y sosteniéndose las sayas para que no la entorpeciesen. Dejé caer lo que tenía en las manos y me rodeé con ellas los ojos para ver mejor si aquélla que estaba viendo era quien era: Anica.

Años más tarde supe que no me equivocaba, hijo. Pero cómo iba a estar seguro en aquel momento de que no. Ni la tenía tan lejos como para no vislumbrarla, ni tan cerca como para jurar que era Anica, ¡Dios la guarde!, la que corría y corría sin más nada ni nadie que su persona, ni levantar y sacudir pañuelos como estaban haciendo tantas. Me encaramé en la toldilla empinándome a lo más alto, sobre el barandal de popa, y entonces sí, entonces alzó la mujer un brazo en el aire pero sin pararse, sino al revés, apresurando, como si ya me hubiera visto bien y me saludara o despidiera, o me quisiera decir algo. Un lanchón de pesca se cruzó, me la quitó de los ojos, y ya empezó esta cabeza mía a querer convencerse de lo que nunca se terminó de convencer: de que la vista me había engañado y de que esa mujer, aunque tanto se le asemejara, no podía ser Anica, encerrada en El Puerto y con la carta que me acababa de mandar. No sé yo si habrá algo que me haya enredado y hecho más mal en este mundo que aquél no saber, que no me dejó en años y lo fui ahogando como pude.

Mejor fue la bajada del río que la subida, aun con sus apuros y remolques, que no faltaron; zarpó en Sanlúcar detrás nuestra el grueso de la flota y, en saliendo de la barra, tiró para adentro de la bahía de Cádiz, donde ya empezaban a fondearse naves para invernar y hubo la flota de estarse nueve fechas, que fueron las primeras para hacer carga y el avituallamiento, tres días al aguardo de otras veinte naos que habían de juntársenos, y otros dos a dejar que amainase un levante muy fuerte, que vino poco a poco y se fue de golpe. Vientos conozco muchos, y con tantos caprichos, ninguno.

El último día de aguardar galeones, y como no habían ya de arribar en



la jornada, dieron licencia de bajar a tierra contando desde la salida hasta la puesta del sol, en unas chalupas de las que apresta la Armada Real para atender las flotas. Yo fui de los que saltaron, me tiraba Cádiz y quería aventar un poco el amargurón que me estaba comiendo, pues hasta se me había ocurrido volverme a Sevilla por encima de Dios Padre y echarme a buscar la mujer que había visto.

Entre la levantera, medio enrachada ya, pasé las murallas por la Puerta de la Mar, despedí a los que desembarcaron conmigo y, solo como siempre, salí a la Plaza orillando unas casas recién hechas, bien hermosas. A hora de las once, la Calle Nueva andaba llena de espadas negras y de gente de gran porte. Sin ser lo que ahora es, porque todo esto ha venido luego y de pronto, veía a Cádiz más crecido y distinto, o eso me pareció, y hasta lo que estaba igual lo encontraba como diferente.

Por la almadraba no quise llegarme. Las defensas de la Puerta de Tierra eran ya cosa acabada, menos el pedazo que va del rastrillo al Baluarte del Matadero, que ése lo ha hecho el señor gobernador de ahora, el cierre ese de muralla que le dicen el Salto del Cabrón y que, cuando no estaba, medio mundo colaba por ahí los contrabandos y ahora los pasan por alto, yo lo sé, y sé que los metedores no eran ni son pobretes con dos velas de mocos, sino señores y de mucho garbo.

Hombres y mujeres que los había dejado mozos y mocitas, andaban ya cargando criaturas, y vi también a Martinillo, el Tonto de los Galeones, muy avejentado y más puerco que antes. En la puerta de San Antonio estaba una tropilla con el regidor y trompeteros, y unos hombres bajaban de una carreta algo muy de verse, una columna gruesa toda en plata a cincel, que dos capitanes de naos se la habían traído de Méjico al Cristo, con un mariposero grande de plata de la misma. Me enteré de que seguían llegando gentes nuevas de Francia y la Armenia, de Génova más que nada, y, de las Españas, sevillanos, catalanes y vizcaínos, aparte de

los muchos que pasaban a embarcar, todo a cuenta de lo que iban medrando los negocios de Indias. No había más que ver los barcos en la mar, y aún decían que eso no era nada para lo que tenía que venir.

Había una marejada de frailes y de curas que no te quieras figurar, ellos también al arrimo del oro, o a pasar la mar a cristianar indios, y para Berbería a redimir cautivos. Tantos se contaron entonces que, oí decir, ni los grandes, ni siquiera el señor obispo, los miraban con tan buenos ojos como antes, pues medio Cádiz se había vuelto convento y venga a llegar hábitos, que ya hasta entre ellos se hacían la guerra: tanto hablar de hermanos y de que como Cristo nos enseña, pero a los de San Felipe no los dejaban asentarse y hasta hicieron los otros frailes que les echara las tropas a la calle el Alcalde Mayor.

En La Caleta habían ya demolido y sacado muchos de los paredones y las estatuas de los antiguos, y tengo para mí que lo único igualito que había en Cádiz, como lo está ahora, es ese árbol que dicen tan viejísimo, el que asoma por atrás de San Francisco, sin ramas por el tronco y con tantos brazos en lo alto, que parecen de hombres forzudos sosteniendo esos manojos de pinchos tiesos. El viento de Levante iba a más.

Pasada la hora de mediodía, y después de almorzar caro y malo, el hollín que me venía negreando las tripas, y por arrobos, vino a aumentarse cuando me topé, junto a la iglesia de Santiago, con un buhonero de Jaén que había parado conmigo en el caserón de La Madre Oscura. Ése era el sitio al que me estaba encaminando. Pero, en cuanto hablé con aquél, ya torcí el rumbo y ni quise acercarme al Pópulo, pues me contó que a la Madre la habían prendido y hecho juicio por culpas de hechicería y tratos con Satanás, y que la llevaron a hoguera allí donde cumple sus sentencias el Santo Tribunal, en la plazuela de la Cruz Verde, antes de llegar a las cererías.

El de Jaén fue a ver la quema, y yo, que al principio iba a callarle la

boca, anduve luego sintiendo que la mala sangre que me hervía en el pecho quería hartarse, llegar a más, y lo dejé despachar a gusto su pintura y meterse en todas las minucias: los humachos y hedores del asado; los vozarrones de la vieja, que hasta en la mar se debieron oír cuando la tocaron las llamas; el crucifijo amarrado a una pértiga, que le subía a la cara un inquisidor ladrando latines y mirando que la chamusquina no llegara a tostarle el Cristo; los ojos de la sentenciada, abiertos hasta el final y poniéndole los vellos de punta a medio mundo porque no era posible que fueran tan grandes y tan jóvenes, ardiendo con un resplandor que ni el de la hoguera y sin quitarle vista a los tres enmascarados que la cebaban. Esa mirada fija en ellos había hecho fama luego en todo Cádiz, me dijo el buhonero, pues si sonada fue la muerte de La Madre Oscura, más lo fue la de los verdugos que cumplieron su quemazón. Dos de ellos la acompañaron antes de pasar una semana, de un mal parálisis en su cama el primero, y el otro, sin saberse el porqué ni el cómo, apareció a prima noche por atrás de Santa María con la cabeza a cachos como botijo roto. Qué hubiera querido yo sino más tiempo, para tratar de no dejar sin su parte al que quedaba, aunque decían que no ponía un pie fuera de su casa. Ese querer y no poder me llevó más arriba el amargor.

Con el sol bajo, yéndome ya para tornar a bordo, vi un revuelo en la Puerta de Sevilla y, aunque había de tomar mi lancha por la de la Mar, a ella me acerqué entre el ventarrón. Acababan de entrar en arribada forzosa las dos primeras naos de un marqués de Brenes, que venían de Indias, y los hombres que ya estaban en tierra traían noticia de la pérdida de uno de los mejores galeones de él, *La Sonora*, por no darle carena en La Habana y ahorrarse ese gasto, conque sólo oí allí gemidos y lamentaciones. Hube de hacer noche en Cádiz, como todos los desembarcados, pues con el vendaval no era ya ni de pensar que las chalupas alcanzasen la flota en bahía. Me quedé en la Posada del Mesón,

y la mitad de la noche me anduvieron rondando la cabeza, con Anica por delante, lo de La Madre Oscura y todas aquellas quejas y sollozos a cuenta del galeón perdido, que también las tenían presentes cuantos de los nuestros llegaron a oírlas, y más las tuvieron muchos temerosos a la hora de zarpar.

Revistada la flota al decaer el viento, salió por delante la nao de aviso y una mañana fresca nos echamos por fin a la mar abierta hasta treinta y nueve velas contando las ocho reales de escolta, que iban de cabecera, más la del general y almirante, que era don Nicolás Fernández de Córdoba, todas para La Habana, a descargar allí las más, el *Santa Rosa* una de ellas, y repartirse unas pocas de registro por los puertos antillanos, Isla Española, Honduras, Veracruz y otros lugares. Sólo al dejar Cádiz conocí, y de casualidad, que era aquél un viaje bien raro, casi fuera de estación y al revés de los que se habían estado haciendo de antaño, pues no entran las flotas a La Habana sino que salen de ella para tomar el camino de vuelta, tanto las de la Nueva España como los galeones a Tierra Firme. Pregunté el porqué de ese descabalo y me dijeron que por ocasión de negocio y, más que nada, por necesidad de dineros.

De tanto escucharlo, me sabía yo que para hacer fortuna no eran las Indias ya lo que habían sido, pero que con buena suerte y un coraje en el pecho seguían dando de sí, y tornaban ricos de ellas muchos de los aventureros que salían de España según salí, con una mano atrás y otra alante. Hablábase de que no eran tiempos como los antiguos, de descubrir tierras y quedarse con éstas o aquéllas, sino de hacer caudales de otra guisa. Aunque también las mentaran a bordo, y anduviera en todas las bocas que El Olonés acababa de tomar una tal ciudad Maracaibo, las historias de piratas volvieron a no sonarme, pues, sin ir más lejos, bien estaba viendo yo la de velas que íbamos juntas, con artillería como para darle negrazo a quien fuera, y más me afiancé en eso cuando, a poco de

salir, nos saludamos en su ruta a Sevilla con los señores Doce Apóstoles, los más fuertes y gallardos galeones de la Andalucía, cada uno de los doce con el nombre de uno de esos santos y que llevaban veintitantos años pasando la mar con cargamentos ricos y armados hasta los dientes, sin que nadie hubiera podido llegarles por las malas.

Pero ya con los días, se fueron desbandando las naves de la flota, lo mismo tenías a ojo veinte que cinco, hinchados en pompa los velámenes, y empecé a darme cuenta de lo que son las aguas grandes, que aun sin marearme ni mucho zarandeo, me tiraban las primeras jornadas el aguachirle al suelo, el mongo aquel de habas y habichuelas sin aceite ni vinagre casi siempre, aunque siempre con su recado de gorgojos y gusanitos. Me hice a dormir en las hamaquillas del sollado o donde cayera, y a comer por cubierta en pandas de siete o de ocho, allí por el cabrestante y esos sitios que buenamente dejan los talleres de los carpinteros y los herreros, y las corraletas del ganado.

Nunca en mi vida he llegado a saberme ni a sentirme un hombre de las naves, pero con tanto tiempo por delante y sin don Pedros que me diesen plática, me aprendí por fuerza muchas cosas, desde lo primero, lo de babor y estribor y el barlovento y el sotavento, hasta lo que es la mar de leva, con ese oleaje gordo y feo pero sin copetes de espuma, o a arrizar velas en lo alto de la arboladura, que yo no sé cómo no me echaron más de un día al agua el viento y esos lonazos que te pegan la gavia o el velacho: la primera vez, si no es por dos buches de aguardiente que me metí en el cuerpo, es que yo ni me monto allá arriba, así me hubieran zurrado las espaldas.

Me hice mañoso en encapillar nudos, del ballestrinque al as de guía y al ahorcaperros, y acabé hasta cantineándome solo las cantilenas del ángelus y las que de toda la vida avisan las comidas con la campana, esa de

*Tabla, tabla,  
señor capitán y maestro  
y buena compañía,*

o la segunda para avivar a los tardíos, *¡tabla en buen hora, y el que no viniere que no coma!* Todo esto aparte componer toneles, fregar, zurcir, baldear, ensebar maderos, achicar aguas, alquitranar grietas, acarrear viveros a los calderos, y el rebusco y matanza de bichillos. De juegos, supe corriendo que a quien allí sacara naipes, dados o cosa que se le parecieren, le enlomaban a látigo quince besos de primeras dar, conque, para entretenerse y distraer el hambre, veías a los hombres hechos y derechos jugando al *a-la-una-anda-la-mula* o a las tabas, como los chiquillos chicos.

Iba gobernando el *Santa Rosa* un piloto de fama, Andrés Ismaeli de nombre, ya bien mayor pero muy vivaracho, aunque como mudo porque nunca hablaba con nadie. Se le sabía maestro en medir el aire y en saber ir por las calles más cortas, como dicen los navegantes, y tanta confianza le tenían desde el contramaestre hasta el último que, por ahí por lo del pilotaje, sí que no vi cuidados en ninguna cara. Con todo lo que pasó después, nunca llegué a saber cómo le iría a otras naos de la flota, pero el Ismaeli nos plantó en once días y sin sofocos en la isla de la Madera, que es de portugueses, y en otros dos y medio a repostar en las de Canarias, también porque soplaron los vientos alisios muy a molde. Y luego con los del oeste, ya enfilando a Indias y aun sin subirle bonetas a las velas, hubo muchas fechas de navegarse el galeón entre las cincuenta y las sesenta leguas, que ya es.

Cuando vinieron los días perrunos, de tres o cuatro no pasaron los peores, con malos aires de través y en seguida el viento de aquilón, aquel

frío de pronto, aguaceros grandes de tormenta y la mar revuelta como potro sin capar, toda en golpes anchos y negros rompiéndose con un ruido de telas rajadas. Pero, aun con lo que fue aquel temporal, me pareció pan con manteca al lado de las bailetas y angustiones sufridos en la galeota a Venecia, y eso que, en lo más bruto de la borrasca, a nadie vi seguro en sus piernas ni nada en su sitio, gavetas, barriles, botellas, todo saliéndose de su lugar y rodando por los suelos de una banda a otra del galeón igual que la gente, que era de ver la marinería pasando por encima de los caídos para asistir a los achocados. Entre las rachas de agua que mandaba la mar y las que mandaba el cielo, no había en el *Santa Rosa* madera ni persona en seco, y al segundo día de los más bravos hubo de tirarse el lastre, más doce odres de vino y cinco tinajas de aceite.

Mi hacer de vientre me lo estuve sujetando que me iba que me iba, hasta que ya no aguanté los retortijones y lo largué donde cayera, porque a los beques de proa, que era el sitio de soltar las cacas, no había un dios que llegase ni que, en llegando, lo dejara acucillarse aquel cuneo. Un cabezón emperrado en ir allí pasó las moradas; por dos veces estuvo a punto de llevárselo la mar, que ni lo dejó sosegar el culo en el boquete, y acabó sentándolo en lo que acababa de arriar, y se vino embarrado hasta las trancas.

Al otro día, a hora de comer y de un batacazo junto al mayor, quedó desnucado un gaviero gallego con mucha mar entre pecho y espalda. Tan malamente dio contra la borda que se le quedó el pescuezo así como al revés y era una impresión verlo, pero uno que sabía le tomó la cabeza entre las manos, pegó un tirón que dio un castañetazo y la cabeza volvió a su lugar: si no, se muere. Aquél del timonazo al gallego fue uno muy rezador y que hablaba muy florido, Lope Gutiérrez creo que se llamaba, y luego debió palmarla en lo de *La Garzona*. Era castellano de la parte de Castilla la Vieja pero viviendo en Cádiz de hacía mucho y muy dado a la

Virgen Galeona, así que, para virarle la cabeza al desnucado, se quitó un escapulario de la Galeona, se lo puso a él y luego dijo que por eso habían salido bien del trance y que, siendo yo gaditano, cómo no iba a saber que, en la quema grande, los ingleses habían arrastrado por las calles a la Galeona con una soga, aun siendo ella la que era, hasta dejarla tirada como a un perro muerto en un muladar, donde, por desagravio, le hicieron después su iglesia los frailes dominicos.

Vino detrás del temporal una mar falsuna, con mejor cara que buena condición, y volvió al tiempo a favor y luego cambió otra vez, aunque no ya a peligros: a pachorras. Calma chicha de no moverse un pelo, eso no era, sino que el viento andaba para donde debía pero corto de soplo y teniendo que pelear con unas corrientes tan fuertes que, aun con todas las velas tendidas, le ganaban por la mano y adelantaba muy poco, y en algún tramo hasta desandaba ese poco. Ya luego lo enmendó.

Según se iba llegando la hora de avistar tierra, y aun con todo lo que tenía oído, mucha cavilación inservible me bullía por adentro. Me figuraba que iba a hacer y acontecer en las Indias esto o lo otro, para volver a España con seis talegos de doblones de oro o, si no, verme en el Nuevo Mundo de buen encomendado como dicen, y mandar por Anica o ir a buscarla para que fuese dueña de lo mío y yo de su persona, pues qué será lo que no arreglen los dineros en este puerco mundo, bachiller, hijo.

Esa misma fatiga por medrar acabó empujándome a interrogarle de ganancias indianas a cuanto hombre se me ponía a tiro, porque, con todos sus saberes, ni el Gutiérrez ni el gallego de la cabeza en su sitio sabían de eso gran cosa. Pero como los más a que pregunté también resultó ser gente de misa y golpes de pecho, no hubo quien acabara de quedarse con la intención de mis demandas, que ni yo me daba cuenta eran las de hacer dinero aun robando y matando. Dieron así algunos en mofarse de mí y de mis pejugueras, conque, sin pensar en el Moreno ni alzar una mano,



llegué a malas caras y palabras con uno de los burlones, un sanluqueño socarrón, hasta hacer correr en lenguas el respeto que convenía tenerme.

Con todo y con eso, yo seguía en iguales ansias y, estando una mañana zurciendo, de tanto mirar hasta creí ver costa, y era lo que la marinería llama un banco de bruma.

Dos o tres días antes de tomar puerto, un alférez se murió de alferecía y al momento. Ni vi cómo pasó ni llegué a echarle un ojo, aunque me chocó que el mal que lo había matado se ajustara tantito al nombre del oficio que le había dado de comer. Así de ligera fue esa muerte que ni tiempo tuvo de atenderla un fray Ambrosio, de los Agonizantes de San Camilo, pasajero del galeón desde Canarias.

El grito de «¡tierra!», alargado por los vigías desde las cofas, me cogió de sorpresa una tarde en que, sin otra cosa que hacer y teniendo muy llenos mis dos hermanillos, les estaba dando alivio con el placer de mano, que me lo cortaron en seco esas voces. Me acodé en proa, me quedé mirando aquella raya oscura y ya andaba yo queriendo leer en ella las muchas cosas que me barruntaba habían de ocurrirme en las Indias.

En La Habana entramos con bien, contentos todos por rendir viaje, vitoreando al piloto Ismaeli y paseándolo en volandas muy contra su voluntad, porque, como primeros en llegar, tenían que darnos el dinero de las albricias sobre el del salario. Ya estaba yo en mis glorias entre aquel meneo tan grande de barcos cuando, a poco de anclar, llegó al *Santa Rosa* un esquife con dos caballeros muy graves y carilargos, que subieron a bordo y se encerraron de labia dos horas largas con el capitán, el maestre y el piloto. Fuéronse luego tan varapalos como habían venido, y ya extrañó que se llevasen, bien aprisa y con todos sus bártulos, a un señor que pasaba con muy honroso cargo de Sevilla a Puerto Carey, con dos esclavos, su mujer y sus dos hijas, las únicas hembras de a bordo, que no se habían hecho ver en toda la travesía y que tampoco tenían mucho que

ver.

Al cabo de un rato, juntó el contraмаestre en cubierta a toda la tripulación y nos dijo así por las buenas que, sin dar carena ni bajar a tierra, habíamos de seguir camino, por precisiones del comercio, hasta Puerto Campeche, lo que podían ser otras dos semanas de mar.

—Se doblaría en ellas la paga —concluyó el contraмаestre—, pero aquí no hay quien abandone, ni espero que haya que castigar a nadie. Ahora: el que se queje o se la busque, será porque la está pidiendo y sí que va a tenerla.

Por lo visto, contra lo que debía de pasar y esperaban los arriesgados fletadores, el mercado habanero se estaba cayendo de mercancías, sin que hubiese allí modo de vender un alfiler, bien ni mal vendido. Pero había llegado el aviso de un Lara, capitán general del Yucatán y metido también en dineros de embarques, dando cuenta de que, para aliviar el chasco y andando aprisita, la ropa y demás carga que llevasen las primeras naos de la flota al aguardo podrían hallar buena salida en aquella plaza de Campeche si ayudaban la suerte y los vientos.

Mirábamos el puerto de La Habana, y el gallego nos dijo que los mandos habían de tener razón, por el bullicio y multitud que desde el *Santa Rosa* vislumbrábamos en toda la marina y los muelles, al pie de tanta buena y airosa casa con los balcones cayendo a la mar. Y es que, cuando hay bienes en venta, se desgaja a La Habana la gente de muchos lugares y ni se puede andar por las calles ni, a pesar de la bulla, dejan provecho las mercaderías si hay muchas por colocar, aparte lo que mete el contrabando por esos puertos antillanos, que vienen a ser tres de cada cinco bultos que entran.

A mí, y trayéndome tan sin cuidado caer aquí o allá, no eché de menos, mirando La Habana, más que no poder andar en busca de una de aquellas achocolatadas descalcillas que veía pulular al lejos por los

embarcaderos y a la vera de las murallas, entre escuadrones de soldados y mucha calesa de mulas. Luego me estuve fijando en el armamento y gran porte de los tres castillos del lugar, dos a la mar y tan a plomo que ni gatos pueden subir a ellos, y el tercero allá atrás en lo alto de un monte, encima de las casas.

—Mira, Rubio —me dijo el gallego al verme tan embebido—, que es que aquí, en La Habana, habitan entre quince y veinte mil gentes sin las que vienen y van, y dos veces en el año se juntan hasta veinticinco y treinta, a las salidas de las flotas, ya lo sabes.

Lo que no sabía nadie era cuándo íbamos a zarpar y estaba yendo a más con eso un malhumor grande entre los hombres, menos en unos pocos, que nos lo tomábamos a la pata la llana; haber buen viento para salir, lo había.

Toda aquella tarde seguí en compañía del gallego y de Gutiérrez, que eran también de los más conformes, hablando de muchas cosas. Se vino el palique a ese primer viaje que en la mar grande me había tocado y pasé a referirles el de Venecia, travesía que causó asombro a Gutiérrez, pero no la de la vuelta a España, aún con aquellas soñarreras mías, sino la de ida. Se le hacía raro a él que, para viaje largo, la Corona hubiese mandado a un señor embajador en una galeota y sin otras naves de escolta. Le contesté, porque así lo había oído, que el suelto andar de esa embarcación y el llevar precisamente a quien llevaba eran cosas de ventaja, como lo fueron, dejando aparte la contra de los turcos, pues no iban a ser todo tortas y pan pintado, y el que no se arriesga, no pasa la mar.

Así lo entendió el hombre y, por lo de la galeota, anduvo luego el gallego acordándose de catorce meses que padeció de mozo al remo en las gurapas, a cuenta de firmar un papel renegando un mandato del Rey, y de cómo fue abordada su galera por una nao de moros, a la altura de la ciudad de Almería y en ocasión que nunca iba a despintársele.

—Sucedió el mismo año —nos dijo— en que la real de la Armada, yendo en ella el duque de Aguilar, erró camino el mes de abril en el paso de Gibraltar, por mano de su piloto y por la gran oscuridad que en esa boca del Estrecho mete el viento de Levante. De modo que la nave real fue a parar a la ensenada de Tetuán, donde acabaron saqueándola los moros. Antes de que eso sucediese, el piloto, que era de los más bravos de la Armada, pudo huir con el duque y toda la tripulación a la fortaleza española de Ceuta, pero fue luego tan perseguido y acusado por su tropiezo, sin que nadie sacase cara por él, que acabó sus días tirándose en Cádiz a un aljibe. Pues al mes o dos de esos sucesos —siguió el gallego contándonos— tuve mi desgracia en galeras, que con el asalto a la mía fui cautivo en Túnez y me sacaron al poco tiempo los frailes de la Merced. He olvidado los dos años de cautiverio, pero aquellos momentos del abordaje, ésta es la hora en que los tengo presentes. Iba también al remo, de tercerol en la crujía, un Luis de Medina con el que me llevaba bien, y lo habían pasado aquel día del último banco al quinto cuando los moros nos entraron al espolón. Hubo un golpazo y sonó un chillerío quejoso de la entabladura al abrirse, como dicen en mi tierra que se escucha cuando cantan los muertos, y allí por la crujía se nos entraba a los galeotes ese espolón, despacio pero seguido, un pico ancho de pajarraco que arrancó del banco al Medina hasta con la cadena, se lo llevó por el aire pataleando y lo ensartó a una tablazón delante de mi nariz, que me libré por cuatro palmos y su sangre me saltó a la cara y roció a todos los de cerca.

Por estas historias del gallego entendí la suerte que venía yo teniendo con la mar, tan malina como era para muchos. Como se hablaba de galeras, tendí la vista por el puerto habanero y me extrañó no ver ni una entre tanta nave, cosa que le hice notar al gallego. Me dijo entonces que en todas las Indias no hay galeras, ni turcos ni berberiscos, lo que me

chocó tanto que entonces no me lo creí.

Despachamos la noche con hambre grande, pues se habían terminado los víveres de a bordo y fueron bien pocos unos arenques mal curadillos que de tierra mandaron a remediarnos. Por la mañana, trajeron provisiones frescas para hacernos a la vela de nuevo, y diez toneles de agua dulce con un gusto como a hierro mohoso.

Almacenados estos bastimentos, levamos anclas con la marea alta, bien pasado el mediodía, y, apenas dejar puerto, vimos al lejos la bandera de tope de la capitana de la flota, tal como si saliese de debajo de la mar, y luego ya aparecieron su velamen y su casco, y otras nueve naos de las nuestras, que venían bordeando y buscando el arrimo de La Habana.

Según te hablé, bachiller, yo me había echado a la espalda lo de seguir para Puerto Campeche, pues también era las Indias y, estando en ellas, tanto me daba blanco que tinto. Cuatro días navegamos de bolina, ciñendo y cabeceando con mucho bordo y repiquete, que me agriaban el gañote subiéndome las comidas, pero sin llegar a sacármelas para afuera. Más que en todo el paso de la mar, me afligió, no sé por qué, el zozobron de si sería o no Anica la que vi en el río de Sevilla y, al hilo de su memoria, también le dio muchos ratos por venírseme a la cabeza El Honrado, con la historia del hijo que perdió y aquella fijación de curiosear manos derechas por si daba con él.

Los días eran iguales, con vientos calientes; por las noches, me distraían los brillos raros de aquella mar con tanta estrella y ramajo y bicho, y unas aguamalas con rabos muy largos y como una luz endebлучa por adentro, que también la tienen algunos peces y bichos de esas aguas. Cómo me iba a figurar, cuando me acosté a la quinta noche, lo que me esperaba al otro día, y a todos los del *Santa Rosa*. A todos. A quienes pudieron contarle y a quienes no.

Andaba yo bien dormido y oí vocear a un hombre en cubierta, y luego

a dos o tres, muy descompuestos. No había empezado a despejarme y ya corrían otros para arriba, y un trueno como de tablonazos juntos retumbó por la mar. Me calcé a toda bulla y, poniendo mano al Moreno, subí a cubierta y aligeré a proa porque allá iban muchos a mirar, mientras la campana rompía en una alerta que en seguida pasó a toque de rebato.

Al costado de estribor, muy lejos, empezaba a clarear; lo demás era noche. El galeón caminaba aproado al oleaje y allí enfrente del bauprés, como entresaliendo de lo oscuro, un barco reforzado y sin luces se nos echaba encima de vuelta encontrada, a favor del viento de noroeste.

Aún nos ganó una cuarta a barlovento. Vi a mi alrededor correr los hombres a manos vacías para el pañol de la santabárbara, y a los que de él volvían en armas, y estaban los artilleros medio dormidos yendo ya a los cañones, cuando en la otra nave relumbró una segunda andanada de lo grueso, que tiraba a desarbolar. Y atinó. Por Cristo Santo que atinó.

Pillados de sorpresa y embobados, de acá para allá y sin poder atender ni aun escuchar las desconcertadas voces de mando, fue el crujir del palo mayor lo que levantó a una las cabezas. Se tronchaba por encima de la gavia y lo vi doblarse y arrastrar las velas altas del trinquete que, junto con las suyas, cayeron a la mar como mortajas. Dos a la carrera me empujaron sin verme, las caras en angustia; se me subió a la boca el gusto a sangre. Rebrincaba el *Santa Rosa*, falto de viento arriba, y se le fue yendo el andar, y la fijeza de rumbo como para asestar su artillería. Tampoco dio lugar a que todos se apercibieran de eso, digo yo, porque con el parón vino a ras de cubierta una tercera andanada, ya de armas de mano, y al que le tocó, le tocó; muchos quedaron descalabrados, y tiesos no pocos, y de ésa me escurrí, aunque la suerte no iba a durarme tanto. Entre la batahola de cubierta se alzó y cayó una voz, la del contra maestre: —¡... lo que se pueda y...!

Eso fue todo lo que le escuché. Después de aquella voz, ni de

momento se movía nadie ni oí más que el quejarse de los caídos y el batir de la mar en las rodas. Qué callazón, hijo. Tan cerca estaba la otra nao que ese golpe de las oleadas más lo escuchaba en ella que en la nuestra. Ya a menos de un tiro de mosquete, se nos entraba y nada hacíamos, y aquella gente también andaba callada y quieta.

Entonces, bachiller, fue cuando vi lo que hasta ese punto y hora me había sonado a tararas de parlanchín y a patrañas lindas para zagales. Vi la planta y las maneras de los Hermanos de la Costa metidos en faena, los racimos de andrajosos agarrados a los obenques, con las melenas rebosándoles de los pañuelos a la jamaicana o de sombrerones nunca vistos, y lo de clavar entre los dientes para dejarles libres las manos al fuego y al sable, ya un pie en el aire para el salto. Vi las hachillas de abordaje, los rezones ensogados, listos para abarloar, y, sobre un tahalí en el pecho desnudo de un larguirucho adelantado a todos, un banderón negruzco medio colgándole de los hombros. Y mira: quitando ese banderón que no estaba en su sitio, y quitando que nunca ves nadita tal como antes te lo pintaran, todo venía a ser lo de las estampas de los cartelones y los cuentos de los charlatanes. Hasta lo de algún pendiente en alguna oreja: lo mismo, pero allí. Allí.

Volaron los garfios y ya anduvo todo muy aprisa, se cruzaban los primeros pistoletazos y me ensordeció el clamor del choque borda con borda, ahogando una descarga de los mosquetes. Desataban los asaltantes un griterío como de bestias y entrevi a un hombre brincar desde lo alto encima mía. Levanté la mano a bulto para ensartarlo en el Moreno, pero no hice carne, me derrumbó en cubierta el peso de su cuerpo y me estaba queriendo poner en pie cuando un resplandor volvió a echarme boca abajo y me apagó el mundo; lo último que vi fue mi brazo derecho por el suelo y con la mano abierta, como tapando o protegiendo el cuchillo contra la tablazón.

No sé cuánto tiempo estuve así, al despabilarme un algo, noté que seguía donde había caído, en igual postura y sin el Moreno. Un ajeteo de pies descalzos iba y venía en torno a mi cabeza, que era una olla de punzadas, y, como manando de la frente, algo templado y pegajoso no me dejaba abrir el ojo izquierdo. Hice por tomarme con calma el pensamiento de que iba a morir o le faltaba poco. Alguien gimoteaba por allí cerca, pero no llegué a verlo ni a saber quién era.

A mí, bachiller, me ha pasado en ocasiones, y en los momentos más perros, fijarme en cualquier niñería, entretenerme con ella y como salirme un poco del agobio con esa tontuna. Aquella vez, ya empezaba a volverme de costado para ver de levantarme y meterme en pelea, pero me paró el paso de un pájaro de la mar, que lo vi por entre las jarcias y el humerío de la pólvora. Volaba alto y tranquilo, a lo suyo, buscándose la vida que yo estaba a pique de perder. No sé cómo me trabajaría los adentros aquella cosa blanca que se iba, pero al verla pasar me dije que, si no me había muerto, no iba a seguir haciendo por morirme, y eso me aflojó la fuerza rabiosa que, aún desbaratado y en el suelo, me hervía por las carnes. Quedé sin moverme, con la cabeza hecha acerico de alfilerazos y los ojos cerrados. No los abrí al colocarme alguien una mano encima del corazón ni cuando, a seguido, me cargaron entre dos por brazos y piernas, me llevaron hasta la borda y, levantándome sobre ella, me dejaron caer como un saco, pero no a la mar, sino a la cubierta del otro barco, donde, entre mi acabamiento y aquella nueva calabazada, volví a perder el sentido.

Empecé a recobrarlo porque me arrastraban por los pies. Luego sentí cómo, sosteniéndome alguien la cabeza entre sus rodillas como avellana en partenueces, me la escocían con algo de mucho doler, me la entrapaban con un cacho de lienzo rasposo y un cordel, y me limpiaban la sangre de la cara a refregones brutos con una estopa, que la supe mojada



en agua de mar al tropezaría la punta de mi lengua. Se me ocurrió que ese sabor de la mar fue el primero y también iba a ser el último que probara Juan Cantueso, y seguía resistiéndome a abrir los ojos, no fueran a acabar conmigo a pesar de todo aquel lavoteo. En esto, el que me curaba se retiró de un golpe, di otra vez en el suelo y me estuve boca arriba, respirando a pecho lleno para que me supiesen morituri pero en resuello, y se les afianzara la compasión.

Al entreabrir un poco los párpados, vi sentado en cubierta junto a mí, con las piernas cruzadas y mirándome, un hombrecillo enteramente semejante a un mono de los de Berbería. Otro me contemplaba junto a él, uno muy alto y flaco, que se alejó cuando abrí los ojos. No podía yo saber que ese hombre era Amaro Bonfim, del que tampoco había oído hablar en mi puta vida, pero reconocí en él al que encabezaba el abordaje con el banderón negro por el pecho.

Apenas verme en mis sentidos, El Mono me tomó una mano, puso en ella un mendrugo y me la apretó con él dentro, lo que tuve por no mala señal. Volví a cerrar los ojos, me llevé a la boca el zoquete y empecé a chuperretarlo como una criatura la teta. A nuestro alrededor, seguía el trajín de hombres y pude entrever a dos jayanes medio en cueros, llevando a hombros uno de los fardos de ropa embarcados en el *Santa Rosa*. Se fue El Mono a poco, tornó con una frasquilla de aguardiente de palma y me la empujó a los labios empinándola bien, porque no quedaba ya en ella más que un fondo. Tomé aquel ardoroso biberón de igual guisa, sin mover ceja ni pestaña, oí al hombrecito reírse a carcajadas, pobrete, y a mí, que hasta tenía pensado hacer pucheros para dar más lástima, terminaron escapándoseme sin querer dos risotadas cortas, pero de las fuertes, porque mi comedia ya no daba de sí. Tiré por un camino de en medio y, rindiéndome también mi agotamiento, me ladeé, escondí la cabeza entre los brazos y me dormí enroscado como un perro.

Un pie me despertó, zarandeándome las costillas. Era de noche, así que había echado el día durmiendo. Sentí todas las carnes en apaleo, la achocadura me volvía a abrasar y a doler, y otra vez estaban contemplándome El Mono y el larguirucho de la bandera, junto a un negro que los alumbraba con una tea de sebo y que era quien me removía con el pie. Recibí del Mono otro mendrugo, pobre de él, y me puse en pie masticándolo y tentándome los vendajes. El largo me remiraba la cara y la cabeza.

Rozó con un dedo mis mechones de pelo que por entre los trapos salían, como si lo desconcertara un poco su color rubio.

—Español —dijo. No lo preguntó.

Se lo confirmé con la cabeza y lo estuve mirando a la luz de la tea. Aunque no soy menguado de cuerpo, tenía que levantar la cara para verle la suya. Pero, con todo aquel corpachón, el hombre andaba, y andará, más flaco que Periquillo Sarmiento, que fue a cagar y se lo llevó el viento, según dicen. Me llamaron la atención los ojos, tan claros como los de esos albinos con todos los pelos blancos, o esos ojos de algunos ciegos que no lo parecen. Un chirlo le hundía una mejilla por arriba y se la pellizcaba por abajo; supe luego que esa cicatriz es de un tiro de rebote, ya sin fuerza, que le agujereó el carrillo, y él se encontró con la bala en la boca y la escupió.

Así, con aquella reunión sin parla y aquella noche en *La Garzona*, fue como entré en la cofradía de Bonfim el Portugués, y los últimos días de navegar a Puerto Campeche, que nunca llegué a verlo, se me volvieron años comiendo de su pan en tierra y por la mar: esto es el mundo, hijo, y quien lo entienda como una cosa fija, que reviente.

Casi un mes tardó en cerrarse el trasquilón que me abrieron en aquel

asalto. Pero en seguida vi que ese embarque podía servir ligero para sacar buena tajada o irme al otro mundo, las dos cosas únicas que mi cabeza esperaba de las Indias.

Por la borda ya habían echado esa tarde, a pelo pero con sus avemarias, unos dieciséis difuntos en el cañoneo y abordaje del *Santa Rosa*, ¡Dios los haya perdonado!, con su capitán y maestre por delante, más tres de Bonfim que también la hincaron. Y a cincuentiuno que quedaron con vida, entre ellos el piloto Ismaeli y el gallego, se les desembarcó a poco en tierra, que no caía lejos, sobre un playón vacío con comida y agua que les durasen como una semana, pues no era gente para malandanzas y Amaro Bonfim no trafica esclavos, ni rescates que no sean de muchos talegos. Allí se quedaron sin saber, por cuidado de él y de su gente, ni el nombre de su salteador ni el de *La Garzona*, que además no lleva letrero en ningún sitio, ni deja Amaro que otros pongan un pie a bordo de ella. Nada más que yo, un mulato, un mestizo y un Setián que había sido capitán en Flandes, y luego fue compadre mío, juramos delante de Bonfim, navegando para Mosquilla, el compromiso y ley de los Hermanos. Va en habla francesa, tú lo sabrás, pero El Mono nos lo enseñó a la española:

—Cadena de oro o pierna de palo, venga lo que venga contigo estamos.

Y después de jurar con la mano encima de la Biblia y del vaso de ron, El Mono me dio el Moreno, que lo había recogido él. Pobre.

A dos jornadas del asalto desembarcamos el sobrante de hombres, y en otras tres, ya casi sin perder la costa de vista, *La Garzona* arribó con el galeón destroncado al que, por siete u ocho años, iba a ser cobijo de este vagamundo y era ya el de muchos.

Lo de haberle puesto a ese lugar Mosquilla, digo yo que sería por tantísimo mosquito. Nada más que a Bonfim le daba algunas veces el

antojo de decirle La Farola, cuando allí ni una farola hay ni cosa que se le parezca. Pero él es muy dueño de decírselo, porque aquello era suyo, de nadie más. Y aún ha de seguir siéndolo.

Nunca llegué a enterarme del todo por dónde cae ese asentadero de tan grande apaño. Por la Nueva España y más allá del Cabo del Buen Tiempo, eso sí, cerca del Río de las Yeguas. Como por la mar de Méjico y la de Honduras. No tiene de malo más que los mosquitos y la entrada, perra y estrecha, uh, que los dos pilotos de Bonfim siempre andan de cabeza con ella y con la canal, pues por allí no pasas si no es en la horita misma de la marea llena a todo llenar. Y si, aun estándolo, te hacen alguna jechuría aquellos vientos, ea, igual te atrancas y adiós barco, que a más, y en saltando marejada, has de virar ligero y en aguas cortas.

Pero con todo eso y que no se ve desde la mar ni aquellos bajos son de provecho o de paso, porque corren meses sin avistarse una vela, y con la manera de trabajarse las cosas Amaro Bonfim, pues allí llevaba él cuatro años. Para la vida de asalto, mucho tiempo en el mismo sitio. Y luego, el tiempo que yo estuve: y que me fui dejándolo todo al seguro, como para los restos, tan escondida y apartada anda Mosquilla por el lado de la mar. Y todavía más lo está de las plazas y fuertes de la tierra adentro, con aquellas arboledas de por medio largas y cerradas hasta para muchos bichos, no te figuras lo que es, y ciénagas malas por todas partes. Así que por allí nunca vi a más gente que la que estaba y a los poquitos que fue arrimando luego *La Garzona*, y a los indios del lugar, ni ellos habían visto a más cristianos que nosotros.

Es así. Y, que yo sepa, de los contados que dejaron Mosquilla o nos fuimos yendo, ni uno dijo después «Allí está aquello». Si a más no viene porque, quitando al patrón y a los pilotos, tampoco habrían sabido volver o llevar a nadie. Con buenas intenciones ni con malas. Pues, según te hablé, mirando para Mosquilla desde la mar, tú no ves nada. Ves lo de

días y días de costear, los peñones seguidos con las selvas bravas arriba y una playa de un cuarto de legua, como cualquier otra. Sin nada señalado, ni un mal agarradero para el ojo, y sin que tanto escollo y bajío, llegues por donde llegues, te dejen arrimarte en toda esa costa, yendo al largo, como para distinguir en la calina un algo diferente. Y menos, esa entradita o el paso de la canal: ¡cuándo y cómo daría Amaro con aquello, cojones!... La primera vez, luego de estar al paio *La Garzona* esperando la pleamar, timoneó el piloto para allá y yo me pensé que estaba borracho o que había perdido la cabeza y hacía por estrellarnos. Pero después de eso y del mal rato de la entrada, que entonces te malhumora hasta el chillerío de los macacos y los pájaros, porque es que ves las vergas pasar rozando los farallones y los árboles, ya te metes en aquella ensenada chica, redonda y sin oleaje, de agua clara y verdosa casi todos los días, mientras que la mar abierta siempre está medio color canela.

El fondeadero y los refugios caen a mano derecha, tampoco se ven desde la mar, y se ancla a sesenta brazas de fondo. Sesenta brazas allí dentro, ¿sabes?, a la vera misma de los refugios: con esa hondura de agua abajo pero tan cerca de ellos que, al de la parte de acá, lo puedes alcanzar desde el barco con una guindaleza. Dejas *La Garzona* y en unos golpes de remo ya estás en aquellas lajillas a plomo, negras y lisas, con su escaleta de pedruscos y troncos torcidos que sube a los refugios: los tres chatones para los hombres y el más grande, el de los aparejos y las vituallas, así vuelto de medio lado. No hay allí más techos que esos cuatro, por atrás de donde empieza la playa, y ya al final de ella están los chozones de los indios, regados como aduar de moros y medio confundidos en los árboles y en los arenales, a la vista de la mar abierta.

Vieras el lugar... Cosa más a trasmano, ¿dónde?... Y, en cuanto pisas selva ya no, pero en Mosquilla misma todo es bueno, el agua y todo, aparte la calor y dos bichas, negrita una a rayas coloradas, que es raro ver

a esa sierpe pero que si te muerde ni Dios te salva, y unas arañas de la mar bien malinas, y las niguas y mosquitos que te dije, chicos como la punta de una aguja. Ésos no se crían más que por aquella parte y son el tormento de los tormentos, se te meten también por adentro de las carnes y contra ellos no hay más que la puesta de sol o cualquier viento, que por ligero que sea se los lleva, y un aceitacho que hacen los indios y has de untártelo con sus zurrapas hasta por el ombligo. La Tonalzin. Fue la Tonalzin quien me enseñó a mí a aguantarlo y ella misma me puso muchas veces esa pringue. Ella. Antes y después de casarse esa india, que ya me la tenía yo amancebadilla cuando se casó, y el marido no dejó por eso de estar a bien con los dos. A sabiendas de que seguíamos encamándonos.

Pero ahora, hijo, igual que no estoy haciendo más que echarte mis cosas por alante desde que me viniste con esos papeles, pues ahora, si me das licencia, voy a ponerme yo atrás y a hablarte de él. Del patrón. Es de mi gusto el pintártelo y, si a más no viene, va a ser del tuyo el escucharme. Tanto tiempo... Tanto tiempo viendo a Amaro Bonfim y no lo llegué a entender de lleno, cuando uno es de los que calan a la gente. Ni él se entendía en todo, creo yo. Y hombre con más sal en el meollo, a ver cuál. Pero... Un día me dijo El Mono, desdichado de él, que le parecía un santo al revés. Con las cosas de los santos, pero descaminadas. Y El Mono lo ensalzaba siempre y era su contraamaestre y brazo derecho, y el que corría al cargo de vender las naos apresadas, que luego estuvo en eso una señorona de Puerto Velo, yo no la vi más que una vez y de lejos, y escondían las naos no sé adónde y las repintaban y aliñaban y no había quien las conociera. El Mono... Para mí que, aunque no me lo dijo por no hacerme deberle el favor, él fue quien me quitó de encima a la de blanco, paró las manos que ya iban a acabar conmigo en lo del *Santa Rosa*. Infeliz. Y qué buen contraamaestre, cómo se echaba por delante de los

hombres en los asaltos, y lo llevaba todo derecho, y entendía de escoger los botines y repartirlos, aparte ser también maestro de velamen, el artista, como les dicen por allí a los de ese menester. Era de la isla Martinica, con padre de España y madre entre salvajina y francesa. Se murió de allí a tres años y ahogado, Dios lo tenga en gloria, pero no de la mar ni con el lazo de esparto, sino en Mosquilla y de un garrotillo atravesado, que no hubo forma de sacárselo de las tragaderas: todavía me llegan sus últimos ahogos y jipidos, y el pestazo a chicharrón quemado de los cauterios que le puso un Pedro de Burgos por ver de sanarlo. Nada. Se apagó como una vela y desvariando. Pero que no se me tuerza el rumbo, hijo. Porque de quien yo quería hablarte es del patrón.

Mira: Bonfim el Portugués, ya he visto que no te suena. Ni me sonaba a mí. Porque él no anduvo ni anda los pasos de otros caballeros de fortuna más mentados, no es un Olonés, ni un Roc el Brasiliano, muchacho, ni un don Enrique de Morgan, que a don Enrique yo lo conocí y dicen que anda ahora de gobernador y persiguiendo a la que fue su gente. No, no: el Portugués todo lo hacía y lo hace a su aire, sin sujetarse a nada ni a nadie. La guerra por su cuenta, que él aparta sus correrías de las de los otros y no va por todo como ellos, aunque tiene y da más que muchos. Sin tufos de fama y sin querer llevarse siempre el oro y el moro, sino pendiente de su Mosquilla y de ir durando, así le iba bien mientras yo estuve con él, y así le debe ir yendo. No tomó Panamás ni Maracaibos, no va a retirarlo ricachón un solo asalto de mar, como a Pierre el Francés, y ni en pagarle sus mangas a virreyes y a gobernadores se movía Amaro Bonfim como los otros, que también es muy suyo en el cumplir. Tampoco anda cambiando de barco, aunque sea para ganar. En los años de estarle yo al lado, aparte el *Santa Rosa* y aquella *Princesa* que abandonamos, hasta tres naves apresó, dos de ellas carenadas y todo. Pero, siéndole alguna de más arreglo y aun mejores de vela y barlovento, él no dejó esa *Garzona*

que le mercó a ingleses cerca de Puerto Velo quién sabe con qué dineros, muy balumbosa pero velera como ella sola y para tripulación de setenta a ochenta bocas, la cañonería nueva: los diez de ocho libras y los dos de doce. Que sí: que quitando las velas, todo en *La Garzona* tenía pocos años. Y Bonfim la hace purificar con hogueras mes por mes y, cuando no estaba la nao en Mosquita, se la ahumábamos hasta el último rincón con un rebujo de pólvora, vinagre y agua.

También de pilotos llegué y me fui con los mismitos: un Rovigo y un judío Marques, buenos en todo lo de su oficio y, en lo que más, en aquellas habilidades para entrar y salir por las apreturas del paso a Mosquilla. Ahora: ni pilotos ni sanpilotos: lo que es barruntarse la mar y sus cambios y sus mañas, nadie como Amaro Bonfim. Imposible. Igual que si lo hubieran engendrado y parido entre un pescado y un pájaro petrel de las tempestades, te lo digo yo.

Y, en lo de trabajar, no equivocó el patrón golpe ni gente, fuera de la vez que se metió con don Enrique, ni perdía los estribos más que con los de Holanda. Con éstos sí, con éstos se le oscurecían hasta aquellos ojos casi blancos. Y aunque los de Portugal nos andaban aún de contra, ese portugués no aborrece el nombre de España ni el de Su Majestad, yo lo sé, y sus presas vienen a ser mayormente españolas, como las de todos. Pero sin ese entripado y ese odio que le tiene a lo de aquí la filibustería entera, a flote en esa mar de las Antillas. Por no andar en el aborrecimiento a España, llegó a tener Amaro sus malquerencias con capitanes y almirantes en Jamaica y en la Tortuga, que en esa isla acabó por no tocar, y por decir no tiene de bueno más que el bucán de sus bucaneros; tú no has de haberlo comido, es como bacalao sequerón de buen mascar pero de toro o de vaca, y va ahumado y aquí en España no se hace. Ni se parece tanto al tasajo ni a la cecina.

Lo que es mandar, sí, el Portugués manda como el primero. Fuerte.



Pero sin apabullar. Como si no le gustara el mando. Tanto es así que a mí, que nunca tragué mandos, no me pesó el suyo. No tenía él más que disponer y ya estaban los hombres muy militares y conformes, porque les pedía su parecer muchas veces y aun en el mandar te daba un sitio. Y porque se las cavilaba bien. De ocasiones de asaltos en la mar, Amaro Bonfim sabe tanto o más que las gentes de las islas y había cogido de ellas lo cabal: el entrar de sorpresa y el arte de meterle al enemigo el pánico en los riñones, con esas caras trastornadas y esa algarabía que armábamos y el alardeo de los pingajos y de la muerte buscada de veras, sin arredrarse, y el banderón oscuro no allá arriba en el penol de la cangreja, sino encima de sus carnes... Y él tenía puestos espías de confianza en Jamaica y las islas, y en Puerto Carey y otros lugares de la Tierra Firme y de la Nueva España, y se las arreglaba para saber de ellos y de sus noticias. Cauteloso. Se medía muy mucho el entrarle a las plazas en tierra y no le entraba a las más grandes, que era lo de don Enrique porque en ellas están los bienes gordos. No es el hacer de Bonfim el Portugués como de león sino de zorro, a gallina segura, con lo que salí a bien y sin más atosigamiento que el pelear a ciegas cuando sonaba la hora, sabiendo que en esos entreveros no te queda más que dorarte la pelleja o que te la arranquen.

Y tampoco iba con Amaro, rigiendo él en tanta gente, eso de pan para hoy, hambre para mañana. Estaba en todo lo de todos, menos en lo que era de cada uno, que ahí no se metía. Astuto. Nunca faltó en Mosquilla qué comer, cayeran presas o no; dos almacenes tiene al lado el refugio grande, el de los aparejos, con buenas fanegas de grano y de legumbres, y costales de harina de trigo y de maíz, muy al seco todo. Y tasajo salado, y dos corraletas para vacas y puercos, que se mataba cada tres semanas cuando no estaba el barco en la mar. En esas corraletas, me acuerdo, se ve malamente a pleno día, y el solazo te lastima los ojos por entre las

rendijas estrechas de la tablazón, pues hubieron de enrejarse y techarse, estando ya yo en Mosquilla. Nos fue cosa trabajosa, pero no hubo más remedio porque, en cuanto no veían a nadie cerca de las corraletas, bajaban los monos puñeteros de las arboledas y los helechos grandes, allí junto, y se comían el pienso del ganado. Una vez se llevaron hasta un saco chico de maíz, y nos llamaba la atención no le tocaran a los sembrados de cazabe, que es de lo que allí en Indias se hace el pan no habiendo panadería.

Y Amaro se fue dando cuenta de que yo le entendía esas sus maneras de ser y llegó a tenerme, sin serlo, como a uno de los de su camarilla, Juan esto, Juan lo otro, y mucho se sirvió de mi buena memoria. Nos decía de cuando en cuando, a mi y al Mono:

—Los hijos, todos, pero tú y tú y cuatro más, los hermanos de Bonfim.

Hombre de religión. Mucho se santiguaba. Cosa que me refirieron y no vi, pues pasó antes de yo llegar, fue que el Portugués le hizo decir misa en Mosquilla, para él y su gente, a un padre cura apresado en tierra por la Nueva Granada, que luego se le dio libertad en Puerto Velo, y al paternoste no le llegaba la camisa al cuerpo trabajando para aquella parroquia. Se le cerraba el Santo Libro cuando quería abrirlo, le temblaba el copón hasta chorrearle el vino por las muñecas y no daba con los amén. A tiempo de levantar la hostia, pan duro de galleta porque otra cosa no había, oyéronse entre los hombres unas palabras y sonó un tiro. Uno de los que estaban alante se fue al suelo con un boquete en la nuca y Amaro, soplándole el humillo al pistolón y volviendo a enfajárselo, alzó la voz muy sereno y le dijo al cura que le reprendió a aquel animal el no hacer ante el Cuerpo de Dios la reverencia del caso, que le había contestado con una blasfemia, y que siguiera con su misa. Eso fue un día domingo. El lunes no hubo quien diese con el capitán en todo el día, y El Mono no era

hombre de embustes.

—A solas donde nadie lo viera estuvo —me contó a mí y a nadie más —, ayunando en cueros por la selva de la mañana a la noche. Pegándose azotes. Llorando al muerto.

Ése es Amaro Bonfim y a ver si tú lo entiendes.

En trato de mujeres, yo estoy en que ha de darles miedo, con esos ojos como los de una fantasma y ese tipo y esos arrechuchos que le entran. Pero siempre lo vi con ellas gentil y bienmirado, y se hablaba de que a ninguna había tomado en cama por la fuerza, ni yo lo vi emparejarse. No tragaba con que vivieran hembras en los refugios de Mosquilla, eso no, y cristianas menos, que ninguna vi mientras estuve ni, teniéndose a mano las indias, hacen mayor falta allá, lo vas a saber.

Con quienes él me pareció más bicho loco que hombre humano fue con los holandeses, te dije ayer. Nada más que con ellos. En siendo de allí, ya. Uno de esa nación le había estoqueado en El Batey a la madre, de chiquillo y delante de él, y por ahí debía venir que, a holandés que Amaro pillara, más le valiera no haber nacido, como a español en manos del Olonés, ya sabes, el francés que se caviló para los martirios esa que le dicen la máquina del infierno, la caja grande de hierro y con mucho traste donde él metía a los hombres, ¿pero no lo sabes?, y que acabó solo, perdido por aquellas arboledas del lado de la Nicaragua y quemado por indios del Darién. Sí. No era mentira, como llegó a decirse. Yo estaba en Mosquilla cuando pasó y aquel año fue sonado en toda la mar, no sé si fue el setentiuno, a cuenta de esa muerte del Olonés, y por ser el año del saqueo de Panamá, que el don Enrique allí no dejó piedra sana.

Pues bueno: todavía más encarnizado y agonioso que aquellos dos con los de España, se pone el Bonfim con los de Holanda, hijo.

Lo vi darles muertes largas y al estilo antiguo, de mucho distraerse. Y con su chispa, eso no hay quien me lo porfíe. Porque él es muy suyo. En

lo de pasar la plancha y en tratándose de holandeses, ya se le quedaba cortillo al patrón el aperreo que de por sí lleva ese final. No los mandaba al agua hasta no dar en una buena mar de galanos, como él dice. Haberlos, hay muchos por esos Caribes. Pero tampoco los ves siempre que quieres y, en teniendo carnacha como para que el jubileo no acabe en seguida, capaz es Amaro de andar a la vela un día, y hasta dos, con tal de juntar esas tiburonadas. La suerte es del que la busca, ¿no?: se avistan tres o cuatro galanos y está hecho, ya no hay más que ir anguando y cebando la mar, pues, aunque anden lejos, otros tantos por lo menos van entrando al olor del rancho. Si es que no se meten el ciento y la madre.

El día que los vi hartándose y en todo lo suyo, acudió más de una docena, de los grandes, y yo fui de los que amartillaron la plancha a la borda. Nueve. Nueve la pasaron. A prima tarde. Hasta que ya no veías ni un botón de uno, no aupaban a otro holandés arriba del tablón. Su buen dinero le costaría a Amaro y para eso los compró en Bijagua. Para nada más. Pero... tampoco, tampoco es cosa de tanto, hijo, es según como te lo mires. No te me descompongas... No, yo no es que me las gozara así a reventar, pues la inquina aquella es cosa del Bonfim y no mía. Hasta lo de echarle a algún hombre, cuando ya estaba en la plancha, un puñalillo de siete dedos para que se defendiera abajo, Dios nos valga. Uno ni lo cogió. Ese juguete, con lo que había allí abajo en la mar... Ahora: que la función tenía un algo, a ver quién va a decirme que no. Aunque nadie se la disfrutara tanto como Amaro, que se hace subir al puente un sillón viejo pero muy señor, con el asiento y el espaldar en seda verde, bien en alto el patrón y santiguándose. Cómo no iba a haber un algo. Si ya lo hay hasta en la manera de arrimarse y tomar su parte esos galanos grandes, volviendo para arriba las barrigas blancas y pegando el bocado a la media vuelta. O que se enrevesaban de pronto los papeles y se iba muy derecho para la plancha, sin tener que arrastrarlo, algún holandés de los que más

amedrentados habías visto, a acabar cuanto antes y sin dejarse poner una mano en el cuerpo, que ya ni era de él, sino de los de abajo. Ésos me daban un respeto. O al contrario: el valentón que flaqueaba. A un teniente muy engallado, a ése, bien que se le bajó el gallo al llegarle su horita. Es lo que pasa. Se tumbó de boca en el tablón con manos y dientes, le dio quehacer a medio barco con los bicheros y se fue a la mar hecho un colador y llorando, ¡*Nei, nei!* y venga *nei-nei*. Abajo habían de estar aguardándolo con ganas: en cuanto llegó le embistieron dos velas negras, una por banda y con un empuje esos galanos que otra vez salió por el aire. Ya al caer de segundas, con el cagón aquel coloreó muy aprisa el agua, que estaba así de bichos. Pero ni lo volvimos a ver ni dio más entretenimiento.

Desde su trono, y como hombre de religión, Bonfim decía que la destrucción de holandeses hace un bien grande a la Madre Iglesia, de la que son renegados, y un daño al infierno, que es quien los manda al mundo.

Y bueno, tú me dirás, si lo sabes, cómo es que un hombre que se mete en ésas y que le da un tiro a uno por maldecir en misa, o que cuando está cavilando se echa de pronto a roerse los nudillos como perro a un hueso, hasta pringársele la boca de sangre sin darse él ni cuenta, o aquellas tristezas grandes que le entraban por el cuerpo, de estarse los días enteros allí solo por la playa con la cabeza gacha, ¿cómo podía luego llevar tan bien llevadas sus gentes, correrías y cuarteles, con una compostura y aquel dominio grande? Tan taimado en todo y tan sin juicio de pronto... O será que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

Doscientos y más hombres vivíamos allí por nuestra voluntad, acarreados de muchos lugares, negros no pocos, y de mulatos y mestizos, bastantes. Sin borracherías, marimorenas ni rencillas, y unos y otros, fuesen de donde fuesen, parlando y entendiendo español, que ésa es aún

en las Indias el habla del oro y a él suena. De españoles, cuatro de la misma España había cuando yo llegué, y creo que siete de los nacidos allá, y en el mismo año se murieron dos, en no sé qué puerto uno y el otro de un asalto en la mar.

Juego a dineros fuertes no estaba consentido por el patrón, ni los alcoholes, quitando las fiestas grandes y racionado en ellas, cosa que nadie se tomaba a mal desde que un calafate se echó a pechos una botella de tafia, reventó al rato y Bonfim, en lugar de darle sepultura, mandó a quemar el muerto para escarmiento, pues por todas aquellas costas el trago es quien se bebe al hombre desde chico, y a los de esa vida más ligero. Antes de entrar en batalla, entonces sí, entonces te traen tres partes de un cuartillo de lo fuerte y has de tomarlas, que te enciendan la sangre y el coraje y los gritos.

Los refugios no tienen tabiques ni hojas de puertas ni otros muebles que los jergones, que tampoco los hay para todos; pero están hechos con más ladrillo y argamasa que tierra y paja, y los techos como los de los indios, de hierba seca y palmas muy bien trabadas, que no calan en el tiempo de lluvias y allá en Mosquilla siempre es verano de calor, pues lo que dicen invierno trae tan solamente unos ventarrones y temporales sin frío, con unas semanillas de mucho caer agua. Te enteras de que eso va a venir porque, un día antes o dos, ya no corre un pelo de aire y se pone la playa toda blanca de unos pájaros picolargos y chiquitos, que alzan el vuelo al entrar las primeras rachas de la borrasca y ya no vuelves a verlos hasta no estar otra en puertas.

Y allí al patio de los refugios, que hacen como un patio abierto al ancladero, sacaban sus avíos los veleros y los calafates y el herrero y los carpinteros de Amaro en Mosquilla, hasta dispensero y cirujano con píldoras para las fiebres. Y había también buzo y tres carenadores de oficio, con mucho arte en aprovechar los pilotos unas mareas muy bajas

para acular a *La Garzona*, sin violencia ni sacarla a la mar abierta, sobre un bajial de poco fondo con árboles atrás, y darle la carena grande del año descubriendo la quilla por un lado y el otro. Mentira parece que allí, en el rabo del mundo, nada más que con su tesón y ese saber manejarse a los hombres, haya Amaro puesto en pie aquello. Porque, dentro y fuera de esos refugios, siempre vi a la gente andar concertada y a su menester, los que salían a la mar con *La Garzona* y los que se quedaban en tierra: muchos de ellos, y por lo corriente, a un embarque sí y otro no. El mismo Amaro tomaba la tripulación para cada marea, sin que nadie rechistase, y él salía siempre, y El Mono mientras no se puso malo.

Para mí que el patrón entendía que yo estaba menos a gusto por la mar que en tierra, y alguna marea me hizo el favor dejándome en Mosquilla al cargo de esto o de aquello, aunque me tocara salir. Pero no pasó mucho, pues ni convenía que ese trato llegara a notarse ni a mí ganar menos, que en esa manera de vivir más convienen las duras que las maduras, y lo que luego te cunde en la faltriquera son los peligros de las batallas y de la horca. Debajo de Amaro Bonfim y de sus lugartenientes, pues ya éramos iguales y nadie quería ser más, y las reparticiones de los asaltos se hacían a la vista y conformidad de la gente, sino que yo, con los años, me junté con un puñado de doblones y otros los tiraban en cuanto se terciaba. Vi a un caprichoso, en unas casas de Santo Domingo, darle diez piezas de a ocho a una zorra nada más que por ponerla en cueros.

Ahora: estar, en todos estaba y manda la Ley de Marinería. Lo de los Hermanos de la Costa. El llevar con otro a medias cuanto haga falta, pan o hembra. Y, si te mueres, ya es de tu marinero todo lo tuyo. Y en la primera marea después de muerto tú, pues también coge el otro la parte de botín que te hubiera tocado, ¿sabes? Como si el difunto se la diera al vivo. A más, los quebrantos en faenas de combate vienen pagados en

Mosquilla igual que entre los de las islas, que creo que salen a seiscientos doblones por un brazo perdido y quinientos por una pierna si son los de la banda de estribor, algo menos por los de la otra, y cien por un dedo o un ojo, que ya a ciego entero sube hasta mil el desavío. Aunque cien a un ojo, igual que a un dedo, no es cuenta justa, digo yo.

El tiempo, sí... Se me voló el tiempo y, lo que es Anica, no se me fue de las mientes, bachiller. Para los dos guardaba mis reales. Lo de la Tonalzin fue lindo pero nada, cómo iba a ser. Lo que es que allí metido, pachorrero, ganándolo, y con esa voluntad de volver con dineros si volvía, se fueron yendo esos años y Anica se me fue haciendo una figuración más que una mujer: lo que mi cabeza se creía y se componía con aquella Anica que yo me estaba amasando a mi gusto y antojo. Estar en amores y al lejos es cosa mala, porque cada uno, sin ver al otro, se lo va figurando según le parece y lo que yo no veía ni por pienso es que el buey suelto bien se lame. Anica... Ya tenía yo más apagadillo el sinvivir de haberla visto, o no, al dejar Sevilla. Pero ese titubeo seguía montándoseme en lo alto cuando menos me lo pensaba, y los pensamientos picándome como pulgas. Más que nada, no sé, me entraba sobresalto de ella, un vagido malo, después de quitar de en medio a alguno. Al otro día. Como si Anica me fuera a pedir cuentas. Y eso me pesaba casi más que lo hecho. Porque andando en esas guerras, lo quieras o no lo quieras... es matar o que te maten... ¡Aunque quita, quita!, a ver si me acuerdo de mis divertimientos por Mosquilla, hombre, que ya habrá tiempo para lo malino.

Rabo de lagartija soy y mi no parar acabó hartándome también de aquello, y aburriéndome. Pero, si bien se mira, yo no me aburrí allí mucho, yo no, con lo que es Mosquilla y aun no saliendo a la mar. Que además, en todo ese tiempo, no saldría en viaje largo arriba de catorce o quince veces. Bien bravas casi todas, eso sí.



Por Mosquilla estaba a mis anchas y ni caí malo como cayó un montón. Fuera aparte ya de los ratos y compañías con la Tonalzin y los indios, y aun sin reales en la mesa, a Los Cientos y al Culebrón tampoco apareció en los refugios quien me llevara los frijoles, con lo que corrían noches de agrado. Pedíanme juegos de manos con cartas, los hacía yo para dar gusto y, lo que es al Mono, a mi compadre Setién y a un extremeño Valverde, les fui enseñando las supercherías del corte a boca de lobo y hasta algunas de más empeño, como la del paquete solo y la del peinado, que eso vale mucho y, cuanto menos se corra, mejor para los del oficio. Una de mis mañas que más gustaban era esa niñería de dejar caer unas cuantas cartas estando de pie, y recogerlas por el aire antes de que lleguen al suelo.

Otras veces nos metíamos, por matar horas, en un juego largo de filibustería que al patrón no le cae en gracia y a su gente sí, de manera que él hacía un poder y se retiraba, alguna noche con la cara más blanca que sus ojos, de aguantarse las ganas de pararlo. Iba ese juego como una comedia del teatro, que uno hacía el papel del gobernador español, otro del Rey, otros de los jueces, un mono sentado en un tonel chillaba a pellizcos de su amo, haciendo de acusador. Y era que nos habían cogido y al final nos mandaban a ahorcar, pero nos salvábamos, y todo entre mucho vocerío y con mucha risa, chanza y contentamiento.

Y por las mañanas en la playa, a ver cómo se entiende que me entretuviera andar correteando, yo solo o con otros, a un pescado medianillo y de mucha diversión, que para comerlo no vale por lo amargo y lo áspero de sus carnes. Le llamaban el loco y sí que ha de estarlo; tiene ya de loco las hechuras mismas, y los ojos, salidos y desmadrados, que le cogen la cabeza casi desde la boquita hasta arriba, y por atrás hasta la raja de las agallas. Pero más loca es la manía que tiene de pasar corriendo y brincando toda la playa al filo de la mar y casi al seco, ya donde las

espumas se retiran, más ligero que liebre y parándose de sopetón a mirar, que es cuando mejor lo ves porque se empina mucho en unos brazuelos y manitas que tiene, aquí no se cría. Y él vuelve un poco la cabeza mirando a un lado y a otro como bestia de la tierra, con esos pedazos de ojos, y sacando y abanicando muy sosegadamente las agallas, hasta que las esconde y otra vez echa a correr. Más que Diego el Pijín. Agarrarlo era media mañana y quedar sin aliento, así fuéramos diez a por él, tan vivo es. Pero ese loco hace de todo por escapar menos lo único que habría de hacer: irse de la orilla a lo hondo, ¿no?

Otra cosa que me regocijó en aquella playa era ver un retozo de la gente más moza, que ya yo me tenía muy sabido y jugado de chico con otros perillanes de la almadraba, y que en Mosquilla le faltaba el nombre. Aquí se le dice el gazpacho, pero tú eres un caballero y no has de haber andado en ésas: que la gracia está en sujetar por muñecas y tobillos al que señalen la suerte o el antojo, y, teniéndolo bien estirado, en cueros y boca arriba, ocurren todos a mear en su barriga y sus partes, y a ensuciar ahí los que tuvieren gana. Se revuelve con arena y un palo y se suelta luego al gazpachado para que corra a la mar a lavarse, que es cuando se le canta su copla y en Mosquilla tampoco la sabía nadie:

*Corí coró, gazpachón.*

*Qué lindo calzón.*

*Corí corona, qué linda calzona.*

Y estoy acordándome de que esa distracción era muy del disgusto de los indios y nada más verla se iban, siendo lo inocente que es.

Me llevaron también su tiempo los ejercicios en tiro de pistola y mosquete, y en manejo de espada y sable, con un francés Drié que hacía

de maestro armero. Acabé medio defendiéndome, pero ya he de haberte dicho que lo mío nunca fueron todos esos cachivaches, sino lo corto de buen filo y punta, ni le cundió al mesié Drié cuanto quise enseñarle de mi Moreno, y eso que él puso mucho de su parte. Mira: el cuchillo ha de mamarse pronto, cuando echas los dientes, que si no, se te va. Con toda la puntería y los saberes del Drié, risa me daba verlo tan torpe con el Moreno. Y yo, aun queriendo, no atinaba a hacerle ver que eso no es de la mano, que es de todo, de los codos y las rodillas, de la cabeza, de los pies. Y que tampoco valen las palabras ni las posturas, sino que, sin pensarlo, se te vayan y vengan a tiempo el amagar y el entrar, como un destello por la nuca. Pues el Drié, que no. Sudándole hasta la perilla, y que no. Y yo sí, yo con lo suyo me fui quedando. A lo justo y a la fuerza, pero me fui quedando, porque en los asaltos es preciso echar mano de todo eso tan pesado. De pistola y sable, por lo menos. Fuéramos a lo que fuéramos. Pero en el cuerpo a cuerpo, y raro era que no los hubiese, ya soltaba yo los estorbos y sacaba lo mío. Menos con aquel gentilhombre tan vestido de negro, y en sonando la verdad, nunca me avié más que con el More. Y no sé en ese tiempo si fueron... ¿tres?...: tres, sí. Aparte de algún tiro a bulto en las bullas, que las más veces ni te enteras si calaste carne. Tampoco me van los tiros por eso, porque, así de pronto, tumbaste carne y ni te enteras. Lo mismo, lo mismo que te pueden tumbar a ti, que en la que hicimos con las gentes de don Enrique me libré porque estaba de Dios, ya sabrás.

Pero dos... dos de esos tres que te he dicho, me pesaron, ¿ves tú? El de negro, no, nada: a aquel señorón tan de negro, todas, hijoputa. Como los de antes, y aunque me disgustara la poca maña con que lo dejé servido. Ahora: al negro del Socoro y al muchachito Colarte, ya a éstos... Tuve que matarlos y no lo disfruté. Ni de por mí lo hubiera hecho, Dios me ampare. Con el negro es que no había más salida. No la había, hijo. Ni

con el rapaz. Que todavía me está pesando a mí. Se metió por medio su poca cabeza, la de la edad, es claro, y el Setién que se metió luego... ¡que se metía en todo!... El Setién... Ffff... Me lo eché de compadre por lo del *Santa Rosa*, que él fue de los cuatro del galeón que pasamos a Mosquilla. Por eso anduve con él de compadre en la Ley, aunque con los tufos y los bravucones suyos no tragara yo... Pero no, bachiller, hoy no me digas que no te rebusje las cosas y que vaya más despacio, hoy no. Aviva tú, que para eso eres el escribano. Si me ajusto a tu aire y no al mío, se me van las memorias, yo lo sé, y que hoy las he de soltar según me acuden, ni después ni antes. Caigan donde caigan, ¡eh! Aunque me lée yo, no te embrolles tú, que es que hoy se me está viniendo mucho y en remolino. Dime por dónde lo llevábamos... ah sí: el Setién. Y que en todo se metía. En todo.

Tan tieso siempre... Era de los que pierden los ojos por lucirse. Como con lo del caballo. Ahora verás la ruindad que hizo mi compadre con el caballo aquel y con el indio: eso fue a la vuelta de una marea que yo no salí, y no sé de dónde se traería Bonfim a Mosquilla el potro negro. Me parece que de las islas, pero en paso a la Nueva España, de regalo para el virrey Latorre. Bizarro, bien domado y con una sangre que más necesidad tenía de freno que de espuelas.

Ese caballo murió a poco. Le relucían las ancas como un espejo. Se le fueron enturbiando, y los ojos, y se acostó y ya no se levantó. Allí no había nadie que entendiera y no sé yo si serían calenturas, que no se le echó de comer lo que había que echarle o que le picaría la negrita aquella que te dije: en eso estaba la gente india cuando lo vio muerto, en que fue la negrita quien se lo llevó.

Pero, mientras estuvo bueno y sano, ese nervio y esa estampa suya alegraban. Y el caballo alborozó y espantó mucho a los indios, ellos nunca habían visto uno, ¿será posible?, ¡ni sabían que los hay, oye!

Después, ya menos. Pero esos días, recién llegar el potro y quitando las horas de comer, estaba la playa igual que una feria con nosotros y el caballo y los indios, que sus chozones quedaban despoblados y todos ellos, así como trescientos que eran entre hombres y mujeres, fueron apersonándose arenales abajo aquella primera mañana, a remirar y a palpar el caballo, al principio con mucho susto. Luego, con una risa. Y entonces fue cuando el Setián hizo aquella baladronada.

Él había andado de capitán y era hombre presumido, estuvo preso en Flandes y se hacía mucho de caballero, no sé de qué pueblo sería, Bartolomé Setián, y además lo vi muy buen jinete, que de eso sabía yo algo por mis menesteres de yegüerizo en El Puerto con El Honrado, y haber visto allí a unos pocos de los mejores de la Andalucía.

Cuando llegó ese potro a Mosquilla, *La Garzona* entró yéndose el sol y el caballo cayó dormido no más pasarlo a tierra y echarle un pienso, que se lo comió por la mañana porque el animal debía venir fatigado de tanta mar, como la gente: de los que habían vuelto, ni Amaro, que era muy madrugón, se levantó antes de mediodía. Pero aquella mañana temprano, ya le arreglé yo al potro un cabestro, y una silla con unos pedazos de velas, y lo saqué con otros descansados, y ya estaba en seguida relinchando y retozando por la arena, tan de mañana. Dos indios andaban en la mar y, en quantito vieron al caballo, tiraron muy aprisa con su canoa para los chozones de ellos. Vinieron en montón. La Tonalzin vino con las mujeres, y ahí fue cuando la vi y ella a mí, que acababa yo de montar el caballo y estaba en él a gusto, allí quieto sin pasearlo ni correrlo. Pero si los indios se alobaban y luego se reían, y venga a sobarle al potro la cara y a palmearle los ijares, más se reía mi compadre viéndolos en sorpresa. Tú me dirás a qué venía esa risa suya a carcajadas descompuestas, a santo de qué, si ya él había notado, como yo, que es que aquellas gentes no habían visto nunca ni un borrico. La cabeza de uno les hice en la arena

con un dedo, así con el ojo grande y las orejas bien largas. Pero tampoco. Ni sonarles. Y además, con lo que era aquel animal, que echaba fuego de tan gallardo. Ea, pues yo allí en el caballo y el Setién a reírse de los indios como un loco. Desquijarándose de risa. Hasta que me dice:

—Anda y desmonta, Juanillo, que ahora voy yo y van a saber éstos.

Me bajo del potro, se monta él y se pone a chillar:

—¡Tú, don Encueros! ¡Tichuchi! ¡A ver si me entiendes!

Tichuchi no se decía así, se parecía pero no era eso, y la tonada me sonó todavía menos. Porque el Setién le estaba hablando, ya en arrogante, a uno de los indios más mozos y mejor mirados por los demás, como un capitán de ellos, y de los que venían por los refugios con tantas cosas, que nos las llevaban así por las buenas. Y al Setién, viendo esas inocencias y que el caballo todavía no había corrido, no se le ocurrió más que desafiar a aquel indio a una carrera por la playa, que hasta pudo ser cosa de gracia y acabó muy en feo, pues si mal lo empezó el compadre, peor lo remató. Se hicieron dos rayas en la arena mojada y donde él dijo, a señalar arranque y fin de la carrera, y él puso luego en la mitad al muchacho indio y le dio de ventaja todo ese trecho sin amainar en el reírse, que el indio y todos nos reíamos ya también. Aunque con otra risa. Dije yo «¡venga!», echan a correr, y el muchacho es que volaba. Pero cómo no iba a alcanzarlo ese potro, bien jineteado y aún a medio galope. Así que lo alcanzó, y Setién quiso que se viera muy bien visto quién era el que ganaba y quién perdía, y le dio por meter en mucho desaire al perdedor. Conque tomó al indio por los cabellos con una mano, lo arrastró un buen tramo desde la montura y lo dejó tirado en la arena. Se volvió sin mirarlo, con dos mechones en la mano.

No pasó nada entonces porque aquella gente es más mansa que la tierra, unos pocos de ellos se llevaron al arrastrado y como que lo consolaban en su habla. Pero el patrón se enteró a la tarde del lance. Sale,

me hace ponerle mi aparejo al caballo, le manda al Setién que lo monte y, llevándolo amarrado de brazos, tiró playa arriba para los chozones, y allí juntó a los indios y lo azotó de su mano muy firmemente, a la vista de todos. Se veía que ellos entendían el porqué del castigo. Pero al momento levantaron unas quejas y cantatas, con mucha seña de dolor; les faltó tiempo para rogarle a Amaro que dejara los latigazos, y él los contentó a poco: con ser ratera y todo lo rarísima que es aquella gente, tan buena leche gasta que ya tenían perdonada la ofensa.

Tuvo que ser también que a mi compadre, tan estirado y a lo suyo siempre, le había entrado por una oreja y salido por la otra lo que el patrón tenía dicho sobre el trato a los de allí, y la vara con que lo llevaba. Eso y todo. Desquiciado, lo estará Amaro. O será un santo al revés, que decía El Mono. Pero lo que es llevar las cosas... Bueno: y que si alguien le saca una miaja de malas artes, o el Setién lo mira luego malamente por aquello, ¡guay!... Entérate de esto, bachiller: los hay que valen para el mando, y los que valen para hacerle caso al que sea, y los que no hay ya por donde cogerlos y no tienen atadero ni por el pescuezo: yo. Pero hasta éstos, si se dan con el que sabe mandar sin pisarle a nadie su persona, con él están y se acabó. Yo no me di más que con Amaro Bonfim, y ojalá si me hubiera dado antes con uno igual. O después. Y que, aparte del tipacho y los ojos y el coraje, Amaro ya da una impresión. Él se da cuenta hasta de lo que hablan los pájaros y tenía muy amarrados los cabos de quién era cada quién y de lo que había que hacer: lo del Socoró, o él o nadie. Nunca. Nunca vi yo tan claras esa picardía y esas muchas luces tuyas. Ni luego, que ya llevaba unos años con él. Déjame, bachiller. A mi aire. Aunque se te quiebren ayer y hoy los dedos y la cabeza, muchacho. No me pares.

Allí... allí en el Socoró me tocó matar al negro, no había más. Y ahora mismo estoy viendo una mirada suya: la primera que él me echó.

Como si yo... en lugar de... Pero ésas son las cosas que pasan y otra es que aquel asalto estaba como arreglado por el Gran Capitán de Córdoba. Más pillo y temerario, ¿quién? Y así cuajó: ése es Amaro Bonfim... No me enfrenes, hijo. Porque hoy, antes de que te vayas, he de enjaretarte aquello, por Dios vivo que quiero salir de todo aquello, pero de todo, y echar fuera contigo cómo y por qué maté a quienes no quise matar... fue preciso que lo hiciese... Mira que haberme dado con el negro aquel de las perlas, un nadie y en cueritos como estaba. Yo lo quité de penas. Me había mirado bien, me miró con una confianza y... Bueno: ya se le acabó el pasar fatigas.

Esas bocas del Socoró, sitios más raros, pocos los habrá. Ni más malinos. Y Amaro andaba ya dándole vueltas en los sesos a aquello, ya llevaba él un tiempo a ver cómo le echaba mano a una barca de las que el Rey manda a la boca más ancha de ese río Socoró, que, con buenos vientos, viene a caer como a cuatro días de Mosquilla y a poniente.

Va con esas barcas una nave de la Corona, fuerte en armamento y en hombres, pero no puede dar fondo donde las barcas faenan, ni por la bajura de las aguas ni por las peñas mismas del banco de las perlas, que corre a hilo de la costa, y otra escollera que oscurea en la mar más adelante. Así que el navio no se arrima a las barcas que lleva en vigilancia y que salen sin armas, pero siempre las tiene a tiro para colocar allí sus fuegos y mandar soldados muy prontamente en saltando la alarma más chica. Porque ésa de las perlas es renta gorda para el Rey, y aquello da muchas, y en la barca no va más que el timonel, que reparte las vituallas y hace de capataz y contador, si acaso otro hombre para abrir las conchas, que no va siempre, y tres o cuatro esclavos pescadores a zambullirse. Han de ser esos búzanos de mucho aguante abajo y, aun siéndolo, tengo oído que se mueren del pecho antes de tiempo.

Zarpó el patrón de Mosquilla sabiéndoselo todo, conociendo la costa y



que las barcas hacían noche en un asentadero que hay que entenderlo para no estrellarse y que el piloto Marques le decía Hoja de Hacha y otros La Contera, como a legua y media de la embocadura grande del río. Y Amaro se las había cavilado fuerte, royéndose los nudillos a sangre y echándole mucho tiempo para achicar las contras y la mala suerte y los peligros; pero, haberlos, los tenía que haber.

Nos arrimamos ya atardeciendo, en modo de dar vista a esa boca del Socoro apenas la dejase la flotilla perlera, que ya tuvimos la tarde antes que retirarnos y hacer mar porque el viento no ayudaba. Cuando le pusimos al río la nariz, era como entre el día y la noche, y la flotilla acababa de irse y nos metimos un trecho río alante y con vela a lo justo, rebañando las últimas luces y midiendo fondo todo el tiempo, para esconder a *La Garzona* tras de un ribazo grande y muy frondoso, que también valía en horas de marea baja y hasta lo tenía marcado el piloto en sus papeles de navegar.

Llevaba a bordo la fragata una barca con su vela ligera, muy a semejanza de las que sacaban las perlas y a molde para nuestro lance, que había de hacerse entre pocos y sin alboroto, pues en esa función salíamos de mansitos. A dos horas del amanecer, hizo arriar el navichuelo Amaro y con él nos fuimos a remo, río abajo, otros cinco hermanos, llevando armas, víveres, agua y dos figurones de pajabrava que el patrón había mandado hacer en Mosquilla y remedaban a lo bruto medios cuerpos de hombre, cabeza y tronco nada más.

Ya con el sol medio fuera, pasamos en la mar el banco de las perlas, que yo allí no vi por los fondos más que unas almejonas amarilluzcas. Dimos en la ribera, muy enzarzada toda y apestosa, y bien cerca del banco, en el hueco de una espesura de matorrales enfangados entre aquellos arbolitos del agua, los mangles, que los cría y riega la misma mar.

Todo el día lo echamos fondeados y metidos en aquellos enredijos y covachuela, a ojo de la flota perlera sin que de ella nos pudiesen ver. Había entrado muy poco después que nosotros, y tan cerca se nos iba y venía alguna barca que hasta escuchábamos, de cuando en cuando, el metal de las voces. Corrieron la mañana y tarde en la peste del cieno y del manglerío, con los troncos mojados y las ramas como bicharracos muertos, y unas orugas verdes gordas que caían de ellas y puta la madre que las aventó, pues llevan unos pelos que, nada más tocarte, duelen como candela y el pellejo se te infla allí. Y esa calor. Y la sed. Pero era de ley estarse quietos porque el patrón también conocía, y nos lo tenía dicho, que la conveniencia era jalar de una pesca de todo el día y que, además, a media mañana y tarde, el navio mandaba al banco dos chalupas grandes con rondas de soldados, como así fue, a recuento de las perlas cogidas en cada barca y por si había alguna novedad.

Cumplieron las chalupas su revista de la tarde, tornaron al navio y aún dejó Amaro correr más de una hora. Hasta que empezó a amagar el sol. Entonces, sin prisa y haciendo figura de ir al largo, sacamos a nuestro navichuelo para las barcas y bogamos a vela abatida como ellas, que a lo mejor ni lo verían salir y eran catorce, trasconejadas por entre las peñas.

Apareciendo tan cerca de las barcas y como algunas hasta se emparejaban a ratos, Amaro estaba en la idea de que los del navio habrían de confundirnos con una; y los de las barcas mismas, que no llevaban militares, tomarnos por costeños de la miseria, que caen adónde sea por vender unas pieles o en busca de unas libras de pescado. Yo y el patrón dábamos remo, y los otros cuatro hombres quedaban fuera de vista, echados armas en mano y tapados con la vela y unos ramajos.

De esta suerte nos allegamos y fuimos a abarloar con una barca bien desapartada de las otras y más pegada a tierra: dos pescadores negros a bordo, otro pardo y capataz cristiano, un regordillo de bigotones. A

tiempo de arrimarnos, los de color andaban por abajo del agua y Amaro le habló al capataz, entornando esos ojos claruchos y con muy beatas maneras:

—Que el Justo Juez os auxilie, hermano, si tenéis algo que darnos de comer —fue diciéndole al pasar muy tranquilo a su barca—, y os dé siempre un día tan sereno como el de hoy para lo que estéis haciendo, que ni lo sabemos ni tenemos por qué, con tal que vaya en bien del Rey de España y de Dios que os bendiga.

—Que Él os bendiga y...

A lo mejor el capataz iba a hablar tanto como Amaro, pero el pistolón puesto en su boca lo calló cuando saltaba yo a la barca.

Salía en esto a flor de agua uno de los negros, bien mozo y con dos conchas grandes en las manos, y lo vio todo, y para mí que no entendió lo que pasaba, no. Pero luego se le fueron alegrando aquellos ojos colorados de la sal, y miró al pistolón de Amaro y luego me miró a mí igual que una criatura a su padre: se figuraría él que de todo eso iba a venirle la libertad y que era yo quien se la estaba dando. Echó sus almejonas a la barca y se encaramó por la borda. Andaba el patrón al aguardo de los otros dos buceadores, para que nadie diese estorbo, y ya estábamos viendo salir a uno de ellos, cuando el capataz se agachó de golpe ladeando el cuerpo, le dio una voz al negro y él respondió a su esclavitud y se me vino encima.

Amaro quería de todo menos tiros, no se dejaba coger de sorpresa y se acuclilló también muy ligero, sin despegarle al capataz de la suya la boca del arma. Yo no tuve más que volverle al negro el Moreno, que lo llevaba en la mano, y darle en el pecho buscando el relojito de carne. Al doblársele las piernas, me miró el negro según tenía que haberme mirado antes, y me parece a mí que sin mucho desengaño, como el que está hecho a que le hagan lo que sea.

A todo esto, ya andaban también a ras de aguas el mulato y el negro

que faltaban. A una seña de Amaro, brincaron a la barca temblando, con los ojos que se les querían salir, se tiraron en popa y allí se apegujaron abrazados sin menear un dedo, ni echado junto a ellos lo meneaba ya el capataz: le había ido mal la primera y no estaba él por verse mascando plomo a la segunda, o con el gaznate abierto.

Y bien pronto que le puso en la mano al patrón los bolindres, que a mí aquel puñado me pareció no ser tanto y era mucho: veintisiete piezas, apartadas a proa en un cuero chico de cabra, todas de muy lindo oriente y mucho más gruesas dos de ellas, como medio huevo de chorlitejo. Ésas sí se me pegaron al ojo.

El sol andaba ya menguando. A orden de Amaro, pasé a nuestra barca, tomé de ella los dos figurones de pajabrava y los acomodé en la barca perlera muy derechos, a popa el uno y el otro en un banco contra la borda, que, al atisbar la barca así de lejos, diesen el pego de tripulación, como tenía ingeniado Amaro. A los tripulantes de veras ya los había hecho él tumbarse en la barriga de la embarcación, donde no echaran ojos que mirasen por qué rumbo nos íbamos. Me mandó que arrastrara y dejara caer entre los tres vivos al negro muerto, allí en la cara de ellos como para que no tomasen a chacota los encargos de no moverse, vocear, hacer señales ni llevar el ancla antes de que el navio los llamara a recoger, y les dijo el patrón que si otra cosa hacían, primero volveríamos nosotros a matarlos, así nos costase la pelleja, que los suyos a socorrerlos.

Dijeron que sí con la cabeza y, pasando Amaro y yo a nuestra barca, dimos remo a la orilla por donde habíamos llegado y según convenía, con boga serena y algo más viva al acercarnos a la madriguera del manglar. Hasta no alcanzarla, nuestros cuatro hombres escondidos siguieron sin moverse ni se destaparon en todo el arrimo, que eso era lo que habían de hacer si el patrón no los llamaba.

Nos encuevamos a tiempo que, allá lejos, la campana del navio

empezaba a tañer, llamando sus barcas a retorno. Luego no escuché más que el siseo del viento por los mangles. El agua estaba lisa allí, y todo en color sangre con el sol bajo. A esas horas ya no caían las orugas, ni las vimos, pero el pestazo de los matorralones en marea vacía era de matar a un buey. Con las últimas claridades, la barca asaltada llegó a su nave nodriza, muy en medio de todas las demás. Y allí, como gentes avisadas, habrían de entender los militares que ya con la noche encima y que venía sin luna, en aquella maraña de orillas y con las bocas del río ahí al lado, no iba a haber chalupas, soldados ni Papas Santos que pudieran dar con nada ni con nadie. Así que la flotilla salió con la noticia para su asentadero de La Contera, y nosotros bogamos al cabo de un rato, costeando primero y luego río arriba en busca de *La Garzona* que, con mucho tiento, había dejado ya el ribazo y bajaba a favor de corriente para irnos al encuentro, según lo tenía apalabrado el patrón con el piloto Marques. Fuéronse acuartelando velas y, aún con los flujos y meneos de la barra, en cosa de dos horas ya estaba *La Garzona* en medio de la mar. Pero no dejó el viento ir en la derechura de Mosquilla y hubo que navegar más para el sur, y hacer aguada cerca del Cabo de Las Lágrimas.

Muchos doblones parió a los nueve meses el botín. El corretaje lo hizo en Puerto Velo la misma señora que traficaba las naos apresadas, y las perlas se vendieron juntas menos una de las dos grandes, que ésa la vendió ella aparte y dejó mil quinientos pesos la pelotilla. Quitándome a mí, que tuve un poco más por dar la cara, los de la barca y la nave ganaron lo mismo, y lo suyo, ya menos, cuantos quedaron en Mosquilla, como se hacía siempre. El patrón sacó sus cinco partes del barco y las dos de él, y, antes de hacer la repartición, apartó ocho pesos para decirle al negro muerto una misa en el primer lugar con iglesia por donde cayera *La Garzona*, como a los que morían en Mosquilla; a él nunca se le va lo de mirar por los difuntos. Lo mismo manda una misa para uno que para

veinte.

Su misa al negro, sí. Que la valía. En cambio, aquél tan de negro, el señorón que te dije, ni las merecía ni, según lo dejé, le habrán valido misas, sino rosarios y muy repartidillos. No es tanto que se me fuera la mano sino que el sable no es lo mío, hijo, que no. No me arreglaba yo con eso, vaya por Dios, no daba con el final y aquello era ya un puesto de carne.

Pero luego el mancebo Colarte... el niño Colartito... Poco habrá que me pese a mí más... Muy poco... Ahí, sí, bachiller, ahí sí me sentí lo que ahora me dicen. La Fiera.

Y más que eso.

Y es que toda aquélla fue tan brava... La mayor. Lo más grueso de cuanto lleva hecho por esa mar Amaro Bonfim.

Y por bajocuerda como siempre, tirando la piedra y escondiendo la mano. Un embarque más grande que la misma *Princesa de los Cielos*: tiene que sonarte lo de ese barco. Y fuimos los de Amaro, no sé si por fin llegaría a saberse, pero quienes le entramos fuimos nosotros. Dimos con ella, lejillos. Ni sabíamos bien a qué le habíamos metido el diente, que si el patrón llega a saberlo, a lo mejor no se lo mete, él no quería polvaredas y aquello removiό cielo y tierra. Luego, y aún dejándonos lo suyo, la *Princesa* no llevaba tanto como antes de la rebusca nos pareció que debía llevar, ni se dio en ella con dinerales gruesos. Porque aquella asonada tampoco fue por lo de siempre, no fue tanto por los dineros perdidos, que a la nao ni nos la adueñamos aun con lo que valía, si no a cuenta de la muerte del señorón de negro. Y de la del niño. Para rescate fuerte, lo que se dice fuerte, ni uno quedó.

Y es que en el asalto a esa cosa tan grande, la suerte jugó media baraja, ¿ves? Nada más que Amaro había visto un buque de ese corte. Nuevo era, y el Colarte padre se lo acababa de comprar a holandeses en

Sevilla. Una nao con toda la barba y con una popa alta como una de las torres del Pópulo. La suerte nos valió. No es que el patrón se las hubiera hecho malamente, no: sino que la buena estrella caminó allí en lo de la *Princesa* por alante de sus cavilaciones. Le entramos sin fijarse Amaro mucho y lo mismo que al *Santa Rosa*, así de vuelta encontrada. Y también se les cayó el corazón a los pies, que, si no, ni arrimarnos. Luego, se les alevantó. Pero cuando nos tenían ya al salto, con el áncora y su cadena echadas dentro de la *Princesa* para que no se nos desasiese, y en seguida les ganamos el castillo de proa.

Seis meses largos se estuvo luego *La Garzona* sin navegar, en su escondrijo de Mosquilla, y todas las gobernadurías locas, que nadie sabía cuál había sido el santo del milagro y la Armada española de Barlovento traía revuelta a esa mar antillana desde la Canal de Bahama, bachiller. Le apuntaron el asalto hasta a gente que, si había escuchado hablar de él, eso era todo lo de Dios.

Un botón que no ha llegado a abrocharme bien es que aquella nave, más grande que el mundo entero, viniese desde Sevilla y estuviera ya casi a la vista de Puerto Velo con una criatura de quince años al timón, ¡que Dios me perdone y en su seno lo tenga, Pascualito Colarte!, sí, el hijo menor del dueño de la *Princesa de los Cielos*, bello y aprincipado el mozo, y que, con su genio malillo y todo, una prenda de muchacho había de ser. Ya cuando volví a Cádiz me enteré, y me siguió pesando, de que aquel año el padre le puso esa nao en las manos porque el niño se las sabía y para que pasara la mar, pero al abrigo de la Flota de la Plata. Lo que sucedió es que a la *Princesa* se le fueron en Sevilla unos pocos de días procurando carga y luego la atrancó en el río su peso tres veces, conque, al llegar a la bahía de Cádiz, la Flota ya había dado vela y el Colartito, sin amilanarse, echa por la mar alante y alcanza las Indias solo. Que de todas maneras, digo yo, fue locura darle nave a aquel pilotín

porque lo que no va en lágrimas va en suspiros y, si no fueron sus saberes de navegar, fue su poco saber del mundo lo que lo perdió. Y yo: «Tú te estás quieto y no te pasa nada». Pero qué. Los repulgos de la edad, hijo. Novato. Que se equivocó, maldita sea. Y que mi compadre Setién metió otra mala baza, cómo no iba él a meterla. De no ser por él, a lo mejor me agunto la marea del Colartito como Dios me hubiese dado a entender, así como la del otro no, al señorón de negro cómo lo iba a aguantar, no, hombre... Tan altivo. Una soberbia tenía que no quieras ver, y a mí siempre me ha pasado con los imperiosos lo que a Amaro con los holandeses, hijo: que no y que no. Tanto imperio... Así que ése cayó pronto, y lo mismo hubiera caído en sabiéndolo yo, que no lo sabía, mano derecha del Rey y nombrado por Su Majestad visitador para toda la Tierra Firme desde Panamá hasta las chimbambas, por eso su final sonó y resonó.

De él no salí limpito, y menos mal que yo iba en calzones y que todo me cayó en las carnes, sin que se me echase ropa a perder. La suya valía un dinero y la dejé, quién la compraba o reparaba luego, con tanto empape y rotura.

Se está punto en boca y no sé, mejor podía haberle ido. Pero en tal modo me desquició... Ni caí en sacarle el Moreno, hazte cuenta. Sable en mano subía yo de cubierta, que era un revolcadero de tiros, estocadas y porrazos, y mucha gente matándose por los corredores. Entro en la saleta de junto a la cámara del capitán y me doy con el de negro. Pero todo. No ya el vestido: camisola y chorreras y medias calzas, y hasta el moquero a la cintura, negros que ni de luto doble, y la barba medio blanca. Muy grandón. Y allí solos los dos. Cierro la puerta con un pie, me escupe en la cara, me mienta la madre, me pone de puto y encima andaba desenfundando pistola: un valor sí lo tenía. O se lo daba la misma soberbia. Con su peluca de Francia muy al peine, su cruz de oro al pecho



y aquel engreimiento, en el habla y en todo, que había que ver: un hidalgón de éstos a quien todos le doblan la rodilla y que hasta respirando te rebajan.

No le di tiempo a más guauguaus, me lie con lo que tenía en la mano y allí no estaban mesiés Driés que me contaran cómo había que hacerlo. Yo ciego y a dos manos. Pero sin arte. Como si el sable fuera un palo, y ya te llevo dicha la trabajera que me dio acabarlo. Que no se terminaba de ir. Me calentaba hasta que no chillase. Clavaba y cortaba yo seguido y por donde cayera, pero no daba con un sitio de últimas. Una oreja con un pedazo de cachete y su pelo de la patilla saltaron por el aire a mojarme la cara y ya ahí fue cuando él las dobló, pero ni aun así lo aquieté tan pronto y aquello era un desbarajuste, uh, una mano colgando, la peluca en un hombro, calva al sable, y la boca, que ya ni se le veía, besando la cruz de oro con la otra mano, pero en las mismas: «Acaba, puto». Y yo a no contrariarlo.

Apareció Setién por la puerta y ahí sí, ahí sí que supo. Se arrimó al bulto colorado del suelo, le alargó una pistola a la cara y ya.

Luego me paró a mí, que no atinaba a pararme... y ojalá que, en cuanto lo hizo, hubiera tirado mi compadre para otra parte en lugar de quedarse a mi vera.

Pero, a todo esto, tú has de estar ya hoy por irte, y dime: ¿se sabe algo del juicio del puercachón del pastelero, o de si cantó verdad? A ver si me quitáis eso de encima, que eso sí que no, hijo. Más claro que te estoy hablando... Me acordé ahora porque, aunque ni llegué a entrar en ella, para mí que esa alcobilla del secreto de sus pasteles tendría que estar como la saleta de la *Princesa*, con manchones de a dos varas por todas partes. Sino que aquello me tocó. Y esto de los pasteles, ni por pienso, ayúdame.

La saleta de la *Princesa*... El Setién a mi espalda, y yo con la lengua

fuera, y de pronto:

—¡Conmigo ahora!

Oigo el metal de aquella voz, lo veo de refilón y tiro el sable, eso fue lo primero que hice.

Tan alto o más que yo el mozuelo. Tan alto o más. Berreando y queriendo terminar con el mundo.

—¡A mí!

Como hombre, pero como chiquillo.

A saber por qué, allí atrás mía y sin él moverse ni piar, mi compadre empezó a sobrarme. Acababa de darme descanso con el de negro, pero empezó a sobrarme. Y el rapaz berreando y a acabar con el mundo. Que se le había roto el viaje a la criatura.

—¡Conmigo ahora, aquí!

Con su espadín maltés en la mano igual que si fuera a un baile y casi sin mirar lo que había por los suelos, ni a mí, que andaba chorreando. Como para no arrugarse el muchacho viendo todo eso. O que no estaba él para ver.

Salta y me tira un espadazo en corto, torpón. Le eché el cuerpo atrás y la mano se me subió sola y toqué el Moreno con dos dedos.

—Tú te estás quieto y no te pasa nada —le digo al zagal.

Me acordé de cuando yo tenía la edad de él y miré de no alzarle el gallo. Hasta le dije:

—Suplico a su Merced vuelva esa espada a su cinto.

Pero ni por ésas.

Nunca. En esos refregones, nunca se sabe bien. Me parece que, según le entoné las palabras, ya andaba él medio escuchándome. Bajó su arma y yo la mano. Pero la voz del Setién nos las volvió a levantar, así se le hubiera secado la lengua.

—¡Quita allá, Juan, echa a un lado, que me cansan estos guapitos! ¡Y

más, los tan señóricos y aún tan doncellica como me parece éste!

Padecer, no padeció el muchacho. Que él esté viendo a Dios todos los días.

Me tiró la segunda estocada, y ésa me arañó una muñeca, y ya venía la tercera. Le entré en limpio y por abajo, amagando el cuerpo al suelo.

Pascual Colarte... De escucharme yo a mí mismo, de haberme hecho caso, a quien se la doy es a mi compadre. Luego, ni le dije nada. Para qué. Qué le iba a decir.

Se fue a pelear y me dejé caer allí mismo en un silloncito blanco; ya había puesto mi parte. Si más llegan, no sé, a lo mejor ni me alevanto en ese momento. Miraba al mancebo ladeado junto al de negro y, medio sin darme cuenta, lágrimas me comieron la cara quemando y amargando como rejalgar, y no hallé alivio en decirme que, de no haberlo hecho, el muchacho sería el del sillón y yo el del suelo.

Lo de abajo acabó pronto. Y la rebusca, pero la rebusca hízoseme larga. Yo no puse mano. Ni a la cruz de oro del señorón, que lo volvió de cara un mestizo y tiró de ella delante mía, y yo allí sentado y quieto. La vi ya limpia en Mosquilla, entre el botín... bueno, en ésas, pocos se guardan algo, ¿sabes?, no es costumbre. Igual se enteran y la pagas, pero bien cara.

Y Amaro nos supo escuchar:

—Patrón, deje este barco, déjelo.

Si a más no viene, ya tenía él en su cabeza lo de dejarlo. Echarlo a fuego o volarlo, eso no va con sus mañas, no. Es lo que hacen cuando se abandona una nao asaltada, y otro lo hubiera hecho. Él, en no siendo de holandeses, no.

Y la dejó y, los que quedaron, llegaron. Malamente, pero llegaron, no se perdieron en la mar. Aun sin aquel piloto. Ni a nosotros nos convenía cargar con esa *Princesa* de tantos compromiso y tonelaje, que ni por la

canal de Mosquilla hubiera habido forma de meterla. Mejor, lo que se hizo, así se supiera luego y retumbara como retumbó: total, quién. Una fragata nueva y sin el letrero. Ahí me las den todas. Con lo plagada que está toda aquella mar y con lo que andan los barcos. Y el escondrijo. Si acaso, el capitán: que los saqueados pintaran luego al capitán, y Amaro no es difícil de pintar. Lo que es que él también está en eso y, aparte su desplante de echarse el banderón antes de un abordaje, ya luego trata de no hacerse ver mandando y alentando a la gente, aunque dé cara como el primero. Pero en medio de la bulla. El Mono. Al Mono llegaron a confundirlo con el capitán unos pocos del *Santa Rosa*, que lo supo Amaro y disfrutó con eso. Y en otro asalto, al mismo Setién, a cuenta de toda su altanería y de sus hechuras militares. No: con el patrón, nada iba a rienda suelta. Si no, en esas guerras y con esa gente, y con sus repentes y sus cosas, dónde estaría él ya. Mira, bachiller: de haber un Dios, para mí que esas cabezas tan vivas también han de tener luego su premio. Algo. Por malinas y desconcertadas que estén. Y un tonto, aunque sea santo, nada.

Hasta dejando a un lado los asaltos, y lo del no picar llevándose una nao que era una alhaja. En lo que fuera. Ya nada más que con lo de los indios, veías quién es Amaro Bonfim. Pues, aun siendo mansos, mal se hubiera acabado en Mosquilla si él no tiene con ellos ese arte y esa mano izquierda; tú no sabes lo rara que es aquella gente de Indias, y sus manías y su manera de ser. La paciencia que es menester. Y Amaro con ellos la tenía y nos hacía tenerla. Sin ir más lejos, su miramiento con lo de los pescados y los mariscos de los indios, que a los Hermanos no les gustan ni los comen nunca. Pero cada vez que los de allí los traían a los refugios, unas bateas muy grandes, se les agradecían como todo lo demás que nos llevaban, y se festejaban y se guardaban y hasta se probaban en la cara de ellos, por darles gusto. Y, en cuanto se habían ido, enterraban y tiraban el pescado y los mariscos donde ya no pudiesen ellos verlos. Menos yo y

otros pocos, que nos comíamos unas piezas asándonoslas, qué lástima de bateas enteras a desperdicio.

Fíjate qué raro es que allí, y por toda aquella parte, la gente de asalto que vive sobre la mar, le haga tanto asco a lo de la mar. Ellos, su bucán, sus salmigondas bien picantes, sus guisados de buey o puerco, echándole al caldero un chorreón de tafia o aguardiente de palma, y no quieren más. De la mar, lo único a la boca, la tortuga. No las más grandes, que ésas no valen para nada, sino aquéllas un poco más terciadas: las verdosas de las escamas duras, que son de buen comer.

Salen los indios a por ellas y todo el tiempo van diciendo *macoa macoa*, que me embarqué yo a las tortugas una mañana, con todo el solazo, en la piragua del marido de Tonalzin. *Macoa, macoa*. Sin chillarlo. Llamándolas muy seguido y así bajito como para que no se sobresalte la manada y no huyan de las redes. Y hasta el dispensero se las llevaba en *La Garzona*, porque con ellas hay vianda fresca: ni se mueren. Boca arriba y en agua de la mar, ni se mueren. O en el sollado, que no les dé el sol y baldeándolas. Y si se mueren, se sala un poco la carne y vale igual. De un viaje corto, una volvió viva, y a ésas que aguantaron les dan libertad los Hermanos, y manotean muy torpes por la mar un buen tiempo, sin hallar rumbo. Hasta que van despabilándose. A aquélla que te digo le llegó tarde la licencia, ya estaba medio lista cuando la soltamos. La marea la arrastraba a la arena como un leño y dos veces la volvimos a aguas más hondas sin poder quitarle la muerte de encima.

Y lo mismo que esas tortugas, y que el pescado que se tiraba, los naturales traíannos de todo en cuanto ya tenían para ellos. Lo que no tienen es donde caerse muertos. Más pobres, imposible, y digo yo que a lo mejor irán tan en cueros por lo mismo. Ni que ponerse. Pero nos llegaban con pichones, y unos guarros montunos raros, y unos venadillos manchados que ellos los corren y flechean con unos venablos ahumados

muy duros, y les echan luego unos perros grandes pero mudos, sin ladrido ni gruñido ni llanto, créemelo: como si se los hubiera quitado un cirujano. Y venían también con fruta gorda y frutillas de matorral, y con el aceitacho para los mosquitos.

Pero mira que son bien raros en sus cosas; cuanto te diga es poco. Por lo menos, aquéllos de allí. A ver si no es manía que, a hora de comer, se den las espaldas y no hablen ni se miren, oye, como si anduvieran haciendo o escondiendo una fechoría o como si el comer fuese vergüenza. Eso me cae muy fuera de razón y entendimiento, y más me caían los nombres. No ya por lo enrevesados y difíciles: es que tampoco quieren decir en su habla Francisca o Ana o Juan, sino *El hombre de la bajamar*, *Fuego de Alegría*, *El rayo de carne* o *El ladrón del sol*, ya me dirás quién va a robar el sol y cuándo se ha visto un rayo de carne. Quemarla la quemará, pero un rayo cómo va a ser de carne, que no. Gente sin cristianar, ni quieren cristianarse; además, holgazanes, pesca y cacería aparte. Y bien está que sean tan buenos nadadores, porque lo son, pero ¿no te parece ya mucho que se casen poniéndose en remojo? Llegan los novios a la playa y se van entrando en la mar muy despacio, tomados de las manos y con ramos en la cabeza, mientras las del poblado les cantan desde la orilla, y los rodea, con la misma cantilena, todo el cordón de piraguas y canoas. Y así se están media mañana.

Y Amaro siempre diciendo que, en el tratar a esas gentes no perdiéramos de ojo lo que era para cristianos, no para ellos, y que no los molestásemos ni engañásemos en cosa alguna.

—Ni ha de hacerse aquí —machacaba el patrón— lo que en tantos lugares de Indias se hace, despojar y matar como si se estuviera en tierra de moros.

Ahora: lo que es prestarse a eso, se prestaban.

Pero, aún tan bobalicones y tan raros de suyo, tienen sus saberes, y

más de los que parece, aunque no hayan visto un borrico ni una rueda. Me afligieron lombrices, que si te medran no hay quien te las quite, y diéronme a comer unas semillas de color vino tinto que al otro día se me soltó la tripa del cagalar y creí que por ella me vaciaba entero, pero se me fue todo aquel gusaneo. O las mañas que ellos se dan en cacería y en pesca, que cuando cogen mucha pesca le dicen al montón *panamá*; o para afeitarse unos a otros caras y cabezas nada más que con agua y un colmillo de galano atado a un palo, que ni con navaja de barbero y pella de jabón. Y lo que es dar, te llevo dicho que, en cuanto tienen para sí mismos, dan lo que sea, menos unas bestezuelas así como entre rata y conejo, desabridillas aunque de buen comer y que ellos no pueden criarlas y hay pocas, conque se las guardan en los chozones y les hacen más fiestas que si fueran perdices. De lo demás, todo y sin un interés.

Les conocía el patrón los gustos y les llevaba, para andar a bien, mucha maritata de cintajos y cascabeles, cuentas de vidrio, medallas de latón... Un cajón de muñequitos que llegó, eso fue en la playa de Mosquilla un alboroto casi como el del caballo, y un espejo de mano con el mango dorado que entró en el mismo desvalijo de los muñecos, me parece que del galeón *San Gil*. Estuviéronse los indios mirando en el espejo con muchas muecas y bailetas de gozo, como criaturas hasta los más viejos, y tanto se lo arrebatában unos a otros que lo cayeron y rompieron en una piedra, de lo que les vino a los infelices un asombro todavía más grande tan solamente porque seguían viéndose en los pedazos: entérate de cómo son.

Lo que es que, con tales caprichos, daban también en ser rateros. En nuestra misma cara jalaban de lo que podían y, si era alguna bagatela, nos tenía dicho Amaro que se la dejásemos al que fuera, aunque haciéndole ver que nos habíamos dado cuenta para que no nos tuviesen por bobos.

La Tonalzin misma me hurtó dos o tres cosas, empezando por la vaina

de cuero cordobés que le compré al Moreno en Sevilla. Ven lo que sea, no lo piden y lo roban. A ella se lo reñí siempre y reía como una niña chica, y eso me encendía la rabia hasta que acababa ella con lágrimas... La Tonalzin... Rechoncheta y casi sin talle ni popa, según son las de allí de Mosquilla, pero muy apacible y con unas carnes que me eran de mucho regalo. Lo que más, los pezones, redobladillos y bien firmes. Y la cara era ancha pero de dar agrado, con los ojos brillosos, aquella color de aceituna igual que las moriscas, y oliendo toda ella a fresca y a aceites suaves, pues es gente que todos los días se baña y se da unciones. Así que me cayó en antojo apenas verla en la playa la mañana del caballo, que se le caía la baba mirándome sin recato, igual que yo a ella, y me sonrió al momento. En cueros vivos como todas: tal como la madre las parió, con la gracia de que tienen los abajos y empeines dispuestos de manera que no se les ven sus partes, sino dos o tres dedos de vello.

Poquito después me curó y no lo de las lombrices, que lo de ellas sucedió antes y fue un indio viejo quien me llevó la purga, sino a cuenta de los mosquitos chiquitos que te dije. Empezaron esos cabronzuelos a comerme y ya me dio aquel aceitacho de los indios el cirujano de Mosquilla; pero yo no me lo quería poner porque me levantaba el estómago y por la misma ardentía, que ese aceite al principio te la agranda. Y acabaron el cirujano y El Mono teniendo que llevarme a los chozones pues terminó picándome hasta el nombre, aparte que también me llené de las niguas ésas, que se te meten y crían entre la carne y las uñas de los pies. Cuando me llevaron a los indios ya casi no podía andar, y el curandero de ellos era el padre de la Tonalzin, y ella fue la que me estuvo sacando los bichos y poniéndome el aceitacho, y enseñándome a manejarlo de manera que, con zurrapas y todo, no me asquease tanto. Estaba allí tendido, mirando a la Tonalzin y al techo del chozón, y todos mirándome a mí, y el aceitacho quemándome, y las manitas y los ojos de



ella para arriba y abajo de mi cuerpo atendiéndome las ardentías, y en esto que, con tanto encuereo y toqueteo, me viene otra quemazón y se me alza muy bien alzado mi palo mayor, sin aviso y al golpe, con gran risa de todos y de Tonalzin y mía, que reí el último. Porque aquella misma noche estaba yo durmiendo en el refugio, aliviado ya de picores y fuegos, cuando siento unos pasos livianos y me veo a la Tonalzin acercarse a mi yacija quedamente, que eso al patrón no le petaba, mas se hacía a barullo, y él, la vista gorda.

Empiezo a hacerle sitio a la india en el jergón y cuál no sería mi sorpresa cuando la veo pasárselo de largo y echarse en el suelo junto al de otro hombre, un mulato muy alegre de Jamaica. A por él iba la Tonalzin, que no a por mí, pero estaba roncando y ella no lo despertó: se acostó en la tierra, por el lado de allá de mi catre, y lo esperó con una gracia. Ya te he dicho que eso en Mosquilla es cosa corriente y ni indios ni cristianos se requeman si alguno anda con más de una y alguna con más de uno, aparte ya de su hombre indio. Y el Drié, el maestro armero, que ése era de los que culo veo, culo quiero, ése andaba con tres y ya tenía sus años, un gallo perilludo con tres colgando de las alas. Porque aquellos naturales no se andan con los sofocos y las obligaciones de pareja, cosita que ni se piensa por acá: cásanse o déjanse a su modo y, en el entretanto, se están con quien les place y sin pendencias, que eso tiene su mérito, y algunos hasta nos rempujaban las esposas, las hermanas y las hijas como si recibiesen honra o provecho de que se las cubriésemos, vete viendo cómo son y que aquello no estaba para frailes.

Lo que en verdad no consentía Amaro es que se quedasen hembras ya a vivir en los refugios, y él andaba sin fija y sin volandera, que nadie lo vio nunca con ninguna.

Muy de tapadillo, hasta entre hombres noté allí sus más y sus menos. Y no es que pasara mucho. Pero pasaba. Comenzando por el piloto

Rovigo, que un día me lo vi venir y hube de pararle los pies diciéndole:

—Por ahí yo no, señor.

Conque aquella noche, y estando la Tonalzin aguardando que el mulato se despertase, me agaché en busca de unas piedrezuelas y se las estuve tirando por abajo del jergón del otro. A la que hizo tres le atiné y se vino conmigo, que como estaba todavía acalenturado y dolido de los mosquitos y niguas, aun con mi armamento en alto no hicimos más que dormir juntos y contentos, y ella se fue cerca del alba.

Todo el tiempo del amorío, que no fue corto, me trató la Tonalzin sin mandamientos ni tósigos de esposo. Pronto tuvo ella el suyo indio y yo no dejaba de pensar en Anica como en mi mujer, aun con todos los años y pesares, y en los temores de que no iba a verla más. Pero tanto fue así lo de no sentirme amarrado a mi salvajina, que hasta hubo de pasar muy buen tiempo para que yo me hiciera cargo de que estaba viéndola muy mucho y bien amancebado con ella, pues libre andaba para acostarme con quien quisiese y así lo hacía, no sé si más por sentirme a mis anchas que por otra cosa, de modo que no me venían de la india cansancio ni fastidio, e igual corrían meses sin andar juntos ni dolemos de ello. También he de decirte que, por ser yo cristiano o por lo que fuese, no me iba a mí a genio dejar a la Tonalzin tan suelta como ella me dejaba y el marido permitía, cómo iba a ser, y hasta me lloró mucho otra vez porque le castigué fuerte el haberla visto por atrás de la playa, dándose el pico con un barbilindo Bustamante que no me caía a mí en gracia.

Y otra cosa que hacía la Tonalzin, igual que toda su gente, era pintarse una rosca en la cara antes de encender unos canutos o sahumeros de hojitas secas y verdes, que ellos se tragan el humo y luego lo echan por nariz y boca, y me decían y daban a entender todos que era cosa de placer. Se le aflojaba con eso a Tonalzin la viveza, y me lo quería hacer probar, y siempre yo que no y que no, hasta que una tarde me metí

aquellos humazos que los indios y algunos hombres de Bonfim se tomaban con tanta parsimonia como gusto, y que a mí me echaron a resoplar, a toser y aun a peer como alma en pena, de puras bascas, trasudores y mareos, pues otra cosa no saqué al principio, aparte el enojo de ver reírse con mis fatigas a Tonalzin.

Lo que hubo de pasar, bachiller, es que no estaba mi cuerpo hecho a tales bocanadas y olidas, pues otro día, ya emperrado en que no me dañasen puesto que a ninguno le hacían mal, me amoldé a tomarlas y fui viendo como diferente cuanto tenía alrededor, que no era más que un chozón de indios y con aquellos humos por adentro de mí ya empezaba a parecerme otra cosa, aunque sin comparación con lo que la señora Astrea me dio en su casa: mucho más fuerte aquello que esos sahumerios blandos del Caribe. Con ellos, no es que se vean muchas cosas de extrañar, como con el bebedizo de Venecia, sino todo tal cual es pero en una alegría calmosa, como si no hubiera penas en este mundo ni nadie fuese ya a padecer y a morirse. No con las luces del alcohol, que igual te adoban y abonitan lo que ves, como te lo convierten en corona de espinas y te echan para afuera las ganas de morder; sino de muy pacífica manera, levantando entre todos los del humo, hombres y mujeres, un entenderse sin hablar, tal que si de uno a otro pasaran sentires y pensares de todas las cabezas como si fuesen de una sola.

Y fue en uno de esos sahumerios donde vine a conocer las creencias tan raras de ellos y por qué no preñé nunca a la Tonalzin, aun yendo tanto el cántaro a la fuente. Ya me habían llamado la atención los pocos alumbramientos entre los indios, y éstos tan ajustados que el número de ellos ni fue a más ni achicó en mis siete años largos de Mosquila. Los que morían iban remendándose con los que nacían, tantos por tantos y muy concertada la balanza, pues allí nunca faltaba gente moza, ni criaturas, ni viejos con un saber. Y es que ésa es una cosa de su religión, y cuando me

la contó la Tonalzin no me entró bien, pero mucho de ello me sonó a verdades, aun siendo una historia como para chiquillos.

Bueno es decirte antes que, con los tratos y poblamiento de cristianos, algo de español aprendieron los indios y mucho más Tonalzin, a la que todos tenían por muy despierta y avisada. Con lo que no atinaban ella ni ninguno era con lo de nuestros nombres y apellidos; me acordaba yo del *Cuan* de Corradino, pues con la indiada tampoco había manera: a Bonfim decíanle Ofil, Otalten a un González, Ayllén a Setién, y a mí hasta la Tonalzin me mentaba Cueso: el Cantueso, por nada del mundo les salía.

Con eso y todo, mucho más zoquete era yo en su habla. No pasé de decir *toílti*, que era el día, *lélet*, la noche, *soyotzin*, la mar, y no más arriba de otras quince o veinte palabrejas de ellos. Listeza y oído sobrados los tuve, menos para aprender aquella parla indiana. Lo mismo que tampoco se me ha dado desmontar a tiempo estando con mujer, según lo hacen otros picaramente, ni acertado a echar fuera de ellas mi pieza en lo mejor de la batalla por no verter en sus entrañas.

Así pues, ya andaba yo extrañado de no embarrigar a la Tonalzin sabiendo que toda mi sustancia le iba a los adentros, cuando una tarde y en medio de un fumisqueo de aquéllos, entre el sosiego y el buen acuerdo que dan, me vino en gana preguntarle medio por señas cómo es que no se abultaba de mí ni de su esposo o de otros, y lo de las pocas nacencias entre sus gentes.

Estábamos sentados delante de los chozones y de cara a la mar, y otros indios igual me oyeron y comprendieron, y el padre de Tonalzin me fue haciendo entender, también medio por señas, que del nacer demasiada gente llegan las desgracias y las hambres y las guerras, por lo que ellos procuran estar siempre en igual número como mandamiento de su religión, cosa que me pareció de buena ley según ves irle en la vida a tantísimo desdichado.

Habló luego la misma Tonalzin, pasando a contarme, en su habla española y como de niña chica, el cuento y las creencias que te dije, y que tampoco se me han ido de la cabeza, tanto por su rareza y ocurrencias como porque después les di muchas vueltas y, al final, me echaron a cavilar en más de una cosa y a sentirla como de razón aún rebujada con tantos desatinos, hasta con Adán y Eva, digo yo que serán, volando igual que si fueran gorriones. La tarde aquella, entre las vaharadas del sahumero y a la luz última del poniente, Tonalzin habló así, y me fue muy de agrado y distracción oírla:

*Antes de que nada viviera o se moviera, no había más que aire, sombra y frío, y Los Seis Señores estaban abrazados y dormidos en el fondo del Tiempo.*

*Alguien los despertó. Aborrecieron el frío y la sombra, y se pusieron a hacer el Fuego y a encender las luces del cielo. Removiendo el Fuego hicieron a la Mujer, y un día después hicieron al Hombre. Y los tuvieron junto a ellos, sostenidos en lo alto por unos velos que nacían en los cuerpos de la Mujer y del Hombre. Y esos velos eran seis y muy delgados, y tan largos que podían con su peso.*

*El Fuego pidió a Los Seis Señores que hicieran su contrario, y ellos hicieron las aguas. Y les pidió las tierras, y las hicieron. Y luego pidió el Fuego todos los seres que están en las tierras y en las aguas. Los Seis Señores empezaron a hacerlos uno a uno. Cada Señor comenzaba un ser y lo terminaba.*

*La Mujer tuvo curiosidad. Quiso ver de cerca lo hecho y estarse entre los animales y el verde. Y ella y el Hombre aprendieron a recogerse los velos que los sostenían. Bajaban de lo alto y volvían a los aires antes de que la luz se fuera.*

*Por amor al Perro y a sus juegos, la Mujer y el Hombre no se dieron cuenta un día de la llegada de la noche. Se asustaron y abrieron muy*

aprisa en lo oscuro los velos para alzarse. Los velos se enredaron en los pinchos del magüey. La Mujer y el Hombre cayeron a tierra. Y los velos quedaron tan quebrantados que ni pudieron ajustárselos en su lugar, los dos huesos de arriba de la espalda.

La Mujer y el Hombre se hicieron a caminar y a nadar y a correr. El Perro se les juntó. Deseó ir siempre tras ellos. Y Los Seis Señores bajaron para acabar de hacer el mundo.

La Mujer y el Hombre tuvieron dos hijos y tres hijas. La última, Teniloatzin, era muy hermosa y la sabiduría de Atloalco, el más viejo de Los Seis Señores, la vio en el mañana. Aun sin tener Atloalco cabeza, miembros ni sentidos de persona, se enamoró de Teniloatzin cuando ella todavía no sabía andar. Era tan viejo que ya había hecho todos sus trabajos. En cuanto terminara de hacer la Hormiga, Atloalco iba a deshacerse como el humo o las espumas de la mar, y a volver a lo alto. Cuando estaba terminando la Hormiga, vio a Teniloatzin.

Atloalco dejó en el suelo a la Hormiga. Le faltaba ponerle su grano de entendimiento y hacerle los cuernos con que la Hormiga se topa y habla con sus iguales. Pero Atloalco la dejó. Apenas la acabara habría de irse a sus alturas. Y no quería perder a Teniloatzin.

Atloalco recogió del suelo a la Hormiga. Le puso su grano de entendimiento y le hizo entender que, si no le obedecía en cuanto le mandara, no iba a tener sus cuernos.

Atloalco esperó a que Teniloatzin tuviera quince años y, para gozarla bien, fue tomando en ese tiempo cuerpo de hombre. Ninguno de Los Seis Señores lo tenía ni lo tiene. Atloalco no quiso decirles para qué quería el cuerpo de hombre ni por qué no acababa su trabajo. Los Señores se irritaron. De ahí vienen los alacranes y las inundaciones y las tempestades y los truenos, que son la voz furiosa de Quetlén, el Señor menos viejo de Los Seis.

Atloalco sabía que el cuerpo de hombre no era suyo y temía agotarse al cubrir a Teniloatzin. Antes de aparearse con ella, fue a la selva Atloalco y buscó a la Hormiga. Le dio el buche de un pichón y le mandó que se acercase al lecho, recogiera en las patas media gota de su sustancia y se la conservase en el buche del pichón.

La Hormiga aguardó el momento y luego hizo con gran trabajo lo que Atloalco le tenía mandado.

A la mañana, Los Señores vieron a Atloalco con Teniloatzin y entendieron el porqué del cuerpo de hombre, y se sintieron burlados y envidiosos. Tuvo Atloalco que escuchar su larga cólera y sus quejas, y cuando corrió a infundir vida a su reserva, la media gota ya estaba algo echada a perder. De ahí vinieron los mayores males.

Teniloatzin tuvo un hijo de Atloalco, que se llamó Quemul, y él quiso a poco fecundarla de nuevo con la media gota que la Hormiga le tenía guardada. El cuerpo de hombre aún daba sustancia, pero Atloalco deseó probar su poder. No oyó los consejos de su sabiduría ni los de la Hormiga, que bien sabía del mal olor y apariencia de su conserva. La Hormiga dio por fin a Atloalco el buche de pichón con la media gota perdida y le reclamó sus cornezuelos. Atloalco los hizo, se los puso, la dejó ir.

De la media gota, Teniloatzin concibió y parió otro hijo, Acoatl. Acoatl era muy semejante a su hermano Quemul Pero se amaba demasiado. Quería que se hablase de él aun después de muerto y era su condición tan ávida que de él vinieron el veneno de ókum y la rama de las guerras, con destrucción y llanto para todos. Las guerras no cesaron. Quetlén, el menos viejo de Los Seis Señores, aún no había desaparecido, y las gentes fueron a pedirle que detuviese las guerras. No podré, dijo Quetlén. No podré detener las guerras ni acortarlas. Nadie podrá. Achicarlas, sí. Menos hombres, menos necesidad, menos guerras y

muerte.

Quetlén juntó a las mujeres, las llevó a la selva. Cosechó ante su vista seis clases de yerbas, seis de flores, seis de hojas y seis de semillas. Quetlén las maceró delante de las mujeres. Sacó de ellas un remedio que se llama Tolén. El Tolén ahuyenta la preñez por seis años. Al cabo de ellos, la mujer puede volver a protegerse con él otros seis. O agrandar la necesidad y las guerras y la muerte haciendo nacer demasiadas criaturas, y siendo madres de la estirpe de Acoatl, el que todo lo quiere.

Esto enseñó y dijo Quetlén, y más tarde también subió a lo alto, donde están otra vez Los Seis Señores abrazados y dormidos en el fondo del Tiempo.

Ya con la noche encima, hice a Tonalzin repetirme no poco de todo aquel batiburrillo. Me volví playa alante a los refugios, con la cabeza muy en lío, aunque viendo un pelo de razón en lo de los muchos nacimientos, y al otro día me vino la india con que, a escondidas de los suyos, iba a hacerme ver la verdad de cuanto me había contado. Por si fuera chico todo aquel enredo de Señores y de gente, aún me dijo Tonalzin que, por si alguna vez no daban con las veinticuatro plantas del Tolén, ese Quetlén también les había enseñado a las mujeres de su raza una disposición del cuerpo de la hembra todavía más cabal contra el preñe, y es la de mover algo en lo más hondo de su vientre antes de juntarse con hombre, de tal modo que el lugar mismo de la preñez, arriba y muy adentro, viene a quedar cubierto y defendido por un pliegue o carnicilla como esponja, que anda pegada a esos fondos y que, de nacimiento, está fija en todas las hembras, sino que, aparte esas indias, nadie la siente ni agradece ni conoce, y menos los doctores cristianos. Así que, desde que una india de aquéllas viene al mundo hasta los nueve años, le restriegan y soban su vientre dos veces por día sabiendo dónde y como hacerlo para que se le vaya despertando y moviendo esa esponjilla, y ella



vaya sintiéndosela, hasta que con el tiempo aprende a manejarla y ladearla siempre que le acomoda, como quien mueve pie o dedo y aunque, estando tan en lo hondo, no pueda verse ni tocarse.

Al resguardo y virtud de esos saberes, terminó diciéndome la india, y del apartamiento en que su pueblo estaba de otros, nunca eran ellos de más ni de menos, sin falta ni sobra de ancianos ni de niños. Desde mucho tiempo atrás, me detalló, no habían nacido en sus chozones más que dos criaturas del linaje de Acoatl, porque sus gentes gozaban de la protección de Soyotzin, la mar, a la que fueron entregados aquellos dos mozuelos en una balsa con mantenimientos, apenas verse clara su mala condición y para que las corrientes de la costa los llevaran muy lejos de su poblado, si lo quería así la mar.

También me devané la cabeza con todas esas explicaderas, que seguían pareciéndome chiquillerías y desatinos de marca mayor, barajados con cosas de buen juicio y cordura.

De allí a pocos días proveyó Tonalzin unos víveres, una calabaza de agua y una vara nudosa de rara color, y, pidiéndome que a nadie se lo dijese, me llevó hasta las ciénagas que por atrás del poblado indio subían selva adentro desde la costa, avisándome que me dispusiera a ver con mis ojos cuanto me tenía dicho. Nos citamos al alborear, abrió ella la marcha y dimos con el pantanal como a media legua de los chozones, llegando a él por un sendero que, en muchos tramos, se borraba comido por árboles y yerbas.

Nunca se aventuraba hasta allí la gente de los refugios, a sabiendas de que por aquellos charcajos no iban a dar más que con olores puercos, algún caimán al acecho de un mal resbalón, unos mazacotes inútiles a flote como de brea o cera negrucia, que nadie sabía qué era ni de dónde salían y que el agua los va endureciendo, y mucha poza de arenas flojas, de las que no se ven y se tragan a hombres y a bestias acosadas, sin que

puedan escapar de ellas. Por toda la orilla de las ciénagas entraba a sus aguas la selva espesa y hacía tan imposible bordearlas como echarse a traviesa de aquel murallón verde.

Tonalzin se fue derecha a los pantanos. Tanteó la ribera con la vara que había llevado y, teniéndola entre los dedos sin apretarla, me hizo seña de que la siguiera y se entró por los charcos poniendo pie donde la punta de la vara parecía posarse sola, sin que la india la moviese ni gobernase. Sobre las aguas y al lejos, el aire tembloteaba de la calor.

Caminamos así cosa de dos horas, atento yo al Moreno y no viendo ni oyendo más que algún chapoteo, chillar de monos y revoloteos de garzas, patos y cigüeñuelas, hasta dar casi a bocajarro en una gran plaza desierta con murallas bajas y, en su mitad, como un cerrillo de piedra alto y muy bien hecho, con la punta desmochada, cuatro lados estrechándose hasta arriba y escalones en medio de ellos. Atrás vi un patio más largo que la plaza, todo ensolado, cercado por el pantanal y la floresta, y que me volvió la memoria a los mármoles de los antiguos y a las ruinas y estatuas descalabradas de la Caleta de Cádiz, aunque aquello no se le parezca más que en el abandono, pues todo cuanto vi en aquel claro, aparte ser muy diferente, estaba como más nuevo.

Seguíanse allí muros de piedra muy labrados con para fueras y para dentro de grandísimos trabajo y paciencia, haciendo grecas o remedando figuras y cosas que veías medio claras, otras que ni eso y otras en las que, si te fijabas despacio, pues ya ibas entreviendo ojos y cuerpos y bicharracos, todo reliado y a la buena de Dios. Más en pie que por tierra, vi paredes con puertas sin hoja, rampas y escaleras, unos muñecones en piedra mucho más altos que yo, puestos allí en corrillo como si estuvieran de palique, otro acostado boca arriba pero mirando de lado, encogidas las piernas, rodillas en alto y con dos peinetas en la cabeza. Y barandales con adornos, y torres centinelas, y postes gruesos llenos de

marcas y de caras, de mucho llamarla atención cada cosa y como si en medio de la soledad aquella hubiera estado un día el ombligo del mundo.

—¿Y todo esto qué es? —le pregunté a Tonalzin.

—Es lo que éramos —me dijo.

Anduvo paseándome de acá para allá con la cara seria y, luego de comernos las provisiones, me dijo que ya había yo de ir viendo bien cuanto de su religión me había hablado.

Primero me enseñó en un paredón seis cabezas grandes que de él salían cerca del suelo, muy fuertes y como de serpientes con colmillos y unas gafas cuadradas, y me dijo que éstos eran Los Seis Señores. Un trecho más allá, lo que me señaló como la Hormiga era una palangana labrada puesta en pie, y por mi madre que no vi en ella patas, cabeza o barriga de hormiga ni de bicho alguno; pero lo que más me chocó fue que la dicha Hormiga resulte mucho mayor que su amo el señor Atloalco, que tanto y tan malamente la aperreó con lo de los cornezuelos. Él se veía al lado de la palangana y con su cuerpo de hombre todo mermado, muy pequeño, y le salen de la boca abierta como rizos y unas flores, y me dijo la Tonalzin que eso quiere decir que está cantando. El Perro sí me pareció con más cara y hechuras de perro, las orejas y el hocico a buen seguro, aunque también me fue menester echarle mucha voluntad pues tenía barbas, capa muy bordada como de obispo en misa mayor y pies de gente hasta con sandalias. Labrado en un poste alto, el Quetlén gasta cabeza de pájaro, pico grueso doblado para abajo y un penacho de flechas en la coronilla, pero manos de hombre con más anillos que el Santo Padre y en una de ellas una copa, que me aclaró Tonalzin que era el tolén de no preñar, y que me fíjase en que una enana echada junto a él con las piernas abiertas, enseñaba, en lugar de sus partes, una puerta chiquita con la hoja cerrando para adentro. Otras gentes, también en piedra, llevan un tocado tantísimo más grande que ellas mismas y lleno de ringorrangos y cosas,

que era hasta un mareo irlas distinguiendo entre los laberintos. Y, aunque la busqué y rebusqué, la pareja del Hombre y la Mujer, éstos no éramos más que yo y la Tonalzin, pues por ningún sitio los vi en todo aquel pedregal.

Me vinieron ganas de la india y me la gocé en mitad del corro de muñecones, de lo que la muchacha recibió gran gusto y se holgó mucho, diciéndome que eso tenía que alegrarlos. Y, como ya estaba yo pendiente de lo de la esponja, no sé si sería una figuración mía o si ya aquella vez, y luego con otras indias de Mosquila, sintió la punta de mi miembro allá al fondo como una suavidad carnosilla con la que topaba y que en las hembras cristianas me parece no haber sentido nunca, no sé.

Volvimos a las ciénagas mucho antes de que empezase a amagar el sol y, a tiempo de ponerse, ya estábamos de retorno en Mosquila.

Como nada perdía yo y veía a la Tonalzin sin intención ni porte de engañarme, sino muy creída en aquello, le dije que sí a todo sobre lo que habíamos visto, por no andar porfiando. Luego, nada de cuanto conocí ese día lo conté en los refugios, y menos al propio Amaro, que él lo hubiese tomado por herejías y con eso, en siendo cosas de religión, también perdía la cabeza.

*... es cosa notable y curiosísima que, aun con esas miras puestas en el mañana y dueña de un estilo bien novedoso para la época, la novela de Irala apuntase también a mucho libro del pasado, cuyo jugo renovaron algunas de sus páginas y evocaban ellas muy ostensiblemente, hasta en pequeñas frases y dichos transcritos, o apenas alterados, y desde las novelas de picares a Cervantes. «Siendo él gran amorador del Quijote, se ha atrevido Irala a entremeter en su librejo historias y aun leyendas cosidas a la trama, como en el Ingenioso Hidalgo se contienen», escribió Des Vries a monseñor Renaud en carta a Cambrai. Y es en la misma misiva, que guarda hoy la Universidad de París, donde alude don Gaspar a las muchas puntualidades históricas del libro, admitidas por los inquisidores, y expresa su sospecha de que, contra los juicios contrarios de fray José de la Trinidad y aunque ni él ni el sabio franciscano pudiesen hojear la novela sobre El Rubio, éste pasó unos años a Indias, tal vez a México, cuando mayor era el despojo que en nuestra América consumaba media Europa y empezaban a huronear los anglosajones del Norte, avasallando a los naturales con atropellos y tiranías más fuertes...*

## **5. Andanzas en Jamaica, Puerto Rico y asomos de negrería, hasta Lisboa La Famosa, con muchos lances de gran espanto y gusto**

*A 26 de marzo. ~~~ Como tres meses llevas, bachiller, fiestas y todo, aguantando la humedad de este calabozo y gastando conmigo este banco de piedra ostionera: mucho iba ya a costarme no creerte lo que me dices de que también son estos papeleos tuyos los que están alargándome los días sin sobresalto. Y a ver si por fin declara verdad ese alemán de la Baja de mierda, ese pastelero criminal. O será mi poca paciencia, o no entiendo yo cómo es que no ha cantado ya en mi descarga ni tampoco en*

contra mía, ni todavía lo han aculado en el banquillo cara al señor relator y jueces, cuando, según me dijo el sargento mayor Orellana, lo corriente es que de dos meses no pase la Justicia en despachar sus vistas y sentencias. Con lo que te llevo confesado a ti, seis veces me matarían, no una, sino que yo me fío de mis pálpitos y sé a quien le hablo: tú sigue, sigue apuntándotelo todo para ir sacando tu aceite y escondiendo las aceitunas, que te las seguirás escondiendo por la cuenta que a los dos nos trae.

Pero dime: aparte ya de esos papeles y del favor de tu tío el alcaide, ¿no ha de ser tal tardanza del juicio, se me ocurre a mí, hija de los sucesos mismos del horno, y tan larga como ellos, porque anda la Justicia descubriendo más nombres de muertos y matados? Para echárselos encima todos juntos al de los pasteles, y a mí que nada sé de aquello ni de lo que allí pasaba: tanto es así que yo era el primero en comerlos, fríos o recién sacados de la calor del horno, cosa que ni quiero pensar como dicen cuantos los cataron: o sea, medio Cádiz. Tú figúrate: con todos los que se vendían y dos años que él llevaba haciéndolos...

Cierto es, como tu talento me señala, que ahora todo lo veo mejor porque fuera de todo estoy, y que me acuerdo de lo que sea porque ya no lo tengo encima y tú me ayudas a sacarlo.

¿Y ese librito de penitencia? Bien has de irlo llevando, y ojalá que al venderse te deje unos reales. Yo, al día como los pájaros, ya me doy por contento con seguir royendo esos zancarrones de puchero que en esta trena nadie chupa. Ni me impacienta ya que apuntes hasta el aire que respiro contándote mis pasos y estropicios: mucho me acuerdo, y Santa Gloria tenga, de que a Corradino igual le daba por borronearlo todo, sin más premio que el de darse gusto y con esa misma querencia tuya de papelitos y de libros, que es vicio como cualquiera y no sé cómo no termináis ciegos, total para cuatro cuartos y para nada.

Pero, en fin, sal adelante con lo tuyo, salga yo inocente de aquello solo en que lo soy y veme diciendo por dónde íbamos.

Te hablé ya, me parece, de que acabé aburrido de Mosquilla, y además llegó un tiempo en el que volvió a venírseme muy para arriba el pensamiento de Anica y hacer vida con ella, cosa que parecía imposible y fue la que vino a suceder, aun imposible como era. Y luego también fue que no, hijo. Que no. Pero quién vuelve del revés a la gente y quién deja de ser como lo hicieron. A qué reconcomerse tanto.

Una marea de *La Garzona* a Jamaica, y otra a Puerto Rico, que salió de la de Jamaica, dieron por fin conmigo lejos de Mosquilla y de Amaro Bonfim. En Puerto Rico, y aunque aquel viaje no hubiera acabado malamente como acabó, yo iba a quedarme de todas maneras, y así se lo previne al patrón antes. Lo busqué estando él solo por la playa y no andaba muy de buenas, pero me dio el sitio que me daba siempre. Le digo:

—Yo a ese asalto en Puerto Rico sí he de ir, capitán, pero me vienen llamando otros rumbos, y allí me estaré, y ya no vuelvo.

Un poco caviloso se quedó y como esperando que le diese mis porqués. No me los preguntó, ni yo tenía otros que los que te he dicho y el de que, en cuantito conocí que saldríamos para Puerto Rico, me cayó bien a la oreja el nombre y luego me dijeron que, de todas las plazas de las islas, es San Juan la de más fama en baraja y en dados.

—Si un Hermano ha de apartarse de su gente estando en salud —me contestó Amaro—, cuanto antes lo haga, mejor para él. Y para todos.

Como si ya estuviera yéndome, aquella misma tarde me dio su bendición y cincuenta pesos de su bolso. Alrededor de mil tenía yo, que ya es caudal, y habrían de juntárseles los que pensaba sacarles y les saqué

a los naipes en San Juan.

En viniéndose el día de dejar Mosquilla, no dejó de pesarme el hacerlo. Estaba allí y en *La Garzona* como en una casa de la tierra y de la mar, y yo no había tenido casa nunca. Pero igual me empujaba de ella, aparte mi querencia ciega de Anica, un yo qué sé: mi condición de no parar. Fue un ir yendo para mustio, al cabo de siete años y medio, y un no saber si irme o si quedarme. Más de un rato hasta maldije el sinvivir que me hartaba de aquel arrimo. Y es que yo nunca me fijé en los cambios de mis vientos, ni me dio por enmendarlos y enveredarlos. Si mucho padecí, mucho viví, y que me quiten lo bailado.

Igual que don Pedro en la galeota cuando se avistaba Venecia, me aconsejó Amaro que no le contase a nadie mi intención de marchar y tampoco me explicó por qué ni luego llegué a saberlo. Me despedí tan solamente de Tonalzin y no muy a las claras, pero ella lo entendió lo mismo. Anduvo mohína dos o tres días y me dijo otra de esas rarezas en las que su gente indiana pone fe, algo como:

—Al morir, se mete el alma en la noche, y cuando se van los que se quieren.

¿Cosa más fuera de lugar? ¡Qué tendrán que ver la noche ni el día! Pues así, así se las cavilan ellos.

Pero vamos por partes y verás cómo se amasó mi salida de Mosquilla.

Todo empezó con una marea en la que no embarqué y que dejó un botín medianejo, y ése por el rescate de un solo apresado, un ricacho, de Cartagena me parece. Camino ya de Mosquilla, supo Amaro en Puerto Velo que habían de llegar a la isla de Jamaica muchos aprestos de naos y juegos de jarcias y de velas, para subastarlos entre la filibustería inglesa y entre cuantos capitanes y caballeros de fortuna fuesen a la puja.

De mírame-y-no-me-toques estaba ya el velamen de *La Garzona*; tanto se rajaba y descosía que días hubo de verse en Mosquilla el patio de



los refugios como taller de costureras, con toda la tripulación puesta a zurcir y hasta un montón de indios a remiendo con sus agujones de palo. Pero andaban las velas tan pasadas que se nos abrían entre los dedos, y se desajustaba por acá lo que se cosía por allá. Así que Amaro arribó a Mosquilla con la noticia de las velas a subasta, adelantó marea a Jamaica y en ésa me tocó embarcarme.

Costeamos a oriente unas cuatro jornadas, y a la altura de la Punta de la Sal ya enderezamos para Jamaica, noroeste arriba y en la esperanza de aprovechar la collada para alguna ocasión de asalto sobre cualquier galeón grueso, de los de registro a Puerto Velo y Puerto Carey, o de los del derrotero de Caracas.

Apenas alejarnos de la costa vino a entrarnos de popa un viento terral de mucho empuje que, lejos de estorbarle a *La Garzona* el rumbo de Jamaica, se lo favorecía, sino que con demasiada fuerza por lo quebrantado de las velas, hasta ponernos en temor de mirar salir volando a pedazos las necesarias, que nadie supo cómo aguantaron ni sufrieron daños grandes.

A Amaro se le veía entonado y contento, aun con esta contra del ventarrón y la de no dar con presa alguna sola, ni que, si aparecía, fueran a permitirnos acometerla las condiciones de la mar. A los tres días estábamos por avistar Jamaica sin que cambiase el tiempo, y unas corrientes casi a hilo del viento quisieron chuparnos de estribor para unas lajas de coral y peñones que negreaban en lo verdoso del agua, y el piloto Rovigo los llamó Banco Pedro. Malamente se vio *La Garzona*, y tan cerca anduvimos del arrecife que hasta creí escuchar batir el oleaje en sus rompientes. Pero ni estando en embestirlas de medio a medio vi al patrón perder su buen talante. Él es de los que nunca se sabe por dónde van a saltar, con lo que tampoco me chocó gran cosa verlo ensombrecerse y mudar de cara, como de golpe, apenas divisar Jamaica y, poco después

del alba, tomar la entrada de Puerto Royal, con mucho islote por donde miraras y al entra-y-sale toda aquella costa, que parece estrujada y machacada con un tenedor.

Jamaica entera se había perdido para España ya hacía cosa de diez años, era de ingleses como hoy lo es, y la bahía de Puerto Royal rebosaba de naos de ellos, con no tantas de otras banderas, de negrería unas pocas, dos con sus cargamentos de negros a desembarco cuando entrábamos, y corsarias las más, pues muchos hermanos y gentes del asalto habían ido dejando sus nidos y fondeaderos en La Tortuga y otras islas para ponerse al abrigo de Modifor el gobernador jamaicano, con quien mi patrón se las tenía derechas. Había tratado él algún embarque con ese Modifor, años atrás y muy a bien, pues, según te dije, Amaro cuida sus bazas con los grandes y sabe ganarse sus buenos oficios con corretajes gordos y atenciones y prontitudes.

Ya nos caía a la vista la población de Puerto Royal, que es un reguero de cabañones de tablas entre caños y pantanos, sin más de particular que sus muchos y buenos putanares, tres calles de casas mejorcitas en la ribera y, asomado a la mar entre ellas, un palacio mediano con verja, jardín y torre de reloj, que allí tienen los ingleses su gobernaduría y almacenes de armas a los lados.

Conque estábamos por dar fondo, cuando veo que al Bonfim se le mudaban más y más la cara y la color, y me fui dando cuenta de que era por mor del viento, aunque ya no soplaba aquél que habíamos llevado y el de Puerto Royal medio tiraba a brisa floja, mientras la calor se venía arriba. Pero Amaro empezó a catar el aire hasta con la lengua, lo palpaba echando alante las palmas de las manos y lo pellizcaba entre dos dedos que luego se llevaba a la boca entornando aquellos ojos blancuchos, como quien prueba sal o azúcar.

Vendrían a ser las nueve de la mañana. Por los atracaderos de los

muelles no había en todo Puerto Royal lugar donde meter *La Garzona* y el patrón se entercó en fondearla en ellos, sin querer bahía abierta y ni siquiera anclar sobre un arrimo muy a reparo donde ya estaban otras naves, entre el muelle mayor y el espigón de lajas. Pero él, que no y que no. Descontento de todo y alobado como yo nunca lo había visto, hízose llevar a tierra en el bote y allí batalló buscando manera de dejar *La Garzona* amarrada a los muelles mismos, hasta que logró un sitio y en gran lugar, un caño corto que hace una rinconada junto al palacio del gobernador.

Mas ni aun así se daba por conforme. Fue de grande extrañeza, tanto para nuestra gente como para mucha de la marina, seguir viéndolo ir y venir como alma en pena y a cajas destempladas, poniendo a caldo media tripulación y trayéndonos de coronilla a carreras y a sofocos, pues mandó hacer dos y tres refuerzos en los cabos de amarre, remeter ocho pacas de paja entre el muelle y la obra muerta de estribor, y hasta llevar y subir a bordo otra ancla, que fue echada a popa y que él se procuró en tierra, disponiendo por las buenas de la primera que tuvo a ojo. Todo ello sin un porqué ni un por qué no, ni un miramiento con nuestra fatiga.

Viéndonos en ese aturrullado trajín, alzaban unos la vista al cielo y otros adelantaban las manos lo mismo que el patrón, por sentir en ellas el viento, que había ido tan a menos como para no levantar un pánico en nadie, ni Cristo quien tal vio. Lo que pasa es que Amaro Bonfim se habla sin palabras con la mar y los aires, tal si fuesen su madre y sus hermanos. Ni él mismo podía darse razón de lo que se andaba venteando ni, menos que menos, dársela a ninguno, que tampoco nadie le hubiera hecho caso mirándole aquella cara tan en ansia y descompuesta, como padeciendo de saber sin saber. Hasta noté a un oficialito inglés señalárselo a dos tenientes, que se llevaron el dedo gordo a la boca y le apuntaron así a desvarios del alcohol las desmesuras de Amaro en aquel atraque, y otros,

según caras que vi, estaban tomando todo ese barullo por el que hubiera movido un loco, o por los caprichos de una criatura jugando en un charco con un barquito de juguete. Sin fijarse en aquello, y sueltos o encadenados, casi más negros que blancos se veían.

Muy pasadas las doce, y ultimada al fin tanta maniobra, fuéronse los mirones. Militares, marinos, colonos y esclavos tornaron a sus menesteres y paseatas, esperando ya los más sus bodrios y los menos sus pemiles, pues, pese a tanto inglés, la hora de almuerzo seguía en la isla siendo la de España. Pero todavía nos incomodó y chinchó el portugués mandando que dejásemos *La Garzona* donde el condumio andaba cociéndose y nuestra hambre en todo lo suyo:

—¡A tierra junto a la nao! —ordenó—. Tripulación entera y yo el primero.

Tragamos con la orden, pasó un rato y aún no era la una cuando el poco viento enflaqueció a morir y cayó a plomo, vino a más todavía la calor, ni que hubieran abierto de par en par las hornallas todas del infierno, y semejante callazón se echó encima por cielo y tierra que hasta las moscas dejaron de sentirse.

Quieto allí junto al barco entre los hombres, vi entonces volar muy alto, de la mar a las casas, un nubarrón grande de los picolargos aquellos chiquitos que te dije. No debía saberse en Jamaica lo que de ellos y su anuncio se sabía en Mosquilla y casi nadie los miró, también porque la gente estaba ya en otra cosa: en que cuanto negro se veía por los muelles, viejo o moza, se había echado a llorar y a clamar, cada uno por su cuenta pero todos a un tiempo, como oliéndose igual que bichos algo que se venía encima. Yo andaba muy pendiente de cada cosa y ese alboroto de los negros pasó un pelo antes, pero antes, no después, de que toda la mar se pusiese a blanquear y rebullir. Sin oleaje. Cosa de no creerse. Dentro y fuera de puerto veías bien lisa el agua aunque en un espumerío y babeo

sordos, como de cal viva o leche a punto de hervir a borbotones, que era de mucho espanto mirar así la mar sin viento que la moviese y sin ruido, toda blanca pero como si hubiese perdido su voz y su movimiento.

Y las quejas y clamores de los negros, y ese bullicio callado de las aguas, que no duró sino unos momentitos, fueron toques de trompeta para que toda la gente de la marina, como despertándose, corriera a prevenir sus naos, cargas y almacenamientos, con gran premura y tanto susto que hasta llevaron mano algunos a sus espadas. Yo quería saber qué pasaba. Le pregunté al piloto, que lo tenía a mi vera, y estaba él abriendo la boca para responderme cuando dos rempujones de aire, como si hubiesen soltado juntas todas las baterías artilleras de La Habana, vinieron a ser pisados por un vendaval de tal porte que ya no nos consintió oírnos. Una palabra sola le oí al Rovigo: «tornado», eso dijo, y me lo dijo al tiempo de ver yo dislocarse y doblarse para afuera, como si las tironearan manos, las agujas del reloj del palacio de gobierno y, en seguida, el redondel de los números de las horas haciendo por salirse de su sitio igual que un ojo reventado.

Se atinieblaba el día y, con Amaro el adivino en cabeza, caminamos contra ese viento como si una muralla espesa fuese. En cuatro patas, pues en las dos no había quien siguiera sin que el aire te revolcara, alcanzamos un descampado que se abría entre las primeras casas. A señal del patrón, nos echamos en él cara a tierra y, aferrados por piernas y brazos para que aquel furor no nos llevase, entrevimos agacharse las palmeras hasta tocar suelo las copas y quedar otros árboles arrancados y arrebatados por las rachas. Vigas, tejados y paredes volaban como trapos. Se desmandaron las naves en la mar, con las cubiertas arrasadas, y viéronse llevados a ella hombres y mujeres, pues el ciclón deshilachaba y abría las oleadas apenas se alzaban en el muelle y, aun con esa merma, se metían tronando, altas, por las bocacalles a mano izquierda de la ribera.

En el baldío donde nos apretujábamos, y de lo que pudimos ver caernos cerca, vinieron a dar un asta con su bandera, un marco grande de espejo, sin su luna y con un enredo grande de prendas de mujer, unas telas de gallinero con tres gallinas muertas, machucadas las cabezas por entre el enrejado, y una puerta que lastimó muy reciamente a dos de los hombres y lo mismo pudo matarlos.

A un cuarto de hora no llegó la embestida del tornado, pero, en ése solo tiempo, él fue señor de cuanto había, no perdonando su rigor ni a lo endeble por endeble ni a lo fuerte por fuerte. De una cuenta así por encima, y sin hablar de embarcaciones más chicas deshechas contra la costa, fuéronse a pique once naves, dos corrieron la mar afuera sin que de ellas se supiera luego, con las anclas desgajadas y pidiendo auxilio a tiro de cañón, que a una le vi el resplandor de la andanada aunque no pudiera oírle el estampido, y se contaron unos cientos de muertos y de nunca más vistos, aparte la gran piojera de descalabrados y maltrechos.

Sí, hijo: ese estrago en Puerto Royal fue aquel año según lo viví y te estoy diciendo, y, lo mismo que en la capital, en mucho campo y caserío de Jamaica, con ruina de cafetales y cañaverales de azúcar hasta en Puerto Antonio según dijeron, donde también zozobraron bajeles, y eso que cae por la otra parte de la isla, la del norte, la que mira para Cuba. Y luego volvió la mar a las costas mucho tablón y pieza de nave, y mucho árbol, y cuerpos de gentes y bestias ahogadas, salvajinas y de crianza, puercos, gatos montunos, asnos, caballos, bueyes, hinchados todos, y hasta pescados grandes y muchísimas aves, las más a medio desplumar, sobre todo de éstas que tienen el pico como buche, los pelícanos. De los bohíos, bien pocos quedaron por allí en pie, y en Puerto Royal apareció una barca toda descuajaringada, pero muy orgullosa ella, empotrada entre los dos balcones de la casa del corregidor inglés, que está sobre un monturrio bajito.

Ese viento. Aun con todas las listezas de Amaro, hasta *La Garzona* recibió quebranto de él, pues estuvo por perder el palo trinquete y además fue a caerle en toda su largura un árbol volado del jardín del gobernador, con destrozos entre el puente y la toldilla, que hubimos de poner andariveles de chapuza donde había buenos candeleros y pasamanos. Cuatro días echamos en desmontar y bajar a tierra el trinquete para arreglos de carpintería, achicarle la holgura a su agujero, que le dicen la fogonadura, y luego ensebar el palo por abajo y volverlo a arbolar, con tanto trabajo y sudor de todos que, más que a mandar, anduvo el patrón a partirse el pecho.

Ese viento, ese viento es lo que más presente tengo de aquella sola escala mía en Jamaica. Y eso que también conocí allí al gran perro elegantón, ya sabes, el almirante en corso más famoso por toda la mar, que lo vieron mis ojos y lo escucharon mis orejas, y, por desgracia, las de Amaro también. Pero lo que es hablar, yo no llegué a hablar con ese hombre y para mí que él ni me vio, cosa que fue según sabrás ahora.

Ya eran pasadas unas semanas del azote del tornado, y aún estaban sus desavíos gruesos a reparación en Puerto Royal, cuando se hizo la subasta de los juegos de velas. Sobrepujó Amaro uno bien bueno, se lo pusimos a *La Garzona* y, habiendo él tenido al otro día noticia de cierta ocasión de asalto entre El Vado y Puerto Carey, que podía ser de rendimiento, nos aprestamos a dejar Jamaica.

La noche antes de zarpar, andábamos con el patrón quince o veinte del barco en un tabernón del puerto, que se llama en español Los Leones, matando el tiempo y mirando bailar en lo alto de una mesa a una mulatona medio en cueros. En esto, se apersona uno vestido de alguacil, pero sin planta de serlo y con un gancho en lugar de mano izquierda, y requiere a Amaro medio en español para que lo siga, murmurándole a la oreja el nombre de alguien que tenía un interés en verlo; se me ocurrió

que sería Modifor el gobernador.

Díjole el patrón al mensajero que esperase y apuró su vasito de tafia con cara de quien mucho piensa. Luego me tomó a mí y a otras dos confianzas, y allá nos fuimos con el alguacil, que me lo parecía cada vez menos ni nadie ha visto nunca a un justicia lisiado. Iba el del gancho por delante, alumbrándonos con un hachón, y fue poco lo que anduvimos, cosa que agradecí pues me había yo comprado unos zapatos ingleses, de los de lengüeta fuera, y me apretaban. No caía más que a cuatro manzanas el palacio del gobernador y en su jardín entramos, con lo que acabé de creer tener la razón que no tenía. Al ir para la casa, vislumbramos con la luna creciente a *La Garzona* en su amarradero y, a nuestros pies, todo un revoltijo de matas y arriates desbaratados por la tremolina, con árboles por el suelo y la verja de hierro tumbada y retorcida de los empellones del ciclón.

—Subir dos, no más —le dijo a Amaro el del gancho.

Nos llevó a un pabellón pegado al palacio, llamó con un aldabón figurando mano de fiera, y Amaro ordenó a las otras dos compañías que nos aguardasen en el jardín, y me escogió para pasar con el emisario. La entrada nos la franqueó un negro de tres varas de alto, con la cabeza rapada como un huevo, librea de casa grande y un cirio de iglesia en la mano. Por escalera ancha subimos a otra puerta y el negro gigantón la tapó con su cuerpo después de abrirla. Tirándole de una manga sin contemplaciones, echó para atrás al guía del gancho, que también había hecho ademán de entrar, y casi nos empujó dentro a mí y a Amaro, quien a su vera se quedaba chico. Luego cerró y nos siguió en silencio.

Me adelanté junto al patrón por un salón largo, con luces nada más que allá al fondo, sin más puertas y vacío como sala de maestro de esgrima, quitando una alfombra granate de punta a punta y, al final, una mesa de mármol guarnecida de oro y en la que guiñaban dos candelabros,



delante de un ventanal con cortinones desde el techo. Tampoco había sillones ni sillas. Y allí de pie a un lado de la mesa, un codo en ella y una copa llena en la otra mano, estaba el pájaro que te dije.

Aunque no había visto yo al gobernador Modifor, en seguida y no sé cómo, entendí que no era él. Fuertón, algo retaco y de edad mediana, me pensé que, así al lejos, el hombre de la mesa podía estarme semejando más bajo de lo que era, pero ya a medio camino supe que no me habían engañado mis ojos. Y ahora a ver si se me da explicarme que, igual que ya tenía bien clarito aquello de su poca talla, contrimás cerca estaba de esa persona, más me llamaba la atención el no aclararme a qué gente me sonaba: si a señor principal y de gran garbo, o a pillo arrastrado, hijo de cuervo y de zorra sarnosa. Yo, bachiller, que tantos hombres llevo vistos, ésta es la hora en que sigo sin entender aquel rebujo tan grande de rufián y de caballero, de poderío y dejadez, de soberbia y maneras suavitas y podre rastrera que, aun sin él moverse ni decir palabra, se barajaban en quien nos estaba esperando. La cara era achatada, sofocados y blandengues los cachetes, el bigote azafrán y muy abierto, como dos caracoles encima de las puntas de la boca, y los ojos saltones, muy apartados el uno del otro pero con una mirada capitana y de pedernal, que nada tenía que ver con la facha entera de cagatintas o de mercaderillo del tres al cuarto.

La vestimenta venía a decir lo mismo: ropas de gentilhomme pidiendo aunque no fuera más que medio peine para asentarse los mechones pringosos, y aquel despropósito de andar sin camisa, enseñando el pecho lampiño por entre su casaca verde desabrochada, toda bordada en plata, y arrugas por abajo en las medias, y unas pantuflachas como de comadre que ni llegaban ni pegaban con su calzón de seda, tan rico como la casaca. Lo vi como si, escapado de una quema, se hubiese echado encima lo primero que halló a mano y a como quiso caer la ropa.

Pero mira: que todo ese desaliño no lo metía en ridículo, y ni siquiera le comía el aire de mando.

Ya estábamos en mitad del salón. El hombre levantó apenas la cabeza y tomó un trago de la copa tallada, con un centelleo de piedras gordas en un anillo. Luego soltó la bebida, puso una mano sobre la otra y vi que le temblaban un poco. En ellas estaba fijándome cuando la manaza del negro también me detuvo, como en la puerta al alguacil de pacotilla.

Allí me quedé junto al negrati, continuó Amaro solo y, al echar el paso para recibirlo, pegó el majestuoso desaliñado un tropezón corto y risible que le encendió la cara de rabia. Me calé que el fantasmón negro se había quedado apartado conmigo para que no oyéramos lo que hablasen, y la visita duró un buen rato. Tuve en toda ella a Amaro de espaldas, con que apenas si le sentí la voz; la del otro era fina, con un tinte de mujeriega, y un tanto entorpecida como los ojos de rana, que ya se los veía muy bien, abotagados y rayados por venillas de sangre. Con el traspiés, los chapetones de los cachetes acabaron de decirle que sí a mi barrunto más seguro: el de estar viendo a un borrachón de los que saben llevarlo. Por lo poquito que le oí de lejos, hablaba un español en destrozo, todo remendado de inglés y aun de franchute.

Parecióme que Amaro no quería al principio darle campo a una cosa que el otro le estaba proponiendo o pidiendo, y que luego se las caviló mejor y le dijo que sí; algo, un nombre raro Anicoa o Ganicoa, salía a relucir mucho en la parla.

No sé si el ribaldón aquel me echó una vez los ojos de pasada o si, por atrás mía, miró para la puerta. Al final, le dio a Amaro unas cartas de mar y unos mapas que estaban atados y enrollados encima de la mesa, se estrecharon por los brazos, que es como se despiden los Hermanos de la Costa, y el negro volvió con su cirio a acompañarnos escaleras abajo. Con nuestros dos hombres, tomamos el camino de retorno alumbrados por el

del gancho, y en llegando a la taberna de Los Leones, donde quedaron todos los otros, vi al patrón como acoquinado o pensativo. Ya luego, al retirarnos para *La Garzona*, que otros se quedaron de putas, me tomó aparte y me dijo señalando con la cabeza a los que venían:

—Viste hoy más de cuanto hayan visto todos en muchos meses, porque acabas de ver a don Enrique.

Sin el apellido, no caí por el momento. Hombre tan mentado y respetado era por todas partes que me lo figuraba con más gente alrededor y gastando más pompa que el Rey en Madrid o en Venecia el Dux, así que no acababa de enterarme, y cuando me enteré me corté, de que nuestro visitado había sido el propio y verdadero inglés don Enrique de Morgan, el látigo y castigo más grande de las flotas y las plazas españolas de Indias, el león de Puerto Príncipe y de la isla Santa Catalina, de Maracaibo y Puerto Velo y Panamá, que la había arrasado y saqueado ni un año antes, pintando como siempre de guerra militar sus pillajes y atormentando a todo bicho viviente. Tampoco supe hasta su momento que don Enrique acababa de embaucar al portugués con el que iba a ser un asalto en Puerto Rico de más muertos que provecho: el único, que yo sepa, en que se le fue el santo al cielo a Amaro Bonfim, por no hacer la guerra por su cuenta ni las cosas a sus solas manera y voluntad. Ya antes de que aquello pasara, navegando de Mosquilla para Puerto Rico, tuvo el patrón la confianza de decirme que no veía claro ese lance ni proporcionarle su barco al Morgan, pero que hubiera sido peor negárselo a quien tanto podía dar y quitar.

—Pues todavía puede. Mañana, nadie sabe —remató con un retintín.

Quise preguntarle por qué y me vino a decir Amaro que don Enrique ya no era tan el que era, aun con todas aquellas últimas lumbraradas de su fama. Supe que no había dado yo en falso con lo de sus alcoholes y borrachería, y que, por entonces, andaba el perro pasándolas bien

malinas, ahogando en ron los desprecios de amores que le llevaba hechos una casadita española apresada en su correría panameña, mujer que él quiso y que cualquiera sabe cómo acabó la muchacha; y porque, a cuenta de las políticas, se venía hablando de que los mismos ingleses iban a llevarse al don Morgan hasta Inglaterra, por quejas del Rey de España, para montarle juicio a causa de lo de Panamá, como así sucedió. Lo que es que aquello fue un mal paripé y que, en lugar de colgarlo o meterlo en una torre, creo que volvió de los Londres a Jamaica hecho hombre del gobierno inglés y ahora está terminando con su gente, con los hombres de asalto y todos los hermanos que lo auparon: eso de perro no me salió por gusto ni de capricho.

Pues bueno: el mal paso de Puerto Rico también fue cosa suya, ¡pero don Enrique bien que se quitó de en medio!

Había quedado la cosa hablada entre él y Amaro para hacerla el día de la Purísima, que andan entretenidas las guarniciones españolas de militares con esa fiesta de ellos, y plazas hay hasta donde medio descuidan las defensas.

Estaba el lance en asaltar la villa y cuarteles de Guanicoa del Oro; queda ella isla adentro, pero ni a tres leguas del mismo San Juan de Puerto Rico por el camino real, y lo del Oro no viene a qué; habría que decirle de la Plata, porque allí la juntan de todas partes, hasta mucha de la que entra del Sur a Panamá, para tenerla más asegurada de ataques por mar, pasarla luego a San Juan y embarcarla a España en las naos de la Corona.

Todo el arte iba a estar en meternos hasta Guanicoa campo a través, de sorpresa y sin ser vistos por las fuerzas de San Juan, ni en el desembarco porque la costa lo favorecía, ni en la marcha, aún tan cerca como cae San Juan de esa plaza, que no es plaza fuerte Guanicoa y a su guarnición había esperanza de dominarla en un periquete, antes de que

acudiera más tropa a meter socorro. Quedándose él en Jamaica, don Enrique pondría sus saberes y dos naves, y Amaro *La Garzona* y su gente, con una tercera parte del botín para nosotros.

—Que es gran ganar, mis valientes —alentaba el patrón en Mosquilla.

Pero ni me sonaba como siempre ni lo veía yo tan seguro. No habrás de querer que me salte las cosas, muchacho, ya te lo estoy viendo en la punta de la lengua, y vas a saber que, al salir de Jamaica y aun tomando los rumbos que debíamos, no dimos con aquel asalto de mar que en Puerto Royal nos noticiaron como hacedero, de modo que entramos en Mosquilla con esas velas nuevas que era un gusto verlas, pero a manos vacías. Esto, digo yo, tuvo que juntarse en la cabeza de Amaro a su palabra dada al Morgan y, aunque él no se fiase mucho, ver de echar el resto en Guanicoa del Oro para, si no dorarnos, platearnos allí de lo lindo.

Ya en Mosquilla, todo fue menear preparativos y estarse Amaro las horas muertas con los pilotos, venga a mirar inconvenientes y a manosear los mapas y derroteros que el inglés le había dado, y toda la gente lampando por salir a ese asalto y volver de él con bien, menos yo, que ya tenía empestillado lo de quedarme en Puerto Rico y no le estaba dando vueltas más que a cómo hacerlo.

Pasaron los dos meses previstos para soltar vela, diéronle carena a *La Garzona* una semana antes de zarpar, y fue una de las últimas noches cuando me despedí de la Tonalzin, y me dijo aquello tan raro.

Lo que es ropa y llevamientos no tenía, ni me convenía engorro de zurrón o maleta; un velero, José de Barcelona, mañoso en costuras, me hizo como unas faltriqueras de poner por abajo de los calzones, con su cintillo de cuero a la medida y un cuelgue a un lado para el Moreno, y en ellas metí la mucha sustancia y poco bulto de mis reales de oro: otra cosa no me llevé.

Al dejar Mosquilla, no volví la cara para la costa, como que me

faltasen redaños para hacerlo, y me parecía puerco tenerle callado a todos los de a bordo que yo no quería volver; mucho más se lo callé al Setién, aun teniéndolo de compadre. Con eso y con las buenas memorias, vino entonces hasta a tambalearse mi intención de no seguir siendo uno de ellos. Pero, conociéndome la manera de ser como ya empezaba a conocérmela, me callé mi boca, me las tuve duras y esperé a que pasaran todos esos pálpitos amontonados en casi ocho años.

Veintiuna jornadas echamos en la travesía a la isla de Puerto Rico, tres de calma chicha a poco de despegarnos de la costa, y con una primera escala para aguada en El Batey, donde estuvimos otros dos días al paio, sin un soplo de aire con que movernos. Recién salidos de allí, me entretuvo a ratos de mis pensamientos una cosa como de mentira y de las de más gracia que por la mar puedan verse, que es el que dicen pescado volador. Yo no los vi hasta esa mañana. Van y vienen muy seguidos, brillando y abriendo alas y cola largas, enteramente como de pájaro, con las que, teniéndose bien en alto por encima del oleaje, llegan a caer en bandada mucho más allá de donde brincaron. Los estuve viendo y al rato me tuve por uno de ellos, caía en la cuenta de que así era mi vida, un saltar de acá para allá, y en que, a lo mejor, hasta me aventajaban esos pescados en tener mirado dónde iban a parar, y yo ni por sueño.

Tuviéronlos muchos hombres de *La Garzona* por señal de fortuna y todo en el viaje fue como de engañosa color, desde el tiempo bonancible a la muy barata compra de la mejor carne salada que me he echado a la boca, y de la que el dispensero hizo embarcar mucha provisión en el fondeadero de la isla de la Vaca, que está enfrente de la de Santo Domingo y fue segunda y última escala de la travesía.

Paramos allí tres fechas, en espera oportuna de la del asalto a Guanicoa, y dos días después de dar vela vino a acontecer otra cosa que también se tuvo como de buen agüero. Habían quedado ya bien atrás el

cabo y la isla Beata, y estábamos dejándonos a estribor la de la Mona, para guiar el timón a oriente y avistar en horas Puerto Rico, cuando, a eso de mediodía, fue el Setién quien columbró primero en la mar un bulto a flote que, en quedando más cerca, llegó a parecer casetilla suelta de galeón y que podía haber un hombre encima de ella, conque se le puso proa y lo había, español de Cuba y tan acabado de fuerzas que le faltaba ya espíritu para llamar.

Se echó chalupa, se le subió a bordo y, una vez repuesto, nos dijo que embarcado de grumete en una nao francesa de La Habana a San Juan, se había ella ido al fondo cuatro días antes y aprisa, por habérsele abierto dos vías grandes de agua, muy pegadas las dos a la traca de aparadura, y que, encontrándose ya él a nado en la mar, dio con esa casilla del mismo naufragio y se encaramó en lo alto con otros dos hombres, a esperar lo que fuera pasando. Más endebles, los dos que lo acompañaban se habían muerto en la víspera de necesidad y de frío, uno antes que el otro, y las oleadas fueron sacando y llevándose sus cuerpos de la casetilla. Pero Dios permitió que, sobre el que nos lo contaba, bajase un pájaro de la mar que se le paró en la cabeza, y alargando el brazo lo cogió y con él se había estado manteniendo. Escaparse de tanto y por tan poco, y luego lo vi muerto en la contramarcha de Guanicoa, que lo alcanzó un arcabuzazo...

Prosiguiendo su ruta la nao, y apenas atravesar a la boca de Puerto Rico y costear la isla, la encontré bien hermosa, más que todas las que llevaba vistas, con buenas calas, mucho cerro arbolado bajando a la mar y, ya para donde íbamos, un monte muy alto y verde con penacho de nubes.

La víspera de la Purísima, y a cortas leguas de San Juan aunque tapados de su vista por un cabo que el piloto nombró Punta Salinas, dimos por la tarde en el lugar de desembarco, al abrigo de una revuelta de

la costa. Ya estaba allí, de pocas horas antes, el navio de don Enrique de Morgan, uno y no dos como él dejó dicho que enviaría. Aun así, se juntó tropa suficiente. Toda aquella jornada habíamos navegado con viento ligero de tramontana y mar algo picada, no sirviéndonos más que de las velas bajas, igual que hicieron los ingleses, a fin de no ser descubiertos al lejos. Se sabía que los de San Juan, fuertes por tierra, estaban sin defensas por las aguas; el paraje de desembarco era de roca y con mucho verde, desierto y en terraplenes bajos sobre la ribera.

Oscureciendo, salieron en una chalupa Amaro y el piloto al navio inglés y volvieron a poco, después de hablar con el mozo enviado por don Enrique para capitanear a sus gentes. Doscientos treinta hombres en armas fuimos desembarcados en la noche, y se decidió que las naves no zarparan para la ensenadilla donde se tenía pensado ocultarlas, un cuarto de legua a poniente. Allí mismo quedaron a esperarnos, a luces apagadas, cabeceando en lo oscuro cerca de la orilla.

Clareando la aurora, hicieron sorteo los dos capitanes y salió de él que fuesen por delante los ingleses, con los de *La Garzona* a retaguardia. Marchaba yo poniendo la vista a diestra y siniestra, y mi cabeza barajaba mil modos de quedarme en la isla cuando Amaro me hubiese dado un pellizco del botín, que salió de él decírmelo estando al caer la última noche de travesía. Al remontar un alto y ya de mañana, hasta creí ver blanquear San Juan muy lejos, a mano izquierda.

Hallados por los ingleses, dos guías baqueanos, de los pocos indios puertorriqueños que luego supe quedan vivos, nos fueron arrimando entre palmares a Guanicoa del Oro. Alzaba nuestro paso un pajareo grande de palomas salvajinas y, por arriba, de muchas y coloridas familias de loros. Tirando derecho desde aquella orilla, Guanicoa no caía más que a una legua larga. Pero vinieron montes, barrancas, vericuetos, y sólo a media tarde la alcanzamos: allí de pronto, y ante nuestras barbas, apareció entre



los árboles la torre de la iglesia, sin haber dado hasta entonces con nadie ni con nada.

Destacaron a ojeo cuatro espías, que tornaron bien pronto, y avanzamos sobre Guanicoa con las armas muertas de risa; a mí me habían dado un mosquetón. Pero, aun yendo todo tal como una seda, tan a orza iba yo y de tan malas espina y gana como si me llevasen de los pelos del culo, y tampoco le veía a Amaro buena cara, que tú verás cómo no erramos el barrunto.

Fue ya cosa de alarma y desazón el metemos por las cuatro calles del lugar sin ver más que los perros y los gatos, y por las casas ni un alma, ni en el cuartel, con lo cual vino orden de ir todo el mundo muy oído alerta y ojo avizor, que andaban las armas temblando en sus fundas. Hombres mandados a los campos tampoco dieron con pobladores ni con militares, y tuvo eso de bueno que, apeando temores, tomásemos sin cuidado corrales y alacenas, con lo que se fueron llenando los vientres de pan de maíz, mucha gallina a medio asar, y tal cual cochinillo ya hervido y frío.

Los almacenes de plata andaban pelados de ella y alguno hasta abierto de par en par, como si, muy poco atrás y puestos en aviso de nuestra llegada, no hubiesen tenido tiempo los de Guanicoa para mandar a San Juan por las tropas, sino para llevarse todo el metal con gran prisa. Bien desconcertado, el capitán inglés no hacía otra cosa que bufar, pero, aun con toda la contra de la plata volada, la viveza de Amaro dio en urdir que, a falta de ella, desvalijásemos cada casa y la iglesia, para retirarnos en seguida.

Así se hizo y entre copones y candelería, dineros y alhajas malescondidos o abandonados, cajas de tinta añil y piezas de buenas telas, fue medrando a la luz de una hoguera, encendida al anochecer en la plaza de la iglesia, un botinejo que había de sumar sus miles de reales. Respondióle Amaro a los ingleses de treinta pesos fuertes del montón,

que me dio a escondidas. Luego me abrazó muy calladamente, relumbrándole esos ojos de muerto y como si desde ese momento no me fuera a ver más.

—Se lo pague Dios —le dije.

Entré solo en una casa, me desamarré el calzón y junté ese oro con el que llevaba.

Bien entrada la noche, tomamos con los guías indios el camino de la mar, alumbrados por hachones y yendo ahora los de *La Garzona* en cabeza. Ya tenía dispuesto el otro capitán tres barriles de pólvora y las yescas, pero el portugués entró con él en porfía y no se echó a fuego y ruina la población, según hacen siempre en asaltos de tierra ingleses y franceses. Allí en Guanicoa no me iba yo a quedar, con que seguí entre los de Amaro, despegándome de mi compadre Setién y mirando el momento de quitarme de en medio, que ni era aquél ni lo veía venir.

La oscuridad y el estorbo de lo rapiñado hicieron tardo el paso, tanto más trabajosa la vuelta que la ida, y, teniendo ya la mar casi a la vista, vino a romper aguas el mal parto que del más bravo al más bobo nos veníamos oliendo y callando. No sé cuánta tropa española estaría a atajarnos entre las arboledas. Mucha. Guarnición de San Juan, supe después, y la de Guanicoa: no menos de cuatrocientos soldados bien armados. Andaban, eso sí, con muy poco caballo y, según conocíamos, sin una mala embarcación, grande o chica, ni modo de llevar hasta allí y emplazar unas piezas de artillería con que hacer frente a las dos naves que nos esperaban. Pero llegar a alcanzarlas, para quienes pudieron reembarcar, fue la fatiga de las fatigas.

Ya a la primera descarga de los militares cayó mucha muerte sobre los hermanos; se mandó en seguida apagar los hachones; yo me vi en una primera línea de mosquetes y en lo peor. Nos habían entrecogido en un calvero muy ancho y, aun a oscuras, hubo muchos escopetazos desde los

árboles y nos hicieron una matazón. Sólo poco antes de rayar el alba se pudo medio levantar cabeza, dar un ataque e ir saliendo muy fieramente de la encerrona, abriéndonos paso desesperado hasta la orilla, donde ya estarían las barcas y chalupas, y habrían de apoyarlas los de los buques. Muchos quedaron tendidos en aquel desperdigamiento, y a quien vi boca arriba y encharcado en sangre, yendo yo en carrera, fue al grumete cubano que sacamos de la mar. Pero a él lo vi ya de mañana. En la noche, a la par que yo y poco más allá de donde acabé acurrucándome, se había recostado un mozo de los ingleses y el tiroteo escampó cosa de dos horas, pues de entrarnos cuerpo a cuerpo en lo oscuro se echaron para atrás los contrarios, que esperaban la luz y ahí les cogimos la delantera. En toda esa clara de aguardo vi al mozo inglés como dormitar, bien al reparo en el suelo y en muy serena postura, con un brazo por encima de la cabeza. Le envidié esa sangre gorda que ellos tienen y me dije: «Éste no está sintiendo lo que es la guerra».

No se levantaba cuando, a punto ya de amanecer, nos echaron los capitanes a romper el cerco. Me voy para él a despabilarlo, le doy la vuelta y le faltaba media cara, que a tiempo de recostarse se la había barrido un tiro, y yo sin enterarme.

Ya en la misma ribera, las naves nos cubrieron la retirada con fuego de cañón, tan al buen tuntún que también se llevaron por delante a unos pocos de los nuestros. Pero fueron esas andanadas gruesas las que quebraron y asolaron las dos hileras de tiradores españoles apostadas al largo de la orilla, y lo que abrió brecha para el reembarque, que ya los pilotos tenían oída la zalagarda y listas las anclas y los aparejos.

Vi por la vez final a Amaro casi alcanzando él *La Garzona* y peleando todavía, muy de pie el larguirucho, el único que iba disparando de pie en la chalupa, un brazo adelantado con el pistolón y debajo del otro, contra el pecho, un cáliz del sagrario de la iglesia, que, aun tan de religión él, en

eso de la plata y del oro santos no le duelen prendas.

A rastras del trance, ya yo también me andaba yendo a embarcar, como los demás, y había alcanzado unas costezuelas por las que todos se estaban echando a la orilla. No me acordaba de más nada y tan en ansia iba de ponerme a salvo, tan demasiadamente despavorido, que, digo yo, a lo mejor por eso fue por lo que me vi. Caí en mi intención y empeño de no irme y me vi.

Me vi de cagón y de Martinillo, como miraba yo de mozuelo en Cádiz a Martinillo el tonto, apedreado y con los chiquillos detrás. Títere y trapo me vi allí, sin voluntad, corriendo adónde no quería, otra vez al retortero de unos y de otros. Solté el mosquete, no sé, me aguanté aquella carrera disparada, la enfrené al abrigo de unos matorrales. Aún faltaban hombres a embarque; podía irme con ellos o procurarlo. Pero así no. Tan a mi despecho, sin echar las diez de últimas para quedarme. Y quité los ojos de las barcas.

Entre los árboles, a mi espalda, venía acercándose un chocar de espadas, el pataleo de un caballo removiendo la hojarasca, y hasta llegué a oír el resuello de los que peleaban. Miré y me revolví por acá y allá en cuatro palmos, como león entre hierros; a un escarabajo del suelo lo aplasté con un pie por inquina: iba muy a lo suyo, bien gordo y bien tranquilo, y yo, un hombre, no tenía para donde tirar. Una bala extraviada descortezó un tronco a mi derecha; a mano izquierda, entre mucha zarza y enredadera espesa, se iban terreno abajo unas barrancas bravas. Yo no quería seguir aborreciéndome, bachiller, y me dio ánimo decirme en voz alta que de algo hay que morir y que de mí sería lo que me tuviera guardado mi suerte.

Me puse en las manos de Jesús Nazareno, tuve mi arranque y corrí cerrando los ojos, derecho al agujero de un cuestón entre aquellas malezas, como poza escarpada de bejucos y espinas. Perdí pies pero no

quité manos de sobre la faltriquera y el Moreno, ni caí a volteretas. La pendiente me raspaba piernas y lomos, y, aun rompiéndome el pellejo, esos ramos de hojas y de espinas me iban sujetando y soltando: me hundía, no podía pararme y me paró un saliente anchillo de tierra y de pedruscos, todo tapado por aquel techo de matojos que se había vuelto a cerrar sobre mi cabeza. No llegué sino a quince o veinte pies del borde de la barranca, y para mí que llevaba media hora cayendo. La poza de zarzas seguía para abajo.

Allí tumbado, en esa penumbra, escuché los tiros de postre, que dejaron de oírse mucho antes del mediodía, y allí me cogió quieto el agacharse de la luz. Pasé la tarde buscando un zapato, durmiendo y prestando oreja a sentir voces, pasos o un latir de perros que, después del jiervejierve, pudieran llevar los de la isla para ir dando con todos sus muertos. Y con cuanto asaltante quedase. Pero no fue así ni hay quien se conozca, hijo, pues, si bien me acuerdo, mucho me estaba chocando que, aun viéndome como me veía, no hubiera cosa en mí con más fuerza que el contento de no haber tomado la mar. Aguardaba las horas, pensando en que cada una podía ser la última, pero no me daba cuidado y ojalá que, cuando haya de caer, me coja como entonces, que con eso me conformo.

Mis quinaros pasé, comenzando a cerrar la noche, para salir de mi agujero, que estaba yo entumecido y menos de una hora no eché en subir, ni hubo espina que no me saludase. A lo alto llegaron la cabeza sangrienta, las manos medio en carne viva, la ropa a rajas. Pero no me pesaba y encima le tomé al sitio un agradecimiento, mismamente por lo malino que era: aun de haberse acercado alguien, ¿se iban a pensar que tan abajo de aquel nidarrón de pinchos había pájaro?

Tomé aire, eché a andar, di en la ribera y empecé a orillarla tirando para oriente. El fresco de la noche me oreaba los arañoses y el lastimamiento. A poco, siempre a la vista de la mar y aunque iba con cien

ojos, me topé a bocajarro con un cuerpo; en lo oscuro vislumbré un hombre, que me causó un respingo grande y me echó el Moreno al aire, igual que si hubiera saltado solo a las manos heridas. Sentado contra el tronco de un árbol, el hombre no se movía y no entendí cómo, así tan a la vista, no habían dado con él los suyos. Le tenté un hombro y se fue a tierra. Era un militar español de mi talla; un sablazo le sajava el cuello. Tenía las carnes ya frías, pero muy tiesas todavía no. Di en su mochila con un cacho grande de pan, que me tragué en cuatro bocados. Le cerré los ojos, lo desnudé y me desnudé. Luego me vestí su uniforme, botas enterizas, correa y peluca militares, todo, y con mi camisola rota, los calzones a tiras y mis zapatos ingleses de Jamaica hice un gurrño que metí en su mochila.

Antes de colocarme el uniforme, que estaba de muy buen ver, me fui a un zarzal y lo arrastré y rasguñé en él sin quedarme corto; lo mismo hice con las botas, y a la peluca la desgrené: no iba a andar yo tan lacerado y la ropa como de comunión. Y todavía me pregunto por qué en aquel momento vine a sentir miedo de veras, tanto o más que muchas otras veces: entonces, no antes que me las vi en peores. Y por el muerto de seguro que no era. Pero también aquella noche aprendí que el miedo ha de dar más que quitar, y tiene más de bueno que de feo, bachiller, si en lugar de dejarlo trabajarte a su antojo y salirse con la suya de recortarte y echarte para atrás, le das media vuelta y lo pones a avisarte y a defenderte. Bobo y no valiente ha de ser quien nunca lo tiene, muchacho, y ay de quien no sepa que no es cosa el miedo más que para escucharla y comértela luego. Otra vez me alegró, con ese mismo pensamiento, seguir pisando Puerto Rico, para buenas o para malas pero acatando mi propósito.

Limpia estaba la noche y con una uña de luna. Tan vestido de militar, seguí caminando al largo de la ribera, más a pedazos que entero y

aperreado por la sed, aunque entonado por el pan y los arrestos que, andando en las malas, yo he sabido siempre criarme. Sin dejar la derecha, tiré por playas y cerrillos, soporté las ganas de tumbarme a dormir y, allá a la una o las dos de la madrugada, vine a dar en la Punta Salinas. Sabía que era ella por haberla mentado al llegar el piloto, que nos la señaló entre la calina, y porque ése era mi rumbo. Arriba de una loma vi al lejos, por la otra parte de la bahía, un polvillo de luces que habían de ser las de San Juan, y al pie de la misma loma atisbé junto a la mar otros dos o tres puntos de luz, muy menguados. Para ellos eché el paso. Casi más que esas luces brillaban las luciérnagas, que allí les dicen cocuyos y por toda la noche se ven, así como me llevaba cansadas las orejas otro bicho que no se ve y es el coquí, unas ranillas chicas de los árboles que en Puerto Rico las hay a millares y cantan seguido y delgado, como entre pajarito y pito corto del día del Corpus. Sino que uno no andaba para cantares.

Cerca ya de las luces, entrevi que eran de unas chozas; en seguida me ladraron perros y me vi venir a tres hombres con una tea encendida en alto, pero yo seguí derecho. No hubiera podido andar mucho más y estaba muy en lo mío, seguro de no marrar golpe empelucado de infantería, con aquel uniforme y con mi habla de España entera y plena.

Resultó ser la de las chozas gente pescadora y muy pobre, que ni enteradas andaban de los sucesos de la costa; de haberlo estado, mi cuento hubiera sido el mismo, hasta para militares, de modo que, en cuanto saltaron las alarmas y las preguntas, me curé en salud y les digo:

—Mi nombre es Manuel de Valdivieso y soy del Cádiz de la España, destinado en la guarnición de San Juan y respetuoso como el que más de Su Majestad y de la Santa Iglesia Católica, así que respeto quiero.

Noté que me lo empezaban a tener y seguí en mi plática, medio con la verborrea y aun la tonada de aquel licenciado Mateo Polluelas, el de Puerto Real, que me acordaba y me vinieron al pelo.

—No sabéis, pues, señores, y ahora vais a saber, que antier entró por esas playas una piratería en asalto a Guanicoa del Oro. Salí de San Juan con mi bandera a combatirla y recibí en el encuentro un golpe que dio conmigo por una barranca abajo. Molido, desollado y sin conocimiento en muchas horas, me vi solo al reanimarme y eché a andar ribera alante, tirando a San Juan y esperando de la misericordia divina toparme a caballeros de tan buena entraña como ustedes, con quienes doy en bendita ocasión pues me estoy viniendo al suelo de acabamiento.

Ni era mentira lo último, ni lo habían sido la batalla, la barranca y la paseata, así que esas verdades y la ropa todo lo tiñeron de color verdad, y aquellos infelices no salían de su asombro, tanto por verme y oírme como porque en su vida se habían oído tratar de señores y caballeros. Fueron llegando más hombres, acudieron mujeres, compadeciéronme todos, y ellas me curaron las manos maltrechas y me lavaron y ungüentaron los arañones de las espinas, me hartaron de agua y me pusieron a calentar un muy rico caldo picante de pescado, que le migué un panecillo de maíz; desde los tiempos del *Santa Rosa* no conocía yo las hambres, y aquéllas las tenía más que olvidadas.

En la choza de un familión con muchos arrapiezos, aviéronme un camastro con lienzos de vela y hojas de palma. Me lo almohadé yo con la mochila, no fueran a curioseármela, y después de mear en la mar largo y tranquilo, dormí más y mejor que tres virreyes. Hasta muy entrada la mañana no me despabilaron balidos de criaturas, cacareos de aves, el solazo que por un ventanuco me daba de lleno en la cara y, a lo mejor, ni Anica misma que me hubiera venido a despertar.

Dos veces en semana salían esos pescadores a mercadeo en San Juan. Aún descansé y anduve en curas en sus bohíos todo ese día y otros dos; al cuarto, me embarqué muy de mañana y bien desayunado en una canoa de ellos de esas largas pero con una vela, muy derecho en mi uniforme, que



también lo zurcieron las mujeres, y habiéndome despedido de aquella buena gente según el buen trato que me dieron, aunque menos estaba mi cabeza para zalamerías que para cavilar dónde iba a dar con mi persona.

Al tomar la bahía, la vi bien abrigada y anchurosa, con el caserío de San Juan en alto y la catedral y el castillo muy a la vista.

Me afligió entender que, si hasta allí me había convenido ir de militar, ese roperío iba a ser de compromiso y peligro grandes en cuanto pisara la ciudad, y que entrar a ella con los trapajos que llevaba en la mochila era como andar las calles en cueros o llamando a la guardia. Pero ese agobio no me duró mucho y también de aquello me sacó mi suerte porque, antes de enderezar para San Juan, los pescadores gobernaron la canoa hasta un portezuelo más abajo del suyo, chiquito y con nombre de gente, pues a ese sitio le llaman Martínez. Allí tenían ellos que hacer no sé qué diligencia de redes y, en tanto la hacían, me hurgué el refajo a por un peso, fui solo a un tenderete que había visto en la ribera y me compré calzón y camisa del país, sin más tiempo que el de medírmelos por afuera, liarlos y echarlos a la mochila con el fardillo de la ropa rota. Del calzar no me preocupé, que los zapatos jamaicanos todavía daban de sí.

En llegando a la capital, pasamos entre mucha nave fondeada y, con el mismo miramiento que a sus gentes de las chozas, dije adiós a aquellos marineros. Dejéronme en el cogollo mismo de San Juan y abajo de una cuesta empedrada, en el aculadero de la Caleta de las Monjas: apenas pisar tierra y ver salir la canoa, me eché a una rinconada de las peñas cuidando de no ser visto. Allí me quité las prendas y la peluca de soldado, las abandoné con el pantalón viejo dentro de la mochila y me vestí lo de Martínez con los zapatos de Jamaica. Debajo de la nueva me puse mi camisa rota, que debía haberle tomado un apego. A la ropa militar y a la mochila me pesó no venderlas de viejo, pero no quise saber más de ellas ni que me fueran a enredar con eso.

Subí a San Juan por entre árboles de sombra. Preguntando por posada pasé a la calle que le dicen la del Cristo y, apenas abordarla, vi mucho corrillo al chachareo, haciéndose lenguas todavía del asalto a Guanicoa. Escuchando acá y allá, vine a saber que la mortandad de españoles tampoco había sido manca y oí decir que, aun salvando la plata, que pasaron los arcones a toda prisa de Guanicoa a San Juan en una recua de mulos y hasta a lomos de gente, no se llegaron a hacer bien las cosas, y que el mayor contradiós era no contar en un San Juan de Puerto Rico con naves fijas a defensa, pues, aun dejando mucho muerto y más de treinta prisioneros, los corsarios habían podido dar vela y escapar. Eso me alegró las pajarillas por Amaro, así como que ni lo mentasen y le achacaran todo el asalto al don Morgan y a los ingleses.

Por todas partes comencé a ver en San Juan tanto o más esclavo negro que en Jamaica, y las naves de negrería en el puerto, y, por los altos de la ribera, mucho hombre en vaivén porque estaban empezando a hacer las murallas a la mar; lo poquito que llevaban hecho me pareció como mezquino y de mala salvaguardia. Al castillo, en cambio, lo vi bien fuerte, alto de más de ochenta pies, con torres en sus cuatro esquinas como el del Pópulo de Cádiz, y baluartes bien cumplidos. No volví por esa parte, no fueran a llevar a las obras prisioneros del asalto, que ya vi por allí a unos franceses encadenados, y, aun sin querer, le diera a algún hermano por descubrirme. Pálpito y prudencia que, a la larga, no me equivocaron.

A las dos posadas que hay en San Juan, la del Rey y La Vizcaína, me llegué y las dejé por costosas y señoronas, que, como vestía yo ropa del país aunque fuese nueva, hasta los esclavos cogemierda me miraban en los patios por encima del hombro, y hubiera dado en sospechoso al alojarme en ellas de sopetón, según iba vestido. Así que seguí por las calles moviendo pies y preguntas.

Vivir como caballero sí que podía. Pero yo estaba allí para juntar más pesos, no para gastar los míos en zarandajas de posada buena, casa de apariencia, criado a atenderla y todos los reales que se lleva el andar de señor las veinticuatro horas. Muy bien mirado tenía cuanto iba a hacer, con sus peligros, y, como Amaro Bonfim, me cavilaba días enteros cuanto parece pequeñeces, porque es que luego no lo son. A lo que no estaba dispuesto era a empezar derrochando reales en altanerías y grandezas, sin saber si de ellas no me vendrían más que gastos.

A hora de almuerzo me di en una tahona con un tal El Bendito. Le hablé de que buscaba paradero y me ofreció alcoba en su casa a precio muy arreglado, nada más que cuatro reales de cobre por noche. Comimos pan con miel, díjele que fuésemos a ver ese aposento, se echó él a la espalda un costal de carbón que tenía por el suelo y, pasando tres calles hasta la Plaza de Armas, dimos cerca de ella con la casa de mi acompañante, ya en esa mitad chungueta de San Juan que la plaza separa, como de golpe, de la otra mitad, la del señorío y los militares. Justo de esa plaza para abajo, sin siquiera dar a la mar sino muy allá de las últimas casas, antes del Playón del Muerto, no ves más que callejones roñosos, mucho descampado, ranchillos a ruinas, covachas y todo el pobrerío, que también se mete por la parte de los señores. Pero ellos no pisan nunca esos andurriales de los malandados.

La casa de aquel Bendito estaba en un enredo de callejuelas de tierra. Tenía un patinillo que daba a una, y a un callejón trasero estrecho y sin luces, muy a mano de la Plaza de Armas según te dije. En el patinillo había dos cuartos, cada cual con su puerta, a buen recaudo y sin ojos ni oídos encima, así que le arrendé uno al Bendito, con su jergón, anafe, palmatoria y llave. Él era un hombre ya de edad, muy manso y pastoso y callado, mulato liberto, vendedor callejero de carbones y apenado por todo el mundo, aunque con tal cara de palo como si nunca le pasara ni

oyera nada de malo ni de bueno. Hacía también a ratos de santero, que luego para mí no fue santero, sino santo, y ya apenas llegar a San Juan me curó en tres días de unas fiebres fuertes con los polvos de una corteza molida y colorada, que se tragan con agua y no los he visto acá en España, siendo ellos de Loja del Perú, por la Mar del Sur.

Al primer día, con la calor, la mañana de trote y la fatiga atrasada, me entró una flojera. Pagué al mulato una semana adelantada sin que él me la pidiese, y dormí casi hasta la puesta del sol. Al levantarme y salir, vi la Plaza de Armas empezando a animarse para su hora más ajetreada, que es la del oscurecer y el paseo: sólo allí se arrejuntan en la población ricos y pobres, como pasa en el Arenal de Sevilla. No convenía a mis miras lucirme por la Plaza ni había mucha gente en ella; más tarde sí que andaba llena, ya de vuelta yo de una caminata en la que me zapateé muchos lugares del San Juan alto cara a la mar, y anduve de parla con un paisano Jiménez, cantinero de Moguer, que llevaba asentado allí unos cuantos años y era hombre sencillo, desenvuelto y muy sabedor.

Después de ese aireo, otra vez me llamaron el hambre y la cama, y otra vez los escuché; por lo visto, y aun con todo lo que había reposado en los bohíos de Punta Salinas, el vapuleo de Guanicoa aún me retumbaba en el cuerpo, y es que ya empezaba a ser gallo con espolones. Esquivando la Plaza, me encerré en mi alcoba, encendí la palmatoria y despaché a secas el pan que me había quedado del almuerzo. Antes de acostarme, eché a un lado el jergón, me quité la faltriquera y, apartando de ella diez piezas de oro, la lie en la camisa a jirones y, escarbando en el suelo terrizo, sepulté mis dineros y le igualé al suelo la color, que ni aun mirándolo aposta se notaba el escondrijo. Echado luego en las pajas de mi yacija, cavilé un buen tiempo en lo que llevaba pasado en este mundo y que nada me importaba, aparte dos muertes y el ahínco de lo de Anica.

Yo de papeles de mar no entiendo, hijo, ni por dónde caen los sitios.

Serían figuraciones mías, pero me sentía las carnes como más cerca de Anica, y de Cádiz mucho más que me lo sentí aquella primera mañana de Venecia, ¡eso de seguro!... Porque aquello de Venecia no fue más que la engañifa de unas pocas de palabras iguales, y ver tanta mar para donde miraras. Pero en el San Juan alto, su callejeo, la parla, la gente, las casas y patios, las puertas de la mar, tanto de lo que había visto y oído, me traía esta tierra nuestra a las mientes, todo allí con su aire indiano pero sonándome también a cosas de aquí, que, hasta sin semejársele un pelo, la Plaza de Armas me sabía a la Corredera, y vi por las esquinas mucho limón, naranja y melón aguanoso, al lado de los cocos y los mangos y las piñas dulces aquellas de Indias.

Con todo y con eso, un mes o dos tuve de echar de menos a Mosquilla y a *La Garzona*.

El tabernero de Moguer me había puesto al tanto de cosas que quería saber yo, encaminadas todas a agrandar mis dineros y a salir para España con mi capitalillo en una de aquellas naos que, mientras él me charlaba, veía mecerse por entre las palmeras y la ventana de su cantina. Conocí que, desde que iba a peor el tráfico de naves españolas por todo el Caribe, menos había bajado en eso San Juan de Puerto Rico que La Habana, que antes era la perla y reina de las islas, y San Juan poco más que un fondeadero de aguada para la mar de Honduras; pero ya andaban en comercio casi a la par, aunque Puerto Rico tuviese la contra, viniendo sobre todo por las islas de las Vírgenes Gordas, de no contar para naves pesadas más que con el paso de una canal angosta y corta, muy merodeada de extranjeros en corso. De azúcar y cacao y café salían dinerales por San Juan, y la plata de Guanicoa, y, después de Jamaica y Cuba, no había mayor trajín de negros africanos para los campos, que además iban a comprarlos a San Juan de mucho puerto y hacienda de toda esa parte y aun de la Tierra Firme. Los indios puertorriqueños, los

boricuas, aparte quedar pocos como te dije, no daban o no querían dar de sí para aquellas faenas de las plantaciones pero que ni matándolos. En lo del juego no quise indagarle demasiado al Jiménez, aunque también fui sabiendo que movía en San Juan una pila de reales. Me dijo el moguereno de por sí:

—Como no me pareces hombre de muchos teneres ni de sentarte con los ricos, si te da por jugar, aquí no te arrimes a los pobres.

Y, como de paso, me mentó no sé qué Goteras, con fama de lugar muy tenebroso y pendenciero.

De todas estas noticias y pensamientos vinieron a sacarme las pulgas del jergón que, más apagaditas por el día, se enrabetaron luego muy fieramente y me dieron la noche. Media mañana eché en sacar del cuarto toda la paja, comprarla nueva y santo remedio, pues no volvieron ya a sangrarme más que las tres o cuatro que ni en la cama del Rey faltan. De moscas en cambio, que las hay en San Juan para dar y tomar, ninguna me acosó allí, por lo oscuro del aposento.

Lo que de esa mañana me quedó lo pasé encerrado en él, probándome las manos con una baraja que también me merqué. Vi perdida mi habilidad, por haber echado a dormir el juego tanto tiempo y no tocarle a los naipes en Mosquilla sino para brometas, lecciones y poco más, cuando eso es como todo, que si lo dejas se te va yendo. Bien torpe me hallé, y a mis dineros enterrados no quería tocarles.

Las noches que vinieron jugué conmigo en el jergón, recobrándole la listeza a los dedos y el tiento a la baraja; en cosa de dos meses, ya me la manejaba como antes. Pero, para no comer de lo mío, todo ese tiempo estuve saliendo a pregonar con El Bendito, su carbón y sus picones él, y yo unas artesas de barro y de madera que, con dos que vendiese, ya sacaba para pagarme cama y sustento. Muy pronto quedé harto de cargarlas y vocearlas; no estaba yo hecho a esos trotes de vendedor

ambulante y terminaba el día muy cansado, aunque el que me acabó de hartar fue un asno nervioso que nos tropezamos una tarde. Venía ese borrico calle abajo, suelto de las obras de la muralla y rebuznando y pataleando de mala manera como si le hubiesen picado tábanos, o con las calenturas del cielo. Me topó, me echó al suelo tres artesas de tierra cocida y me costó mis cuartos pagárselas al alfarero, que al final no le pagué más que dos, pues la desgracia era de todos; ya volviendo de esa porfía, y a cuatro esquinas de la del Bendito, fue cuando me encontró una negra gorda y madre de seis hijos. Decíanle La Bella Trinidad, vivía sin hombre y, en viéndome, le dio por mis huesos.

De moza había andado por los cafetales y de patrono en patrono, porque fue una real hembra y lo seguía siendo, sabrosa y carnosa que se le salían los pechos de la cama, y tanto o más batalladora en ella que la negrita de La Curruca, cuando mi desvirgue en el Chantre gaditano.

Casi más que por el betún, me acordé con ésta de aquélla por las mañas cameras, al estilo de las de su color, y ser las dos muy grandes follatrices.

Púsele por condición a la Trinidad que ni me echara cadenas ni fuese nunca a buscarme, que yo iría a empernacármela cuando me apeteciera, sin cuentas ningunas que darle, y me dijo que sí y que todo cuanto quisiese. Se lo dejé así de hablado y de clarito porque no quería yo compromisos ni pesos, y porque, de primeras dar, fueron de tal empuje sus palizas y fuegos que me dejaba sin aliento, y luego me costaba hasta moverme no siendo ya un mozo.

Era mujer muy habladora, siempre con la cama en la lengua. De sus tiempos por los cafetales me fue contando con los días ser costumbre en el país que el amo, soltero o desposado, mandase después de almuerzo a por cualquier esclava de su gusto. Dejaba ella de agacharse en la plantación, llegaba a toda bulla y él se la llevaba a su alcoba, o a otra si

tenía mujer, para gozarla según venía de las faenas camperas, bien calentita y anegada en sudores. Me dijo la morena ser de fe entre católica y africana, y que, según sabía, lo de ella y de tantas se quedaba en nadilla de pecado comparándolo con cuanto sucedía por muchos lugares de Indias, pues, en lances de mujerío, aún se le llamaba El Paraíso de Mahoma a una Asunción del Paraguay o del Uruguay, que cae muy abajo; y me contó que varones y mujeres llegados a Puerto Rico de la parte del Perú hablaban de soldados rasos españoles, salidos de allá para Nueva Granada o para los Buenos Aires, llevando consigo cada uno hasta ciento veinte bocas entre machos criados y hembras amorosas de lo más lindo, y éstas los atendían y regalaban tanto en cama como en golosinas de hojuelas y dulces, para lo que aquellas indias tienen muy buena mano. También me habló La Bella Trinidad de lo que son, en esos menesteres del yacer, San Salvador del Brasil y el Río de Janeiro, donde un alférez portugués también amigo de mi negra anduvo amancebado con mestiza raramente hermosísima, ya como de cuarenta años ella y Ñusta de nombre, que él la veía irse a buscar guerra con otros de los de su cuartel, y en muy buena hora porque le sacaba dineros de polvos a quien fuese, y decía su querido en viéndola ir:

—*Allá va mia Ñusta, y praxa a Deus aproveite a seu amo seu travallo.*

Mucha hembra debió ser aquella Ñusta de Río, tan antojadiza y fuera de quicio que, no más de oídas, vino a enamorarse del Papa de Roma, a cuenta de dos padres dominicanos que decían misa por los cuarteles. Aconteció que a aquellos dos frailes les daba por juntar muchas tardes en el patio del cuartel a cuanto indio, negro o cristiano podían, para predicarles las cosas de la madre Iglesia, y nunca faltaba la hermosa Ñusta a sus sermones. Hasta que tanto oyó ella alabar al Santo Padre y hablar de los resplandores entre los que el Papa vivía, que cayó en deseos de él y anduvo un tiempo rogando a esos frailes, y a cuanto hombre



adinerado se encontraba, vieran modo de mandarla a Roma para satisfacerse el gusto. No la encalmó el escándalo de todos ni que le dijese que el Papa es un viejo, a lo cual replicaba la Ñusta que ya sabría despabilarlo y que a él no iba a pesarle pasar con ella una noche y aun dos.

Muy sin vergüenza creía yo a los nativos de Mosquila pero, con todos los enredos de amoríos en Indias que la Trinidad me fue contando, vinieron a parecerme los Santos Inocentes, y la Tonalzin, Santa Servanda virgen y mártir, sino que en cueros. Y mira que acordarme yo hasta de lo que me contaron, hijo, y de cosas que ni viví... ya estás viendo que, lo que es cabeza, no me falta.

También me avisó la negra de que, no con las de su color ni con indias de las islas, pero sí con las de la Tierra Firme, me anduviese siempre con ojo, no me dieran un bebedizo que gastaban con los cristianos cuando querían escaparse de servirlos o hacer ellas su real gana, que entonces te echan en la comida un miguél o yerba que allí dicen tectec y en el habla de España borrachero, lo que está cabalmente dicho porque, en tomándolo, pierden los cristianos la cabeza y ya no pueden impedir que se les marchen ni cosa alguna que ellas quieran hacer.

Entresaqué, de todos esos paliques con La Bella Trinidad, que muchísimo era lo que disponían indias y negras por todas aquellas tierras, doblegándose y arrastrándose en esto y en aquello pero haciendo su voluntad en lo otro y en lo de más allá, y que por eso se veía en todo el vivir de la América igual barullo, rebujina y salpicón que ves allí en las caras, los cuerpos y las pintas. Más festejaban muchas castas el nacimiento de mujeres que el de machos, y una noche se excusó la Trinidad de recibirme, diciéndome que la perdonase y que había de ir a una cosa y lugar donde no podía ir yo, por mi color y por estar no más en lo católico. Preguntéle qué cosa era y me contó una maña corriente para

ellos, que yo no me la creía y me dijo ella haber pasado tal maña de los mismos Brasiles a Puerto Rico. Y eso es una reunión que le llaman covada o algo así, donde un hombre como un castillo, sin ser puto ni que se le parezca, se mete en cama rodeado de velas encendidas y con muchas y muchos alrededor, atendiéndolo todos como si de parto estuviese él y el hombre pegando esos berridos y lamentos de la paridera, con un muñeco de trapo entre las piernas despatarradas y tapado semejante sitio con una pieza de madera hendida que remeda las partes de la hembra. Y me dijo la Trinidad que tal comedia vale para que los hombres tengan algún mando en la mujer y en los hijos, y éstos les den algún derecho de padre, pues no lo tienen ni se lo dan si antes no se echa él a parir en esa mojiganga de la covada, vete enterando, bachiller. Y de que, a pesar de las costumbres mandadas por los cristianos, la inteligencia y la valentía todavía eran tenidas en muchos lugares de las Indias como cosas de la mujer, y la hermosura como del hombre, al revés que entre nosotros.

Bueno: de acordarme yo y contarte ahora cuanto esa regordona Trinidad me contaba, es que no acababas de escribir en diez años. Pero no quiero que se me salten, pues tan curioso eres, otros dos sucedidos, ya de hacía mucho tiempo, que ella me refirió de la parte del Perú, donde yo no estuve; pero, por lo que oí, ha de haber allí mucho marimacho, cualquiera sabe. Como unas mellizas, damas españolas del señorío, que mataron en duelo a caballo con lanzas y escudos, por razón de honra, a dos hermanos González que se la habían quitado a ellas; y lo de una muy lozana doña María, quien, siendo su padre juez del lugar, salía disfrazada de varón y a escondidas de su gente en los carnavales del Potosí, donde a cuenta de los alcoholes, y por robarse las bandadas callejeras unas a otras las joyas y vestidos que se ponen, dan en acuchillarse por las calles. Y a esa doña María la llevaron presa yendo ella de hombre y por andar matando máscaras en uno de esos apuñalamientos, que fue entre criollos y

vascongados. Seis de éstos fueron muertos, y ya iba a ser ella degollada por la Justicia cuando alguien la reconoció y se avisó al padre y fue librada.

A decir verdad, esto debió ser lo único que La Bella Trinidad me contó sin que anduviesen de por medio camas ni fornicaciones, las solas cosas, aparte sus hijos, que aquella negra tenía en la cabeza por delante de todo. Yo no he visto en combate mujer igual, ni puedo echar memoria de lo que había de escucharle cuando estaba conmigo en los delirios de los amores, que ya no era el pedirme a gritos que la dejase señalada y le quitase la vida y todos esos arrebatos que se les vienen entonces a las mujeres a la boca, sino sabe Dios lo que me decía y me celebraba y prometía y juraba, que terminó hablando de llevarme una hija suya doncellica y color café, a que se la abusase, y diciéndome que para mí serían la palma y el gusto, para ella misma el premio de agradarme y para su mocita la ventaja de que nadie mejor que yo iba a hacerla mujer. Y La Trinidad: que «verás si es bella», y «uno de estos días», y «ya tú vas a ver», hasta que se me presenta una tarde con la muchachita a que yo le pegase el bajonazo, cosa que fue trabajo grande por lo estrecho de la niña pero que, habiendo salido ella a la madre, tampoco acabó sabiéndome malamente.

Siempre cumplió La Bella Trinidad su palabra de no marearme ni venirme con quejas ni con desde-cuándos, porque, lo que es ir a verla, no iba yo mucho, por no echarme las obligaciones que ella no me estaba echando y, más que nada, por andar convirtiéndome en otro hombre, según mis propósitos y puesto que otra vez me sentía dueño y señor de las barajas.

Ya cuando dejé la venta de las dichosas artesas, que hasta agradecí luego el empujón de aquel borrico, lo primero que hice fue tomar los dineros que tenía apartados de la faltriquera y encargarme dos vestidos,

uno de angorina ligera que ni el duque de Veragua, y el otro de seda bermeja de la de cabo y medio, con capa, espadín y chambergo emplumado, todo de lo bueno y como de hombre de mucha renta. Fue gasto fuerte, mas no era cosa de andar de trapillo ni con zancajos entre gentes de garbo, y tenía por seguro que hablando poco, y con oro en el bolsón y el palmito bien presentado, habría de irme a derechas. Me compré también una perilla de las de quita-y-pon, pero muy segura y de las que dan el pego entero, por si a alguien le sonaba de lejos mi cara, y dos camisas de las de no planchar, que yo solo me las lavaba cada tres noches. Al desvestirme, miraba al Moreno detrás de todo ese roperío y me parecía que él lo extrañaba.

Aparte los consejos de Jiménez el bodegonero, que me acordé luego y a destiempo, donde yo me quería sentar era a la mesa de los grandes. Son ellos los que afaman a San Juan en el juego, aunque después vine a enterarme, en mala hora, de que tantos o más reales se cuartelean allí a los naipes los desastrados y los desheredados de mi cuerda.

Ésos van a un lugar que el mentarlo me da repeluco y que otros ni oyeron: Las Goteras esas... Ya me avisó el de Moguer. En un despoblado... Están en un despoblado, mucho más para allá de las casas. Sitio más perro para mí que ninguno, bachiller, pues de allí salió que me veas la cara como me la ves, y que me dejaran con este ojo averiado y sin el Moreno.

Pero, yendo por su pie, déjame decirte que, antes de dar en aquellas Goteras de perdición, me moví como quise por las mesas lustrosas y por las casas de pisto.

De sedas, sombrero, espadín y con mi perilla postiza, ni me conocía yo, viéndome tan currutaco. A la hora del paseo por la plaza, supe arrimarme muy gentil a unos señores De Velázquez, bien melosos, de los de coche y casi más servidores blancos que de color. Les dije al rato y

con gracejo que no era hombre de oficio, pero sí de beneficio, y aquel mismo día los convidé a cena en la Posada del Rey, y ellos a mí en su casa a la otra noche, y con ellos fui entrando en figura de caballero por las salas del señorío, allí donde no se oye más que «vuestra merced», y que «me place», y «sírvasen», hasta con algún marqués ventilándose luego los cuartos con Juanillo Cantueso. Los más a jugar, eran cargadores ricos, oficiales de la Corona, capitanes de naos, generales y hacendados, criollos en mayoría y de la misma España bastantes, y algunos hasta de Cádiz y Sevilla.

Al dejar ya de noche mi aposento, yo me las arreglaba para cogerle las vueltas al Bendito y que no me viese tan enseñoreado. Él era hombre de horas fijas y no tuve más que sabérmelas, así como procuraba que, yendo en ropa de caballero, tampoco me mirara nadie por lo menos hasta la segunda esquina de mi casa, a un paso de la Plaza de Armas. De modo que, antes de salir, echaba ojos y oídos desde el patinillo y luego salvaba el lance en tres zancadas, a favor de lo solitario del callejón trasero, lo sombrío, y no dar a él puertas ni apenas ventanas. Para recogerme, que siempre era muy a deshora y dando rodeos distintos, me anduve con iguales cautelas; no era de mi gusto andar escurriéndome como cucaracha, pero a ver. Y por el día, como en mi alcoba no me iba a estar siempre, ya fui sabiendo adónde ir, de pobre, sin la perilla y acomodando con mucho tiento a mi doblez horas, gentes y lugares.

Después de aquel primer enlace con esos De Velázquez en la Plaza dejé de aparecer por ella, y el don Manuel de Valdivieso, que tan pronto y con tan buen son se me ocurrió para los pescadores, también se lo enjareté al señorío sin que nadie me lo discutiese, pues ya sabes que el vestido y el modo lo hacen todo y que, en cuanto entras de hidalgo por uno de esos portones, los otros se te abren de la noche a la mañana si sabes caer en agrado y andarte con cabeza.

Advirtióme mi entendimiento que allí, igual que en Venecia, no era cosa de que se me notasen las ventajas del tahúr, y tampoco llegarían a doce las mesas ricas donde menearlas, conque me dije tate, hice por no levantar miedo a fuerza de ganancias y pensé que otras también podrían venirme de aquel trato con tanto caballero. Soltura no me faltaba; con ella salí adelante y con el «adónde fueres, haz lo que vieres». No pasé por lo de las fumaderas, que mucho señorío de San Juan también ha cogido ya ese extraño gusto indiano y se echan sus sahumerios, rebujando las yerbas con el tabaco y haciendo con el rebujo unos canuticos mejor liados que los que se hacen los indios de Mosquilla.

Tuve a bien aprender, entre otras necedades, a contonear el espadín, saludar en refinado, ir algún domingo a la misa gorda de la catedral y quebrar la cintura delante de las damas, que me miraban con buenos ojos y una criolla escurrida de carnes hasta deseosilla y publicándome guerra, sino que yo no quería lío y, menos, teniendo ya mi arreglo con La Bella Trinidad.

Pidióme antes perdón por la osadía una muy relamida, y me dijo a seguido:

—Mi señor don Manuel, es que hará como dos meses y yendo con mi esclava Josefita, vi cerca de la plaza a un desgraciado vendiendo artesas que, sin la perilla, era el propio retrato de su merced.

Un color se me iría y otro se me vendría, pero atiné a echar remiendo sin trabucarme y dejándola contenta:

—No hay ofensa en oírle, señora, lo que ha de ser muy verdad, pues iba yo de parla por la ribera con un capitán cuando también me di con ese picaro de las artesas, cayendo en asombro los dos, y quien me acompañaba, al mirarnos tan semejantes como monedas del mismo año. Nunca había visto yo a ese pobretón y ni hermanos gemelos se han de parecer así.

Lo más difícil me fue siempre no dar razones de mi destino en San Juan, cuando muchos querían saberlas, y otros preguntábanme hasta dónde habitaba. Pero entre gentilezas, gatuperios y cuquerías, no pasé de decirme andaluz y soltero, y escapaba de responder a lo demás. También me fui librando, con este o aquel achaque, de los almuerzos, giras al Yunque, merendolas o paseatas a que algunos me convidaban, y las damas concluyeron inventándome una historia galante. Según ellas, yo había de no ostentarme por el día, y estar callado y acaso huido, por cosas de amores con alguna señora casada y muy principal, pues no había más que verme tan galán aunque ya no fuese un muchacho, decían, y que de aquel compromiso de honor nacían mis secretos. Si horas antes o después me hubiesen visto de pobrete, o retozando con la negra, de seguro que más de una de aquellas perfumadas pierde el conocimiento. Pero ese pegote de mis amores imposibles cundió lo suyo; lejos de negarlo, bajaba yo los ojos cuando me lo apuntaban, y una vez, aunque sin piar, hasta me hice el conmovido cuidando de no pasarme, con lo que vino a darse más por cierta la murmuración y yo a quedar en hombre amador, valiente y desdichado.

Aun así, no faltaron abejorras ni abejorros disconformes con el cuento y con mi punto en boca. Fui por esas salas de acá para allá como cangrejo en canasta, prodigando lindezas, huyendo aprietos y preguntas traídas por los pelos, y sin demorarme mucho con nadie para que no me sonsacasen las palabras del cuerpo ni llegar lejos en pláticas de gravedad, no me fueran los remilgados a conocer la crianza y a verme el pelaje de la almadraba. Todavía no me había hecho yo cargo de que, quitando a éste o aquélla y aun con todas sus chácharas, los más de esos planchifredos son como el Maestro Liendre, que de todo sabe y de nada entiende; ni de que en todas partes vienen a ser los mismos perros con collares distintos, pues de escribanos, sabios y otros bichos raros como tú y Corradino,

pocos vi pisar esas alfombras, aunque seáis de buena cuna. Y lo que es en manera de ser, como don Pedro el embajador para mí que hay bien poquitos.

Llegaba yo a las casas poco antes de que las barajas saliesen a relucir y me iba en cuanto las dejaban. A media velada era el rato malo, pues se detiene el juego para servir el chocolate y entran la conversa y la música, en la que yo fingía siempre poner muy grandes atención y placer, hasta llevando el compás con la cabeza como un mentecato.

Cosa corriente en esos parones era que un señor Prieto, granadino, se asomase y batiese palmas al patio y a la calle, donde, para acompañar a los amos de vuelta a sus casas, esperan los criados y esclavos, de plática o dormitando, dejados caer contra la pared los unos en los otros. Subía entonces una pareja de flautistas naturales del país, varón y hembra muy jóvenes, hermosos y limpios, que los llevaban los Prieto para ese apaño de la música y, al volver las cartas, iban abajo otra vez. O, si no, se armaban duelos de cantatas y tocatas entre las mujeres. Tenía vara alta en esos desaos una dama catalana de cara y cuerpo grandes, muy presentadora de sus tetas y tan habilidosa en músicas que mira: no había más que ponerle delante cualquier papel de solfa y lo cantaba de repente.

Pero ya te digo que, con todas mis astucias y aunque andaba bien visto mi cuento de amores, no faltaban los empeñados hasta en saber cuántas barbillas tenía cada pluma de mi sombrero.

Una noche me siguió alguien. Sería, digo yo, algún sirviente mandado por sus amos al curiosear de mi paradero, pero supe descaminarlo mucho antes de tomar mis callejuelas. Y, así fuera luego para bien, peores las pasé otra noche en que, a tiempo del chocolate y en casa de los De Velázquez, me asió del brazo y se hartó de apretarme las clavijas el secretario del gobernador, un señor Zulueta con más peluca que cuerpo, que ya llevaba hecho lo suyo por saber lo mío y aquella vez se fue a por



todas, mucha educación el viejo pero pegadizo como garrapata, y forzándome a contestas que yo no quería ni podía darle. Tuve miedo de que los que mandan llegasen a crearme espía de la Inglaterra o la Holanda, de los que nada más que en Puerto Rico ya habían ajusticiado a cinco, y, retirándome con el don Zulueta a un balcón, otra vez me ayudó el palabreo del Polluelas y le dije así:

—Ya habrá oído su señoría que este servidor suyo esconde su persona, su morada y sus pasos por causa de unos amores. Pues sí: ésa es mi cruz, y mucha amargura me trae y para vos no la desearía, así que por su honor le suplico no me obligue a desvelar secretos que he jurado ante Dios no descubrir, y en los que le va mucho a dos familias españolas tan célebres y de abolengo que mostrar de ese paño un solo hilo vendría a ser como enseñarlo entero. Otros nombres de gran cepa, que ni su merced puede figurarse, también se verían manchados, así que le pido me entienda como hombre de autoridad, caballero cristiano y varón de sentimientos.

Me salió que ni los cómicos de Mudarra cuando ponían en Cádiz aquello de *La toma de La Mámora a los berberiscos*. Hice que me secaba aprisa un ojo y, para rematar bien lo empezado, le terminé diciendo a aquel mocarras:

—Júrole que cuentas con la Justicia ninguna tengo, y que muchos de mis haberes y haciendas en la Andalucía no van más que a la Corona y a la Iglesia. Mi pena de amores, sólo Dios puede juzgarla, no los hombres ni las leyes, y es de tal naturaleza que, dicho aquí entre nosotros, tirar del hilo que hablé puede ser para cualquiera embrollarse en muy mal ovillo, como ya le ocurrió en Puerto Velo, sin yo quererlo, a un don Antonio de Rojas.

Oír esto el peluca y dejarme ya en paz todo fue una, pues yo sabía lo que decía y quién era el Rojas que había mentado, señor de Puerto Velo,

mandón muy conocido y temido, y brazo fuerte de Su Majestad como aquél de negro que me sableé en *La Princesa*. Aún andaban los ciegos cantando al disimulo en sus romances, tanto en España como en Indias, los enredos antiguos de un tal Villamediana, que contaban lo habían matado en su coche y en Madrid por andar liado con la Reina y pregonarlo. No me extrañaría tanto que, después de mis palabras y de lo del Rojas, se le pasara al señor secretario por la cabeza que mis amores también podían volar por esas cumbres. Lo cierto es que, según supe y como curándose en salud, él fue luego propalando saber ya de buena tinta que yo era hombre de bien, rico y precisado de vivir en Indias; para mí que a algunos hasta debió ir contándoles el resbalón del Rojas, y aconsejando que no se me husmease, escarbase ni pusiese en entredicho. Me di cuenta porque ya empezaron todos a no venirme con demandas, y en que las mujeres me miraban con la boca abierta. También advertí desde entonces que, en cosa de naipes, tenía ya la entera confianza de toda aquella piara tan pulida.

Sin embargo, en eso del juego y aparte los temores con que yo mismo me atajaba, frenó mis saberes y destrezas el que allí se muevan buenos reales, pero mirándose muy mucho por ellos. Es más el ruido que las nueces, y, en menester de tretas, no pude sacar barajas mías amañadas, pues en San Juan las ponen los anfitriones y las desprecintan en las mesas mismas, aun cambiando de mazo tres y cuatro veces en noche y rompiéndolos para tomar otro flamante, que era un dolor verlos rasgar estando nuevos. Pues ésa tampoco fue chica: la que me tenía yo creída con que todas aquellas gentes andaban a partir un piñón, cuando algunos no se podían ni ver, y en las mesas de juego había muchos desconfiars.

Así que ya podía ser yo muy mano brava, y otra vez lo era, que, sin cartas guiñándome, poco más me cabía que el ardid de componer los empalmes, meter de cuando en cuando guía y paquete, o paquete y

ballestilla, y rebajar alguna que otra figura en jugadas de boca, aparte el talento. Estando una noche en pie y de palique, baraja en mano, se me fueron sin querer unos naipes y me eché a recogerlos al vuelo, como yo sé, pero tuve una luz y los dejé caer todos para que no me vieran tan mañoso. Me eché la cuenta de sacar, un día con otro, como entre cinco y seis veces lo que de las artesas sacaba, y, aun así, había quien iba echando la cuenta de mis ganancias, aunque yo las espaciaba y encubría. Me inquietó que fuese medrando el mote de El Afortunado, con el que ya empezaban a mentarme, y muchas noches perdí adrede, pero que si quieres harina, Catalina. Y además las partidas no acababan muy tarde, pues toda aquella gente andaba en quehaceres mañaneros.

En fin: que me salió respondona la fama de tanto oro al juego en Puerto Rico, se me enfriaron las ilusiones de enricachonarme con él en unos pocos meses y empecé a pensar en otra cosa, pues para mí era de torillo no irme a España sin doblar, por lo menos, los reales que tenía.

Ya te llevo dicho, bachiller, que no había en San Juan señor, militar ni apenas corchetes, que pusiesen un pie en la mitad de allá de la ciudad ni en los arrabales de los piojosos, que esas partes no son más que para ellos, aunque en cambio los pobres se toman y recorren la población entera. Te conté también que yo sabía aviármelas para salir de día, en ropa del país, desperillado, medio descalzo y moviéndome cuando y por donde no me diera con el señorío de las noches. Con el que me di una tarde, y tuve un sobresalto grande, fue con mi compadre Bartolomé Setién. Volvía yo a mi cuchitril después de un rato de parla con el tabernero de Moguer en su cantina, y el Setién pasaba como para el castillo. Allá iba tintineando sus cadenas, en una cuerda de presos de los de las obras de la muralla, todo puerco, barbilargo y muy echado a perder. Pero, quitando mi desazón, si he de decirte qué sentí, pues no me apenó mucho que le hubiesen echado mano cuando lo de Guanicoa, hacía

ya cerca de un año. Volví la cara rápido y apreté el paso; no me vio él de milagro y, según le conozco sus malos mengues, lo mismo me busca una ruina si me ve.

Tampoco volví ya por aquellas calles a esas horas, pero otra cosa que me pasó por entonces fue notar al Bendito como raro conmigo y receloso. No, no era aquél su mirar aunque hablara tan poco, y esas alarmas en la gente las veo yo que ni pintadas, por más que las quieran esconder. Andúvele dando vueltas a aquello del Bendito, llegué a maliciar que me había descubierto al salir yo de gran señor y sin que me diese cuenta, le metí los dedos y acabé por conocer que no me había visto salir sino entrar, y además de espaldas y en lo oscuro. No podía él coger el sueño esa noche, me escuchó los pasos en el patinillo y se echó abajo del camastro a mirar por su cerradura. Y, como nada sabía El Bendito de mis trueques, lo que había anidado en su cabeza era que un caballero de garbo, sarasa él, o yo, o los dos, pasaba a verme en secreto por las noches. Me dijo por fin, con sus muchas bondad y mansedumbre, que no era cosa suya ni iba él a ir hablándolo, pero que me anduviese con un ojo puesto en la vecindad, muy cruenta con todos esos menesteres de putos, sobre todo entre rico y pobre.

Fue intención mía callarme mi boca y aguantarme con lo que no era, pero se me picó la honra y ya había tenido muestras de que, así por las buenas, no le decían El Bendito a aquel hombre, conque le confesé que me había visto a mí y no a otro. Hube de contarle mi tramoya y aun mucho de mi vida de antes, con la última contra de no haber hallado en las mesas fuertes de San Juan las ganancias en que confié para volverme a España rico entero.

Cuarto de hora estaría él sin hablar, sin mirarme y como más apagado que siempre. Después me dijo despacio:

—¿Y no estuvo su mersesita en Las Góteras?

Preguntéle qué era eso.

—Pues allá —me contestó El Bendito—. Allá sí corren los dineros a cartas, lo sepa su mersesita. Sino que es mal lugar pa la salú.

Aquella misma noche me fui a Las Goteras, en ropa de pobre. Me figuraba casas. Y no. Son dos tinglados bajos y entrelargos, a la vista del Playón del Muerto y medio caídos junto a una pedriza sequerona y verdosa, que a lo mejor en tiempos la alcanzaba la marea porque esas Goteras sirvieron como almacenes de abastecimiento, para las naves a Honduras y a la Tierra Firme. Quién sabe cuándo sirvieron, según vi aquello de ruinoso. Pero, así a golpes, aún olía allí dentro a salmuera y a brea.

Hicieron esos dos cobertizos iguales y juntos, con un corredor entre ellos como de tres varas, y están medio en escombros y con los techos a capricho: por aquí no los hay y por allí sí. Lo húmedo, lo oscuro y lo apartado del sitio me llevaron al meollo el caserón de La Madre Oscura, ¡la tenga Jesucristo en sus brazos!, aunque por Las Goteras caen muchas más gentes y, fuera, todo es un desierto grande. Desde los últimos ranchillos, que quedan muy allá de San Juan, todavía has de echar un trecho cuestras abajo. Se pasa luego un descampado llano, ¡largo!, y ya llegas a la pedriza verdosa que te dije. La bahía cae por la otra parte.

Aquella primera vez, no sé yo cómo di con Las Goteras. Me fui noche alante por esos bajos de San Juan preguntando-preguntando, y una mujer se santiguó y se metió en su casa sin contestarme. Otros dijeron desconocerlas y aligeraron el paso. Y otros me fueron encaminando, pero con una desgana fea, en desconfianza, medio volviendo la cara y señalándome el rumbo con dos palabras o un dedo.

Harto de andar sin ver nada ni a nadie, cuando ya divisé esos tinglados entrelargos también atisbé al lejos tres o cuatro hombres que iban para ellos desde la orilla del Playón. La luna rielaba en la mar

saliedo y entrando de las nubes, y alumbraba a rachas aquel lugar de mi desgracia, vivero de mi daño y paradero de todo aperreado de la isla, y aun de otras.

Hay en esas Goteras garito caro, posada de balde, burdel de un cobre y reñidero nunca visto. Y todas esas cosas están apartadas las unas de las otras, así con soguillas entre los cascotes. De alcuzas o candiles, cada lugar gasta los suyos y en cualquiera ves menos luces de las que harían falta. Salvo en lo de pelear, que allí no hay ninguna.

Y de hembras, las caninas y medio locas que se ven, tú qué sabes. Muchas menos blancas que de color y algunas nada más que con las sayas, pordioseros los pezones y pedregosas las costillas. Se las llevan hasta por un cacho de pan, al fondo del cobertizo que mira a la mar. Una barrera de pedruscos gruesos, sin argamasa y que te llega hasta el talle, hace como de pared entre ese berreadero y las mesas de juego: él es quien manda en Las Goteras, mucho más las cartas que los dados, y hay cuatro lugares para jugar. Lo de dormir cae en el otro tinglado; ahí no ves más apartadero, de lo de los naipes, que un cordel tendido a cuatro palmos de tierra, y, para acostarse, en vez de la paja y las estopas de La Madre Oscura echan unas esteras de enea rotas, con bichos hasta en las pestañas de los huéspedes. Pero nadie paga ni cobra por dormir. La ventana de ese dormitorio anda descuajaringada y se abre sola con el viento; me hizo gracia ver que uno se levantaba a cerrarla, cuando falta un pedazo de tejado y el aire sale hasta del suelo.

El sitio de las peleas, creo yo que la Justicia no es que haga ahí la vista gorda, muchacho, sino que ni ha de andar enterada, que no. Le dicen en Las Goteras a ese moridero la salilla de los toros. Por no haber nada allí, ni un ventanuco hay como este de mi calabozo: la puerta es un boquetón en la pared y da a catorce o quince varas de suelo liso, con cuatro hoyitos enfrentados en medio de los muros, dos de cada parte y

uno abajo del otro. En llegando el momento, ea, meten en esos agujeros los mangos de cuatro cuchillos con las hojas para afuera, y éstos son los toros que dicen. No es que siempre haya fiesta de toros, hijo, pero la noche antes de pisar yo aquello ya habían lidiado la suya dos mozos, negro de la isla Guadalupe y pardo de Venezuela, que según oí se las tenían juradas por mor de una mujer de San Juan, y ella le daba menos sitio a uno que al otro. No sé quién caería.

Esas corridas en que los toros se están quietos, pues empiezan poniéndose los dos contrarios en mitad de la salilla y en cueros vivos, a lo mejor para irse del mundo tal como llegaron, ¿no?... Los pinchos salen de las paredes, a una altura de cumplir con su trabajo en las cabezas y en los cuerpos; contra las otras dos paredes, y por el hueco de la puerta, se apretujan en pie los mirones y ni tiemblan las llamas de las teas, firmes en las manos de los que alumbran. Saltan las apuestas y apenas si se mueven las bocas: más es con señas que hablando. Y digo yo, mi señor bachiller, que por enemigos que sean dos hombres, esos festejos han de venir del ron, que en Las Goteras no falta. Yo vi uno. Eran sanjuaneros los dos, se tenían en contra otro atraviere largo y malino y, lo que es de beber, iban servidos. Pero para mí que, en cuanto empiezan, se les pasa la borrachera y hasta el pleito. Sino que el alcohol no los deja soltarse. Se les monta en el ron la muerte y no se sueltan. Cuando más, paran un rato tumbados o sentados, ya con sangre o todavía sin ella y resoplando como si fueran a salirseles las asaduras por la boca, que eso es todo lo que oyes allí por más que duren los toritos, esos resuellos y el tronar de la marea muy al lejos, si el viento viene de la mar. Cualquiera de los mirones va en las paradas a darles su buche de licor, y vuelta a lo mismo: ahora me llevas para atrás pero le pegué un cambio y soy yo quien te lleva, ahora a ver si te echo al suelo y ahora a ver si te alevanto, y esos sudores de los dos, como si se hubieran metido en aceite, y los mirones apartándose

cuando el forcejeo se los echa encima, y allí en las paredes esos cuatro pitones esperando, más fijos que Dios.

Hay quienes acaban pronto, pero aquéllos que yo vi se trabaron como a medianoche y al rayar el día fue cuando uno quedó toreado del todo, y el otro con un refilonazo en un cachete y un tajo en el pecho, aunque no de muerte. Lo que es ver, tiene mucho que ver, y portarse, se portaron los dos, y a mí, que todo lo llevo visto, me cansó quedarme hasta el final. Con todo y con eso, me quedé. Me quedé y me enteré aquella noche de que es mentira muchas veces lo de que más vale maña que fuerza.

Por quien se mira luego es por el vivo, y, si vienen cuentas que ajustar, se ajustan. Allí o donde sea. Pero a San Juan no llega una palabra. El muerto, un peñasco amarrado en los pies y a la mar, que los echan por un acantilado del Playón con mucha braza abajo, La Ceiba se llama el sitio, y entra el agua muy brava y han de ser esos fondos pura huesa.

Lo que es que a esos toros los vi mucho después de mi primera noche en Las Goteras, la que te dije que no sabía cómo llegar. En aquella recalada no estuve más que curioseando esto y lo otro, y fijándome en cómo se movían los naipes. Tanto dinero, y con más brío, salta en ese lugar que donde los caballeros. Noté en seguida que allí se mira poco la gente, y casi no miré más que a las mesas, donde se juega mucho Culebrón, que es uno de mis mandos. Pero, aun viendo el negocio bueno, me fui con mal pálpito y temeroso, como si ya me barruntara... Y como yo me escuché ese aviso, pues seguía en mis noches de señor y en los «su merced», oyéndome lo que contra esas Goteras me estaba oyendo: «No vayas, Juan. No vayas».

Pero luego se me olvidó. O quise que se me olvidara, porque iba cada vez más despacio lo de juntar reales de los ricos.

Aunque nadie me incordiaba ya en sus casas, me traía a mal traer aquello de «El Afortunado» que me habían puesto al juego, y no era



cuestión de que yo lo contradijera del todo y me pusiese a perder hasta que se les cayera de la boca el mote. De manera que, fuera aparte ya de sus prudencias y sus barajas flamantes, las bogadas venían más flojas si estaba yo a la mesa y, en los lances más fuertecillos, pocos eran los que no se me tiraban para atrás.

Aun así, mucho me lo cavilé antes de echarme a las noches de Las Goteras, donde, a costa de riesgos o malaventuras, sabía que podrían crecérseme los dineros ligerito. En ese tiempo se me vino arriba la esperanza de sacarle al señorío, ya que no mucha pieza de oro y plata, buenas tajadas de un negocio o un cargo conforme a la grandeza de quienes debían dármelo. Muy en esa ilusión, tardé lo mío en percatarme de que aquellas prebendas me las mamaba yo solo y nunca iban a llegarme de esas gentes, pues todo se lo repartían entre ellas, amigos o contrarios, y me tenían además por fulano inútil y con el riñón cubierto, opinión que acabó de afianzarse cuando unos Soto y otro me vinieron con que metiese reales en dos embarques gruesos y les dije que no volando, y que el comerciar no era cosa de mi costumbre. Por una banda me favorecía y por la otra me perjudicó el misterio mío y el irme escurriendo de unos y de otros, con lo que los adinerados, criollos o españoles, no pasaban de recibirme, bientratarme, no meterme los dedos y tenerme no más por un gentil compañero de mesa. Ocasiones de cargos y paniaguados volaban en torno mío sin serme ofrecidas nunca, sino a otros, ni yo me atrevía a pedir las por no dejar de parecer el que de mí se tenían figurado.

Así, y siempre con el Moreno encima, comencé a ir unas noches de caballero a las salas y otras de miserable a Las Goteras, donde muy pronto y según me tenía pensado, fuéronseme aumentando los haberes y ganando al Culebrón en una sentada cuanto en una semana venía ganando entre chocolatitos, musiquillas y finezas, que yo estaba ya de todo

aquello hasta los mismos compañeros, hijo.

Poco a poco, fui levantando pies de los que no eran mis lugares y haciendo saber en ellos que, por conveniencias mías, tenía pensado dejar las islas para pasar a Panamá, y que andaba ya en los primeros pasos y quehaceres de la partida.

Algunos se lamentaron, y ellas más, y, la que más, aquella criolla delgadilla que te dije, antojada en encamarme antes o después.

*A 12 de abril.* ~~~ Sí que llegué, por aquel entonces, a ser enteramente dos hombres, el Rubiasco hoy y don Manuel mañana, y, aun en ese mayor peligro de andar al plato y a las tajadas, me regocijaba que ni la abundancia ni la miseria llegaran a saber que hoy estaba con una, mañana con la otra y en lo más cabal de las dos, como pasándome a cada rato de revuelco en albañal de cacas a baño en agua de rosas y bañera de porcelana pintada.

Mis paseatas por el día no habían ya de esquivar tan solamente a los señores, sino también a mis iguales, que se andan todo San Juan y, por más pillos, aun con perilla y trajeado de hidalgo podían reconocer en mí alguna noche al jugador de Las Goteras.

Salí de mi aposento todavía menos de lo que ya salía, pero, como parar todo el tiempo en él me daba un ahogo grande por lo angosto del sitio y porque empezaban a caérseme en lo alto agobios y pensamientos de la edad, seguí estudiando trochas para airearme, aventar ansias y echar unos ratos con Jiménez el de Moguer, que por su cantina no iban más que navegantes y gentes de la mar, y aun allí, como por todas partes, me anduve con cuarenta ojos.

En verdad, ya fuese en las ruinas puercas o en los salones lustrosos, sólo era por las noches cuando me sentía a mis anchas, y el tiempo se fue

llevando la corazonada de que esas Goteras me iban a remojar malamente.

Mentira me parecía que limosneros, hermanos retirados ya de la vida de asalto, ciegos de pega, rateruelos, negros, toda aquella cábila de zarrapastrosos, movieran los doblones que en esas Goteras se mueven, y tan aprisa, que el ron también tiene su parte en eso y apenas si lo probaba yo. Te llevo dicho que empecé a ganarlo, y fuerte; sobrado de ojo y picardía para jugármelas con todos aquellos, fuéronseme saneando las cuentas que me tenía echadas y a engordárseme la faltriquera aun sin sacarla de su enterramiento. Hice cábalas de que, en otros tres o cuatro meses, ya podría salir para España con los dineros que quería, y nada me andaba fallando. Pero me dio por asar lo que estaba cocido.

Para que caiga en su sitio, he de decirte ahora que, antes de meter yo la pata que metí, ya le confirmé a los señores que tenía muy en puertas mi mudanza a Panamá, con lo que habrían de extrañar menos mi marcha sin despedidas, según convenía también a la patarata de mis amores peligrosos. Y me vino entonces como dibujado el conocer, en la cantina del moguereno, a un cierto Coello, capitán de negrería y brasilero de nación, o sea, con sangre portuguesa. Ha de ser de portugueses el hacer la guerra por su cuenta, porque tampoco aquél se le quedaba atrás a Amaro Bonfim en lo de ponerse el mundo por montera y no seguir los rumbos y las leyes de todos, y andaba en lo de negrero igual que Amaro en lo suyo, arriba y abajo de esos mares a su santa ocurrencia, sin rey ni Roque y sin que nadie pudiera decirle párate en esto. No era viejo todavía el Coello, aunque, sin otro abultamiento en sus carnes, le desluciera los años una barriga cosa aparte, como de andar a echarse a parir, que iba por delante suya y, hasta sin darse cuenta él, se la aguantaba con las manos.

Era hombre putañero, lambrucio, alegre y seguro de sus pasos, aun metiéndose de rondón por aguas y puertos cerrados con tal de hacer sus

negocios de negros, que él se arreglaba para venderlos con bien hasta donde no podían meterlos los del Brasil y otras banderas, pues, también como Bonfim, sabía tener contentos a los fuertes.

Dos tardes estuve con él de palique hasta írseme mi hora y, nada más conocerlo, ya me anduvo con cachondeos de los que no caen mal. Díjome asimismo que estaba por hacer una marea a la isla de Curaçao, para cobrarles unos dineros a unos plantadores y luego pasar de allí, al mercado barato de San Juan, tres centenares de negros, entre viejos y medio estropeados. Nunca había oído yo hablar de esa Curaçao, preguntele al Coello de quién era y me contestó que de holandeses, y que no había visto a otra gente allá, más que muy de paso. Me acordé de Amaro y me vino risa.

—¿Qué fue? —dijo Coello—. ¿Alégrame los holandeses?

—No a mí —le dije—, sino a un amigo que andaría bien a gusto por esa isla, ensartándolos de dos en dos. O aun de cuatro en cuatro.

Y me contó el Coello que, de San Juan, zarparía luego hacia la Mina de Guinea, donde ya le tenían medio negociada para Lisboa otra carga de negros, pero de los de lujo. Ya sabes: de esos grandones que se ven de librea y no las sudan ni para un favor.

Entre las palmadas que me pegaba al Coello en la espalda requebrándome a Cádiz y a Sevilla, por donde él había andado de muchacho, y con los pensamientos míos de retorno a España, la vista del bergantín negrero fondeado enfrente de lo de Jiménez, y las cuatrocientas piezas de a ocho que el brasileiro pagaba a quien se embarcase con él para el África, no las pensé mucho. Le dije que ya estaba harto de San Juan y de las Indias, que contara conmigo a su vuelta de Curaçao y que para cualquier cosa le habría de servir a bordo. Díjome que bueno, lo dejamos por hablado y, a la otra tarde que lo vi, me hizo echarme al colete casi medio cuartillo de lo fuerte, para festejar ya el contarme en su

tripulación, pues también le había caído en buenas.

—Has de saber —me dijo— que, de esos cuatrocientos pesos, cien los tomarás adelantados, apenas zarpar, y al tocar Lisboa el resto.

Quedamos en vernos en la cantina al cabo de dos meses, y aquella misma noche desenterré mi faltriquera, conté cuanto tenía y me encontré más de lo que esperaba: por no decir mentira, mil quinientos ochenta y cinco de los buenos, que con los cuatrocientos de mi viaje montaban caudal como para pensar en conseguir a Anica si es que la vida y la muerte me la habían guardado. No quería ponerme ya en aprietos, tiraba yo a acortar riesgos y a dejar uno de los dos papeles, el de pobre o el de señorón. Pero, a poco de recontar mi oro, me incordió que me faltasen quince pesitos para el número del dos mil y me dio porque iba a estar más a gusto si los redondeaba cuanto antes. Hay que ver, hijo, lo que es el ansia, y cómo pierde a unos y a otros, cogiéndote sin darte cuenta por dónde y cuando menos te lo esperas. Conque venga y venga a trabajarme ese capricho, que me echó tres noches seguidas a Las Góteras. La primera gané cinco pesos, y la segunda la perdí viendo los toros aquellos. En la tercera, y en la única mesa libre, no iba de Culebrón, sino de Hermanos Franceses.

Tomé asiento en un pedazo de tabla puesto en un montón de piedras, y me chocó en seguida, como bicho que se sale de los demás, un canino que estaba enfrente mía y que parecía a dos horas de que tuvieran que llevárselo a bien morir las Hermanitas de la Caridad. No se le veían más que huesarrones, le entraban unos tembliques que lo sacudían desde los pies a la pelambre blanca y roñosa, y andaba casi tan en harapos como yo en Cádiz, los ojos alocados y desviados, y muchos años encima o que lo había avejentado el vivir a toda bulla, hasta casi tenerlo en la formación de los muertos. Pero de dineros andaba fuertón y pegándole duro a la baraja, cosa que no me extrañó porque ya había visto que en Las Góteras

el más aparente no tiene un maravedí mientras que cualquier legañoso saca lo que sea menester. Despalancando los ojos y sin mirar a nadie, o soltándose a cualquiera, decía el encanijado de cuando en cuando:

—¡Resiste! ¡Resiste!

Tan incapaz lo vi que me parecía estar diciéndoselo a él mismo, para no caerse redondo. En el juego venía a por mí, cómo no iba a apercibirme yo, y de que me había tomado ojeriza sin un porqué.

Me lo llevé de calle en las primeras manos, dejé pasar unas cuantas, quedamos a la par después y, según alzamos las puestas, los otros de la mesa poco más hacían ya que acompañar. Al rato, me subió él a seis doblones antes de ver su juego, vi el mío y le resubí a diez. Yo había dado cartas en esa ronda y me entraron La Dama Negra y dos de los Hermanos. Ni hube de sacar el tercero, que lo tenía guardadito y esperándolos, porque el moribundo no llevaba nada; estaba yo tan viéndole el juego como te estoy viendo a ti y no le habían entrado más que El Aparecido, dos Navios y otro naípe que no distinguí bien, ni importaba ya. Se agachó el viejo a echar un buche corto de una botella y me miró a los ojos fija y malamente, a ver si yo iba de farol. Le mantuve la mirada pero con una marrullería, como costándome algún trabajo sostenérsela, de lo que él vino a sacar que lo estaba engañando y que aquella forzada firmeza de mis ojos quería tapar la endebles de mi juego. Todavía subió otros cinco pesos y le fui a ellos. Los demás jugadores se habían retirado de esa mano desde el principio, y conté allí más de veinte hombres asomados, que hasta las otras dos mesas del tinglado se quedaron vacías de curiosos.

Vueltas mis cartas, el viejo se levantó sin mostrar las suyas y se fue medio renqueando. Yo había sobrepasado lo que pensaba ganar y no quería también más que irme, pero por no quedar de abusón y sosegar el ambiente, aún jugué cosa de otra media hora, sin pérdida ni embolse.

La noche había entrado en relámpagos y en un llover como molido y

sin peso, un caecae suavillo entre la calor pegajosa, no esos aguaceros antillanos de siempre, pero que ya al llegar me tenía empapado. Otra vez me mojé de vuelta a San Juan, allá a las tres o las cuatro, y, apenas pisar la pedriza, el pálpito de mis temores volvió a despertárseme en las carnes. Por entre la llovizna y lo oscuro, y aun yendo cansado, sentí encima de esas piedras como si llevase a alguien atrás, al lejos, y hasta estuve por volverme y dar cara si había de darla. Pero me dije que nunca llueve como trueno, que no era cosa más que de ir al ojo y que, si algo había de sonar, ya sonaría. Hasta tal punto andaba masticando un peligro que me extrañó hallarme por San Juan, y luego en mi alcoba, sin más novedad. Me eché a dormir palpando los reales de mi redondeo, que tan caros iban a salirme, y ni la otra noche ni la que vino me moví de mi casa. A Las Goteras me juré no volver. Mas ni aun así acababa de hallarme tranquilo.

Se me puso en esta cabeza no dejar todavía del todo las casas de postín. En tanto llegaba de Curaçao el barco del Coello, tampoco me venía mal entretenerme con los pisaverdes y sacarles lo que buenamente se emparejara, para no ir gastando de lo mío. También en eso iban saliéndome las cuentas, y ya de muchas noches me decía: «Ésta es la última», como cuando aquéllas de Anica en El Puerto. Pero una me lo dije tan en firme, y tan seguro estaba de mí entre aquella gente que, como no me agarraba ya bien la perilla al mentón, fui a casa de los Soto sin ponérmela. Conté que me la había afeitado y no hubo quien no me dijese que se me veía sin ella igual o mejor que cuando la tenía.

Aunque, mira por dónde, salgo esa noche de aquella casa, paso el patio y el zaguán entre los esclavos que esperaban, y apenas encaminarme a mi madriguera dando los rodeos de siempre, otra vez sentí como si alguien anduviese acechándome. Dos veces volví los ojos y una hasta los pies, pero no vi a nadie. Más despreocupado estaba ya,

cuando, cerca de la plaza, sale por una esquina y se me viene el viejo de Los Hermanos Franceses en Las Goteras, aquel canino de los huesos y los temblores.

Subía la calle pegando tumbos despaciosos, como nao grande en mar de leva. Pero los enderezó al enfilarme y supe al momento que estaba muy en lo suyo y que otra vez venía a por mí semejante alfeñique. Igual que si me lo contaran, me calé que era él quien me había seguido, ésa y aquella última noche de Las Goteras, la que lo pelé, y cualquiera sabía cuántas ni cuántos días; entendí de alguna manera que, aun con su cabeza descompuesta, el viejo se las había ido arreglando para medirme los ires y venires, por mondarle su dinero o por haberme tomado entre ojos, según vi ya de entrada en la mesa; y conociéndome en ropa de farsante, sin que ni con perilla o sin ella lo embaucara.

Venía para mí derecho, desvariando y con las manos atrás, como huido de la casa de los locos; a alcoholes no le olí. Ni antes ni luego.

Ya al lejos me entró bronco y a voces, mirando a todas partes pero como sin ver, y cual si llevase treinta años buscándome para tirarme por fin a la cara aquel dicho suyo que me soltó en cuanto lo vi:

—¡Resiste! ¡Resiste!

Le noté en los ojos desparramados que buscaba un final y eché dos pasos atrás aprestándome a defensa. Pero el verlo tan maltrecho y de remate me daba mucho menos cuidado del que debí. Aquel pelo blanco y puerco, la vejez y los guiñapos, la quebrada voz de loro... Me dice:

—Mis reales. Dámelos.

Sin escucharlo, abordé la calle.

—¡Dámelos!

Esa vez lo chilló. Saltó a cortarme el paso y me detuvo.

—No me haga reír, pues tengo un labio partido —le dije—, ni se me ponga en medio, que voy deprisa.



Seguía con las dos manos a la espalda y se lo tomé también por manía suya. Pero empezaron a írseme las compasiones cuando me farfulló si no le tenía miedo.

—A otros se lo dará, abuelo —contesté, sintiendo en mi lengua aquel eco a sangre—, que, lo que es a mí, no ha nacido quién.

Se me vino encima. Quise echarlo a un lado y, siempre con las manos atrás, me atropelló con el pecho esmirriado hasta hacerme trastabillar. Me hice cargo, estando en ésas, de que no iba a entender lo que todavía no entiendo: de dónde sacaba las fuerzas aquella ruina. Tenté ya el Moreno al oírle:

—Lo nuestro es la salilla de los toros, señor. ¡Resiste!

Aun extrañado de su empuje, cómo iba yo a saberme, bachiller, tan de boca en la muerte a cuenta de aquel mojoncillo temblón.

—He sido toreador en Sevilla —le digo—, aunque no de viejos, sino de vacas. Se quite de mi camino. Pero ya mismo.

Entonces fue cuando echó las manos adelante. Despacio, muy por bajo y volviendo luego a juntarlas, como ofreciéndome algo que, con lo oscuro del sitio, no acabara de dejarme distinguir. Ni estando loco se sostienen así una pistola o un cuchillo, a manos juntas, de modo que esperé ver cualquier cosa. Cualquiera. Menos aquel hachita de abordaje.

Días más tarde, hijo, al ir rememorándolo todo con mucho trabajo, de lo que más me costó acordarme fue de lo que vino después de eso: de que me dio tiempo a ver que aquel cabrón ruina me estaba levantando el hacha en corto. Como que, mientras jalaba del Moreno, tiré la cabeza atrás y se le fue el primer golpe. El segundo, ya no. Tanta o más presteza que fuerza tenía el viejo, o la locura se las daba. Me hizo un quiebro desmandado, que no podía yo esperármelo; así y todo, a ciegas, supe cambiarle el rumbo a mi brazo y sentí que el Moreno hacía carne y no en mal sitio. Pero algo me pasaba que no podía volverme para mirar. Aún

entrevi un candil por una ventana, oí en ella una voz de mujer:

—¡Favor, que acá se matan!

Y de pronto no fui más que dolor. No sé si otra cosa ancha y oscura, que también vislumbré, sería la hoja del hacha apartándoseme de la cara de plano y despacito, porque se estaba viniendo abajo quien la sostenía. Pero yo era ya sólo dolor y en nada podía fijarme, no me quería más que morir. Por el polvo de mi madre, bachiller, que no quería más que morirme, se lo estaba pidiendo a todos los santitos del cielo. Tú habrás oído hablar de lo que es un dolor Miserere, muchacho. Nunca lo padecí yo, ni lo vi en otros, pero no creo que fuera más chico el que me comía, que hasta se salía de mí. Cuando la hiqué en el asalto al *Santa Rosa*, y aun siendo poco lo que me pasó, el perderlo todo de vista vino primero que el dolor. Pues en lo de San Juan fue al contrario. Tanto es así que, al perderlo, agradecí entrar en muerte y que todo, el dolor por delante, se me apagara muy aprisa. Me iba al suelo recreándome en irme y ya te digo que, si caer era morir, no quería más que seguir cayendo.

Y luego el dolor era el mismo, a ver si me explico, tenía la misma cara, aunque ya como agazapado, no en pie. Y había dos vigas negras, gruesas, y dos rostros de hombre y de mujer, que al de ella no lo había visto nunca y era fijo, mientras que el hombre tan pronto estaba como no, y además me sonaba su cara muy de lejos. Los miraba yo desde abajo de un pozo, ellos asomados allá arriba en lo redondo del brocal, en medio de un pestazo a potingues de botica, y sin poder yo hablarles ni acercarme, lo mismito que en las pesadillas. Moví la cabeza para un lado y el dolor se puso en pie y chillé: ese quejido fue lo primero que oí y en ese quejido puse pie sin hacer por hablar ni moverme, que no podía, para empezar a ir saliendo del pozo.

Peleé solo, echándole un tesón y maldiciéndome los ayes, que me los escuchaba yo mismo de cuando en cuando y no me gustó nunca andar

quejumbroso delante de la gente y, menos, de mujeres. Bregué tiempo y tiempo. Pero aquella brega no tenía que ver con minutos ni con horas; otra vez se nos quedan cojas las palabras, bachiller, ¿lo ves? Ni me hacía cargo si era de día o de noche. Me paraba para juntar fuerzas, y venga. Pero todo eso por adentro de mí. Hasta que ya fui subiendo por aquel pozo. Como por el aire. Viendo más ancho, poquito a poco, el agujero al que se asomaban esas dos caras y esas vigas. Me envalentoné, me quise mover, salir de un tirón. Hice por enderezarme y el dolor me apaleó hasta los tuétanos, tardó en amainar y me vinieron bascas y vomitonas, que creí se me reventaba y derramaba como un puchero la cabeza entera, con todos sus huesos, carnes y caldos. Entre esas convulsiones, sentí a la mujer sosteniéndome por la espalda, le escuchaba la voz, toqué en mi frente tablillas, hilos. Y volví al fondo del pozo.

Cuando otra vez fui subiendo, ya no fue sino para ir a más, aun con las calenturas que me entraron.

Me metían por la boca a ratos unas poleadas clarillas con azúcar y canela, y un rebujo de limón y agua de coco. Veía la cuchara, veía la cara de la mujer, ya de cerca. Me iba de varetas y mis cochambres, válgame Dios, las empapaba un saco doblado; sintiéndomelo abajo fue como supe que estaba en una cama. Iba volviendo en mí como a puntadas: de pronto me daba cuenta de que tenía tapado este ojo o decía dos palabras sueltas y me enteraba de que las había dicho; ahora veía entera una habitación desconocida, limpia, puesta muy decente, y luego la dejaba de ver; ahora oía al hombre hablando con otro, diciéndose que si el hachazo va de frente y no de lado, ay, y que, aun así, igual no me sacaba de aquélla ni la piedad de Dios. Pero yo salí. Yo sabía que el pozo estaba yéndose y que el dolor iba encogiendo, aunque las que se ancharon entonces fueron aquellas calenturas fuertes y un calvario de jaquecas y males de cabeza.

Después de uno de los calenturones, y de la noche a la mañana, me

enredé a preguntas con la mujer, como si me hubieran desamarrado la lengua. No se esperaba ella ese parloteo y era una dueña vieja, para mí que medio monja y de mucho rosario; siempre lo tenía en la mano. Riñéndome como a una criatura, me dijo muy áspera que no hablase si no me quería morir, que siguiese durmiendo y que, si estaba yo en mí cuando él volviera, ya me diría el dueño de casa cuanto hubiera de decirme, pues ella no era quién. Volví a dormir, más que nada por no verla, y en cuanto sentí al hombre me faltó tiempo para soltarle muy aprisa que no iba a contrariar a nadie hablando y agitándome con daño para mi persona, pero que me pusiese al tanto de todo y que, en sabiéndolo, me dormiría o callaría cuanto fuese preciso, como me tenían mandado. Lo oír reír muy de buenas y tratarme de don Manuel, nombre que no entendieron de momento mis sesos aflojados, por ser el falsuno y no el mío. La cara de ese hombre me seguía sonando y, en cuanto se sentó junto a mí, más todavía me sonaron su ropa militar y las botas altas y descotadas. Pero no acababa de caer en dónde lo habría visto, ni estaba uno para cavilares.

Me contó muy sosegadamente que, yendo él nocheando, corrieron por la vecindad voces de alarma de una mujer, y él acudió con su gente a la trifulca blandiendo espadas y luces, a tiempo de ver cómo se desplomaban dos cristianos: por un lado yo, con medio hachazo en la frente, y por otro el andrajoso que me lo descargó, a buen seguro que para robarme. Tenía mi contrario un cuchillo metido entre pecho y gañote que no lo dejó llegar vivo al suelo y que, por lo viejo, no parecía ser mío. Le aseguré al hombre que todo eso era lo sucedido y no le pude callar mi disgusto cuando, al preguntarle por el Moreno, me contestó que lo había tirado un soldado que iba con él. Se extrañó luego de mi apego a esa antigualla y le dije que era recuerdo de familia y que no se hablara más de ello. Pero me sentía como si hubiese perdido mano o pierna, sin mi

compaña de por vida y sabiendo que no iba a tomarme el trabajarón de buscarlo y que, en otros tiempos, no hubiese parado hasta no dar con él, con lo que vine a hacerme cargo de que, aparte el quebranto en que me hallaba, ya yo no era el mismo ni andaba con iguales ánimos y pujanza.

—Tenga a bien —murmuré— de hacerme saber dónde estoy y el tiempo que llevo aquí.

Me contestó el hombre que tres días, cuando yo estaba en que eran por lo menos diez, y me dice:

—Se encuentra, mi señor don Manuel, bien cerca de donde cayó y bajo mi humilde techo: aquí me lo traje por voluntad de que no acabase como un perro. Estaba quedándose sin sangre y más muerto que otra cosa; nada sabía yo de sus señas, ni quién me las daría, y el Hospital Real rebosa de dolientes. Resolví, pues, atenderlo acá en mi casa, donde dispongo de este aposento y de ama muy cristiana y sufrida, ducha en todo y, más, en cuidar enfermos. Fuime corriendo a por el gran don Antonio Pessio, el cirujano de la Armada, que es quien lo está sacando adelante, indagué luego hasta ir sabiendo de su merced, la verdad que no mucho, salvo su nombre y que es hombre de garbo; y ahora he de decirle que lo tengo en mi casa fiado en su caballerosidad y en que, de querer Dios que no muriese, habría de pagarme los costos de sustento, cirujano y remedios de la botica, ya que mi salario de capitán, aun estando soltero y sin familia, sólo me da para vivir con decoro y no para gastos tan fuera de los comunes.

Parecíame de razón cuanto me estaba hablando y haber caído en buenas manos, cuando, al reparar en que se decía capitán y en que aquéllos con los que vino a socorrerme no podían ser más que su tropa, fueron mis memorias a aclararse y yo a entender las vueltas que da el mundo: Juan Cantueso, burlador de la ley y huyéndole siempre a uña de caballo, estaba en la casa de un comisario de Su Majestad, alojado y

tratado como herido de alcurnia.

Por si fuera poco, me dijo el hombre que me estuviese sin cuidado en cuanto a la Justicia, pues era cosa clara la de haber matado yo en defensa mía, y no había más que ver las diferencias de mi calidad con la miseria y tufo de mi atacante, así que ninguna averiguación iba a hacerse, y que me lo decía para mi bienestar. Volví a entender que buena capa todo lo tapa y que, aun no siendo todo tan trigo limpio, allí no había más delincuente que el difunto. De no marrarme esta cabeza, y quitando los que en barullos de asaltos debí echar por tierra, fue aquél mi último espichado cara a cara; tengo para mí que hizo número siete, hijo; tú has de llevar esa cuenta mejor que yo, y por lo más santo te digo que no has de meter en ella, ni ahora ni nunca, los muertos de quien es padre de mi cautiverio, ese maldecido alemán que me tiene aquí.

Pero vamos adónde estábamos y déjame decirte que, aunque con tanto razonamiento ya empezara a flaquearme la mollera y a cerrárseme los ojos, aún tuve tiempo de concertar que aquel militar me sonaba de verlo por San Juan en ronda con su hueste, de noche más que de día y convidado alguna vez en los patios a refrescar de paso el gaznate, él y sus hombres, por señores interesados en que ajustase sus vigilancias a las calles donde tienen ellos sus casas y sus bienes. Aun así, y con mi alerta de andar muy desde chico ojo avizor a todo mamón de la Justicia, no hubiese reparado mucho en ese comisario a no ser porque en algo se me parecía, y no ya en los años, que habían de ser los mismos. Era andaluz también, de Ronda, y me dijo llamarse Valentín de Sotomayor.

En los días que vinieron, y apenas me vi en condiciones de estar dos horas sin dormirme, pedí al capitán Valentín me hiciese favor de pasar recado a un mulato medio criado mío y vendedor de carbones que, sin familia como yo estaba en San Juan, me habría de procurar cuanto fuese necesario. Le di las señas del Bendito; confiaba en que el pardo no me

iría a jugar traiciones y sólo de él podía servirme para disponer de dineros, pues mis últimas ganancias no las había sepultado con la faltriquera, sino envuelto en un lienzo que escondí entre las pajas de mi jergón.

No dejé de temer que el don Valentín metiese nariz en aquel encargo, pero él mismo vino a sacarme de esa zozobra diciéndome haber oído algo sobre una historia mía de pasiones atrevidas y secretos de honor, con los que casaban bien cualquier encubrimiento o rareza. Y en nada de cuanto me decía lo escuché preguntón de a-ver-si-te-pillo, sino discreto y amistoso, como nunca lo hubiera esperado de ningún justicia.

Fui yo el que le demandé quién le había hablado de aquello y me dijo que, sabedora de mi sangrienta aventura y de que me hallaba en casa de él, gente muy principal de San Juan había pasado a verme mientras estaba sin sentido y en mis horas más graves, pues se me había llegado a dar por muerto, y que él aprovechó esas visitas para preguntarles a todos por mi casa. No sabiendo nadie dónde paraba yo, ni qué hacía, sino que iba a pasar pronto a Panamá, terminó al fin una dama por referirle mi esquivéz y el grande amor secreto que según fama la causaba, así como que yo gozaba de la confianza y el aprecio de todos y aun de don Luis de Zulueta, el secretario y confidente del señor gobernador, quien podía responderle de mi persona mejor que nadie. Otra vez me cagué, pero ésta de risa y para mis adentros.

Esa misma tarde llegó a verme El Bendito como si nada, con su cara de corcho y sin mostrar por mi desgracia ni frío ni calor. Hice salir al ama, le conté a mi casero todo lo ocurrido y, encomendándole cuidara de no enseñarle a nadie mi oreja verdadera, le pedí me trajese de mi jergón unos dineros allí escondidos, luego de comprarme de ellos dos mudas. No era todavía de noche y ya estaba de vuelta El Bendito con la ropa nueva y los doblones. El cirujano Pessio acababa de irse y bramando, pues tanto

me lastimó al desentablillarme y hacerme la cura, que recogí las piernas y le pateé la cara con tal brío de hacerle dar de espaldas en el suelo sin decirle un usted dispense, ni por eso ni por haberle espantado antes a un fraile que se trajo, por si yo quería confesión y oraciones.

Ya con la cabeza desencajonada, y a través de las hilas que me la vendaban tapándome el ojo, empezaron mis dedos a sentir la zanja que estás viendo, bachiller. Le tenía yo preguntado al cirujano si habría de quedar tuerto y me dijo que no, pero que era voluntad de Dios que ya este ojo no pareciese tan bien como antes, pues el viaje del hacha, bajándome la fundilla del párpado, me lo había encortinado a medias según ves, siendo milagro que no lo hiciese caer y, con él, la cara entera.

Con muy suaves manos, y con sus mañas de santero, me vio El Bendito la brecha antes de irse y me dijo en dos palabras que me proveería un remedio para aligerar las curas, sin más cirujano a llevarme cinco pesos por rato de martirio. Sabía yo que, con todo su poco gastar saliva, cosa que dijera El Bendito iba a misa. Y así fue, pues me arregló y me trajo al otro día una orcilla con un emplasto hecho de unto de gallina, catalicón, sal y tabaco, que, mejor que todo lo de la botica, y aun con sobrados escozores, me fue secando la herida muy aprisa; ya no gasté más que en alimentos, aparte otros cinco pesos que le di al ama para tenerla contenta.

No hubo tarde en que no fuese El Bendito a hacerme sus curaciones y a estarse allí conmigo, hasta que no me aquejaron jaquecas ni fiebres y sabiendo yo que por buen apego y nada más, pues ni quiso cobrarme su remedio. En acabando sus ventas del día, se acurrucaba en el suelo junto a la cabecera de la cama, se estaba como perro o gato, sin habla, paula ni incordio alguno para mí ni para la dueña rezadora, y se iba bien de noche. Sólo una vez me dijo, saliendo ya, haberse topado con La Bella Trinidad, toda desolada, querellándosele del mucho tiempo que yo llevaba sin ir a



verla y diciéndole que yo era hombre incapaz de querer ni a la camisa que tenía puesta. Pero el mulato se estuvo punto en boca, lo que me pareció muy bien, y aún le recalqué que, si se daba otra vez con mi negra, le dijese que ya me había ido de San Juan.

Con eso de no vivir en su cuartel, también el capitán Valentín me dio ratos largos de compañía, que según anduve a mejor ya fueron de palique, y el día en que El Bendito me quitó los vendajes, vi una impresión en su cara, y en las de cuantos estaban mirando la mía, que acabé pidiéndole al ama un espejo. Resistióse ella, le porfié yo y, aunque ya el palpármelo me había dado noticias de este desaguizado, me sobresaltó verlo y mucho tardé en poder conformarme con el acabamiento de mi buen semblante para seculaseculoro.

Del sinsabor, volvióme un recargo de las calenturas que ya se habían ido, y luego dije que nones a toda visita, hasta a la del edecán Zulueta. No quería cagalástimas de nadie y por las noches no cogía el sueño; se me iban en claro, medio mareado con el crocró de los coquíes en el jardín de enfrente, y venga con que Anica nada querría ya con un adefesio, ¡cómo no iba a estar de por medio ella!, y dale con que iba a írseme el bergantín del Coello, y duro con la rabia de la pérdida de mi cuchillo, que en los sueños lo buscaba y lo encontraba, y al despertarme era peor.

Pero, al correr los días, de lo que había sido mi vivir fui sacando ánimos para remontar el tener que ir por el mundo desfigurado, de los que se ven de lejos: lo mismo me costó salir de ese entripado que del de andar sin el Moreno. Echaba la vista atrás y tanto se me juntaba en esta cabeza que, al borde de los cuarenta años, me parecía cargar ya con más pasos y memorias que dos viejos de ochenta.

Me supo El Bendito agobiado por lo de mi cara y, sin decirme nada antes, me llevó parche, hecho de un tafetán forrado entre dos recortes de seda negra, que me escondiera el ojo, con otra pieza de lo mismo

empalmada encima para tapar el costurón de la frente, su cinta alrededor de la cabeza y una hilera de perdigones pegados con mucho esmero entre las telas abajo del parche, a que cayera de su peso y no me lo alzasen el viento ni el andar. Se lo agradecí y hasta estuve unos días con todo eso puesto, haciendo por acostumbrarme a llevarlo mientras el destrozo terminaba de ajustarse y de echar costra. Pero me reventaba el engorro y que, sin haber perdido el ojo su vista, aquello me la quitara, con que acabé tirando ese traperío y guardándome el parche de recuerdo.

Eché cuenta de las fechas y entendí que, si me dejaba de sofocones, tapujos y aperreos con lo que no tenía vuelta de hoja, y no miraba más que por sanar, no perdería el barco negrero del Coello ni iba a recaer en la travesía así fuera larga y mala, como lo fue. Ya no estaba más que en irme, no veía la hora de poner planta a bordo y más en desazón llegaron a tenerme las ganas de dejar San Juan que los males mismos. Esa voluntad me sacó del cuerpo los últimos alifafes y empezó a picarme la brecha con la picazón que es seña de salud en las heridas y anuncio de su término.

Le tenía pagado al señor Valentín hasta el último maravedí y ya era para él una compañía más que un incordio, pero se alegraba muy de veras al verme en gran mejoría, andando solo por la alcoba y con el contento de mi pronto embarque. Comisario o no, ya andábamos tuteándonos y lo sentía como a gente amiga. Presente tenía lo que había hecho por mí, sin conocerme, y seguía divirtiéndome que uno de la Ley anduviese en protección y hermandad del que yo era y fui y soy.

Sentado con él junto al balcón, díjome Valentín una tarde que, aparte la salud recobrada, le parecía a él que lo que me estaba poniendo como nuevo era el ir echando a un lado el malestar por lo de mi cara, y que tampoco debía tomarme eso como daño sin arreglo, aunque pareciera tan para los restos de la vida.

—Grandes brechas he visto —me dijo— que acabaron borrándose y

no viéndose, como la de un teniente Macías, de Méjico, que aquélla le atravesaba cuello y mejilla. En cambio, trasquilones más chicos pueden quedársete para siempre. Como éste.

Y, remangándose el puño de la camisa, me hizo ver en su muñeca derecha un garabato cejado y saliente, que se veía bien antiguo y que, así y todo, le pelaba de vello el sitio. Preguntéle quién y cómo le había hecho esa cicatriz, y me contestó que, según supo en España por su gente, se hirió no sabía con qué, siendo criatura chica. Noté que, sin dar motivo lo que me enseñaba ni su explicación, se le apesadumbraban un punto la cara y la voz, y desviaba en seguida la plática para otros rumbos. Algo empezó a trabajarme por adentro, pero la parla me lo alejó.

En mitad de la noche, me desperté con lo mismo. Empecé a juntar cabos y ellos me fueron llevando a una memoria y pensamiento que tanto me costaba dar por buenos como por descabellados. No me dejó ese rebullir tomar el sueño en tres o cuatro horas y, como la marea, me subía y llenaba a cada instante lo que a la tarde había visto y oído en torno a la cicatriz del capitán: su lugar, su hechura, lo tempranamente que la sufriera, la pesarosa prontitud con que dejó de hablarme de su familia... Fui enhebrando a eso su nacencia en Andalucía la Baja, y aun su ligera semejanza a mí en edad, talla, pelaje. Y, sin remedio, todo me encaminaba el magín a cuanto me refirió El Honrado en El Puerto sobre el hijo que le robaron; acabé diciéndome que, si esta perra vida es sólo azar y cambios, por qué no había de ser Valentín aquella criatura de cuya suerte supe tantos años atrás.

A la mañana, así como a la distraída, le pregunté por su cuna, otra vez lo vi medio turbarse, y que no me daba noticia oscura ni clara, y ya me hice tema de si le entraba o no le entraba con lo que por dentro me andaba hormigueando. Entendí no ser moco de pavo mi cuestión, pues si Valentín era quien podía ser, el padre antaño y el hijo hogaño me habían

hecho escapar de la de blanco, por lo que mucho me iba a costar callarme. Pero tampoco era chico aprieto el de agraviar al capitán si nada tenía que ver con aquello, y tanto más peliagudo acertar, descarnándole al hombre quién sabía qué llagas y memorias.

Con la cabeza hecha devanadera, entendí finalmente que más a disgusto iba a estar si me callaba y tiré por tomar un camino de en medio, así que, después de la hora de siesta y acomodados de nuevo en el balcón, le entré de esta manera al comisario:

—Amigo Valentín, como dicen que el mundo es un pañuelo y no hay más que estar vivo y saber que es un baile loco para cualquiera, puede haber hecho Dios que, de nuestras últimas parlas, haya venido yo a acordarme de algo que pasó hace muchos años y que, de ser casualidad, es bueno que los dos sepamos que lo es, y, de no serlo, a nadie más que a ti puede importar. Bien estaría que no te fueses esta noche a tu ronda sin que yo te hable de ese algo, pero antes harás favor de hablarme de tus pasos y gente, desde el nacimiento hasta que viniste a Indias, así sea muy por encima. Me contarás lo que te parezca y me callarás lo que desees, pero mira que no hay curioso ni artimaña en mi querer saber.

Púsose el capitán pensativo, y me dice al cabo de un rato:

—Antes quiero oír esa historia tuya que andarte con la mía.

Le relaté entonces mi estancia en El Puerto, que achaqué a locuras de mocedad y como huído que estuve un tiempo de los deberes y comodidades de mi casa, para correr mundo por mi cuenta. De cuanto allí pasé, no hice más que saltarme la muerte del corchete, aunque haciéndole saber a Valentín la mucha ayuda que me prestó El Honrado, tanto al sacarme del hambre viva como de las manos del duque de Riarán, con cuya querida tuve amores, y terminé pintándole lo mejor que pude la historia del hijo robado cerca de Arcos, y el sinvivir en que tenía al Honrado la esperanza de dar con él. Al hilo de mi conversa, y en llegando

a lo de la cicatriz y a las palabras del ladrón a la madre, me puso Valentín una mano en el brazo, ocultó la cara en la otra y lo agitaron pujos y suspiros que, pese a su empeño por dominarlos, se le subían del pecho y le cortaban el aliento. Ya aquello fue diciéndome que podían ser ciertos los toros, pero nada habló él en un buen rato ni yo le apremié a responderme. Más calmado el hombre, no pudo con el peso de sus sentimientos y se explicó así:

—Extraño te será verme como me ves. No sabes, Manuel, la turbación y duda en que tus palabras me ponen: todo lo que me has dicho casa con cuanto sé de mí, y con lo que aquí me tiene desterrado. Sobran razones, que ahora sabrás, para que me veas tan en vilo como estoy y, precisamente porque no es locura pensarlo, me altera que pueda ser yo aquel niño de que me hablas. Escucha, a ver si no:

*Crecí efectivamente sin hermanos y en casa noble, que es la de los Sotomayor, de la ciudad de Ronda. Me eduqué en letras y latines, pero me llamaban el rumor y el riesgo de las batallas, y la vida y la gloria militares, así que abracé el oficio de las armas no más llegar a mozo.*

*Pronto hice en él carrera, tanto por atrevimientos y sacrificios en las guerras como por disciplina en la paz, favoreciéndome también el prestigio de quien tenía por padre. Serví a España en las galeras del Rey con el grado de teniente, combatí en las rebeliones de Mallorca y Sicilia, fui herido en la segunda y más famosa expedición contra la fortaleza mora de Salé y me preparaba a partir para otra campaña cuando, vacante en las guarniciones sevillanas un destino de más lustre, allí me tocó asentarme y servirlo.*

*Hago memoria de que, estando en Sevilla, tuve lugar dos veces de ir al Puerto de Santa María al mando de tropas de escolta, la una con el almirante de Castilla, que pasaba luego a Cádiz, y la otra con cartas muy reservadas del Rey Felipe, justamente para el duque de Riarán, señor del*

Puerto y tu enemigo, en cuyas caballerizas hallaste pan, amor y techo: una ocasión aquélla en que, de ser mi padre ese Honrado que dices y estando él siempre en mi busca, bien pudo haber dado conmigo. Pero, dispuesto ya a salir, se cruzaron en mi camino celos de la guardia del almirante la primera vez y, la segunda, una revuelta en los campos de Carmona, así que fui relevado de hacer esos viajes al Puerto.

A edad de veinticinco años, recién subido al trono Su Majestad el Rey Carlos, volví a mi ciudad para gozar de una licencia larga y conocí en mi casa a la hija, también única, de doña Teresa y don Fermín de Tovar, muy amigos de mis padres y de tan limpias sangre y fortuna como ellos. Clara era el nombre de la muchacha, y te he dicho sin mentira que entonces la conocí, porque no la veía desde niño. Siete años tenía menos que yo y dos encuentros bastaron para enamorarnos. Ni honra ni dineros nos distanciaban y nada dificultaba nuestro casamiento, así que me pesó y extrañó sobremanera advertir, en los padres de Clara, reservas y resistencias para conmigo en cuanto percibieron señales de ese amor, que, mientras no fraguase en hechos, preferí callarle a mis padres.

Con muchas y avisgadas excusas, dejaron los Tovar de frecuentar mi casa, y estorbaron cuanto pudieron los encuentros entre Clara y yo, pero, viendo que no cedían nuestros amores, pasadas dos semanas enviaron la hija lejos, a casa de unos parientes que tenían en el Santo Reino de Jaén, sin darle tiempo más que a emprender viaje y sin que, por no causarles disgusto, les hablasen a mis padres de tales contras y desaires a mi persona, cosa que también les callé.

Desentendiéndome de desánimos, cabalgué a Jaén en tres días y, con grandes precauciones y la ayuda de una dueña, conseguí entrevistarme con Clara en su ventana. No me pareció ella menos sorprendida que yo del rechazo en que su gente me tenía, pero me renovó su amor igualmente; ya a la otra noche, en un segundo encuentro, los ladridos de

un perro de la casa me delataron a sus familiares.

De esto se siguió un recado expreso a Ronda y una nueva y más rigurosa resolución del padre de ella, quien la hizo trasladar del Santo Reino a Osuna y, como supe por un sirviente de los Tovar, encomendó su encierro allí a la abadesa del convento de las Madres Trinitarias, con lo que vernos o hablarnos pasó a ser imposible.

Tales fueron entonces mi desconcierto y rencor que, vuelto a Ronda y estando ya mi licencia próxima a acabarse, forcé ser recibido en su casa por el padre de Clara, siempre a escondidas de mi familia y después de mucha porfía por salvar su intención de no verme, y de que me hiciera saber gravemente, apenas presentarme ante él, que sólo en gracia a las personas de mis padres estaba yo allí dentro.

Nos encerramos en una sala y, antes de que pudiese yo abrir boca, me dijo estar al tanto de mis intenciones para con su hija y que no podrían tener cumplimiento, pues Clara andaba ya prometida a un joven de Antequera, cuyo nombre no pensaba darme en previsión de entuertos o de un desafío; de modo que, en atención a tal compromiso, supiese echar a olvido mi empeño.

Nada me había contado Clara de estar apalabrada en matrimonio por sus padres, o en amores de otro, así que, sin darme por vencido en mis aspiraciones e invocándole a don Fermín la larga amistad de su familia con la mía, la igualdad de mi cuna y mis merecimientos militares, pedí muy cortésmente al caballero me hiciese saber, por lo menos, a quién y cuándo había otorgado la mano de su hija. Díjele que, para tranquilidad de todos, estuviera seguro de que iba a tomármelo de buenas, sin conductas violentas, y, por no desmentirlo ni ponerlo en evidencia, le certifiqué que aunque algún pretendiente anduviese detrás de Clara, a nadie quería ella por esposo sino a mí, pues me lo repitió en Jaén y aun me había dicho allí estar tan extrañada como yo con semejante guerra a

mis buenos propósitos.

Encerrándolo en tan discretas demandas y razones, conduje al señor por fin a no saber qué responderme y a ponerlo, sin yo querer, en desacomodo y entredicho, lo que le fue llevando a impacientarse, destemplarse y terminar diciéndome que, si deseaba más aclaraciones, se las pidiese a mis padres y no a él.

Esas palabras me asombraron pero, empujado por ellas antes que cohibido, estreché el cerco y le juré al de Tovar no poner pie fuera de aquella sala mientras no me diese razón de lo que acababa de insinuar. Más y más acosado, perdida toda prudencia y ya sin tiento para dominar la cólera, me dijo en mal tono el hombre que, aunque no me encontrase al tanto del enredo, ya tenía que ir sabiendo que ni era yo un Sotomayor cabal ni legítimo hijo de mis padres, y que si en lugar de escondérmelo ellos me lo hubieran hecho saber a tiempo, no habría motivo a pleitos como aquél.

Sin dar fe a mis oídos, apoyé las manos en la mesa con la cabeza baja y oí a don Fermín decirme, ya algo más serenamente, que le pesaba haberme hablado así, pero que no era posible que mi sangre fuera a juntarse con la de Clara, y que no lo obligase a hablar más. La rabia, la sorpresa y la humillación casi no me dejaban escucharlo, aunque traté también de sosegarme y le solicité al de Tovar que, metido ya en tales declaraciones y por ahorrarle a mis gentes el dolor de contarme lo que fuese, acabara de hacérmelo saber él mismo.

Aún se resistió un trecho, y al cabo, procurando hacerlo con cuanta calma pudo, me habló así:

—Me parece, Valentín, ser de razón lo que me pides, y que nada ha de ganarse o perderse con que salgas de aquí sabiendo aquello que ni por una hora más ibas a permitir te siga escondiendo tu familia, tan queridísima de la nuestra.



Ve conociendo, pues, que los que todavía llamaré tus padre y madre llevaban varios años de casados ansiando descendencia y pidiéndole a Dios una criatura que les alegrase la casa y fuera su heredero. Vieron a los médicos más sabios de la Andalucía, probaron toda suerte de remedios, aun de curanderos y húngaros, y persuadidos al fin en Granada por el doctor Báez de que ella nunca podría ser madre, se decidieron a prohijar un niño.

Firmísima era su voluntad —siguió diciéndome el padre de Clara— de que esa criatura fuese tenida como de sus propias carne y sangre, así que no recurrieron a las casas de expósitos, ni hablaron con religiosos, ni a nadie pasaron noticia de su intención, sino a una morisca encristianada Juanica que ellos habían criado y con ellos vivía, mujer de grandes viveza e inteligencia, muerta de una peste muy extraña y mortífera llegada a Ronda años después. Era dueña Juanica de toda la confianza de tus padres, quienes la quisieron mucho, y fue ella quien les pidió encargarse del asunto bajo juramento de secreto y prometiendo enveredarlo todo de la mejor manera, como lo hizo, siempre que no le anduviesen con pesquisas ni averiguaciones.

Lo aceptaron así los tuyos, y tan bien previnieron las cosas con la morisca que empezaron por retirarse a una heredad suya de cereal y olivar distante de Ronda y que tú has de conocer, Las Torrenteras, arguyendo razones de salud y un posible y muy delicado embarazo de tu madre, para quitarla de la vista de cuantos pudiesen notar que no estaba preñada. Sólo tuvieron acceso a sus habitaciones tu padre y la fiel Juanica, que había tendido ya sus redes valiéndose de los de su casta, pero sin saber los tuyos por dónde ni cómo.

Pasados ocho meses y a deshora de una noche de tormenta, llegó al patio de la casería un jinete embozado al que ya Juanica esperaba en vela, avisada de su arribo, y que partió al galope apenas recibir de ella

una bolsa de dinero, y ponerle en los brazos al niño que ahora eres tú.

De ellos pasaste a los de tu madre, quien aún se demoró en Las Torrenteras un par de años mientras tu padre iba y venía a atender sus menesteres en Ronda, propalando allí la noticia del hijo, la conveniencia de que su mujer alargase su estancia en el campo y que, a cuenta de su salud, más agradecía ella parabienes que visitas. Así, al volver después de mucho a su casa de Ronda e irte mostrando a unos y a otros, todos se hicieron lenguas de lo crecido y hermoso que estabas, sin sospechas ni comentarios que el tiempo ya se había encargado de distraer.

Ni a nosotros —dijo luego el señor de Tovar—, tan amigos de ellos entonces como ahora, llegaron a confiarnos su secreto, que debió quedar asegurado y cerrado para siempre con la muerte de la morisca, sucedida en aquel azote de peste que te dije, y que asoló Ronda contando tú seis o siete años.

Mas, como todo ha de esperarse de la voluntad del Señor, he aquí que también tu madre cayó presa de un aletazo de la epidemia, del que pudieron sacarla de milagro, y que mi esposa fue a verla bien pasado ya el peligro de contagio, pero cuando aún la castigaban los fiebrones con que aquel mal se despedía de los que no mataba. Sola en la alcoba con tu madre, y sentada a la cabecera de su lecho, la oyó mi mujer en los delirios de la calentura hablar de ti y clamar que tanto o más hijo suyo te sentía como si lo hubieras sido de sus mismas entrañas; le escuchó, en desorden pero con claridad, sus memorias de aquella noche tormentosa, desde el rumor entre la lluvia de los cascos de un caballo, entrecortado por el chasquido de los relámpagos y el tableteo de los truenos, hasta la escena de tu llegada a sus brazos, aún no extinguido el galope del jinete que te puso en ellos, y antes en los de Juanica. Se llevaba de pronto tu madre un dedo a los labios pidiendo, no se sabía a quién, guardar por caridad el secreto de tu origen y lamentándose de no saberlo ni ella, ni

cómo te habrías hecho una cicatriz gruesa que en la muñeca traías; o bendecía a Dios de repente porque hubiera triunfado la comedia de su maternidad y toda Ronda la creyese.

No pudo mi esposa por menos que sacar conclusiones de cuanto desbarajustadamente estaba oyendo, y tanta desazón le causaron que, al sanar del todo tu madre y a favor de la afectuosa confianza que siempre se han tenido, le preguntó por todo ello y le relató sus palabras y gestos, diciéndole que le era imposible achacarle a la fiebre tan clara aunque deshilvanada historia.

Fue incapaz tu madre de negársela y, deshecha en llanto, se la refirió prolijamente, aun con la treta de la retirada al campo y la intervención de Juanica la morisca, rogándole por lo más sagrado que ni a mí, su esposo, le hiciese saber cuanto le estaba confiando. Has de entender, Valentín, que sólo al conocer tus amores por mi hija se vio obligada mi mujer a contarme, siendo asunto tan de honra, lo que por muchos años y en respeto a su palabra dada me tuvo oculto; y que si al fin lo hizo fue porque yo, al no saberlo, estaba viendo con agrado vuestra unión que, como bien comprenderás, no hace posible lo oscuro de tu cuna. Te engañó Clara en Jaén, y sería por no herirte, cuando se te manifestó extrañada de nuestra resistencia, pues su madre también hubo de contarle tu historia para disuadirla de su empeño, y al no haber logrado apearla de su obstinación, la pusimos en Jaén y luego en el convento de Osuna, de donde no ha de venir mientras no hayas vuelto a tu destino militar y ella no renuncie a su desconsideración para con nuestra stirpe. Mozo eres, y gallardo y de carrera: busca a otra y acábase aquí esta historia, que harías bien asimismo en callarle a tu gente si la amas y le agradeces como debes el haberte hecho su hijo sin serlo.

Concluyó su discurso don Fermín de Tovar y tan confundido y abrumado estaba yo después de oírlo que no hallaba cosa que decir, ni

reflexión en la que pararme más allá de un momento. Pero, imponiéndose a todo, prevalecía la decisión de renunciar a mi querida Clara, por ser tan de razón hacerlo y por seguirle callando a mis padres lo que ya sabía, así como por la desesperada certeza de que los preclaros Tovar jamás estarían dispuestos, por buenas ni por malas y pese a la voluntad de su hija, a dejar a un lado las ningunas garantías de mi limpieza de cuna.

Andaba yo muy agobiado por Clara como por mí, doble perdedor de ella y de mi honra, y estaba allí junto a la mesa tan ensimismado y en piedra que, en los primeros momentos, ni escuché que alguien aporreaba con apuro la puerta de la sala donde nos habíamos encerrado.

Algo más me venía diciendo el de Tovar sobre las sagradas y penosas obligaciones de..., pero arreciaban los golpes en la puerta y, entendiendo que yo no estaba en mí, fue él mismo a levantar la aldabilla para responder cuanto antes a lo que fuese, desde el dintel y sin dejar entrar a nadie.

Contrariando su intención, empujaron la hoja y pasaron atropelladamente a la sala su esposa doña Teresa, que la vi como fuera del mundo, y un mensajero que, mostrando gran cansancio y abatimiento, tendió al de Tovar un papel que tenía en la mano. Se dejó caer la señora en el estrado y don Fermín comenzó a leer, primero en silencio y a poco en voz alta, incapaz de dominar su exaltación y traspasándome en momentos con los ojos envenenados, como si ya no me estuviese envenenando aquella lectura, con cada una de cuyas palabras se me caían las alas del corazón.

De su puño y letra, la abadesa de las Trinitarias de Osuna pedía al matrimonio se pusiese en camino cuanto antes para afrontar y atender una desgracia que había permitido el Altísimo: a los tres días de su entrada en el convento, la agitación y la tristeza manifiestas en Clara

habían tomado cauce en una tentativa de fuga, frustrada apenas emprendida y que la joven repitió dos días más tarde, a favor de un fuerte aguacero. No había sido tan fácil hallarla esta segunda vez, pero dieron al fin con ella por el camino de Ronda y Málaga, como a una legua de Osuna, en estado de gran agotamiento y calada hasta los huesos por las lluvias de las que se había querido valer.

Restituida a su celda, vino a caer Clara en tan prontas y recias fiebres que nada pudieron contra ellas el vigor de sus años ni cataplasmas y remedios, tan inútiles contra el mal como contra su desánimo e inapetencia de vivir.

Encomendaba al Cielo la superiora el alma de mi hermosa y confortaba a sus padres en la esperanza de que, pese a los pecados de pasión y ciega desobediencia, las virtudes y piedad de Clara, junto a su mucha juventud y a cuantos peligros y desaciertos conlleva tal edad, la hubiesen conducido derecha a Dios.

Creí volverme loco y en loco acabé cuando, llegando a estarlo primero el padre de Clara, puesto en mayor ira que antes y a merced del dolor, del orgullo y de la conciencia de su desaguisado, no se le ocurrió otro desahogo que achacarme el fin de mi enamorada, llamándome a voces perro bastardo de moro y judío, pues sólo entre esas raleas gritó que habría podido la morisca comprarme, y hasta llenó a mi gente de improperios e injurias por haber provocado tal desdicha al ponerme en lugar que no era el mío.

Sumadas entonces a mi dolor las ofensas, no pude soportar el monstruoso despropósito de oírme culpable de una muerte que, más que a mí, a nadie podía pesarle. Me ofusqué, desenvainé espada y, tendiendo el brazo sobre la mesa, le pasé el pecho a quien así me seguía hiriendo.

Corrí a la calle, desaté el caballo y salí de la ciudad a la carrera y perseguido, logrando a poco distanciarme de mis seguidores. Busqué

*amparo en las soledades y breñas de los montes de Grazalema, pero a los pocos días volví a Ronda al no tolerar mi pensamiento el de convertirme en un forajido o un salteador, como los que me habían llevado de chico a mi infortunio. Me entregué a la Justicia para quedar en paz con Dios y con ella, y estimaron mucho el que me presentara preso y diese memorial de lo ocurrido.*

*Una vez juzgado, movieron a clemencia al tribunal los buenos oficios de mis falsos padres, a quienes ya no quise ver, los méritos de mi carrera militar y el testimonio del mensajero de Osuna, quien explicó a los jueces el modo y el momento en que fui afrentado. Pero, sobre todo, obró en mi favor que doña Teresa de Tovar me justificase ante los hombres de la Ley; la cristiana intercesión de aquella mujer, apiadada de mi gente y de mí, y no deseosa de más muertes, conmovió a mis acusadores, evitándome el cadalso y aun la condena de por vida. Fui de nuevo a galeras pero esta vez abajo, con los del remo y no con los de las armas, Tres años padecí en ellas, hombro a hombro con lo peor de los desgraciados que nuestra España cría, y al cabo de ese tiempo pasé a cumplir la otra parte de mi sentencia, que era la de venir en destierro a estas Indias.*

*Están por cumplirse los siete años que aquí me forzaron a pasar, y no pensaba volver a España; prefería no saber ya nada de cuanto atrás me dejé. Pero ahora puedo acaso resolver otra cosa, yendo en busca de quienes serían mis padres, y restituyendo a los que quisieron serlo el afecto que por largos años les perdí.*

*Aquí terminó su historia el capitán Valentín, que mucho le alivió los adentros soltármela, y después tuvo a bien hacerme ver que, no estando muy distantes las dos ciudades y siendo toda esa comarca puro monte bandolero, más y más podía darse que fuese él aquel niño robado a las puertas de Arcos y vendido en Ronda luego. Díjele que, para ponerlo en limpio del todo, no había otro Dios ni Santa María que embarcar a Cádiz*

y pasar al Puerto, donde El Honrado y su mujer, si es que estaban en vida, lo sacarían a él y ellos también saldrían de zozobras viéndole aquella cicatriz. Se lo anduvo pensando Valentín y me dijo que así lo haría y que, caso de vivirle también su gente de Ronda, con todos habría de repartirse de hijo, pues en verdad le parecía serlo no de dos padres, sino de cuatro.

Anocheía ya. Tomó el capitán capa y espada para irse con sus soldados a rondar, y le dije lo que antes había ido publicando por todas partes: que pasaría en seguida a Panamá.

—Poco voy a durar bajo tu techo, Valentín, y a qué hablarte de lo que te debo. No sé si ya nos veremos, pues tengo para mí que el meneo de todas las cosas ni permite que dos vecinos de un patio puedan jurar por la mañana que han de volver a verse por la tarde: contrimás nosotros, con nuestro arriesgado vivir. Pero ojalá que acabes más rico que Cardona. Y, sea o no tu padre, si das con ese Honrado, le dices de mi parte que mucho me llevo acordado de él, tú le dices «de parte de Juanillo el que se fue en la galeota», que ya él caerá y te contará. Y, si eso puede ser, que le dé recuerdos míos, y todo cuanto se te ocurra, a una Anica que también él sabe, y le diga que he de ir por ella.

Me asomé al final de esas palabras una punta de malhumor; estaba picado conmigo mismo porque me oí la voz y me temblaba una miaja.

A los dos días dejé la casa de Valentín y, cuatro fechas más tarde, San Juan, San Pedro, San Pablo y cuantos santos podían aún estarme esperando en las Indias. Me fui sin despedirme de más nadie, quitando al Bendito, y en ropa de pobre como había llegado. Todavía me iba a costar un tiempo saberme y verme ojicaído y descalabrado, más que nada al pisar la calle, conque, como tampoco me convenía ser visto y reconocido, no salí de mi aposento en casa del mulato. Él me llevó de comer, me lavó la ropa y se estuvo conmigo muchas horas, de más compañía y darme aliento que el hablar de tantos, y pasaba a diario por la marina para

enterarse de lo que me convenía saber: un día domingo salí de casa de Valentín, y al otro sábado por la tarde me vino El Bendito con que ya había dado en puerto el bergantín del brasileiro.

Antes de echarse el sol, me encerré, junté mis dos enseres, desenterré y me ajusté la faltriquera. Luego le pagué al mulato su alquiler, con las manducas últimas, y le dejé, para que se guardase unos reales vendiéndolos, todos mis atavíos de caballero y el espadín. Sin más lamioserías ni quisicosas, nos abrazamos ligero, como quienes han de encontrarse otra vez de allí a una hora, y tomé el camino del bodegón de Jiménez, donde había quedado con el capitán negrero.

Apareció el Coello ya con la noche entrada y aquel barrigón saltándole para arriba y abajo de vengas a reírse, muy contento de haber vendido con ganancia los negros medio echados a perder que se había traído de Curaçao para San Juan.

Tanto el bodegonero de Moguer como él quedaron asombrados de mi nueva cara; les conté que un viejo loco me había entrado por las buenas con un hacha y, según me veían ellos la marca y el ojo a medio velo, se maravillaban de que aún estuviera yo allí en pie y con un vaso en la mano.

—No te mataría a ti ni un tornado que te cayera encima —me dijo el brasileiro.

—Así es —le contesté—. Ya me cayó y no me mató.

Removida andaba aquel día la taberna, y medio puerto sanjuanero, con una nueva malina para España, que fue aquel desastre de la escuadra del conde de Mauleón el Viejo en las islas de Aves, adonde él había ido para sorprenderle alguna plaza al inglés, y retornó cabrón y apaleado, pues de una escuadra grande volvieron dos barcos y se perdieron catorce o quince. Andaban el Coello y el de Moguer hablando con la marinería de que estaba bien claro que por nada del mundo podía ya España con cuanto



tenía entre manos, y que siempre había sido descuidada en no poner espías por los sitios para saber qué iba pasando, sino que todo se hacía en la confusión y, si algo andaba derecho, era siempre como de milagro.

Dieron otros su parecer de que de ese mismo guisado salía que ya fuera y viniera, entre la nación española y las Indias, toda nave que lo tuviese en gana, cómo y cuándo se le antojase, sin juntarse a las flotas regulares y a los convoyes fuertes. Que yo supiera, no era eso lo que estaba mandado, sino que cualquier barco, del Rey o de quien fuese, pasara la mar cobijado en flota grande y defendida del inglés, el francés y el holandés, pues por todas partes iban a más las acometidas de esas gentes y no había día en que no se quedasen en tierra con esto o arramblasen por la mar con lo otro. Pero como los tiempos eran ya otra cosa, con pagarles a los de arriba sus chanchullos y gabelas, cada fletador y capitán de España y los alcaldes de la mar venían haciendo de su capa un sayo y cuanto les salía de la entrepierna, que muchas veces era lo peor y, por ganarlo todo, quedaban con el culo al aire. Sin ir más lejos, y como refirieron también en la taberna de Jiménez, cosa de un mes atrás y al otro día de salir de La Habana para Cádiz, un galeón, *La Puerta de Oro*, había sido saqueado y destruido por dos navios ingleses, con pérdidas grandísimas, quién sabe lo que hubiera hecho Amaro con todo eso. Y corría la voz de que el botín lo habían vuelto a hurtadillas a la misma Cuba y allí lo repartieron, que es como hacer muy tranquilamente la partición del robo en la casa del robado y casi en su cara.

No decía yo nada, por no conocer ni interrumpir cuanto se estaba hablando, pero, en una clara, quise saber del capitán Coello si de esas negrerías en las que andaba él y yo iba a andar, no caían lejos el martillito de los jueces y las manos del verdugo. Se me rio, como si lo estuviera yo embromando, y me dijo que por qué le hablaba igual que una criatura inocente si yo no lo parecía ni había de serlo, así que no volví a

entrarle con ésas.

Aquella misma noche dormí ya a bordo del bergantín, le olí el pestazo a negro y le vi el nombre, *Nuevo Cubano*. Nuevo lo estaría y airoso lo era, pero lo que es de mugre andaba sobrado, una roña oscura por las velas, y de la perilla a la quilla, como si sus cargamentos de morenos hubieran ido destiñendo en todo él, y me acordaba yo por fuerza de *La Garzona*, limpia y escamondada siempre como uno de los salones del San Juan rico.

No salió de vacío el capitán Coello, que supo gastarse buenos pesos en cacao y café ya ensacados, y pasados a bordo de matute. Se embarcaron al amanecer, para venderlos donde se terciase antes de llenar el sollado con los negros a acarrear hasta el nuevo reino de Portugal desde esa Mina de Guinea que, como tú sabrás, no es de sacar metales, sino hombres.

De artillería, ni uno de diez libras llevaba el bergantín, pero de armas de mano y buena pólvora de Francia, media santabárbara cargamos. Tomé un cuchillo flamante, fino y no grande, y a poco lo tiré al agua para que no me incordiasse más; no me hacía a estar sin el Moreno y le tomé enemiga a aquel novato.

Apenas dar vela, congregó el Coello a toda la tripulación y nos dio el adelanto de la paga. Fue cosa buena, y también lo fueron el viento y la sosegada mar de los primeros días, casi los únicos buenos en cuatro meses, pues todo eso tardamos, y aún tres jornadas más, en fondear en Lisboa la última vez que pasé el charco. Con toda su mierda, muy velero era el *Nuevo Cubano* y bien diestros su timonel y el maestro de velamen, y ni aun así nos libramos de aperreos y atrasos fuertes, por haber llevado siempre vientos contrarios o ninguno. Tiramos de San Juan por encima de todas las islas y luego bordeamos la Florida por abajo de las Américas del Norte, las de los ingleses, para tomar los soplos de poniente después

de aprovisionar en las islas Bermudas y bajar en redondo a las de Cabo Verde, dándole un recorte a la Mar Parada de las calmas. Pero igual nos tocaron dos muy largas, sin gota de viento, y, antes de un mes, temporales bravos que nos desviaron la ruta. Fue columbrada una manada grande de ballenas, de las de joroba, y en seguida se torció el tiempo. En seguida.

No me voy a parar gran cosa en contarte aquel viaje; valga decirte que fue malo-perro, menos en lo de morirse carga, y que, con todo y con eso, más me trabajaron mis miedos y fatigas de adentro que los de la mar. Estaba haciendo yo por recoger mi vivir como quien recoge del suelo leche o vino derramados y los quiere meter chapuceraamente donde estaban, que tampoco era en buen sitio. Pero, además, veía que había jugado muy mucho con los años y con la fortuna, y temía darme con una Anica muerta, o quién sabía dónde, o cargada de hijos como una coneja. Más me acosaba el meollo si valdría yo para compañero de mujer, cosa fija con ella, los días iguales y el fuego atizado en el hogar y el gato durmiendo en una silla. Y me decía: «Pues si otros la tienen, ¿uno por qué no?».

De esas comezones, y de las de verme y tocarme el costurón, me entretuvieron a ratos los naipes, que algo jugué y gané pero poco, pues era mucho viaje y no quería yo malquerencias; y también me mataron horas las chácharas del Coello, que en toda la travesía me siguió teniendo la buena ley que me había tomado en San Juan, y me quitó de mover velas en lo alto de los palos.

Me hablaba de su tierra brasilera, y todo me lo pintaba con una habilidad que lo veías. No había vivido él en San Salvador, la capital, sino siempre en el Río de Janeiro, y me enteró de que la mar se entrevera en Río con muy amenos playerío y montes, isletas verdes y un peñón alto y escorado que los de allí le dicen Pan de Azúcar. Hablando-hablando, me

paseó el Coello por la calle principal de la población, con quinientas y más casas de ladrillo, encaladas y de muy buen ver, al largo de la orilla oriental del lugar; me habló del palacio del virrey portugués, de un puente para llevar el agua por encima de las casas, la caña de azúcar, los negros hilando algodón por todas partes, y que por las calles no se veían limosneros. Diome a probar de lo que ellos beben, un aguardiente muy bravio que llaman la cachaza.

No más por la ribera de la mar están en esos Brasiles la gente y poblaciones, me dijo Coello, y que, quitando un tal lugar San Pablo, de lo de adentro ni se sabe: indios peleones, y mucha selva y aguas y bicho, y más aguas y bicho y selva, o desiertos pinchudos que no se acaban, conque, por todo aquello, no se meten más que unos de San Pablo y éstos han de tener muy bien puestos los de abajo y de ir con muchas banderas, digo yo, porque les llaman banderantes, y se echan en busca de la joya bruta y del oro, ya con unas pocas de minas grandes en manos de la Corona.

También me contó el barriga que todavía se hablaba en el Brasil de un Juan Ramallo muerto hacía más de un siglo o cualquiera sabe; ése se casó con una Isabel princesa indiana, y anduvo arrejuntado con tal montonera de hembras que de tanto hijo, nieto y bisnieto, decían haber habitado y poblado, él solo, media nación, y que de la casta de ese tocayo mío, y de otros cuantos sementales, fueron medrando los mestizos brasileiros de nombre mamelucos.

Pero, como ninguna otra cosa o lugar de las Indias, le llamaba a Coello la atención que quienes en su tierra poseían lo más fuesen los menos, menos que en ningún sitio, pues por cada cristiano que allí ves has de contar por lo menos veinte indios del país, cuatro o cinco negros, y luego los pardos. Lo del Tupí me sonó a bicho, pero es el habla de indios de allá, que se escucha tanto o más que el portugués, hasta en boca de los

frailes.

—Ten por seguro cuanto aquella negra de San Juan te contó —me dijo otro día el capitán Coello— y vete sabiendo que aun así, descalabrado y todo, si por Río caes harás bien en guardarte de todo color de hembra y hasta de las poquiñas blancas a mano, pues como allí te engolfes en mujeres y les des el logro de varón que a voces van pidiendo, entre sus brazos gastarías a poco la vida que tienes y hasta la que ellas te infundieran. Con poner su verga en batalla —terminó— todo hombre puede andar en Río mantenido y vestido, sin otro quehacer que atender camas.

Rio de pronto a carcajadas, le pregunté por qué y me habló del gusto picaro suyo y de una mujer de Río con la que anduvo de joven, pues, siendo hombre muy peludo y velludo, se les encaprichó y resolvieron dejarse crecer él todo el pelo, bigotón de bulto, melenas y barbas hasta la cintura, y afeitarse ella por entero cabeza y sobacos y abajos y hasta cejas y pestañas, de modo que al acostarse no tocara él más que carne de hembra sin estorbos, pusiese las manos donde las pusiese, y ella asperezas y durezas de varón, de lo que me dijo tuvieron mucho placer.

A media travesía seguimos combatiendo el mal tiempo y a la isla de Santiago, que es la principal de las de Cabo Verde, llegamos para finales del mes de octubre y con una calor de las furiosas, que ni las peores de Mosquilla. Se hizo puerto cosa de diez jornadas: tres bajé a tierra sin mucho que contar, diósele media carena al barco y el capitán salió del todo, a precio medianejo, de su café y su cacao, que ya en las islas Bermudas había tomado buenos dineros ingleses de cuarenta sacos que allí se quedaron.

Proseguimos ruta con viento duro y mar gruesa y, en poniéndonos a la altura de la Guinea, mucho más abajo de lo que es Berbería, empezamos a costear con no mal tiempo y fuimos divisando naves, algunas ya de

vuelta y otras con la proa puesta a La Mina, que alcanzamos un atardecer. A la par de cuatro o seis negreras, bergantines las más, amainó velas la nuestra y quedó surta entre otras que ya estaban allí, enfrente de un playón sin puerto ni abrigo. La calor volvía a ser la de Cabo Verde y ni a la mucha luz del poniente avisté en esa costa arboledas, cerros, chozas ni casa alguna; luego, al forzar los ojos, ya fui atisbando que tal soledad no era lo que parecía, y que por aquellos arenales había gente para dar y tomar.

Pasó la noche, con mucho caer de estrellas y la luna más crecida que he visto, como que la pudieras tentar con las manos. Al asomar el sol, que antes de que salga no dejan desembarcar allí los portugueses, hizo el capitán echar al agua las tres barcas y las dos chalupas de a bordo para pasar a tierra con el mayor apresuramiento, dejando de guarda en el bergantín no más de una docena de hombres. En igual prisa andaban todas las naos que se habían juntado en el fondeadero de La Mina, y el bogar para la orilla me pareció carrera de regatas, haciendo cada cual por llegar antes y llevarse lo mejor de la compra.

Fui yo en una de las chalupas, donde se embarcaron las cadenas y grillos con que habíamos de sujetar a los negros, y que tenían enganche en unas argollas empotradas por todo el sollado del barco, pero no llegué a poner pie en el África el único día que allí tocamos, porque el Coello me dejó, con otros, para mantener las embarcaciones a unas pocas varas de la orilla y estar al ojo de aquellos hierros, que con el peso de los de mi chalupa no habría más de un palmo y medio entre las bordas y la mar. Allí nos estuvimos hasta muy mediada la tarde, mudando los rezones a tenor de la marea, con los mosquetes cargados y bien a mano, pan de galleta y unas garrafas de agua, bajo un sol que derretía las carnes.

Hasta donde alcanzaba mi vista, veía por la playa negros vigilados, como puestos en tropa. Estaban los más sentados en la arena y, yendo de

un lote a otro, los capitanes compradores los hacían levantarse para mirarles los dientes y el blanco de los ojos, palmearles piernas y brazos, y porfiaban precios con los mayores de la Corona portuguesa y con los patronos de color, entre los que brujuleaba un negro gordísimo que había de ser el rey o el gobernador de ellos. Llevábanlo de acá para allá en trono de cañas y tablas, con un techillo de palmas para el solazo, y en medio de los chocolates que lo cargaban había un hombre blanco, muy enmelenado y todo a jirones. Me daba risa ver tocado con un chambergo portugués de los finos a aquel negro tan traído y llevado que, si mandaba tanto como pensaba, ha de ser el hombre con más mando que yo haya visto hasta la fecha, hijo.

Llegaron por fin a la orilla los esclavos comprados por el Coello, altos como torres. Venían en taparrabos, con ese olor espeso suyo como a cuadra de mula vieja, y mostrando una conformidad y mansedumbre con su destino que no casaba con el poderío de sus cuerpos, mozos todos, angostos de caderas pero con pecho, espalda y paletillas como de toro. También entraron en el lote cinco negras, de las que cuatro eran hermosas y, dos de esas bellas y la fea, con una criatura de pecho cada una.

Dispuso el capitán que no aherrojásemos a los morenos, y me extrañó la orden cuando él mismo nos tenía muy dicho que en las idas y vueltas de embarque al bergantín no echáramos cuenta de esas mansedumbres, pues el de llevar los negros a la nave y estibarlos en ella era el momento de mayor cuidado. También avisó de que no nos pusiera en confianza el oír a los negros cantar entre dientes, como lo hicieron, unos cantares muy suaves y despaciosos. Me las tuve, pues, firmes y con la pupila bien abierta, pero no ocurrió sino que la negrada bajó esas cantaletas mientras bogábamos y las aulló en cuanto los asentamos a todos en la bodega.

Izadas las barcas y chalupas, zarpamos por la mañana y a merced de un terral que se levantó, mas, a poco de salir, hubo otra vez que echar

ancla por la fuerza de la corriente, en lo que percibí la buena disciplina, que es la de estar todos los hombres en su sitio cada vez que es menester y que salgan las maniobras ligeras y precisas como en *La Garzona* salían, mucho más que en el *Santa Rosa*.

Yendo como piojos en costura, había lugar abajo en el *Nuevo Cubano* como para cuatrocientos negros, y Coello compró algo menos de trescientos contando las hembras, pues siendo aquellos gigantones muy caros, había de llegar la carga a Lisboa holgada y en salud, que por lo mismo no se encadenaron más que a ocho o nueve revoltosos. En verdad, fue como si ya les hubiesen dicho a los morenos que ellos no iban a sudar en plantaciones ni a vérselas con látigos, porque no dieron guerra en todo el viaje a Portugal y eso que también resultó bien largo y que, en cosa de viento, fuimos de San Malo a San Peor, gobernando siempre el barco al Norte.

Se les daba alimento a las diez de la mañana y a las cinco de la tarde, y cada tres días tuvieron buena carne de cabra o puerco, salada y fresca, que un piquete de marineros fue con el contraamaestre más tierra adentro en La Mina, a abastecerse de viandas y de agua. El almuerzo de los negros casi venía a ser el de la tripulación, habichuelas o lentejas cocidas con manteca de puerco y, muchos días, menos agusanadillas de las que mis tripas llevaban ya embauladas; chícharos o trigo indio con sebo para la comida y, entre horas, un puñado de ese mismo trigo de la India, o de mandioca. Dormían en esteras limpias y cambiadas, y, quitando a los pocos aherrojados que te dije, a todos los demás los subíamos arriba de treinta en treinta, a despejarse andando y tomar el aire; más de una vez, aun en zarandeos grandes de la mar, las negrillas cantaron y bailaron en cubierta, y el Coello se quedó alguna noche con una o con dos.

Muy de otra manera había oído yo hablar en Mosquilla del trato que se les da a los esclavos en las naves negreras, y aquél no me parecía malo.



Así se lo dije al capitán Coello, y me respondió que, aunque esos esclavos habían de ser tratados a cuerpo de rey, no todos los cargamentos eran iguales ni para lo mismo. Sólo un negro de los encadenados y uno de los niños espicharon en la travesía, aun tan larga, y de maltratos ninguno de los dos, sino de un cagalistre la criatura y el otro porque ya venía malo, que a lo mejor se rebelaba también por eso, y, antes de que los echásemos al agua, los estuvo mirando mucho el cirujano por si era cosa de peste.

Vino a morirse aquel negrazo, y a la otra noche el crío, poco antes de ponérsenos a la vista la isla de la Madera, que fue última aguada a Lisboa y tuvimos su puerto ante la cara cuatro días sin poder tomarlo, por no permitirlo el viento. Alarmó al Coello que se juntaran esas dos muertes y que dos gorrinos de la Guinea no quisieran luego comer el maíz del barco, cosa que lo anerviosó más y no lo dejó tranquilo hasta que, pasadas cuatro o seis fechas, no vio él que la carga seguía en buena salud.

Me dijo que las pestes en los buques negreros son más de temer que ninguna otra cosa y que, en siendo de las malinas, se corren más pronto que la pólvora y, a poco, se ponen los negros a echar por arriba y abajo hasta los primeros calostros, y se mueren. Púsome el caso de que pocos años atrás y en el pánico de que esa peste, ya declarada en el sollado, saltase de él a cubierta, los hombres de un negrero francés perdieron la cabeza, se amotinaron y forzaron al capitán a terminar cuanto antes con los morenos regándoles veneno de mal olor en un potaje, que les bajaron en cubos con sogas y ellos hubieron de comérselo luego de andar dos días con la tripa en blanco. Tan grande era el cargamento y tan rabiosa la epidemia, que la marinería no vio otra salida, ni la de echar los negros a la mar. Y así que bajaron aquel potaje, pusieron barras y cerrojos a los escotillones y no los abrieron hasta que, al cabo de mucha queja y griterío, no se escuchó piar a nadie, que antes era terror oírlo. Un viaje fue aquél que hizo ruido por todo el Caribe, pues, habiendo sucedido esa

matazón de los negros a media travesía, vino luego la tripulación a tomar arrepentimiento de lo hecho, con el miedo de que, aun cerrado el sollado a cal y canto, acabaran subiendo y metiéndoseles en el cuerpo los vapores y miasmas del pudridero. A vuelta de un mes dieron en Jamaica, donde el gobernador inglés tomó cartas en el entuerto y, después de fondeada la nave frente a Puerto Royal, la remolcaron más para afuera, la mandaron a pique con fuego de cañón y decían que hasta a algunos lugares de la isla llegó el hedor con el viento, por toda la mar adelante.

Amoscado me tuvo unos días este relato del capitán, por lo que llevábamos abajo y aun a sabiendas de que nuestra carga iba sana.

Cortos ya de provisiones, y mermada la ración de agua a una tercera parte por día, en dos semanas más y a tres jornadas de divisar el Cabo San Vicente, tomó puerto en Lisboa el *Nuevo Cubano* y me despedí de la Mar grande. Apenas desembarcar, me zampé con el Coello y el maestre dos libras de fruta fresca, yo solo, y entre los tres un timbal de lampreas hecho con su sangre, un vino tan oscuro como ella y manteca de Flandes, y de postre unos orejones muy buenos.

A pesar de todo el viaje, estaba yo menos cansado que entre contento y alobado, viéndome ya casi a la vera de España y de la Andalucía, donde no sabía si saldría adelante con mi empeño. Me confortaban mis dineros, tenía ya medio encajadillo lo de mi mala cara y no sé por qué sentía cada vez más fuerte, que eso ya me empezó en San Juan, el engaño y el pesar del tiempo que ni vuelve ni tropieza, y me parecía que llevaba no sé cuánto pasándome tantas o más cosas por adentro que por fuera, aunque por fuera me siguieran pasando muchas: no atino a decírtelo bien.

A 1 de mayo. ~~~ Movidillas parece que andan la mar y la tropa, bachiller, que vengo oyendo hablar a los soldados como con un eco de

alarma en la voz, y por ese ventanuco a la bahía siento y veo yo cosas que no son las de siempre. Si va a acontecer guerra y estás al tanto, dímelo.

Y de lo del juicio al pastelero, ya sé por el sargento Orellana que fue la vista antier y ayer, y que lo degüellan de aquí a tres días. Pero ¿se dijo algo de mí? ¿Y cómo se entiende que vayan a hacer dos juicios en vez de uno, y que en el suyo ni me han llamado a careos y declaraciones? ¿No confesó ese hideputa que yo no hacía otra cosa que trabajar con él, y que nada conocía de sus pasteleos ni de sus escondimientos?

Pero quia: ya veo que estás tan enterado como esa pared, tonto soy en preguntarte... Me creí yo, estando sirviéndole, que escondía la hechura de sus pasteles para que no se la birlaran, él lo decía, y porque los rellenos eran, no hablemos ya de buey y liebre según los publicaba, ni tan siquiera de caballo o borrico como llegó a decirnos a los del obrador, sino de gato y aun de peores carnes: de todas, menos de aquello que llevaban. Eso no se me pasó por las mientes, ni a nadie. Y lo que sí tengo ahora muy claro es lo de que cuando la barba del vecino veas pelar, pon la tuya a remojar. O sea, que no tardaré en ir a banquillo y que me levantaré de él según y conforme lo que el ajusticiado haya dejado dicho. Muy malamente me huele que no nos encarasen, ni me hayan hablado nada antes o después, aparte lo que el Orellana supo y me contó. Así que, aunque no quiero ni pensarlo, no me extrañaría que esa liendre tiñosa haya estado hasta última hora haciendo por barrerse las cacas y repartiendo culpas, madre que lo parió.

Si he de dárselo por aquello, bien mal que voy a darle mi pescuezo al de la máscara; mejor se lo diera a la boca de un tigre, así tardase más en acabarme. Y creo yo que, lo que es meterme en tormento, como cantó el alemán en confesión sin que me metieran, ya a lo mejor no lo hacen, por más que me sigan diciendo La Fiera y lo mismo que he venido escapándome de sacar piedras del agua; pero, si me meten, haré lo que

todos: decir lo que ellos quieran que diga, así sea que me acosté con la Reina. Mucho esperé de ti y todavía espero, poco ya, y ahora más de tu señor tío el alcaide aunque a él ni le haya visto la cara, pues cada día me percató mejor de que tú no estás sino en lo tuyo y en el egoísmo de esos papeles. Como que ni conoces lo que puede andar corriendo por Cádiz, ese desasosiego que hasta aquí me aletea, y ni has hecho por enterarte de lo que en el juicio sucedió, sabiendo lo que me va en ello.

Dale gracias a Dios de que, aun tan empecatado con esa manía de escribir, te haya tomado apego, también en memoria de Corradino, que era otro que tal: siempre se le iban las mejores, como a ti, y todo lo perdía de vista delante de los pensamientos y los papeles, que luego maldito para lo que sirven. Así acabó él.

Y menos mal que tampoco habrás de darle ya a ese relojito de arena más vueltas de las que le diste, pues me queda por contarte mucho menos de lo que te llevo contado, aunque sea lo principal. Conque, si nada sé de cuanto querría saber, mejor que vayamos terminando mis memorias y que ellas me distraigan y quiten de cuidados esta cabeza, en tanto truena lo que haya de tronar para mí y para todo el mundo, pues con lo inquietas que andan la milicia y las naves de la Armada, más parece lo que venga castigo que diversión y más me suena a peo de loba que a zureo de paloma.

Así que sigue escribiendo y ganemos tiempo, que ya ganaríamos mucho con que no se te fueran las cabras por esa pluma, como siempre, poniendo entre mi habla ajustes y lindezas que no salen de mi boca, sino de tu oficio.

No más llegar a Lisboa y después de la comilona de lampreas que te dije, pusimos el día de Año Nuevo los negros en el muelle buenos y sanos.

Llevóselos el comprador, diome el Coello mi salario, me despedí de él y de su barrigón, y, como yo no quería otra cosa que salir cuanto antes para acá, aquella misma tarde fui a enterarme del tráfico de naos a Cádiz o a Sevilla. Que venían bien pocas porque el gobierno portugués andaba muy en buenas con el de la Inglaterra y, habiéndose ya sacudido Portugal el mando de España hasta con escrituras hechas, todavía rebullían allí, espoleados por el inglés, muchos piques y miques entre el Rey Pedro y el desgraciado de Madrid, el Carlos, siempre malito y sin morirse nunca.

Tengo por seguro que no hay portugués tranquilo. Por lo menos de los que traté, no di con uno que lo fuese. Y a tales vasallos, tal Rey, pues bien sabrás que al Pedro se le antojaron dos cosas que no eran suyas, la cuñada y la corona, así que se puso encima de la una y abajo de la otra, quitándoselas al hermano, y luego lo mete preso bajo achaque de loco y de impotente.

En vista de no ser fácil el viajar a España aun echándole tiempo a procurarlo, me albergué en posada cumplidilla y con mesa puesta, a la vera de un monasterio muy grande junto a la ría del Tajo, que es como mar por lo ancha. Se mete en sus aguas, cerca de ese monasterio, una torre hermosa que más parece de adorno que de guerra siendo de guerra y muy fuerte, con puente levadizo, mucha mazmorra abajo y buena artillería gruesa para guardar la entrada a la capital y precaverla de asaltos.

Poniendo a un lado Venecia, que ella es cosa aparte, Lisboa me pareció a cuál más linda, la más de las ciudades que vi, y con un puerto que a todos aventaja. Si no se habla más de él digo yo que será porque como esos portugueses no tienen abuela y se celebran tanto todo lo suyo, dejan a los demás sin las ganas de hacerlo.

Pasando Portugal años ya no tan buenos como los antiguos, sino decían quemalos sin llegar a lo de España, eran de ver el ánimo y la

alegría que vi allí florear y correr, mientras pudieron, por plazas y riberas, calles y mercados. E igual serían de tu gusto la prestancia del caserío y del castillo ese de Lisboa, con murallas largas y empinado en un monte verde, que se llega a él muy cuesta arriba, luego de remontar los callejones enredosos de un tal barrio La Alfama. Pero, como a tantos, llegó a darme enojo lo dicho: que la misma gente de allí desluzca lo que tiene, con ese trompeteo de que esto y aquello suyo es o *mellor*, quitándose de la boca a cuantos de por sí lo festejarían.

Antes de que me liara la ruina que sobre Lisboa cayó, no paré de buscar apaño, según te dije, para ponerme aquí apenas pudiese. Pero, de lo que era el viaje, nadie sabía decirme una cosa que pareciera mejor que otra. Hay un descampado que, con una plaza de más allá, es el ombligo de Lisboa y le llaman el Terreiro, al lado de la marina. Allí me arrimé a gentes españolas, y también ellos se echaban a porfiar y a llevarse la contraria sobre el mejor modo de pasar a España, hasta irritándose los unos con los otros y sin ponérmelo en claro; fue allí y con ellos donde vi entrar una mañana la Flota portuguesa del Río de Janeiro, que traía noticias de la Armada española de Buenos Aires, y no buenas.

Entre esa gente de nuestra nación no me hice ver de caballero ni de mísero, sino de medianos pelo y pasar. Todos, aun los no huidos de su tierra, daban en la misma y descontenta parla: que España estaba por los suelos, sin industria, saberes, fuerza ni chispa de libertad, todo en pura roña y todo silenciado, con castigo fijo para quien levantase una voz y haciendo Corona, Inquisición, Iglesia y señorío por tapar el cielo con un cedazo, en tanto subían como la espuma, y a costa de lo que fuese, las naciones enemigas; que, aun las peleadas entre ellas, en esto de ir contra la nuestra ni eran ni son más que una sola a terminar de hundir y de aplastar. Pensé que estaban abultando los critiqueos, mas no había quien no anduviese cariacontecido con lo mismo, con que aquí España estaba

medio muerta pero no se dejaba de hacer otra cosa que averiguar quién era cristiano viejo y quién seguía no comiendo tocino, amén de sequías, pedriscos, plagas de hombres y de ríos y de sembrados y de ganados, amotinamientos inundados en sangre, derrotas militares por doquier y cuantos desastres puedan juntarse, durante los años últimos y todos los que yo había estado en Indias, sin respiro ni poderse tener ya a freno tantos enemigos de la Corona. Pues ésa era otra, decían: el no dar abasto la nación para mantener gastos y tropas y guerras perdidas en Flandes, Italia, Francia y todas estas partes, y en tantas otras de las Indias y del África y demás pedazos del mundo, que el dominar los mares era ya de otros y ya se sabe que quien rige la mar, rige el dinero.

Así que, entre calamidades y contribuciones, las gentes se caían por las calles de hambre, mientras los otros reyes enseñan a sus pueblos a aprovechar y a hacer dineros de todo, y, en algunos sitios, hasta a ser leídos y escritos. Furioso andaba por el Terreiro uno de Madrid, y eso que era canónigo, con que gente misma de religión y otras muy graves y cristianas, que no hacían más que escribir de los antiguos, hubiesen de dar a imprenta fuera de España sus libros: de modo que pon oreja y cuida el tuyo aunque vaya a ser una guía para pecadores, y, de lo que apuntas aquí, mete hasta el último pliego donde ni ratones lo vean o, mejor todavía, los vas quemando luego de sacarle el zumo para esos ejemplos de penitencia. Déjate de guardarlos para el día de mañana y quítate esa ilusión boba, que también me has dicho, de que libros como el nuestro no se escriben y, antes o después, se escribirán muchos y muchos serán quienes los lean por lo que tienen de aventureros, aun pintando en ellos nada más que a gente dejada de la mano de Dios. Tú fíjate en que, a la postre, libro al fin será como los otros, y poco arreglan ni componen ellos en este mundo aunque den gusto a quienes se los den. Así que sácate de la cabeza esas pamplinas del día de mañana, y ponte en la que hoy habría de

caernos si el San Tribunal te llega a echar mano de estos papeles, sabiendo tú tan bien como yo que esa gente acaba enterándose hasta de dónde se aparean dos moscas, y metiendo en sus listas al que no diga Jesús después de estornudar.

En aquellos reniegos andaban, pues, todos los españoles del Terreiro de Lisboa, conqué le pregunté a un licenciado de Asturias:

—¿Y alcanzan todas esas desgracias a España entera, maese?

—A todas o a las más Españas —me dijo—. Tengo entendido ser Cádiz uno de los contadísimos lugares que está prosperando y a cuenta del comercio con Indias, como que se la puede nombrar por Corte, y anda allí sirviendo en la Armada la flor de la nación.

—Pues igual ha de irles al Puerto Santa María y a Sevilla, que le caen bien cerca.

—Ya de Sevilla no diría yo tanto. Y lo que de ella sé —me respondió el asturiano— es que padeció mucho con dos pestes que la abrasaron, va para un año la última y para cuatro la más fuerte.

—¿Cádiz no las pasó?

—Una, creo, y más blanda que aquéllas.

Se me vino a las mientes cuanto me había referido el Coello de las plagas en las naos negreras, y la que asoló Cádiz siendo yo chico, que estuvo mi madre sin ir por la ciudad más de un año y en la almadraba pegó tan solamente en tres, y los echó en seguida de allí la misma gente del playerío, antes de que el mal rodase.

Dijo otro andaluz del cotarro que, entre las pestes de siempre, corría una nueva, aparecida en las Castillas y en la Andalucía tan por las bravas como las antiguas, castigando al salto igual que correría berberisca, sin saberse por dónde ni por dónde no, y yéndose tan por sorpresa como viene.

Muchos españoles estaban aquella mañana oyendo esta plática, y cuál



no sería la cara que pondríamos todos, al dejar caer un caballero de Aragón, quien hasta entonces no había abierto boca, que una peste acababa también de matar en Lisboa, por lo menos y que se supiese, a dos muchachos y tres viejos de la parte que dicen Las Casillas, en la otra ribera de la ría y enfrente de las calles más ricas y bulliciosas.

No era tenido por parlanchín el que lo dijo, sino por hombre de cortas pero firmes palabras. Aun así, y después del primer sobresalto, reparé en que se hablaba de otras cosas y en que el miedo iba como embotándose en todos, pues no hay quien no tire a echar lo malo a un lado mientras puede.

Esa misma mañana, me estoy acordando, había hecho yo por fin el arreglo de mi viaje, que lo enveredé por Badajoz a Sevilla, en una galera de tierra con tiro de cuatro mulas y caballo delantero. Diez pesos adelantados y otros veinte al llegar, que bien me dolieron, vendría a costarme la broma, y todavía hube de soltar otros tres para lograr plaza en la primera salida. Sin embargo, y aparte el poco avío de naves a España, aún estaba yo harto de mar y, por más que me hubiesen dicho ser larga y gravosa la vía de tierra, era de mi agrado hacerla, tanto más cuanto que nunca me había montado en otro carruaje, ni por más tiempo, que el de darle unas vueltas en San Juan a la Plaza de Armas acompañando a los De Velázquez en su coche.

Pero, en los días que vinieron, no hubo ya uno en que no cundiesen nuevas de la epidemia y de que en Lisboa seguía encendiéndose por acá y allá la candela del mal, con más y más muertos y enfermos aun entre gente de garbo y de poderes. Y todo ello se contaba muy en murmullo, sin que nada se avisase públicamente, hasta que a la cuarta o a la quinta mañana se rompió el tapujo de quienes mandaban y ya no se halló manera de seguir ocultando el daño, pues corrió por todo Lisboa que unos extranjeros ricos habían sido encerrados a la fuerza en un palacete de las

afueras, y que no los aliviaron luego ni remedios y sangrías, ni unos amigos de ellos que iban hasta allí a cantarles y tocarles, sin acercarse al lugar pero poniéndose donde los apestados pudiesen oír sus músicas y no se las pasaran tan sufriendo y cavilando en su apestamiento.

Bandos y pregoneros publicaron, para mi disgusto, que no se podía entrar ni salir de Lisboa bajo pena de cincuenta escudos o, de no tenerlos, cien azotes, y prevenían a vecindario y forasteros sobre la obligación de lavarse y despiojarse a cada rato, y acatar unas reglamentas que eran muchas y muy atemorizadoras de oír. Primero en vocear la pestilencia fue un médico Da Silva, y lo quiso apedrear la gente por decir verdad.

Mas el pueblo de Lisboa aún pareció levantarse del golpe y, esos primeros días, sólo sobresaltaban su vivir las procesiones de rogativas, que al alba o de noche pedían la intercesión de Dios con gran clamor, confesión de pecados por la calle a gritos limpios, hábitos y penitencias de cadena o vergajo. Pero, junto a estas piedades y arrepentimientos, veías también recrearse bailes, fiestas y fornicaciones, pues la vecindad de la muerte, lejos de amonestarla, agranda el ansia de la vida en muchos.

En seguida fueron saliendo más pregones, bandos y mandamientos, y los entierros comenzaron a menudear hasta juntarse en hileras, barajados los del señorío con los del pobre, y con tantos tambores funerarios en ellos que ya tú no escuchabas en compás a ninguno, sino el ruido de todos como un trueno majado a la buena de Dios. Pasaban los carros rebotando ropa para el quemadero, y entre ella los cuerpos muertos, puestos tan a la prisa y en descuido que les bailaban las piernas fuera de la tablazón, de lo que todo el mundo tomaba espanto.

Así como de capricho, la peste perdonaba a una casa y se cebaba en la de al lado, aunque se dijo desde su principio que en las de los ricos le daba por entrar menos que en las otras. Se ordenó toque de queda, que no lo había en Lisboa, y tampoco dejaron ya juntarse a la gente y estar en

corros, ni querían que se callejeara, pero mi inclinación no me permitía estar quieto en la posada, así que hasta prima noche me echaba por Lisboa a oír esto y aquello, esperando cada día que al otro ya se hubiese aplacado el daño, y poder partir cuanto antes; tal era mi deseo de hacerlo que ni veía claro, estándolo tanto, el ir la plaga a peor y no a mejor.

Mandaron atrancar bodegas y figones, y todo alrededor de la ciudad salieron tropillas de a pie y a caballo para cerrar también ermitas, ventas, cortijos y molinos, con penas de gravedad para quien admitiera gente en ellos. A hortelanos, ganaderos y pastores, así como a boteros, pescadores y demás ribereños, les llegó igual mandato. Llenáronse los hospitales y luego las iglesias de Lisboa, con enfermos encamados hasta por fuera de sus recintos, lloviera o venteara, y entre un barrio y el otro levantaron tapias y barreras para que cada parte se aviara como pudiese y no corriera el mal tan a sus anchas.

A poco, todo fue cuartel, hospital y cementerio, y en ese torbellino de apestados y muertos iban yendo también en merma los médicos y celadores, pues si no les pegaban la enfermedad cien pringados, el que hacía ciento uno terminaba pegándosela. A falta de brazos, gobernador, concejo y milicias echaron mano primero de los pocos convalecientes y luego de los presos de las cárceles, sacados de ellas tan a la fuerza y contra su voluntad como entraran, y los ponían de enfermeros, palanquines y enterradores. Con uno de ellos hablé, quien se había tomado gran emperre de seguir entre rejas y no echarse de ellas a la peste, pero corrió al fin igual suerte que los otros cautivos, aunque acrecentada por veinte zurriagazos. Conque allá iban todos éstos con los ojos despaltitados, pendientes de poner pies en polvorosa al más chico descuido de las vigilancias que llevaban.

Cuantos venían bregando con el mal y con su madre la de blanco, recibían y vestían unas como sotanas hasta el suelo de esterlín morado,

pues esas pestilencias se pegan a la lana y al hilo, y al esterlín no, por ser muy engomado y liso. Así y todo, nada más ver un sotanón de aquéllos, ya echaba la gente a correr por la calle.

Estudiantes en la hambre, penitentes alucinados y picaros sin vuelta de hoja predicaban y juraban a voces remedios seguros contra el mal en medicinas de pago, oraciones de balde y milagros de todo color. Un Antoñejo de mi cuerda, natural de Valladolid y juanero robador de cepillos de iglesia, que lo había conocido también en el Terreiro, me quiso hacer su par y camarada en una industria provechosa. Tenía aquel hombre un cuadro de San Cosme y San Damián, con los ojos pintados de tan curiosa manera que no los quitaban de quienes los contemplasen, ya se pusiera el mirón a un lado o a otro y más por abajo o por arriba, cosa que, causando agrado y devoción en bobos, daba pie al Antoñejo para vender raciones de miradas protectoras de la epidemia. Nada más que un escudo le cobraba al protegido, pero pagado en adelanto, con lo que yo o cualquiera veía dónde guardaba sus reales y jalaba de ellos durante el ensalmo, como encargado de echarle cruces al cliente por el cuerpo mientras los santos médicos ponían la parte principal. Pero yo no le serví a aquél más que para afanar una bolsa, por temor de arruinar mi viaje con algún tropiezo o de que, si me pillaban los soldados, me arcabuceasen allí mismo, como venían haciendo con todos los despojadores y aprovechadizos de la muerte.

Fue señalado en bandos, como lo mejor de comer para enfermos y sanos, la carne de carnero y la de aves de corral y caza, muy hervidas todas y sin aderezo alguno, así como los huevos y la conserva en dulce de membrillo, de rosas, de agraz, de violetas y de calabaza, mientras que fueron tenidos como ministros de la peste todo lo de vacuno, cabra, oveja, conejo, puerco, y también gansos, patos, chochas y demás pájaros de agua que, por serlo, crían tufos y humores. En pescado y marisco no se

libraron de ser pregonados como malos más que las langostas, langostinos y truchas, por lo que mascar cosa de la mar o las aguas dulces quedó para los cuatro o los cuarenta capaces de pagarse bocados de tal precio. Se rebelaron los pescadores de Lisboa contra este renglón del bando de las comidas; no podían salir a la mar y, si lo hacían, habían de verse encima a la tropa, tirándoles el fruto de su pesca a las aguas de que lo sacaran, conque hubo un rifirrafe más arriba de Las Casillas, sofocado ligero a sablazos, escopetazos y dos embestidas de la caballería.

En frutas, eran siete las que pasaban como buenas, y las demás como malísimas, y cuanto fuese dulce había de ser confitado con azúcar, pues la miel cayó en la lista de lo dañoso. Y atrás de todos estos avisos de boca venía un apremio de castigo contra cuantos debiesen al Cabildo dineros que precisaba de toda precisión, porque la plaga tenía sin blanca las arcas municipales.

El dormir también se fue poniendo difícil. Lo estorbaban ya los temores y zozobra de la gente, a la vista del funeral todo seguido que estando despierta veía, y despavorida porque Doña Peste llamase a las puertas de sus carnes o a las de su casa. Pero luego salió mandato de que no se durmiesen más de seis horas por noche y en durando la luz del día, quedaba prohibida hasta una cabezada, cosa que también me salté a la torera por serme de gusto las siestas, y eso que de mi posada salieron dos apestados y no volvieron más. Quise entonces irme a otra pero, como nadie había de mudarse de donde estaba parando y a lo mejor dejaba a Herodes para entrar en Pilatos, donde estaba me quedé.

Por uno de aquellos dos que se llevaron, vine a tomar saberes de la cara del mal y de lo feísima que la tenía, pues bien que la vi en un Salvadoriño ya mayor que servía en la posada y que tan bueno era para un roto como para un descosido. Viniéronle primero unas jaquecas que se le rompía la cabeza, como a mí cuando el hachazo, vómitos de echar hasta

la fe de bautismo, sus calenturones luego y, con ellos, los bubones por todo el cuerpo, gruesos como nudos, y unos cuajarones por adentro como de sebo o cera muy blanca, amén de ronchas, pecas y parches berrendos. Todo eso era muerte asegurada, porque a aquel Salvadoriño lo seguí de lejos por lástima y, apenas verlo en el hospital callejero, un sangrador cirujano que lo conocía le sacó más de dos cuartillos de sangre y le echó por la boca dos bebedizos de tan mal ver que, creo yo, más pronto lo pusieron en mano de los palanquines del carro de los muertos: mejor fue así, pues, con no penar más, salió ganando. Media posada de enseres hubo que echar al fuego y entraron unos embozados, de los de la sotana morada y con unos picos anchos delante de la nariz, para regar a chorreones techos, suelos y paredes con un agua muy hedionda, que decían mataba los bichillos y miasmas del contagio; tan chicos han de ser que, por más que puse ojo, no vi ninguno.

Al cabo de tres semanas, y detrás de los doctores, cuidadores y funebreros empezaron también a faltar el mueble de morirse y los sepultureros, que a éstos ya les habían quitado las llamas mucho de su papel y, más que de enterradores, hacían de fogoneros. Las familias, amigos y deudos de los muertos, ricos o pobres, habían de fabricarles los ataúdes si los querían sepultar en ellos, pues las carpinterías no daban de sí; o, si no, llevárselos en angarillas, lienzo negro y cruz encima, hasta los camposantos y quemaderos donde con igual fervor atendía la hoguera al costillar del duque que al del mendicante.

No quería acabar entre esas llamas, ni echado a un basural, aquel caballero aragonés que te dije, el que nos dio primera noticia de la plaga, ni encontraba de razón infestar a nadie con su daño. De modo que, sintiendo llegadas a su cuerpo las primeras señas del mal, tomó la determinación más cristiana y valerosa que yo haya podido ver y oír, y vino a pedirnos a mí y a un mozo de León lo acompañásemos a enterrar,

como el que dice a comer.

—¿Y enterrar a quién? —le pregunté. Pero se hizo el sordo.

A hora muy temprana, apenas levantar la queda, nos fuimos para un enterradero que le dicen Campodoscregos. Llegó el hombre tocadillo ya, rezando y caminando trabajosamente con el empuje de las calenturas y las primeras ronchas despuntándole, mas no quiso que lo sostuviéramos, no fuera a pegársenos la infición, y, como en ésa, lo vi bien firme en todas sus voluntades. Nos dijo que nada nos dejaba porque nada tenía, salvo sesenta escudos que sacó. Dióselos, junto con su buena espada toledana, a un enterrador que acababa de abrir una fosa, se dejó caer a ella sin más y se tendió en el fondo boca arriba liado en su capa, con la que luego se cubrió la cabeza muy sosegadamente, haciendo así mortaja de la prenda. Aún echó fuera una mano con un rosario enzarzado en los dedos y, después de moverla una vez como despidiéndose, llamó con esa mano a la tierra en donde ya teníamos hincadas las palas yo, el de León y el enterrador. Se escondieron también mano y rosario, y empezaron a menudear y retumbar las paletadas. Hubiera jurado yo que no pasaría de la quinta el caballero aragonés, y que alguno de los pedruscos que bajaban con la tierra iba a despabilarlo de su desvarío, y hacerlo salir de la fosa para que lo matase la muerte que le tocaba, no la que él se había dispuesto por tal de yacer en cristiano. Hecho el trabajo, aún esperamos casi dos horas, en tanto el sepulturero cavaba aprisa otro enterramiento, mirando de cuando en cuando para el del muerto vivo, y yo juraría que pidiéndole a toda la corte celestial no pasara algo allí abajo y acabara él quedándose sin sus escudos y sin aquella espada de Toledo. Pero nada pasó.

Muy respetada fue esa muerte entre los pocos españoles del Terreiro con los que aún me seguía viendo donde podíamos o se terciaba, pues por las calles no dejaban reunirse. Y mira por dónde que, en una de esas

atosigadas tertulias, vino a decir uno de ellos haber visto el día antes, en la Rúa Mayor y como empinado sobre otros tres de pobres, el entierro de alguien que debió ser muy principal por el cortejo y los borlones que llevaba; pero que habiendo muchos funerales grandes, tampoco aquél hubiese llamado gran cosa su atención, a no ser por ir delante del duelo el propio gobernador don Ruy de Buarcos, con guardia y pajes a no poder más, y porque encima del ataúd distinguió al lejos como una horquilla bien larga y toda dorada que, al pasar ya el sepelio junto a él, no resultó ser horquilla, sino muleta de cojo.

Pusiéronme ya esas palabras en un tris, y en él terminó de ponerme el español que presencié aquel entierro, cuando siguió contándonos que, habiendo sentido curiosidad al ver tan rara cosa en lo alto de una caja de muerto, preguntó quién iba adentro y le dijeron no ser muerto sino muerta: una dama muy mentada y metida en la Corte, residente de un año en Lisboa, donde hacía de embajadora o ministra de Génova o de Roma misma.

—Ni de la una ni de la otra —salté—, sino de Venecia debía ser, y quiso Dios que yo la conociese hace mucho, y, si es la que digo, se llamaría doña Astrea, Astrea Grimani.

—¡Sí, quiero! —afirmó el que había estado hablando—: Ahora me acuerdo de que ésos fueron el lugar y el nombre que oí al paso del ataúd. ¡Verdad ha de ser, pues, que la conociste!

Todos me rodearon entonces, pidiéndome les refiriese lo que supiera de aquella mujer que andaba en altas políticas, como reina, y famosa por lo mismo en Lisboa, donde muy poco más se sabía de ella. Interesáronse otros por la rareza de su muleta de oro, no menos célebre que la persona, y hube de relatar allí algo de mi estancia en Venecia y la historia de doña Astrea, quitando mi enredo con ella y cuanto me convino callar. Se me oyó con admiración, y con todo ese crédito que da el metal de la verdad



por extraña que sea. Pero algo, mientras hablaba, me venía distrayendo de mis propias palabras, un no sé qué que me rebullía, picoteándome la memoria y sin acabar de asomarse a ella. Cuando, concluida y comentada mi plática, nos disponíamos a irnos a nuestras casas, aún se me ocurrió preguntarle al testigo del sepelio si por ventura había podido saber de qué murió mi antigua conocida, aunque era de figurarse que también la había matado la epidemia.

—La epidemia fue —me contestó el hombre—, pues también lo oí decir en el entierro, así como que, pese a los buenos sucesos de su ministerio, ella vivió desazonada a poco de llegar aquí y deseando salir de Lisboa para siempre, sin saberse el porqué.

Ni tampoco yo supe por qué, apenas llegarme al oído ese desacomodo de doña Astrea, se me subió al pensamiento lo que no había querido llegarme a él, y rememoré aquella profecía que le hizo a la muerta una gitana callejera: el agüero por el que ella no fue a Roma, como quería el Dux de Venecia, temiéndole a un final que la esperaba allí. Así se lo conté, ya por la calle, a otro de los contertulios que llevaba mi mismo camino, un tal catalán Fernán de Reguera... Vi sobrecogerse al hombre, y más grande impresión fue la mía, cuando me dice:

—¡Pues tampoco debió esa dama venirse acá por nada del mundo, válgame Dios! Y habría de hacerlo sin saber que en Lisboa también hay siete colinas, aunque se hable de ellas mucho menos que de las de Roma.

La Madre Oscura fue lo primero que se me vino entonces al magín, por el aquél de sus agorerías, y pensé que, vieja que fuese como ella o joven, la húngara romana cuyas palabras asustaron a doña Astrea no se le quedaba atrás en esos saberes y profecías a la quemada en Cádiz por la Inquisición bendita. Fui haciéndome cargo de todo cuanto la Madre me llevaba acertado, el amor primero y las aventurerías, las navegaciones y meneos de mi vivir, y recordé la carta que me ocultó, la del presagio de

un mal fin para mí aunque tuviera tiempo por delante, un tiempo que ya debía habérseme acortado mucho entonces; lo que es ahora, no te digo.

Y luego, al quedarme solo, fue cuando cacé al vuelo que aquel malestar de doña Astrea y su afán de irse de Lisboa no más llegar cuadraban de perilla con el comentario del catalán a quien yo acababa de despedir: a cualquiera hubiera podido pasarle lo que a la turca veneciana, pues tan larga es esa fama de las siete colinas de Roma que a pocos o a nadie se le ocurre que pueda haber otra capital que las tenga.

Me eché en la posada dándole vueltas a todo aquello, y ya me dirás tú, bachiller, si no tienen razón muy sobrada cuantos dicen que el mundo es un pañuelo, según le señalé en San Juan al capitán Valentín. Lo que es a mí, con todo lo que de atrás me fui encontrando cuando menos me lo pensaba, no es que me pareciera ya un pañuelo, sino tres hilachas de él. Y luego... ya luego se me hizo una sola hilacha y de las cortas. Pues, aun con el empuje que a ella me guiaba, quién me iba a decir que a poco de llegar a España fuese a toparme con Anica, si entre los años caídos y con cuanto estrago llevaba escuchando sobre nuestra tierra, tuve tantos momentos de pensar que ya ni viva estaría, ¡bendígala Dios Todopoderoso! Luego... eh... luego... Pero lo que es hallarla, la hallé, y eso era lo más difícil.

Aunque vamos por partes, hijo, que no he de enredarte ni enredarme y todo ha de tener en tus papeles su punto y hora. Como los va a tener ese juicio mío que está al sonar, y en el que mejor ni piense. Y como va a tenerlos eso: todo eso que cunde por ahí afuera... ¿a ver?... ¡mira!... Suéltalo todo y ven un momento al ventano... Mira los barcos moviéndose allá, bahía arriba y abajo, ¿los ves?: como esperando no se sabe. Ni lo sabía el sargento mayor, sino que las aguas andan revueltas, de modo que cómo vas a estar tú en ello, tan empapelado y tan fuera de lo que no sean mis putas memorias. Pero a guerra, y gruesa, me suena ya

desde esta madrugada cuanto veo y escucho. Y tú no mires más por ese ventano: mírate: en Las Batuecas.

¿No será que se viene un asalto grande, bachiller?

*... los anglosajones del Norte, avasallando a los naturales con atropellos y tiranías más fuertes en mil casos que los que padecieran con España. Sugiere asimismo el belga al prelado Renaud que Juan el Rubio pudo no tratarse de un común ladronzuelo, tahúr y aventurero como tantos de su ruinoso tiempo, sino de un malhechor hasta con más de una muerte en la conciencia y dado a pillajes y a tropelías. Y de nuevo subraya Des Vries, entonadamente, los libertinajes y turbulencia de la novela de hala. Pese a inquisidores, dómines y maestrillos, con cuanto tuviera de reprochable y aun dijeron que de desordenado y desmedido, hijo de no mal oficio debió ser aquel libro por el que, según las tímidas noticias, tan desenvueltamente vagaron Eros y Marte, Caco y las Parcas, y el mar reluciente, y las sombras que la humana condición alienta y enrosca en el agitado curso de los días. Muy difíciles fueron aquéllos para Cádiz, perla codiciada de afanosos de oro o de vanidad y a la que siempre le han tocado esos estropicios y diversiones, pues a la tarde del 5 de junio de 1682...*

## **6. Juan Cantueso, casado, viudo, preso y en manos ya del justo juez**

*A 6 de mayo. ~~~ Se te quedó esa pluma, me parece, en lo de la veneciana de Turquía, la doña Astrea.*

Ya ves: de tantas cosas como entendía ella y ningunito de sus espías y mapas y saberes de lugares y gentes le avisaron su ruina. Vaya a cambio de la que ella, vete a saber, le buscó a Corradino. La peste la mató y ya no quiso luego matar a muchos más. Se fue de Lisboa tan pronto como vino, harta de comer cristianos, que el día de Santa Inés hubo ya señas ciertas de estar levantando el campo y a toda bulla, luego de dejar más muertos que la batalla de San Quintín, pues fechas hubo de siete centenas de

difuntos, y de tres o cuatro ninguna bajó de causar el pestón en sus dos meses peores.

Con más presteza corrieron por Lisboa las noticias de su marcha que las de su venida, pero aún hube de aguardar cuarentidós jornadas para poder salir, plazo en el que siguieron vigiladas todas las puertas de mar y tierra, sin permitirse pasar por ellas otra cosa que el arribo de víveres y suministros.

No iba a estar yo tanto tiempo rascándome mis maravedís. Moví baraja con provecho para pagarme cama y comidas, y no dejé de advertir que mi nueva cara, con lo del ojo, ponía de primeras dar en las mesas de juego una gota de desconfianza en contra mía, que ya me encargaba yo de ir derritiendo. La noche antes de viajar me dio por irme a la hostería donde me había llevado Coello y pedí un plato del timbal de lampreas, porque fue muy de mi gusto y también como echándole la cruz a todo lo visto y acaecido con la epidemia, lo mismo que si en Lisboa no hubiera pasado nada: ya que no me pasó a mí, pues borrón y buena digestión.

Bien me tenía cavilado yo lo que haría en llegando a España. Daba por más cierto que era en El Puerto Santa María donde podría encontrar a Anica, aunque volvía a desconcertarme la memoria de aquella mujer que vi corriendo por el Arenal al salir de Sevilla el *Santa Rosa*, y que tan muchamente me pareció ser ella. Pero, aun teniendo al Puerto por paradero suyo, sano era para mi pellejo poner pie en Sevilla o en Cádiz y tantear al Puerto desde uno de esos dos sitios, o desde el más arrimado Jerez, no fuese a seguir todo para ella y para mí tan malamente como lo dejé, a pesar de los años.

De Lisboa salí un día viernes, a fines de mayo, y las caballerías de la galera no eran de tan mal andar, pues el domingo ya estábamos en la ciudad de Badajoz luego de hacer en Évora una primera noche, y bajar el sábado a una villa cerca de la raya de España, con muy buenas fuentes y

mucho huerto y jardín, que dijo uno de los viajeros españoles los habían sembrado los moros, y que de ellos le quedó a aquel lugar el nombre de Moura.

De Badajoz pasamos a Sevilla por el camino real que va de la Extremadura a la Andalucía, y ese tramo lo corrí con los mismos ocho viajeros pero en otra posta que hacía enlace con la de Portugal y que, al dejar Badajoz, pasó por delante de muy firmes murallas y torres, con una más alta que oí llamar de Espantaperros. Dijo el mismo pasajero que también los moros habían hecho aquellas defensas de tan buen ver, y ya unos empezaron a refunfuñar y otros a mirarlo en sospecha por saber tanto de morerías y alabarlas, así que no volvió a abrir boca.

No iba tan ligero este carruaje como el que de Portugal me había sacado, pero sí más al seguro, armado hasta las muelas el postillón y un cuadrillero en montura aparte, no menos puesto en pólvoras y muy matasiete. Dos escopetas largas llevaba, la una atravesada por delante y la otra en el albardón del caballo, que la podía sacar con gran facilidad. Custodia fue ésta que hube de pagar, como todos, al rendir viaje en Sevilla y aunque, al comenzarlo, nada se me dijo de ese gasto. Ni falta que hacía la tal escolta porque, aun siendo el camino bien largo y con mucha tierra yerma y montes a su mitad, ningún percance hubo en pasarlo, antes que nada porque apenas paró el coche en descampado, y es en parar en ellos donde están los peligros.

Llegué a Sevilla oscureciendo y, sin saber de otra posada más limpia dentro de lo barato, me fui a la del Ecijano, aunque me hubiese escapado de ella sin pagar los últimos días de hospedaje y mesa. No tuve que andar mucho, pues no cae a más de ocho o diez casas del corralón de las diligencias, y también en la orilla de Triana.

A hora del atardecer, y tanto en tiempo de calor como de lluvias, siempre había visto yo toda esa parte bullendo de gente y en grandes

animación y algazara, pero ahora veía bien poco de todo eso, y a hombres y mujeres como abatidos y derechos a sus cosas.

Pese a los años volados y a mi falta en la cara, no bien verme la posadera se le puso mal ceño y llamó a voces a su esposo. Pareciéronme la una y el otro más avejentados de lo que me esperaba; comiéndoles las palabras, les expliqué sin amostazarme que aquella mañana de hacía tanto, y al llevar mis avíos al *Santa Rosa* donde ya les tenía dicho que iba a embarcar, me retuvieron por fuerza a bordo para reparar una vela y bien que me pesó, pues no tuve ya lugar de volver a tierra para pagarles, como tenía pensado hacer.

En seguida saqué doblones y les saldé el atraso, aún muy por demás porque todo costaba ya el doble y los posaderos me cobraron como nueva la trampa vieja. Aun así, me convenía la posada, y estuve por echarme las manos a la cabeza cuando me hablaron de lo que costaban otras. Vine a saber que la Corona había hecho un gran desaguizado con los reales de vellón, poniéndolos de un día para otro en la mitad de lo que valían, así que en España, y en cosa de ruina, ya éramos pocos y parió abuela. Todo dios andaba endeudado hasta los calzones y cerrada mucha industria y tienda, como si no hubiese cerrado ya pocas, comentaban, el haber ido echando a tanto morisco y hebreo de los de saber ganar dinero y dar a ganarlo.

Concluí diciéndole al matrimonio que bien podían estar seguros de mi formalidad, ya que había vuelto allí con mi deuda y para pagarla. Serenáronlos mis dineros y embustes, y al punto se me puso el corazón en la boca cuando la posadera, que ya le iba yo viendo unos ojos como apesarados, hizo memoria de que, aquella misma mañana de mi partida, una mujer delgada había estado inquiriendo en la posada por mí y ella terminó diciéndole, por verla muy en desconsuelo y no por hacerme el favor, que yo debía estar en aquel momento zarpando con la flota en el

*Santa Rosa.* Pero le echó a la cara que me había ido de tramposo. Con tanta gente y huéspedes como pasaron luego por allí, la posadera se acordaba todavía de aquella mujer porque, aunque le dio al fin noticia de mis pasos, le dolió en la conciencia el haberla tratado malamente. Y ese reconcomio, me dijo, venía ahora a despertársele, al saber que no fue mala fe mía el despedirme a la francesa y gratis.

Entendí por qué se le había ido atribulando el semblante a la posadera, y más cuando se desahogó detallándome que, amén de chillarle a aquella delgadilla que a quien andaba buscando era un ladrón, la hizo entrar muy enfurecida en el aposento que compartí con el cordobés y le enseñó mi cama deshecha mientras le sacudía ante los ojos la cuenta de mi hospedaje. Ya repuesta de su cólera tuvo a esos reproches por muy atropellados e injustos, y de tal modo le pesó haber visto a la mujer irse corre que te corre, y con los ojos llenos de lágrimas, que hubo de pasar por la iglesia y contárselo al padre cura.

Sin que el marido abriese el pico, aún me añadió la posadera que, años después de aquello, había visto por la calle en dos ocasiones a la mujer delgada, sola también y como muy afanada, con una canasta la primera vez, y la última con un plumero y otros enseres de limpieza, y que cuando la reconoció, yendo ella con el cesto, se le acercó y empezó muy torpe y nerviosamente a darle achaques por su maltrato de aquel día, según le mandó hacer el cura si volvía a verla; pero que la mujer había apretado el paso y no quiso escucharla, conque la posadera la dejó ir aunque sin tomarle a mal el desaire, pues, quitando el resentimiento que creía merecer, no supo ella entrar a disculpársele a la otra con el sosiego y buen talante que convenían, sino tan embarullada y descompuestamente como si fuese de nuevo a maltraerla a cuenta del granuja que estuvo buscando.

Mascando rabia y desconcierto, le pregunté a la posadera cuánto



tiempo haría de esas otras dos veces que vio a aquella mujer. Me dijo que no tanto: a lo más, de un año para acá la última, y que ya había sido mucho verla porque ella apenas si salía de la posada.

Cené dos bocados y me retiré a mi aposento, estrecho como un cajón pero para mí solo y con ventana. Tanto o más molido estaba por esas noticias que por el viaje desde Portugal, y cada vez más seguro de que era Anica a quien yo había entrevisto desde la popa del *Santa Rosa*, ya que, mientras la posadera me encendía muy solícita la palmatoria de mi cuarto, aún anduve pidiéndole pelos y señales de ella, y cuantos me dio le iban a molde.

No cogí el sueño hasta apuntar la luz y mira, bachiller: todo lo que te diga va a ser poco al lado de mis cavilaciones de aquella noche: un temporal de pensamientos poniéndome la cabeza igual que vela de nao que el viento hincha o afloja a su antojo, cómo te lo diría. En cuanto a Anica, era moscarda que volvía y volvía a picarme el discurrir de qué manera había estado o llevaba en Sevilla tanto tiempo, y más que todo, aun siendo lo de menos, cómo pudo dar con mi posada, cuando en la carta que al Puerto le mandé no le había dado señal de mi paradero, ni el mensajero hizo más que entregársela y tomarle luego la contesta. Me asombré del destino, que nos había alejado por cosita de una hora, y resolví no hacer de momento más que trotarme Sevilla por si daba con ella, como empecé a trotármela por la mañana, y todos los días que siguieron.

Pero aquella primera noche no se acababa nunca. No me afligían ya mucho, pensando en Anica, mi frente hendida ni este ojo a medio cerrar, pues como desde Lisboa había reparado en que no me los miraban más que de pasada, entendí ir por la vida de descrismado pero no de monstruo, según me había pensado en San Juan y en la travesía del *Nuevo Cubano*. Casi peor me sabía ya palparme el sitio del Moreno y no dar con él. Con

todo y con eso, me pesaban la carrera del tiempo, el acabamiento de mis años mejores y la comezón de no haber hecho por volver antes; repetíame que ya no era aquél al que había abrazado Anica y que, de dar con ella, no iba a ponerle por delante más que a un carirroto casi a las puertas de la vejez, aunque, por otro lado, me alzaba los ánimos pensar en mi caudalillo, que daba para bienvivir juntos y que mi empeño se cumpliese.

Sin embargo, más allá de cuanto bueno y malo venía echando en la balanza, me llegaba el titubeo de si sería yo, para una mujer, el norte fijo y tranquilo que es menester en pareja. Quería curarme de ese pálpito diciéndome que ya haría por serlo y, por no bajarme de mi ahínco con Anica, hacía como dicen que hace el pájaro avestruz de Berbería cuando lo acorralan los cazadores: esconder la cabeza para no ver.

Estando en esas devanaderas y allá a las tres o las cuatro, pasó un borracho por abajo de mi ventana, cantineándose a trompicones una canción que conocía yo mucho de escucharla en Mosquilla y que decía El Mono ser canción de la isla de Cuba, cosa que me vino de lo más bien para entretenerme y de lo más mal para encararme conmigo, sin huir de mis barruntos. Aun sin su compás, y tropezona en la voz que la venía cantando, la canción fue quitándome de lo de Anica y poniéndome en las Indias los pensamientos, que hasta el mismo aire templado y pegajoso del río, por la ventana a medio entornar, me pareció el de la Mar Caribe.

Era como tener la América cerca y lejos a la par. Otra vez le escuchaba a La Bella Trinidad sus parloteos, persignándose y palmeándose los muslos con la risa, y al capitán Coello dándome por buenas aquellas historias de la negra y contándome las suyas, todas con mucha cama de por medio. Otra vez me calentaban la mollera los solazos de Mosquilla y me la aireaban las pocas noches frescas de San Juan, y me llenaban la memoria, con la voz desentonada del borracho, indios y cuarterones y negros y pardos y mulatos en mar y en tierra, tantísimos

que hasta estas orillas llegan y cunden, hijo, toditos con su parla española siendo ellos tan de allí y sin que se la coman por sopas el habla del franchute y del holandés y del inglés, que tanto se iban y se van comiendo. Eh, pero eso no van a comérselo, aunque bien lo quisieran, pues el hablar español es tan de aquellos mulatos y gentes raras como de las gentes de aquí, ¿me estás oyendo?, y aún te diría que más, por los dichos y voquibles con que ellos lo agrandan y engalanan. Y lo mismo en todo: suyo ya lo de allí y lo de aquí, que tanto lo uno como lo otro lo maman con la primera leche, a ver si no.

Y yo, aquella noche, venga a gastar la sesera en todo ese guisado, que luego me acordé de La Tonalzin y me dio por pensar que, con no hacerles ascos a las hembras indias los españoles ni los portugueses, ni tener a menos arrebujaarse con ellas, nada puede salir de allí abajo que se parezca a lo de los rubiascos, ¡eh!, que éstos se van guardando el rabo en un papel para las mujeres de su casta y, cuando no les dan de lado a las de allí, que es lo que hacen casi siempre, se ven con ellas al tapujo, al metisaca, al si-te-vi-no-me-acuerdo y de robaguita, ocultándolo como vergüenza, mientras que los más de nosotros tenemos a bien andar con las indias, aun ufanándonos, y nos es de gran gusto embarbetarnos con ellas, y encamarlas y llevarlas y traerlas y preñarlas, por más que también avasallemos y matemos a su gente y, si viene al caso, a ellas mismas, por cosa de amores o de altares o de lo que sea. Pero aun así, y aunque andemos ahora tan de capa caída, igual nos vamos quedando en las caras y en las carnes de cuantos allí nacen, que muchos son, lo mismito que se queda nuestra habla en su boca. Te cuento estas tonteras por contártelas, muchacho, y para que veas el taco que se montó en el caletre esa noche, que si no acabé papando moscas fue porque Dios no quiso... ¡las cosas que no se le ocurran a cualquiera!...

Al salir el sol, lo primero que hice fue sepultar bien mis dineros en el

aposento, lo mismo que en San Juan donde lo del Bendito, y ya te dije que me anduve esos primeros días toda Sevilla en busca de Anica, jerre que jerre, poniendo ojo hasta en los campanarios y sin dar con ella. La llave de mi cuarto, que los posaderos y mozos no tenían otra, siempre andaba conmigo para mejor resguardo de mis doblones, así que había de estar yo presente a que me barriesen la alcoba y me hicieran la cama, que igual quedábanse días y días sin barrer y sin hacer, si no me hallaba yo en la posada o aparecía a deshora. También me empestillé allí en comerme lo menos de lo mío, con que aventé baraja por las noches y fui sacando para el gasto.

Con el embrollo aquél de los reales de vellón, un peso no valía ya ni para cominos, ni Sevilla tenía su cara y su bulla, las que le había visto antes. Andaba en cruz con eso del dinero rebajado y con lo de las sequías y las pestes, que la penúltima había sido un estrago, y apechugando también con lo de haberse llevado Cádiz todo lo de las navegaciones y negocios de Indias, ya incluso la descarga, que por fin se la había dado a Cádiz la Corona y así tenía que ser. Pero, lo que es en los garitos, poco se echaban de ver miserias, ni en los teatros y los toros y las fiestas, cosa que me chocaba igual que me chocaron los cachondeos y lucimientos de Venecia cuando también andaba sin cuatrines. Hasta que me di cuenta de que los despilfarros los traen los mismos agobios, y de que la gente, en lo poco y lo peor, hace por echarle tierra encima al mal tiempo y real que tenga se lo gasta, no vaya a ser que de ahí a una hora pase lo que sea o valga la mitad. Mas yo seguía en lo mío, mirando por mis ochavos y andándome al juego con mucho ojo, pues, aun con toda la animación de las mesas, me apercibía del malestar con que los clientes veían ahora írseles dos cobres y los riesgos por encono que de ello se podía seguir, cuando no quería yo riesgo alguno.

Me desayunaba de fritanga en el Altozano, donde ya no conocía más

que a la freidora, que la había dejado mocita y ahora estaba viuda, friendo sus buñuelos de ajonjolí sólo media mañana, por la penuria de aceite, y vendiendo arropías, higos y castañas el resto del día. Ese cambio y todos me ponían de malhumor, porque en todos notaba la mano destrozona del tiempo y, pensando en Anica, todos querían hacerme ver que, aparte lo de prevenir buenos reales, yo había obrado con los años como las pavas con sus huevos, que ya sabrás tú que los pisan y revientan sin mirar lo que hacen. Pero no me arrepentía.

El día de la Magdalena, harto ya de trotes, busqué quien me escribiera una carta, con idea de mandársela al Puerto al Honrado por si aún vivía, y que me la llevasen con igual sigilo que la de años ha. Le pedí al Honrado nuevas de Anica, diciéndole que por ella había vuelto de Indias y que, con arreglo a lo que él me contestara siempre en secreto y por el mensajero, ya vería yo lo que hacer. Del Valentín y de cuanto hablamos en Puerto Rico, nada le dije al hombre por no ponerlo en tribulación si aún no sabía de él, pues podía en ese tiempo haberle pasado algo al hijo, o volverse el capitán atrás en su intención de buscar a unos padres que ni conocía.

Con la carta en la mano y bien lacrada, fuime donde el cosario don Gabriel. Me acordaba por el camino de las irritaciones y sofocos en que mis ansias de mozo solían ponerlo, y pensé en que lo habrían matado mucho atrás la edad y sus demasiadas gorduras. No me equivoqué en lo de la muerte pero sí en lo del tiempo, pues sólo hacía poco más de un año que se lo había llevado la peste. Un sobrino suyo, muy desaborido, era quien encaminaba ya los mandados, y dio la casualidad de que el mensajero y su mozo para Jerez y la bahía de Cádiz estaban al partir cuando yo entré, y eran de ellos los caballos y mulas cargadas que vi en la misma puerta del cosario. Así que se pudieron llevar mi carta sin demora, y también les dejé dicho que, al entregarla, fuesen muy zorros y nada impacientes: ya había tenido yo noticia por un vagamundo de que el

duque de Riarán andaba en El Puerto tanto o más encumbrado que antaño y, aunque dicen que tiempo y muerte todo lo duermen, la Justicia podía tener la memoria de lo mío bien despierta, habiendo andado yo tan perseguido allí y siendo uno de sus hombres el que despené.

Mis dineros volvieron a costarme, y aun el doble de la otra vez, esas peteras y precauciones para con la carta; me quejé al sobrino del gordo de que tres reales de plata era mucho cobrar y se me descaró soltándome que si con tantos secreteos y seguridades quería pagar menos, habría de llevar la carta yo y caminando, con lo cual dejé el despacho como un toro, sin ver dónde ponía los pies. Amén de enconarme el gasto, no estaba uno para encajar desprecios y, si me atiende las ganas, le escarmiento al cosario esa insolencia. Pero me la tragué, salí desmandado, y qué rabia ciega no llevaría mi cuerpo al torcer por la primera calle, que tropecé un pedrusco suelto y me fui de boca al suelo, derribando también en mi caída a alguien que doblaba la esquina.

Me incorporé a gatas sobre el empedrado, con sobrada mala leche y ni intención de darle disculpas a nadie por mi atolondramiento; medio aturdido del costalazo, distinguí junto a mis piernas pimientos, naranjas, las sayas de una mujer, y me volví y la miré de lleno como ella me estaba mirando.

Muy dueño eres de no creértelo, bachiller, pues yo que la tenía delante tampoco me fie de mis ojos. Pero esa mujer era Anica y estábamos los dos con las rodillas y las manos en las piedras de la calle, frente a frente las caras, a dos palmos la una de la otra y sin mover ni un pelo, como carneros antes de embestirse.

Nos quedamos así no sé cuánto, alelados los dos, y la primera cosa que hice sin darme cuenta fue alzar una mano y taparme con ella mi brecha y mi ojo chingolo, mientras seguía contemplando a Anica con el otro. Las canas le habían ido a más, ni siquiera a mucho, y de ahí no

pasaba el cambio, limpios los ojazos y hasta con un asomo de su risa que se le andaba viniendo a la boca, digo yo que sería por lo cómico del encuentro. Por Dios vivo que nadie podía decir de ella eso de «quien la vio y la ve ahora, cuál es el corazón que no llora», y se me ocurrió la bobada, mirándola tan flaquilla como antes, de que a lo mejor por eso estaba igual, por no haber sitio en su cuerpo para grandes mudanzas. Luego reparé en que me estaba agarrando a esa ocurrencia para mantenerme en mis cabales y no hacer el loco dándole rienda suelta a cuanto por adentro me bullía: allí seguíamos mirándonos sin chistar, movernos ni cuidarnos de otra cosa, del canasto volcado, de ponernos de pie, ni de que la gente empezaba a detenerse y a ojearnos.

Se sentó Anica en el suelo, se me arrimó y, después de plantarme los labios sin ruido por toda la cara, me apartó despacio la mano con que yo me cubría mi falta, y el revés de la suya rozó con grandes suavidad y sosiego el ojo alicaído, la zanja de la frente, las guedejas grises de arriba. Y ya al ponernos en pie, que no me enteré de cuándo, también fue ella la que echaba toda la carne en el asador. Lloró poco y sin aspavientos, y se recogió a mi pecho en tanto yo seguía como pasmado, más en asombro que en cariño. Unos chicuelos nos silbaron desde las casas de enfrente; dos frailes que pasaban sisearon fuerte, sin mirarnos y haciendo figuretas de disgusto; un perro nos ladró con pocas ganas. Nos apartamos y, sin quitarnos apenas la vista, empezamos a recoger lo del canasto, las naranjas, pimientos, lechugas, nabos y cebollas, regados por la calle.

A ver, hijo: he de acortar las cosas porque, como sigamos a este paso, parándonos media hora en lo que duró dos minutos, tú me dirás cuándo acabaríamos; lo que es tiempo, ya estarás sintiendo también que no tenemos mucho. Y yo, menos que tú, me suena.

Ve poniendo ahí que eché a andar con Anica para el río, que me contó estar sirviendo en casa grande y había de aligerar a ella con su compra, y

que yo le dije habitaba en la posada del Ecijano, noticia que le extrañó, aunque no me lo hiciese ver, y ya sabía yo por qué. Aparte de que estábamos los dos libres de pareja, hablamos poco y de lo chico, pues de lo grande no hallábamos forma ni manera; en semejantes trances, es como si se te apelonaran en la caja del pecho las cosas y las palabras, y no quisieran salir para afuera.

Pasado el Puente, me despidió ella con un besico, quedamos en vernos al caer el sol en el pretil del río, apretó el andar y la vi encaminarse a un caserón de mucha apariencia. Pero, antes de hacerlo y como si nos hubiesen llamado a toque de campana, nos volvimos a una, cada cual con una pregunta: la suya, que dónde había andado yo esos años, y le contesté que en Indias y en otras partes, y también en Sevilla, muy atrás. Y yo me encalmé la fijación que ya te dije y le demandé a ella cómo pudo, cuando mi salida a Indias, dar con mis señas de la posada, desde la que corrió buscando al *Santa Rosa*. Haberme quebrado tanto los cascos con eso y no podía ser más sencillo, bachiller, pues Anica supo del cosario por su mensajero en El Puerto y, habiéndose plantado ella en Sevilla, se fue a su despacho, díjole a don Gabriel que no le preocupase hablarle de mi paradero, pues era ella la destinataria de mi carta secreta, y el gordo la mandó entonces al Ecijano, donde le llovió la furia de la posadera, vio la alcoba y mi cama, todavía con el hoyo de mi cuerpo, y corrió al río.

Fuime a la posada con un nudo en el gañote, que sin embargo no le cerró puertas al almuerzo, pues por muchos que sean sus nervios o sus penas, pocos quieren ir para muerto, hijo, y de hambre menos. Tocaba guiso de garbanzos con mucho laurel, y de bacalao un hilo, y me empené en convidar a los de mi mesa con azumbre y media de buen vino blanco del Condado.

Me tumbé en mi alcoba después, y todo era aún andar medio sin



creerme que había dado con Anica, ni me hacía cargo de que era yo un sin padre, madre ni perrito que te ladre, ni conocía más freno que mi antojo, no sabiendo hallarme sin satisfacerlo, y a mi santo aire las veinticuatro, y solo de toda soledad muchas de ellas, como lo había estado siempre. No me veía culo de mal asiento, ni que mi mucha libertad me tenía loco, si serlo es ser diferente, y todo lo echaba a un lado mi emperre de tener mujer. Pero un comején de inquietud se me enhebraba a la dicha y no me dejaba echar siesta, aparte de que me moría por saber qué habría sido de Anica esos años, y lo que hoy era.

Antes del momento hablado ya andaba yo esperándola, por el pretil del río arriba y abajo. Se me llegó un mozo con un cuchillo y me puse en guardia, pues andaban por Sevilla a cientos y a la que saltase, si faltos de trabajo, sobrados de desesperos y deseos. Lo que aquél quería era venderme el arma, a cuál más fina y por cuatro cuartos, que la tenía que haber robado. Algo me pesó dejarlo ir, pero no le compré aquella prenda porque ni iba a acomodarme con ella, como con el cuchillo que tiré a la mar en la travesía, ni yo quería ya entender de Morenos.

Llegó Anica a su hora, nos sentamos en la ribera al pie de un árbol y pasó lo mismo: que no sabíamos por dónde comenzar. Luego, y entre lo mucho que ya hablamos, me acuerdo de que quiso conocer mi edad y le sorprendió que yo no la supiese al dedillo, pues nunca estuve seguro del año de mi nacimiento. De todo cuanto en El Puerto vivimos se acordaba ella como si hubiera sido la noche antes, y saltaron risas con lo de nuestro encuentro y batacazo de por la mañana. Fuera de asaltos, muertes y otros lances que se me irían, ninguno de mis pasos le callé a Anica, ni mis galanteos con la doña Astrea, la india Tonalzin, la negra Trinidad y aun otras, con lo que la vi desazonarse algo más que un poco, y luego se repuso diciéndome con cierto trabajo:

—Cae dentro de razón que ocurriera y que me lo cuentes.

—No les tuve amor —le aclaré— ni aun ahora sé lo que es eso. De habérselo tenido a alguna, con ella me hubiese quedado. Amigas fueron, y no otra cosa.

Vi que la contentaban estas palabras, pero no sé si del todo, y que se le empañaban los ojos cuando le referí cómo me estropearon este mío y, con él, la cara. Yendo por ese hilo al ovillo de mi socorredor en San Juan, le maravilló, y tampoco le cabía en la cabeza, el hallazgo del hijo del Honrado, a quien ella estimaba mucho y de quien nada sabía desde que dejó El Puerto. Le referí asimismo cuanto acababa de ver en Lisboa, toda la mortandad aquella que tan presente tenía aún, y otra vez la vi alterarse un poco:

—También yo le conozco la cara a la peste —dijo muy taciturna.

De otras cosas hablamos y al fin le pregunté por su vida de antes, y le di a entender con mucho tiento mi extrañeza de que pareciera importarle poco la nueva de los buenos dineros que para los dos junté en las Indias. Contestóme a eso:

—Más me hubiera valido no estar todo este tiempo según estuve, que para mí fue vida como no vivida, igual que aquélla del Puerto. Pero bueno es que tengas esos bienes y mejor que dejes ya las aventuras. Lo de los naipes es otro cantar, con tal de que los mueva tu habilidad y no la trampa, que es cosa poco cristiana.

Me incomodó un tantillo el sermón, pero mi embobamiento de verla me acallaba. Y, sin detenerse, Anica siguió hablando así:

—Cuanto ahora vas a saber de mí en nada se parece a lo tuyo, fuera de algo primero y principal, y es que tu memoria me acompañó como a ti la mía.

*A 12 de mayo.* ~~~ No voy a decirte —continuó Anica hablándome— qué

horas pasé al saberte buscado por la Justicia ni cuál fue mi alivio cuando El Honrado pudo hacerme conocer que había logrado sacarte del Puerto y aun de España.

*En cuanto a mí, y al presentarme con el guardián ante el duque para darle cuentas de lo ocurrido, en seguida me hice cargo de que la afición que él me tenía iba a imponerse a todo, y de que las oscuras denuncias del botero y del papel sin firma ya habían hallado su cauce y desahogo en acusarte y perseguirte.*

*Aunque sin conseguir evitar un castigo, se defendió mi guardián como mejor supo, reconociendo tan solamente mi escapada al río y negando todo lo demás, de modo que, entre sus palabras y la interesada inclinación del duque a creerlas, pasaron las verdades a sospechas, o prefirió el señor que pasaran. Volví a mi encierro y a la vida que sabes; poco después, los ardores y anhelos del Riarán fueron tomando nuevo rumbo y se encaminaron a otra mujer del Puerto, casi niña aún, famosamente hermosa y delatada luego por la duquesa a los tribunales eclesiásticos, cosa de la que yo me libré.*

*Un tiempo anduvo a vueltas el señor con ella y conmigo, hasta que, dueña ya aquella mozuela de sus sentidos y su voluntad, me vi de nuevo en la caballeriza, y más humillada que de ella salí. Volvió a acosarme allí un Simón que ya había andado detrás mía, y luego un Tadeo Segorbe bien apuesto, pero al que tampoco escuché porque no iba más que a por mi cuerpo y yo pensaba en ti.*

*Pasaron tres años. Una tarde, el mensajero me dio a escondidas tu carta. Te aconsejé en mi respuesta que ni pisaras El Puerto y luego me anduvieron ganando el afán de volverte a ver y el saber que te hallabas aquí en Sevilla, así que un buen día y teniendo tan poco que perder, me decidí a buscarte, pudiendo más en mí un deseo de mejora que los temores y trabas de quien, como yo, nunca ha conocido vida ni*

movimiento suyos. Conseguí dar otra vez con el mensajero, me despedí del Honrado y, vendiendo cuatro alhajas que tenía, me puse en manos del Señor y tomé la diligencia custodiada de la noche que llega aquí por la mañana. Busqué al cosario Cantado, supe de tu paradero y salí de él tan maltratada por la posadera que ya le tomé contra y, años después, ni quise oírla al topármela en la calle y venírseme muy arrepentida y turbada.

Ponte en mí y en mi desconcierto cuando vi alejarse el galeón que te llevaba, sabiéndote con destino a las Indias. Torné sobre mis pasos y dispuesta a lo que fuese menos a volver al Puerto: lo que hacía allí, otras habían quedado haciéndolo; no iba a andar más que entre moscones, prontos a aprovechar mi caída en el favor del duque, y, aparte tres recuerdos, no hay en El Puerto cosa ni memoria que no me pesen. Sólo tenía dinero para alojarme y sustentarme en Sevilla unos días y, falta siempre de libertad, tampoco sabía qué hacer con ella ni conmigo.

Tomé alcoba en la posada de Halconeros y me eché a buscar trabajo de servir, pues en ella no lo había; media Sevilla corrí sin hallarlo y llamando a muchas puertas; al tercer día, tan afligida debió verme en la posada un hombre de cierta edad que se interesó por mi suerte. Me dijo apellidarse Sañudo y ser maestro panadero en la vecina villa de Alcalá de Guadaira, aunque tenía a gala su nacimiento en otro Alcalá, el de los Gazules; puesto ya al tanto de mi desamparo, me ofreció casa, alimento y un lugar de oficiala en su horno para hacer dulces y tortas, que las de ese pueblo son tan mentadas como su pan.

Me despertó confianza el Sañudo, quien nada tiene de sañudo en su talante. Después del almuerzo, me fui con él a Alcalá, como a dos horas de Sevilla en caballería, y allí me recibió bien su familia: la mujer, una hija de mi edad, otra más moza, Áurea, y un Miguel muy alegre de trece años.

Aquella misma noche tuve aposento en el patizuelo de una vecina, que linda por una tapia baja con la casa de mi protector. La de los Sañudo es la panadería y dulcería de más fama en Alcalá, y se la dejó al maestro su padre con la vivienda que, aparte las del señorío, no la hay mejor allí, muy grande el patio y con dos pozos, palomar, mucho tiesto de flores, y jazmineros aun por atrás, por la parte de la cuadra. Tiene la casa entresuelo y anda toda ella tan limpia como de poderse comer encima de las losas.

Eché buena mano para las tortas, que las hijas del Sañudo me enseñaron su hechura y no es poca maña el sacarlas igualadas con el borde algo más grueso, y endulzarlas sin empalago. A todo atendía yo, congenié con todos y, en cosa de unos meses, ya era como de la familia. Con ella compartí trabajos, comidas, asuetos y desliendres, que nos los hadamos y escarmenábamos, unos a otros, sentados de palique en la calle al caer la tarde frente a un cerro de olivar; así como las misas,orros, paseos, juegos de prendas y gallinas ciegas de los días de fiesta. Todo lo fueron sabiendo de mí los Sañudo, menos lo que de mi vida de antes no quise que supiesen, y no hubo, ni entre el vecindario, quien dejara de darme una tranquilidad y un bienestar desconocidos por mí hasta entonces.

Pero, al cabo de un año, fue desasosegándome notar al niño Miguel como en amores de mí, que en lo de sabernos deseadas, poco o nada nos engañamos las mujeres. Contaba él catorce años y podía yo ser su madre, no ya por mis veintinueve, sino por todo lo demás. Siempre me andaba al lado el mozuelo en las horas de ocio, y aun en las de trabajo entraba con cualquier achaque en el obrador de dulcería y ya no me quitaba la vista, estando su faena, como lo estaba, en ayudar a los panaderos e ir y venir con las bestias al molino de la Concepción en lo alto del pueblo, junto al del castillo moro.

Vi ir a más aquello en Miguel y ya lo veían todos, porque se le clareaba en la voz y en los ojos, conque empecé a mirarlo poco, seria y hasta sequerosa, contrariando lo que me infundían su genio risueño y sus retozos, y dejé de reírle las travesuras y de hacerle ver el cariño que, como a todos, le tenía.

De nada sirvieron esos despegos y la familia comenzó, la madre más, a inquietarse y mirarme con un recelo que no tardé en echar abajo, pues hasta un ciego hubiera visto mi voluntad de tener a raya a Miguelito, y que sólo como a niño lo veía y trataba. Tengo para mí, Juan, que fue lo peor mantener aquello bajo cuerda, y que nadie sacase a relucir media palabra del enredo.

A poco, la alegría del rapaz se fue apagando. No subía al palomar a ver sus pichones ni se encontraba en la alameda con los demás muchachos, no andaba con chiquillas ni cantaba ya las coplas y chufas con que nos hacía reír, y se amustió, en fin, hasta no parecer él. Hizo la familia por mandarlo a Sevilla un tiempo, pero se resistió Miguel con tales llantos y protestas que hubo de dejarse a un lado ese arreglo. Todos, sin embargo, seguíamos silenciando el único motivo de aquel cambio, acaso por temer que, con ponerlo encima de la mesa, no iban a sacarse en limpio más que desazones y amarguras.

Si antes el padre reprendía al muchacho sus tardanzas en volver del molino, ahora le reñía lo apresurado de sus vueltas, sin ni mirar qué harina le estaba dando el molinero ni afianzar la carga, que una tarde se le cayó de la mula cuesta abajo por haber cinchado mal. Y, sin que nadie me malmirase ni me los reprochase, todos esos descaminos, reprimendas y zozobras venían a pesarme a mí, que me sabía su causa.

En una ausencia del zagal, saqué fuerzas de flaqueza y les dije a los padres y hermanas que ya era de toda precisión hablar de aquello, que me hacía cargo de lo importuna que estaba yo resultando y, pues quedó

en fracaso cuanto se llevaba hecho para que Miguel entrara en razón, dispusiesen de mí como quisieran y que, si había de irme, me iría. Lloraron entonces las tres mujeres, se alborotó el padre y todos se negaron a que me viera en el arroyo, declarándome el Sañudo que, percatado del caso, había hablado con gente de Alcalá para encontrarme allí acomodo y que no dio con él, ni en Sevilla había dado. Concluyeron abrazándome y besándome, y acabamos encomendándole a la Virgen del Águila de Alcalá solución al desarreglo y que mi antojo cayera en Miguelito de su peso, como se le caían los granos y otras molestias de la edad.

Pero todo vino a peor cuando una noche, estando yo durmiendo, saltó Miguel la tapia medianera y llamó muy quedamente a mi alcoba suplicándome acostarse conmigo, muy en voz baja y entre hipos y lágrimas. Le cerré la puerta apenas rompió a hablar, y también yo volví llorando a mi cama.

Supe por la mañana que nada había oído ni visto mi casera, pendiente siempre hasta del vaivén de las golondrinas, y no le conté nada a los Sañudo, aunque a mi agobio se añadió el temor de que el rapaz repitiera el lance, como lo repitió a las cuatro noches. Entrándolo entonces en mi alcoba, le hice ver el imposible que pretendía y puse en convencerlo las fuerzas todas de mi entendimiento: le mentí diciéndole haber sido amante de diez hombres y le dije verdad al contarle que ahora pensaba en otro, navegante en las Indias. Todo me lo escuchó muy compungido y sorbiéndose los mocos, pero sin que le hiciesen mella lo dicho, las cuentas de nuestra edad, ni el ponerle por delante las muchas y graciosas mozuelas que tenía a mano; al despedirlo, llegué a mentarle una Maripepilla, hija del curtidor de la esquina, y a una Casilda que vivía en la Dehesa de las Cruces, bien lozanas las dos y con las que él andaba mucho antes de darle por mí.

Me extrañó no verlo a la otra mañana pero no pregunté por él, pues me daba cuenta de que a nadie le apetecía la pregunta y de que todos andaban en nervios; sólo después del almuerzo pude saber por Áurea, la hermana chica, que Miguel no se había levantado de la cama ni querido probar bocado, desoyendo ruegos de su madre y aun la hebilla de la correa del padre, y que en la cama seguía.

Al caer la tarde fui a mi alcoba como si nada, me preparé un hatillo con lo más necesario y, sin ser vista, tiré calles abajo y salí de Alcalá para donde los pies me llevasen. Pero los Sañudo me echaron en falta al rato y, adivinando mi escapada, montó el panadero a caballo con otros tres hombres y con luces, preguntaron por todas las salidas del pueblo y, encaminados por un pastor que me había visto, dieron conmigo vega adelante, sobre el camino del Arahál.

Como bajo palio me acogieron en la casa, y fueron mi llegada y el júbilo de la familia lo que hizo levantarse a Miguelito, quien asomó desnudo y descalzo al corredor de arriba y, ya asegurado de mi vuelta, corrió otra vez a su cama. Nada lo sacaría de ella los días que siguieron, ni siquiera que el padre, ciego de ira, lo arrastrase desnudo por un brazo escaleras abajo; no hizo más el rapaz que llorar muy calladamente y las primeras fuerzas recobradas las puso en volver a su encamamiento, dejando apenas fuera de las sábanas la nariz para el respiro.

Tampoco a mí quiso escucharme; acompañada o sola que fuese, sacaba la cabeza para verme, lo que no hacía con los demás, y no me quitaba ojo en mis sermones, pero era como si le hablase a la pared. Candieles, dulces y vinos generosos, volvíanse por donde habían venido o se quedaban sin tocar junto a la cama; a los ocho o diez días, tales eran el abatimiento y postración de Miguel que empezamos a temer por su vida y ya ni me atrevía yo a entrar en su cuarto, no fuera que el verme lo alterase y debilitase más. Cura, médico y maestro de escuela, que lo



visitaron a horas diversas tratando de encarrilarlo, salieron despechados y corridos, y una gitana milagrera de las cuevas de arriba no hizo otra cosa que rodearle de romero la cama, olisquearle el cuerpo por sobre la sábana y tomar la puerta diciéndonos que para aquello no había otro arreglo sino yo, y que ella no iba a desperdiciar tiempo y renombre poniéndose a espantar demonios, maleficios ni aojamientos que no tenía en su cuerpo el niño.

Tampoco lució ni apareció la virtud de rosarios benditos, santas y beatos de bulto o en estampa, alumbrados por mariposas a la cabeza y a los pies del lecho, ni la media uña de San Damián que, engastada en su relicario de oro y para un día y una noche, prestó el párroco; fue él por fin quien, al llegarse a retirarla por la mañana, logró sacarle a Miguel unas palabras, pues, aun tapado hasta la cabeza, supo el niño que el cura estaba allí, le tomó una mano y le pidió confesión con muy flaca voz, diciéndole que si yo no podía ser de él ya no quería más vida y sentía que la suya empezaba a írsele, con lo que la familia se vio ya con los lutos comprados.

Largo trecho hablaron luego Sañudo y su mujer con el párroco. A seguido, me llamaron, se apartaron los tres conmigo y el padre me dijo:

—Anica nuestra: si como hija te sentimos y tenemos, como hija hemos de pedirte que te portes. Ves que no hay fuerza capaz de rendir los amores en que ese muchacho se quema por ti, y que estamos al borde de perderlo. Aunque el pueblo nos sabe cristianos viejos y no hay quien vaya a entrarnos por ahí, bien criticados seremos si te casas con él, y más que nadie tú, por no encajar sus años con los tuyos. Pero no habiendo ya otra salida que no diese en un escándalo mayor o en un mal fin de Miguelito, es nuestro parecer, y el del señor párroco, pedirte lo pongas en salud aviniéndote a ser su mujer antes de que sea tarde. Todos lo ven y aconsejan así, desde la Madre Iglesia hasta aquella vieja de las cuevas,

conque danos paz, si es que unirte a nuestro hijo no te mete en pecado por lo que no sepamos ni contraría demasiado tus deseos.

Sin decir palabra, subí despacio escaleras arriba, seguida por los tres, entré en la alcoba del zagal, lo descubrí hasta los pies sin que él se resistiera ni abriera los ojos, y, viéndolo tan amarillo consumido, tan enflaquecido y acabado, bajé la cabeza y le dije en voz baja que sería su esposa.

Apenas oírme, y aun en todo su agotamiento, sacó él la cara por entre las ropas con que había vuelto a cubrirse y pareció ya más viviente que difunto: despalancó los ojos como aventando su moribundía y, sin fuerzas como estaba, se echó a palmear y a rebotar en la cama, acariciándonos y besándonos, hasta al cura, y a mí más que a nadie.

En lo que de día quedó, y sin dejar de canturrear aún a boca llena, fue tomándose Miguel media olla de caldo, una gallina sancochada, algo de vino para acompañar y una fuente entera de deditos de Jesús, de los de almendra y miel como los de las monjas de Almería, que le hicieron sus hermanas porque él se los pidió entre gritos y brometas: niño era, como niño se conducía y sólo la fuerza de su amor fue de hombre, aunque tampoco me supiera a tal ni me viniesen nunca deseos de yacer con él, pues como a criatura lo seguí viendo hasta cuando, años después, empezó a dejar de serlo un poco. Por lo mismo, y ya de casada, ni en las pocas noches que me pude desahogar con él, me vino el pensamiento de estar faltándote, Juan.

Antes y después de desposarme —prosiguió diciéndome Anica— me extrañó, y asimismo me ayudó, el acuerdo de toda la casa con aquella unión tan desigual. Temíame, aunque medio lo deseé también mientras estuve soltera, que pasado el primer aprieto y con su muchacho a salvo, fuera incomodando a los Sañudo la diferencia de mis ya treinta años con los quince de Miguel, y tener por nuera y cuñada a quien miraban como

hija y hermana. Pero los días corrieron sin otras caras ni resoluciones de la familia, que tampoco pidió a nadie opinión de la boda, según es costumbre pedirla a parientes, compadres y gentes de respeto. Sólo dos veces, y por mor de lo de la edad, saltaron unas puntas de preocupación en la hermana mayor y en la madre, que las arrinconó diciendo:

—Dios lo quiere así, para bien será.

En el mes y medio que llevaron los arreglos de matrimonio, fue el mismo Miguelillo quien, sin darse cuenta, me mantuvo en mi decisión. Tan fuerte y alegre o más que antes, sentía yo que mi voluntad lo volvía a la vida cuando involuntariamente estuve a punto de quitársela, Pero luego se me echaban encima las intranquilidades y el no andar conforme con tal miniatura de esposo, así que una tarde de paseo y besitos pretendí enveredar su buena disposición y otra vez quise hacerle ver el paso que estaba dando.

Sentados a la orilla del río, lo eché a cavilar con que si no irían a pesarle antes o después los yugos del matrimonio, torné a lo de mis años y los suyos; díjele que, aun queriéndolo mucho, no me parecía cosa de cama ese querer... Empezó por no oírme, los ojos en los míos pero la cabeza en las nubes, y, cuando ya se fue enterando, volvió la cara para que yo no lo viese gemir. Pero se le pasó pronto el lloro y, al volver a la casa, iba serio, como hasta entonces no lo había visto. No se había cenado y faltaban más de dos horas para que nos acostásemos las mujeres y comenzaran los hombres en la panadería las cochuras de la noche.

Tomó Miguel sereno la escalera, fuese a su aposento sin decir nada, y ni los pasos ni la cara eran de criatura; supe que volvía a su cama y sus ayunos, sin intenciones de extorsionarme: antes bien que, a solas con su turbación y dejándose de quejas ni alborotos, hacía por quitarme de culpas, pero que, no ocurriéndosele otra salida, sufría verdaderos

padeceres de gente mayor en la chiquillada de no levantarse ni comer. Corrí tras él, lo estreché contra mí y le dije que no hiciese más caso de cuanto le había hablado. Tardó en consolarse. Bajamos y, hasta sentarnos a la mesa para cenar con todos, tuve yo esa impresión de haber andado lastimando sentimientos de varón hecho y derecho. Muy pocas otras veces sentí a Miguel más hombre que niño y ninguna tan fuerte, como que escarmenté para siempre de querer borrarle en sus adentros.

Nos casó el párroco en la casa y, antes de la ceremonia, estaban mis cuñadas peinándome. Me levanté y les dije que había de ir al excusado, pero era otra mi necesidad: bajé corriendo a la despensa y me entoné con dos copas del vino moscatel guardado para el convite. Lo hice a escondidas porque no era momento y, más que nada, porque tendría que comulgar en la boda y ha de hacerse en ayunas; pero por encima del pecado grueso estuvo el entender que ese poco de vino me hacía mucha falta.

Ya ante el altar dispuesto abajo, se me hacía que aquel casamiento era el de otra, no el mío, y me decía junto a mi mocete: «Pero qué estás haciendo, Anica, ¿qué haces?», pues menos me veía de novia que de madrina de eucaristía, y, por si fuera poco, ni a los hombros me llegaba él. Lo mismo sentí luego en el convite, que se hizo sobre mesas alquiladas y puestas a lo largo de la panadería, aprovechando el tiempo fresco.

En mitad del convite, la Maripepilla hija del curtidor, ésa que te dije amiga de Miguel, y que estaba en una mesa de allá zascandileando con otras mozuelas, se llegó a nosotros y le espetó entre dientes al muchacho, también para que yo lo oyese y nadie más:

—Con tu pan te la comas, Miguelico, y a ver si esta otra madre te da mejor crianza y más cabeza.

No hizo él otra cosa que sonreírle, pues en su atolondrada felicidad fue como si la rapaza se lo hubiese dicho a tonto o a sordo. Pero yo no

anduve lerda en dejarle señalado un muslo a la deslenguada, con un pellizco al disimulo y de los de torniquete, que se supo tragar aquella Maripepa sin siquiera morderse el labio.

En el mismo y espacioso aposento de Miguel fueron metidos muebles grandes, se cambió su lecho por uno de matrimonio, y por todo Alcalá corrió la voz de que mi boda con el hijo de los Sañudo fue porque me había dejado preñada. A nadie podía entrarle en la cabeza, y es de razón, que una mujer peinando canas, aunque fuesen pocas, se casara con un zangolotino, mientras se tiene por corriente que varones maduros busquen y tengan muchachilla. Y a ese runrún de mi preñe no lo acallaron los años ni que no nos viniese cría, cosa que sólo les pesó a mis suegros y que a mí me tenía contenta, pues no me hacía a la idea de tener un hijo de Miguel, ni me cuadraba ver de padre a mi niño.

Me entregaba a él por las noches boquiabierta, mirando al techo y como si lo acunase al recibirlo, siempre ansioso, embarullado y topón como lechal delante de la ubre, pues si su pasión era de hombre, sus modales y atropellos en cama lo eran de criatura. Tardé en saber que, por causa de ellos, le escatimaba los besos y un calor, y eché menos tiempo en darme cuenta de que también le cobraba, con mi desvío, tenerlo sobre mi cuerpo en vez de tenerte a ti. Pero cuando fui entendiendo todo eso, tampoco pude hacer gran cosa por arreglarlo. A lo sumo, y como me daba lástima de Miguel aunque él siempre se quedara a gusto, le fingía al final un placer que no estaban viviendo mis carnes porque, según creo, viene tanto de ellas como del buen entenderse la pareja. Pero él, en las nubes y a lo suyo. Me poseía como león, seguido y seguido y sin cansancio, sin siquiera notar asomos míos de fatiga o de malhumor por tanto revuelo de sábana, risa, brinco, resuello y forcejeo, que me contentaban sin gozo y me divertían o fastidiaban sin satisfacerme.

Nada, sin embargo, me incomodaba tanto como pasar la calle con Miguel si no venía con nosotros gente de la familia o persona de confianza. Seguía yo trabajando en la dulcería y en la casa, y por el mismo Alcalá andábamos poco. Mas si se me terciaba comprar algo o salir a algún menester, raro era que mi esposo no se enterara, se empecinara en venir conmigo, y allí me tenías entonces buscando alguna otra compañía de hombre o de mujer, que no siempre encontré. Ya era para mí un alivio ir en tres o en más, hablando con los otros, y, aunque Miguel no hiciese de las suyas, procurando distraerme de las miradas y avisos de medio vecindario, entortado a nuestro paso como si llevásemos monos en la cara y llenando luego las esquinas de chanzas y malicias, que también salpicaban a los Sañudo y ellos conllevaban con muy buenos disimulo y paciencia.

La criatura y la abuelita fue lo menos que se nos despachó en motes. Pero aquel alma de Dios, ¡que Él lo tenga en gloria, así sea por lo inocente!, poco ponía de su parte como para que no nos llamaran de ésa y de otras guisas parecidas, pues, sin ser bobo sino bien despierto, tanto a los catorce como a los veintiuno lo vi por debajo de sus años en muchas cosas, las que más me divertieron y encariñaron con él cuando entré por aquellas puertas. Juguetón de suyo, benjamín de la casa y ojo derecho de su gente, nunca dejaron ellos de decirle el niño, ni él de soltar el cascarón, ni el matrimonio acabar de enmendarlo.

Inútil fue los primeros tiempos que, antes de salir, me apartara antes con Miguel para meterle en la cabeza cómo había de comportarse en la calle un varón casado y, más, yendo con su mujer. Hacía yo esto a hurtadillas de la familia, pues haciéndolo delante de ella me veía muy en ridículo, y decíame él a todo que sí, con grandes respeto y atención. Pero poco se acordaba luego de lo hablado.

Por la calle íbamos sueltos, cosa que me parecía menos risible que ir

del brazo del rapaz, o que llevarlo de la mano como hubiera sido lo mejor, y de golpe se quedaba mirando a los que, ya mozalbetes como él, todavía jugaban a tabas o a los bolindres, si es que no se paraba a ver el juego y hasta a pedirles le dejasen meter baza con una o dos tiradas. Y yo: «Vente, vámonos». Y luego, como no me hiciera caso: «Anda, anda que Dios te lo manda», así bajito que no me oyesen los demás zagales remedarles sus dichos que ése del «anda, anda» se lo dicen mucho, a su bolindre para que llegue antes al agujero, y se lo decía yo a Miguel por tal de caerle en gracia y llevármelo de allí cuanto antes. Mas ni aun así acababa aquello, pues, como se venía de mala gana, todo era luego andar sin mirar por donde iba, volviendo la cabeza y poniéndose de puntillas, ya lejos, para seguir viendo las jugadas.

Parió la Pitusa, una perra de la panadería que mi marido quería mucho, y, apenas destetada aquella media docena de cachorros, los trajo él al patio con un cordel otra mañana que ya íbamos a salir, y se empeñó en sacarlos a todos de paseo con la madre, como en recua de mulos o cuerda de galeotes, y cada uno tirando para un lado. Mucho le porfié que no lo hiciera, y que no y que no, tan descompuesta al fin con su risueña terquedad que terminaron acudiendo el ama y las hermanas. Temí que se metiesen de por medio, y tan en nervios como estaba yo. Pero, para bien de todos, no abrieron boca, y hasta me secundó a defensa Áurea, mi cuñada la más chica, que se llevó los cachorros a la cuadra.

Púsose Miguel otro día a admirar unas espadas en la tienda del espadero, y allí fuera hube de estarle un cuarto de hora, medio lloviendo, sin saber qué hacer y pegando mi nariz a los vidrios cual si también me gustasen las armas, por no hallarme en mayor desaire y más sola. En lances como éste que te digo, dejar plantado a Miguel y volverme a la casa fue error que no cometí más que una vez, pues corrió desalado llamándome a gritos limpios por la calle abajo, con mucho

*palmoteo y jolgorio del vecindario.*

*Pero el sofocón mayor que me llevé, yendo con él por Alcalá, fue un domingo del mes de abril, poco antes de la feria de ganados y a regreso de misa de once que la familia había ido a otra más temprana y no quisieron despertarnos, íbamos riendo Miguel y yo no me acuerdo de qué, por la Plaza y la acera del mesón, cuando un forastero muy gallardo que de él salía me abordó diciéndome que aquellas risas mías no habían de ser para mocosos, sino para hombres como él. Con no mirarlo, esquivar el cuerpo y apresurar el paso, hubiese bastado, y aún abrigué la esperanza de que, yendo también mi marido riéndose, no había reparado en el entusiasmo del galanteador. Pero por Dios que no sucedió así, pues embistiéndolo Miguelito en carrerilla y con la cabeza gacha, como quien juega al topacarnero, echó a rodar al hombre por las piedras de la calle, y aún entró en mayor furia cuando el otro, sin tocar su espada, alzar la mano para castigarlo, ni siquiera ponerle la vista encima, volvió a dirigírseme muy airoso mientras se sacudía el polvo de la capa, y me dijo:*

*—Excusadme, señora, pues no podía yo saber que vuestro hermanillo fuese tan celoso de quien bien vale la pena serlo.*

*Hube entonces de bregar con Miguel a brazo partido, ya con los mirones agolpándose y para que no le entrase de nuevo al caballero, y peor me fue en la vuelta a casa, pues andaba mi esposo queriendo darse coscorriones por las paredes y pujando de rabia, que ésta es la hora en que no entiendo cómo pude llevármelo de la Plaza sin que acabase aquello malamente, ni cómo contenerme luego por las calles para no darle unos azotes. Ya en llegando a la panadería, hizo él por componerse el ánimo y que su gente nada supiese, aunque yo estaba con tal disgusto en el cuerpo que a la tarde, mientras le echábamos las dos el afrecho a las gallinas, hube de contárselo a mi cuñada la más chica, pidiéndole que*



nada dijese a los demás.

Con el tiempo, que fueron seis años largos de matrimonio, aun sin caer ya en desatinos de ese porte, tampoco llegué a notar cambios grandes en el genio de Miguel, ni en la cama ni fuera de ella. Le faltaban los pasos, saberes, tropiezos y escarmientos que cada cual ha de vivir por su cuenta en amores y en tener mundo, como acaso me falten a mí, así que también por ahí le quedaron siempre cabos y resabios de criatura. Con todo, y a mi manera, un cariño le tuve y hasta andaba medio contenta con mi suerte, pues la de tener una familia tampoco fue chica. Tan solamente a última hora, quedándonos ya poco de estar juntos, advertí y agradecí que mi esposo empezaba a vivir el amor en cama más como hombre que como zagal; pero estaba ya tan hecha a lo otro que tardé demasiado en darme cuenta.

Ni antes ni después se encalmó ni fue a menos, sino a más, la afición de Miguel para conmigo, y su pasión por mi cuerpo creo que aún llegó a adelantar a la que se lo comía antes de tenerme, con lo cual se nos iban las noches sin pegar ojo a cuenta de sus ardores, y muchas dieron en disputas de las que salta yo perdedora por pena, concediéndome al muchacho una y otra vez aun cuando tenerlo encima y adentro no me era más que un agobio, sobre todo en la calor de los veranos.

Vino a ocurrir también rodando el tiempo que, con aquel trajín de cama y habiendo los dos de mañanear para atender quehaceres, ya a eso de las once andaba yo cansada muchos días y Miguel todavía más, después de tanto dar su sustancia y sus fuerzas que, sin embargo y no sé si por mí o por él, nunca pusieron hijos en el mundo. Así, llegábamos rendidos al almuerzo y deseando acabarlo para tomar la siesta, de la que tanta necesidad temamos. Pero hasta en muchas de ellas hube de contener los fuegos de mi esposo, que, aun durmiendo, con ponerme una mano distraída en un pecho o en una pierna, ya se le alzaban las ganas y

el encandilamiento. Aunque ahí en las siestas sí me las tuve firmes; lo acostumbré bien desde las primeras y siempre rechacé su empuje a esas horas, así como era raro que, en las de la noche, no se saliera él con la suya.

Por callado y oculto que se quiera tener, todo viene a saberse en una casa, más aún en las que el trabajo y la vida caen de puertas adentro, y empezaba a estar claro, además, que la viveza de Miguel ya no iba siendo la que había sido. Llegaba con su carga del molino jadeante y echando los bofes, comía menos de lo preciso, a cada dos por tres se sentaba resollando, y a rachas caía en cama con mareos y jaquecas, nunca más allá de dos o tres días y sin calenturas ni que hubiera de llamarse al médico. Pero se le iba yendo la color de los cachetes, y también los ojos, algo sumidos y menos relucientes, daban cuenta en su cara, con otras señas, de que no andaba muy cristiano. Tanto como yo, los Sañudo comenzaron a inquietarse por él y sólo el padre tardó más en tomar cuidado, porque lo distraían sus menesteres y sus salidas a Sevilla en bien del negocio.

Muchas tazas de caldo con su yema, vino y yerbabuena le poníamos a Miguel en la mano cuando menos se lo pensaba, y para él eran los mejores bocados, desde el obispado del pavo de Navidad hasta las sesadas y tuétanos, que siempre hube de discutir con él a la mesa porque los quería compartir conmigo. Mas todo ese regalo y miramientos tampoco le abrían gran cosa el apetito ni le devolvieron su buen semblante.

Se casó mi cuñada la más chica, que pasó a vivir en El Pedroso, de donde era natural su marido, y fui notando que mi suegra y mi otra cuñada dejaban de hablar de no sé qué si aparecía yo, nos echaban a Miguel y a mí ciertas miradas en viéndonos juntos, y todo era en ellas demandarle a mi esposo qué tal se hallaba ese día, sin ni ocurrírseles

adelantarse y preguntarme a mí por su salud las muchas veces que me encontraban antes que a él, en el desayuno o en el patio. Bien que me estaba viendo yo venir los tiros y que, sin hablarlo, como cuando le entró al niño su mal de amores, todos tenían en la cabeza nuestros cansancios en el trabajo, los largos encamamientos y el sinvivir de Miguel para conmigo.

Al fin, hube de oírle a mi suegra prudentes y cariñosos avisos sobre el buen uso y el mal abuso del acto matrimonial; dichas sin reprensión ni encono, y sustentadas en la santa razón, tuve que admitir esas advertencias del ama, contarle los excesos del ímpetu amoroso de Miguel, y decirle era poco lo que yo podía hacer para enfrenarlos, y que ese poco lo estaba haciendo. Lejos de consolarla mis palabras, vi abatirse con ellas a la madre porque le confirmaban sus temores, así que le prometí, y a mí misma, redoblar los esfuerzos, aunque dudando en mis adentros de que sirviesen para mucho. En efecto, no conseguí llevar esa firmeza hasta donde yo quería y hubiera convenido; y fue mala cosa, en vez de buena, que mi marido nunca hiciese en cama uso de la fuerza, pues con ella me hubiera dado pie para enojarme e imponerme. Por el contrario, me vencían sus súplicas, sus insistencias tiernas y sus desolados «es que ya no me quieres», con lo que yo, salvo en las siestas, dejaba siempre para otra vez mi voluntad de resistencias, pues me gana que me lloren.

Dentro y fuera del lecho, y pese al consumirse de Miguel, no hubo cuestión ni nada pasó a mayores en la casa, porque todo lo iba salvando mi aguante y porque la concordia era la regidora perpetua de aquel techo y del aire que bajo él se respiraba. Ni con Miguelito ni con su gente pasé reproches o riñas, pero la procesión iba por dentro. Y yo huía de ella.

Novedades sonadas, pocas conocí en Alcalá a lo largo de casi ocho

años de vivir en él, y buenas, ninguna. Un invierno entró un rayo por el alero de la cuadra, sin quebrarlo, y abrasó al caballo y a una mula. Cuando se murió o mataron en Madrid a no sé qué personajón, nada sucedió en Sevilla pero a Alcalá sí llevó aquello mucho disturbio y malestar; hubo una tremolina entre las gentes del campo, llenó el pueblo la caballería real y ocurrieron descalabros y muertes. Pero este suceso que te digo no se sufrió en la casa, ni tampoco el de otro año, que se metieron una noche dos partidas grandes de malhechores, tomaron el cuartel y robaron y quemaron a sus anchas por todo Alcalá, perdiéndose a galope con las luces del alba, antes de que llegasen tropas de Sevilla.

Lo peor tenía que tocarnos. A tambor y corneta despertó una mañana el pregonero al pueblo, y nadie mejor que tú podrás imaginar, en pequeño, lo que allá en Lisboa conociste en grande. La peste bubónica había estallado en la comarca, y luego dijeron no haber sido inútiles las muchas prevenciones que en Alcalá se tomaron contra ella, pues lugares hubo por aquí cerca donde se llevó a la mitad de la gente, mientras que allí no pasaron los muertos de treinta o cuarenta, así que el pueblo escapó bien. Pero nuestra casa no, Juan. Como cobrándoselas todas juntas y cuando ya estaba yéndose, vino a caer el mal en la panadería y, al cabo de una noche intranquila en que se me hizo raro que ni me apretase una mano, amaneció Miguel un martes con los primeros síntomas de la peste, que ni con sangrías y baños ardiendo hubo ya forma de sacarle. Ocho fechas duró, hasta un Miércoles de Ceniza, y tuve para mí que iba a seguirlo al quemadero porque, aun con toda la violencia que puso la epidemia en asaltarlo, no me aparté de su vera.

Haciendo de tripas corazón y contra los mandatos del Cabildo y el médico, me fui tras de Miguel hasta las chozas retiradas donde se lo llevaron, sin que pudiesen alejarme de allí a malas ni a buenas, y tenté sus vómitos, descargas y alientos, le limpié hinchazones y bubas, qué

sabr  nadie, dormí por tierra junto a él, pues así me lo pedí quejoso. Un día, el sábado, que me fue menester recoger en la casa lienzos limpios y otros avíos, todos se apartaban de mí aun sin darse cuenta y, aunque ellas quisieron escond rmelo, no más verles las caras a mi cuñada y a mi suegra, supe que andábamos en igual cavilación y sospecha: en la de que, siendo tan pocos a quienes en Alcalá les había tocado morir, y casi todos muy pobres y necesitados, la debilidad y consunción de Miguelito eran las puertas por donde se le había metido la peste. Empecé desde ese día a reparar en la batalla que, dentro de su madre y su hermana, en el padre no, estaban librando su cariño por mí contra el pensamiento de que, si no hubiese yo entrado en la vida de la familia, no hubiera ido all , a aquella choza de las afueras, el cuerpo deshecho de su Miguel, con veintiún años que acababa de cumplir.

Al correr de los meses fue eso yendo a m s, en mí y en las mujeres, y yo a saber que no se apagará. Se lo dije a ellas con medias palabras una tarde, hilando las tres en el patio, y mi cuñada aún trat  de neg rmelo como pudo. La madre, con los ojos húmedos y brillantes, me mir  un trecho sin hablar.

Así fue agobi ndome la casa. Presentó el tiempo por venir, más y más cargado el peso de la memoria de Miguel por mi presencia, la de la ardorosa en culpa, y, no sin vacilaciones pero con mi orgullo en su sitio, decidí al cabo de un año darme de nuevo al destino. Enseñada por la anterior, ingeni  una segunda huida de Alcalá a Sevilla, que no me falló y en la que no me buscó ya el Sañudo con tanta presteza y empeño como en la primera:  l mismo me lo declaró abraz ndome, muy sincero y apesarado, al top rmelo por Sevilla tiempo después: seis pesos me dio aquella mañana al despedirse y me dijo que iba a ser un día de gozo en la casa de Alcalá y que dormir an ya todos más tranquilos con las noticias de mi salud y discreto acomodo. Tom  el dinero y no le contest ,

*pensando en el dicho de que, a burro muerto, la cebada al rabo.*

*Aquí en Sevilla, con la ayuda de Dios y mucho antes de consumir los reales que tenía para hospedaje y mantenimiento, pasé a servir en la casa del comendador Tabares, que es donde me viste entrar esta mañana; cuatro años ha que vivo en ella y sin necesidades he estado ni estoy. También allí he tenido y tengo pretendientes, pero fueron muchos días los que me acodé sobre el río, pensándote y mirando las naves que te apartaron de mí.*

Concluyó Anica su historia ya de pie, pues había de tornar a sus menesteres, y cuanto me refirió me sonó enojoso, salvo que todo aquel gran enredo de cosas hubiese terminado dándome mi logro y poniéndomela delante de las narices.

La acompañé otra vez hasta el palacio pasando el Puente, y me volvió a decir que nada de lo más preciso echaba en falta, así como que sus señores la tenían muy bien mirada, al punto de haberle ella confiado a la comendadora su vida y milagros en Alcalá. Quise replicarle que no me placían tales confesiones, porque nada de lo de aquel mocete con ella era cosa de contarse o pregonarse, ni el señorío anda oyendo las vidas de los pobres más que para andar luego publicándoselas a sus iguales como curiosidad y distracción, o, si no, para hacer ver sus caridades, bien me lo sabía yo de San Juan de Puerto Rico. Pero me callé el comentario porque, en estando con ella, ya había empezado para mí un tiempo de callarme y ahogarme, hijo, no lo entendí ni lo entiendo, y de hacer y decir unas cosas por otras, aun sin notarlo. Para no estorbarle a mi emperre.

Más que nada, te he estado hablando hasta hoy de lo de por afuera. Y ahora, si es que me sale, va a entrar lo otro. Lo peor. Pero yo iba a tardar lo mío en verlo.

Fíjate que, hasta que empecé a vivir con Anica, mirarla me tenía como embebido: todo era un que sí a todo, y a cuanto la rodease, y un

querer hacerme ver según me figuraba que ella quería verme, cosa que te sale sin pensar y que es muy para mal, muchacho, porque andas despreciándote y, sin darte cuenta tú, le vas echando la culpa a la pareja. Y ese hallarte tan cegato y arrobado, tan engañado y engañando sin querer, son sortilegios que el enamoramiento o sus caprichos te meten por la boca, perturbándote la persona como el brebaje de la doña Astrea, ¿no?, y haciéndote mirar lo blanco como verde; ya no ves lo que hay, y ves lo que no hay, maldita sea, hasta que se salen con la suya tu desvarío y tu voluntad.

Yo te digo mi verdad: que no estaba más que a cumplir la mía de tanto tiempo y que todo valía para ello: salir de hábito o ir a cuatro patas por las calles, si me lo hubieran mandado. De allí al día de la boda, yo, Juan Cantueso, me mudé de gente a perro faldero y de vivo a papanatas y de valiente a rebajeta, todo zalamerías aun cuando Anica a nada me forzase y ni siquiera las atendiese: ella fue ella y yo era otro, siempre a echarle tierra encima a cuanto pudieran ser contras, y sin poder ni querer verlas. Padeciendo mucha cosa que no me iba a genio, pero chitón y buena cara a todo. A ver. A ver quién sabe quién es, según decía por Cádiz, de rapaz yo, el Tío Bululú en sus cartelones.

Antes de despedirla, aquella misma noche, le hablé a Anica de vivir juntos cuanto antes. Me contestó que se lo diría en seguida a su señora, porque ella había de saberlo y de favorecerlos. También quise decirle a eso que para nadita precisábamos a Su Merced la Comendadora. Pero también me lo callé y luego, en mi alcoba de la posada, fue cuando empezaron a revolvérseme los muchos pensamientos y barruntos que te dije. Los tiré a un lado por no acomodarse a mi antojo, y ni pensé en echarme para atrás o andar en un zipizape de mareos sobre quién era ella, cómo era yo. Que ahora sí, ahora ya podría contestarle al Tío Bululú porque ahora sí sé quién soy: un puñetero puñado de arena playera

desperdigada siempre al aire que sopla, hoy aquí, al otro allí y sin más lana que no pensar en mañana. Una cosa suelta por este mundo, con un cuchillo en una mano y una baraja en la otra.

Muertos y vivos que andaban por mis carnes, la gente que maté y la que me fue haciendo vivir, veníanseme esa noche a la cama para avisarme a su manera, hijo, y no quería yo oírlos y no los oí. Me los echaba del aposento aquella ilusión de mujer y los tiempos del Puerto, como si con los tizones de leña pudieras poner otra vez en pie el árbol verde. Y de pronto me veía ya domado, tragando esto, pasando por aquello y agachando la espalda ante lo que se terciara como la agaché: lo mismo que en San Juan pero sin el don Manuel, sino de Juanillo fijo y manejado por mujer, ¡ey! Y me achantaban los años venideros, vacíos de mi imperio y de los lances a que la vida me había hecho desde chico. Pero Anica, la que yo solo me pintaba, entraba a terminar con todos los temores y con cuanto uno había sido y era: a que yo fuese otro. Y la ayudaba yo con un «¿pero adónde vas tú ya, Juan?, déjate de aventuras y gallardías, date con un canto en el pecho porque la has encontrado y estás solo». Como si no lo hubiera estado nunca.

Así que en este meollo no había mando más que para las ocurrencias de mi petera, y que no: que no hubo un ligamiento, un hablar y cavilar en pareja, un nada, sino cada uno lo de Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como. Porque ella, eh, pues también me había ido moldeando y figurando a su manera, y no caí en desengañarla ni estaba en mis cabales para hacerlo.

Casáronnos de allí a tres meses, que me salió muy casamentera la señora comendadora y a más se empeñó en hacerlo el día de Tosantos. Mientras, ni tiempo ni manera ni aun pensamiento de yacer con Anica, pues le decía su ama que amores antes del cura, no, o que la dejaría sin ajuar ni convite. Y Anica tan conforme y uno a comerse cuanto me



aliñasen los otros, entortolado con que sí y que sí. ¿Ése era yo? ¿Un cómico del teatro y de los que han de caer en gracia, hecho una pastaflora y dándole mil rodeos y blanduras a lo que fuese? Cuando tan bueno es, si el amor no te atonta, decir ligero y claro que sí o que no, hasta en bien de los dos y de irse conociendo. Pero, de tanto conformarte, abajarte, hacerte el contento no estándolo y ni dándote cuenta, los enconos que te dije te van cundiendo adentro y llevan la cara de quien, aun sin procurarlo, tan fuera de ti te tiene y tan empecinado que no te puedes soltar, como no podían soltarse aquéllos de Las Goteras. Los de la salilla de los toros.

Algo de todo eso se debió olisquear la Anica cuando me dice una tarde:

—Mucho corremos y hablamos poco, que te veo a ratos no sé cómo. ¿Cosa hay en lo nuestro que no te vaya a genio? Si así es, dímelo y se buscan arreglos y salida, o buscas la que te parezca.

Me estaba poniendo todas las cartas en la mano para recoger velas, pero mi emperre se quejó y salté:

—Nos casamos el día que se ha dicho. Papeles es lo que no tengo.

—Ni el de viuda tengo yo, pero todo lo arreglarán y proveerán mis señores —dijo Anica.

Y me aborrecí sintiéndome en discordia por adentro y sonriéndole por afuera. Tan esclavo.

Del casamiento, los demás hicieron y deshicieron, y yo ni me enteraba. Seguía encontrándome con Anica a última hora del día, junto al río, recién dada de mano en sus quehaceres, y en esos pocos ratos apenas si se hablaba más que así por encima.

Me iba a jugar luego por la noche, mirando de no enredarme la vida con los naipes pues de un día para otro se habían llenado las mesas de lagartos como yo, y también porque la Inquisición ya había logrado meter vara en lo del juego y, aunque no pudo con él, todo dios había de jugar

como las criaturas chicas, figurando los dineros con apuestas de garbanzos, judías y piedrecillas que después de las partidas se cambiaban por los reales y cada quisque había de enseñar los suyos antes de sentarse.

Me levantaba tarde en la posada, vagaba por el Arenal y muchas mañanas me fui por Anica a llevarle su compra. Sin disfrazarme como en Puerto Rico, yo era yo si estaba solo y cada día andaba más malquistado conmigo, cosa que me salía por donde menos se pensase. Todavía soltero, me iba de pronto con cualquier putuela, aun sin desearla. Y, esperando a Anica un día por la puerta de atrás de sus señores, que tardó ella más esa mañana en retirar los desayunos, un cabrón mayordomo o maestresala de librea, quien me conocía de haberme visto en su compañía y no le caía yo en buenas, me empujó adrede con un codo contra el quicio, como por andar estorbando el paso. Me tragué la afrenta y mira tú dónde habría yo llegado, que a poco no le inclino la cabeza a aquel hideputa, encima de lo que me había hecho. Se paró él más allá, volvióse y escupió despacio en el suelo mirándome a los ojos. Alguien, el que yo soy, se me alevantó dentro entonces y le dije:

—Al culo de su señora madre habrá ido a piar ese pollo.

Salía en esto Anica con sus cestas y me oyó y miró cual si no me conociese, porque yo estaba en mi cara y no en la que siempre le ponía. Algo debió sonarle en mi voz a redoble de muerto, y lo mismo al de la librea, que se calló y siguió su camino. Me dijo ella, muy sofocada, que mirase lo que hacía y que era aquél un hombre de muchas puertas para adentro y muy valido de su señora, por lo que ésta no iba a dejar de enterarse del lance. Esa reprensión, agria además, me disgustó. Pero, en hablándome Anica, ya estaba yo otra vez sin agallas y de pelotillero lamioso, así que le hice el juego y le dije que había echado las patas por alto con aquel caballero y que me supiese perdonar. Mas ya anduvo media mañana descompuesta, sin entenderme ni entenderla yo.

Tan solamente cuando nos velaron, dos días antes del casorio, conocí que los comendadores iban a estar en él y me supo a que como haciéndonos favor, lo que me cayó bien malamente aunque la boda fuese en su casa, pues tampoco me parecía gente como para uno ni para el trance. Pero también me lo comí, y encima me dijo Anica que, nada más en la ceremonia, mejor sería que me colocase un parche en el ojo. Guardaba yo el que me había hecho El Bendito en San Juan, cosa que le callé a ella, y hasta le dije que nada me pondría por no ser tuerto. Luego le eché a ese «no» demasiadas razones y mieles, que maldita la gracia que me hizo echárselas sin que ella ni me las pidiese, y su petición misma.

Después resultó que, por menesteres y apremios suyos, no estuvieron los comendadores cuando lo del cura, sino en el convite, que fue junto a las cocinas, nada más que para los criados y esclavos, e hicieron poner los amos un guisado de carnero, otro de rape, vino de su cosecha en botijos y una meloja para postre con esencia de jazmín y romero. El de la librea por allí no estuvo, ni en lo del cura.

Mucho requilorio y soberbia y frente alta me esperaba yo en los señores comendadores, y sucedió que a él ni lo vi, pues no había hecho más que entrar al convite cuando lo llamaron de arriba y subió sin llegar a darnos el parabién. Y con la comendadora, que tenía ojos como de perdiz, me equivoqué en lo de fachendosa, pues no lo era, sino graciosa y de modales sencillos aun bendiciendo y abrazando a Anica después de entregarle la dote, que fueron cien pesos y un cofre de ropa, y ya empezaba la señora a caerme bien. Pero luego, aun con eso de la sencillez y por el trato que me fue a dar, descarada sí que me salió. Soltó a Anica, se me vino y, sin mirarme, me empezó a pinzar y ajustar la ropa por aquí y allá, como quien le ajusta el aparejo a un caballo, y le decía a Anica muy divertida:

—No le van paños finos, pero se echa de ver que es bien varón y muy derecho, no un mozalbete como el que perdiste en Alcalá. Eso sí lo llevas ganado, Ana, que de otras cosas vaya Dios a saber, y algo bruto y desconsiderado también lo es según me han dicho.

Más que las palabras me picaron el toqueteo y la tonada, y el vino me estaba ayudando a replicarle porque, además, tenía yo atravesado en ese momento un dicho del cura, «hasta que la muerte os separe», que me sonó malamente, a que era mucho decir. Y Anica, que las vio venir, se puso a tironearme de una manga. Pero, un punto achispado y aun medio sabiendo que iba luego a cantarle la gallina a mi mujer, le respondí a la comendadora sin alzar la voz:

—Pues quien le dijo a su merced lo de bruto, primero me había ofendido, y de las otras cosas, ni esta nuestra ni la de haber casado antes con mozuelo, son cosa suya, mi señora.

—Desagradecido y contestón también —dijo la comendadora.

Siguió saludando a unas y a otros, rodilla en tierra quien más quien menos delante de ella, hasta Anica, y venga los más mierdas a besarle las manos cuantas veces podían. Se fue al rato, notándole yo al lejos, todavía, el despecho por mis palabras.

Y Anica no terminó de comerse el postre.

*A 19 de mayo. ~~~* Apuradillo vienes hoy, bachiller, y algo más tarde de tu hora. No es bueno por dos cosas: la primera, porque me viene dando el pálpito, ya muy fuerte ayer apenas te fuiste, de que se nos va a quedar corto el tiempo.

Y la otra porque, aunque ni te enteres de lo mío ni de lo que pasa por ahí, no me está viniendo mal tu compañía. Si a más no viene, eso es todo lo que he de ganar contigo, pues aquel librito piadoso con el que ibas a

lucirte y a sacarme adelante, bien poco me ha de servir, me huelo.

Por si no lo sabes, el sargento Orellana diome anoche malas nuevas de que el alemán para nada me descargó en su juicio, y de que el mío ha de hacerse muy pronto y sin apelación, lo que me trae en desespero más que por hincar el pico, por la manera de hincarlo, y por lo que no hice. Así que, hoy sin falta, le pides a tu tío me encomiende a los jueces y al señor secretario del Crimen: ¡tal como he de contarte lo del pastelero se lo habría de contar a ellos, lo mismo! Y ya bien sabes que yo, de matar gente, sí. Pero ponerla en hojaldre, no, y si la llegué a comer, tan sin saberlo como medio Cádiz la comí. Conque a ver si, por lo menos, se hace conmigo otra cosa que no sea la de arrodillarme el fraile delante del enmascarado, pues ya esos dos me están poniendo las manos encima como quien dice, y yo así no quiero irme, ¿te enteras?: así no. Aun con todas mis perrerías, de rodillas y como oveja no, ni cárcel perpetua, que yo fui la libertad misma o un primo carnal suyo.

Y, por si tampoco lo sabes en esa Babia de tinta y párrafos como estás, tanto desquicio, tumbo y maniobra como se viene viendo en la bahía, es porque parece venir para acá una escuadra grande del inglés y el holandés, y muy en son de guerra, que bajaba de la mar de Galicia ya muchos días ha, pero el viento no ha de andarla ayudando. Y decían que ahora no estábamos a mal con nadie menos con los moros, ¡ya lo veo! Cagaditos andan desde los campaneros de las iglesias hasta el Rey, y mentira me parece que haya tenido que enterarme por el Orellana, no por ti, y también de que si no anduve ya a banquillo es por lo mismo, porque hasta los jueces han de andar atareados en prevenir defensas y poner a salvamento sus bienes, aparte de que ya no daban abasto, ni el enmascarado, con tanto angelote como entra en estos penales. ¿Pero es posible que esa cabeza tuya, con lo que da de sí, no esté más que en esos renglones, y que ni sepas si son las nueve o las dos? Pues ándate con ojo,

porque el padre Valdés, el visitador, le ha estado metiendo las narices al Orellana con que qué es eso de que lleves entrando aquí a verme los meses y los meses, que lo hartó por la calle de preguntas sobre ti y nuestras escrituras. Y eso sí que lo sabes: que los benditos de la Inquisición, husmeo que echen, husmeo con el que te empapelan. Mira lo que haces y no vayas a verte también de Juan Cantueso, hijo, teniendo que tirar mar alante para donde sea y con los perros a la espalda: ya te dije cuánto iba a costarte escribir lo mío de modo que nadie se escandalice, todos aprendan y nosotros sigamos con los huesos en su sitio. Pero ya, ya están ellos metiendo nariz. Aun antes de salir un papel. Porque, además, ese fray Alberto de Cádiz ha revuelto mucho el cotarro últimamente y puesto a los castigadores en mayor furor y mano dura de lo que ya lo estaban. En fin: lo que haya de venir vendrá y de perdidos, al río, conquie moja esa pluma y óyeme... ya veo que llevas unos días aligerándote y sobrepasando los dos pliegos que hacías... Lo que no te escribas tú...

No tuvimos más novedades, en los primeros tiempos de casamiento, que la de irnos a vivir en un corral de vecinos entre las murallas y el Arenal, y otra que agradó a Anica y también me cayó a gusto. Eso empezó porque me encontré en un garito a un mozo de los del cosario, y me dijo parecerle ser para mí una carta que llevaba un tiempo en la cosaria.

Después de mi última y mala salida, no quería yo ya poner pie en ese despacho, y fue aquel mozo quien, a encargo mío, recogió la carta al otro día, me la llevó al mismo garito y me hizo la merced de leérmela allí apartados a un rincón, conquie, sin decirle yo nada ni darse él cuenta de lo que hice, se levantó esa noche de la mesa con buenos reales porque le arreglé el juego con dos cortes de boca en paloma y un floreo del Santo

Ángel que dejaron en cueros a dos mastuerzos de Madrid y a él le fueron de mucho beneficio.

Antes ya de conocerla, y tanto por haber llegado del Puerto Santa María como por la letra, me barrunté de quién venía la carta, y que habría de agradarnos. Era del capitán Valentín, quien, desembarcado en esta bahía por una nao del registro de Honduras con aguada en Puerto Rico, pasó derecho al Puerto según contaba y dio muy pronto con El Honrado, postrado ya por la edad y con la cabeza medio ida pero felicísimos él y la mujer con el hallazgo de su hijo, y dando en seguida como cierto que era Valentín el que les raptaron, por el sitio y la hechura de su cicatriz, parecidos de familia, la edad y otros particulares, segundones ya todos después de lo de la marca en la muñeca. Acababan los viejos de recibir mi carta y me ponía Valentín en la suya que, tanto él como sus padres, teníanme por mensajero de la Providencia: ¡chica Providencia tuve yo con que me desgraciaran cara y cabeza, y perdiese al Moreno en San Juan! Pero fíjate que ellos, en su alegría y agradecimiento, no tomaban aquel entuerto mío por cosa de casualidad, ni tampoco que fuera Valentín quien me sacó adelante, sino como que todo era un milagro, cuando tengo para mí que allí no hubo más milagro que el de no darle trabajo a nadie con mi entierro.

Me escribía el capitán que ya lo había puesto su padre al tanto de mi huida del Puerto, y de por qué fue, y que les pesaba decirme no hallarse allí de hacía mucho Anica la de la caballeriza, quien marchó a Sevilla y no sabían más. Siendo bien conocidos El Honrado y sus búsquedas de toda la vida, de tal modo había corrido por El Puerto la nueva de la aparición de su hijo que, llegada a oídos del duque de Riarán, el señor mandó a la familia un presente de cien pesos, como festejándolo también, y le ofreció luego a Valentín plaza de teniente en sus milicias; pero me decía él que no sabía si tomarla o si volver a servir al Rey en Sevilla, a

medio camino de sus cuatro padres, pues también había estado ya en Ronda, donde tanto júbilo causó su retorno en casa de los Sotomayor como antes en la del Honrado. Concluía diciéndome que él y todas sus gentes ardían en deseos de abrazarme, que apenas cayese por Sevilla haría por darse conmigo, y que me tenía por hermano.

Poco más tuvieron de buenas aquellas jornadas para mí y para Anica, y a peor iban a ir las que viniesen; en tan corto plazo, andábamos ya en tal desacomodo que ni hice por contestar esa carta.

Siguió ella, contra mi voluntad y aunque yo me la callara, echando el día en casa de los comendadores, y yo con mis naipes a las noches, desparejadas nuestras horas, sin sal la conversación y el entenderse, y apagados muy pronto los fuegos cameros por cosa de mi malestar y como por haber caído de golpe, sin querer o poder saberlo, en las consecuencias de mi pasito, que me sentía como preso.

Todo lo iba Anica sufriendo, de buenas maneras al principio, y lo que es tiempo no faltaba para que moviésemos a gusto el catre, por las noches y por la mañana temprano, antes de irnos a nuestros trabajos, y en la entera tarde de los domingos, que en ellos iba mi mujer a misa. Pero que no, oye: que, en eso de la cama, era yo el que no daba de mí, y ni me ponía ni me salía, con lo que había sido ese cuerpo para uno y estando tal como estaba en las noches del Puerto, y hasta más hecho y sabroso. Ahora ya sé también por qué pasaba aquello: porque ya me era obligación y fijeza y mandatos de cura lo que había sido placer y libertad y riesgo. Y era también como, si en todo el tiempo de no verla, hubiese estado yo en manía y no en razón, no pensando en una mujer sino como hincado delante de una santa, y hubiera visto claro en cuantito la bajé de su altar.

Salía Anica de casa todavía con estrellas y me pesaba que me despertase en lo mejor, habiendo yo trasnochado al juego y porque, desde el mojicón de San Juan y las jaquecas aquellas, venía teniendo el sueño



ligero y quebradizo. Me sobraban media mañana y la tarde, y almorzaba solo pues me dio por no pisar la casa de los señores de Anica, que allí podía tener almuerzo en compañía y gratis no más con ir y sentarme, tal era el afecto que el ama sentía por mi mujer. Pero ni con tanto tiempo mío dejé de echar de menos mi soledad de siempre, entera, plena y sin débitos.

Aun no cayéndoles en gracia, nunca llegó Anica a declararle la enemiga a mis barajas. Decía que, hasta habiendo un dinerito, no era malo dejarlo de ganar, y que ella, sin criatura que atender ni señas de que viniese, tampoco sabía verse todo el día mano sobre mano. A seguido, siempre me soltaba la matraca de que, si no embaucaba yo a nadie y jugaba los naipes cristianamente y sin trasteos malos, era de razón que anduviese en lo mío y por los garitos. Pero yo estoy en que lo decía de boca para afuera y contrariándose, pues, a poco de hablármelo, le venían brotes y repulgos de genio y malhumor por esto o aquello, y aun se le escapaban las injurias como a mí los pañitos calientes y los almíbares que siempre le echaba por delante, cuando yo no quería sino hacer mi gana sin estorbos y andaba aguantándomela, o pagándola en moneda de discusiones y acritudes.

Todo era, pues, desbarajuste, y más de un día advertí que Anica me apuntaba, para que yo acabara de proponérselo, sacar mi caudalillo indiano y levantar culo de la silla coja en que lo teníamos asentado, aun saliendo de Sevilla en busca de una vida nueva. No se lo recogí las primeras veces, pues no veía que fuera a traernos ventaja; se me hacía que el irnos no iba a pasar de llevarse los dos aburrimientos a otra parte... Me parece, y ya te dije, que también mi Anica se había montado en ilusiones muy por su cuenta, siéndole preciso que todo fuese al aire y compás de ellas y de sus cavilaciones, como para desquitarse de sus lastimamientos y agobios de niña primero, y luego de prisionera, y

después de esposa de un mocoso: esto y lo de ayer y lo de antier cuajándole en un genio dolido que tampoco la dejaba verme claro y al que agrandaban mis descuidos cameros, tan desaviados. Cualquier menudencia podía quemarle el sentir, y a mí me pesaba y enervaba verla perder la color de golpe, o llorando en sus adentros más que Jeremías, por cosa de la vida que la contrariase o por un quítame allá esas pajas que ella no hubiera antes sabido y consentido. No le acomodaba algo, se mataba de angustia y quería que luego no se hiciera caso de ello, y todo esto al lado de mis calamidades y agravios. Vete enterando, hijo, de que no hay quien le haga verse a uno las faltas mientras no se las quiere ver, así estén Dios, su Santa Madre y quince sabios a convencerlo, y yo era el primero en no querer ver las mías, ni verme en fracaso luego de tanta espera y batalla, o andar de mierdón tomando puerta un buen día y dejando a Anica desesperada en sus esclavitudes, las de adentro y las de afuera. Tan bravo yo para todo, y con lo de ella me acobardé...

De manera que se nos iban las semanas con el desamor haciendo de las suyas y las desavenencias asomando orejas descompuestas ahora sí y luego no, pues, después de los disfrutes del Puerto, el tiempo había ido haciendo su trabajo y ya irás viendo tú también lo que es el tiempo, bachiller: almirez de mortero que todo lo maja y lo confunde. Bien que lo decía El Corradino.

A mí me daba más pesar y me entraba más pena muchas veces por ella que por mí, y una noche que tuvimos malas palabras antes de salir yo para mis timbas, eché media ganancia de Culebrón en comprarle a Anica una jaula con un pajarico amarillo de mucho precio, que le habían traído de las islas Canarias al garitero y me dijeron ser muy buen cantor, como lo fue. Violo Anica por la mañana, me despertó besándome y, aun con mi cansancio y fastidio, tan mucho más contenta la vi con esa fruslería de lo que esperaba verla, que no me enfurruñó el despertón y fue aquélla una

de las ocasiones redondas en que me hubiese apetecido tomarla en mis brazos con las antiguas ganas, sino que ella ya había de correr a sus deberes y servicios, y aun se fue nerviosa y fuera de hora.

Veía yo por el Arenal moverse en el río las naves de la carrera de Indias que a Sevilla le iban quedando, y no es que echara de menos por el momento aquellas tierras, ni ningún otro lugar de los que pisé, pero tampoco sabía qué hacer con mi vida allí, adónde me la había timoneado mi sino y encallado mi terquedad.

Aparte de las suyas, empezó por fin Anica a andar intranquila también con mis desazones, y yo con que las advirtiese, y ella hacía más que yo para que de puertas afuera no se nos vieran los males, que su orgullo y desconfianza en la gente le echaban seis cerrojos a lo de descargarse las penas ni aun con el cura que la confesaba.

Y con esas callazones, ahogos y comedias, fue dando ella en melancolías y yo en lo que no había dado: en los vapores del alcohol, que ni de antes de caer por Mosquilla y en las prohibiciones del Bonfim, ni de nunca, me había tirado gran cosa. No llegaba a la casa malamente, pero medio cuartillo de vino por las noches no había quien me lo quitara.

Una madrugada, acostado ya, me revolvieron bascas del beber y hube de salir a soltarlas, pues no quiso el vino quedárseme adentro y ni me dio tiempo de largarlo donde convenía, a mano derecha del patio. Resbaló por la mañana un arriero en los vómitos, que se me habían ido ante su puerta, y viniéndose a la mía me insultó a voces, soliviantando y despertando a medio vecindario del corral. Retúvome Anica en la cama por un brazo y me aguanté las ganas de descabezar al quejoso. Pero, yéndose ya él, le escuché llamarme mojón tuerto y eso acabó con mi aguante, que tampoco era mío, sino de quien me lo estaba emprestando. Corrí por el patio en calzones, alcancé al arriero casi en el portal y lo tendí patas arriba de una trompada. Se levantó con sangre en la nariz y,

viéndome con cara mala, siguió para su carro, que ya se lo tenían listo en la calle. No hubo más, sino que desde aquella mañana empezó a malmirarnos mucho vecino y Anica a tomar agobio de que así fuese y a echarme en cara la puñada, y dio en mostrarse muy solícita con todo el vecindario para que nos quisiesen bien; sólo que ellos apartaban el trigo de la paja y, mientras todo eran zalemas y miramientos para Anica, a mí no me saludaban más que unos pocos, y éstos de pasada.

Como queriendo contentarla o no sé para qué, me daba algunas tardes de domingo por vaciar mi faltriquera encima de la cama y ponerle a Anica delante el oro que para los dos había juntado en Indias. Pero, sabiendo ella que poco iban a remediar esos manoseos, no hacía más que jugar con los doblones un poquillo y sin decir nada, tomando puñados de ellos en el hueco de las manos y haciéndolos caer y resonar en el montón, así como para complacerme y cual si de un juego se tratase aquel sudor de años. Pero bien me daba yo cuenta de que seguía sintiéndolo más mío que suyo, aun no siendo ésa mi idea, y de que ni un paso se ganaba con mostrárselo.

Un día, en uno de esos sobeos inútiles y habiendo visto ya yo que no nos iba a mejor el vivir, sí supe decirle a Anica aquello que esperaba de mí, cosa que nunca me salía a derechas, ni lo que convenía que le dijese y que le cayera bien. Pero la tarde aquella sí que acerté, y a sacar adelante un logro que me andaba dando vueltas. Cádiz me venía tirando como su agujero al cangrejo, y ya que cuanto hacía en Sevilla no era más que hastiarme, le apunté a Anica que nos pasásemos a Cádiz y luego se lo dije de lleno. No parecía ella estar esperando otra cosa y, aunque con su rincón de desconfianza, el de costumbre, me abrazó y me dijo que así se haría, y que Dios proveería lo mejor.

Hizo ella las previsiones del caso, bendijéronla sus señores al despedirlos, y la comendadora le regaló otros veinte de a ocho, de los que

se nos fue algo menos de la mitad en pagar pasaje en una tartana que había sido de pescadores y traficaba mercaderías entre Sevilla y Cádiz.

Saliendo al amanecer de la ribera de San Telmo, volvía a sentir yo que, con irnos, poca rascadera podrían tener los picapica que no nos daban paz; y no más zarpar me los enrabetó un marinero que canturreaba el romance ese de Doña Lambra, con lo de

*muy buenas fueron las bodas,  
y las tornabodas, malas.*

De poco me valió decirme a mí mismo, al ir dejando de ver Sevilla, qué era lo que andaba yo pidiendo, cuando estaba cumplido y colmado el imposible que en tantos años no se me había desclavado del meollo. Como en aquella tarde del no del Puerto, veía a Anica sentada a popa y mirándome, el cofre de su dote a los pies con la ropa, la jaula del canario en su regazo, y me volvían a la memoria unas palabras del garitero que me vendió el pájaro. Necesitando descargarse, llegó a contarme el hombre una noche que no venía sacando de la vida sino acidez, por no andar bien de cama con su amiga de siempre, siendo ella agraciada y joven aún. Y me dijo que, aunque lo demás les fuese a pedir de boca, con esa sola falta de que no le arbolase su macaca, todo eran entre ellos discordias y resquemores, mientras que buenos refregones y desahogos pueden dejar en nada hasta la más gruesa controversia. Pero no paró ahí el cuento del garitero, y aún más vivas y despiertas encontré sus razones cuando anduvo rumiando que el no aparearse a gusto viene también del no entenderse ni ir varón y hembra con iguales tirones y miras por el mundo, y le escuché en esas palabras el vagido que no engaña a nadie, el de la verdad. Navegando el río marismas abajo, horas fueron las que

cavilé en esas agudezas tan curiosas, y en cuál será por fin la cabeza y cuál la cola del bicho del desamor.

Entre tales pensamientos, el ver a Anica medio en esperanza, acaso para nada, y el caerme mal al vientre unos madroños que me comí, buen agobio llevé aquella mañana.

Desembarcó y subió carga la tartana en el Bajo de Guía de Sanlúcar, a hora de almuerzo, y luego en Rota, para enderezar de allí a Cádiz con viento favorable e igual bonanza por todo el camino aparte gran calor, que no se hubiera dicho estar muy empezando marzo. Me enteré de que el piloto y amo del lanchón no tomaba más de seis pasajeros y de que había disputas por esos pasajes, siendo cosa bien rara que en aquella travesía no fuésemos a bordo más que yo y Anica con los tres hombres de mar. Fue comidilla entre ellos, y lo era por Cádiz, que Su Majestad se hubiese apoderado de un galeón muy grande, *La Verónica*, que acababa de fabricarse y pagarse un fulano Vanslip, y se lo quitaron para ponerlo de nao capitana en la Armada de Filipinas de allí a poco, dejando al Vanslip sin barco de la mañana a la noche, y aun con una gran carga de ropa adeudada para los Buenos Aires. Así también soy rey yo, y quien sea. Una bulla fue aquélla de la que tú también te enterarías, bachiller, si no andabas embobado en tus papeleos.

No me habían engañado las noticias en Lisboa y Sevilla sobre el estirón este de Cádiz, ni lo que me dijeron de que puede tenerse por Corte mientras enflaquecen y hambread las Españas. Huracanes, epidemias, guerras y escaseares de trigo y abastecimientos no habían podido con su pujanza, ¡aunque con lo que viene ahora por esa mar, ya veremos!...

Enjambre de naves, tan numeroso como los árboles en Indias, vi hecha la bahía gaditana, y de muchas banderas, aun de las menos amigas, en bien de todas sus poblaciones ribereñas, concertadas por fin y cada cual sacando sus beneficios en provechosa armonía con las otras, amén

las muchas sacaliñas del Rey. Vi todo el trajín de navegantes, barcas y tropas en mar y en tierra, redoblando el de mi mocedad, y que habían hecho de fábrica la escollera de la Punta y Castillo de San Felipe. Ya enfrente de las murallas, Cádiz también me pareció otro, con cantidad de casas nuevas y bien altas, algunas hasta por la parte de la Horca de los Franceses, y todo agrandado, crecido y bullicioso con arreglo a tantas velas como sobre las aguas estaba contemplando.

Pasamos a tierra junto al Baluarte de las Cañas, detrás de unas barcas que andaban bajando a los vascongados de tres naos, llegadas para la Armada desde los Pasajes de San Sebastián. En medio de ellos, entramos a la ciudad y mucho de cuanto volvía a ponérseme ante los ojos me traía a las mientes San Juan de Puerto Rico, igual que allá me había acordado de Cádiz.

Aún nos quedó día para buscar dónde meternos, que lo hicimos con gran suerte y presteza y sin tener que pagar posada, pues en una casa que nos dijeron en la Cuesta de la Jabonería, según se baja del Nazareno, tomamos alcoba medianilla con fogón, cuatro aperos descascarañados y dos catres juntos, a tres pasos de la plaza del Cabildo y a la vera de San Juan de Dios.

Nos metimos allí muy animados y, nada más entrar, le dio un aire malo al canario de Anica. Se fue del palo al suelo de la jaula, a plomo, le entraron unos tembliques y se murió aleteando tal si hubiera comido perejil. Vi a ella afligirse y llorar por aquella nada amarilla, y volvió a encaramárseme por el cuerpo la pesadumbre, que la venía ya arrastrando tiempo ha sin darme ni cuenta, y el casorio me la había acrecentado y cualquiera sabe de dónde sale: a lo mejor, de andar ya tanto y tan aperreado tiempo en este puto mundo, pues ya me dirás tú a qué se viene a él, bachiller: cagados y meados y bobos andamos de chicos y de viejos, y bregando en el entremés más que bicho alguno de la tierra y de la mar,

que no te estoy diciendo mentira. Pero, oye: con todo y con eso, bueno, bueno sería ya que te despabilases como debes, hijo. Bien estaría que hicieres lo que puedas por retirarme el cuello de las manazas del enmascarado. Que, además, lo sé, es un esclavo borrachón y torpe para matar, y que lo sacan de la cárcel sólo cuando ha de agarrotar a alguien, así que anda corto de oficio y, aun teniendo buenos avíos, arma de pronto con los reos en medio de esa Plaza la que armé yo a sable con aquel señorón de *La Princesa*...

Pero ni aunque así fuera, que lo es, quiero ni he de terminar hincado delante de nadie, bien te lo tengo dicho: de otra manera acabe yo, Dios Nuestro Señor me va a escuchar si no me escuchan los jueces, y que sea más pronto o más tarde lo de dar las boqueadas, ya ésa no es cosa que me importe tanto, pues darlas hay que darlas, ¡ey!

Mas volviendo ahora a lo del pájaro, ya te concluyo diciendo que yo y Anica tuvimos su fin por mal agüero y sin siquiera hablarlo, sino con los ojos de los dos tropezándose por la alcoba de cuando en cuando, alobados. Y cuanto yo le decía para quitarle la angustia valía menos que una pluma del canario muerto, conque aquellos lagrimeos de Anica fueron por fin aburriéndome y dándome en lo peor, y me eché a las calles y volví con mucho vino. Ése fue el santo y seña de los días que nos aguardaban, pues, en lo que es vida de pareja, la mudanza a Cádiz no fue otra cosa que salir de Málaga para entrar en Malagón, como dicen.

De un algo sí que me di cuenta no más llegar, un algo que desde el casamiento no había hecho yo más que ir pegándole capotazos, como se los seguí pegando luego. Y fue entender que, de haberme dado con Anica en Sevilla cuando medio la vi yéndome con la flota, aún hubiera podido mi genio ajustarse a matrimonio. Por seguro no lo tengo. Pero sí de que ya no había Dios que me sujetase y amoldase después de mis años en Indias.



Se cambiaron las tornas sevillanas y era ahora a Anica a quien le sobraba el día, pues yo andaba en mis garitos por las noches, dormía las mañanas y ella no hacía otra cosa que dejar la alcoba hecha y limpia, salir por los mandados y ponerme bien de comer.

En este tiempo fuimos de paseo algunas que otras tardes, porque era primavera y el hacerlo nos distraía y refrescaba los ánimos, aunque cada cual fuera siempre mirando para un sitio distinto.

Mis correrías me apartaban del Pópulo y la Iglesia Mayor, y le di mis vueltas a eso y acabé reparando en que era por no darme ni con la sombra de mi padre, caso de que siguiera él en la Seo. Preguntéle a un clérigo de San Antonio si andaba todavía por Cádiz un padre Cantueso, o si sabía qué fue de él, y me dijo hacer ya muchos años que había pasado a Madrid y que, según tenía oído, ahora estaba de obispo por Castilla la Nueva, con mucha edad y gran fama de virtuoso y aun de santo. Desde aquel día, ya no le huí a ese barrio.

Y una tarde que íbamos para Puerto Chico, le dije a Anica de volver atrás y caer por la Plaza, pues veía yo allí abajo mucho golpe de hombres a juntarse y hablar. Lo hizo ella a disgusto, por no andar con ganas de agitaciones ni de historias, pero quería yo enterarme de aquello y ya en los soportales del Cabildo pude saber que nada había sucedido en España sino en Cartagena la de Indias: que eso fue cuando llegó la novedad de que la flota corsaria de Mesié Pointis la había saqueado. Un cabo de mar se lo estaba contando muy bien a ese señor don Raimundo de Lantery que para mucho por la Calle Nueva y lleva siempre encima, en lugar de espada o pistola, avíos chiquitos de escritura con un dedal de tinta; porque ése es otro de los de tu cuerda, que le da por apuntarlo todo y en seguida, aunque la gente se pare por la calle a mirarlo. Y ya has de saber lo que se supo: que el Pointis se llevó de Cartagena hasta el coño de la virreina pero se portó muy civil y con mucho miramiento, y zarpó al

vuelo porque iban naos de ingleses en su busca. Lo otro vino luego, cuando ya en alta mar despidió Pointis a los hermanos y bucaneros que había llevado del Petiguán para ese asalto y no les dio de su botín, pues ellos ya habían tomado mucho. Y aquellos hombres no se conformaron y volvieron a Cartagena para más rebusco y desvalijo, acuérdate de que entonces fue cuando armaron la de Dios, y que aunque los cartageneros soltaron las campanas en alarma y dispararon muchas bocas de fuego, fueron tan gallinas y pendejos que los dejaron recalar, aun no contando los hermanos más que con una polacra y piraguones grandes, de los de vela: entonces fue cuando hicieron las grandes extorsiones y dieron tormento a muchos, que aquí en Cádiz bien pronto y fuerte retumbó esa ruina, aparte de que un peje gordo gaditano, un Estopiñán, murió de esa hecha en martirio sin confesar dónde tenía los bienes, y un esclavo de él lo confesó y también perdió el pellejo.

Llevé a Anica otra tarde a La Caleta: por donde tires para bajar a ella también está todo muy distinto; tú no te harás cargo porque no viste lo de antes. La Cruz Verde ya es más caserío que afueras, y luego de pasarla vi las cererías, muchas más y en calles, no en descampados una aquí y otra allí, así como casas muy seguidas yendo para la parte de Poniente. Ya más cerca de La Caleta, las viñas y los baldíos de matorralones y las huertas, estaban más o menos según los dejé, y en La Caleta misma y en toda su marina no quedaban más que señales de aquellos desnarigados, columnas, murallones y mármoles de los antiguos, tan poca cosa ya y tan caída y anegada que, desde lo alto de la muralla, ni en la bajamar se ven apenas esos restos. Vi esa torre nueva de piedra que aparece en la Punta de San Sebastián y en lo alto del Castillo, donde estaba el lugar del hoguerón en las peñas del final, que lo encienden ahora encima de esa torre para que alumbre mejor la mar y no se pierdan los barcos. De galeras, que en Indias se me habían olvidado, conté muchas menos por

todas partes, y ésas de poco servicio, y supe que también se han llevado a Cartagena de Levante las que estaban en el Puerto Santa María.

Me vino en La Caleta a la memoria La Curruca y, así por diversión, le conté a Anica cómo me la encontré allí y mi noche con ella, y luego con la negrita. Pero Anica se calló su boca y no quitaba los ojos de la mar, y salió de pronto por la vía de Tarifa con que ella no podía seguir viéndose sin hacer nada de provecho, lo mismo o peor que en su tiempo de encerrada en El Puerto, de pánfila inútil y siendo laboriosa de suyo como en Alcalá y en Sevilla lo había sido, mientras que aquí en Cádiz, compra, casa y comida las hacía en un rato y luego qué. Me enojaron esas paparruchas, tan sin nada que ver con cuanto yo le había estado hablando, y más me enardeció oírle decir a Anica, muy destemplada, que, me placiera o no, había hablado con los hermanos de la Misericordia de San Juan de Dios, los de allí junto a nuestra casa, para cuidar enfermos seis o más horas del día y por un salario bien corto.

—¿Habrás visto? —le contesté—. De lo mío lo has de tomar, que para eso me lo trabajé y no te quiero yo saber en medio de hombres ni de pústulas, y siempre oí decir que la mujer casada, la pierna quebrada y en casa.

—No será así —me replicó Anica—, ni han de andar tu santa voluntad y tu capricho subiéndoseme encima, que ya se me han subido demasiados y nunca pude yo ser cosa mía, sino de unos y de otros.

Alcé una mano para castigarla, pero ella me la sujetó por el aire mirándome muy firme a los ojos, y ahí lo dejé, y volvimos por toda la Banda de Vendaal abajo sin cruzar palabra. Aquella noche no jugué naipes y fue la primera que entré en la casa tambaleándome y al rayar el sol, para caer en cama como un leño, de vuelta de cuatro tabancos y del bodegón de Hernán que tampoco lo atiende ya el Hernán, ¿no sabes?, sino dos hijos suyos, y lo han dejado como nuevo.

Como la espuma corrían por Cádiz el oro y la plata hasta cuando decían no haber un real, según acontece en todos lados al llevar mucho tiempo en la mar flotas y galeones que se aguardan. Pero, lo que es al juego, gloria daba meterse, que, en eso, la Inquisición bendita no pincha y corta aquí como en Sevilla, y no es menester esa incomodidad de garbancitos o piedrezuelas para figurar los dineros. Bien a mano que estaba ganarlos fuerte y sin temores y a diario, sobre todo en el garito chico de la calle del Empedrador esquina a la de La Compañía.

Vi que han entrado a las mesas juegos nuevos, y que El Culebrón y Los Cientos se manejan ya poco. Pero aprendí ligero el de Los Anzuelos y el de La Azucena, que son los más en boga ahora y me parecen de mozalbetes o de necios, y es más fácil con ellos, y queda menos a la vista, cualquier arreglo o trapisonda. Ganaba de una sentada para tirar tres, cuatro días, y no volvía a barajar hasta no hallarme limpio de ochavos.

Ya no me pilló muy de sorpresa mirar Cádiz cayéndose de gente de todas las Españas, en embarque a Indias, y de extranjeros tanto de paso como recién avecindados o venidos para quedarse aquí: más que nada estas gentes de Génova de la Italia, y holandeses muchos, y de franceses el montón, que en nuestra casa misma vivían unos pocos: sin ir más lejos, dos puertas más allá de la nuestra, un capitán Delon muy terne, madurico pero bien parecido y hombre de brío, que ya había empezado yo a fijarme no le quitaba ojo a Anica, y en que ella no daba pie a sus sombrerazos y cortesías, aunque tampoco los recibiera de mal grado.

Y ahora sí lo llegué a entender del todo, ahora: no es que yo y ella no hiciéramos nada por remediar y zurcir nuestros descosidos, sino que lo hacíamos y no atinábamos. Cada uno había de atenderse el baile de sus adentros o plegarse al del otro, que eran muy contrarios, con dos maneras de ser y de tomarnos las cosas, precisando y queriendo cada uno las

suyas, y cada cual con los resabios y cardenales que le había ido dejando su vivir: ella que no sabía perder en cosa grande ni en minucia, por haber perdido ya mucho desde muy chica, y que por no haber dispuesto en nada tendía a disponer en todo y en todos, sin advertirlo; y yo a lo mío y sin saber llevarle el genio, darle amores ni ser hombre que, por paciencia y firmeza, más pudo haberle convenido.

Me enfadaba y me avergonzaba de mí, del manso bobo de Coria que me había vuelto en Sevilla nada más toparme con Anica, y en los muchos años de andar atontolinado, inventándome por mi sola cuenta lo que es vivir con mujer y amoldarla a tu antojo. Así que, día por día, sentía yo ir a menos la imitación y conformidad de otros matrimonios, y a desear en cama a Anica menos, con cuanto ese quebranto lleva consigo y aun teniéndole un cariño barajado con las contras. Y ella dándose cuenta de todo, que no había más que verle el semblante, entre queriéndome ahora y aborreciéndome al rato. Pero ya sabía yo ser más míos que de ella nuestros desarreglos, y que no iba a dárseme el echarlos a un lado. Siempre en mis propias cosas, me mortificaba todo, los trabajos de Anica en el Hospital de San Juan de Dios, que ya estaba asistiendo en él, las finezas del capitán francés para con ella o la pamplina más chica, pues hasta me dio por enfurecerme con que me dijese que, aun siendo hembra, sabía escribir y leer, y yo no.

Raro era que no anduviésemos mirándonos con el rabo del ojo, a ver si el uno le ponía mala cara o buena a cosa que el otro hubiera hecho o dicho, y temiendo yo siempre los altibajos, penas y avinagramientos que me la descomponían de pronto y hasta le sacaban en el descote manchas y verdugones, de la misma sofocación que tenía por adentro. Ni aun en sinrazones mías, que no quería admitirlas, daba yo mi brazo a torcer, pero siempre a lo blandengue, y venga con el vino, a más, a que el vino lo tapara y alargara todo, y en todo íbamos para abajo, como dos gotas de

lluvia que se escurren por un vidrio de la ventana y al juntarse caen más aprisa.

Cosa que sobre muchas me dolía era la de que, no siendo yo de angustiarme de golpe ni perder el juicio a las primeras de cambio, creyese Anica que no padecía el varón, ser dueña única de pesares y agobios, y que, si no eran los suyos, los demás no los teníamos y éramos de corcho, quitando a los aplastados y desgraciados a los que su caridad sí sabía abrigar y envolver.

Poniendo las prudencias que para mí era del caso por mis antiguas cuentas allí, cuatro o cinco veces le hablé de pasar al Puerto Santa María por vía de mar o de tierra, para quedar en las afueras con el capitán Valentín y El Honrado, que su hijo viese el modo de llevarlo a ese encuentro, y volver nosotros a Cádiz en la misma jornada. Pero, si no eran las pendencias, eran los desánimos quienes siempre acabaron quitándonos la gana del viaje y, en llegando el momento, ni teníamos que hablarlo para saber que no lo haríamos, aun cuando me hubiera contentado ver a esa gente y con lo bien que nos hubiesen recibido a los dos, así dijera Anica que me fuera yo solo y que ella no quería saber más nada del Puerto, ni de andar con éste o aquélla.

En cosa de dineros, me tenía yo los míos de los naipes y ella los suyos del Hospital; que, mientras le durasen, ni un peso me pedía o tomaba, y no caía yo en adelantarme a dárselo.

Satisfacíame que, entre lo uno y lo otro, no hubieran mermado los doblones que traje, y cogí la maña de vaciar de madrugada la palangana en el patio, antes de acostarme y aunque el agua estuviera nueva, para poner en ella los reales ganados a la noche y que Anica los viese por la mañana. Y muchas veces, con vino o sin él, me volvía para la pared ya acostado y veía velas tendidas y abordajes, y la playa y los verdores de Mosquilla, y las calles de Sevilla y San Juan y Venecia, que hasta me

creía en ellas, y me despedía de todo eso moviendo un brazo en el aire.

Recién dormido, me senté una noche de un salto en mi catre como si me hubiesen dado un empujón por abajo, todo agitado y resollando igual que si me ahogara, pero sin llegar a sentirme malo. Me encajé la camisola para salir otra vez; no quería despertar a Anica, pero la había despertado ya. Alargóme una mano sin decir palabra ni hacer por retenerme, y le adiviné en lo oscuro aquellos ojos grandes puestos en mí, hijo, como preguntándome qué nos pasaba. Me levanté, me calcé y me eché a la calle.

Junto a la puerta de San Juan de Dios y a la luz temblona de las ceras, vi la estatua del Ángel Tobías con su pescado en la mano y los cuadros y medallas de sus curaciones y salvamentos en la mar, y le eché de lejos una pedorreta. Bajé a la Plaza, donde ya habían empezado a poner los palos y las cosas para el día del Corpus. Muchos hombres descalzos, pescadores y no, tiraban hacia el Baluarte de los Negros de unas redes recién sacadas de la mar. Ni me miraron. Me afinflé del tirón unos tazones de Chiclana blanco en lo del Hernán, y luego, por Juan de Andas, enveredé hacia las callejuelas que cogen para la calle de la Carne. Más que mi cabeza, eran mis pies los que sabían para dónde ir y para dónde no, y algo andaban rastreando. Iba yo palpándome el cuerpo en busca del Moreno, como si lo llevara encima, y en un callejón sin salida me lo sacó al aire el vino. Vi una sangre salir por entre unos labios gordezuelos, como cordón colorado que de ellos se escapara y le pringara otra vez la perilla al primer hombre que maté de mozo, que hasta lo vi tendido por los desperdicios, encima de las piedras de la calle. Le digo:

—No haberte hecho el vivo y a lo mejor, muy viejo y todo, en tu cama estarías durmiendo.

Ya luego volví en mí y miré que allí no había nadie, y también se me fue del caletre que ese muerto me había hecho quien yo soy, y supe que,

antes o después, a otro le hubiese ido con igual recado.

Entonces eché a correr para la casa. Ya empezaba a clarear, y qué cuerpo no llevaría yo, ni qué malamente no andaría por adentro, que Anica me lo sintió, se me vino al catre y me estrechaba sin buscar otra cosa como muchas veces, sino para sacarme los fríos, pues además y aun metido el mes de mayo corrió aquella noche una brumilla de empapar, como las de Venecia pero rara aquí en Cádiz, ésa que dice la gente de la mar: «del levante sobrina y del agua madrina», porque lo mismo trae lluvia luego.

Me tapó y calentó Anica las carnes, pero no se me iban las ardentías ni los barruntos. Se lo dije de pronto, con la cara contra la almohada:

—No valgo para vivir contigo ni con nadie, no valgo.

Una cosa como una espina grande se me estaba saliendo del cuerpo al decírselo, pero luego me eché un poco para atrás de lo dicho, por ella y por mí, y me desesperaba que Anica no rechistase. La zamarreé por los hombros, levanté la alcuza que siempre dejaba ella encendida en el suelo junto a mi catre, para quitarme tropezones, y le vi en la cara lo que nunca le había visto: miedo.

—¡Buen aceite eres y sartén rota soy, ya lo sabemos! —voceé volviéndome a la pared.

Me durmieron de golpe el cansancio y el vino; despierto a hora de mediodía, y aun viendo que no estaba allí, llamé a Anica a gritos desde el lecho. Por la ventana abierta me llegó del patio un rezongo gruñón de palabrejas que no entendía. Vine a distinguir en ellas la voz del capitán Delon, renegando en su habla de Francia pero sin disimularme el nombre, que yo lo escuchaba, y mentando también a Anica de cuando en cuando. No entendí sus megüí ni sus sivú, pero la tonada sí, y que me estaba maldiciendo.

Ya en las semanas últimas había ido viendo yo asomar trapicheos



grandes entre Anica y ese Delon, que le tenía alquilada su espada y su fama a un mercader de Indias con caserón en la calle de Sopranis, allí a tres esquinas de lo nuestro. En todo hacía su antojo el francés, y más en lances con hembras: al llegar nosotros a la casa, todavía andaban santiguándose las comadres a cuenta de cierto alboroto que armó el Delon delante del Cabildo, por andar acosando desde el caballo a una mujer y llegar a plantarle una mano en los pechos aun yendo con su marido y por la calle.

Dos veces vi a Anica corresponder a las agachadas y lindezas del capitán, que me dijeron nacido en El Nantes, como ella, y que no le ahorró zalema desde que en la casa nos aposentamos. Según una vecindona lenguaraz, un domingo Anica le había pasado muy complacida sobre la capa, que el Delon se la echó en el patio sobre unos fangos para que no se embarrase los pies a vuelta de misa; y, otra tarde, yo mismo la vi platicando con él un trecho en una casapuerta, los ojos muy por el suelo ella, pero habla que te habla con aquel gallo empenachado.

Se me pasó algún día por la cabeza que todo ese juego de mi mujer era para mí, a ver por dónde salía yo y si, con lo del francés, se me empinaban los celos y los amores. Pero, estando éstos tan dañados, mal podían remover aquéllos, ni andaba yo con el mando que es del caso, hijo, sino con los derechos arredrados y aminorados por mis desatenciones y feos con Anica, que en lo de yacer con varón, y del panaderito de Alcalá a mí, había pasado de estar harta de niño a estar hambrienta de hombre. Bien se encargaba ella de cobrármelo hasta sin advertirlo, con un despecho que hallaba salida por donde fuese, o en contras y alteraciones de furor, recredido y a más aquel inconsolable mar de fondo suyo: el de que, en su entera vida, todo Dios y yo el primero no habíamos hecho más que sacrificarla y tenerla de orinal para necesidad y descarga de cada uno y de cada una. De ahí le venía también el pintárselo

todo según debía ser y no era, y a padecer de repente aquellos nervios y disparatorios que me la apartaban más sin yo quererlo y no la dejaban oír mis arrepentimientos y consuelos, con lo que se acarreaban nuevas humillaciones para los dos, y violencias; ni sabía yo atenerme a sus malos piques, tomarle las vueltas y beneficiarme con lo bueno suyo, que era mucho, paloma herida ella y yo gavilán viejo y volador, harina blanca en sus manos y mugre de sangrazas en las mías. Pero tampoco quería, te lo dije, bachiller, dejarla en desamparo ni, por cariño y costumbre a su persona, acababa de hacerme cargo de que para lo que no hay cura, no hay más que sepultura, porque, muerto el amor más grande y no enterrado, ni sobrellevada su muerte, se pudre en rencores. Ahora es cuando lo tengo todo asentado y entendido, que en viviéndolo no lo tenía y ya dice el dicho: duérmelo y lo entenderás. Peor que uno, nadie pudo hacerlo.

Así que tan estrujado y, aunque tapándolo, tan vergonzante y dolorido estaba yo con todo aquello, en aquel salsipuedes de no saber arreglarla ni arreglarme, y por no darle a la mujer lo que el hombre ha de darle, que hasta pasé por alto lo que a nadie le hubiera pasado antes. A mí, que no me los habrás visto en todo el tiempo que me conoces, lo mismo me ves ahora subírseme a la cara los colores, muchacho; hay cosas de las que mejor no acordarse y, si te las tragaste, menos. Pero como te has llevado ya noticia de hasta cuántos pelos tengo, a qué callarte ya esto o lo otro. Nada se me está yendo por decirte: entre lo memorioso y tanto tiempo aquí con este hierro en los pies, volviendo riendas siempre a lo pasado...

El miércoles de Corpus habían ido llevando los vecinos al patio de la casa unos muñeques en cueros muy gallardos, con intención de vestirlos y pasearlos detrás del alarde a caballo que baja el Jueves Grande a despejar la plaza del Cabildo, antes de soltar los toros. Eran esos fantoches a tamaño de gente y con todito lo de sus cuerpos a la vista

menos las vergüenzas, que esas partes las tenían lisas y sin su hechura cuando lo demás estaba tal cual es, hasta las uñas todas y el pelo natural, y el vello pintado en el pecho de los hombres, y las tetas de las mujeres con sus puntillos oscuros alrededor de los pezones tiesos.

Los habían prestado para las fiestas unos mercaderes genoveses que se los trajeron de la Italia, y allí estaban por el patio, de pie contra las paredes, y ya andaba media vecindad buscándoles trapos y vestimentas con que ataviarlos y lucirlos en el alarde.

Entrábamos de la calle yo y Anica, y se volvió ella al patio no más pisar nuestro aposento, distraída y alborozada por aquel trajín. En esto, sale el capitán Delon de su puerta y, sin quitarle a mi mujer la vista, se va taconeando para una de las muñecas desnudas, se pega a ella de frente y le pasa la punta de la lengua por entre los labios, muy despacio, de lado a lado de la boca, y las manos por todo el cuerpo, con mucho y verdadero deseo, entrecerrando los ojos pero sin dejar de ojear a Anica, que a quien se estaba comiendo era a ella y no a la monigota.

Ni el uno ni el otro me veían, pero yo sí que los vi, y al menos tres vecinos, y estremecerse Anica de pies a cabeza como con un sopitipando de frío. Le mandó luego al francés un beso con la mano, aunque con la cara colorada, y se metió en seguida a toda prisa en nuestra alcoba.

Deseando estaba yo que volviera y enredarme con ella a palo limpio, pero a ver si tú eres capaz de decirme, hijo, por qué no lo hice; un clavo es ése en el que no di nunca: ni siquiera le dije tate. Algo se me vendría a los adentros que me eché al jergón, pasé por ese desmán y me quedé quieto y callado, mirando a Anica y entendiendo que, cuarentona y todo, aún andaba sobrada de la gracia que le conocí en El Puerto como para seguir embarcando varones.

Pero, igual que aquella mañana en que escuché al Delon renegar de mí y mentarnos, tampoco hice lo que debía y caía de su peso, que era

echarme al patio y pedirle cuentas a él.

Esa misma noche, lleno ya Cádiz de lugareños y gente de la bahía y de las naos para la festividad del Jueves, pelé en el garito del Romano y sin rehuir pasarme de la raya a un piloto francés de Saint Maló, hideputas.

—Mucho ganaste —me soltó uno en la puerta, royéndole la envidia la voz.

—Que te den un tiro mellizo —le dije, y salí sin mirarlo.

Torné a la casa pronto y sin vino; Anica ya dormía.

Despertáronnos las dianas del Corpus y, aunque de hacía tiempo tampoco era ya un bien para nosotros andar a entretenernos de paseo, sentí un pesar por los dos, más fuerte por ella, y, al darme Anica mi escudilla de sopas canas, le dije que nos dejásemos de cuentos y nos fuéramos a la calle de La Pelota para ver bien la procesión y la custodia, atusados con las mejores ropas que tuviésemos, igual que todo el mundo.

Como en velamen de galeón, retumbaba el viento de Levante en los toldos de azotea a azotea encima de las calles, y habían puesto el romero por el suelo de la carrera y la Santa Cena delante del Cabildo, que fue el ayuntamiento quien pagó el año pasado casi todas las costas para que pudiese salir la procesión de Corpus de la Iglesia Mayor Catedral, a pesar de los nuevos piques entre curas y civiles; te acordarás de que, poquito después, hasta apedrearon clérigos y muchachos las puertas de la casa del alcalde mayor por quitarle al juez de la Iglesia el juicio de un preso que el otro quería para él.

Nos quedamos junto al Arco, abajo de las torres de Nuestra Señora del Pópulo y entre mucho gentío. No había visto yo antes ese armatoste del Santísimo, que dicen tan viejo y de tantos méritos. Si los tiene, no lo sé, pero entre lo mucho malo mío, por poseído no me tengo y, lo que es el oro y la plata que lleva esa custodia, en la verdad de los metales no hay

quien me la pegue a mí. Y te digo que eso es como un barco de riqueza calle alante, que hasta en el ruido de las campanitas le vas escuchando la plata de precio, y toda esa torre es de ella, sin remiendo ni faramalla. Y esos chispazos de oro son de oro y no de otra cosa: lo del cogollo ese grande de en medio, el que lleva la hostia y va abajo de la torre de plata, que estuve yo pesándolo con los ojos y calculando a cuánto sale y, de tener dueño, medio Cádiz puede ese hombre comprarse vendiendo el completo, ni te digo lo que darían por aferrarlo el don Morgan o Amaro, porque vale diez *Garzonas*. Así que no te extrañe que vaya como va, con tanta tropa y armas y todos los caballos, y el obispo entre la jumera del incienso, y los banderones, las músicas, esos tres sochantres flamencos de los de iglesia, que cantan como las sirenas del agua, y los mandos de mar y tierra, que hasta de Sevilla vienen varas altas y almirante con fajín, aun siendo allí también mucha cosa el Corpus.

Doblé el espinazo cuando esa custodia pasó y toda la gente andaba por el suelo, conque Anica me tiró del calzón y lo que hice fue agacharme un poco más, que si ella no me fuerza la voluntad a lo mejor me hincó, aparte de que no me daba mi gana y lo mismo podía pasar por baldado o cojo de los que no pueden echarse de rodillas. Estaba Anica con las dos por tierra, muy arrecogida ella. Se levantó luego con lágrimas, me rozó un poco de romero del suelo por el jeribeque de la frente, como bendiciéndolo, y bajó luego la cabeza, ya con otra cara y triste porque no dábamos con la manera de seguir juntos ni de terminar, o porque yo de pronto ni la miraba, a causa de lo del francés. Quería yo una tranquilidad y una confianza suyas que no me había ganado, y ser hombre muy de carril para entenderle sus ajustes y desajustes. No lo era, y ahora lo veo.

Después de almorzar, se fue para sus enfermos, y había de salir del Hospital a prima noche.

Cuando me levanté de echar siesta, toda la plaza de la Corredera

hervía ya para los toros, que hubo hasta golpes y luego una escaramuza en la Calle Nueva, pero no ya por coger sitio, sino porque un contramaestre de naos y un caballero desnudaron las espadas a cuenta de una deuda, frente a las casas nuevas de comidas de los franceses, y otros fueron tomando partido a favor de cada contrario, no sé si lo viste, y también gente armada con estos garrotes de ahora que les dicen de garabato y ha de ser por la señal que dejen, pues no tienen hierro ni vuelta alguna. Así que media Calle Nueva se fue enzarzando hasta desembocar aquello en una boruca que la vi al lejos y dejó sobre el romero a tres heridos, después de cargar la caballería del Rey.

Andaba yo otra vez animadillo, con ésa y con todas las danzas del día, de manera que me fui para el bodegón de Hernán y me eché al colete un vino grande, y luego otros dos latigazos, de ron el tercero, que acabaron de sacarme los agobios de la cabeza. Pero me contrarió de pronto que todo Cádiz y la forastería siguieran disfrutando de la fiesta a la tarde, y Anica se la pasase como una boba de la mar entre llagas y moribundos, y sin una necesidad de los cuatro ochavos que los de San Juan de Dios le daban. Sin pensarlo ni sobarlo, me abrí paso Plaza arriba camino del Hospital, con la gente apiñándose por toda la cuesta a esperar los trompeteros y los caballos jerezanos del alarde, que ya venían haciendo cabriolas y corvetas por la esquina de arriba, la de la Banda de Vendaval.

Demandé por Anica en la portería y un lego grandullón me miró con ojos revirados, bisbiseando que no eran horas ni momento de verla. Le porfié diciéndole ser su esposo y que se trataba de una precisión. Por fin, mandó de mala gana un zagal a buscarla, y la veo y le digo allí mismo:

—Hoy lo dejas y conmigo te vienes a ver los toros de rejón, que mañana será otro día.

—No he de ir, Juan —me replicó Anica—, ni tenías por qué haber venido, y vete sabiendo que a la noche me estaré en casa y tampoco

saldré, que igual le da a tu gana por sacarme.

Todo esto malgeniosa y, sin darse cuenta con los nervios, poniéndome en desaire delante del grandullón de la puerta, bien esponjado él con que le diera mi mujer la razón y me tratase a la baqueta a mí. Le digo a ella:

—Ven acá, y se me remontó a rabia la alegría de las copas y tomé a Anica de un brazo tironeándola para la calle y aguantándome muy mucho la otra mano para no ponérsela en la jeta al de la puerta, porque esa mano se me estaba yendo y a ella no le quería pegar en medio de la gente. Nos salimos a la calle como para la plaza de las Canastas, y yo:

—Como Juan me llamo que te vienes, y ella:

—Te buscas a otra, tan forcejeando, riñendo y a empellones ciegos los dos que fuimos a dar muy brutaemente contra uno de los caballos del alarde.

Se encabritó el animal y, poniéndose de manos sin que su jinete pudiera sofrenarlo, se le echó encima a Anica.

Vi su cabellera remolinear entre el braceo del jaco, la empujé al suelo lejos de él, que no sé cómo no le abrió la cabeza, y, apenas levantarla y verla salva, di media vuelta, más harto ya de la pelea que asustado del trance, y tiré otra vez para La Corredera entre las gentes.

Desde dentro del bodegón de Hernán, subido con otros tres en lo alto de una mesa junto a la puerta y entre camballadas y agarrones para no caernos, vi los palcos del señorío alrededor de la Plaza engalanada, y la grandísima multitud de gente a mirar, desde atrás de los alabarderos y los vallados, y los balcones y azoteas de bote en bote.

Meter cabeza para ver los toros no se me dio hasta que no alancearon, aperrearon y desjarretaron al primero, y echaron el segundo de cañas y rejón, que ya al que vino luego lo vi mejor todavía y salió a torear el capitán Cisneros el mozo, ése de las Aduanas, que se trajo a un tío suyo de las Algeciras muy diestro en lidia, y con su ayuda lo hizo bien aunque

nunca lo había hecho, sin atropellarse y hasta burlando al toro con las plumas de su sombrero. Y si tú estuviste allí, que igual no estabas, te acordarás de que, no más salir el otro toro, empezó a correr y a resonar un rumoreo por toda esa Plaza, y se vio en seguida que no había de ser por algo malo ni de susto, como el temblorcillo de tierra de un mes antes, sino por cosa buena, pues los caballeros se levantaban alzando los brazos al cielo y se felicitaban de un palco a otro, y las familias por los balcones, y el gentío tocando palmas acá y allá, hasta que reventaron las iglesias en un campaneo todavía más fuerte que el de por la mañana para la procesión. Y todo era que, como siempre, ese picarón Granados había descubierto la flota de Buenos Aires, la de don Diego de Zúñiga, mucho antes de que la avistasen los marinos, fletadores, vigías y cuantas hembras y varones se estaban de sol a sol en los miradores de las casas, poniendo los ojos en la mar y temiendo la pérdida de esos barcos, por la tardanza en que andaban.

Ya has de saber que, en eso de descubrir naves, no marra ni tropieza el truhán del Granados, hijo, que cuando él dice «esto viene por la mar» no importa que ni Dios lo vea venir y ni hay ya que mirar, porque es cosa segura que viene, y ésa es la habilidad de ese bribón y de ella vive, y medio Cádiz lo tiene por ella en palmitas: como que, aun siendo El Granados un don nadie y tan menudillo, dicen que a cuenta de esa maña se acuesta con la que le plazca, por alta o baja que esté. Conque, así se tardara otro día en verles una vela, como se tardó, ya estaban ahí las naos del Zúñiga, que, nada más en cueros de res, habían traído la última vez doce mil al pelo, de los mejores del Río de la Plata y de la isla San Gabriel. Y se disparó el júbilo en los toros, porque son tantos dineros y esperanzas y bocados los que en esa flota vienen, y grandes ruina y hambre para muchos si le pasara algo.

Lindo anuncio fue aquél, bachiller, y no el que vuela ahora por esa



bahía soliviantando y amargando a unos y a otros, que a ver cómo acaba todo esto. Y yo aquí a mirar por ese ventano, y venga a esperar y a consumirme.

Pero, volviendo a lo otro, toda aquella alegría de campanas y toros y vítores, que estaba Cádiz como loco con la fiesta y el arribo de esa flota, me remontó la hiel de los adentros: todos con tanto bienestar y yo con tan poco, y el desprecio de Anica tirándome mordiscos como los perros al primer toro, que otras veces hasta le había oído bufarme que tan corta gracia le hacía yo como cuantas cosas quería imponerle a trancas y barrancas, me decía.

Vi también las luminarias y fogueos de por la noche y llegué a la casa de madrugada, malamente, envinado por demás, como que ni me desnudé y hasta no llevar un rato en el catre no noté que Anica no estaba en el suyo. Aun con la alcuza encendida en el suelo, ya me lo había parecido otras veces, pues siendo ella de poco bulto, le daba también por dormir boca abajo y con la cabeza cubierta, de manera que, más de una noche, alargué un brazo al no verla y allí estaba, así que volví a alargarlo. Y no palpé más que las ropas.

Me inquieté, pero entre el molimiento de las carnes y el bastonazo del vino, que ya me cerraba los ojos, me dije que habría salido para hacer alguna necesidad y me dormí. A la mañana, volví a ver que no estaba, ni sus prendas, y me eché al patio y me notificó mi vecino, poniendo mucho tiento en decírmelo, haber oído al capitán Delon montar muy de noche a caballo, luego de un entra-y-sale a su alcoba como aparejando en él todo lo suyo, y que luego fisgó por la ventana y lo vio cabalgar para la calle, llevando una mujer a la grupa.

Digo yo que se irían de Cádiz, hijo, pues verlos no los volví a ver. Ni, de haberlos visto, hubiera yo movido dedo ni lengua, lo sé, y que por miedo no, sino por no seguirle empantanando la vida a nadie ni

ahogándome con la mía.

Los días primeros de vivir solo, va para un año, no hice más que estarme quieto en la cama, dándole vueltas al pensamiento de que todos mis pasos no habían hecho otra cosa que encaminarme a eso, a viudo. Pero a viudo sin serlo. Sin muerte. Con el vino, volvía a ver a Anica antiguamente, desmayándose conmigo de amores en su aposento del Puerto, aunque no la veía más que parte por parte, oye: un tobillo, los ojos, medio brazo, un pechín o una mejilla con un bucle de su pelo negro, allí en el aire cada cacho de ella, a dos palmos de mis narices y como agrandados todos a un tamaño que no era el suyo. Luego, cuando me despeñé, ya la veía entera. Para eso fueron las borracherías grandes. Por eso las tomaba y no las dejaba y venían los despilfarros, a mansalva y como vengándome de mí pero volviendo a mi ser, que dineros yo no precisé nunca y con el comer al día y el dormir abrigado me estoy contento.

En la casa de La Jabonería me dio achares seguir, con las caras compadeciéndome o, cuando no, soportando las befas y mancuernas de los picaruelos. Y me amargaba un peine roto que Anica se había dejado, aunque no lo moví de su alféizar de la ventana, y ver el fogón apagado a toda hora, y aquellas cuatro paredes sin asomo de lumbre ni calor, ni pedazo de pan en el aparador ni dedo de agua en la alcarraza, así que tomé mis dineros y mis dos trapos, y me pasé al caserón de La Madre Oscura, como en tiempos. Pero, en faltando ella, todo es allí ahora piojo y pulga y chinche, y sin maravedí o con él has de dormir en suelo duro, conque me mudé a cuarto chico en unas casas muy antiguas de la calle de San Juan, que hasta el final me fueron de mal pie, porque ahí fue donde me despeñé y donde me las dio todas juntas el santo de mi nombre.

Ni tenía ni tengo en olvido, y por eso te lo estoy diciendo, el escarmiento aprendido muchos años atrás de que los reales no son para

tirarlos: por lo mismo que no se me olvidó tiré los míos, buscando verme como me había visto y quién sabe si por volver a mozo, que es locura grande. En poquillo se quedó a mi lado un cierto manirroto de Mosquilla, que una noche de bureo vi darle en unas casas de Santo Domingo diez pesos fuertes a una zorrita, nada más que por mirarla en pelotas: a mí, todo el verano pasado, si una pelagarta me pedía dos, le daba ocho, y luego a lo mejor ni me iba con ella. Pero eso no fue más que para empezar.

Un día de no acostarme, empalmé con los de la noche los vinos de la mañana, tiré cantando para la Calle Nueva y me llevé atrás a más de veinte arrapiezos desmayados, que llegué a reclutar toda esa tropa mostrando en alto un doblón de oro por las calles y llamándolos como a las gallinas, «pitás-pitás». Entreme con ellos por la tienda de Bonmatí y los eché encima de los fiambres y la dulcería, en un lindo alboroto donde se oía de todo menos las voces. Hasta bandejas llenas viniéronse al suelo y no hubo cara, brazo ni pecho que no se viesen al momento encalados de merengues, lustrosos de mantecas de pemil y emplastados de cremas, salsas y confituras. No más entrar, le había puesto yo en la mano al Bonmatí hasta cinco ducados de plata, mas le faltó tiempo para decirme que él no podía ver en ese asalto lo que cada cual se estaba comiendo y guardando y destrozando, con que le di otros dos gruesos y ya lo acallé. En esto, acudieron espada en mano tres justicias, que también comieron y después se fueron, visto que aquello no era robo ni motín, y aún me pidió el dueño otro peso, muy sofocado pero haciéndome reverencia y rogándome reparase en que estaba su tienda a medio vaciar, aparte estropicios y roturas, y en que sus clientes se volvían en la puerta y no entraban, por causa de aquella rebatiña de costosos. También le di alirme ese dinero de pico, y media cachetada algo más fuerte que gentil.

Cuando espichó el señor marqués de Villafiel, el gobernador, que fue

en julio último y le decían El del Parche ya tú sabes por qué, pues también me costó lo mío. Me había caído muy entre ojos ese hombre, dos veces que lo vi en su carroza por Cádiz, y el día de su entierro me fui al final del cortejo, persignándome y con cara de pena pero enseñando otra vez el doblón de cuando en cuando, y juntando gente de más edad y cabeza que los muchachos para celebrar esa muerte sin disgustos, como así fue, que más de treinta vagamundos almorzaron luego y bebieron de mis reales indianos. No me pesaron, porque hasta el entierro del señor del Parche me cayó malamente y no ya por los lujos y gorigoris, que me los esperaba, sino por lo del caballo. También te enterarías de aquello, bachiller: que él dejó dicho antes de morir que hicieran eso con su caballo, y lo hicieron. Y allá iba en el entierro ese animal, con su gualdrapa de luto, cojeando detrás del amo muerto y como mostrando sentimiento en el andar, igual que si le doliera el trance, cuando lo que le dolían era los cascos, que se los habían descalabrado a martillazos para que fuese como iba.

Las noches, de trago y putas o de llanto solo, fueron menos lucidas, y me mareaban ya dos vasos, y para remediarlo y refrescar la calor me tomaba otros cuatro.

Hice un día buenas limosnas y mandas en San Agustín, y enterado de ellas por los páter todo el curato de Cádiz, se me empezaron a arrimar tres capellanes muy zalameros, confesor uno de las Monjas Descalcitas, y otro muy alto y con borlas moradas en la esclavina y el peto, como dándoselas de cardenalazo. Y, aunque no me lo dijesen, por ellos supe que se había corrido la voz de mis dineros en dispendio y que las sotanas ya venían a por cuantos pudieran. Les apoquiné veinte de a ocho y para cinco iglesias, a condición de que se le dijese una misa, con sus paños negros y sus ceras, a mi hermano El Mono que Dios haya, poniéndolo muy claro en las puertas el día antes y con esas letras floreadas que ellos

gastan para los muertos de gran respeto; también me acordé de Corradino, pero no quise honras de iglesia para él porque las misas no eran lo suyo.

Contestáronme los clérigos muy alegres que sería cumplido mi encargo pero que supiese darles nombre y apellido del difunto, por no ser cosa de razón avisar a los fieles de que iba a oficiársele misa a un mono, así fuera mote de cristiano. Repliqué que eso era lo unquito que había de ponerse y que, si no se hacía, aunque lo que se da no se quita y ya eran suyos los veinte doblones, no acudiesen a mí padres ni obispos, pues ni un ochavo más me sacarían. De modo que me hicieron caso, y hubo luego mucho corrillo y golpe de pecho con aquel anuncio en las tablillas y con que, en el momento preciso de las misas, encomendasen los curas a Dios el alma de su hijo El Mono, alzando la voz y volviéndose como está mandado.

Lo que no les dije antes a todos éstos fue que una y no más, pues en cuanto me salí con la mía ya no aflojé un real para la Iglesia, por mucho que luego me vinieron y rogaron y recordaron mi palabra.

Yo diría que, a cuenta de ellos, se me entró un sábado en mi aposento un carriagrio de la Ley con dos corchetes, a averiguar quién era uno. Me las vi venir porque estaba fresco, llamé a tres vecinos por testigos y, en lugar de ocultárselos, le saqué y enseñé al mengano los dineros que me quedaban, diciéndole me los había ganado en Indias y en la mar y con mi suerte en las cartas, pero todos muy honradamente, y que, si no, viniesen a probarme otra cosa. No la hallaron, ni más que decirme, y salieron trinando, aunque con dos pesos cada uno para que se les fuera el sofoco y no me diesen más incordio.

Cuesta abajo en el derroche, lo que sí has de poner ahí muy bien puesto, bachiller, es que yo, de memo, ni entonces ni antes ni después: bien me percataba de lo que andaba haciendo y de mi ruina en gustos y

ocurrencias, que ya eran célebres desde que le compré una tarde todas sus baratijas a un buhonero para regalárselas en el muelle a las comadres, a los negros y a los chicuelos.

Todo se cobra y paga en este mundo, y yo, que me pasé la vida despojando, despojado fui, y además dos veces en tres días, para agosto hará un año. Me faltaron de lo mío sesenta reales que no escondí con los otros, sino bajo el cabezal del jergón, y por mi madre que debió robármelos un napolitano Añasco, uno de los tres vecinos llamados por mí de testigos para lidiarme al alguacil, y que al saberme en la calle se me entró a la alcoba por la ventana; otro no pudo ser. Y, a los dos días, me metieron los ganchos en la taberna de Sánchez: ¡a mí! Me vuelan esos cuartos una hora más tarde y, ya con la bebida, ni hubiese caído en que estaba sin ellos. Mas no fue así y hasta me acuerdo del mulatito, casi una criatura pero con igual o mejor maña de la mía a su edad, que andaba brujuleando por el mostrador y debió guindármelos; en otros tiempos míos, no le hubiera arrendado las ganancias.

Más de una noche no me dejaba el vino llegar al catre y la claridad y la fresca del alba me despertaban echado en cualquier esquina o abajo de un árbol de la Plaza, cuando el alcohol se había tomado su primer sueño, el fuerte, pues, antes de él, ya podían caerme aguas y ventarrones, que no me enteraba.

Llevaban una mañana dos mozos un espejo de cuerpo entero por la Calle Ancha y, aun con los pasos algo trabados por el vino, me dio por aligerar para contemplarme. No sé qué vejancón temblón y desencajado, entre medio muerto y feroche, me miró desde la luna de ese espejo que más corrí para irme que para verme. ¿De veras era yo aquél? Me parecía que no, pero que tampoco podía ser otro.

En fin, tan a más fui en el beber y el despilfarrar que me dejaron en cascajo, sin brío ni para despiojarme como todo el mundo, tendido en el

jergón noches y días, y, cuando no, de caídas y tropezones. No sé cuánto hará de que se me fuera el último doblón indiano, pues me enreda y trabuca los tiempos la tormenta de cosas: las hay que me parecen antiguas, y luego recapacito mi cabeza y veo que ésas son del año pasado, mientras que me saben a de ayer mañana otras cosas de hace mucho, que este penal y esta espera me confunden aún más. En verdad, lo mismo da que fuese viernes que lunes cuando me vi sin blanca. Me quedaba el naipe y hasta a él quise irlo dejando. Tampoco me era de gran menester; facha y vestimenta no me importaban, llegué a mantenerme con dos bocados, y el vino que me avinagró y estragó el buche me guiaba ya a su buen capricho, pilotándome la persona y las horas todas. Y creía yo irle ganando acomodo y olvido a mis memorias de Anica, pero no mermaron ni se me han gastado del todo.

Una atardecida en que ya llevaba cantadas las cuarenta, vi por el Pópulo mucho meneo en la Iglesia Mayor y me acerqué. Sentábanse en la Seo los de siempre y, con ellos, media milicia alta de agua y tierra en un bullerío de luces, todos en ropa de día grande y con mucha plegaria y canturreo y las puertas del templo abiertas hasta tocar las hojas sus paredes, que algo gordo estarían celebrando. Me escurrí a trompicones hasta llegar a lo despejado y planté los pies renegridos en la alfombra que corría de la puerta al altar mayor. Mucho se me venía a la boca, y de bueno nada, y más me enconaban los ojeos de los señores, que ya veía yo muecas a mi persona, no fuera a estorbarles los kiries y los amén. Nada hablé porque estaba esperando que el vozarrón del órgano me dejase levantar mi ronquera y soltar que mentira era todo, gusanera lo de arriba y lo de abajo y lo de en medio, y todo mojiganga y morisqueta, Dios y el Rey, y el día y la noche, y la hora de cada nacimiento y la de cada muerte. Por ahí iban a írseme las palabras, que ya se abajaba el órgano y las tenía en la punta de la lengua, cuando dos alabarderos, corriendo uno de cada

lado de la iglesia, se me vinieron con las alabardas adelantadas como para clavarme en ellas. Me tomaron por los brazos, me arrastraron por entre el camino que les abrieron en seguida los de la puerta y me echaron rodando por las escaleras del atrio, cosa que, a la postre, fue más buena que mala, digo yo.

Hasta que una noche, que era septiembre pero saltó aguacero y estaba yo lejos de mi arrimo, tanto se ensañó el vino conmigo que acabé dormido con una mejilla en el lodazal de una plazuela, y allí se estuvo mi cara hasta que una mano, no veía yo de quién, me la levantó del barro, ya de mañana. La volví y le miré la suya a un caballero muy corriente, quien me dijo en cuclillas junto a mí que, como él no era ningún santo varón, si yo no quería que me ayudase, no tenía más que decírselo y seguiría su camino sin molestias. Di en contestarle, con lengua estropajosa, que nadie ha de hacer nada de provecho por quienes nada quieren hacer de suyo, más que consumirse y acabarse. Ladeó el hombre entonces la cabeza, enderezó las rodillas y le oí decirme que quedase con Dios y que, ya que no me faltaba inteligencia ni aun en ese estado, podía quedarme alguna para entender al menos que andaba a las puertas de la muerte y que mejor era terminar en seco que en un charco.

Dicho esto, dio media vuelta y se fue con sosegados pasos.

*A 31 de mayo.* ~~~ Seguí un trecho con la vista a aquel hombre despejándome el fango de la cara, y luego lo llamé. Lo llamé con las fuerzas que me quedaban y también con las que ya no tenía. Lo llamé aun sin saber para qué, ni qué iba a decirle. Cuando tornó y me habló de nuevo, ya empecé a hacer memoria de su voz, y cosas que me hablaba me estaban echando una mano para hacerla.

Díjome ser pintor, de Sevilla, y hallarse en Cádiz para pintar unos



cuadros de santos. No me sentí reñido ni empachado cuando me franqueó su temor de que, según me veía, no tenía por nada seguro que yo fuese a dejar el vino así como así, pero que andaba necesitando un asistente que le colocara, en la iglesia de su trabajo, esos andamios que ellos echan para ir pintando los santos en los techos y las paredes; y que estaba demasiado viejo un negro mandado por los frailes a echarle una mano en ése y otros quehaceres. No tenía yo más que estar bien despierto, siguió diciéndome, me daría medio real de plata y las comidas, y que si no me quería terminar de ahogar, ésa era la sogá que él me echaba, con la ayuda de Dios.

Se fue otra vez y allí me dejó, ya levantado y escuchándolo; lo último que le oí fue que, si lo dicho me parecía bien, fuese a preguntar por él en el convento de los capuchinos.

Lo del medio real y el comer, por el ojo moreno me lo pasaba yo: fui allí a buscarlo porque no quería morirme y me sonó bien lo que me dijo; si con sermones me llega, pues como quien oye llover. Ya en mi alcoba, me vino a la cabeza quién era el gordezuelo aquel, y me vi mozo por Sevilla, satisfecho de las migas con tocino que me había dado y quieto frente a él para que, con mi cara y mi figura, rellenase el hueco de aquel cuadro de santos, junto a la azotea de su casa. Aun con tanto remirar los rostros para pintarlos, jamás me reconoció él, ni le hice yo nunca acordarse de aquello porque me daba grima que me viese así de avejentado y descarriado, cuando me había visto y pintado hecho un galán de muy buen ver, y él, que era mucho mayor, no andaba tan demolido.

Pero al convento sí que fui; no quería morirme, bachiller. Ni quiero. Ahora: si ya me toca, pues a ver cómo. A ver cómo. Porque, si hay un Dios en el cielo, por lo más santo te juro que se tiene que fijar en lo mío, ¡ése se tiene que fijar!... Y tú, a lo tuyo. Un rato largo llevas aquí y yo

sin meterte dedos, a ver si sale de ti. Pero fíjate: tú nada más que meneando esa mano para escribir y parpadeando como una lechuza, sin querer saber de lo mío, ni de lo que pasa... ¿no te enteraste de que ya con viento a favor, que desde hace muchos días no los dejaba doblar el Cabo San Vicente, se viene encima toda esa cochambre de anglis y de holandis? ¿Es que no estás en el mundo? Ni por bajo cuerda vino anoche a contármelo El Orellana, pues hasta los locos saben que ya está ahí esa ruina, como una mancha blanca tapando al lejos mucha mar, según va anunciando el perillán de Granados, y que no son menos de cien velas. Si no se cuelan mañana o pasado, será porque no les conviene y andan esperando más barcos o ver la mejor manera de entrar. Y el colmo es que no haya en un Cádiz fuerzas ni tropas para sujetarlos, ni Cristo quien tal vio. Pues, aun llegando las que van a salir a buscar, no han de juntarse las que hacen falta: los retenes de aquí y los de Jerez quedan bien cortos, y de los otros sitios vendrían pocos, que las cosas van malamente por todas partes y los mandos tampoco han de dejar sus plazas sin guarnición... Que no sepas que eso mío de los pasteles no va a tener compostura, según le he oído también al sargento, que todavía eso no lo sepas... Pero ¿no estar bien al tanto de lo otro, cuando anda Cádiz con las carnes abiertas? ¿Dónde estás tú? Aunque le daba por lo mismo, ya a estas locuras tuyas no sé si hubiera llegado Corradino, me parece a mí. O será que también te está vaciando los sesos por abajo esa Inés del arrabal de Santa María, esa medio morisquilla-medio gitana con la que me contaste te vienes acostando de un tiempo a esta parte, sí: la que me dijiste te da una pechuga tan carnosa como sus muslos, siendo ellos de a tres palmos. ¡Lo que te faltaba!

Escúchame bien, hijo, ya sé que pedirte que dejes ahora esos papeles sería como guiñarle a un ciego. Pero cuando los recojas y te pongas en pie, a ver si sales corriendo en busca de tu señor pariente y le dices que,

si de algo han de servir, aquí están los brazos de este pájaro viejo y engrillado, y que de Fiera no tengo más que lo que de fiera ha de salirme si me ponen delante a esos hideputas que vienen... ¡Ea, ea, muchacho, no te enerves!: que sí. Que he de hablar más despacio para que puedas apuntarlo todo, ¡así lo haré!... Aunque ya no me hagas repetirte las cosas, ya no, ni pierdas tiempo queriendo escribirlas a tu manera, eso déjalo para luego. Si es que en Cádiz va a haber un luego, y si es que no te echa las uñas ese fray Valdés. Que anda detrás tuya y que tampoco paró ayer de indagar lo de nuestras escrituras. Hasta a mí me vino con eso, ¿lo oyes? Por ahí por esa reja y cuando todo el mundo no está más que con la cabeza en lo otro: a éstos no se les va nada, ¡nada!

Pero haz lo que te he dicho, hijo: diles que aquí me tienen. Y dile además a tu tío, y a los que sean, que en Puerto Velo de las Indias irá para diez años, y todavía antes en La Habana, armaron hasta a los micos viéndose en otra como ésta. Si llega el caso, vista no me falta ni en este ojo que deslucе, y aun dando mis mañas más de sí en los cuerpo a cuerpo, tampoco estorbarían mis tiros aun sin llegar a las manos, que ya no me tiemblan desde que dejé el beber. No sé si lo que te he dicho, aquello de La Habana y Puerto Velo, lo habrán hecho también acá en Cádiz mientras estuve fuera tanto tiempo. Allí se hizo, y los de cualquier nación lo hacen por toda la Mar Caribe, que es gran remedio aviarse con quienes sean cuando faltan brazos. Pero, que yo sepa, aquí se está a la antigua en cosas de guerra y siempre les da por no hacer lo que no se haya hecho antes, ¡eh!, así se vean ahora todos tan atrapados como yo lo estoy y como San Tarsicio bendito cuando los judíos le quitaron la hostia: sin más que la voluntad de no perderla y las pedradas con que lo majaron. Buena es la que viene por la mar alante como para dejar que esos perrazos se coman a Cádiz. Y lo de que hay poca milicia aquí, ya me dijo Orellana y ya te dije. En fin: veo que haces como que te enteras y que hasta vas poniendo cara

de atención, aunque no me fío. Pero, si de veras te despiertas de esos papeles, hazme caso, muchacho, y corre esa voz y ese consejo, pues a nadie va a ocurrírsele hacer más que lo de siempre, aunque haya poca tropa a defender y vaya a caer toda y para nada. Lo que es por mar, son siete barcos y medio los que de la Armada hay por ahí, y podridos, si los comparamos con lo que está a punto de embocar la bahía, carajo: tantísima vela, y de bajeles de guerra seguro que casi todas. Pero sigue escribiendo, anda. Corre. Ya ves: tanto esperar, y ahora todo se junta.

Cuando al otro día fui a la iglesia nueva de Santa Catalina, rondé por fuera un buen rato, dando vueltas como perro que va a echarse o que no se resuelve a entrarle a hueso ajeno, y luego el hermano portero no me quiso dejar pasar. Hube de porfiarle y alborotar medio convento, pues me había dejado el pintor sin darme su nombre y no caía yo en decir más que «el que está haciendo los santos», y ya tenía sabido que a quienes guardan puertas no les caigo en gracia.

Llegó él por fin, con una hopalanda llena de churretes y colorines de sus pinturas, se hizo mi fiador, me pasó a la iglesia y, antes, tuvo el valor de decirle a los frailes, para darles tranquilidad, que yo era un buen hombre y no hiciesen caso de mi figura desastrada. Se lo aprecié, porque Cádiz no es una Venecia y alguno de los de la cogulla me podía haber visto en una de las mías.

Aquella misma mañana licenció el pintor al negro viejo y empecé a ayudarlo; en lo del arte lo hacía otro pintor Meneses, de aquí de Cádiz, que le preparaba los colores y le terminaba los rincones lisos de lienzo subiéndose con él a los andamios.

Supo el patrón tratarme, componerme y, un día con otro,irme quitando del vino sin hablar de él por derecho, ni siquiera de lado, pero

arreglándoselas para hacerme saber que me había visto muerto y que le placía y había venido bien que ya no lo estuviese. Fui viendo, ¡ah, sí!, que era un beatón de los de remate y de los muy timoratos. Pero, con todo y con eso, me daba un calor verlo y escucharlo, y ni me incomodaron tanto sus manías, que las tenía por docenas.

Menos mal que a mí en Sevilla no le dio por pintarme de hembra, pues me dijo el Meneses que, desde mozo y por miedo a sentir el tirón y el deseo de ellas, se valía de garzones bonitos cuando debía pintar mujeres. Cincuenta veces nos preguntaba dónde andaba o quién tenía la llave de la iglesia, para que nadie entrase allí si no estaba él, ni aun estando, y al acabar el día le colocaba a los cuadros unos papelones, bien nervioso pero fijándose mucho en los picos y en cómo los ponía, para saber si en faltando él le había curioseado alguien el trabajo; con lo que, más de una mañana, hubo de reparar daños de esos papeles en la pintura fresca. Tuvo un día por cierto que habían entrado, perdió aquella mansedumbre suya y salió a voces por todo el patio con que se iba a ir a su taller de Sevilla dejando sin terminar el encargo, aunque perdiese los novecientos pesos de la contrata, y sin oír al Meneses jurarle y perjurarle que lo engañaban sus ojos y que allí no había estado nadie.

Me extrañaba que se le aguantasen esas contras, y le dieran ese dinero, y tuvieran los frailes la iglesia manga por hombro, revuelta y puerca, teniendo que decir sus misas en el comedor del convento, todo para que vayan apareciendo en lo blanco esas caritas dulzarronas y esos santos a color. Además, traer y pagar a uno de fuera teniendo ahí al pintor de Cádiz, a Meneses, que igual los podía haber hecho: mucho le alabó el patrón dos cuadros suyos, chiquitos y también de santos, que él le llevó al convento para que le diera opinión.

Pero el mismo Meneses me dijo que no, que como el maestro sevillano no había quién, y que me fijase en que a las telas y vestidos que

pintaba parecía que iba a moverlos el primer soplo de aire que entrase. Digo yo que, aunque así fuera, tampoco da eso para tomarse tanta trabajera y gasto, ¿no?

Apuraba ese hombre la luz del atardecer, y en tan cómico desespero caía cuando ya le iba faltando, que acababa pegado a su pintura, casi sin caberle el pincel entre ella y los ojos, y hasta hablaba solo allí arriba del andamio.

Nos salíamos luego de paseo por las obras de la muralla real nueva, de La Caleta a la cárcel, a barrernos del pecho los vahos del aguarrás, como él decía, y un día que Meneses no nos acompañaba le hablé al maestro de mis viajes y me preguntó un rato por Venecia, que si estaba allí el cielo color perla muchos días del año, según había oído, y otras parpallas y minucias de ese jaez, y también me hizo contarle cosas de Indias, admirándose de muchas como un niño. Ya lo iba yo conociendo, así que me figuré que daría con eso en el clavo de su gusto y le hablé de las mañas y la cara y el tipo de Amaro Bonfim, aunque mentándoselo de aventurero y no de piratón. Y decía él a cada rato, como pesaroso:

—No fui. Nunca puse un pie fuera ni vi un sitio de aquéllos, y tendría que haber ido a verlos, y a pintar toda esa camada de gente, Dios me valga.

Y ya le entró la fijación, y venga a preguntarme cómo era esto o lo otro, que no me dejaba, hasta que acabó convidándome a cenar nada menos que en el mesón de Montesinos, diciendo que un día era un día y sin pararse a mirar que mi figura no estaba para manteles tan buenos.

Nos sentamos allá al fondo y lo primero que hace es pedirle a un mozo el recado de escribir, que se lo trajeron con mucho cabezazo y diligencia, para dibujar a tinta dos cabezas casi iguales, y dale a enseñármelas y a preguntarme si era así ese Bonfim, con que no tuve más remedio que decirle que, a pesar de lo cariflacas, ninguna de las dos

cabezas se parecía gran cosa a la de Amaro, aunque los ojos blancuchos sí que se parecían bastante, según se los había explicado yo. A seguido me confié y le dije lo que me venía dando vueltas: que a qué pintar tanto y para qué. Me contesta:

—Es verdad, Juan. Para qué, si todo se lo lleva la muerte y es el alma lo único que ha de perderse o salvarse. ¿A qué lo demás?

Mira tú por dónde me salió.

Y luego, ya con la cena por delante, diome aviso en voz baja de cuidar que no llegara a asomárseme la comida a la boca, como me estaba sucediendo por tomar bocados muy grandes, y que no bebiese más vino que el que cumplía, sin volver a las andadas ni echar a perder, con la acidez de su abuso, los manjares que servían allí, lo cual era gran torpeza contra la calidad de ellos, y desperdicio para el bolsillo.

Nada de esto le tomé a mal, ni que me preguntase luego por Anica, de la que yo le había hablado a medias, pues cuando el patrón reparó en que ese asunto empezaba a amargarme y descomponerme, y que de buen desahogo estaba yo pasando a mal dolorimiento, cambió de plática y volvió a querer saber de mis tumbos por la América, siempre con muchas curiosidad y admiración, y diciéndome luego:

—Lo que es en Sevilla, y a cuenta de estar la Corona trayéndose a Cádiz las naos de Indias, ya ha de nacer menos gente de tu trote, mientras que cada vez van a ser más gaditanos los que vean mundo.

Comí una carne muy tierna al tomillo, guarnecida de huevo en hilos y de habichuelas verdes a la manteca, que nada más que en eso se le fue al maestro un dinero, y tomó él de postre una manzana, anduvo remirándola por todas partes, como si fuera una cosa del otro jueves, y también terminó dibujándola unas pocas de veces con el recado de escribir, pues no dejó que lo retirasen. Yo me comí una confitura antillana de cacao y coco, y al salir del figón me las tuve que aguantar muy en firme; en una

mesa cerca de la puerta había unos caballeros con tres damas muy aliñadas, y le oí murmurar a uno señalándonos con la cabeza:

—Lindo borrachón el convidado que lleva Murillo.

Pero no fue aquélla la vez única que él me convidó a cena, y a almorzar con Meneses muchas más, en un tabernón de la calle de la Zanja, cerca del convento. Hasta que una mañana, para apartarse menos tiempo de sus pinturas y como venía hablándose bien de ellos, me mandó a comprar y llevar a la iglesia, como almuerzo de los tres, media docena de pasteles del alemán de Puerto Chico, el hijo de chancro que me tiene aquí, y maldita la hora que puse pie en aquel horno.

Estaba lleno como siempre, pues aparte de salir los pasteles a siete maravedís, los vendía calientes o por lo menos templados, con todo ese relleno de carne sin pitracos ni estorbos y con el olor del orégano, el clavo y la pimienta saltando por fuera del hojaldre, que ya te acordarás de que no había quien no le bendijese al gran cabrón la buena mano y el poco lucro.

Aparte el sabor, dos piezas valían para saciar al hombre de mejor comer y, ya en aquel primer almuerzo, se dejaron los pintores medio para merendilla. Así que el patrón empezó a mandarme tres días en semana a por ese buen arreglo, y acabó por fijarse en mí aquel grandón cochambroso, y yo fui reparando también en él, pues al principio ni me había fijado en sus mechones rubios ni en esa cara redonda de color salmonete, con la boca entreabierta de retonto pendejo, que otra no tenía y, si a más no viene, hasta se la mejoró el enmascarado al llevárselo por delante... Sí: incapaz de matar un mosquito, sí que lo parecía...

En su media lengua de forastero y un día de menos bulla, preguntóme por fin el alemán que a quién le estaba yo sirviendo, se lo contesté y me ofreció echarle a él otra mano por las noches. Me dijo andar falto de un hombre, no querer muchachos, por salir todos fisgones y rateros, y que un



oficial de horno, su brazo derecho, se había visto forzado a dejar los trabajos a deshora y a dormir en su casa por celos de la mujer, que lo sabía faldero y nocherniego. Me pasaría casi igual salario que a él, tres pesos fuertes en semana, y aun cinco para más adelante si el negocio seguía yendo arriba, madre que lo aventó.

Cuando ya uno no quiere morirse, le da otra vez por vivir aunque no sepa qué hacer con la vida, hijo, y estaba yo queriendo volver a juntar cuatro ochavos para ver de levantar cabeza, conque le tomé el trabajo y empecé a estar en planta en el horno de la prima noche a las tres de la madrugada, hora en que daba de mano. Dormía en mi alcoba hasta las ocho o las nueve, me iba a Santa Catalina y allí redondeaba luego el sueño con dos cabezadas de siesta en el banco de la sacristía, ya con el maestro y El Meneses metidos en lo suyo.

No era yo de labores de obrador, ni de ningunas. Pero el alemán no daba abasto, que lo de muy trabajador no hay quien se lo quite a ese puto, y me empleaba en mucha cosa diferente, desde alimentar el fuego del horno hasta vigilar las cochuras, barrer, despejar mesas y aun rellenar los pasteles, que me enseñó a doblar, cerrar y adornar el hojaldre luego de acomodar en él sus dos pellizcos grandes de relleno tan bien trabajado que la carne iba más molida que picada: una de las cosas que le celebraban todos los compradores. Raro. Raro es que los comiesen solamente una vez, bachiller...

Entraba yo de la calle, y allí me encontraba las masas y el relleno que no habían acabado de amoldar los tres ayudantes del pastelero en las jornadas de día. Y está claro: esos rellenos de carne no los hacía más que él sin que nadie lo viese, que se encerraba con llave muy al fondo, allá después del patinillo y el pasadizo largo, en el cuarto a ese callejón de atrás. Allí entraba sólo él, créeme por Dios. Y con un empeño de que ni se acercase nadie aún más emperrado que el de mi otro patrón con que no

fueran a fisgonearle sus pinturas antes de acabadas.

No hablaba mucho el puerco del horno. Tenía su aposento en la casa de enfrente, y de su vida sólo llegó a decirme que le placía estar sin mujer y sin hijos, como yo, y que, de tenerlos, ni siquiera ellos hubiesen podido entrar al cuarto de los rellenos, tan celoso era, y así lo publicaba, de que no le descubriesen la receta de los pasteles y le robaran su saber. Con ese achaque encubrió tanto tiempo todo lo que pasaba allí al fondo, y era verdad que no faltaban quienes ya habían querido copiarle sus rellenos y el porqué de su baratura, Dios lo haya confundido.

Por eso mismo de su corto precio vine yo a sacar la boba conclusión de que, aparte las otras carnes que ya él nos tenía confesadas a los del horno, otras irían en el relleno, y que en cualquier momento, al hincarle el diente, podía echarse uno de aquellos pasteles tan en moda, no ya a relinchar y a rebuznar, sino a maullar y a ladrar, así fuera en las bocas del señorío que aun desde los barrios de La Jara y San Francisco, allá al otro lado de Cádiz, mandaban por ellos hasta Puerto Chico, que el mismo señor gobernador los comió. Pero lo que no llegó a pasármeme por las mientes es que esas piezas del horno también estuviesen a pique de hablar o de contar del uno al diez, hijo, que aquello me cogió tan de nuevas como a todo el mundo, ¡tenlo por cierto!

Así que tan oculto, repensado y bienllevado se traía sus manejos semejante cucaracha que ni yo ni ningún hombre del obrador vimos nunca otra cosa que las pellas grandes molidas que él iba trayendo del cuarto bajo llave, ya listas con sus especias y con todo; ni extrañaba que se retirase y encerrase el alemán en su apartijo, tan por largo muchas veces que también llegué a figurármelo sobando reales allí dentro y echando las cuentas de su mucha ganancia. Te digo yo que nada, nada se hubiera sabido nunca si no llega a pasar lo que pasó. Aquello del dedo.

*A 2 de junio.* ~~~ Una noche que salí a ensuciar me pareció, estando acucillado en la letrina, oír parlas a la otra parte del pasadizo y, ya que solté mi recado, me escurrí por esa tripa de la casa, todavía más oscura que estrecha.

Estando a su mitad me paré y vislumbré al fondo, por la puerta entreabierta del cuarto de los secretos, al alemán y a dos hombres que no eran del horno y andaban descargando unos como bultos grandes, liados en lienzos que, aun a la distancia, los entrevi muy empercochados y rotos. Me olió aquello a torpe cosa, pero torné de puntillas a lo mío y entraba ya del patinillo al obrador cuando escuché pasos en carrera y viniéndoseme. Salió por el pasadizo el pastelero, solo, y se me quedó mirando sin hablar y de muy rara manera, con unos ojos distintos en aquella cara de paniza: no sé cómo, le noté en ellos mucha muerte, que a ésa la conozco yo bien.

Me chapurreó en seguida, fingiéndose el calmoso, qué es lo que hacía yo allí fuera y por dónde anduve, con lo que vine a calarme su susto por el descuido de aquella puerta a medio entornar, y a saber que él no estaba nada seguro de que me hubiese arrimado a su cubil y visto lo que había visto. Muy sereno yo, le contesté que venía de la letrina y que, si otra cosa pensaba, allí tenía aún a la vista mis cagajones humeando el que quisiera verlos.

Conformóse con lo dicho y se fue otra vez a su escondrijo, pero al cabo del rato, que volvió al horno a faenar en mi compañía, noté que no las tenía todas consigo y que no me quitaba ojo de encima. Así que, para tranquilidad suya, me comí delante de él, con mucho teatro y rechupeteo, un pastel de los de la hornada y de los fríos que andaban más apartados del horno, porque los más se quedaban muy a los lados de él para que aún guardasen calor al despacharlos. Y sí que me salió bien esa comedia del pastel, pues era como decirle a aquel tiñoso que, así estuviesen sus

famosos rellenos hechos con rabos de alcantarilla, bien pasaban y sabrosos eran, y que no tenía que andar en preocupación porque yo pensase que les echaba esto o lo otro. Vi a la desconfianza irse yendo de su cara, y en mis adentros me jaleé mi ocurrencia, también porque no quería dejar de embolsarme los pesos que estaba cogiendo, y los que de aumento podrían venir.

Lo que te he dicho pasó antes de mediados de diciembre y no hay ahora en todo Cádiz quien, aun en este trance de guerra, no se le remuevan hasta las uñas de los pies, si no es que las vomita, nada más que con figurarse estar mordiendo una pieza de aquéllas. Y yo lo mismo, hijo. De veras. Porque, aunque malanduve la vida a paso bravo, por tan desalmado no me tengo y ni fui ni soy tigre ni galano, ni indio o negro de ésos de Caníbal. Pero el asquerío se te queda en nada cuando, pasando a mayores, vienes señalado de cómplice por la Justicia como lo estoy yo, que a los jornaleros de día se los llevaron un lunes y el jueves ya andaban por la calle, no más saberse que todo lo peor pasaba en el horno por la noche y ser ellos muy mansos y honrados, cristianos viejos todos. Y sin mi fama de desastrón: lo primero que oí cuando me prendieron:

—¡¡Tal para cual!!

De una cosa estoy contento, y es de que mi amo el pintor no se fue para el otro mundo con el malestar y las bascas de conocer que había comido tanta carne de gente: santa Gloria tenga y, lo mismo que me echó un cable aquí abajo, a ver si me lo echa ahora desde arriba y le dice a los santos que pintó me quiten de morir como perro y no como hombre. En lo suyo, como acabó él... En lo suyo.

Pero aquélla, ¿sabes?, fue una muerte de la que vine a tener noticia muy luego. Mucho. Días antes de que me prendiesen. El Meneses fue a dármela a la calle de San Juan. Me dice:

—El viernes murió, que he tenido carta de su gente. Aún no me lo

creo.

—¿Cómo que no? —le respondí.

Porque mira, bachiller: ya cuando el maestro salió de Cádiz, ¿quién no sabía que iba muy malo? Así y todo, tan torcidamente me cayó el saberlo muerto que por dos o tres anocheceres, a hora del paseo con él, anduve al filo de volverme a los alcoholes. Sino que me lo cavilé, porque ya me lo cavilo todo, y lo veía cosa malina para mí, y de muy mal pago a su memoria.

¿Cómo no iba a creérselo nadie? Él se fue de aquí con su final en el semblante y los estragos de la edad empeorándole el costalazo, más que nada por su manía y vergüenza de que los médicos no le mirasen sus abajos, siendo deshonesto y fea cosa enseñarlos según decía. Y eso fue lo que más lo mataría, ¿qué?: el cerrarse el camino de las curas. Otra cosa, no. Y, menos que ninguna, lo... bueno, lo del nudo en la soga del andamio, aquello no. Él fue el primero en decirme que no... Ni nadie supo nunca una palabra de eso. Lo que es a mí no se me ha ido, y ahora vas a saberlo todo. Cómo ocurrió todo, hijo. De pe a pa.

Enredóse aquella desgracia una mañana en que, habiéndole yo afirmado ya el andamio chico, escuché al maestro por la sacristía rezongando y hablando solo, y me fui a él, y lo veía darse muy inquieto con una mano contra el revés de la otra, que a lo mejor le estaba ya rebullendo la ruina que iba a venirle y no era que lo desazonaran ni mortificaran aquellas pamplinas que él me dijo de la mar.

¡Mira que se lo tenía avisado el otro, el Meneses! Hay que ver lo que le aconsejó no andar siempre por las alturas de la iglesia, siendo ya él varón de años largos, perdida la ligereza de las piernas y pudiendo trabajar abajo como arriba. Lo escuchaba el amo y nunca dejaba de responderle que cómo había de ser lo mismo hacer sus pinturas en el suelo que hacerlas donde iban a estar, con la claridad y la sombra que allí

tendrían. Y luego, mohíno ya, o enojado, le decía a Meneses que no le fuera más con eso, pues no era ningún divertimento para él ponerse de viejo a marinear y andar por los aires como un albañil, sino que estaba seguro de que, hecho el trabajo en su sitio, mejor habría de quedarle. Pero, por lo que andaba nervioso aquella mañana no era por porfiarle eso a su ayudante, que ni había aparecido aún, así que acabé preguntándole qué le pasaba.

—La mar no es mía —dijo, cosa que me dejó de una pieza, y aun creyendo que había oído mal. Pero otra vez—: No es mía.

—¿Y es que la mar es de alguien —le contesté—, salvo de Dios y el Rey?

—Tuya también lo es —me dijo—. Mía, no. Por eso no quiere que la pinte. Tú en cambio, dentro la llevas. Aunque ya no la navegues y aunque no la miraras más.

—Pero —le digo—, ¿habrá algo que su merced no pueda pintar?

—A ella no —se encabezonaba—. Ya me ha costado unas pocas de horas y de lienzos, Juan, ¡y te digo que me sale muerta! Bien, pero muerta. Porque, para que lo sepas, todo cuanto va en cosa de arte, pintado o escrito, ha de llevarse antes muy adentro, y lo que yo llevo son las calles y las iglesias y las gentes de Sevilla. De ellas y de la fe, que no me falta, salen también mis santos. Pero ya he visto que pintar marinas no puedo, ¡yo, el capacísimo! El que todo lo puede en pintura según hablan. Sin ser verdad.

Había llegado en esto Meneses, y me pareció que le entendía al amo cuanto estaba diciendo, mientras que a mí apenas si me entraban en la cabeza dos migas de todo aquello, ni verlo tan azorado y tristón a cuenta de semejante niñería.

Fue saliendo el pintor por fin de su disgusto, pero ya te dije, bachiller, que lo que debió meterlo en él fue la vecindad de su desgracia, creo yo; y

me habló luego de que, teniendo ya concluida meses atrás una Inmaculada para otra iglesia de Cádiz, apenas diera término al encargo de los capuchinos iba a volverse a Sevilla, donde, si quería yo dejar lo del pastelero de Puerto Chico, podría continuar a su servicio. En mala hora no le hice caso, cuando ya iba sonándome no sé qué moscardón gordo detrás de la oreja y no iba a gusto a lo del pastelero. Pero, maldita sea, le contesté que, aun no habiéndome aficionado a ese trabajo del horno, tendría que seguir comiendo de él y de los naipes, pues en cualquier lugar estaría yo a gusto en su compañía menos en Sevilla, donde las malas memorias de mi casamiento iban a ser quienes me comieran a mí.

Entramos a la iglesia, subimos al viejo en el andamio chico y ni se me pasó por el magín que aquel ofrecimiento de llevarme con él fuera lo último que en salud iba a oírle.

Volvió dentro Meneses a aguarle unos colores y todo ocurrió luego muy aprisa: para mí que, sobre los nervios que el maestro aún tenía encima con lo de la mar, se juntaron los que debió causarle un golpeteo en la puerta de la iglesia, a la que nadie, conociendo las mañas del pintor, se asomaba en sus horas de trabajo ni aun fuera de ellas. Fui a abrirle al impertinente y apenas echar el paso, siento un crujido en el andamio, un ah que no llegó a grito, un golpe sordo en el suelo, y ya estaba mi amo en él de costado, llevándose una mano al vientre y cerrados los ojos. Pero los abrió en seguida.

Arreciaban los golpes de fuera y, por un momento, no supe para dónde tirar. Por fin me fui a la puerta y la despalanqué, en tanto que Meneses salía en carrerilla de la sacristía y se iba para el caído. Por poco si, en mi empuje, no le doy con la puerta en toda la cara al nuevo padre prior, un mozo que no sabía las costumbres y no venía más que a contar tres tonteras y a conocer a Murillo. Estaba él pidiendo confesor y para eso sí que valió el fraile, y en eso los dejé al volar a dar aviso en el

Hospital Real, donde el pintor quedó encamado a cosa de mediodía.

Óyeme bien que eso fue lo que pasó, tal como te lo digo. Yo lo vi y lo viví, no hagas caso tú de las patrañas que han ido inventándose quienes de ese hombre hablan de lejos, hijo, que los doctores dijeron que no parecía haber herida alguna, pero que necesitaban verlo bien, todo cuanto fuese menester y por la parte más castigada y resentida, que era la del culo y las vergüenzas. Y ya salió el beatón a no querer enseñarlas, muy seguro además de que lo estaba llamando la de blanco y de que lo suyo no era ningún hueso dislocado ni quebradura de componerse, sino daño muy grande pegando en otro que ya padecía y sin que pudieran sacarlo adelante ni cuarenta médicos. Pero llevando su mal muy serenamente y diciendo a cada dos por tres que bien estaba lo que dispusiesen el Señor y María Santísima.

Llegó a los dos días su gente, dos hijos maduros y la mujer, y les pidió él que, apenas pudieran moverlo, se lo llevasen a Sevilla y a su casa, y le faltó tiempo para darle muchos encargos al Meneses sobre cómo había de ultimar el cuadro de las bodas de Santa Catalina, repitiéndole hasta hartarse que el trabajo estaba hecho y los toques finales habían de ir por el mismo carril, sin zarandajas de novedades ni otra ley que las reglas viejas del arte.

De allí a cuatro días se lo llevaron al muelle en parihuelas, cortando camino por los retamares y arenales que caen entre el Baluarte de la Candelaria y San Francisco, y lo pasaron a otra tartana de cabotaje como la que nos trajo a mí y a Anica, pero que tiraría derecha a Sevilla, sin entretenerse acá ni allá.

Llegué al convento cuando ya él no estaba y con tanta premura corrí a la marina que ni me enteré bien del lugar de atraque de la embarcación, así que hube de andarme la ribera arriba, mirando y buscando hasta dar con ella. Era un sudeste bueno el que soplabá y andaban estibando los



últimos bultos en la tartana, que estaba ya por dar vela y poner proa a la bahía en cuanto se allanasen las oleadas del convoy de Hamburgo, acabado de salir con muchas naos.

Mientras tenga yo esta cabeza en su sitio, de ese rato tan corto tampoco va a despintárseme ni pelo. Y no pasó nada, sino que, entre muy contaditos, Amaro, los Honrados, El Mono, Corradino, don Pedro y El Bendito que yo me acuerde, quien marchaba era alguien para mí, aun con tan poquísimo como tenía yo que ver con él y sin irme ni venirme un nabo que, para los demás, fuera tan grande como decían. Así que al pasar a bordo y verlo recostado a la sombra con la cara blanca, y que en seguida me buscaba una mano con la suya, le pedí a su gente como pude, y al Meneses, que los acompañó a Sevilla, y al padre prior nuevo que estaba allí con otro capuchino, supieran apartarse un poco y dejarme solo con el hombre, y él les decía que sí con la cabeza.

Me conconió el puto pensamiento que ya había estado asomándome: el de si no tendría yo media gota de culpa en lo del batacazo. La mañana de la caída y los días que vinieron, entre el aperreo de aquellos momentos y todo lo del Hospital, se me apartaba de las mientes ese pensamiento, bachiller. Y en el horno y en mi alcoba, también. Pero, buscando aquella tartana por la marina alante, se me encampanó de golpe: si no habría yo apretado bien un cabo de las sogas bajo el tablón maestro del andamio chico. Y que, aunque no llegó a soltarse, su poquito cedió. Pero cosa de nada. Dos o tres dedos como mucho, hijo, que alcé la vista en seguida al andamio y sí: deshacerse, no se deshizo el nudo; y el que la vuelta de la soga no estuviese por abajo de él, sino por encima, no era como para hacerle perder pie a nadie, ¿sabes? ... Todo lo más, para un sobresalto de los cortos. De los que no dan de sí como para un respingo.

Pero, con ser tal como te lo explico, y aunque el maestro no se

hubiera dado cuenta ni dicho una palabra, ese nudo se me apretó en el gañote mientras buscaba la tartana y más cuando pasé a bordo, vete a saber por qué, y ya se me encalmó un poco viendo al maestro allí echado a la sombra, tomándome una mano y queriendo hablarme, desencajada su cara y blanca como el papel.

Qué verdad es que a Don Seguro se lo llevan preso, como dicen: ahora hazte cargo de la que a mí me entró al saber que aquello del aflojón tampoco se le había escapado al amo, que me hizo acercarme mucho y me dice con una voz flaca:

—Estos nervios míos, Juan. Los nervios fueron; otra cosa, no. Ojos te veo de estarte pesando algo y, si ese algo es que el andamio me tembló debajo de los pies, has de saber que tampoco se abajó tanto, ni tan aprisa como para hacerme caer. Te lo digo porque así fue y no solamente porque te quedes tranquilo... Bobo de la mar...

Quiso sonreír y le apreté la mano y miré para otro lado. Me llegaba el olor picantón del salitre en la entabladura del falucho; otra cosa no veía ni sentía.

—Ya nos veremos —dijo luego el amo—. Aunque no sea en el mundo, sino donde nada cambia.

—Lo que es en ese sitio que tanto pinta en sus cuadros, no van a dejarme entrar —le dije—. Lo mío cae más abajo.

Escuché las palmadas para que tornasen a tierra los que no viajaban; iban y venían los tripulantes tendiendo velas y ya habían desembarcado los frailes. Veía yo a la familia del maestro queriendo arrimarse a él y no quedaban a bordo más que dos zorras tapadas de las de picos pardos, despidiendo y haciéndole zalemas a un barbián jovenzuelo que apenas les daba cuartelillo. Salté con ellas a tierra, tiré para las casas y no volví la cara a la mar.

Todavía esa noche y las dos o tres que vinieron, en mi trabajo del

horno, me acudía a los ojos aquella vueltecita del nudo, y luego me la fueron quitando de la cabeza las palabras del amo. Y mi saber. Te digo yo que aquel descuido no fue para tanto, aun habiéndoseme quedado adentro algún gusaneo y mal sabor de él, aparte de que echaba yo de menos el trajín del día con los pintores, y la compañía del viejo muchas tardes. No sabía qué hacer con ellas, ni con las mañanas, me agriaba la memoria de Anica en todas esas horas y con la baraja me encontraba torpón y acobardado, muy perdida la viveza de manos y, lo peor, los ánimos, la chispa y el ingenio que son precisos para ganar.

Pero todo iba a llevárselo el diablo cuando menos me lo pensara: esa perra noche, bien dadas ya las doce del domingo, que oigo un bullazo de repente y se me entra atropellando el obrador una piojera de justicias y soldados con las espadas al aire y muchas luces, y con un vocerío atrás de ellos, en la calle, pidiendo muerte. Se sentía hasta por el callejón de allá lejos, el que da al escondrijo de los destrozos. Lo oyó el alemán, que estaba encerrado en él, y ya te enterarías de que le dio tiempo a ese hediondo de salirse a la Banda de Vendaval, y de que luego lo rastreó una tropa con jauría y no pudieron echarle mano hasta el amanecer. Playa alante huía para Santipettri ya sin fuerza alguna, resollando y chapoteando con el oleaje por las pantorrillas a que no le olieran los perros las pisadas. Pero igual lo vieron y lo cogieron en el agua misma, lo sabrías, y que menos trabajo dio quitárselo de la boca a esos mastines que llevarlo vivo a la cárcel, con el pueblo a por él desde más allá de las Puertas, queriéndolo acabar a su manera y sin jueces, y él a chuparse palos y puñadas aun agachándose entre los soldados, y pidiendo misericordia en su media lengua.

De esto me enteré luego, lo mismo que tú y que todo el mundo, y de los porqués y los cómo. Pero allí en el horno, con aquéllos arma en mano y la otra puesta en mí, y la bullasca de afuera, y los empellones, no

sabía yo qué pasaba. Veía que me señalaban, «¡tal para cual!, ¡a muerte los dos!», y venga a aferrarme y a pegarme: aún me llegué a temer que me cobraban algún entuerto de los antiguos míos, o todos juntos. Esa misma noche saltó allí en el horno lo que ahora me llaman, lo de La Fiera, mientras me amarraban y engrillaban con gran contento todos, como si hubiesen tomado una ciudad muy fuerte.

Se metieron en tropel por el obrador diez o doce de los que chillaban en la calle y empezaron a volcar las mesas, a despanzurrar los sacos de harina y a desbaratarlo todo, y el comisario de la ronda los dejaba y decía: «Que se desahoguen con eso, que además hacen bien». Hasta que los soldados tuvieron que emprenderla a golpes y planazos con la caterva y meter luego en cintura a la calle porque, en su ardimiento, ya estaban algunos haciendo por pegarle fuego al sitio... Y yo hecho un ovillo y sin saber que, estando en la Plaza a prima noche y al tirarle un pellizco a uno de esos pasteles, una mozuela se había dado en él con la punta de un dedo de gente hasta con su uña muy entera y pulida, que ya se estaba ella llevando ese bocado a su boquita.

Entran en esto dos soldados por el patinillo, y en un lienzo sucio traen del cuarto encerrado, que habían echado abajo la puerta, un tronco oscuro y sin cabeza, con sólo el brazo izquierdo, y de varón, cosa que, según me dijo el sargento Orellana, sacó a relucir el pastelero ante los jueces, que mujeres en sus rellenos, nunca, así como ser género fresco el que servía, no de tumba ni echado a perder; y que tampoco eran siempre de gente los pasteles, sino hechos los más con carne magra de caballerías, y algunos rellenos hasta con algo de morcillos de buey, según estuviese el mercado o el aprovisionamiento que él pudiera haber hecho para el día.

*A 5 de junio. ~~~ Ya te veo la cara, bachiller. Muchas cosas, hoy, en esa*

cara, aunque no me las hables. Muchas y cada una por su lado, bachiller. Bien te dije que miraras por no enredarte en mis cordeles y ya han de haberte enredado ese pejesapo de Padre Valdés y toda su gente: que ni eres tú más listo que nadie, así te lo creas a ratos como cada quisque, ni es chica cosa andar con la candela sin quemarse o con el fango y salir limpio.

Sí, sí, baja los ojos, que igual te veo la cara de acharado, y la de acosado. Y la de remordido, porque ni hablaste ni vas ya a hablar con nadie y me dejas en lo que me toque. Así que vete con Dios y ráscate las pulgas malas que te pegué, si es que la Inquisición te deja rascarte. Mírate ahí, mírate, sentado de medio ganchete, que ni atinas hoy a poner el culo en su sitio. Pero esos papeles que no falten, eso no. Y dime: ya sin tu valimiento, ¿quién me ha de oír ahora, eh? ¿Tu tío acaso, al que ni vi, y que ha de estar también a ver qué hace y dónde se mete? El Justo Juez sí me oirá, ¡te lo digo!, y Él sí que sabe. Alguien tiene que oírme, carajo, y yo habría de morir conforme y según, que ya más vida sería mucho querer y estoy cansado de andar como furtivo de la muerte... ¿Oyes?... ¿no oyes el eco de esas andanadas, boca de la bahía alante, como más para allá de Los Cañuelos? Y esta mañana temprano ya mudaron las guardias mucho antes de que les tocase, la de esa galería y luego la de arriba en la torre; a dos o tres dejaron en vez de los de siempre, y ya ves que ahora ni suena el alerta de los centinelas. Pero pondría una mano en el fuego a que nada hiciste, ni hablaste tampoco con tu señor alcaide para lo de las defensas que te dije ni nada va a hacerse, más lerdos los que están que los que vienen por la mar, y tan cabrones como ellos. Aunque tú, mírate, aun en éstas y con el Santo Oficio atrás tuya, todavía me vienes con tu plumita y me dices con la voz temblona que queda el rabo por desollar. Como no sea el mío... Tú, a tu ansia, a que no te falte ni la última uña del piojo y sin fiarte ni de tu sombra. Como si no estuviera tan

sabido, y sea yo el que tenga que firmarte, quiénes eran y de dónde sacaban su mercancía los proveedores del pastelero, aquellos dos que atisbé por el pasadizo la noche que se me vino el de Alemania tan amoscado, y debían ser, aunque no los vi bien, éstos que dicen: el Francisco Jigote de tan bravas mientas y un forastero desmayado de los de mi familia cuchillera, que luego resultaron también palanquines los dos, de los que briegan con los cuerpos muertos de San Juan de Dios y del Hospital Real. Y así pues, la noche que te decía ayer, los soldados trajeron bien derecho, por el pasadizo al horno, aquel despojo grande de hombre, como muñeco roto de sastrería pero con pespuntos de sangre seca y dobladillos sueltos de pellejo. Y en un rato no se escuchó allí más que el alboroto de fuera, lo de la calle, porque todo dios se había quedado mudo y quieto, yo el primero, muy agobiado del varapalo que me llevaban dado unos y otros, y entendiendo por fin que ninguna faltilla mía de las de antes se me estaba cobrando, pero tonto tontajo de inocente, sin caer todavía en que andaba metido hasta las trancas en esa cuenta del sarnoso alemán, ni en por qué se venía sobre mí todo aquel putiferio.

Sin yo poderme menear ni defender, me maniataron y me pasaron de allí a la cárcel, también con la gente queriendo por el camino echarme mano, y La Fiera y La Fiera, y a las cuatro fechas ya me trajeron a este presidio. Seis meses ha. Desde que nos conocemos, días menos o días más. Pero al Jigote y al otro, no, no les cogió en el horno aquella noche de mi prendimiento, ni nadie los vio ya por Cádiz ni los pudieron atrapar fuera, aun habiendo dado de ellos nombres, pelos y señales su asentador de carnes, el salmonete colorado que, con no cantar mi inocencia, también quería que no le tocara a él solo aquel baile de pedazos de cirugías, de esclavos moros espichados, de muertos de necesidad y de alguno no tan muerto y empujado también a los pasteles, que de dos por lo menos se sabe que los habían matado para lo mismo, y de gente

hurtada a la fosa común y puesta otra vez en boca de la gente, pero no ya en palabras ni besos sino en tarascadas y masticaderas, que por ahí iba también lo de aromar con buenas especias, y la finura del molido de los rellenos: para agrado y disimulo del gusto dulzón de las carnes del prójimo y a que encubriesen sabores y olores que no eran los de siempre: en todo eso estaba el secreteo del cuarto secreto, y el que diese al callejón de atrás, y las deshoras de los carniceros, y tanta llave y encerrona del hideputa de su dueño.

Quedaos satisfechos de una vez, vete tú con tu morisca gitana y guárdate esa pluma con esos papeles desparramados, que el recuento de lo mío ha llegado a término y a lo justo. Sal de aquí por ese corredor y vele pidiendo al Nazareno no encontrar esperándote en la puerta del penal a los de los hábitos y los hoguerones aun con la que se ha entrado en la bahía, que para lo de ellos siempre hay tiempo cuando no lo hay ya ni para darnos de comer a los cautivos: dos días llevamos sin el comistrajo y ni agua.

Pero, así sirva de nada, te lo digo otra vez, la última. Que me hagan caso y no se entregue Cádiz, que los pies no cuentan y pueden echarse para adelante con estos hierros, y aun con los mejores que se hagan en Bilbao: con andar la gente suelta de manos se para mucho golpe.

Ya es que no nos vamos a ver, lo sé.

Hoy, ni te esperaba.

Poco hiciste por mí, como me decías, y todo por tu gusto y ese vicio de tus renglones y no querer dejarte nada en el tintero: vete y con tu pan te lo comas. No sé por qué estaría aguardando yo a que se cumpliese no tan puercamente mi profecía mala, ¡voto a Cristo!, aquel naipe que me escondió La Madre Oscura, si al final se lo ha de llevar el borrachón de la máscara. O los que vienen a por Cádiz, que aquí me he de quedar y éstos pocas veces perdonan a presos pobres y que no sean suyos.

Pero bueno está. Mucho día fue el mío, y ya veo por todas partes levantarse la noche, y otras cosas verán y pasarán los que a este mundo vayan viniendo.

Ni me mires tanto ni te dé por seguir mis pasos, que a nadie le fue bien nunca el querer ser quien no es, y acuérdate de que mi vivir ha sido como oleada de las de mucha cresta, prisa y estruendo, que acaba como las otras y todo se hace luego espuma y nada; tanta o más sustancia tiene el sino de muchos que, sin tanto vaivén, estánse en su pueblo y en su casa.

Vete.



... a la tarde del 5 de junio del 1682 se presentó ante la ciudad en pie de guerra una Armada angloholandesa de tal porte que Cádiz se dio por perdida y en otra destrucción como la que, a iguales manos, sufriera ochenta y seis años atrás.

A falta de naves y tropas se arbitraron recursos cual el de replegar a los caños y al fondo de la bahía los navios disponibles, que, cubiertos por los tiros del Castillo del Puntal y el de otros baluartes de la opuesta orilla, hicieron tres salidas sobre el ala izquierda de la flota asaltante, con mucho daño para ella y poco para nuestras naos, de vuelta en seguida a sus refugios. En Cádiz se discurrieron esfuerzos desusados, se armó al pueblo como mejor se pudo, muchachos y mujeres voluntarias allegaron municiones y víveres, y hasta se sacaron los presos a defensa para fuerza de choque, trayéndose, aun los encadenados, desde todos los penales de la bahía.

El día 6, codo a codo con mosqueteros y artilleros y en delantera línea de fuego, batiéronse muy bizarramente esos cautivos en estas murallas insignes, cayendo los más a las primeras embestidas del enemigo; pero con el desnudo de todos y la entereza de sus nuevas fortificaciones, salió adelante la ciudad.

Otras dos jornadas, menos sus noches, costó rechazar el ataque, resuelto para las banderas de España en una victoria tan pregonada como efímera. A primera hora de la tarde del 7, entraron a socorro fuerzas de Málaga y Huelva, más tranquilizadoras ya que necesarias; el 8, aún no bien aclarada la luz del alba, mandó levantar anclas el almirante Blackstone, aquél que tantos años tuvo por cimientos de su morada las olas y, por abrigo, las tempestades.

# **Algunos hechos históricos de la época cronológicamente ajustados al transcurso de la novela**

**1639-1649** En España, reinado de Felipe IV, guerra de Cataluña y numerosas sublevaciones contra la Corona, fallidas salvo la de Portugal / Paz de Westfalia y pérdida de Holanda / Nuevas expulsiones de judíos y moriscos / Pujanza y hostilidad inglesas.

En Cádiz, obra de la Puerta de Tierra y baluartes anejos / Ultimación del castillo de San Sebastián / Epidemia de peste.

**1649-1659** Desastre de la moneda nacional / Pérdida española de Jamaica / Declaración de guerra a Inglaterra. El inglés Blake, en Cádiz, bloquea por mar la bahía / Apreciable reactivación naval en Puerto Real.

**1659-1669** En Venecia, apogeo de las contiendas turco-venecianas, con la heroica defensa de Candía / Depresión económica / Doménico Contarini, dux / Rebeliones de Dalmacia / Informe veneciano del marqués de Mancera al rey de España.

En España, muerte de Felipe IV y subida al trono de Carlos II el Hechizado / Epidemias, sequías y disturbios en Andalucía y otras regiones / Dificultades del Guadalquivir para el incremento del tráfico indiano, supresión al puerto de Cádiz del tercío de tonelada en las cargas a Indias y dispensas de don Gaspar de Velasco a favor de Cádiz / Es ultimada la destrucción de las muy singulares y monumentales ruinas

romanas de la Caleta de Cádiz, ya denunciada por Horozco en 1598 / Saqueo de Maracaibo por El Olonés / Guerra entre España y Francia.

**1669-1779** Nuevas epidemias en España y Portugal / Henry Morgan saquea y quema Panamá / Muerte del Olonés / Simulacro de proceso a Morgan en Londres / Auge de la Jamaica corsaria y de su mercado esclavista / Disminución de las diferencias entre San Juan de Puerto Rico y La Habana en cuanto al volumen de navegación y tráfico indianos / Pedro de Portugal arrebató a su hermano trono y esposa / Cédula real restituyendo a Cádiz el tercio de tonelaje a Indias.

**1679-1682** Devaluación de los reales de vellón en un 50% / Aceleración de la prosperidad del puerto y bahía gaditanos / Accidente de Murillo en Cádiz y su muerte en Sevilla.

# **Algunos sucesos, de la segunda mitad del siglo XVII, integrados o adaptados a la narración**

- Especiales cuidados de la Inquisición en cuanto a libros.
- Disturbios campesinos y bandidaje rural en Andalucía.
- Notable crecimiento urbano del Puerto de Santa María.
- Precarias relaciones diplomáticas entre España y Venecia.
- Traslado de la Flota de Galeras Reales del Puerto de Santa María a Cartagena.
- Edificación de la Kŭrchumli Han, vasto albergue de caravanas y viajeros, en la ciudad de Skopie, turca entonces y capital hoy de la Macedonia yugoslava [hoy independientes].
- Asalto a Veracruz del pirata Lorencillo, y su retirada del puerto de Sacrificios. Auge máximo de la piratería antillana.
- Solapadas e intensas hostilidades de comunidades religiosas establecidas en Cádiz a la recién llegada de los padres filipenses.
- Pérdida del galeón La Botica, del marqués de Brenes.
- Pérdida en la ensenada de Tetuán de una nave real de la Armada.
- Un sevillano de quince años atraviesa el Atlántico pilotando un galeón de su padre.
- Desastre de una escuadra española en las Islas de Aves.
- Incautación real de galeones en la bahía de Cádiz.
- Raimundo de Lantery redacta sus Memorias.
- Asalto en corso del francés Pointis a Cartagena de Indias.
- Excomunión y anatema al alcalde de Cádiz, con apedreo de su casa, por una diferencia judicial con el clero.

- Erección en Cádiz del Hospital Real (hoy Hospital Militar), Baluarte de la Candelaria y fortaleza marítima de Santa Catalina.
- Temblores de tierra en la capital y costa gaditanas.
- Frustrados ataques a Cádiz, por mar.

# **Relación de nombres geográficos<sup>[\*]</sup> por el orden y parte en que aparecen mencionados por primera vez (o única) en la novela**

**1**

Cádiz / Andalucía / Córdoba / Berbería / África / Arabia / Las Indias / Coripe / El Perchel / Zahara de los Atunes / Conil / Chiclana / La Isla (de León) / Puerto Real / Italia / Mostagán (Mostaganem) / Alejandría / Roma / España / Samarcanda / Armenia.

**2**

Sanlúcar de Barrameda / Puerto de Santa María / Jerez de la Frontera / Flandes / Venta del Arrecife / Amsterdam / Salamanca / El Palmar / Sevilla / Málaga / Granada / Utrera / Monte Ararat / Arcos de la Frontera / Salé / España / América / Los Varales / Vizcaya / Nantes / Italia / Nápoles / Sierra de San Cristóbal / Orán / Venecia.

**3**

Las Aceiteras / Gibraltar / Tarifa / Punta Carnero / Islas Baleares / Mahón / Mesina / Blía / Huelva / Murano / Francia / Mestre / Dalmacia / Londres / Islas Canarias / Génova / Aragón / Valencia / Roma / Akhisar / Pleantia / Turquía / Sinesia / Canal de Otranto / Macedonia / Skopie / Ragusa (hoy Dubrovnik) / Creta / La Valtellina / Mantua / Austria / Padua / Vomitza /

Barcelona / Chipiona / Rota / Argel / Bajo del Quemado / Bonanza / Rincón de la Merlina.

## 4

Madrid / Castilleja de la Cuesta / Méjico / Veracruz / Los Sacrificios / Jaén / La Habana / Isla Española (actuales Santo Domingo y Haití) / Honduras / Nueva España / Tierra Firme / Maracaibo / Madeira / Castilla la Vieja / Puerto Carey / Campeche / Yucatán / Almería / Tetuán / Ceuta / Túnez / Mosquila / Cabo del Buen Tiempo / Río de las Yeguas / Puerto Velo (Portobelo) / Isla Martinica / Burgos / Panamá / Holanda / Portugal / Mar de las Antillas / Jamaica / Isla Tortuga / Nueva Granada / El Batey / Nicaragua / El Darién / Caribes (Mar Caribe) / Bijagua / Santo Domingo / Socoró (río) / Hoja de Hacha o La Contera / Cabo de Las Lágrimas / Canal de Bahama.

## 5

Cambrai / París / Puerto Rico / San Juan de Puerto Rico / Cartagena de Indias / Punta de la Sal / Caracas / Banco Pedro / Port Royal, de Jamaica / Puerto Antonio / Cuba / El Vado / Puerto Príncipe (hoy Camagüey) / Isla de Santa Catalina / Guanicoa del Oro / Isla de la Vaca / Cabo e isla Beata / Isla de la Mona / Punta Salinas / Martínez / Loja del Perú / Mar del Sur / Moguer / Islas de las Vírgenes Gordas / Asunción del Paraguay / Uruguay / Buenos Aires / San Salvador del Brasil (hoy Bahía) / Río de Janeiro / Brasil / Potosí / Las Góteras / Inglaterra / Isla Guadalupe / Venezuela / Curaçao / Mina de Guinea / Lisboa / Ronda / Mallorca / Sicilia / Carmona / Osuna / Antequera / Las Torrenteras / Grazalema / Islas de Aves /

Florida / América del Norte / Islas Bermudas / Islas de Cabo Verde / San Pablo (Sao Paulo) / Isla de Santiago / Guinea / Cabo San Vicente / Asturias / Badajoz / Valladolid / Toledo / Buarcos / León.

## 6

Évora / Moura / Extremadura / Alcalá de Guadaira / Alcalá de los Gazules / El Arahal / El Pedroso / El Condado (Huelva) / Bajo de Guía / Galicia / Filipinas / Pasajes de San Sebastián / Malagón / Castilla la Nueva / El Petiguán / Cartagena de España / Coria / Algeciras / Saint Malo / Río de la Plata / Isla de San Gabriel / Hamburgo / Los Cañuelos / Bilbao.



# Tabla de gratitudes

La acción del relato discurre entre 1639 y 1682. Excepto la traslación cronológica de unas pocas anécdotas y detalles secundarios, sucesos, lugares y personajes de nota responden a su momento histórico, así como entornos y planteamientos. Lo demás es invención, e Historia y Geografía son saludadas y tenidas en cuenta por el texto, sin perjuicio de las inexcusables libertades narrativas.

Mi gratitud se dirige muy especialmente a dos raros caballeros memorialistas del siglo xvii: Raimundo de Lantery, en no menos rara edición de don Álvaro Picardo (Cádiz, 1949), y Alexander O. Exquemelin, traducido de modo excelente por Carlos Barral (Barcelona, 1971).

En lecturas de soporte para los más diversos temas, y sin mencionar datos ya conocidos por mí ni otras obras de estricta consulta que la *Enciclopedia General del Mar* y la *Historia de Andalucía* dirigida para Planeta por A. Domínguez Ortiz, honran y abrigan estas páginas, entre otros autores y especialistas: Philip Goss, J. y F. Gall y Robert de la Croix (tratados de piratería), G. Céspedes del Castillo, J. Cervera Pery y los capitanes Alonso de Contreras y James Cook (navegaciones), R. de Manjarrés, R. Fernández Retamar, J. Pérez de Barradas, Mario Hernández Sánchez-Barba y J. García Mercadal (textos de historia americana); Charles Diehl, V. Vladimirov y J. Beneyto (historia de Venecia); Enrique Gómez Martínez y R. de Lantery (pestes); Cesáreo Fernández Duro (marina española antigua); A. Freisi (esclavitud en el xvii); Manuel Alvar y Pedro J. Payán (lingüística); H. Sancho de Sopranis (historia del Puerto de Santa María); Adolfo de Castro, Santiago Casanova, Henry Kamen, A.

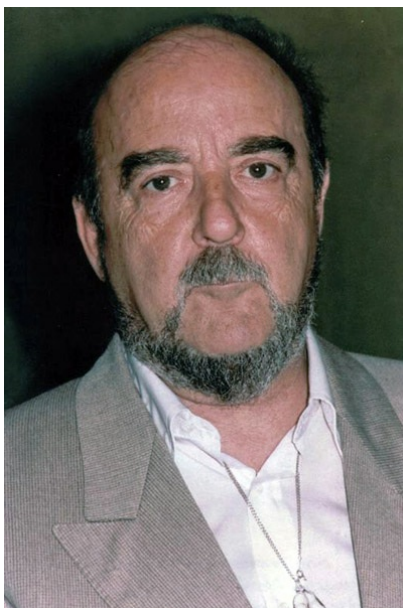
Picardo, J. de la Lastra, M. Bustos Rodríguez, F. Ponce y padres Labat y Antón Solé (historia de Cádiz); J. Deleyto y Piñuela, N. Lenz, D. Yndurain (siglo XVII español).

Tan instintivo y enemigo de exhaustividades documentales como el apartado de lecturas fue el de consultas personales. Muy valiosas son las que debo a Manuel Roa y Juan B. Robert en primer término, y a Alberto Ramos Santana, José Pérez-Llorca, Jaime Pérez-Llorca Rodrigo y Rafael Berenguer.

Espero, en fin, que pocos dejen de advertir la presencia indirecta, y en instantes directa, de mucha sombra querida: Lázaro y Cervantes, Quevedo y Torres Villarroel, Stevenson y Borges, Sabatini, Salgari, cronistas de Indias.

F. Q.

Attillo de Padilla, Palacio de la Diputación de Cádiz, 1982-1983.



FERNANDO QUIÑONES nació en Chiclana de la Frontera, Cádiz, en 1930. Su obra, muy extensa, comprende géneros muy diversos. Destacó inicialmente como poeta con, por ejemplo, *Ascanio o el libro de las flores*, aparecido en 1956. Tras esta obra, publicó *Crónicas de mar y tierra* (1968), *Las crónicas de Al-Andalus* (1970), *Crónicas americanas* (1973), *Crónicas de Hispania* (1985), el libro de relatos *Viento del sur* (1987), *Encierro y fuga de San Juan de Aquitania* (1990), *Legieneria* (1992) y *Tiempos* (1992).

Fue un gran apasionado de la música flamenca, lo que se vio reflejado en algunas de sus obras, como *De Cádiz y sus cantes*, galardonada con el Premio de Investigación de la Semana de Estudios Flamencos en 1964; *El flamenco: vida y muerte* (1971), *Toros y arte flamenco* (1982), *Los poemas flamencos y un relato de lo mismo* (1983), *El flamenco* (1985), *¿Qué es el flamenco?* (1992) o *Antonio Mairena*.

Recibió, entre otros, el Premio de Poesía Gil de Biedma por *Las*

crónicas de Rosemond (1998), el Premio Adonais por Cercanía de la Gracia y el Premio especial Walter Tobago 1998 otorgado en Venecia a la trayectoria de un escritor extranjero. Fue finalista en dos ocasiones del Premio Planeta por *Las mil noches de Hortensia Romero* (1979) y *La canción del pirata* (1983). Sus últimas novelas fueron *La visita* y *La gran temporada*, ambas publicadas en 1998, año en que falleció en la ciudad de Cádiz.

# Notas

[\*] La letra cursiva indica los de invención. <<